

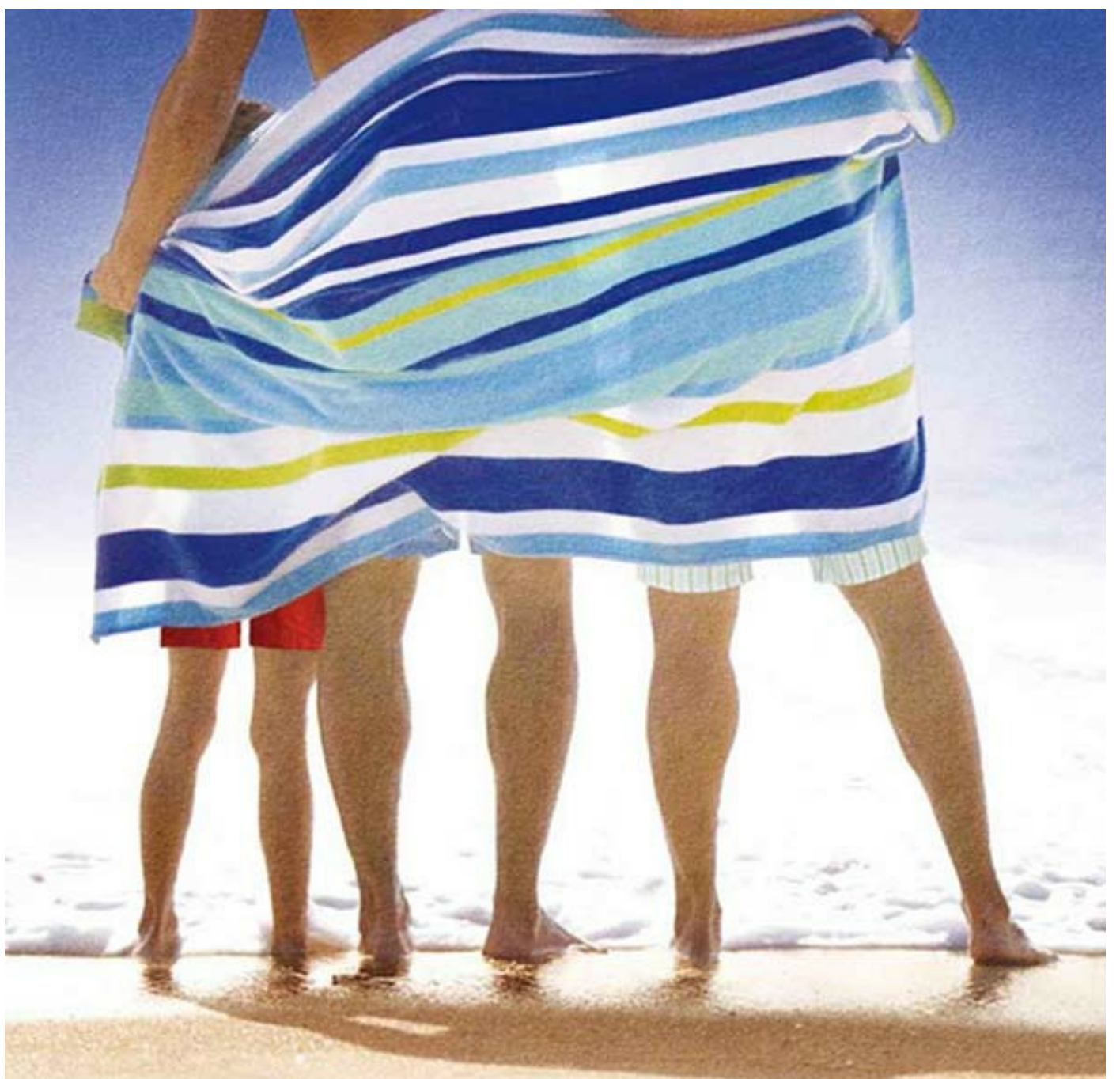


UNA HISTORIA DE AMOR ENTRE DOS HOMBRES QUE NO QUERRÁS OLVIDAR.

DOS HOMBRES Y UN NIÑO

T. J. KLUNE





UNA HISTORIA DE AMOR ENTRE DOS HOMBRES QUE NO QUERRÁS OLVIDAR.

DOS HOMBRES Y UN NIÑO

T.J. KLUNE



Tres años atrás la madre de Bear McKenna desapareció sin dejar rastro con su nuevo novio, obligando a Bear a hacerse cargo de Tyson, su hermano de seis años. Han salido adelante como han podido, pero debido a su dedicación exclusiva a Tyson, Bear apenas tiene oportunidad de disfrutar de la vida. Hasta que Otter vuelve a la ciudad. Otter es el hermano mayor del mejor amigo de Bear y, como han hecho durante toda su vida, ambos chocan entre sí de formas que ninguno de los dos se esperaba. Sin embargo, esta vez no hay escapatoria a la intensidad de la emoción que existe entre ellos. Bear sigue creyendo que su sitio es el de tutor de Tyson, pero no puede evitar pensar que tal vez la vida le tiene reservado algo... o alguien más.

TJ Klune

DOS HOMBRES Y UN NIÑO

Traducción de Jordi Vidal



1.ª edición: marzo 2014

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427 — 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

DL B. 5.782-2014

ISBN: 978-84-9019-346-4

Él no salió de mi vientre, pero, Dios mío, he hecho sus huesos, porque yo he asistido a todas sus comidas, y la forma en que duerme, y el hecho de que nada como un pez, porque lo llevé al mar. Estoy muy orgulloso de todas esas cosas. Pero él es mi mayor orgullo.

JOHN LENNON

Iré de camino al mar abierto, hacia las tierras que conocí antes de tu llegada, y las frescas brisas del océano me arrancarán el recuerdo de tu nombre.

ADELA FLORENCE NICOLSON

Prólogo

0

En que Bear se moja los pies

Así es cómo se acaba mi mundo.

Mirad.

Bear,

Se que esto te costará de leer, pero espero que lo hentiendas.

Tengo que irme, Bear. Tom ha encontrado trabajo fuera del estado y me voi con él. Hago esto porque creo que será más fácil para todos nosotros si se lee que si se dize.

Es una oportunidad para hacer algo por mi misma. Tom dize que allí donde vamos hai muchos empleos que serán mejores que aquí en Seafare. ¿Te acuerdas de mi último trabajo? ¿En el Pizza Shack? ¿Recuerdas lo bien que fue? Por si no lo pillas al tratarse de una carta, estaba siendo sarcástica. No fue nada bien. (¡Por lo menos sabemos que mi futuro no está en las pizzas!)

Ya se que Tom nunca te ha caído simpático, pero no me trata mal. No deberías preocuparte por él y yo, porque estaremos bien. Bueno, se que no te preocupas por él, pero da igual. Se ha quedado mas tiempo que tu padre, y no me hagas hablar del papá de Ty. Por lo menos Tom no me ha pegado ni nada. Hasta ha dicho que cuando aorre suficiente dinero me dejará hazer uno de esos cursos on line de la Unibersidad de Phoenix Arizona, o como se llame. ¡Imaginame con un título unibersitario!

Por cierto, espero que tengas la oportunidad de ser escritor como quieres. Se que esto infiere en tus planes de ir a la facultad el año que viene, pero ¿por qué necesitas la unibersidad para eso? Has estado imbentando istorias desde que eras pequeño, así que no parece que puedan enseñarte nada más, ¿no? Pero esa beca ya vendrá mas tarde, ¿vale? No es que no puedas volver a tenerla nunca. Solo que no es posible aora porque nezesito que me hagas un favor.

Tom dize que Ty no puede ir. Dize que tener al Chico cerca le «romperá» la concentración. (Está bien, no dijo romper, pero ya sabes a qué me refiero.) Se que parece que esté tomando una mala decisión, pero la última noche tube un sueño. Todo estaba negro a mi halrededor y había una luz brillante muy lejos. Me ha parecido que tendría que andar mucho rato para llegar hasta ella. Finalmente he llegado allí y la luz era el rótulo de un motel. ¿Sabes como se llamaba el motel, Bear? Se llamaba MOTEL DE LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD. ¿Entiendes lo que significa? MOTEL DE LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD. ¡Significa que es mi última oportunidad! Mi sueño era un mensaje, lo se, y creo que quien sea que nos está vigilando sabía que me estaba costando trabajo tomar esta decisión y por eso he tenido ese sueño.

Pero Tom dize que Ty no puede ir. Así que le dejaré aquí con tigo. Siempre has tenido más fazilidad para cuidar de él que yo. ¿Te acuerdas de cuando estube enferma durante cosa de un mes el año pasado y no podía moberme, y tú cuidaste de Ty porque no podíamos permitirnos llevarle de campamento con la YMCA? Hiziste muy buen trabajo entonces y recuerdo que pensé que algún día serías un buen padre, no como tu papá. Aora que lo pienso, de todos modos siempre te ocupas de Ty mucho más que yo, como debería hazer un buen ermano, y siempre lo has echo mejor. Es por eso que me siento tranquila dejándole aquí contigo. Creo que será mejor que se quede aquí. ¿Y si me pasa algo cuando estoi con Tom? No quiero que él lo vea.

Tengo algo que imprimí de internet para ti. Se llama poder legal. Significa que puedes acer cosas por Ty sin mí. Como médicos, la escuela y cosas por el estilo. Supongo que significa que estarás a su cargo. Por lo menos eso es lo que entendí. Denise, la vezina de abajo, me habló de eso. Normalmente tendrías que estar con migo para hautenticarlo mediante acta notarial, pero Denise me deve un favor por aquella vez que le di cigarrillos cuando no podía permitirse comprar más. Su hijo es notario o algo así (¿de verdad hai que ir a la facultad para aprender a firmar y sellar papeles?, ¿qué dificultad hai en eso?), me hencubrirá y levantará acta notarial. Tendrás que esperar a tu cumpleaños, pero llegará muy pronto. Es mi regalo para ti. Espero que te guste.

Te hecharé de menos, ya lo sabes. Has crezido bien, a pesar de todo. Espero que no me odies ni nada por esto, pero quizá regresaré un día si esto no funciona. Quizá, no lo se. Quizá no tenía que haber sido madre nunca. A veces te veo y pienso en lo mejor que habría sido para ti no haber nacido nunca. Pero te recuerdo como un bebé muy feliz, no como Ty, que no paraba de llorar. Tu sonrisa ahún vale la pena y espero que sigas sonriendo hincluso después de esto.

Por favor, léele a Ty la nota que le he escrito.

No se qué mas dezir.

Por fabor, no intentes buscarme. No quiero que Tom se enfade.

P.S. He dejado algo de dinero para ayudarte de momento. No puedo darte más porque Tom dice que tenemos que ahorrar para nuestro futuro. Recuerda que el alquiler vence a primeros de mes, junto con las demás facturas. De todas formas me las pagaste, pero ¿qué clase de madre sería si no te lo recordara?

Ty,

Escucha a tu hermano y haz lo que te diga, ¿vale? ¡Mamá te quiere!

MAMÁ

Esto es lo que encontré cuando llegué a casa del trabajo ese día. Era un sábado por la noche. No sabía dónde estaba el Chico.

Mamá dejó 137,50 dólares dentro de un sobre a mi nombre.

Al día siguiente cumplí dieciocho años. Tres días después, me gradué en el instituto.

En que Bear ve gente que llega a casa para pasar el verano

Tres años después

Bueno, para ser franco con vosotros, en realidad no me llamo Bear. Mi verdadero nombre es Derrick McKenna, pero he sido Bear desde que tenía trece o catorce años. Era la época en que Ty intentaba decir mi nombre cuando era un bebé y no sabía pronunciar Derrick. Le salía muy extraño, algo así como «Barick», pero en cuanto mamá lo oyó solo pudo pensar en que parecía que me llamara «Bear». Supongo que era una especie de divina comedia a su manera, pues yo había hecho algo parecido con otra persona cuando era pequeño. Pero ya volveré a eso más adelante.

Pues eso: Bear. Empezó a llamarme Bear. Por supuesto, al principio lo odiaba. No tengo y sigo sin tener nada de oso. Pero mamá insistía, y cada vez que venía un amigo, respondía a una llamada para mí o hablaba con uno de mis profesores, ponía énfasis en llamarme Bear. Por aquel entonces empezaba en el instituto, y ya sabéis lo que pasa: cualquier cosa que hagas siendo alumno de instituto se recuerda para siempre. Todo gracias a mi mamá. El apodo se quedó; ella, no.

No trato de mostrarme sensiblero ni nada. No es esa clase de historia. Aquí no se trata del pobre Bear y cómo su madre huyó de él, dejándole a cargo de su hermano pequeño y arruinándole la existencia por ello, pero al final aprende Una Lección Muy Valiosa sobre la vida, etcétera. No será así.

Bueno, vale, borrad eso. No sé qué clase de historia es. Solo espero que no sea empalagosa y os haga vomitar. Esa clase de cosas me da náuseas.

Pero me estoy alejando del tema.

Solo quería ser franco con vosotros sobre cómo me llamo. Me imagino, por alguna razón, que cuando la gente oye el nombre que tengo ahora, Bear McKenna, supone una de dos cosas: que seré un leñador muy grande y peludo, con un porte severo pero un corazón de oro, o que soy terriblemente pretencioso. Por lo general es lo primero, hasta que me ven y parpadean varias veces, tratando de casar ese nombre con lo que están viendo. ¿Y la segunda parte? Pensadlo: si conocierais por primera vez a alguien llamado Bear, ¿no creeríais que era una versión exagerada de sí mismo? ¿Sí? ¿No? Bueno, supongo que yo no pienso como la mayoría de la gente. Y ya no discuto con ella acerca de eso. Me llamo Bear McKenna.

—¿Derrick?

Bueno, las más de las veces es así. Miro en el espejo retrovisor y veo a mi hermano pequeño, Tyson, devolviéndome la mirada con una expresión en la cara que no acierto a identificar. Normalmente opta por llamarme Derrick cuando se dispone a preguntar algo importante, como si existe un planeta de vacas con granjas que ordeñan personas y luego las sacrifican para deleitarse

con sus sabrosas costillas, o por qué mamá se marchó y no volvió. Hace muchas preguntas.

—¿Qué, Ty?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, Chico.

—¿Cómo sabes si estás enamorado?

Sonrí. Trato de no pensar adónde quiere ir a parar con eso. Entender la línea de pensamiento lógico del Chico es un ejercicio extraordinariamente inútil. Él piensa en un plano completamente distinto a todos nosotros. La semana pasada le expliqué, a insistencia suya, de dónde vienen los bebés. Se quedó con una expresión de meditación alarmante en la cara durante toda la conversación. Cuando hube terminado, se levantó y salió a jugar sin decir palabra. Más tarde, cuando le arropaba en la cama, por fin respondió: «Bear, ¿por qué diablos querría una chica sacar un bebé de esa manera?» No supe cómo contestarle entonces, como me pasa a veces. No mucha gente me deja sin palabras, pero Ty lo consigue a diario.

Ahora miro a Ty y enarco una ceja.

—¿Por qué? ¿Tienes alguien de quien no me has hablado, Chico?

Se encoge ligeramente de hombros.

—No. No necesariamente tiene que ver conmigo, Bear. Es solo una pregunta.

Por cierto, mi hermano tiene ocho años pero parece que tenga sesenta. No puedo reprochárselo, dado todo por lo que ha pasado en la vida. La mayoría de los chicos de su edad no han pasado ni por la cuarta parte de las cosas que le han tocado a él. Pero, al mismo tiempo, ¿cuántos niños de tercer curso conocéis que sean vegetarianos por decisión propia? Yo no tengo nada que ver con eso, creedme. Me gustan las hamburguesas con beicon y salchicha (y dejad de hacer muecas hasta que lo probéis: es delicioso). Pero me lo tengo merecido por dejarle ver documentales sobre mataderos en la tele. Desde entonces no ha sido el mismo.

Miro hacia delante para no alcanzar por detrás a nadie en la autopista, pero estoy contestando con evasivas y él lo sabe. Noto sus ojos clavados en mi nuca. Vuelvo a suspirar.

—Supongo que es cuando esas estúpidas canciones de la radio empiezan a tener sentido. —Echo un vistazo al retrovisor y le veo fruncir el ceño—. ¿A ti qué te parece?

Cuando se trata de esa clase de preguntas esotéricas, siempre me parece mejor dejar que conteste él. Pero las preguntas objetivas sobre bebés y cosas así, procuro responderlas yo. Aunque tenga ganas de tirarme de los pelos mientras lo hago.

Guarda silencio un momento antes de decir:

—Creo que es cuando no puedes pasar un día más sin la otra persona. Que hace que te sientas como si te ardiera el estómago pero de una forma agradable.

—Eso me parece bien.

—¿Bear?

—¿Sí?

—¿Podemos parar? Tengo que hacer pis.

—Claro, Chico. De todos modos vamos con tiempo.

Ve una señal que anuncia un área de servicio y tomo la salida. El aparcamiento está vacío y cae

una llovizna. Estaciono en una plaza delante de los aseos; ya conozco la rutina. Ty espera pacientemente en el coche mientras yo entro en los servicios de caballeros para cerciorarme de que están desiertos. Lo están. Salgo por la puerta y le hago una seña. Él baja del coche y se me acerca.

—Bear, me esperarás aquí, ¿eh?

No es una pregunta, sino una orden.

—Por supuesto.

—Muy bien, ahora vuelvo. Procura esperarme aquí.

Asiento con la cabeza, sabiendo que estaré allí tan seguro como lo sabe él. Ty se niega a utilizar los aseos públicos cuando hay alguien más dentro. Siempre me hace mirar primero. Solo entra cuando le indico que no hay moros en la costa. No me permite entrar con él, dejando muy claro que es «lo bastante mayor para orinar solo». Pero, antes de hacerlo, se cerciora de dónde voy a estar. Y me refiero al sitio exacto. Si me muevo uno o dos pasos de donde he dicho que estaría, se da cuenta. Sé que entiende que no le abandonaré nunca, pero aun así necesita esa seguridad. Ocurre lo mismo con la hora a la que lo recogeré de la escuela o la hora a la que saldré del trabajo. Si llego tarde, tiene una especie de ataque de pánico que le constriñe la respiración y le provoca pensamientos que sabe que no son ciertos. Le llevé a un médico de una clínica gratuita, quien sugirió someterle a un tipo de medicación ansiolítica que en teoría hace furor últimamente. Pero Ty nos dijo sin rodeos al doctor y a mí que no quería convertirse en «uno de esos chicos». Trato de no llegar tarde. Es más sencillo.

Le oigo tararear mientras hace pis, su señal de que le llevará algún tiempo, de modo que me vuelvo para observar la lluvia. Estamos a finales de mayo, pero en Oregón eso no importa. Aún puede llover y hacer frío en cualquier momento, y no se puede hacer gran cosa para remediarlo. Sobre todo si vives en Seafare, un pueblo de la costa del Pacífico, como nosotros. Para alguien que no haya estado nunca en la costa de Oregón, allí el océano no tiene nada que ver con el de California. El clima es frío, brumoso y lluvioso la mayor parte del tiempo. Claro que disfrutamos de algunos días soleados, pero el noroeste del Pacífico tiene una fama justificada. He oído decir que aquí se suicida mucha gente. Personas raras.

Estamos haciendo el trayecto de cien kilómetros hasta Portland para recoger a mi mejor amigo, Creed Thompson, en el aeropuerto. No le he visto desde que vino a casa por las vacaciones de primavera. Es estudiante de penúltimo año en la Universidad de Arizona State, donde hace ciencias informáticas. Muy pronto se licenciará, empezará a trabajar en IBM o en Google y ganará un montón de dólares al año, pero ahora mismo sigue siendo Creed, el chico que conozco desde mi primer día en la escuela de primaria de Seafare en segundo curso. Conectamos enseguida, quizá por lo opuestos que éramos. Él es extrovertido y puede hablar con cualquiera, mientras que a mí no me gusta la mayoría de la gente. Sus padres aún están casados (y vivitos y coleando). Son ricos, pero no tanto como para distraerse con todo lo que tienen. Evidentemente, yo no soy rico. Y la vida sigue.

El señor Thompson había tenido una empresa de informática en Seattle a finales de los años ochenta y principios de los noventa y lo había vendido todo antes de que se fuera al carajo. Entonces decidió que detestaba vivir en una gran ciudad y tener tantas cosas. Vendió todo lo que no quería y trasladó a su familia a Seafare. Siempre me llamó la atención que el señor Thompson parecía ser la

única persona rica que detestaba ser rica. Pero eso no le impidió comprar una de las casas más grandes de Seafare, donde he pasado mucho tiempo a lo largo de los años. La misma casa en la que pronto celebraremos una fiesta de cumpleaños sorpresa para Ty, siempre y cuando pueda mantenerla en secreto.

Los padres de Creed son unos padres muy guays, pero me alegro de que se hayan ido. No definitivamente, sino a algún país en una especie de retiro, ayudando a construir casas en África o curando leprosos en Suecia, no lo sé. Sé que estarán fuera hasta noviembre, así que dispondremos de una casa grande y vacía para todo el verano. Estará bien salir de nuestra birria de piso durante los próximos meses.

No me interpretéis mal; tengo amigos. Solo que resulta que la mayoría de ellos estudian en otro sitio y tienen su propia vida, sea la que sea. La mayoría no vuelve a Seafare si puede evitarlo. Los demás podrían ser imaginarios. Creed regresa a menudo, afirmando que Arizona está situada, de hecho, en la superficie del sol, no al lado de California como dicen los mapas. Pero ahora que sus padres están ausentes la mayor parte del tiempo, siempre puede volver aquí y es como si tuviera una casa de vacaciones para él solo, lo que es genial si te gusta esa clase de cosas. Cuando se lo comenté me miró con extrañeza y dijo que no se le había ocurrido en ningún momento. Ya no hemos hablado más de ello.

Cuesta trabajo mantener amistades normales cuando eres el tutor del niño de ocho años más listo del mundo. La mayoría de la gente no podría entender por qué hice lo que hice. Diablos, hay veces que ni siquiera yo lo entiendo. La única forma en que puedo racionalizarlo es que una persona es capaz de hacer cosas extrañas si no tiene más remedio.

La otra única persona a la que me gusta ver es la que considero mi novia, Anna Grant. Pero vive también en Seafare, y se traslada cada día al condado vecino para asistir a la escuela municipal de allí, así que no es que no la vea. Fue la segunda persona que conocí después de Creed. Estamos juntos a menudo, pero eso no significa la mayor parte del tiempo. No es ningún chiste: en una ocasión nos encontramos y rompimos a los cinco segundos cuando le dije sin querer que parecía tener la nariz chata desde el ángulo en el que me hallaba. No pretendía ofenderla; se me escapó de la boca. Se enfadó y se fue hecha una furia. Cinco segundos. Pero es mi mejor amiga, así que generalmente trato de no preocuparme. Compruebo que, si te preocupas en exceso, pasas menos tiempo haciendo otras cosas.

Como estar de pie bajo la lluvia en un área de servicio, esperando a que tu hermano acabe de hacer pis. Me vuelvo hacia la puerta y todavía le oigo canturrear. Consulto mi reloj. Son las dos y media. Tenemos que recoger a Creed en media hora, y aún nos quedan algunos kilómetros.

—Chico, ¿estás bien? Tenemos que irnos.

Oigo que deja de tararear.

—Bear, yo no te hablo cuando vas al baño —responde prosaicamente.

Touché!

Sale al cabo de unos minutos. Me aseguro de estar en el sitio exacto en el que me ha dejado. Veo que me dirige una mirada apreciativa al encontrarme allí. Le tiendo la mano, me la coge y regresamos bajo la lluvia.

—¡Allí está!

Ty señala entusiasmado. Veo a Creed de pie junto a la entrada de una terminal. Me ve acercarme, Ty le hace señas con la mano como un loco, y se echa a reír. La mayoría de las chicas consideran que Creed «está como un tren» (según sus propias palabras) y supongo, desde el punto de vista de un hombre, que no está mal. Tiene el pelo rubio, corto y rebelde, unos dientes blancos y regulares, los ojos verdes, y hasta admitiré que es corpulento. Aparentemente ha acumulado todavía más músculos que la última vez que le vi en marzo. Y es alto, lo cual me amarga la vida porque solo mido metro setenta y tres. Y tengo el pelo oscuro. Y los ojos marrones. Y soy de piel pálida. Y creo por alguna razón que aún conservo algún diente de leche, porque uno es mucho más pequeño que los demás. Le digo a Creed que el único motivo de que sea su amigo es porque es un chico rico, grande y rubio. Él dice que el único motivo de que sea mi amigo es porque soy menudo, blanco y vivo en el gueto con mis dientes de leche. Nos llevamos de fábula.

Abre la puerta y echa sus bolsas sobre el asiento trasero, al lado de Ty. Sube y me sonrío. Extiende un brazo, me lo pone alrededor de los hombros, me atrae para darme un abrazo y noto el agua de lluvia corriendo por mi mejilla. Me da las tres palmaditas en la espalda preceptivas del abrazo entre hombres y se aparta.

—¿Qué pasa, tío? ¿Cómo va la vida en la costa?

Sonrío y me encojo de hombros.

—Igual que la última vez que hablamos. Creo que si ocurriera algo gordo lo sabrías.

Vuelve a sonreír, mira por encima del hombro hacia el asiento de atrás y se frota las manos rápidamente sobre la cabeza, salpicando agua sobre mí y sobre Ty. Mi hermanito se ríe fingiendo quejarse.

—¿Qué pasa, Chico? ¿Bear te trata bien, o tengo que bajarle los humos con unos azotes?

Ty se lleva una mano a la barbilla en un gesto de concentración y piensa un momento.

—Quizá solo un azote. No me dejó llevarme el nuevo documental sobre la PETA^[1] del videoclub.

—¡Eso fue hace un mes! —protesto, a sabiendas de lo que vendrá.

Ty me fulmina con la mirada.

—Me acuerdo de las cosas.

Creed se echa a reír.

—Entonces un azote —dice, y me golpea con el puño en el hombro.

Sí, no hay duda de que ha ganado musculatura.

—Cabrón —gruño, frotándome el hombro—. Deberías haber visto esa película. No hablaba más que de cómo convertirse en ecoterrorista y luchar contra el sistema. Si el Chico la hubiera conseguido, ahora seguramente le pondría una bomba a algún famoso por vestir pieles.

—Eh, no te quejes —dice Creed—. Por lo menos no ha sido como la última vez, cuando dijo tres azotes por no conseguirle la marca de leche de soja que le gusta.

¿Cómo podía olvidarlo? Había tenido un moratón en el brazo durante un mes.

Ty habla por mí.

—Ahora me trae la marca correcta. Y, Bear, no me puedo creer que hayas dicho que iba de «cómo luchar contra el sistema». Supongo que es desalentador para cualquier niño enterarse de que su hermano mayor sigue viviendo en la época de Reagan.

Ni siquiera sé qué significa eso.

Una hora más tarde todavía estamos en la autopista por culpa de un embotellamiento y llueve con más intensidad. Creed nos ha estado contando cómo le va por Arizona, más para Ty que para mí, ya que charlo con él varias veces por semana. Ty le habla del nuevo profesor que tiene en la escuela, al que ha tenido que corregir en algunas ocasiones cuando se ha equivocado en clase, y le dice que tuve que asistir a una entrevista de «hermano-profesor» (se niega a llamarlo padre-profesor). Hace una mueca cuando cuenta a Creed que el señor Epson calificó a Benjamin Franklin de un buen presidente. Creed se apresura a mirarme, yo asiento con la cabeza, y entonces se vuelve horrorizado hacia Ty, preguntando cómo alguien puede confundirse hasta ese punto.

—¡Ya lo sé! —murmura Ty en tono amenazante—. Por lo visto no piden ningún nivel para enseñar tercer curso. Y todavía nos falta un mes para terminar la escuela.

Diez minutos después, Ty ha dejado de hablar y duerme con la cabeza recostada sobre las bolsas de Creed. Este echa una mirada para cerciorarse de que el Chico está dormido, se vuelve hacia mí y dice en voz baja:

—Yo creía que Benjamin Franklin fue presidente.

—¡Yo también! Tuve que consultarlo para asegurarme. Por lo visto, no hizo muchas cosas que yo creía que había hecho.

—Pero tenía pasta, ¿no?

—Sí, así es. ¿Cómo la consiguió si no fue presidente?

—Seguramente tenía una polla grande.

Sonrío.

—¿Quieres decir que cuanto más grande, mayor es el billete en el que sales?

—Sí. Pobre George —dice Creed, riendo—. Por supuesto, yo saldría en el billete de un millón de dólares.

—No hacen billetes de un millón de dólares.

—Sí, claro. No han visto lo grande que es mi polla. —Ambos nos reímos. Entonces se calla y me mira—. Me alegro de verte, Bear. Gracias por recogerme.

Me encojo de hombros.

—Claro. No vuelves cada día, así que no tiene importancia. ¿Cómo te fueron los exámenes finales? —pregunto, intentando prolongar la conversación a partir de donde inevitablemente llegará.

Gruñe y se tapa el rostro.

—Una pesadilla. No creo que me dejen volver el próximo semestre.

—Embustero.

Creed sonrío.

—Tienes razón. Bear, hubiera podido hacer esa mierda en sueños. Me aburre mucho la universidad. Ahora mismo estoy haciendo las malditas prácticas, y es literalmente lo más estúpido que he hecho nunca. Por lo visto «alumno en prácticas» significa «chico de los recados con pretensiones». —Sacude la cabeza—. Pero cuando me licencie tendré una buena recomendación. Por cierto, ya sé que aún falta un año, pero procura recordar que tú y el Chico tendréis que estar en Phoenix para asistir a la entrega de mi título universitario.

Asiento con la cabeza.

—Me concederá el tiempo suficiente para empezar a ahorrar algún dinero. Deberíamos poder arreglarlo, por lo menos para un par de días.

¡Maldita sea! ¿Por qué tenía que...?

—Bear, si me dejaras... —empieza Creed, emprendiendo el mismo baile de siempre cuyos pasos ya he memorizado.

Le interrumpo.

—No empieces otra vez. Sabes que si necesitara ayuda, la pediría. No es que sea demasiado orgulloso para no saber pedir si lo necesito.

Él mira a través de la ventanilla.

—Sé que te asegurarías de cubrir las necesidades de Ty, pero no pedirías ayuda para ti mismo.

No respondo porque sé que es verdad, y cualquier cosa que dijera en sentido contrario nos parecería hueca a ambos.

Creed se vuelve hacia mí.

—Vamos, Bear. Sabes que me preocupo por ti y el Chico. Es mi derecho como tu mejor amigo y mi oficio como el tío Creed.

—Ya lo sé —digo irritado—. Pero ahora mismo no nos va mal. Casi me he puesto al día con las facturas. No vamos tan retrasados en el alquiler como el año pasado. Las únicas cosas que me preocupan de veras ahora mismo son qué hacer con la escuela del Chico el año que viene y... —miro hacia atrás para cerciorarme de que Ty aún duerme— su fiesta de cumpleaños.

—¿La entrevista hermano-profesor?

—La entrevista hermano-profesor. Por lo visto es una «alteración» en clase, pero hasta el profesor y el director creen que se debe a que es demasiado inteligente para el material. Quieren trasladarle a quinto curso el año que viene, pero no sé.

Creed suelta un silbido.

—¿Saltarse un curso? ¿Cómo diablos ha llegado a ser tan listo? —Sonríe y me da un golpe amistoso en el hombro—. Sabemos que no es nada que hayas hecho tú.

Le devuelvo el golpe, con cuidado de no dar un volantazo y acabar con el coche en la cuneta.

—¡No me digas! Eso ya lo sé. Solo me pregunto si necesita la alteración de saltarse un curso. No sé si sería bueno para él o no. —Y de veras lo creo. No sé si es una bendición o una maldición que mamá optara por dejarme con el niño más listo del planeta—. Decida lo que decida, quieren una respuesta dos semanas antes de que empiece el nuevo año escolar, para asignarle a un aula.

—¿Y ya no te joden más con lo del acta notarial? —pregunta él.

Niego con la cabeza.

—No. No tanto como al principio. Pero han estado tratando conmigo desde que Ty estaba en el parvulario. ¿Sabes?, asistí a más entrevistas de esas que mi madre. Lo único que cambió en realidad fue que ya no se necesitaba su visto bueno.

Naturalmente, aquello me había aterrorizado al principio: que tuviera la potestad última sobre todo lo relacionado con Tyson. Aunque había sido yo quien asistía a esas entrevistas con profesores y a las consultas médicas cuando mamá aún estaba con nosotros, normalmente era ella quien tomaba las decisiones. Recuerdo haber temido que todo lo que hacía saldría mal y que no habría nadie que rectificara mis errores. Ahora que lo pienso, no sé muy bien cómo hemos sobrevivido. Por pura fuerza de voluntad, si acaso.

Creed se vuelve a mirar a Ty y luego a mí.

—Tío, si me hubieras dicho hace tres años que tendríamos esta conversación habría dicho que estabas colocado.

—Lo sé. Es de locos, ¿verdad?

Se echa a reír.

—Un papá Bear total. —Mira a través de la ventanilla cuando entramos en el límite municipal de Seafare—. ¡Ah, hogar, dulce hogar! ¿Sabías que cuando salí de Phoenix había 45 grados en el exterior?

Hago una mueca. No entiendo cómo alguien puede vivir con un tiempo así. El Chico y yo fuimos a ver a Creed durante sus vacaciones navideñas hace un par de años. La víspera de Navidad hacía calor y nos bañamos en la piscina en una barbacoa. Juro que contraí cáncer de piel durante la semana que estuvimos allí. El Chico me dijo que yo era un peliculero. Arizona es un lugar extraño. Prefiero el océano y el frío.

Tomo Seaway Avenue, que desemboca en el sector de Pinecrest Coast, donde se encuentra la casa de Creed. Y antes de que esto llegue más lejos, dejadme repetir una cosa para que quede bien claro. La familia de Creed es rica; yo, no. Es así y basta. No soy una especie de tópico descarriado al que hay que rescatar de su vida mísera. No lucho contra aquellos que me oprimen como en una película de la semana. No es más que la realidad de la vida, y es como es y blablablá... No me va mal. No nos va mal. He aprendido en mi corta estancia aquí en la Tierra que las cosas siempre podrían ir peor.

Creed está diciendo algo sobre una chica a la que se ha cepillado, quiere cepillarse o dejó a medio cepillar cuando enfilamos su calle y sus palabras se interrumpen. Le miro y le veo mirar por la ventanilla.

—¿Qué ocurre?

—¿De quién es el coche que está en la entrada de mi casa?

Miro calle abajo y, en efecto, veo un Jeep Cherokee más viejo aparcado delante del garaje de cuatro plazas de Creed. Es negro y le falta un tapacubos. No lo había visto antes, y no creo que sea de sus padres.

—¿Crees que deberíamos parar?

Se ríe.

—¿Y adónde iremos? Si ha entrado alguien, por lo menos debo procurar que no se lleven todas

mis cosas.

Nos acercamos a la casa, lo suficiente para comprobar que no hay nadie en el Jeep y para ver que la puerta principal está cerrada y no astillada como mi mente hiperactiva había creído.

—Aparca al lado —dice, señalando un hueco en el camino de acceso—. Entraré. Tú quédate aquí fuera con el Chico y con la ventanilla abierta. Te gritaré si necesito ayuda.

Pongo los ojos en blanco.

—Parece un plan genial. Procuraré acudir corriendo. Juntos podremos reducirles con todas las armas que llevo en el coche. Muy elaborado.

Creed no dice nada mientras abre su puerta y sale a la lluvia. Le veo mirar a través de las ventanas de la puerta del garaje, pero no ve nada que le haga regresar corriendo al coche. Cojo mi móvil, marco el 911 y dejo el dedo suspendido sobre la tecla de envío, por si acaso. Echo un vistazo al retrovisor y compruebo que Ty sigue dormido sobre las bolsas de Creed.

Creed se dirige hacia la puerta principal, la abre con sus llaves y la empuja hacia dentro. Entonces dice con voz ahuecada y sacando pecho: «¿Hola?» Doy un respingo y llamo al 911 sin querer. Miro horrorizado el teléfono y cuelgo, esperando que mi llamada no haya llegado a su destino porque esa gente puede localizarte donde sea. Levanto los ojos a tiempo de ver cómo Creed se dobla por la cintura, riendo.

—¡Ni hablar! —grita al interior de la casa.

Se encamina hacia el coche en el que estoy, ignorando aún si hay ladrones o si el 911 me devolverá la llamada.

—¿Quién es? —inquiero cuando abre la puerta.

Creed sonrío al Chico, dormido sobre sus bolsas, y me mira con ojos chispeantes.

—Tío, es Otter. Mi hermano mayor ha vuelto a casa.

En que Bear trata de explicar varias cosas

Muy bien, ya sé lo que estáis pensando: primero Bear, ¿y ahora un tipo llamado Otter? Puedo explicar eso también.

¿Recordáis cuando os dije que Ty es el motivo de que mi mamá y todo el mundo empezaran a llamarme Bear? Supongo que era una especie de venganza cósmica por lo que le hice al hermano mayor de Creed. Cuando conocí a Creed a la tierna edad de ocho años, yo era infinitamente más tímido de como soy ahora. Ahora me siento a gusto conociendo gente nueva. Pero en aquel entonces era una pesadilla con los desconocidos. Había ido a casa de Creed por primera vez para jugar y pasar allí la noche. Mi mamá tenía un nuevo novio que requería todo su tiempo (oh, ya lo sé: pobrecito de mí, ¿verdad?) y el Chico aún tardaría unos años en llegar. Así pues, cuando mamá averiguó que había hecho un nuevo amigo, me empeñó de inmediato a aquella familia, que bien habría podido echarme una mirada y cerrar la puerta. Pero no lo hicieron, y al poco tiempo la mamá de Creed ya identificaba mi voz cuando llamaba por teléfono, y cenaba en casa de ellos más a menudo que en la mía. Entonces llegó Ty y tuve que abstenerme una temporada para quedarme en casa y ayudar a mamá.

La primera vez que fui a casa de Creed estaba hecho un manojo de nervios, y todo tenía que ver con aquel ente desconocido, aquel ser llamado Hermano Mayor. Creed me había dicho antes que tenía dieciséis años y era un gilipollas, pero que nos dejaría en paz si nosotros le dejábamos a él. Naturalmente, aquello me tenía aterrorizado a más no poder. Me imaginaba que aquel adolescente descomunal me descuartizaría solo con mirarle mal, y de repente no quise ir. Supliqué a mamá, pero me dijo que Bill, Frank, John, Bob o cualquiera que fuese el nombre monosílabo del tipo con el que salía entonces iba a llevarla a un sitio elegante, que ella se lo merecía y si yo no creía que se lo merecía. Y, por supuesto, no se habló más del tema, y dos horas después me encontraba en el porche delantero de los Thompson con una bolsa de Transformers que mi mamá había comprado en un mercadillo para la ocasión. Llamé al timbre, preguntándome cómo sonaría el timbre de un rico, y justo me sorprendía al comprobar que sonaba igual que el nuestro cuando la puerta se abrió.

—¿Quién eres? —dijo el chico mayor, mirándome ceñudo por encima de su Gameboy.

Lo primero que pensé fue en lo impresionado que estaba de que tuviera una Gameboy. ¿Os acordáis de aquellos cacharros de pantalla verde sucio que reducía todos los juegos a puré de guisantes? Siempre quise uno, pero mi mamá dijo que era mejor tener un techo sobre la cabeza. No he sido nunca de los que tratan de discutir esa clase de lógica.

Lo segundo que recuerdo es que Creed había dicho que su hermano podía ser un gilipollas, y desde luego eso significaba que era capaz de asesinar y que no vacilaría en asesinarme a mí. De modo que grazné mi nombre y pregunté si Creed estaba en casa. Él llamó a Creed gritando por encima del hombro y se alejó. No supe si seguirle o quedarme donde estaba. Mis piernas se negaban

a moverse, así que decidí que era mejor esperar fuera. Creed apareció en la puerta, me cogió del brazo y me estiró. Entré y saludé a sus padres, a los que había visto un par de veces. Creed me llevó a su habitación para que dejara allí mis cosas. Pasamos delante de otra puerta, cuyas bisagras estaban a punto de saltar por efecto de las vibraciones de la música que atronaba dentro y que tenía un cartel escrito en una letra a mano casi ilegible. Y juraré por Dios hasta el día que me muera que ponía: HABITACIÓN DE OTTER. PROHIBIDA LA ENTRADA.

Pues bien, yo no sabía cómo se llamaba el hermano mayor de Creed cuando llegué, y durante el trayecto hasta la habitación de Creed me estuve preguntando por qué su hermano se llamaba así. Se lo pregunté en voz baja en su cuarto después de asegurarme que no podía oírme nadie más, pues no quería provocar la ira de alguien que pudiera estar escuchando. Recuerdo que Creed se echó a reír como un histérico hasta que se le saltaron las lágrimas. ¿Sabéis cuando alguien encuentra algo muy divertido a lo que no acertáis a verle la gracia, pero se ríe tanto que finalmente os hace reír también? Pues eso fue lo que ocurrió. Estábamos los dos desternillándonos de risa, pero uno de nosotros ignoraba qué era tan divertido. Entre hipos y mocos colgándole de la nariz, finalmente Creed me dijo que su hermano se llamaba Oliver.

Todo iba bien hasta que Creed sacó el tema a colación mientras cenábamos.

En ese momento deseé, como no lo había hecho nunca antes, poder desaparecer, volverme invisible, caerme muerto, cualquier cosa con tal de escapar de mi estupidez absoluta. Naturalmente, supuse que todos se reían de mí. Me notaba la cara ardiendo mientras trataba de pensar en algo divertido que hubiera visto para contener las lágrimas. Pero finalmente, por suerte, la conversación pasó a otra cosa. Estuve lanzando miradas de soslayo a Oliver, preguntándome hasta qué punto se había enfadado conmigo y cómo planeaba vengarse. En una ocasión me sorprendió mirándole y me dirigió una sonrisa torcida. Le chispearon los ojos.

Aparté la mirada.

La siguiente vez que fui a casa de los Thompson todos le llamaban Otter.

Extiendo un brazo y sacudo ligeramente al Chico, tratando de despertarlo. No le gusta despertar en sitios extraños, así que es una misión delicada. Por fin abre los ojos, mira a su alrededor hasta que me encuentra y se relaja visiblemente.

—¿Qué pasa, Bear? —pregunta, bostezando.

—Estamos en casa de Creed. ¿Te acuerdas que dije que vendríamos aquí esta noche? ¿Sigue pareciéndote bien que nos quedemos un rato?

En realidad tenía intención de pasar la noche aquí, pero ahora que está Otter ya no me apetece. Es una larga historia.

El Chico se estira y asiente con la cabeza.

—¿Crees que Creed aún tiene el History Channel en su tele?

Intento disimular una sonrisa, pero no lo consigo del todo.

—Seguro que sí. Pero ¿no quieres ver dibujos u otra cosa? —Me mira como si estuviera loco. Suspiro y me recuerdo una vez más lo poco convencional que es mi hermano y lo normal que resulta

eso. Vacilo antes de pronunciar las siguientes palabras, pero solo un momento—. Adivina qué, Chico. Otter también está aquí.

El Chico calla un momento, pensativo.

—Ha pasado algún tiempo —se limita a decir por fin.

Se desabrocha rápidamente el cinturón de seguridad y baja del coche a la lluvia. Le subo la cremallera de la chaqueta, me doy cuenta de lo estrecha que le viene y me pregunto si debo comprarle una nueva. Trato de pensar si tiene alguna otra chaqueta en el armario de casa, pero no lo recuerdo. No pasa nada. Por ahora. De momento, parece estar a gusto.

—Bear, ¿entras o qué? —pregunta Creed desde la puerta.

Me sobresalto al percatarme de que Ty ya ha entrado corriendo y yo estoy mojándome en el camino de entrada. Sonríe avergonzado y me paso las manos por el pelo.

Cuando entro en la casa, oigo a Ty llamar a gritos a Otter mientras sube la escalera precipitadamente. Creed me mira y pone los ojos en blanco.

—Supongo que ya me han sustituido.

—No te lamentes —le digo—. El Chico piensa que eres guay, pero «¡Otter mola!».

Trato de imitar la voz aguda del Chico.

—Es la historia de mi vida —murmura Creed.

—¿Por qué está aquí? —pregunto en un tono despreocupado, pero Creed no me oye.

Le sigo al interior de la cocina, desde donde oigo a Otter bajando pesadamente la escalera y a Ty hablándole sin parar. Les veo pasar junto al acuario al pie de la escalera y me fijo en que Ty ya está encaramado a la espalda de Otter, rodeándole el cuello con los brazos amigablemente mientras se ríe en su oído. Otter luce en el rostro la misma sonrisa torcida que ha tenido siempre. Me acuerdo de cuando antes me llevaba así. Es un poco más bajo que Creed, pero más musculoso. Todo lo demás, desde el pelo rubio muy corto hasta los ojos verdes, es idéntico. Desde luego, es mayor que Creed y yo, veintinueve años frente a los veintiuno que acabamos de cumplir. En realidad no ha cambiado mucho con los años. Me sorprendo desacostumbradamente fascinado por las venas que se hinchan en sus brazos enormes, la descomunal longitud de su espalda bajo la camiseta que lleva. Sus manos gigantescas, las arrugas que se forman en las comisuras de sus ojos cuando sonríe. Hay algo rondándome la cabeza, pero ahora no puedo reparar en ello y me regaño en silencio por fijarme en esas cosas de él. De mí mismo. ¿Qué diablos me importan?

Otter deja al Chico sobre la encimera de la cocina, dedicándole aún toda su atención. Ty le cuenta alguna historia relativa a los perjuicios de la producción de jamón y baja los ojos un momento. Es entonces cuando Otter mira un instante por encima de la cabeza de Ty y me busca. Sus ojos encuentran los míos, y Otter exhibe su otra sonrisa característica antes de devolver enseguida su atención al Chico. Sabe mejor que nadie que cuando Ty te está hablando de algo tan importante como la fabricación de jamón debes hacerle caso como si fuera lo último que oirás en tu vida. Intento no fijarme en mi paso vacilante cuando Otter aparta la mirada.

Entro en la cocina. Creed saca cervezas del frigorífico y me ofrece una. La cojo. Lanza otra a Otter, que la captura hábilmente con una mano sin apartar los ojos de Ty en ningún momento. Ty se interrumpe en una frase, y entonces Creed exclama:

—Chico, ¿quieres una cerveza?

Ty abre los ojos como platos antes de entrecerrarlos con recelo.

—¿Y si digo que sí?

Creed se encoge de hombros.

—Entonces diría que deberías preguntárselo a Papá Bear.

El Chico me lanza una mirada de soslayo antes de dirigirse a Creed.

—Bear y yo ya hemos hablado de eso, y cree que soy lo bastante mayor.

Doy un respingo.

—¡Y un cuerno hemos hablado! Pequeño embustero.

El Chico vuelve a mirar a Otter, que se esfuerza por poner cara seria.

—Tú me crees, ¿verdad, Otter? —pregunta, haciendo que su voz parezca la de un pobre huérfano mendigando algo de comer.

Otter no puede contenerse más y estalla en carcajadas, un sonido atronador que retumba en las baldosas de la cocina. Ty se cruza de brazos con el ceño fruncido.

Otter se serena un momento y baja los ojos hacia el niño que tiene delante.

—Haremos una cosa —propone. Ty le presta atención en el acto—. ¿Qué te parece si te doy un sorbo de mi cerveza, pero solo un sorbo, y después voy a buscarte un helado de soja?

¿Helado de soja? Debería haber pensado en eso.

Ty mira a Otter un momento para cerciorarse de que no bromea y después me mira a mí, con ojos suplicantes. Finjo pensármelo un poco mientras Otter, Creed y el Chico empiezan a emitir sonidos lastimeros como si me rogaran. Levanto las manos en el aire y Ty sabe que me ha vencido.

Otter coge su botella de cerveza y se la pasa a Ty, diciendo:

—Puedes beber hasta que cuente tres, y entonces basta, ¿de acuerdo? —Ty asiente y se lleva la botella a los labios—. Uno, dos... y tres. Basta.

Le quita la botella a Ty, que se queda un momento quieto antes de soltar un fuerte eructo. Todos nos reímos, y Otter choca la mano con el Chico, que sonrío, sabedor de que es uno de los nuestros.

Otter levanta fácilmente a Ty de la encimera y le deja en el suelo. Con su voz más ronca, le pregunta si está demasiado borracho para andar y si sabía que eso era ilegal. Ty responde que sabe que era ilegal, pero que ha sido presionado por el grupo paritario, como Creed me incitó a beber la primera vez.

Creed pone los ojos en blanco, se inclina hacia mí y me susurra:

—¿Eso le has dicho? Eres un embustero.

—¿Qué puedo decir? —le respondo—. Era joven e impresionable, y me coaccionaste.

Creed se atraganta con su cerveza y la derrama al suelo. Busca un trapo al mismo tiempo que me maldice. Mientras sonrío satisfecho a Creed, noto un brazo fuerte que se posa sobre mi hombro. Miro y veo a Otter de pie a mi lado con su sonrisa torcida. Sus dientes son grandes y blancos.

—Hola, Bear —dice Otter.

Sus ojos rezuman determinación.

—Hola, Otter —contesto, devolviéndole la mirada y resistiendo el impulso de apartarle el brazo.

Durante un momento parece a punto de hablar, pero algo que le pasa por la cabeza le hace

cambiar de opinión y lo retira. Me abraza con un brazo, retrocede y se planta frente a mí, con los ojos fijos en la cerveza que tiene en la mano. Me pregunto qué ha ocurrido y qué se disponía a decir. Me pregunto muchas cosas, pero son aplastadas todas por el sonido de la lluvia sobre el tejado. Bajo la vista hacia Creed, pero sigue centrando su atención en la cerveza derramada, así que no ha visto nada. No es que hubiera nada que ver. Devuelvo la mirada a Otter, y estoy tratando de ordenar mi confusión mental cuando él dice:

—Bueno, ¿qué te cuentas, Papá Bear?

Me encojo de hombros.

—Nada nuevo, supongo. ¿Cómo te va a ti? No te veía desde... ¿cuándo? ¿Las penúltimas navidades?

Digo esto último con frialdad, pues ambos sabemos perfectamente cuándo fue la última vez que le vi.

Se dispone a hablar de nuevo, pero esta vez es interrumpido por Creed.

—Sí, ¿qué pasa, Otter? No es que me importe, pero ¿por qué has venido? ¿San Diego te agobia demasiado?

Otter se encoge de hombros, y no creo que vaya a contestar cuando dice:

—Me ha parecido que necesitaba cambiar un poco de aires.

Toma otro trago de su cerveza y ya no habla más, lo cual me saca de quicio.

Se había licenciado en la Universidad de Oregón, en Eugene, y se había quedado en Seafare una temporada. Después de marcharse mi mamá, sucedió algo inesperado, y entonces Otter también se fue. Solo le he visto una vez en los últimos tres años. Sé que trabaja en una especie de agencia fotográfica de allí, donde por lo visto es un hacha. La casa en la que me encuentro ahora está repleta de fotos suyas, el equivalente de su mamá a colgar hojas de colorear y exámenes con buenas notas en el frigorífico.

—Ajá —dice Creed—. ¿Estás seguro de que no tienes problemas con tu no...?

—¡Tío Creed! —grita el Chico desde la salita interrumpiendo a Creed, pero no antes de que vea la mirada de advertencia que le dirige Otter.

Creed sonrío satisfecho y grita a su vez:

—¿Qué pasa, Chico?

—¿Ya ha ido Otter a buscarme el helado de soja?

Otter se echa a reír.

—¿Estás insinuando que tengo que ir ahora mismo?

—Sí. No pretendía ser maleducado, pero me gustaría tomarme el helado cuando hagan mi programa.

—¿Qué programa es ese? —pregunto, tratando de recordar si me lo ha dicho.

—Es un programa sobre la historia de los mataderos en los años 1920 —responde él.

—Oh, Santo Dios —murmuro.

No hay nada tan aguafiestas como ver cómo se hacen las hamburguesas. Ni nada tan aburrido como la historia que hay detrás. Me vuelvo para disculparme con Creed y Otter, pero Creed me detiene porque sabe qué es lo que pretendo.

—Bear, cállate y deja que el Chico haga lo que quiera. —Apura su cerveza y abre la nevera para coger otra, diciendo—: Además, yo también quiero verlo, y comprobar cuánto tardo en emborracharme lo suficiente para que me parezca divertido. ¿Por qué no le acompañas? —me sugiere—. Dejad que Ty pase un rato con el tío Creed mientras vosotros estáis fuera.

Se me ocurren por lo menos cuatrocientas razones por las que esa es una mala idea y miro a Otter, que anda buscando sus llaves.

—¿Quieres que vaya? —pregunto.

Me arrepiento tan pronto como digo estas palabras. Mi boca tiene tendencia a moverse sola.

Otter parece sorprendido, aunque accede de inmediato. Le digo que vuelvo enseguida y voy en busca del Chico.

Recorro el pasillo, deteniéndome de vez en cuando a mirar las fotos de las paredes. Hay una de Creed, Otter y sus padres que tendrá cosa de quince años. También otras individuales de Creed, Otter y demás miembros de la familia: abuelos, tías, tíos... Antes me causaba extrañeza ver esas fotografías. En nuestra casa no teníamos colgado nada parecido. Mi mamá dijo que, cuando yo tenía siete años, me llevó con ella a hacernos fotos «profesionales». Recuerdo que lo dijo con orgullo. Pero cuando le pregunté dónde estaban aquellas fotos contestó que no se acordaba.

Llego a otra fotografía en el pasillo y me paro. Es en blanco y negro, y está tomada cuando Creed y yo teníamos quince años. La sacó Otter, y nos muestra saltando desde un trampolín gigante que antes tenían en el jardín de atrás. Otter nos pilló a medio salto, con el pelo más largo alborotado alrededor de la cara y la camiseta algo levantada sobre el estómago, dejando al descubierto unas franjas blancas de piel. Me miro en la instantánea y me doy cuenta de cómo he cambiado. De lo distintas que son ahora las cosas.

Durante todo el instituto estuve demasiado flaco, hasta que finalmente enfermé y me puse a entrenar. No estoy tan cachas como Creed, pero he mejorado mucho desde entonces. No tengo cara de tragedia griega, sino un buen cutis. No estoy bronceado, pero la mayoría de la gente que vive aquí tampoco lo está. Tengo los ojos marrones y el cabello negro; ya debería cortármelo. Tengo una cicatriz blanca en la frente, junto a la ceja derecha, allí donde Creed me golpeó sin querer con un bate de aluminio cuando tenía trece años. Requirió cuatro puntos, y mi mamá estuvo conmigo en la sala de urgencias, diciéndome que tratara de conseguir un poco de Vicodin. Lo hice y se lo di.

Nunca me han preocupado las apariencias ni he sido vanidoso (por lo general). A decir verdad, no tengo tiempo para eso. No poseo ropa elegante ni me hago peinados caros, y tampoco le veo ninguna necesidad. Me preocupa más tener un techo sobre nuestras cabezas y comprar a Tyson zapatos nuevos casi cada dos semanas. No sé cómo es posible que un niño de nueve años gaste tantos pares de zapatos. Así las cosas, he aprendido que resulta mucho más fácil ser humilde cuando te ves obligado a ello. Podéis considerarlo una enseñanza mía para la vida. De nada.

Respiro hondo y vuelvo a mirar la foto, un momento captado de lo que parece una eternidad.

Accedo a la salita y veo al Chico reclinado en el sofá, con la cabeza sobre un cojín y los ojos muy abiertos mientras ve otro programa que parece sacado de la película original de *La matanza de Texas*.

—Chico —le digo con un gruñido—. No sé cómo esto no te provoca pesadillas. A mí me pone

los pelos de punta.

—Quizá te sientas culpable de lo que comes —replica inexpresivamente, sin levantar los ojos para mirarme.

—Pequeño granuja.

Me inclino y le hago cosquillas debajo de las costillas, allí donde sé que es más sensible. A mamá y a mí nos ocurre lo mismo. Ty trata de contener la risa, pero pronto empieza a gritar «¡Bear, Bear!» mientras intenta escabullirse. Finalmente paro, y él me mira con una expresión tal que por un momento me siento cegado por el amor que siento por este chico, mi Chico, el cual me provoca la sensación de quedarme sin aliento. Le beso en la coronilla y él exclama «¡Qué asco!», pero no pasa nada.

—¿Te quedarás aquí un ratito con Creed mientras Otter y yo vamos a comprarte el helado? —pregunto cuando me he recobrado un poco.

Ty aparta los ojos del televisor y los fija en los míos.

—Pero volverás, ¿no?

Sonrío tranquilizadamente y le alboroto el pelo allí donde acabo de besarle.

—Lo has pillado, Chico. No tardaré mucho. Debería llevarme poco tiempo, pero para más seguridad concédeme una hora, ¿vale? —Consulta su reloj, se fija en la hora y asiente. Yo hago lo mismo y veo que son casi las siete—. ¿Tienes tu móvil? —pregunto. Vuelve a asentir y se lo saca del bolsillo—. Muy bien. Volveré enseguida, pero llámame si necesitas algo.

Ty asiente una vez más, concentrado en su programa. Vuelvo a acariciarle la cabeza y regreso a la cocina.

Tal vez os resulte extraño que tenga un teléfono móvil. Parece que ahora muchos chicos de su edad lo tienen. No es algo que pueda permitirme ahora mismo, pero debo resignarme. Aprendí poco después de que mamá se fuera que, si Ty disponía de un medio para localizarme, llevaba mejor estar separado de mí. Nunca usa el móvil para llamar a otra persona, y aparte de Creed, Anna, la señora Paquinn (la vecina de al lado, ya hablaré de ella más adelante) y de tarde en tarde Otter, nadie más le llama a ese teléfono. Si alguien necesita localizarle, lo hace a través de mí.

Estoy a punto de entrar en la cocina cuando oigo voces susurrando. Me detengo, y enseguida me siento culpable por espiar. Pero de todas formas escucho. Están hablando de mí, así que considero que tengo derecho a oír lo que dicen.

—¿En qué estabas pensando cuando le dijiste una cosa así? —espeta Otter.

—¿De qué coño estás hablando, Otter? —Creed parece divertido y molesto a la vez, algo para lo que posee un gran talento—. Ya lo sabe. Se lo dije hace algún tiempo. No pasa nada. No le importa.

—¡No me refiero a eso! ¡Me trae sin cuidado quién lo sepa! —Otter parece enfadado y se me corta la respiración en el pecho. No quiero que diga nada más. Pero lo hace—. ¡No se trata de eso! ¡Por el amor de Dios, Creed! Ojalá supieras... —¡Cállate, Otter! ¡Cállate!—. Además, si quisiera que él supiera algo, se lo habría dicho yo mismo. ¡Tú no te metas!

Pero Creed insiste:

—Así que es por eso que has vuelto, ¿no? No ha funcionado entre tú y... ¿cómo se llama?

—Creed, te lo pido por Dios, ¡déjalo! ¡Ahora no quiero hablar de ello!

Oigo que alguien golpea su botella de cerveza contra la encimera, y supongo que es Otter.

—Cálmate, hermano mayor. Como he dicho, a Bear le da igual.

Oh, Creed.

En la cocina se hace el silencio, y me percato de que aún contengo la respiración. La suelto despacio y no me gusta oír lo alterada que suena. Pero eso se ha acercado mucho a lo que nunca he querido oír decir en voz alta. No se trata de eso... ¡Ojalá lo supieras! Sus palabras resuenan en mis oídos y me siento mareado. Está bien. Puede que haya algo más que debería explicaros...

—¿Qué estás haciendo, Bear? —dice el Chico en voz alta a mi espalda.

Me sacudo hacia la derecha y me golpeo la cabeza contra la pared. Alcanzo una foto, y un segundo después la oigo hacerse añicos en el suelo. «¡Maldita sea, Chico!», pienso airadamente, sabiendo que estoy más enfadado conmigo mismo que con él. Miro hacia Ty, de pie en el pasillo, con las manos en los bolsillos y una gran O en los labios. Murmuro algo incoherente y me agacho a recoger los cristales antes de que los pise. Creed sale de la cocina y puedo sentir su sonrisita sobre mi piel ardiendo.

—Lo siento —digo, apretando los dientes.

—¿Qué diablos? —responde él alegremente—. No necesito que mi bonita casa sea un gueto.

Suelto una carcajada áspera. Miro la foto y veo que es otra de las que había tomado Otter. Muestra a Creed y su mamá en el acto de graduación de nuestro instituto. Yo estoy por allí cerca, fuera del encuadre, dando la mano a Ty y sujetando el cartel que él y la señora Thompson habían hecho para mí, que ponía ¡HURRA POR BEAR! La instantánea capta a Creed en un momento perfecto de juventud exaltada, con el diploma en una mano y la otra rodeando a su mamá. Tiene en la cara una sonrisa tan grande que casi se pueden contar sus dientes blancos e impecables. Bueno, habríais podido hacerlo antes de que se cayera al suelo, porque ahora hay una raja atravesándole el rostro. «¡Mierda!», pienso, al mismo tiempo que me noto más sonrojado. Antes de que pueda decir nada más, Otter está agachado junto a mí recogiendo fragmentos de vidrio.

—Otter, soy un desastre. Lo siento —susurro, preguntándome por qué me siento tan mal.

Noto que se encoge de hombros mientras su brazo roza el mío.

—Es solo una foto —dice—. Y ni siquiera es buena. Cualquiera con una cámara puede hacer fotos y decir que es fotógrafo.

Suspira, y puedo percibir la amargura saliendo de él en oleadas. Me pregunto si solo dice esas cosas para consolarme. Me pregunto si está realmente tan harto de mí como yo lo estoy de él. Me pregunto cuál es el verdadero motivo de que esté aquí.

Me pregunto muchas cosas.

—Déjalo, Bear —dice Creed, irguiéndose sobre mí—. El Chico y yo podemos recogerlo. Están haciendo su programa, y Otter le debe un helado.

—Un helado de soja —especifica Ty haciendo hincapié en la última palabra, para asegurarse de que no lo hemos olvidado.

—¡Eso es! —exclama Creed.

Me rodea y levanta a Ty para cargárselo sobre el hombro. Ty se ríe como solo saben hacerlo los niños, mientras Creed le lleva hacia la salita.

Otter coloca la foto sobre el marco, lo que hace que Creed y su mamá aparezcan distorsionados y quebrados. Me tiende la mano para ayudarme a levantarme. Se la miro un momento.

—¿Estás listo? —pregunta.

Una pregunta cargada de implicaciones.

Estamos en su coche después de parar en tres gasolineras, en ninguna de las cuales tienen helado de soja. Qué sorpresa, ¿no? Otter sugiere que vayamos al supermercado en el que trabajo, que se encuentra casi en la otra punta de la ciudad. Resulta bastante extraño, porque por el camino hay otra tienda que seguramente tiene la porquería que le gusta a mi hermano, pero no digo nada. Sienta bien escaparse un rato.

Ya sé cómo suena eso, ¿vale? Sé que me encuentro en una situación jodida con Ty y hago lo que puedo, pero a veces me apetece huir. Me siento culpable por ello, más o menos como me siento ahora, pero de vez en cuando el deleite que me proporciona pesa más que el sentimiento de culpabilidad. Me pregunto, no por primera vez, si es así como se sentía mi mamá. ¿Es esto lo que estaba pensando cuando decidió ponerse a escribir esas cartas? ¿Esa innegable sensación de libertad que parece surgir de la nada? Ahora entiendo lo fácil que sería caer en ello, subir al coche y conducir, conducir y conducir hasta que todo lo que te rodea es desconocido y nadie sabe quién eres ni lo que acabas de hacer. Volver a empezar y convertirte en quien quieras. ¿Quién notará la diferencia?

Pero entonces se impone la realidad.

Yo no soy como ella. He aprendido a aplastar esos pensamientos antes de que puedan arraigar. Si me dejara dominar por ellos, como hizo ella, ¿en qué la superaría? Después de que se marchara, me costó mucho tiempo llegar hasta donde estoy ahora. Tengo una responsabilidad, y no solo conmigo mismo. ¿Qué diablos le ocurriría a Ty si despertara un día y comprobara que me había ido? A veces permanezco despierto por la noche con todas estas cosas rondándome la cabeza. Le veo corriendo de una habitación a otra, llamándome: «¡Bear, Bear, Bear!» Le veo coger su móvil con sus manitas y llamarme, solo para comprobar que mi número ha sido desconectado. ¿Qué haría entonces? Sé con certeza que ya no volvería a confiar en nadie. Ya le ha costado bastante trabajo hacerlo ahora. A estas alturas siempre me doy cuenta de que no podría hacérselo nunca, ni a él ni a nadie. Yo no soy mi mamá. No soy mi mamá. Tengo que ser un buen padre...

Mierda.

Hermano.

Quería decir hermano.

Joder. Otra vez, no.

Miro a través de la ventanilla. Sigue lloviendo.

—¿Tienes frío? —me pregunta Otter en cuanto cierra su puerta.

Noto que mi ropa vuelve a mojarse y se me adhiere a la piel. Mis tetillas están duras y me

sonrojo. Cruzo los brazos sobre el pecho, asiento con la cabeza a Otter y me encamino hacia el interior. Le oigo apresurarse para alcanzarme, y entonces echa a andar a mi lado.

Las puertas automáticas se abren con un chasquido y el aire acondicionado me impregna la piel. Se me pone la carne de gallina. Tan pronto como franqueamos la entrada, oigo gritar mi nombre. Levanto la mirada y veo a Anna de pie junto a una caja registradora, con la revista que lleva en la mano abierta por la mitad. Sonrío tímidamente.

De modo que Anna. Y el supermercado.

Empecemos por el supermercado.

Es donde trabajo desde los dieciséis años. Tan pronto como tuve la edad suficiente, mi mamá dijo que tenía que conseguir un empleo para ayudarle con las facturas. Tener dieciséis años y vivir en Seafare no te deja muchas opciones. A decir verdad, tener cualquier edad en Seafare no te da muchas alternativas. Como por entonces mi mamá ya trabajaba en un restaurante, no quise arriesgarme a tener que trabajar con ella todo el tiempo, así que elegí ser empaquetador. Ahora soy cajero jefe. Y antes de que os quedéis con los ojos como platos de asombro por mi cuento de la Cenicienta, os diré que no está tan mal. Tengo que estar en el mostrador principal e indicar a los demás cajeros qué deben hacer y cuándo tomarse un descanso, cosas así. Es como ser gerente sin que te paguen como tal. Ah, y un gerente está en un despacho, no en el mostrador principal. De acuerdo, no se parece en nada a ser gerente, pero podría ser peor, ¿no? Podría trabajar en un McDonald's y oír al Chico murmurar todas las noches al llegar a casa que apestaba a genocidio bovino. Y antes de que penséis que me estoy poniendo dramático os diré que una vez tuve que trabajar en la carnicería y eso fue lo que me dijo. Pedí que no volvieran a ponerme allí nunca más.

Así que no está tan mal, ¿vale? Llevo tanto tiempo aquí que casi puedo trabajar cuando quiero, lo que está bien, sobre todo los días laborables, para poder salir cuando Ty termina su jornada escolar. Y me dejaron incluir a Ty en el seguro de enfermedad que te ofrecen a los tres años. No tenían ninguna obligación de hacerlo. No me gusta pensar en lo que haría porque el Chico pilla un resfriado cada dos por tres. ¿Lo entendéis ahora? Las cosas podrían ser peores. Mucho peores.

Ahora Anna.

Ya os he dicho antes que es más o menos mi novia. ¿Os acordáis? Ahora es una de las épocas en que lo es, y por un momento me siento culpable porque le dije que la llamaría tan pronto como llegara a casa de Creed. Pero bueno, puedo decirle que quería verla personalmente y todo arreglado. Pero me calará, como hace siempre.

—Eh —dice, sonriendo mientras me dirijo hacia ella.

—Eh, tú —respondo.

Me detengo delante de su caja como si fuera un cliente. Ella se inclina para besarme y vuelvo ligeramente la cara, dejando que me roce la mejilla con sus labios. Se aparta y me mira con extrañeza.

Señalo a un lado con la cabeza.

—Mira quién está aquí.

Anna mira por encima de mi hombro y veo que se le ilumina la cara.

—¡Otter!

Se echa a reír y abandona la caja registradora. Me vuelvo para seguirla con la mirada y veo que Otter aún está de pie junto a la puerta por la que hemos entrado. Es curioso, creía que estaba a mi lado. Anna le salta a los brazos, le rodea la cintura con las piernas y le oigo exclamar a él: «¡Uf!»

Pues sí. Anna. Creo haberos dicho que es la segunda persona que conocí después de Creed. Iba a la misma clase de segundo que nosotros, así que era inevitable que acabáramos siendo cuando menos amigos. Pero resultó ser mucho más que eso. Anna es la única novia que he tenido, la única chica a la que he besado. Tuvimos sexo, la primera vez para ambos, el verano entre octavo y noveno curso, en la pensión que está situada detrás de la casa de Creed. Ella ha sido mi primer todo, aparte de tener el honor de ser mi primer mejor amigo, porque eso le corresponde a Creed. El primer amor, el primer desengaño amoroso, la primera (y única) petición de mano. Sí, sí, sí, ya lo sé. Pero, vamos, ¡teníamos diez años! Y fue ella quien me lo propuso a mí, justo después de nuestro primer beso. Y ni siquiera fue una verdadera proposición, sino algo así como: «Derrick McKenna, solo te besaré si prometes que nos casaremos cuando seamos adultos.» ¿Qué puede hacer un chico de diez años? Dije que sí, y me besó levemente en los labios, como el contacto de una pluma. Recuerdo que me sonrojé lo suficiente para inundar el mundo de rojo. Aquello selló el trato.

Salvo las veces en que deja de ser mi novia.

Somos demasiado parecidos para llevarnos bien todo el tiempo. Juro por Dios que, cuando nos peleamos, es por la memez más estúpida. Ella cree tener razón. Yo sé que tengo razón, blablablá, y siempre termina con que sacude su melena castaña, con ojos chispeantes, masculla entre dientes y se parece tanto a mí que resulta hilarante. Y ese es siempre el peor momento para reírse, así que naturalmente es cuando me río. Por supuesto, eso la cabrea aún más —lo cual me cabrea a mí—, y siempre termina con uno de los dos marchándose con paso airado, lamiéndonos las heridas. Pero la quiero demasiado, y sé que ella siente lo mismo, y un par de días después uno de los dos descuelga el teléfono y llama al otro. Entonces las aguas vuelven a su cauce por algún tiempo.

Y lo digo de veras. La quiero. Anna ha estado conmigo mientras crecía, escuchando mis quejas acerca de cómo habían jodido a mi madre. Ha estado a mi lado incitándome a hablar con la gente, diciéndome que no hay mayor error que no hacer nuevos amigos. Estuvo a mi lado cuando descubrí que Ty venía en camino (creedme, no me alegré mucho entonces). Estuvo a mi lado cuando me dejé caer por su casa después de leer la carta de mi mamá, cegado por las lágrimas y con los puños apretados de rabia. Ha visto lo bueno, lo malo y todo lo que hay en medio que me hace ser quien soy. No me interpretéis mal: Creed también ha estado a mi lado durante muchas de esas vivencias, pero Anna conecta conmigo de un modo en que él no puede. No es culpa suya ni de nadie. Simplemente es así.

También influye el hecho de que Anna venera el suelo que pisa Ty. Creedme, habría resultado mucho más fácil para ella huir sin mirar atrás como hizo mamá. Pero no lo hizo, y estaréis conmigo en que para eso se necesitan agallas. Anna es una de las pocas personas en las que Ty confía y no le importa cuidar de él si tengo que cumplir un par de turnos extra en la tienda. Es la única que finge entender su etapa vegetariana (pues sé que no es más que una etapa; ningún hermano mío comerá de esa manera toda su vida). Ha estado a su lado como no lo ha estado ninguna otra mujer, y creo que él lo necesita de vez en cuando. Ty no puede admirarme solo a mí durante el resto de su vida, ¿verdad?

Otter la planta en el suelo y se inclina para susurrarle algo al oído. Anna se ríe, le da una palmadita en el hombro y le oigo decir:

—¡Por supuesto que aún le vigilo! ¿Quién si no le llamará la atención por sus chorradas?

Me miran los dos, y Anna me saca la lengua. Yo se la saco a ella. Otter pone los ojos en blanco y murmura algo así como «chicos de hoy en día». Se encaminan hacia la caja junto a la que continúo de pie.

—¿Dónde está el Chico? —me pregunta ella.

—Viendo cosas asquerosas con Creed —respondo.

Sonríe compasivamente.

—¿Ese programa sobre mataderos de vacas?

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Me habló de él la semana pasada cuando le hice un canguro. —Anna mira a Otter y susurra con complicidad—: No quería que se lo dijera a Bear porque dijo que estaría demasiado asustado para verlo.

Frunzo el ceño cuando Otter se echa a reír. Porque, según parece, nadie que yo conozco es normal como yo.

—Así, Otter, ¿qué te ha traído de vuelta a casa? ¿Ya te has hecho demasiado famoso para quedarte en California? —le pregunta Anna.

Él se encoge de hombros con indiferencia.

—Necesitaba volver a casa por un tiempo, supongo. Oye, ¿dónde están los helados de soja? He prometido al Chico que le llevaría uno después de beberse mi cerveza. —Anna señala al fondo del establecimiento—. Ahora vuelvo —dice Otter, alejándose.

Anna le sigue con la mirada un momento antes de volverse hacia mí. Se inclina un poco hacia delante, como si temiera que nos oyeran.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé. ¿Cómo puedo saberlo?

—¿No te ha dicho por qué ha vuelto a casa? Nunca regresa a Seafare de ese modo. No lo ha hecho en más de un año. Además —añade en voz más baja—, parece algo triste.

Esto me coge por sorpresa. No me había fijado en eso, y le digo a Anna que está proyectando, una palabra que aprendió en su curso de Psicología 101 y que utiliza continuamente conmigo. Me da una palmada en el hombro y va a ayudar a una mujer que aparenta más años que Dios y que por lo visto tenía que salir bajo la lluvia a comprar bolsas para sándwiches. Y nada más.

—¿Ha habido gente esta noche? —pregunto, mirando a mi alrededor.

Anna se encoge de hombros mientras coge el dinero de la anciana.

—Algo. Ha aumentado otra vez cuando se ha puesto a llover, pero Mary está aquí, de modo que no ha sido demasiado duro.

Mary es otra cajera que trabaja con nosotros y que huele a mentol y Juicy Fruit. No sé de dónde saca ese chicle, porque no creo que aún lo fabriquen. Anna dice que Mary tiene montones de ellos en la casa que se compró hace años. Pero me parece que bromea. Espero que así sea.

Otter regresa y deja el helado sobre la cinta transportadora. No me parece triste. Tiene su aspecto

habitual. Anna no sabe lo que dice. ¿Por qué tendría que estar triste? Tiene un trabajo cojonudo, le pagan mucho dinero. Estoy seguro de que posee una casa muy guay, o un piso. No debe preocuparse de nadie que dependa de él para sobrevivir. No está atrapado en Seafare. ¡Bua!

De acuerdo, me estoy amargando. Le miro fijamente. Y él me pillá. Otter exhibe su sonrisa torcida.

—¿Quieres algo tú también, Bear? —pregunta.

«¡Sí! —grito dentro de mi cabeza—. ¡Quiero que vuelvas a California! ¡Quiero que dejes de hablar! ¡Quiero saber por qué he venido contigo! ¡Quiero saber por qué me has dejado venir contigo! ¿Por qué, Otter? ¿Por qué huiste? Justo cuando necesitaba...»

—No —digo en voz alta—. No necesito nada.

Se encoge de hombros y dice a Anna:

—¿Te pasarás un rato? Sé que a Creed le gustaría verte.

Anna niega con la cabeza.

—Esta noche tengo que trabajar hasta tarde y después estudiar. Todavía me quedan dos exámenes finales antes de las vacaciones de verano.

—¿Cómo te va en la facultad? —pregunta él.

—Me alegraré cuando haya terminado —contesta ella, cogiendo su dinero y devolviéndole el cambio—. Entonces podrás ayudarme a convencer a Bear de que empiece a tomar unas clases en otoño. Te quedarás una temporada, ¿verdad? ¿Por cuánto tiempo has venido?

Otter vacila.

—No lo sé. Tengo varias cosas que resolver —repite, mirándose las manos.

—Muy bien —dice Anna con una sonrisa—. Entonces sí que podrás ayudarme a conseguir que Bear vaya a la facultad. ¿No te parece que podría arreglarlo? Aquí somos varios los que estaríamos encantados de echarle una mano con Ty.

Está empezando a cabrearme.

—Sí, claro —responde él—. Bueno, supongo que ya te veré más adelante.

—Adiós, Otter.

Pasa por mi lado enarcando una ceja.

—Te esperaré en el coche. No tardes demasiado. No quiero afrontar la cólera del Chico si cuando volvemos su helado ya se ha derretido.

—Su helado de soja —puntualizo, poniendo el énfasis en la última palabra.

Él no se detiene y sale a la lluvia.

Anna rodea la caja registradora y me sujeta por el brazo.

—¿Ves a qué me refiero? —dice—. Algo le pasa.

Me quito su mano de encima.

—No le pasa nada, Anna. Déjalo. Otter es Otter. Está perfectamente. —Me vuelvo a mirarla con compostura—. ¿Y tenías que mencionar lo de la universidad? Sabes que ahora mismo no puedo hacer nada al respecto.

Me mira con complicidad, atravesándome con la mirada, y aparto los ojos. Noto que se sacude el cabello irritada, y no quiero pelear con ella ahora. Tengo demasiadas cosas en la cabeza para

preocuparme de que uno de los dos se enfade con el otro. Vuelvo a mirarla y la beso suavemente en los labios.

—Tengo que irme. Otter me está esperando.

Me da un zurriagazo en el culo cuando me vuelvo para marcharme.

—Llámame más tarde si te emborrachas y necesitas que te lleve.

Su voz es neutra.

Me echo a reír, consciente de que sabe que no voy a emborracharme. No lo he hecho en mucho tiempo. Cuando bebo, hago estupideces.

Las puertas se abren con un chasquido y vuelven a cerrarse a mi espalda.

Ahora llueve con más intensidad. Guardo un notable silencio cuando subo al coche, y asimismo espero que Otter tampoco quiera hablar. La mayoría de la gente no se percata de que está bien no hablar de vez en cuando. Hablar hace que las cosas se hagan realidad. Hablar pone las cosas en un primer plano. Hablar es una pérdida de tiempo. Nunca se resuelve nada hablando de ello. La gente habla demasiado y se arrepiente de lo que dice, pero si no dices nada, después no puedes sentirte como un asno.

Miro a Otter con el rabillo del ojo. Su rostro es inescrutable por lo que puedo ver, y es solo cuando pasamos debajo de una farola que alumbrá fugazmente a través de la ventana. Pienso que quizás Anna puede ver cosas que yo no veo. Es bastante guay, al ser capaz de conocer a la gente mejor que yo. Claro que le doy la vara con eso, diciéndole que se mete donde no la llaman, diciéndole que está «proyectando», pero por lo general tiene razón. Suspiro y miro a través de la ventanilla.

—¿Qué? —pregunta Otter.

—¿Qué de qué? —digo.

—Me ha parecido que decías algo.

—No he dicho nada.

—Ah.

Un poco más de silencio hasta que dice:

—Así que tú y Anna todavía, ¿eh?

—Anna y yo —respondo.

—Lleváis mucho tiempo juntos.

—Supongo. A ratos.

5... 4... 3... 2... 1...

—¿Y cómo lo llevas, Bear?

Es inevitable. La gente siempre me pregunta eso como si fuera a fracasar. Como si fuera a caer y ya no pudiera levantarme. Ojalá la gente no fuera tan previsible. Ojalá Otter no fuera tan previsible.

—Bien.

—Ah.

Transcurre un minuto. Y entonces:

—Bueno, parece que te va bien. Y Ty... diablos, el Chico parece crecer sin parar.

—La gente cambia. Es lo que pasa cuando uno desaparece por algún tiempo.

Pienso, y luego aprieto los puños al percatarme de que lo he dicho en voz alta. Mierda.

—¿Desaparece? —pregunta él, pareciendo sorprendido de veras.

—Olvídalo.

—¿Qué quieres decir con «olvídalo»? No puedes decir algo así y esperar que la conversación se acabe porque tú lo dices, Bear.

Le oigo rechinar los dientes y creo que se debe a que está enfadado. Dios. Pues que se enfade.

—Sí que puedo —replico, odiando mi propia voz.

Pasa otro minuto. La lluvia toca una canción en el techo.

Oigo resoplar a Otter. Sacude la cabeza.

—Yo no desaparecí, Derrick. Sabías dónde estaba.

En ese momento le odio. Usando mi nombre de ese modo, como si estuviera hablándome con superioridad, como si fuera mejor que yo, como si estuviera hablando con un niño. Es algo que la infinita hilera de novios de mi mamá solía hacer. No era nunca Bear para ellos; tampoco es que quisiera serlo. Pero su forma de decirlo, aquella suficiencia en sus ojos, sonriéndome cuando mi mamá no miraba... Siempre con el mismo pensamiento: «Sí, estoy con ella. ¿Qué vas a hacer al respecto? Quédate en casa y cuida de tu hermano como debes hacer.»

—Te fuiste, Oliver —le espeto—. Llámalo como quieras, pero te fuiste.

Sus manos aferran el volante hasta que los nudillos se le ponen blancos. Le miro con odio, con los brazos cruzados sobre mi pecho, desafiándole a hablar, retándole a rebatirme. Echa un rápido vistazo por encima del hombro y cambia de carril. Pone el intermitente para acceder al aparcamiento de un centro comercial al que van los turistas a gastarse dinero en bolas de nieve y estrellas de mar disecadas. Ahora todo está oscuro y las tiendas han cerrado porque con la lluvia no sale nadie. Entra en una plaza y aparca el Jeep. Se queda mirando hacia delante, golpeteando el volante con la palma de la mano derecha. Yo aparto la mirada, sintiéndome violento. Debería haber mantenido la boca cerrada. A estas alturas ya casi estaríamos de vuelta en su casa.

—Bear —empieza a decir, todavía apretando los dientes. Se pasa las manos por la cabeza y su pelo rubio y corto se desliza a través de sus dedos—. Bear —repite.

—¿Qué? —exclamo, molesto.

Se vuelve a mirarme, y ahora puedo ver aquello de que hablaba Anna. Puedo ver la tristeza en sus ojos y grabada en su cara. Si ya estaba antes, no era así. Me maldigo por ser tan débil, por decirle alguna memez que no necesita oír. ¿Quién diablos soy yo para decir nada? Debería limitarme a sonreír y aguantarlo. Es lo que siempre he hecho, y es lo que debería haber hecho ahora, por más terrible y secretamente enfadado que esté.

—Verás, Otter... —digo, repentinamente nervioso.

Él niega con la cabeza y me detengo. Vuelve a golpetear el volante con la palma de la mano mientras espero.

Por fin, al cabo de una eternidad:

—¿Es eso lo que crees? ¿Crees que te abandoné?

No hablo. No confío en lo que podría derramarse de mi boca. Otter espera un poco más, golpeteando con la mano al ritmo de la lluvia sobre el techo del Jeep.

Finalmente dice:

—No quería que pensaras que te abandonaba, Bear. Solo creía... —Suelta un suspiro—. Solo creía que sería mejor para todos que estuviera un tiempo fuera.

Ya no puedo seguir callado.

—¿Mejor para quién? —exclamo, dando un respingo al notar el repentino escozor de las lágrimas—. ¿Mejor para ti? ¿Cómo habría podido eso mejorar nada? ¡Desperté y te habías ido! ¿Sabes lo que sentí? ¿Lo sabes? —Soy consciente de lo que parezco, pero no puedo parar—. ¡Te fuiste, igual que ella! ¡Y prometiste que no lo harías! ¿Qué diablos tenía que pensar?

—Bear —dice él con un tono de advertencia en la voz—. Tú no sabes lo que estaba ocurriendo.

—¿Cómo podía saberlo? —le grito, furioso—. ¡Nunca me dijiste nada! Me hiciste lo que me hiciste, ¡y luego te marchaste!

Levanta la cabeza hacia mí. Ya no tiene los ojos tristes, sino centelleantes.

—¿Qué te hice? ¡Santo Dios! ¿Quién coño crees que eres? ¡Prácticamente me dijiste que me marchara!

—Sé quién coño soy, hijo de puta. Y sé quién eres tú. Eres igual que ella.

Busco mi cartera en el bolsillo y la saco. Dentro hay un papel que he conservado durante un año y medio. Se está poniendo amarillo con el paso del tiempo y está rasgado en un par de sitios de las muchas veces que lo he abierto para leerlo. Se lo tiro. Le da en la barbilla y cae sobre su regazo.

—Léelo. —No se mueve—. ¡Léelo! —grito.

Otter lo abre y veo que palidece.

—¿Has..., has guardado esto? —murmura—. Bear, yo...

Se acabó, ya no puedo soportarlo. Busco a tientas el tirador de la puerta, cegado por las lágrimas, y la abro de golpe. Estoy furioso. Furioso conmigo mismo por llorar delante de él, furioso con Otter por engañarme como lo hizo, furioso conmigo mismo por pensar eso de él. «¡No! —me regaño, mientras camino dando fuertes pisotones bajo la lluvia sin ningún objetivo—. ¡Lo hizo Otter! Yo no hice nada malo. ¡Él me engañó! ¡Me engañó y se fue! ¡Cómo ya sabía que haría!» Me parece oírle gritar mi nombre, pero me retumban demasiado los oídos para estar seguro. Parece el sonido del océano. Estoy a punto de echar a correr cuando noto unos brazos fuertes que me sujetan desde atrás, aprisionándome el pecho. Me vuelvo para golpearle, pero solo consigo rozarle antes de que me atenace con una mano de hierro.

—¡Suéltame! —gruño, tratando de dar patadas, puñetazos, morder y herir.

—Bear —dice él, y su voz retumba en mi oído—. Bear.

—¡Yo no soy como tú! —digo, todavía debatiéndome para zafarme—. ¡No soy así!

—Lo sé, Bear. Lo sé. —Noto el calor de su aliento contra mi piel fría—. ¿No crees que lo sé? No debí dejar que ocurriera. Lo siento. Lo siento mucho.

Dejo de resistirme y constato que toda mi ira se extingue como si alguien hubiera accionado un interruptor.

—¿Por qué estás aquí? —gimo—. ¿Por qué has vuelto?

Me coge por la barbilla y me obliga a mirarle a los ojos.

—No tiene nada que ver con lo que pasó entre nosotros. Por lo que a mí respecta, aquello fue un error. No debimos besarnos nunca.

En que Bear revisa el pasado

Muy bien, ¡tiempo muerto! En serio. Esto se está yendo de las manos. ¡Y nada de quejas! Tal como lo oiréis de su boca, seguramente me hará parecer un marica. Pues no lo soy, así que ya podéis quitároslo de la cabeza ahora mismo. Además, soy yo el que cuenta la historia, y lo haré a mi manera. Tendréis que lidiar con eso. Y además, todo esto tendría mucho más sentido si pudiera retroceder un poco para explicaros lo que ha desembocado en ese momento.

Quizá también tendrá más sentido para mí por qué me encuentro delante del comercio Seashack: Regalos y curiosidades abrazando al hermano de mi mejor amigo bajo la lluvia. Una cosa así no debería ocurrirme a mí.

Ya tengo demasiadas de que ocuparme.

Allí me tenéis, con la cabeza dándome vueltas, oyendo aquellas palabras reproduciéndose una y otra vez en mi cerebro:

... se que esto te costará de leer
tengo que irme
Tom díze que Ty no puede ir
le dejaré aquí con tigo
por fabor, no intentes buscarme...

MAMÁ

Creía que se trataba de una broma. Es decir, tenía que serlo, ¿no? Nadie hace una cosa así a sus hijos. Releí la carta, sin dejar de pensar que en cualquier momento saldría alguien y diría: «¡Ja, ja, Bear! ¡Ja, ja, te lo has creído!» Leí la carta por segunda, por tercera, por cuarta vez, pero las palabras no cambiaban. Me resultó imposible leerla por quinta vez, y no entendí por qué hasta que vi que la mano que sujetaba el papel me temblaba tanto que la letra era ilegible.

—¿Mamá? —grazné, entrando con vacilación en la salita.

El sofá de segunda mano hecho jirones donde normalmente se sentaba ella a esa hora de la noche estaba vacío. Me volví y recorrí el corto pasillo hasta su habitación. Abrí la puerta de golpe y encendí la luz. No había nadie. Tampoco había ninguno de los trastos que tenía en su dormitorio. Abrí los cajones de su cómoda, uno tras otro, y los encontré todos vacíos hasta llegar al último. Contenía una foto enmarcada del Chico y yo que Otter había regalado a mi mamá por su cumpleaños. Nos mostraba andando por la playa cuando Ty tenía tres años, yo cogiéndole de la mano y él señalando algo en el suelo. Era la única foto que ella tenía de nosotros, y la había dejado.

Me apoyé en la pared, notando cómo la bilis me subía a la garganta. «Esto no puede estar pasando —pienso—. Esto no está pasando.» Quise sumirme en la oscuridad que se cernía sobre las esquinas de mi vista. Habría sido mucho más fácil acurrucarme hecho un ovillo en el rincón que hacer frente a lo que sucedía realmente. Habría sido mucho más fácil...

Noté la presión de algo contra mi estómago, y al abrir los ojos vi que me había hincado de rodillas, con la cabeza recostada en la pared. Aún tenía la fotografía en la mano, y su esquina se me clavaba en el estómago. Preso de ira, estampé la foto contra la pared y noté cómo se hacía añicos alrededor de mis manos. El vidrio me atravesó la piel y me cortó la palma. Esto me cabreó todavía más. Los restos del marco cayeron al suelo, seguidos de gotitas de sangre. Miré la foto como un bobo, observando cómo se volvía roja primero mi cara y luego la del Chico, rosas de sangre floreciendo sobre el recuerdo capturado.

Ty. Mierda.

Me levanté apresuradamente y corrí a la habitación que compartimos. Su cama estaba arrimada al lado derecho del dormitorio, intacta. Ty no estaba allí. Me detuve un momento a pensar dónde diablos tenía que dejarle hoy mamá mientras trabajaba. No creía que estuviera con nuestra vecina, la señora Paquinn, porque normalmente venía a nuestro piso a cuidar de él mientras jugaba en nuestra habitación. Me figuré que era el mejor sitio por donde empezar y me dirigía hacia la puerta principal cuando mi teléfono móvil vibró dentro del bolsillo.

Metí la mano herida sin darme cuenta hasta que noté un trozo de vidrio que se me hundía todavía más en la piel. Saqué el móvil rápidamente y vi que era Anna.

—Anna, ahora mismo no puedo hablar —dije al contestar—. Tengo que encontrar a Ty. Ella se ha ido. Se ha ido.

—¿De qué estás hablando? —repuso Anna—. El Chico está aquí conmigo. Tu mamá lo ha dejado después de llegar a casa del trabajo y me ha pedido que le cuidara. Ha dicho que vendrías a buscarle cuando salieras. Espera... Bear, ¿qué quieres decir con que se ha ido? ¿Le ha pasado algo a tu madre?

—¿Ty está contigo? —pregunté con voz ronca.

—Sí, está durmiendo en el sofá. ¿Qué ocurre, Bear? ¿Por qué hablas así? ¿Va todo bien?

—No —contesté, y rompí a llorar.

Intenté trasladarme a casa de Anna lo antes posible y habría llegado más pronto si no hubiera tenido que detenerme cada par de segundos para alternar entre vomitar y dar un puñetazo a algo. Para cuando llegué al domicilio de mi amiga volvía a estar tan exaltado que no veía con claridad. Cogí la carta con la mano sana y me encaminé hacia la puerta, con cuidado de no destrozar las flores de la señora Grant que flanqueaban el camino de acceso. Alguien debió de oírme llegar porque encendieron la luz del porche y la puerta principal se abrió. Anna salió a recibirme y me echó los brazos al cuello. Yo la abracé a mi vez descomponiéndome de nuevo, a sabiendas de que la estaba manchando de sangre, pero me traía sin cuidado. Me parecía oírle decir: «¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?», pero no podía contestarle en aquel momento. Así que se limitó a abrazarme, a mecarme, susurrándome palabras tranquilizadoras al oído, hasta que lo saqué todo y ya no pude dar nada más.

Al cabo de un rato me condujo al interior de su casa y me dijo que tenía que limpiarme la mano.

—¿Dónde está Ty? —pregunté, sin hacerle caso.

—Durmiendo en el sofá.

—¿Están tus padres? —dije mientras pasaba por su lado.

—No, todavía están en Portland hasta mañana. Bear, ¿qué ocurre? ¿Qué le ha pasado a tu madre?

La oí seguirme a la salita.

Le tiré la carta sin mirar. Noté que la cogía. Doblé la esquina de la cocina hacia la salita y vi al Chico dormido en el sofá, tapado con una manta de Bob Esponja que Anna le había comprado para cuando iba a su casa. Bajé el brazo y le acaricié la parte superior de la cabeza con suavidad, sin querer despertarle. Creo que lo hice más por mí que por él. Aún no se me había ocurrido qué iba a decirle a mi hermano de casi seis años cuando despertara. ¿Cómo explicarle a alguien que su mamá se ha ido? Ni siquiera lo había asimilado yo mismo.

—¿Bear? —dijo Anna, en un tono tan preocupado que sé que no era la primera vez que me llamaba.

—¿Qué? —respondí hoscamente, sin apartar los ojos de Ty.

—Tu mano... está sangrando.

Bajé la mirada. Me había olvidado de eso por completo.

—Oh, mierda. —Hice una mueca. Todavía corrían por mis dedos gotas de sangre que se precipitaban sobre la alfombra—. Lo siento. Tu madre me matará.

Me tocó en el hombro, instándome a seguirla. Eché una última mirada a Ty y la seguí hasta el baño. Me hizo sentarme sobre el retrete mientras me sacaba trocitos de vidrio con unas pinzas. Me preguntó qué había pasado. Le dije que había roto una foto. Asintió y cogió el agua oxigenada, que escocía como el infierno, pero daba igual. Me cubrió la palma con una venda gruesa y me envolvió toda la mano con una gasa. Anna no creía que tuvieran que darme puntos de sutura. Estaba ordenándolo todo cuando llamaron a la puerta.

—¡Mierda! —exclamó, frunciendo el ceño—. Les he dicho que no lo hicieran. Si han despertado al Chico...

Salió precipitadamente del baño.

—¿Quién es? —pregunté, siguiéndola.

Por algún motivo, temí que hubiera llamado a la policía.

—Ve a abrir. Yo iré a ver a Ty.

—Pero...

—No pasa nada, Bear.

La vi alejarse y luego me dirigí hacia la puerta. Creed estaba plantado en el pórtico, escoltado por Otter.

Creed habló primero, visiblemente aliviado al verme.

—¿Qué diablos ocurre? Anna ha dicho que pasaba algo malo y que viniera. ¿Dónde está el Chico? ¿Qué te ha pasado en la mano? Tío, ¿has estado llorando? ¿Por qué hueles a vómito?

—¡Creed, baja la voz! —espetó Anna, regresando a la cocina—. Tienes suerte de no haber despertado a Ty cuando has llamado al timbre, burro.

Creed fingió sentirse dolido por un momento antes de volverse hacia mí.

—¿Y bien?

Le pasé la carta. Otter la leyó por encima de su hombro, hoja tras hoja, ambos exhibiendo miradas idénticas de incredulidad a medida que iban leyendo. Otter terminó antes que Creed y acto seguido se me acercó y me abrazó. Yo creía que ya había agotado todo el llanto, pero aún se escaparon algunas lágrimas mientras recostaba la frente sobre su hombro. Otter no tuvo que decir nada, pues Creed habló por todos nosotros.

—Esto es una jodida mierda.

Más tarde estábamos todos sentados en el suelo de la salita; los otros hablaban en voz baja para no despertar al Chico. Yo sabía que seguramente no deberíamos correr el riesgo de que nos oyera, pues aún no tenía ni idea de qué iba a decirle, pero no quería perderle de vista. Alguna parte irracional de mi ser no dejaba de pensar que si me volvía, ni que fuera por un segundo, él también desaparecería. Me sentía atontado mientras le contemplaba tendido debajo de Bob Esponja, con el pelo demasiado largo. Bueno, necesitaba más a su mamá que un corte de pelo, pero no parecía que eso fuera posible a corto plazo.

Anna se encontraba a mi lado, cogiéndome la mano sana. Creed y Otter desvendaban la otra para cerciorarse de que no requería más cuidados. Noté cómo caía la gasa y oí que Otter silbaba por lo bajo. No quise mirar porque sabía que aún me deprimiría más. Por lo visto, dados los años de experiencia médica acumulados entre los dos, mis médicos decidieron que podía esperar al día siguiente, y noté que Otter volvía a vendármela con delicadeza.

Creed se reclinó sobre los codos.

—Detesto exponer lo que es obvio, pero ¿qué hacemos ahora?

No pude evitar reparar en que decía «hacemos».

Otter se frotó los ojos como si tuviera jaqueca.

—Lo primero que debemos hacer es averiguar adónde ha huido. La carta dice que Tom ha conseguido un empleo en alguna parte. Bear, ¿sabes adónde ha ido? ¿Te ha dicho algo en los últimos dos días? ¿O Tom?

Negué con la cabeza.

—Anna, ¿te ha dicho algo cuando te ha dejado al Chico?

Anna lo pensó un momento.

—No, que yo recuerde. Solo me ha preguntado si podía cuidar de Ty hasta que Bear saliera del trabajo. No tenía previsto hacer nada hasta entonces, de modo que he dicho que sí. Ni siquiera recuerdo si estaba con Tom cuando ha venido. En tal caso, Tom ha debido de quedarse en el coche. Pero ¿qué hay de ese empleo? ¿Sabe alguno dónde trabajaba Tom?

—Creo que estaba en la construcción —dijo Creed—. Bueno, por lo menos parecía que estaba en la construcción. —Otter le dio una colleja—. ¿Por qué has hecho eso? —preguntó Creed haciendo una mueca.

—No ayudas en nada —le gruñó Otter antes de mirarme—. Así que no sabemos qué hacía él ni adónde han ido. Tiene que haber algún modo de seguirles la pista. ¿Tenía tu madre tarjetas de

crédito, una cuenta corriente o algo así?

Anna se rio con amargura mientras respondía por mí.

—Oh, vamos, Otter. Ya conoces la respuesta a eso. No ha tenido nunca ninguna cuenta bancaria. Bear es el único que la tenía, porque ella siempre le sacaba dinero de allí.

—En ese caso mañana a primera hora tienes que llamar a tu banco, quitar su nombre de tu cuenta, cambiar tu número de PIN o lo que sea —sugirió Otter.

—¿Por qué? —protestó Creed—. Si ha intentado sacar dinero, ¿no nos dirá eso dónde está?

Anna le fulminó con la mirada.

—Desde luego, después de haber sacado todo el dinero. Lo cual es posible que ya haya hecho.

—Ah, sí.

Solté una risita.

¿Sabéis que a veces uno puede reírse en el momento más inoportuno? ¿Cuándo todo parece gris y desalentador, y sabes que deberías estar triste/deprimido/enfadado pero por alguna razón algo que no es divertido te hace gracia? Como un entierro. O cuando tu mamá se marcha. Pues eso.

Creed me miró como si hubiera perdido la chaveta, de lo cual iba en camino.

—¿Qué te hace tanta gracia, Bear?

—Ciento treinta y siete dólares y cincuenta centavos —dije entre risas.

—¿Qué? —dijo Otter, mirándome con el ceño fruncido.

—¡Me ha de... dejado ciento treinta y siete do... dólares y cincuenta centavos! —Para cuando terminé estaba temblando, al mismo tiempo que sentía la risa arrastrándose por mi interior como una tenia. Otra vez se me estrechaba la vista y sentía náuseas, pero no podía parar de reír—. ¡Había dos cu... cuartos de dólar incluidos en el resto! ¡Me ha dejado cu... cuartos!

Todos me miraron boquiabiertos.

Me levanté como pude y eché a correr hacia el baño. Tuve arcadas, pero sin llegar a vomitar, en cuanto alcancé el retrete. Oí que alguien me seguía, pero agité la mano frenéticamente hacia la puerta para indicar que se fuera. Tenía retortijones de estómago y los intestinos sueltos, y el mundo se volvió ligeramente gris mientras me aferraba al asiento. Me atravesó una oleada tras otra de náuseas, y creo que me desmayé un momento, ya que noté que mi cabeza golpeaba el lateral de la bañera junto al retrete. Me sentía la cara hinchada y el aliento agrio. Emití un gemido.

«¡Oh, DIOS, esto no puede estar pasando —pensé—. No es más que una pesadilla. De un momento a otro despertaré y sentiré alivio al comprobar que todo era una pesadilla. Miraré el reloj y veré que aún no es la hora de levantarme, así que volveré a echarme la manta sobre la cabeza, me sumiré de nuevo en la oscuridad y me sentiré mucho mejor. Porque esto no puede ser real. Nadie le hace una cosa así a nadie. Y todavía menos una madre. Por eso no puede ser verdad, porque ni siquiera mi mamá podría hacer esto.»

«Pero es real, Bear —me susurró una voz—. Sabes que es real por el gusto que tienes en la boca, la jaqueca que empiezas a sentir. La herida en tu mano. Las náuseas. Es por eso que sabes que es verdad. En realidad nunca podrías sentir tales cosas si fuera un sueño. Pero no es eso lo que deberías preguntarte, si es un sueño. La pregunta que deberías hacerte es qué vas a hacer ahora. Porque estás despierto.»

Entonces no quería hacer nada. Quería quedarme allí durante los dos meses siguientes y después recoger mis cosas y largarme de Seafare como debería haber hecho. Esa era mi intención y el objetivo por el que me había roto los cuernos. Debería marcharme a Eugene, ir a la facultad y convertirme en escritor, profesor o lo que fuera que quisiera ser. Reportero. Astronauta. El presidente de los jodidos Estados Unidos. ¡Me habían concedido una beca, carajo! Me convertiría en alguien que quisiera ser, no verme obligado a ser algo que no quería. Mientras estaba allí, su carta, aquella maldita carta, me daba vueltas a la cabeza, burlándose de mí. «¿Por qué necesitas la universidad? —decía—. Esa beca ya vendrá mas tarde, ¿vale?»

Nezesito que me hagas un favor.

Nezesito que me hagas un favor.

Siempre has tenido más fazilidad para cuidar de él que yo.

Tuve una arcada. Y otra. Y otra más.

Al cabo de un rato —cuando tenía la certeza de que ya no quedaba nada líquido dentro de mi cuerpo— me puse en pie como pude. Me dirigí al lavabo y me enjuagué la pestilente boca. El contacto del agua era agradable sobre mi piel febril. Me la eché en la cara, esforzándome por hacer caso omiso de mi reflejo. No quería ver el aspecto que tenía entonces. Sabía qué vería en mi rostro, y si me hubiera atrevido a mirar, a ver aquella resignación, aquella ira, me habría odiado por ello. La habría odiado por ello, más de cuanto ya la odiaba.

Y habría odiado a Ty. Eso era lo que más dolía.

Regresé a la salita, sintiéndome más cansado de como me había sentido en mi vida. Anna se levantó enseguida y me abrazó, estrechándome hasta que no podía respirar. Dejé los brazos a los costados. No podía darle lo que ella quería. No entonces.

Anna debió de darse cuenta también, porque se apartó y me miró. Me percaté de que había estado llorando y me molestó en parte. A fin de cuentas, ¿por qué tenía que llorar? A ella no la habían jodido. No tenía que preocuparse por su futuro. No tenía que preocuparse de cómo iba a cuidar de un maldito crío. En aquel momento, y me avergüenza decirlo, ya no quería estar con ella. Quería que se marchara y no volviera. Al fin y al cabo, ¿no era lo que hacían ahora todas las personas de cierta importancia? Traté de dominarme antes de que me brotara, pero Anna pudo ver la ira en mi cara y se estremeció. Una pequeña parte de mí esperaba que supiera que no la dirigía hacia ella, no exactamente. Pero solo una pequeña parte.

—Bear, Otter y yo... —empezó a decir Creed, pero le corté.

—No —dije—. No hablaremos de esto aquí dentro. No quiero que se despierte.

Dicho esto, me volví y me encaminé hacia la cocina, sabiendo que se miraban unos a otros a mi espalda mientras me seguían.

Me senté a la mesa y esperé hasta que los demás hubieron hecho lo propio. Anna aún parecía disgustada y miraba hacia la salita, mientras que Creed tenía los ojos fijos en sus manos. Solo Otter me miraba, así que me concentré en él.

—No haremos nada con respecto a ella —anuncié.

Me miró, con un atisbo de sonrisa en los labios.

—¿Por qué sabía que ibas a decir eso?

Anna se mostró desconcertada.

—¡Bear, no puedes hablar en serio! ¡Desde luego que tienes que encontrarla! ¿Qué diablos vas a hacer, si no? ¡No puedes cuidar de Ty solo! ¡No puedes permitir que se salga con la suya!

—¿Y qué otra cosa debo hacer? —le pregunté, con la voz preñada de ira—. ¿Qué crees que ocurriría si la encontrara? ¿Que la traería aquí a rastras? ¿Cuánto crees que tardaría en volver a marcharse? ¿O acaso piensas que dejaría a Ty con ella? Dejar a Ty con ella e ir a mi puta bola. ¿Cuánto crees que tardaría en abandonarle en cualquier otro sitio?

Anna se echó a llorar de nuevo y me sentí mal, pero no lo suficiente para retractarme de lo que había dicho o cambiar de opinión.

—Bear —dijo Creed en voz baja—, ¿y la facultad? No puedes ir a la universidad y trabajar como tenías intención de hacer y ocuparte del Chico. No te quedará tiempo para eso.

—Lo sé —repose, haciendo todo lo posible por ocultar la amargura de mi voz—. Por eso no iré.

—Oh, Bear —dijo Anna, llevándose las manos al rostro.

—No me vengáis con esas —espeté—. No es problema vuestro.

—¿De qué coño hablas? —exclamó Creed—. Es problema nuestro tanto como tuyo. Yo quiero a ese chico tanto como tú, así que no me salgas con esa clase de chorradas.

—Bear, por lo menos deberíamos llamar a la policía o hacer algo —dijo Anna entre sollozos.

—No. Nada de policía. ¿Qué crees que pasaría si la llamáramos? ¿Piensas de veras que dejarían que Ty se quedara conmigo? ¡Desde luego que no! Piénsalo durante un jodido segundo. Se lo llevarían en un abrir y cerrar de ojos y le dejarían con una asistente social o en una casa de acogida. No permitiré que le ocurra eso. Pero no puedo impedirlos que se lo digáis a vuestros padres —les advertí—. De todos modos seguramente lo descubrirán tarde o temprano. Pero juro por Dios que si alguno de ellos llama a la poli o hace lo que sea para encontrarla, me llevaré a Ty, iremos a alguna parte y ya no volveréis a vernos.

Anna y Creed me miraron, incrédulos. Por algún motivo no quería mirar a Otter. Ahora me pregunto si era debido a que temía que pensara mal de mí y no quería vérselo escrito en la cara. No sé por qué.

Creed suspiró y se mesó los cabellos.

—Bien, si hay algo bueno en todo esto, por lo menos mi familia tiene un montón de renta disponible.

Negué con la cabeza.

—No quiero vuestro dinero, Creed.

Dicho esto, la mesa estalló.

Sé lo que estáis pensando: Bear, eres un gilipollas. Pero suponed que tenéis diecisiete años y decidís renunciar a todo vuestro futuro. Suponed que os dais cuenta de que no podéis depender de nadie porque tarde o temprano todos se irán. Sé que no era justo que desconfiara enseguida de todos los que me rodeaban, pero no sabía qué otra cosa hacer. Mi orgullo era lo único que me quedaba que

era mío, y no estaba dispuesto a dejar que me lo quitaran también. Además, debéis entender que ya ha transcurrido algún tiempo, ¿recordáis? Ahora las cosas son algo distintas.

Pero, entonces, lo tenía todo aún demasiado fresco en la cabeza.

Creed y Anna siguieron tratando de discutir entre ellos, protestando de todo lo que yo había dicho, hasta que oí decir a Otter: «Fuera todos. Ahora mismo.» Solo había visto a Otter cabreado de veras un par de veces, y nunca lo había dirigido hacia mí. Pero cuando Otter se enfadaba, todos los demás se asustaban. Ya entonces era un tipo grande, pero en realidad nunca gritaba. Sin embargo, su ira callada era suficiente para que uno se echara a temblar. Anna y Creed oyeron el tono de su voz y cesaron en el acto.

—Fuera —repitió.

«Lo que tú digas», pensé mientras me levantaba. Tenía que ir a ver a Ty.

—Tú no, Bear. Siéntate.

«Sí, señor», pensé sumisamente, y tuve la extraña sensación de ser como un niño a punto de recibir un castigo.

Anna y Creed nos miraron a Otter y a mí y no debió de gustarles lo que vieron, porque se marcharon precipitadamente. Una vez más, no me atreví a mirar a Otter porque tenía miedo de lo que vería, pero no hasta el punto de cambiar de opinión sobre lo que estaba decidiendo hacer. Si Otter pretendía convencerme de otra cosa, podía irse al infierno. No me importaba cuánto se enfadara. Por mí, como si quería destrozarse el mundo. Yo sabía qué tenía que hacer.

—Ahora escúchame bien —dijo con voz seria y serena—. Sé que esta situación apesta. Ni siquiera puedo empezar a saber qué se siente, pero por lo menos puedo suponerlo. Lo que no puedo imaginarme es cómo es posible que intentes sacarte de encima a todos los demás. Solo tratamos de ayudar, y sería mucho más sencillo si nos dejaras.

—Pero... —protesté.

Otter me cortó.

—Cállate, Bear. —Le miré irritado, pero no desvió la mirada. Cuando tuvo la certeza de que no intentaría hablar de nuevo, continuó—: Esto te ha pasado a ti, sí, y le ha pasado a Ty. Pero si crees que no afecta a nadie más, tienes que replanteártelo. ¿Por qué crees que estamos aquí ahora si no es para ayudar? —Abrí la boca para hablar hasta que él gruñó—: Era una pregunta retórica. Bien, tendrás que dejar que te ayudemos, que estemos a tu lado, y si oigo más sandeces de ese discurso tuyo acerca de hacer las cosas «solo», no vacilaré en bajarte los humos personalmente. ¿Entendido?

Asentí tímidamente.

—Bien. Ahora ¿estás seguro de que no quieres llamar a la policía? ¿Y de que no quieres tratar de localizarla?

Lo pensé un momento y me encogí de hombros. Pareció tomárselo como un no, porque sabía que era eso lo que quería decir en realidad.

Suspiró.

—Esto es una movida del copón, Bear. Sabes que va a resultar muy difícil antes de que se vuelva más fácil. No sé si abrazarte o estrangularte.

Estas palabras me provocaron una sonrisa, aunque la sentía extraña en mi cara.

Él prosiguió:

—Así que sabes que tendremos que contárselo a mamá y papá, y sé que Anna hará lo mismo. Prometo que haré todo lo posible por evitar que esto se difunda demasiado, pero la única forma de conseguirlo consiste en que dejes que te ayuden. Y juro por Dios que si piensas en largarte con Ty os perseguiré personalmente y os traeré a rastras. Os encerraré en una habitación hasta que el Chico sea lo bastante mayor para tomar decisiones por sí mismo. Solo entonces me plantearé soltaros. ¿Entendido?

No me moví, no dije nada.

Otter tenía una expresión de angustia en el rostro. Extendió el brazo y me cogió la mano sana.

—Bear, tienes que prometerme que arreglaremos esto. Juntos. No nos iremos de aquí hasta que me lo prometas.

No supe qué decirle. Nadie me había hablado nunca así, y estaba enfadado y dolido. Deprimido. Pero, por un momento, ¿acaso no me sentí como si valiera algo? El peso de su mano, las palabras que había pronunciado, ¿no me reconfortaban? Noté cómo el calor me subía a la cara, me miré las manos y noté que otra lágrima escapaba de mi ojo. «¿Qué está pasando?», me pregunté, frenético.

—¿Bear?

—Te lo prometo —dije con voz quebrada.

Otter se levantó de un salto y volvió a atraerme hacia sí. Me estrechó contra su pecho y quise desaparecer dentro de él. Traté de hacerme más pequeño mientras me mecía diciendo:

—Ya lo sé. Ya lo sé. Ya lo sé.

Y le creí.

Cuando por fin me sentí lo bastante bien para soltar a Otter, me puso un brazo sobre los hombros y me acompañó a la salita. Anna y Creed se encontraban en el mismo lugar de antes, susurrando entre ellos. Nos oyeron entrar y se interrumpieron a media frase. Traté de no pensar en lo que habían estado diciendo, sabiendo que seguramente volvería a enfurecerme y entonces Otter comenzaría el segundo asalto. Me quitó el brazo de los hombros y se quedó de pie junto a mí, esperando a que hablara.

—Lo... siento —dije, mirando al suelo.

No sabía qué más decir.

Entonces fue Otter quien habló.

—Bear ha cambiado de parecer. Sabe que solo cuidamos de él. Pero esto no tiene que llegar más lejos de lo necesario. No sé cómo vamos a encubrirlo para siempre, pero tendremos que hacer todo lo posible.

Creed asintió y Anna se puso inmediatamente en pie. Se me acercó, me tomó la mano y comenzó a llevarme hacia su cuarto. Empecé a buscar una excusa, pero Otter me empujó, diciéndome que él vigilaría a Ty. Le miré a los ojos y vi algo en ellos, algo que no acertaba a distinguir. Me sorprendió mirándole y dibujó la sonrisa de Otter. Entonces doblé la esquina y desapareció de mi vista.

Anna no habló cuando me arrastró al interior de su habitación. Se aseguró de que había entrado y

cerró la puerta a nuestras espaldas. Apagó las luces y empezó a desvestirme. Yo sabía qué hacía, y no quise detenerla. En aquel momento necesitaba sentirme unido a alguien, sentir que me abrazaban, sentir su corazón contra el mío. Durante solo unos instantes necesitaba olvidar el dolor, olvidar el futuro, olvidar el pasado. Si aquel iba a ser mi último momento de libertad, sabía que tenía que dejarlo salir todo. Cuando entré en ella, vi estrellas estallando todo alrededor, y eran relucientes y llamativas.

Pero todavía me rondaba algo por la cabeza. Algo acerca de él.

Un par de horas después, Anna dormía a mi lado, acurrucada junto a mi hombro. Yo no podía dormir. El peso del mundo había caído sobre mis espaldas y era incapaz de sacármelo de encima para conciliar el sueño. Estaba inquieto y, con cuidado de no despertar a mi novia, me levanté de la cama y cerré la puerta a mi espalda.

La casa estaba a oscuras y me dirigí a tientas hacia la salita. No vi a nadie allí excepto a Ty, iluminado por la luz de la luna que se filtraba a través de la ventana. Pensé que Otter y Creed se habían marchado a su casa y no pude evitar sentirme un tanto decepcionado. Me dije que se debía a que esperaba que estuvieran tan despiertos como yo. Esperaba que por lo menos Otter todavía...

Oí una risa sofocada a mi izquierda. Miré y le vi sentado en el suelo, con la espalda recostada contra la pared.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó.

Me encogí de hombros y fui a sentarme en el suelo al lado de Ty. Le aparté un mechón que le había caído sobre la cara. Sabía que aquel iba a ser su último momento de inocencia. Cuando despertara habría preguntas, preguntas a las que yo aún no conocía la respuesta. No había oído moverse a Otter, pero cuando volvió a hablar, lo hizo justo desde mi lado.

—Es un buen chico —dijo—. Lo harás bien con él. Te conozco desde que tenías más o menos su edad y te has desenvuelto bien, y tú no has tenido a nadie como él sí tiene.

—He tenido a Creed y tus padres. He tenido a Anna. —Hice una pausa para pensar—. Te he tenido a ti.

Le oí reír de nuevo.

—Sí, supongo que sí. Y te has desenvuelto bien incluso a pesar de eso.

—¿Dónde está Creed?

—Ha ido a dormir al cuarto de invitados. Por lo visto es incapaz de dormir en el suelo ni por una maldita noche.

—¿Por qué no duermes?

Noté que se encogía de hombros, pues ahora estaba sentado junto a mí.

—Te he dicho que le vigilaría. Iba en serio.

Le di un golpecito con el hombro.

—Gracias.

Me devolvió el golpe.

—De nada.

Nos quedamos allí un rato, escuchando la respiración de Ty, sin decir nada. Finalmente empecé a sentirme cansado, Otter me vio cabecear y me dijo que volviera a la cama. Él se quedaría allí durante la noche. Sacudí la cabeza.

—No debería —dije—. Tengo que estar aquí cuando Ty despierte. Si va a ser mañana, como creo que será, tiene que verme enseguida.

—Está bien, Bear. ¿Sabes dónde tiene Anna almohadas o mantas de sobra?

—En el armario del recibidor.

Le oí levantarse y alejarse. Volví a mirar a Ty y se me cayó el alma a los pies otra vez. Dentro de unas horas estaría despierto. Dentro de unas horas tendría que explicar a mi hermano pequeño cómo era tener que crecer mucho antes de lo que debería. Traté de ensayar lo que iba a decirle, intentando imaginarme si lo entendería. Pero, al final, no llegué mucho más lejos que allí donde había empezado.

Otter volvió con un montón de ropa de cama en los brazos. Me hizo levantar y extendió la manta junto al sofá. Colocó las almohadas y me dejé caer al suelo, sintiendo que mi cuerpo se apagaba. Me quedé tendido boca arriba mirando al techo, viendo los dedos de Ty, que tenía una mano colgando de un lateral del sofá. Otter se quedó en el mismo sitio que había ocupado antes, aparentemente sin saber qué hacer.

—¿Vas a acostarte o montarás guardia toda la noche? —pregunté, repentinamente divertido.

Pareció vacilar un momento y luego se tendió a mi lado, a poca distancia. Permanecimos en silencio.

Hasta que:

—¿Otter?

—¿Sí?

—Gracias.

—¿De qué?

—Ya sabes, por lo que has dicho. Por estar aquí.

—Cómo no, Bear.

Su mano rozó la mía.

Ya casi dormía cuando:

—¿Bear?

—¿Sí?

—Feliz cumpleaños.

Entonces me dormí, con un atisbo de sonrisa en el rostro.

Aquella noche soñé. Soñé muchísimo. Pero el sueño que más destacó fue uno en el que seguía a alguien a quien no conocía. Intentaba llegar a su altura, pero cada vez que me acercaba lo suficiente para coger una prenda de su atuendo se alejaba arrastrado por una corriente oceánica.

Desperté casi al amanecer. Por un momento no sabía dónde estaba. Abrí los ojos y vi la parte inferior de un sofá. Tenía la cara casi recostada contra él. Noté una presión en la espalda y recordé dónde estaba. Cerré los ojos con fuerza, tratando de apartarlo todo. Entonces la cosa que me apretaba la espalda se movió un poco, y supe que era Otter. Le oí roncar suavemente, con su ancha espalda pegada a la mía. Su cuerpo me empujaba contra el sofá en el que Ty seguía durmiendo. El polvo del espacio contiguo al suelo me hacía cosquillas en la nariz. Me aparté despacio, me volví y me acurruqué junto a Otter. Estaba caliente. Estaba allí. Me dormí otra vez.

Desperté al cabo de un rato al notar unos golpecitos en la frente. Fruncí el ceño, sin querer abrir los ojos. La almohada sobre la que me reclinaba resultaba demasiado agradable para querer moverme. Levanté la vista, molesto, y vi al Chico mirándome desde el sofá, con los ojos brillantes.

—Eh, Bear —dijo.

—Eh, tú —gruñí, volviendo a cerrar los ojos.

—¿Por qué duermes sobre Otter? —susurró, visiblemente divertido.

Me apresuré a abrir los ojos. Volví la cabeza un poco hacia la izquierda y vi que la almohada sobre la que estaba tendido era el hombro de Otter. Tenía el brazo derecho debajo de mi cuello y enroscado en torno a mí por el otro lado, con los dedos extendidos sobre mi pecho. Una de mis piernas estaba estirada sobre la suya. Aún dormía. «¿Qué diablos?», pensé. Poco a poco, me desenredé de él, sin apartar los ojos de su cara. El pulso me palpitaba con fuerza en los oídos y sentía un zumbido en la piel. «¿Qué diablos?»

—¿Hemos pasado la noche fuera de casa? —preguntó el Chico.

—Pues sí —contesté.

Otter murmuró en sueños y se volvió de costado, apartándose de mí.

—Tengo hambre —dijo Ty, desperezándose—. ¿Crees que Anna todavía tiene Lucky Charms?

—No lo sé, Chico. Vamos a mirar.

Lo levanté del sofá y le llevé hacia la cocina.

Me tiró de la oreja.

—¿Qué? —pregunté, repentinamente muy despierto.

—¿No quieres despertar a Otter para que pueda tomar Lucky Charms con nosotros?

—Las nutrias no comen Lucky Charms. [2]

Me miró interrogativamente.

—Pero los osos sí, ¿verdad? [3]

—Claro, Chico. Podríamos decir que es lo único que comen los osos —dije echando una última mirada a Otter, que seguía tendido en el suelo.

Me estremecí.

Llevé a Ty a la cocina y lo senté a la mesa. Me acerqué a uno de los armarios, bajé la caja de cereales y saqué un cuenco del lavavajillas. Los dejé delante de él, me apresuré a abrir la caja y

vertí cereales en el cuenco. Saqué la leche del frigorífico y la dejé a su lado. Tan pronto como fue lo bastante mayor, el Chico nunca permitía que nadie le preparara el desayuno. Siempre quería hacerlo solo. Me senté en la silla junto a él mientras los pensamientos me invadían la mente.

—¿Tú no tomarás, Bear? —preguntó, relamiéndose los labios sobre la cuchara.

Me incliné y le revolví el pelo.

—Quería tomar un poco de los tuyos, si no te importa.

Miró al cuenco y después a mí.

—De acuerdo —dijo pausadamente—. Pero coge solo los trozos pequeños, no los grandes.

Sujetó la cuchara con una mano, pescó dos malvaviscos y los puso en la cuchara. Eran los tréboles verdes. Sabía que eran mis favoritos. Tendió la cuchara hacia mi boca y los engullí, emitiendo un ruido que le hizo reír.

—¡Eh, Bear! —exclamó el Chico.

—¿Qué pasa?

—¡Es tu cumpleaños!

—Lo es.

—¡Te he preparado una cosa! Bueno, Anna me ayudó, pero la mayor parte la hice yo. ¿Puedo ir a buscarla?

—Claro, Chico. Pero procura no hacer ruido, ¿vale?

Asintió, tomó otro bocado y luego saltó de la silla. Salió corriendo de la estancia. Sus calcetines se arrastraron sobre las baldosas haciendo frufnú.

Esperé a que se hubiera ido y me dejé caer sobre la silla. Me dolía la cabeza. Tenía el cuello rígido, al parecer después de pasar las últimas horas acurrucado contra el cuello de Otter. Gemí en voz alta, agradeciendo a Dios que solo Ty nos hubiera visto así. ¿Qué habría pensado Creed si me hubiera visto echado sobre su hermano? ¿Y Anna? ¿Qué coño pensaba yo?

«Da igual —decidí—. Estaba cansado y me he vuelto hacia su brazo mientras dormía. No pasa nada. De todos modos, ¿a quién le importa? ¿Y si Creed nos hubiera visto? ¿Habría dicho que éramos un par de maricones? Pero no estábamos haciendo nada. Otter no es así. Yo no soy así. Ha sido sin querer.»

Antes de que pudiera seguir pensando en eso (aunque no quería), el Chico entró corriendo en la cocina sujetando un papel de dibujo grande. Me lo entregó, se acomodó en su silla y siguió comiéndose los cereales. Miré el papel que me había dado. Estaba doblado por la mitad y en la parte exterior ponía: PARA BEAR, DE TU HERMANO. Me reí por lo bajo y lo abrí. Dentro había un dibujo, y debajo de este más letras que decían FELIZ CUMPLEAÑOS, BEAR y TE QUIERO. El dibujo mostraba cinco monigotes de pie en lo que parecía una playa. Sabía cuál de ellos era Ty porque se había dibujado más pequeño que los demás. Anna tenía el pelo negro y largo. Había otros tres.

—Este eres tú —dijo, señalando el monigote situado junto al que le representaba a él—. Y este es el tío Creed al lado de Anna, y este es Otter al otro lado tuyo.

Nos había dibujado a todos cogidos de la mano. Yo sujetaba la del Chico y la de Otter. «¡Oh, por el amor de Dios, no es más que un dibujo!», pensé.

—Gracias, Chico. Creo que algún día serás un artista famoso.

—Tal vez. O un detective. Aún no lo he decidido. ¿Puedo tomar más Lucky Charms?

—Sí.

Seguí observando el dibujo, percatándome de que no había incluido a mamá. Lo dejé sobre la mesa.

—Ty... —dije, y de repente no supe qué añadir.

Me salvó la aparición de Creed en la estancia, bostezando.

—¡Tío Creed!

Ty chilló y saltó de la silla. Creed lo cogió y lo hizo girar en círculos.

—¡Hola, Chico! ¿Qué hay?

—¿Sabías que es el cumpleaños de Bear?

Dejó de hacer girar a Ty y me miró.

—Desde luego, Chico. Ahora tu hermano mayor será viejo.

Pude ver la preocupación en sus ojos al darse cuenta de que aún no le había dicho nada a Ty.

Ty no pareció percatarse de nada extraño.

—Sí, ahora es un oso viejo. Tendremos que llevarle a una residencia. ¿Tomaremos pastel por el cumpleaños de Bear?

—¿Pastel? —dijo Creed, dejando al Chico en su silla—. Apuesto que podríamos cambiarlo. ¿Qué clase de pastel crees que quiere Bear?

Ty hizo una mueca y gruñó:

—Seguramente de algo asqueroso como coco. Yo odio el coco.

—Te diré qué vamos a hacer: si Bear quiere pastel de coco, me aseguraré de conseguir otro pastel para ti.

Ty le miró con recelo.

—Pero no es mi cumpleaños.

—No pasa nada. Oye, Chico, ¿te importa que secuestre a tu hermano un momento? Tengo que hablar con él de un asunto de mayores.

—Eso parece aburrido —repuso Ty—. ¿Puedo ir a despertar a Otter?

—Sí, claro. De hecho, procura saltarle encima y golpearle la cara con la almohada, ¿vale? Es la única forma de que Otter se despierte.

Ty tomó otro bocado antes de apartarse de la mesa. Creed se volvió hacia mí, con las cejas levantadas.

—Deduzco que aún no le has dicho nada.

Me encogí de hombros.

—Me ha despertado hace unos minutos. No he tenido tiempo de hacer gran cosa.

Oí un grito procedente de la salita, y luego la estridente risa de Ty.

—¿Quieres que estemos aquí cuando lo hagas? —preguntó Creed, poniéndome una mano sobre el brazo.

—Supongo. Creo que sería mejor si todos estuviéramos aquí, ¿no? Así verá que aún puede contar con nosotros.

—Está bien —dijo, levantándose—. Iré a buscar a Anna. Seguramente es mejor que lo hagamos ahora. —Se encaminó hacia la habitación de Anna. Me miré las manos, preguntándome otra vez qué diablos iba a hacer—. Oye, Bear.

Levanté los ojos y vi a Creed de pie en el umbral.

—Feliz cumpleaños, tío. Siento que tenga que ser así, pero bueno, feliz cumpleaños.

Asentí, y él se fue hacia el cuarto de Anna.

Apenas me quedé solo un par de segundos cuando oí la risa de Ty en el pasillo mientras Otter entraba, llevando al Chico cabeza abajo.

—¡Bájame, Otter! —chilló Ty.

—¿Vas a pegarme otra vez con la almohada?

—¡No!

—¿Me lo prometes?

—¡Sí!

Otter le dejó en la silla. Luego rodeó la mesa y se plantó a mi lado. Me puso una mano sobre el hombro. Se lo permití durante un segundo hasta que recordé dónde me había encontrado al despertar. Entonces le quité la mano de encima.

—¿Estás bien, Bear? —preguntó, sin moverse de mi lado.

—Estoy bien —contesté con hosquedad, esforzándome por evitar su mirada—. Ojalá dejarais de preguntármelo.

«Y ojalá te fueras», pensé.

—Bear —dijo él en tono de advertencia.

—Oh, déjalo, Otter. No haré ninguna estupidez.

—No he dicho que fueras a hacerla —replicó—. Dios, estás un poco raro por la mañana, ¿no?

Y aunque no lo dijo en ese sentido, me lo tomé como algo íntimo, como algo secreto, compartido solo entre nosotros, dos falsos amantes que se ven uno al otro nada más salir el sol. «Apuesto a que él me ha hecho dormir así. Estoy seguro de que no he tenido nada que ver con eso. Yo no soy así, y creía que Otter tampoco. No me importa que él lo sea, pero sé quién soy yo. Además, ahora mismo no necesito una complicación como esa. Pero no importaría, porque yo no lo soy.» Forcé una sonrisa.

—¿Por qué os estáis peleando? —preguntó el Chico.

Había olvidado que estaba allí. Le miré y vi que tenía un malvavisco pegado a la mejilla. Extendí el brazo sobre la mesa y se lo quité.

—No nos estamos peleando, Ty —dije en voz baja—. Es solo la forma en que hablan los adultos a veces.

Alternó la mirada entre Otter y yo.

—Bear, que ahora tengas dieciocho años no significa que seas un adulto —dijo, pragmático.

—Pues sí, lo soy —espeté, tratando de dirigir mi ira hacia cualquier parte excepto a Ty, pero sin conseguirlo.

Él ni siquiera se inmutó. Tomó otro bocado y miró despreocupadamente a Otter.

—Tienes razón. Bear está un poco raro esta mañana. Creo que es debido a que no sirves muy bien de almohada —dijo el Chico.

«¡Oh, maldita sea!», pensé. Me ardía el rostro, y me lo cubrí con las manos.

—Creo que en eso llevas razón, Chico —repuso Otter en voz baja. Yo sabía que me estaba mirando—. Las nutrias no sirven muy bien de almohada.

Bajé las manos y me disponía a decir algo, lo que fuera, cuando Anna y Creed entraron en la cocina. Me levanté de prisa y me acerqué a Anna, lo que la cogió por sorpresa. La rodeé con los brazos y la estreché con fuerza. Pude notar su cuerpo blando contra el mío y me agradó empezar a sentirme un poco excitado. Hasta que vi mi mirada atrapada en la de Otter por encima del hombro de Anna, con una expresión impenetrable. Él fue el primero en apartar los ojos.

«Bien —pensé despiadadamente—. Bien. Bien.»

—Humm... ¿Bear? —dijo Anna—. Me estás ahogando.

Me di cuenta de que había estado apretándola cada vez con más fuerza hasta que finalmente Otter había apartado la vista. La solté, y ella me miró con preocupación en los ojos.

—Estoy bien —dije antes de que la pregunta saliera de su boca.

Ya entonces supe que me la harían muchas veces.

—De acuerdo —dijo ella, poco convencida. Me dirigió una última mirada antes de volverse hacia el Chico—. ¿Lucky Charms? —exclamó alegremente—. ¿Estás seguro de que no quieres torrijas?

El Chico sonrió con la boca llena de azúcar.

—¿Podemos untarlas con manteca de cacahuete y sirope? ¿Puedo ayudar?

—Puedo hacerlo yo, pero creo que Bear tiene algo de lo que quiere hablarte —dijo Anna.

Lo levantó de la silla y le prodigó la misma clase de abrazo que yo le había dado a ella. Ty se quejó un poco, pero la abrazó a su vez. Ella volvió a sentarlo y pude ver el indicio de lágrimas en sus ojos cuando me devolvió la mirada. Me invadió una ira negra y grasienta. «No te atrevas a echarte a llorar —pensé—. Si lo haces, Ty llorará también, y lo hará de todos modos, así que no te atrevas.»

—¿Bear? —dijo el Chico—. ¿De qué quieres hablarme? ¿Iremos a algún sitio por tu cumpleaños? Porque estaba pensando que podríamos ir al acuario a ver la nutria *Otter* y la foca *Todd* —declaró, mencionando sus animales favoritos de la atracción turística situada a las afueras de Seafare.

Miré a Anna, que estaba sacando pan y huevos, pero sabía que escuchaba con atención. Me alegré de ver que las lágrimas se le habían secado un poco. Miré a Creed, arrellanado en su silla, con una expresión pensativa en el rostro. Y miré a Otter, pero su cara permanecía pasiva igual que antes, sin revelar nada. Suspiré profundamente y me senté delante de Ty.

—Chico —empecé a decir, y me alarmé cuando la voz me salió pastosa y emocionada.

De repente me noté la cara húmeda, el corazón encogido, la garganta obstruida. «Santo Dios —pensé—. ¡Ahora no empieces tú! ¿De dónde diablos ha salido eso?»

—¿Bear? —oí decir a Ty, repentinamente preocupado.

Oí el rechinar de su silla cuando la retiró, y oí que Creed se levantaba a su vez, pero Otter le obligó a sentarse de nuevo. Ty vino corriendo alrededor de la mesa y se subió a mi regazo.

—¿Qué pasa, Bear? ¡No puedes estar triste! ¡Es tu cumpleaños! No tenemos que ir al maldito

acuario. Podemos hacer lo que tú quieras.

Me acariciaba el pelo.

Negué con la cabeza y carraspeé, tratando de dominar aquella inoportuna manifestación de emoción. Cuando hablé, mi voz sonó áspera y apagada en mis oídos.

—Hoy podemos hacer lo que quieras. Y no solo hoy. Si quieres hacer algo, dímelo y buscaremos el modo de hacerlo. ¿Vale? —Recosté la frente contra la suya, notando sus manos en mi pelo, oliendo su aliento de Lucky Charms en mi cara—. Pero ahora tengo que decirte una cosa, y necesitaré que seas un chico mayor, ¿de acuerdo?

Noté que se apartaba.

—¿Está muerta? —preguntó.

Su voz era lo único que revelaba su edad. Lo dijo tan quedamente, con tanta madurez, que la maldije entre dientes por aquello en que el Chico estaba a punto de convertirse. Sabía qué estaba a punto de hacerle, y me odié por ello.

—¿Está muerta? —repitió con insistencia.

—No, Ty, no está muerta. Ha...

«¿Desaparecido? —pensé—. ¿Huido con Tom? ¿Nos ha abandonado? ¿Ha renunciado a la propia sangre que le quedaba en este mundo? Elige una, Bear, ¡date prisa y elige una!»

—Se... ha ido, Chico. Se ha ido.

—¿Adónde ha ido? —preguntó él, con una voz tan apagada como la mía.

—No lo sé. Dijo que quería marcharse con Tom y conseguir un empleo en alguna parte, pero no sé adónde ha ido.

—Volverá, ¿verdad? —preguntó Ty.

Noté que empezaba a temblar entre mis brazos. Le estreché con más fuerza.

—No, Chico —susurré—. No creo que vuelva. Creo que ya no vendrá.

—¿Por qué tenía que marcharse? ¿Por qué se ha ido?

—No lo sé, Ty. Ojalá lo supiera, pero no lo sé.

Oí el primer jadeo saliendo de su cuerpecito.

—¡Bear! —me gritó al oído—. ¿Qué será de mí? ¡Oh, Bear, no soy más que un niño! ¡No soy grande como tú! ¿Qué me pasará?

Para cuando terminó estaba sollozando, retorciéndome la camiseta, el pelo, la piel y las entrañas.

Yo no podía hablar. Quería tranquilizarle enseguida, consolarle, hacerle entender que yo estaría a su lado en todo momento, pero no me salían las palabras. Miré con frenesí por encima de su hombro, buscando a Anna o Creed, pero encontré a Otter a través de la pátina de mis lágrimas. Se estaba secando los ojos. «¡No! —pensé irritado—. ¡Tú no puedes llorar! Dijiste que me ayudarías, así que ¡ayúdame, joder! ¡Otter!» Casi como si me hubiera oído bajó las manos, y vi que tenía los ojos enrojecidos pero aún podía dominarse. Le supliqué en silencio. Él comprendió y se levantó enseguida. Rodeó la mesa. Se agachó junto a mí y el inconsolable Chico y puso una mano sobre la espalda de Ty.

—Tyson, quiero que me escuches —dijo en voz baja, acariciando la espalda de Ty—. ¿Puedes hacerlo un momento? ¿Me haces ese favor?

Los sollozos seguían sacudiendo el cuerpo del Chico, pero noté que asentía con la cabeza.

—Mírame, Chico —dijo Otter. Ty se volvió en mi regazo, con las dos manos sujetándome la camisa, aferrándose todavía. Otter puso sus manos a ambos lados de la cabeza de Ty y usó los pulgares para secarle las lágrimas—. Ya sé que asusta —continuó cuando Ty se hubo calmado un poco—. Sé que ahora mismo asusta mucho. Pero ¿sabes quién cuidará de ti porque no eres más que un niño? —Ty negó con la cabeza—. Bear. Y yo. Y Anna y el tío Creed. Y mi mamá y mi papá, y la mamá y el papá de Anna. Todos cuidaremos de ti. Si necesitas algo, no tienes más que decírselo a uno de nosotros y lo haremos. ¿Vale?

Los dos asentimos porque cuando Otter dijo esto último me miró a mí.

—¿Y cuando Bear vaya a la facultad? —preguntó el Chico—. ¿Tiene que ir pronto a la universidad! —Pude oír el pánico que le invadía la voz—. ¿Tendré que mudarme también? ¡Yo no quiero mudarme! ¡Me gusta mi habitación! ¡No quiero irme!

—No tendrás que hacerlo —conseguí articular por fin—. No iré a la facultad por ahora. Podemos quedarnos aquí, y puedes mantener tu habitación.

Se echó a llorar de nuevo, esta vez en silencio, recostado contra mi pecho. Apoyé la barbilla sobre su frente y le mecí con suavidad. Noté una mano caliente sobre mi rodilla, supe que era de Otter y supe que debía sacudir la pierna para hacer que se moviera, pero era reconfortante y afectuosa y no pude reunir el valor para rechazarla.

Anna y Creed se hicieron visibles cuando se acuclillaron junto a Otter. Este no retiró la mano, y me alegré. Los dos extendieron un brazo y tocaron a Ty en la cara, la pierna, el pelo.

—Las cosas no serán muy distintas —dijo Anna por fin—. Seguirás yendo a la escuela y jugando con tus amigos. Podrás quedarte en tu casa y cuando Bear tenga que ir a trabajar podrás estar conmigo, con el tío Creed o con Otter. Sé que tu mamá no estará aquí, pero todos nosotros sí. Te lo prometo, ¿vale?

Ty asintió, moviendo la cabeza solo una vez.

—¿Y el tío Creed? ¿Te quedarás también? No te marcharás a la facultad, ¿verdad?

Creed sacudió los hombros y me miró con una expresión que no había visto nunca en su cara. Con esa mirada me dijo que creía que también él me traicionaría y me abandonaría. Durante un segundo, egoístamente, por supuesto, tuve esa sensación. Sabía que se iría en otoño, y que solo le vería de tarde en tarde, y que no sería lo mismo. Aparté aquellos pensamientos, porque en ese momento no se trataba de mí, sino del Chico. Ya me preocuparía de mí mismo más adelante.

—Ty —dije, eligiendo con esmero las palabras que seguirían—. El tío Creed estará aquí los dos próximos meses, pero en agosto irá a la facultad. Eso no significa que ya no te quiera, solo que tiene que irse. Será un informático famoso, se hará muy rico y nos llevará de viaje en su barco, pero para hacer eso tiene que ir a la facultad, ¿vale?

Ty asintió, y Creed me miró como si caminara sobre las aguas.

—Pero vendré a menudo, ¿vale? —dijo Creed, pareciéndose a sí mismo—. Me verás continuamente, y si alguna vez quieres hablar conmigo cuando no esté aquí, solo tienes que pedirle a Bear que me llame y podremos hablar todo lo que quieras. Preferiré charlar contigo a asistir a una estúpida clase de informática.

—Vale —dijo Ty con tristeza. Entonces se volvió hacia Otter—. Has dicho que te quedarías y también me cuidarías, Otter. ¿Te marcharás también? No como mi mamá, ¿sino como el tío Creed? ¿Solo vendrás a verme a veces?

Otter contestó sin vacilar.

—No iré a ninguna parte, Chico. Puedes contar con ello. Me quedaré aquí contigo y con Bear, ¿vale?

—Pero, Otter —interrumpió Creed—, ¿y lo de...?

Otter le lanzó una mirada de advertencia y Creed se calló. Me pregunté de qué se trataba. No sabía que Otter tuviera que marcharse ni hacer nada. En aquel momento no quería pensar necesariamente en Otter, pero me estremecí ante la idea de que también él se fuera. Otter ya había salido de la facultad y trabajaba en un pequeño estudio fotográfico en el municipio vecino. No era un trabajo fascinante, pero parecía que le gustaba. Había asistido a un par de exposiciones de su obra. Me había paseado por ellas con Creed y sus padres, tomando champán y sintiéndome mayor de lo que era mientras pasábamos de una fotografía a otra. Me recordé que debería preguntar a Creed más tarde qué ocurría con Otter.

Tan pronto como Ty supo cuál era su situación, quién se marcharía y quién no, pareció apaciguarse un poco. Se volvió hacia mí y se me encaramó al pecho otra vez. Mantuvo los brazos a los costados. Le rodeé el cuello y él se arrimó al mío. Me pasó por la cabeza un pensamiento fugaz...

así es como tú y Otter estabais acostados.

... pero lo aparté antes de que pudiera arraigar. Oí al Chico murmurar algo contra mi cuello e incliné la cabeza para escuchar.

—Dilo otra vez, Chico. No te he oído —le dije.

—Tengo que ir a sentarme en la bañera. Noto como un terremoto —me susurró.

Me levanté en el acto y me llevé a Ty. Oí a Anna y a Creed explicarle a Otter lo que Ty había querido decir y nadie nos siguió, para mi alivio. Llevé a Ty al baño más cercano, entré en la bañera y me senté con la espalda recostada en el lado opuesto al grifo. Estiré las piernas y Ty se tendió sobre mi pecho, con los ojos vidriosos y apagados.

Cuando tenía cuatro años, Ty había visto en la tele algún programa sobre terremotos, placas tectónicas o algo que se le había quedado grabado en el cerebro. Ya a esa edad no miraba dibujos como los niños normales. Más tarde me explicó que en el programa habían dicho que, en caso de terremoto, había que buscar un sitio seguro. Uno de esos sitios es el baño, dentro de la bañera. Desde entonces, siempre que Ty se ha sentido asustado, trastornado, apurado, furioso o cualquier otro tipo de emoción distinta a la felicidad, iba a sentarse en la bañera hasta que se sentía mejor, diciendo que quería protegerse de sus terremotos. Antes mi mamá intentaba hacerle desistir, hasta que un día le dije que le dejara en paz. Accedió y me dijo que de acuerdo, que lo dejaría en paz, pero que tendría que ocuparme de él cuando se pusiera así.

De modo que nos quedamos sentados en la bañera, sintiendo que el mundo se movía entre nuestros pies. Finalmente enmudeció y se quedó dormido sobre mi pecho, con las manos todavía sujetándome la camiseta. Allí dentro estábamos a salvo. Fuera, el mundo se sacudía y todo se

desmoronaba.

Así es como fue. Así es como ella se marchó. Así es como reaccioné. Así se lo dijimos a Ty. Así tomé la única decisión que podía tomar. Cumplí dieciocho años y obtuve un hijo. Unos días después Creed, Anna y yo nos graduamos en el instituto. Tanto los padres de Anna como los Thompson fueron informados de lo sucedido. Les reunimos para decírselo de modo que no tuviéramos que repetirlo, y me sentí orgulloso de mis amigos cuando se mantuvieron unidos conmigo ante las protestas de sus padres. Finalmente logramos que estuvieran de acuerdo en dejarme cuidar de Ty sin que intentaran localizar a nuestra madre, llamaran a la policía ni nada parecido. Por supuesto, esto solo se consiguió a condición de que aceptara su ayuda y les pidiera cualquier cosa que necesitara para Ty o para mí. Otter, Creed y Anna me propinaron puntapiés por debajo de la mesa al verme vacilar, y dije que sí. Sabía que sus padres actuaban muy a su pesar, pero creo que estaban enterados de mi amenaza de coger a Ty y marcharme si hacían algo, de modo que no hicieron nada.

Tal como mi madre me había prometido, el poder legal llegó dos días después de mi cumpleaños; me lo trajo la amiga de mi madre, Denise. Y, también como había prometido, ya estaba firmado por el notario. Lo único que tuve que hacer fue estampar mi firma en la línea de abajo. Me quedé mirando aquel papel durante lo que parecieron horas, trazando la firma de mi madre con el dedo una y otra vez. Me sentía como si entregara mi vida, accediendo a algo que no era justo para ninguno de los afectados. Pero, en el fondo, ¿qué otra cosa podía hacer? Firmé el poder legal y Creed y Anna trataron de darle mucha importancia, diciendo que aquello merecía una celebración. Negué con la cabeza y salí al balcón de nuestro piso; me quedé mirando al aparcamiento. Al cabo de un momento Otter llegó y se puso a mi lado, sin hablar pero dándome un golpecito en el hombro de vez en cuando para hacerme saber que aún estaba allí. Era lo único que necesitaba.

Resultó que los 137,50 dólares que había en el sobre con la maldita carta era todo lo que nuestra madre nos había dejado. Yo tenía en aquella cuenta más de tres mil ahorrados trabajando, unos ahorros para cuando tuviera que ir a la facultad. Fue la última bofetada en la cara que me propinó mi madre. Pero, con gran disgusto por mi parte, Creed, Anna u Otter habían obtenido mis datos bancarios, y de alguna manera aquella cantidad había sido restituida como por arte de magia en mi cuenta. Supe que era uno de sus padres quien la había ingresado, y protesté enseguida. Me dijeron que me callara y que recordara que había prometido dejarles ayudar. No les dije nada más salvo unas humildes palabras de agradecimiento, y acto seguido me puse a trabajar y pedí hacer turnos extra. Juré que no volvería a ponerles en una situación semejante.

Y eso es lo que ocurrió.

Lo sé, lo sé. Ya os oigo preguntar: «Pero, Bear, eso no explica qué sucedió entre tú y Otter. ¡Es lo más importante de este *flashback*!» Estoy llegando a eso. Solo pienso en qué voy a decir. Me hizo algo, sí, pero no me refiero a nada físico. Me hizo algo en la cabeza, y constato que eso es siempre lo más difícil de que hablar. Así pues ¿por qué Otter y yo estamos de pie bajo la lluvia, con el helado de soja del Chico medio derretido? ¿Por qué me aferro a él como lo hizo Ty cuando le contamos lo de nuestra madre? Lo hago porque tengo miedo de que desaparezca como dijo que no haría, que me

abandone y vuelva a dejarme solo. Pero yo no soy así, ¿vale? No soy así.

No lo soy.

Un par de semanas después de graduarme llegué a casa del trabajo. Eran casi las diez de la noche. Estaba cansado. En aquellos días me sentía cansado la mayor parte del tiempo. No hay nada más agotador para un ser humano que un estado perpetuo de aflicción y de ira. Alternaba entre ambas, tratando de reprimirlas para que nadie viera lo mal que me encontraba. Entré en nuestro piso y vi a la señora Paquinn sentada en el sofá, con Ty dormido con la cabeza en su regazo.

La señora Paquinn es la vecina de al lado. Tiene más de setenta años, pero posee más agilidad mental que la mayoría de la gente que conozco. Siempre que necesito un canguro está más que dispuesta a vigilar a Ty, sin hacer preguntas. Vive sola y lo ha hecho durante los últimos treinta años, después de que su marido muriera de un ataque al corazón a una edad increíblemente temprana. Siempre le gusta decirme que aquel hombre aguantó el tipo durante dos semanas, demasiado terco en esta vida para pasar a la otra. Yo sabía que había tenido una hija que también había fallecido, pero eso fue cuando ella era muy joven. Había dicho que Dios vio oportuno bendecirla con una, pero que era demasiado valiosa y por eso había vuelto a llevársela. Cuando lo oí por primera vez, me hizo pensar que Dios era un hijo de puta posesivo.

Finalmente había reunido el valor para contarle lo ocurrido, creyendo que se apiadaría y me compadecería como habían hecho todos los demás. Incluso pensé que lloraría un poco. Pero no hizo nada de eso; me dijo que era valiente por hacer lo que hacía y que le recordaba a su Joseph, el que había sido su marido. Me dijo que no me preocupara nunca por pedirle ayuda con el Chico, que le vigilaría siempre que lo necesitara. Siempre le habíamos pagado, por cuanto vivía de una renta fija, y me aseguré de que eso no cambiara. La primera vez que lo hice vi que estaba a punto de protestar, pero debía de haber algo en mis ojos porque me miró largo rato y después aceptó el dinero sin discutir. Por lo menos en eso percibí cierta normalidad.

Entré en el piso y le di las gracias en voz baja por vigilar a Ty en mi lugar. Anna también había estado trabajando, y Creed y Otter habían tenido que asistir a una cena de familia. La señora Paquinn había accedido enseguida a cuidar de Ty cuando se lo había pedido la víspera. Se levantó despacio del sofá, con movimientos suaves para no despertar a Ty. Le pagué, me abrazó como hacía siempre y la conduje hasta la puerta. Esperé a que hubiera entrado en el piso contiguo antes de cerrarla.

Volví con Ty y lo levanté. Se despertó brevemente, vio que era yo quien le llevaba y siguió durmiendo en mis brazos. La señora Paquinn ya le había puesto el pijama, así que lo deposité en su cama, le arropé, le besé la coronilla y apagué la luz del dormitorio. Dejé la puerta entornada para que la luz de la salita hiciera las veces de lamparilla de noche. Unos días antes había intentado instalarme en la antigua habitación de mi mamá, ahora que estaba libre. Eso había hecho que Ty se desquiciara. No tardé en descubrir que él sabía que tenía que dejarle a veces para ir a trabajar y cosas así, pero cuando estaba en casa esperaba que hiciera lo mismo que antes de que mamá se fuera. Eso implicaba dormir en la misma habitación. No le importaba que durmiéramos en nuestro cuarto o en el otro dormitorio, siempre y cuando estuviéramos juntos. Optamos por quedarnos en nuestra

habitación, aun cuando era más pequeña. El cuarto de mamá todavía conservaba su olor. Era excesivo, demasiado pronto.

Aquella noche, no obstante, no pensaba en eso. Aquella era una de las noches en las que me sentía, con frecuencia en aquellos días, deprimido, enfadado, autocompasivo. Sabía que no podría dormir. En el trabajo había tomado la decisión de que quería emborracharme. Sabía que no hay nada peor para la depresión que beber solo, pero me traía sin cuidado. Mi mamá había dejado una botella de Jim Beam en un armario. Era repugnante, espeso y empalagoso, pero me aturdió enseguida, sobre todo porque bebía directamente de la botella. Al poco me encontré borracho y en un estado peor de cuando había empezado. Una sombra pasó por mi ánimo y me encaminé hacia el baño, con el cuerpo sacudido por temblores. Llevé la botella conmigo. Estaba trastornado. Y bebido. Y quería hablar con alguien. Desesperadamente.

Cogí mi teléfono para llamar a Anna o a Creed y en lugar de eso marqué el número de Otter.

Respondió al cuarto timbrado.

—Gracias a Dios que has llamado. Esta cena no se acaba nunca, y tengo que confesarte que mi extensa familia es insoportable. Gracias por darme una excusa para huir.

—Mi extensa familia también es una mierda —dije, tratando de hacer un chiste, pero tenía la voz pastosa.

Otter pareció divertido.

—Supongo que el Chico duerme y has decidido permitirte algún exceso.

—Sí —respondí a duras penas—. Me lo he ganado a pulso.

—Eso no puede negarse. ¿Dónde estás?

—En la bañera. Hay terremotos, y tengo que ponerme a salvo —declaré irracionalmente.

—¿Estás bien?

—No. Ven.

—De acuerdo.

Sin vacilación.

—Estás en una familia con tu cena. No quiero estropearlo.

Soltó un bufido.

—Que les den. Creed puede entretenerles. Estaré ahí en quince minutos.

Sonó un timbre de alarma dentro de mi cabeza.

—No, no pasa nada.

Pero él ya había colgado.

Intenté levantarme, no sé para qué. Solo conseguí golpearme la cabeza en el soporte del jabón que sobresalía de la pared de la ducha. Decidí que en aquel momento no estaba en situación de pensar, y aún menos de dejar venir a Otter, con todo lo que había estado ocurriendo. Miré como un bobo mi teléfono, preguntándome cómo había pasado de querer llamar a Creed o a Anna a hacer venir a Otter mientras estaba como una cuba. Tiré el móvil al pasillo, donde rebotó en la moqueta y fue a dar contra la pared. Abrí la ducha y me quedé allí mientras me caía el agua fría, deseando quitarme la borrachera. La ropa no tardó en empaparse y en adherirse a mi piel. Me recogí las rodillas contra el pecho, me abracé las piernas y me estremecí.

Al cabo de un rato la entrada de Otter en el cuarto de baño me sacó del aturdimiento. Llevaba traje y corbata, y me pregunté por qué iba tan bien vestido para venir a mi casa. Me pregunté qué hacía aún en la ducha, con la piel entumecida y los dientes castañeteando. Me pregunté por qué me fijaba en que la corbata de Otter combinaba casi a la perfección con sus ojos. Estaba apoyado en el marco de la puerta del baño, con sus grandes brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada a un lado como si tratara de averiguar qué diablos estaba haciendo. Creí que le debía una explicación.

—Me he asustado —dije estúpidamente indicando a mi alrededor—. Este es el único sitio seguro cuando todo tiembla.

Él no dijo nada; en lugar de eso, dejó la puerta y se metió en la bañera conmigo, con traje y todo. Se sentó a mi lado, con nuestras rodillas tocándose. Extendió un brazo hacia el grifo y lo giró hasta que el agua se volvió tibia. Le miré con los ojos como platos.

Me vio observándole y se encogió de hombros.

—No es más que un traje, Bear. Y tienes los labios amoratados. ¿Qué haces aquí debajo del agua fría?

Me miré las manos y reparé en lo chiflado que debía de haberle parecido cuando entró en el baño.

—Intentaba quitarme la borrachera —dije, con una voz semejante a la del Chico.

Otter bufó y me quitó la botella de las manos.

—Apuesto que sí. ¿Por qué diablos bebías esta mierda?

—Es lo único que tenía. Es lo único que dejó mi madre —contesté, como si eso lo explicara todo.

—Bueno, en ese caso no estará tan mal —dijo, mientras se inclinaba hacia delante y vaciaba el resto de la botella en el retrete.

Empecé a protestar, pero cambié de opinión cuando sacudió la cabeza.

—Está bien —dije—. De todos modos ya no quería más.

Recosté la cabeza sobre las rodillas, empezando por fin a entrar en calor. Permanecimos un rato sin hablar, y estuvo bien. La ducha hacía demasiado ruido para poder hablar como era debido, pero era agradable estar con alguien. Era consciente de su presencia, de su rodilla chocando con la mía a menudo, y me aportó consuelo. Sentí que el mundo se estabilizaba poco a poco, y cuando tuve la certeza de que el terremoto había pasado me levanté, me incliné sobre Otter y cerré el agua. Salí de la bañera y le pasé una toalla.

—¿Mejor? —preguntó mientras se quitaba la chaqueta y la corbata.

Se frotó la cara y el pelo con la toalla.

—Sí. No tenías que haber venido, Otter.

—Lo sé.

—Y ahora estás empapado.

—Eres muy observador cuando estás borracho.

—¿Por qué has venido?

—Me has pedido que lo hiciera. ¿Por qué me has llamado, si no?

—No lo sé —respondí sinceramente.

—Yo tampoco lo sé, Bear. Pero ahora estoy aquí. Y sí, estoy empapado, igual que tú. ¿Me prestas un pantalón corto y una camiseta o algo? No puedo seguir llevando esta ropa.

Mi cabeza lo interpretó mal, y me sentí sacudido por una réplica.

Me siguió a mi habitación, donde Ty aún dormía. Esperó en el umbral mientras cogía ropa para él. Le lancé una camiseta vieja y un pantalón corto. Se alejó y oí la puerta del baño al cerrarse. Confiaba en que no se hubiera fijado en cómo me temblaban las manos. Me dije que era porque tenía frío. Me sentí como un embustero.

Me despojé rápidamente de la ropa húmeda y usé la toalla para frotarme la piel helada. Me puse unos vaqueros y una camiseta. Comprobé enseguida que aún estaba borracho porque no acertaba a subirme la cremallera del pantalón y me había puesto la camiseta del revés. Maldije en voz baja.

Salí del dormitorio, asegurándome de volver a dejar la puerta entornada, y fui a la salita, donde Otter ya estaba sentado en el feo sofá. Mi ropa parecía sentarle mejor a él que a mí. La camiseta se extendía estrecha sobre su pecho y sus hombros. Las mangas le ceñían los brazos. En mi estado de embriaguez, me pregunté qué pasaría si le hacía enfadar; seguro que no me caería bien cuando estuviera enfadado. Me noté la boca seca y opté por sentarme en una silla frente a él y no en el sofá a su lado, mientras intentaba quitarme de la cabeza la imagen de Otter como si fuera la Masa.

Como no sabía qué decir, no dije nada. Él tampoco, y dentro de mi cabeza se inició un concurso para ver quién aguantaba más tiempo sin hablar. A mi mente borracha le parecía algo fascinante, por lo menos hasta que mi boca borracha se abrió y dijo:

—No puedo hacerlo, Otter.

—¿Qué no puedes hacer, Bear?

—No lo sé. No me hagas caso. Estoy borracho y no sé lo que me digo.

—¿Qué no puedes hacer, Bear? —repitió, y le maldije mentalmente.

—No puedo... No puedo cuidar de Ty —repuse, creyendo que había querido decir otra cosa pero ignorando qué podía ser.

Él suspiró.

—No te lo tomes a mal, pero en realidad no puedes elegir. Tienes que hacerlo.

—No es justo.

—No, no lo es.

—No puedo hacerlo, Otter.

—Sí puedes.

—¿Vas a marcharte? —pregunté bruscamente.

Esto le cogió por sorpresa, y retrocedió como si le hubiera abofeteado.

—¿Qué?

—Cuando le dijimos a Ty que mamá se había ido, el Chico te preguntó si te quedarías, y contestaste que sí, y Creed dijo algo. No recuerdo qué dijo, pero me hizo pensar que tenías intención de irte.

Negó con la cabeza, pero no dijo nada.

—¿Era cierto? —insistí, necesitando repentinamente una respuesta suya.

—Eso no importa, Bear —dijo Otter en voz baja, apartando los ojos de mí.

—Sí importa. No tienes que quedarte por nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó, enarcando una ceja.

—Ty y yo.

Se encogió de hombros.

—Os dije a los dos que lo haría.

—No sacrifiques nada por nosotros, Otter —dije, sintiendo cómo se encendía la ira dentro de mi estómago—. Ya tengo que hacerlo yo, así que no hagas tú lo mismo.

No respondió.

—¿Adónde irás? ¿Es por trabajo?

Sacudió la cabeza.

—¿No? ¿No, qué? ¿No era por trabajo? —insistí, con un tono de crispación en la voz—. ¿Entonces para qué era? ¿Qué ibas a hacer? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Yo no... —empezó a decir, y entonces suspiró.

—No seas estúpido, Otter. Contesta la jodida pregunta. ¿Cuándo te irás?

—Bear —dijo en voz baja, con su tono habitual de advertencia.

Normalmente eso me hacía callar. Normalmente dejaba de hablar. Pero, impulsado por el alcohol o la rabia, era incapaz de ello. No podía dejarlo en paz.

—¿Por qué no quieres decírmelo?

—¿Bear, déjalo de una vez!

Otter se levantó y empezó a caminar por la estancia.

—Que te jodan. ¡No pienso hacerlo! ¡Dímelo!

—¡No voy a ninguna parte!

—¿Por qué no? —grité, sin importarme si el Chico se despertaba.

Dejó de caminar y me fulminó con la mirada.

—Si todavía no lo sabes, entonces no sirve de nada decírtelo —me espetó.

Me levanté de la silla y me planté ante él, mirándole a la cara. Él me devolvió la mirada con el ceño fruncido, sin pestañear. Nunca había estado tan cerca de su rostro y vi unas motas doradas en el verde de sus ojos cuya existencia desconocía hasta entonces. Me pregunté hasta qué punto estaba borracho porque noté que mis manos subían, y supe que me disponía a darle un puñetazo o empujarlo al suelo. Lo que no me esperaba era que mis manos se posaran sobre su nuca y se deslizaran suavemente por su pelo, todavía húmedo por el agua de la ducha. Lo que no me esperaba era que mis manos le atrajeran hacia mí. Lo que no me esperaba era que sus labios tocaran los míos, con un gruñido de sorpresa saliendo de su boca. Lo que no me esperaba era la calidez de su sabor, lo agradable que resultaba y cómo supe cuándo había superado su conmoción inicial porque empezó a besarme a su vez, y me hirvió la sangre, me sentí electrizado y el universo entero se sacudió hasta el fondo. Entonces me percaté de lo que ocurría, de qué estaba haciendo y con quién lo hacía, y me quedé helado cuando las manos de Otter buscaron mi cintura. Tan pronto como sus manos tocaron mis caderas, retrocedí de un salto y me encontré casi en la otra punta de la habitación.

—Oh, Dios mío —gemí en voz alta mientras se me encogía el estómago, y me doblé de dolor—. Oh, Dios mío.

Y así fue como sucedió. Así fue como acabé besando al hermano mayor de mi mejor amigo, Otter, al que conocía casi desde que tenía uso de razón. Una locura, ¿verdad? Sobre todo teniendo en cuenta que yo no soy así. No sé cómo ocurrió, por qué ocurrió ni nada, ¿vale? Simplemente ocurrió. Recuerdo que me alejé de él dando traspiés y murmurando disculpas, diciéndole que estaba borracho, que no sabía lo que hacía, que ese no era yo y que solo necesitaba dormir y si él podía marcharse, que ya le llamaría más tarde. Mientras balbuceaba, no le miré a los ojos en ningún momento. La cabeza me daba vueltas y sentía náuseas. Ya casi había llegado al sofá y le pedía de forma incoherente que no se lo dijera a Creed ni a Anna cuando la habitación empezó a girar. Me acosté en el sofá y le vi acercarse a mí, con una expresión preocupada en la cara, y antes de desmayarme recordé el tacto de su pelo bajo mis dedos, húmedo y suave.

Al cabo de un rato, creí tener un sueño. Soñaba que Otter me había levantado del sofá y me llevaba en brazos. Me llevó a mi dormitorio, me puso en mi cama y me tapó con el edredón hasta la barbilla. Se sentó en la cama junto a mí, me frotó el pelo y me acarició la mejilla. Intenté charlar con él, pero me sentía la boca como llena de algodón y no podía hablar. Noté que se movía la cama cuando él se levantó, se inclinó sobre mí y me besó en la frente. Antes de retirarse, acercó los labios a mi oído y dijo: «Lo siento. Espero que puedas perdonarme algún día.» Quise decirle que no pasaba nada aun cuando no sabía de qué estaba hablando. Pero ya se había ido.

—¡Bear, levántate! —me dijo el Chico al oído.

Gruñí y abrí los ojos. Di un respingo cuando la luz se abrió paso hasta mi cerebro. Volví la cabeza y vi a Ty mirándome desde arriba junto a mi cama. Tan pronto como moví la cabeza, la atravesó una punzada de dolor que me removió el estómago.

—¿Estás enfermo? —me preguntó Ty.

—Sí —dije con voz ronca—. ¿Por qué me has despertado? ¿Qué hora es?

El Chico echó un vistazo al despertador situado en la mesilla de noche que separaba nuestras camas.

—Aún es por la mañana. Estaba viendo la tele, ha sonado tu teléfono y ponía Creed, así que he contestado. Parece furioso y ha dicho que quería hablar contigo.

Entonces observé que sostenía mi móvil en una mano y recordé lo que había ocurrido aquella noche. Me quedé sin aliento, y estuve a punto de decirle a Ty que colgara, tirara el teléfono y lo pisoteara. Luego prepararía una bolsa para él y para mí, subiríamos a mi coche y nos iríamos a Canadá, donde nadie sabría que había besado a un tío la noche anterior. «¿Se lo ha dicho Otter? —pensé, presa del pánico—. ¿Le ha dicho Otter a Creed que le besé?» Ty tendió el teléfono y lo puso en mi mano abierta.

—Me voy a ver la tele —anunció Ty mientras salía de la habitación.

Me llevé el teléfono al oído.

—¿Sí?

—¡Voy a matarle! —me gritó Creed.

—¿A quién vas a matar? —pregunté, sin desear una respuesta.

—¡A Otter! ¡No me puedo creer que haya hecho esto!

—¿Qué?

—¡Se ha ido!

Me dio un vuelco el corazón.

—Espera un momento. ¿Qué quieres decir con que se ha ido?

Creed se puso a gritar a través del teléfono:

—Esta mañana, cuando me he despertado, estaba cargando todas sus cosas en el coche. Le he preguntado qué estaba haciendo, y ha dicho que finalmente había aceptado aquel empleo en San Diego. ¡Ha dicho que era mejor así! ¿Puedes creerlo? Es decir, ¿cómo ha podido hacerle algo así a Ty, tío? Dijo a Ty que se quedaría aquí, ¡y ahora descolocará al Chico todavía más! ¡Había dicho que renunciaría a aquel jodido empleo para quedarse aquí!

—¿Se ha ido? —repetí, con la mente demasiado entumecida para pensar en nada más.

—Hace cosa de una hora. Le he preguntado qué pensaría Ty. Qué pensarías tú de que no os haya dicho nada, pero no ha querido responderme.

—Ya.

—Ya lo sé, ¿vale? Quiero decir, ¿qué diablos? ¿«Es mejor así»? ¿Qué significa eso? Quiero saber por qué lo ha hecho. Se marchó de la cena anoche, y algo ocurrió porque, cuando llegó a casa, actuó de un modo muy extraño. No quiso decirme adónde había ido, pero llevaba una ropa distinta cuando volvió.

—¿Ah, sí?

—Sí, y bueno, tengo que decirte algo, y tienes que prometerme que esto quedará entre nosotros. Es un asunto serio, Bear.

—Te lo prometo.

Oí que Creed respiraba hondo.

—Otter es gay. Nos lo confesó a mamá, papá y a mí hace unos meses. No te he dicho nada porque leí en la Wikipedia que el proceso de salir del armario es distinto en cada caso, y tienen que hacerlo a su manera. A mí me importa un carajo, pero a mis padres les ha costado aceptarlo, y últimamente ha habido malas vibraciones en casa.

—Ya —dije.

Creed pareció exasperado.

—Bear, ¿has oído lo que acabo de decir? Otter es gay.

—Te he oído —repuse, mostrándome molesto.

—¿Y todo lo que se te ocurre decir es «ya»? ¿Qué diablos?

—¿Qué quieres que diga?

—No lo sé. Lo que sea. Creo que Otter ha ido a ver a alguien y ha ocurrido algo esta noche, quizás hayan roto. Es por eso que ha llegado a casa muy triste y alterado, y después se ha ido. ¿Te ha dicho algo sobre un tío o algo? ¿Cuándo ha sido la última vez que has hablado con él?

—Hace un par de días, cuando llamó para hablar con Ty —mentí, y dentro de mi cabeza volví a

sentir los labios de Otter sobre los míos—. No le he oído nunca mencionar a nadie.

—Mierda. ¡Pero Ty! ¿Cómo diablos le afectará esto?

—No lo sé —dije, repentinamente más enfadado de lo que la situación habría requerido.

Y si tenía que ser franco conmigo mismo, la ira que sentía por la marcha de mi madre no podía compararse con la huida de Otter. Había prometido a Ty que se quedaría y le ayudaría. Otter me lo había prometido a mí. ¿Le había cabreado tanto mi beso para forzarle a irse? ¿Realmente necesitaba dar al Chico otro motivo para no volver a confiar en nadie? «Eres un hijo de puta —pensé—. Un maldito hijo de puta.»

—Vengo a verte, tío. Ahora mismo no soporto esta mierda. Mi madre está llorando y mi padre está jodido, y debería estar ahí cuando se lo digas para que pueda oírlo también de mí.

—Está bien —contesté entre dientes, y colgué.

Mi jaqueca era aún peor. Me temblaban las manos de cólera.

Me levanté, cerré la puerta del dormitorio y volví a la cama.

«Lo siento —había dicho en lo que yo creía que era un sueño—. Espero que puedas perdonarme algún día.»

Hundiendo el rostro en la almohada para que Ty no me viera, empecé a ahogarme.

Se lo dijimos a Ty, y por supuesto le rompió el corazón. No entendía por qué Otter se había marchado. Le dijimos que no era nada que hubiera hecho él, pero para entonces Ty era inconsolable. Después de eso, Ty cambió. Empezó a preguntarme las horas exactas a las que regresaría del trabajo o de donde fuera. Si iba a llegar tarde, tenía que llamarle y hacérselo saber. Comenzó la rutina del aseo que os he descrito anteriormente, en la que tenía que esperarle en el sitio exacto en el que estaba cuando él entraba. En resumen, dejó de confiar en nadie.

Tuvimos días buenos y días malos, y hubo también días en los que daba la sensación de que vivíamos sobre una falla porque todo parecía rasgarse por las costuras. Aquella bañera fue muy utilizada por Ty y por mí, sentados allí dentro para tratar de calmarnos. Una noche, después de un día especialmente aciago, me quedé atrapado en un atasco provocado por un accidente cuando volvía a casa del trabajo. Fue también cuando se me agotó la batería del móvil. Ya sabéis, la tormenta perfecta. Ni que decir tiene que llegué a casa veinte minutos tarde. Para entonces el Chico ya se había vuelto loco, y me llevó cinco horas conseguir que por fin se calmara lo suficiente para respirar. Al día siguiente puse el cargador del teléfono en el coche y ya no lo he sacado nunca de allí.

Durante el siguiente año y medio, Creed me ponía al corriente cuando hablaba con Otter de vez en cuando. Nunca le pedí noticias de su hermano, pero me las daba de todos modos. Por lo visto le iba muy bien en el nuevo estudio donde trabajaba y estaba cobrando bastante fama por sus fotografías. Me sentí amargado durante algún tiempo, y después dejé de sentir nada. Otter intentó llamarme en varias ocasiones, pero yo no le cogía el teléfono y él no dejaba ningún mensaje. Ty hablaba con él de tarde en tarde cuando estaba con Creed o con Anna. Jamás le pregunté de qué hablaban, ni él me lo dijo.

Nunca hablé con nadie de la soledad que parecía desgarrarme los costados. Se me antojaba

extraño, cuando menos al principio, que tuviera tiempo para sentirme solo. Pero había noches, mucho después de que Ty se quedara dormido, cuando no había nada que hacer hasta que volvía a hacerse de día fuera, en las que luchaba con aquel gran agujero que se había abierto en mi interior. Sabía que no podía atribuir toda la culpa de eso a Otter; a fin de cuentas, era mi mamá quien lo había comenzado todo. Pero no podía evitar agruparlos en la misma categoría: personas de las que dependía que me habían jodido. Me figuré que cuanto antes las dejara atrás, más fácil resultaría.

Casi funcionó.

No volví a ver a Otter durante dieciocho meses. Pensé que ya estaba bien. Pero cuando apareció de improviso, la herida volvió a abrirse y sangró de nuevo, y fue como si todo se desmoronara otra vez.

El Chico y yo fuimos a casa de los Thompson por Navidad como habíamos hecho el año anterior. Estábamos todos sentados en la salita, observando cómo Ty abría el montón de regalos que los padres de Creed le habían hecho. Todos nos reíamos mientras la sonrisa del Chico se iba ensanchando con cada regalo. Yo tenía sed y me ofrecí para llevar bebidas a todos. La señora Thompson quiso ayudarme, pero negué con la cabeza y dije que ya me ocuparía yo.

Estaba en la cocina cuando se abrió la puerta y entró él, con el pelo algo más largo, su cuerpo un poco más delgado, pero todavía exhibiendo su sonrisa torcida. Miró al interior de la cocina y, cuando sus ojos se posaron en mí, dejó caer la bolsa que llevaba y sin mediar palabra cubrió rápidamente la distancia que nos separaba y me atrajo entre sus brazos. Todo sucedió tan deprisa que creí que me lo había imaginado hasta que caí en la cuenta de que seguía oliendo a Otter. Levanté los brazos para abrazarle, pero recordé la última vez que lo había hecho: su boca se había pegado a la mía y mi cuerpo había parecido electrificarse.

Me aparté y me dirigí hacia la salita, pero no antes de ver el dolor en su mirada.

Se quedó una semana. Dejé que Ty le viera, pero siempre hacía que Anna o Creed recogieran al Chico en nuestra casa y se lo llevaran. No volví a verle durante el resto del tiempo que estuvo allí. No las tenía todas conmigo. Que yo sepa, él no intentó ponerse en contacto conmigo durante su estancia salvo una vez. Ty había venido a casa el día de Año Nuevo después de que yo saliera del trabajo, necesitando desesperadamente la paga y media por trabajar un festivo. El Chico había pasado el día con Creed y Otter en su casa. Ty dijo que Otter lo había traído y después se había marchado a San Diego. Me sentí apesadumbrado, pero no habría podido hacer nada al respecto. Quise hablar con Anna, oír otra voz, y me percaté de que me había olvidado el teléfono en el coche. Dije a Ty que volvería enseguida, después de asegurarle que solo tardaría un minuto.

Me encaminé hacia el coche, pensando en el alivio que suponía que Otter se hubiera marchado otra vez, como si me hubieran quitado un peso de encima. Tenía que convencerme, pero casi pude creerlo. Me acerqué al coche y vi un papel colocado debajo del parabrisas. Creyendo que era la publicidad de un restaurante, lo cogí y me disponía a arrugarlo en mis manos cuando vi una letra que me resultaba familiar:

Sé que estabas dolido y que tienes buenos motivos para estar enfadado, pero quiero que sepas que no ha transcurrido un solo día sin que haya pensado en ti y en Ty. Quizás ese sea mi castigo, saber que te va bien y saber que yo no he tenido nada que ver con eso. Por si sirve de algo, estoy orgulloso de ti por haberlo hecho tan bien a pesar de que algunas personas hayan roto las promesas

que te hicieron.

Fue agradable verte, aunque solo fuera un momento. Me alegro de que por lo menos recibiera eso. Te he echado de menos, papá Bear.

No había firma, pero no era necesaria. Doblé el papel con cuidado y me lo guardé en la cartera.

—¿Qué haces aquí? —gimo—. ¿Por qué has vuelto?

Me coge por la barbilla, obligándome a mirarle a los ojos.

—No tiene nada que ver con lo que pasó entre nosotros. En lo que a mí se refiere, fue un error.

No deberíamos habernos besado nunca.

Trato de escabullirme, pero tímidamente. Procuero no mirarle, pero sigue sujetándome por la barbilla. Todavía hay motas doradas en sus ojos verdes.

—¿Es por eso que te fuiste? —pregunto, intentando suavizar la voz—. ¿Debido a... aquello?

Niega con la cabeza.

—No fue solo eso, Bear. —Me suelta y da un paso atrás—. Estaban pasando muchas cosas, y no sabía qué otra cosa hacer. —Me mira con ojos suplicantes—. Tienes que creerme cuando digo que si pudiera volver atrás y hacer las cosas de un modo distinto, lo haría.

—Tres años —replico.

Aprieta los dientes.

—Ya lo sé. No tienes que recordármelo. Solo que... —empieza, pero entonces se detiene y parece pensar qué dirá a continuación—. Sé que esto te parecerá estúpido, pero creí que de alguna manera influía en ti, y no consideraba que fuera justo. No creía que necesitaras eso encima de todo lo demás. No intento excusarme, solo trato de hacer que lo entiendas.

—¿Qué quieres decir con que influía en mí?

Hace una mueca.

—Bear, yo estaba saliendo del armario. Mis padres no se lo estaban tomando bien y entonces todo ese asunto de tu madre... Necesitabas personas que pudieran ser fuertes para ti. Creí que yo podía hacer eso. Pero entonces acaeció aquella noche, y me di cuenta de lo débil que era en realidad. Estabas borracho, dolido y necesitabas un amigo, y entonces nos besamos, y comprendí que no podía ser el más fuerte. Pensé que de alguna manera te estaba presionando demasiado, y que era... No lo sé, Bear. Pensé que poner distancia entre nosotros era lo mejor que podíamos hacer en aquel momento. —Se muestra abatido—. ¿Tiene sentido algo de esto? —me pregunta.

—Yo no soy gay, Otter. No me importa que tú lo seas, pero yo no lo soy.

Agacha la cabeza.

—Ya lo sé, Bear. Me parece bien.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

No quiere mirarme.

—No lo sé —dice—. De momento.

—¿Por qué has vuelto?

Sacude la cabeza.

—Ahora no quiero hablar de eso. Es posible que más adelante, ¿vale?

—¿Habrá un «más adelante», Otter? ¿O volverás a escabullirte con el rabo entre las piernas?

Es un golpe bajo y soy consciente de ello, pero aún estoy enfadado y no puedo evitarlo. Quiero que mis palabras quemem.

Hace una mueca.

—Me aseguraré de decírtelo.

—Hazlo. —Me paro a pensar—. Y, para que lo sepas, esto no disculpa nada. Tienes mucho que compensar. Con Ty, quiero decir.

—Lo sé —dice, y finalmente me mira a los ojos.

Paso por su lado de camino hacia el Jeep. El helado aún no está tan derretido como creía, consulto el reloj y veo que solo disponemos de unos segundos antes de que Ty empiece a preocuparse. Me vuelvo para decirle a Otter que mueva el culo, pero ya está subiendo al coche. Miro hacia él y veo la carta que he sacado de la cartera sobre su asiento. Estiro un brazo y la recojo antes de que se siente sobre ella. Sabiendo que me observa con curiosidad, doblo el papel y lo devuelvo a su sitio en mi cartera.

—¿Bear? —dice, y la lluvia golpetea acompasadamente sobre el techo.

Me quedo mirando a través de la ventanilla. De repente me siento muy cansado.

—¿Qué?

—¿Por qué has conservado eso?

—¿Qué?

—Ya lo sabes.

—¿La carta que me escribiste?

—Sí.

«Porque era lo único tuyo que me quedaba», pienso.

—No lo sé —digo en voz alta.

«Embustero», susurra la voz interior.

En que Bear da una fiesta

No hablamos durante el resto del trayecto. Tan pronto como llegamos a la casa, Otter anuncia que está cansado y que va a acostarse. Abraza a Ty y le dice que le verá muy pronto. Desea buenas noches a Creed, que está sirviendo el helado en un cuenco para Ty. A mí no me dice nada. A Creed no le pasa desapercibido. Da a Ty su comida y lo manda a ver *El holocausto bovino* o como se llame.

—Supongo que le has dado una buena —dice en un tono divertido.

—¿A qué te refieres? —pregunto con cautela.

—Bueno, vamos a ver. Habéis estado fuera casi una hora en lo que debería haber sido un trayecto de cinco minutos. Los dos habéis vuelto con cara de perro. Y ahora mismo, Otter ni te ha mirado antes de subir. —Sonríe—. Así pues, cuéntame. Le has echado una bronca por ser tan rastroso y mudarse a San Diego, ¿verdad? Por favor, dime que lo has grabado. Apuesto que has estado absolutamente aterrador.

Me río a mi pesar.

—Algo así.

—Bueno, ¿por qué lo hizo?

—¿Hizo qué?

Creed me mira como si fuera retrasado.

—¿Por qué se marchó? Nunca le he creído cuando decía que era porque ya no podía soportar a mamá y papá. Debe de haberte dicho algo.

«Necesitabas personas que pudieran ser fuertes para ti. Creí que yo podía hacer eso. Pero entonces acaeció aquella noche, y me di cuenta de lo débil que era en realidad. Estabas borracho, dolido y necesitabas un amigo, y entonces nos besamos, y comprendí que no podía ser el más fuerte. Pensé que de alguna manera te estaba presionando demasiado, y que era... No lo sé, Bear. Pensé que poner distancia entre nosotros era lo mejor que podíamos hacer en aquel momento.»

—¿Y bien? —insiste Creed, haciendo una mueca al probar el helado de soja de Ty.

—No —miento—. En realidad no ha dicho nada.

—¿¡Un qué!?! —digo a Creed unos días después.

Él y Anna están sentados a la mesa de la cocina de mi piso. Estamos tratando de ultimar los detalles de la fiesta de cumpleaños sorpresa del Chico, que será dentro de dos días. Leí en un sitio web sobre el cuidado de los hijos que cuando organizas una fiesta para niños tienes que darles bolsas de juguetitos y chuches, así que recabé su ayuda para reunirlo todo después de asaltar la tienda de todo a un dólar que hay cerca de la playa. No sé por qué los niños necesitan más juguetes

de plástico baratos y golosinas, pero ¿quién soy yo para discutir con internet?

—¡Debes de estar bromeando!

—¿Qué? —exclama Creed, un tanto ofendido—. He oído decir que es muy bueno con los niños.

Nuestros vecinos de al lado le contrataron en una fiesta que dieron.

Mira a Anna en busca de ayuda, pero parece tan horrorizada como yo.

Suelto un gruñido.

—No contrataremos a un jodido payaso para la fiesta de Ty. ¿Cómo has podido sugerir una cosa así? ¿No te acuerdas de cuando vimos *It* cuando teníamos su edad?

Él sonríe.

—Nos quedamos levantados hasta el amanecer en el fuerte-sofá que construimos en la habitación de Otter. ¡Eras un cagado!

Anna se echa a reír.

—Que yo recuerde, el fuerte fue idea tuya, y ya no pudiste volver a ver un payaso sin ponerte a gritar.

Creed hace un gesto de desdén con la mano.

—Tenía nueve años. Y aquel payaso se comía a la gente.

—No sé —digo—. ¿No hay algo un poco raro en los hombres adultos que se disfrazan de payasos y van a las fiestas de cumpleaños? Parece algo sacado de *A la caza de los pedófilos*. No sé si quiero que esta fiesta de cumpleaños termine saliendo en la tele. No creo que a los padres les hiciera gracia.

Creed suspira.

—Está bien. Cuando esta fiesta empiece a ser una mierda y el Chico esté molesto porque está pasando el peor rato de su vida no me vengas llorando cuando te diga que quiere venirse a vivir a mi casa.

Suelto un bufido.

—Si dice eso, puedes quedártelo.

Creed coge un chupete de caramelo y lo mete en una bolsa de Scooby Doo. Entonces se le encienden los ojos.

—¡Podríamos pedir a Otter que lo hiciera!

Anna le lanza un juguete de un dólar y le rebota en la cabeza.

—¡Eso sería aún peor! Además, Otter no se disfrazaría nunca de payaso. Por lo menos tiene algo de dignidad, ¿no?

Creed frunce el ceño.

—De eso nada. Lo único que hace ahora es andar con la cara mustia como una jodida adolescente. Siempre que estoy en casa, está encerrado en su habitación. Para mí, chicos, que le han dado de lo lindo en San Diego. Yo creía que la gracia de tener un hermano gay era que en teoría debían ser muy guais. Yo tengo un gay defectuoso.

—¿No tenía un novio o algo así? —pregunta Anna—. Creía que vivía con alguien.

—Lo hizo —responde Creed—. Jacob, Josh o algo parecido. Le mencionó algunas veces. Ahora, siempre que le pregunto al respecto me dice que me meta en mis asuntos. Naturalmente, yo sigo

presionándole. Tarde o temprano cantará.

—Estoy segura de que si quisiera hablar de ello, lo haría —advierde Anna—. Déjale en paz y cambiará de opinión.

—Más le vale —sentencia Creed—. Los maricones tristes son aburridos.

—No digas maricón —lo reprende Anna—. Es grosero.

Creed pone los ojos en blanco mientras se mete un Jolly Rancher en la boca.

—Es mi hermano. Además, ¿sabes cómo nos llama él?

—¿Cómo?

Se inclina hacia delante y susurra:

—Reproductores.

—Creed —digo—, eres un retrasado mental.

—Sí, ¡qué le vamos a hacer! Pero ahora en serio, ese Josh o Jacob le ha descolocado. Vosotros rompéis cada dos por tres, y no hacéis pucheros.

—El hecho de que no hayas tenido ninguna relación larga en tu vida no significa que puedas tomarla con los que tienen una —le espeta Anna.

Él se burla.

—Podría tenerla si quisiera. Pero ¿sabes cuántas chicas fáciles hay en la Universidad de Arkansas? Y eso solo en mi calle.

—Eres un cerdo, Creed.

Él le sonrío satisfecho.

—Y te encanta. —Me mira despreocupadamente—. ¿Por qué no hablas con Otter?

—¿De qué? —murmuro, tratando de colocar una goma alrededor de una bolsa de cumpleaños terminada.

—Ya sabes, de sus problemas y eso. Por algún motivo siempre te ha escuchado, aun cuando tu consejo no fuera muy estelar que digamos.

La goma se rompe y me golpea los dedos. Me los froto y fulmino a Creed con la mirada.

—¿No muy estelar? Yo doy unos consejos estupendos.

—¡Me dijiste que a las chicas les gustaba que fuéramos malos con ellas!

—¡Estábamos en tercer curso! ¡Y no te dije que le dieras una patada en el estómago a Suzy March!

Se echa a reír.

—Dio resultado, ¿no? Seis años después aceptó mi capullo.

—¡Creed! —chilla Anna mientras me río.

Él sonrío y se parece a Otter.

—¿Y bien? —me pregunta.

—¿Y bien, qué?

—Habla con Otter en mi lugar. Ni siquiera le has visto desde que le gritaste.

Anna me mira raro.

—¿Cuándo gritaste a Otter?

—No lo hice —gruño, aunque en cierto modo le grité—. Creed se ha metido en la cabeza que

regañé a Otter la noche que le viste.

Otra goma se rompe, y la tiro sobre la mesa.

—¿Lo hiciste? —pregunta Anna.

—¡No! —casi grito.

—Lo que tú digas —tercia Creed—. Anna, deberías haber visto la cara de Otter cuando regresaron. Juro por Dios que Otter estaba a punto de llorar y Bear parecía cabreado. No sé por qué ya nadie me cuenta nada.

—¿Para qué contártelo si de todos modos lo sabes automáticamente? —replico.

Anna me mira y luego mira a Creed.

—¿Quieres ir a mi coche a buscar lo que falta? —le pide.

Él gruñe y tiende la mano para coger las llaves. Ella se las pasa.

—Habla con él, Bear —dice Creed por encima del hombro mientras se encamina hacia la puerta—. Alguien tiene que hacerlo, y es evidente que no seré yo. ¿Quién más hay aparte de ti?

«¿Por qué no llama a Josh o Jacob? —pienso con humor negro antes de poder contenerme—. Estoy seguro de que puede hablar con él perfectamente.»

—¿Bear? —dice Anna en voz baja.

—¿Qué?

—¿Por qué estás tan cabreado?

—No lo estoy —murmuro.

—Esta es la sexta goma que has roto en dos minutos.

—Son unas gomas de mierda.

—¿Qué le dijiste?

Suspiro.

—No le dije nada.

—¿Qué te dijo él, entonces?

—Nada, Anna. ¿No podemos dejar este asunto?

Estira el brazo y pone una mano sobre la mía. No me percato de cómo tiemblo hasta que lo hace. Tiene que notarlo.

—Es nuestro amigo, Bear. Sé que la pifió marchándose, pero es nuestro amigo. Creed tiene razón: deberías hablar con él.

—¿Por qué yo? —protesto, retirando mis manos de debajo de las suyas—. ¿Qué le diría que no le dijeras tú?

Anna me mira fijamente.

—Porque él te escucha. Lo ha hecho siempre.

—Chorradas. Siempre ha hecho lo que ha querido.

Ella se reclina en la silla.

—Sabes que eso no es verdad.

—Entonces ¿por qué se fue? —digo, con más aspereza de la que pretendía.

Noto una gota de sudor resbalándome por la nuca. «¡Domínate!», me ordeno.

«¿Por qué se fue? —susurra la voz—. ¡Tú le dijiste que lo hiciera! Díselo, Bear. Estoy seguro de

que Anna tendría una explicación maravillosa para el tema, después de su semestre de Psicología. Quizás incluso podría explicarte por qué nunca has sido capaz de borrar aquel beso de tu mente. ¿No sería divertido?»

Anna procede a llenar otra bolsa.

—He estado pensando en ello otra vez. Creo que Creed tiene razón cuando dice que hay más de lo que sabemos. El Otter que conozco no habría dejado que sus padres le afectaran tanto. Habría podido mudarse sin más. Creed dijo que ya había rechazado ese empleo después de enterarse de lo de tu madre, ¿y al cabo de dos semanas se fue? Tiene que haber algo más.

No le respondo.

—¿Bear? —pregunta.

La miro, tratando de ocultar mi rostro detrás de una máscara. Ella debe de ver algo moviéndose debajo, porque vacila. Creo que es buena señal, hasta que abre la boca de todos modos y noto una burbuja de pánico hinchándose bajo la superficie.

—¿Viste a Otter antes de irse?

Tengo la boca seca.

—¿A qué te refieres? —me apresuro a decir—. Todos le vimos todo el tiempo antes de que se fuera.

—No me refiero a eso. Es algo que Ty... me dijo después de que se marchara. Entonces no le di demasiada importancia por todo lo demás que estaba pasando, pero...

—¿Qué dijo? —pregunto, sin querer que conteste.

Parece elegir cuidadosamente las palabras antes de hablar.

—Dijo..., dijo que la noche antes de que Otter se fuera estuvo en vuestra casa. Dijo que os oyó discutir. Creí que debía de haberlo soñado o algo así, porque tú dijiste que no le habías visto aquella noche.

—¿Cuándo dijo eso?

¿Y por qué no lo sabía yo?

—Le estaba haciendo un canguro mientras tú trabajabas, y le pregunté si quería que llamara a Otter para saludarle. Dijo que no porque sabía que tú estabas furioso con él. Dijo que Otter no volvería a casa porque tú no querías que lo hiciera.

—Yo...

No sé cómo terminar.

Transcurre un latido, una pausa, un momento infinito, y luego:

—Bear, ¿intentó Otter coquetear contigo?

—¿Qué? —digo, incrédulo—. ¡Por supuesto que no! Sabe que soy...

Mis palabras se apagan débilmente.

—¿Sabe que eres qué, Bear? —pregunta con delicadeza.

—¡Sabe que no soy así! —exclamo enérgicamente—. ¡No es culpa mía que se fuera!

Anna tuerce el gesto.

—No quería decir eso, Bear. No es culpa tuya ni de Ty. Es suya. Solo que desconocía si sabías más de lo que decías.

—¿Por qué debería mentir, Anna? —replico frunciendo el ceño.

—No estoy diciendo que lo hagas. Solo que... creo que Creed tiene razón. Creo que ocurrió algo más.

—¿Por qué no se lo preguntas a Otter, entonces? Me parece que, si tenía un problema, se le debería preguntar a él cuál era, no a mí.

—Se lo pregunté.

Oh, Dios mío.

—¿Y qué?

Juguetea con un anillo que lleva en el dedo.

—Dijo que necesitaba marcharse.

Me levanto y me dirijo hacia la nevera, fingiendo que tengo sed pero en realidad ocultando el alivio que se extiende por mi cara.

—Ahí lo tienes —le digo, cerrando los ojos al sentir el aire frío que emana del frigorífico. Quiero meterme dentro y cerrar la puerta—. ¿Qué más quieres que diga?

—¡No lo sé, Bear! —exclama con voz molesta—. Quiero que piense que puede contarnos lo que sea. No hay ningún motivo por el que tenga que pasar por esto solo, sobre todo cuando le necesitabas aquí.

Aprieto los dientes.

—No le necesitaba para nada.

Cojo una lata de refresco, cierro el frigorífico, me dirijo a la encimera y saco un vaso del armario.

Noto sus brazos rodeándome mientras apoya la cabeza sobre mi espalda. Intento no tensarme, pero no puedo evitarlo. Me frota el estómago debajo de la camiseta. Se ríe en voz baja contra mi espalda.

—El papá Bear de siempre.

—Sí, el mismo.

Me vuelvo y la beso en la frente. La siento sonreír contra mi cuello. «Quizás ahora cambie de tema», pienso.

—Dijo otra cosa —anuncia, y me quedo helado.

—¿Ah, sí? —suelto con voz estrangulada.

—Dijo que creía que había perdido su única oportunidad de ser feliz. Se negó a explicar nada más. Me pregunto a qué se refería con eso.

Por fuera, estoy aturdido. Por fuera, no encuentro palabras con que expresarme. «Pero por dentro, ¿no hay algo? ¿Algo... que no puedo precisar? ¿Su única oportunidad? No podía haberse referido a...»

Por más que me esfuerzo, no puedo completar el pensamiento. Está en un sitio oscuro, un lugar recóndito, y no tengo la energía necesaria para ir a buscarlo. Experimento una curiosa mezcla de pavor rodeando un calor que se intensifica dentro de mi estómago. Tiene un nombre, pero no seré yo quien lo pronuncie.

¿Su única oportunidad?

Oigo a Creed irrumpiendo por la puerta.

—¡Bear! ¡Bear!

—¿Qué? —respondo, aliviado por la distracción.

Entra corriendo en la cocina con una expresión de pánico en el rostro.

—¡Ty acaba de bajar del autobús!

—Mierda —murmuro.

Corro hacia la mesa y empiezo a meter todos los juguetes y adornos para la fiesta dentro de las bolsas en las que han llegado. Creed y Anna se ríen mientras lo llevamos todo a la antigua habitación de mi mamá, pero veo que Anna me mira con curiosidad de vez en cuando. Me pregunto si es porque se percata de que en ningún momento he llegado a contestar su pregunta. En realidad no he negado haber visto a Otter antes de que se fuera.

«Dijo que creía que había perdido su única oportunidad de ser feliz.»

¿A qué se refería con eso?

¿Habéis intentado alguna vez organizar una fiesta sorpresa para alguien? Resulta imposible que termine siendo una sorpresa porque, tarde o temprano, la persona lo averigua. Alguien se lo dice, o descubre alguna prueba, o se da cuenta de que todo el mundo actúa de un modo extraño. Luego está la forma despreocupada en que tienes que librarte de él durante un rato para poder montar la maldita fiesta. Le dices que vaya a hacer algo con alguien, que ya te reunirás con ellos más tarde. Ahora probad de hacerlo con un niño que padece problemas de abandono, que se os pega como una lapa cada minuto del día. Y por su cumpleaños.

Dicho esto, el Chico quedó completamente sorprendido.

Habíamos celebrado fiestas de cumpleaños para él los últimos dos años, pero este año, por alguna razón, se me había metido en la cabeza que quería hacer algo gordo. Me había pasado cuatro meses ahorrando para asegurarme de conseguir todo lo que necesitaba. Incluso contraté a un mago para que viniera a hacer trucos de magia. (Ya lo sé. Estáis pensando en qué diferencia hay entre eso y traer a un payaso. Pues bien, un mago no lleva la cara pintada ni te provoca pesadillas.) Decoramos la casa entera de Creed hasta que daba la impresión de que habíamos robado todo el contenido de la tienda de material para fiestas. Era un poco excesivo, sobre todo cuando me di cuenta de que habíamos agotado los diez rollos de serpentinas que había comprado. Y se sumó el hecho de que se presentaron casi todos los alumnos del curso de Ty. Había casi un centenar de personas en la casa cuando Anna llamó para anunciarme que venían más. Había indicado a todo el mundo que aparcara en una iglesia situada calle abajo. Aquel aparcamiento nunca había estado tan lleno, ni siquiera los domingos.

Reuní a todos en el vestíbulo y la salita de la casa. Me planté delante de ellos, intentando conseguir que se callara todo el mundo, y vi a Otter con su sonrisa torcida, observando cómo trataba de silenciar a cuarenta críos. Me aseguré de que nadie miraba y le mostré el dedo del medio. Él soltó una risita.

«¿Así que hablarás con él?», me había preguntado Creed unos días después de la conversación en

mi casa.

«¿No puede esperar hasta después de la maldita fiesta?»

«Sí, pero procura que sea pronto, ¿vale? Me estoy hartando de Otter el deprimido.»

«¿De veras crees que servirá de algo?»

«Creo que sí. Y creo que también tú lo necesitas.»

«¿Qué quieres decir?», había preguntado, algo molesto.

«Puede que seas el único al que Otter haga caso, pero sé a ciencia cierta que él es el único al que tú haces caso.»

No le había pedido que se explicara.

Y allí me tenéis, agitando los brazos con frenesí, preguntándome por qué diablos había considerado oportuno invitar a tantos niños y absolutamente convencido de que uno de ellos había descubierto el pastel. Oí a Anna y al Chico enfilando el camino de entrada hacia la puerta. Oí a Ty sermoneando a Anna sobre algo y eché a correr en busca de un sitio en el que agacharme. Mientras lo hacía, una mano salió, agarró la mía y me derribó. Otter casi me hizo caer en su regazo.

—¡Uf! —gruñí.

—Lo siento —dijo, sin parecer para nada arrepentido.

No me soltó el brazo, y solo tuve dos segundos para preguntarme cómo se habían vuelto tan grandes sus manos cuando la puerta se abrió y la casa estalló en gritos y algarabía. Me levanté de un salto, gritando de forma incoherente, y reparé en el segundo exacto en que el brazo de Otter soltaba el mío mientras él bramaba a mi lado.

¿Alguna vez os ha gritado tanta gente al mismo tiempo? ¿No?

Es algo muy fuerte.

Vi que tanto Ty como Anna retrocedían, y ella me explicó más tarde que fue como oír un estampido sónico estallando sobre tu cabeza cuando menos lo esperas. Ty se llevó un susto tremendo, y supe que lo habíamos logrado cuando se quedó mirando a todo el mundo con la mandíbula desencajada. Creed se le acercó corriendo y lo aupó en el aire. Incluso a medio salto, pude ver que me buscaba con la mirada, así que me acerqué y me situé al lado de Creed, que lo dejó en el suelo. El Chico puso su mano en el mismo sitio donde lo había hecho Otter. Me tiró del brazo y me hizo agachar para susurrarme al oído entre el ruido.

—Bear —dijo—, ¿todo esto es por mí?

Le revolví el pelo y contesté:

—Puedes estar seguro.

Entonces sonrió, y los últimos cuatro meses ahorrando cada céntimo que podía merecieron la pena.

Estamos sentados en el jardín de atrás, con los niños desperdigados por la hierba, viendo cómo el Asombroso Como-se-llame saca un conejo de su chistera. Los chicos estallan en risas y los padres aplauden cortésmente. Creed se inclina hacia delante y murmura:

—¿Cómo puede ser esto mejor que un payaso?

—Por lo menos no tendremos que contar todos los niños cuando se vaya para cerciorarnos de que no se lleva a ninguno —le respondo.

Me mira con incredulidad.

—¿No has visto la furgoneta en la que ha llegado? ¿Y el bigote falso que lleva? Por el amor de Dios, Bear, probablemente deberías contarlos de todos modos.

Le doy un puñetazo en el brazo.

El mago hace una reverencia y promete volver al cabo de un rato. Los niños se dispersan, y el Chico se me acerca corriendo y se echa en mis brazos, hablando de un millón de cosas a la vez. Luego se escabulle y sale a la carrera con algunos chicos de su clase hacia un castillo hinchable que Creed había alquilado al azar. Le dije que se lo pagaría. Él me contestó que me fuera al carajo.

Anna aparece a mi lado.

—Eh —digo, rodeándole los hombros con un brazo.

—Eh, tú —responde—. No me puedo creer que hayas montado todo esto.

Suelto un bufido.

—Querrás decir que lo hayamos montado nosotros.

Mira a Ty, que está saltando y rebotando contra las paredes del castillo.

—¿Has visto la expresión de su cara? Creía que iba a desmayarse. —Todos nos reímos cuando Ty intenta ejecutar un salto mortal y fracasa estrepitosamente—. Nunca le he visto así —añade.

Sé a qué se refiere. Desde que ha empezado la fiesta, Ty ha estado corriendo por todo el jardín, con un estado de éxtasis perpetuo grabado en el rostro. Se me ha acercado de tarde en tarde, pero solo para contarme lo que acababa de hacer antes de salir corriendo en la dirección opuesta. No ha estado a mi lado más de unos segundos. Sonríó al mismo tiempo que me siento triste.

—Ha pasado algún tiempo —digo.

Creed se atraganta con su bebida a mi lado. Levanto la mirada cuando señala a Otter, que está rodeado de niños, todos los cuales parecen querer encaramarse a él al mismo tiempo. Le oímos gritar mientras desaparece bajo un mar de pequeños tobillos.

—Es una lástima —dice Anna.

—¿Qué? —pregunto distraídamente, observando cómo Otter trata de enderezarse cuando Ty aparece de improviso y le hace un placaje por la espalda.

—Que nunca tendrá hijos. Sería un buen padre.

Otter agarra a Ty y le hace girar por los brazos. El Chico grita de felicidad, dando vueltas y vueltas.

Han transcurrido cinco horas, y ahora entiendo por qué la gente no organiza fiestas sorpresa tan multitudinarias. Allí donde antes la casa tenía un aspecto festivo y radiante ahora parece un cementerio al que van a morir las fiestas. Suspiro mientras abro otra bolsa de basura, la sexta en la última media hora. Creed gruñe mientras recoge un zapato que por alguna razón alguien se ha dejado olvidado. Pero juro que no tiene nada que ver con el mago. Los he contado.

Miro a través de la ventana al interior de la salita y veo a Ty dormido en el sofá, rodeado de

papel de envolver y bolsas de regalos. No sé cómo diablos voy a llevar todo eso a casa. Y, si lo consigo, no sé dónde vamos a ponerlo. Ya estoy pensando en el próximo año, y juro que daré la fiesta en mi piso, donde solo podrán venir unos pocos. Esto es ridículo.

—Recuérdame que no vuelva a hacerlo nunca más —dice Creed, haciéndose eco de mis pensamientos—. ¿Dónde diablos está Anna, y por qué no ayuda?

Me encojo de hombros.

—Debe de estar dentro, limpiando —contesto.

Hago una mueca al recoger un montón de algo húmedo del suelo. Me estremezco y lo tiro a la bolsa, procurando no pensar qué puede ser.

Me dirijo a la mesa y empiezo a echar vasos a la basura cuando oigo que Creed se me acerca.

—Has hecho un buen trabajo, Bear —dice en voz baja—. El Chico recordará esto toda su vida.

—Más le vale —respondo, sentándome en una silla con un gemido.

Creed me observa.

—Lo digo en serio, Bear. Estoy orgulloso de ti. —Sacude la cabeza—. No sé si yo podría hacer lo que tú haces si me encontrara en tu situación.

—Sí, bueno, yo tampoco creía que pudiera, si hace que te sientas mejor —digo con voz cansada.

—Supongo. Aun así...

Deja la frase sin terminar.

—¿Por qué estás tan cursi? —le pregunto con recelo—. ¿Qué quieres?

Vuelve la cabeza por encima del hombro. Me inclino hacia delante para mirar a su alrededor y veo a Otter de pie junto al castillo hinchable, tirando más porquería en una bolsa de basura.

—¿Ahora? —me quejo—. Estoy tan jodidamente cansado, y queda tanta mierda por recoger...

Creed hace un gesto con la mano.

—Que la jodan. Estará aquí mañana, y dudo que consigas que Ty se mueva de ese sofá hasta entonces, así que puedes quedarte aquí esta noche. Creo que iré a preguntar a Anna si quiere emborracharse conmigo para aprovecharme de ella.

Le tiro un vaso mientras se aleja.

—Me debes una —grito a su espalda.

Me enseña el dedo medio, entra y cierra la puerta. Vuelvo a observar a Otter mientras anuda una bolsa de basura y empieza a mirar por el suelo buscando otra. Del océano llega una espesa niebla y también empieza a hacer frío. Suspiro desalentado, me levanto y me desperezco, sintiéndome como si fuera a la guerra.

—Hola —digo al acercarme a él.

—Hola, Bear —responde—. Una fiesta estupenda.

—Gracias. Daba la impresión de que te estabas divirtiendo.

Frunce el ceño.

—Seguramente lo notaré por la mañana. Tener doce niños amontonados sobre ti es una buena forma de empezar a acusar tu edad.

Me echo a reír.

—Seguro. Si hace que te sientas mejor, hasta yo me he sentido viejo hoy.

Pone los ojos en blanco.

—Mucho mejor. Gracias, Bear. ¿Qué tengo, ocho años más que tú?

—Alguien tiene que ser el viejo de aquí.

—Y podría serlo yo, ¿verdad?

—Verdad.

—Pues eso —dice.

—Pues eso —digo.

—¿De qué quieren Ana y Creed que hables conmigo?

Me sobresalto.

—¿Qué?

Él suelta un bufido.

—Creed no es precisamente el rey de la discreción. Vamos, Bear, ya deberías saberlo. ¿Qué me dijo hace unos días? «Sigue compadeciéndote, Otter. Sigue siendo un maricón. Espera a que te eche a Bear encima otra vez y ya hablaremos» —dice, haciendo una espeluznante imitación de su hermano pequeño—. No me has dirigido la palabra desde que te fuiste la semana pasada, pero aquí estás.

Maldigo para mis adentros. Miro por encima de la cerca trasera de su finca y puedo ver el océano. La niebla se está espesando cada vez más y me estremezco. Las gaviotas graznan. Oigo las olas rompiendo en la playa.

—He estado pensando —digo por fin.

Otter arquea una ceja.

—¿En qué?

—Supongo que en lo que dijiste aquella noche.

Suspira.

—Me preguntaba si lo harías. Tienes tendencia a analizarlo todo en exceso.

—Lo que tú digas.

Nos inclinamos para recoger más desperdicios. Él sostiene la bolsa abierta delante de mí y yo introduzco platos de plástico. Aparto los ojos para intentar centrarlos en otra parte, pero sé que nos adentramos en terreno peligroso, un terreno en el que apenas hay asideros. Empiezo a pensar que ha sido una mala idea.

«Puede que seas el único al que Otter haga caso, pero sé a ciencia cierta que él es el único al que tú haces caso», dice Creed dentro de mi cabeza.

«Dijo que creía que había perdido su única oportunidad de ser feliz», susurra Anna.

Quizás Otter tenga razón, quizá sí que pienso demasiado en las cosas. Pero no habría llegado hasta aquí, no habría llevado a Ty hasta aquí, de no haberlo hecho. Me asombra que la gente no parezca entenderlo. No es culpa suya, ya lo sé, porque no se han encontrado nunca en mi situación. Analizar en exceso es la única forma en que podíamos sobrevivir. Trato de contener la irritación que empieza a dominarme. Esta conversación no debería girar en torno a mí. Debería girar en torno a él.

—Piensas demasiado, Bear. Lo has hecho siempre —insiste Otter, como si me leyera los pensamientos—. No tiene nada de malo. Forma parte de tu naturaleza.

—Vaya, gracias.

—No te lo tomes a mal. Yo hago lo mismo.

—¿Ah, sí? —digo—. Pues quizá deberías hacer algo al respecto.

Me mira, con una irritación risueña reflejada en su cara.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan pomposo?

—Te has perdido muchas cosas, Otter. Tal vez deberías quedarte aquí algún tiempo esta vez.

—Bear... —empieza a decir.

—¿De veras crees que te estás haciendo demasiado viejo? —le interrumpo, al mismo tiempo que se me ocurre una idea.

—Supongo.

—¿Demasiado viejo para subirme al castillo hinchable?

Se echa a reír y parece sorprendido de ese sonido. Levanta la vista hacia el amenazador artilugio que Creed tiene reservado hasta mañana por la mañana.

—No lo sé, Bear. Seguramente lo reventaría.

—No seas tan cagueta —digo, con un dejo de desafío en la voz.

Me mira de arriba abajo, y ambos sabemos que podría aplastarme en un suspiro. Deja la bolsa de basura, levanta las manos en el aire y empieza a quitarse los zapatos de un puntapié.

—Así me gusta, viejo. Eso está mejor —digo mientras me descalzo a mi vez.

Otter murmura algo amenazador contra mi persona y se acerca a la entrada antes de mirar dentro. Veo que empieza a cambiar de opinión, así que le pongo un pie en el trasero y empujo con todas mis fuerzas. Le oigo gruñir cuando cae de cabeza en el castillo hinchable.

Me subo, está oscuro y no puedo verle. Entonces me coge del brazo por el mismo sitio en que lo ha hecho antes y casi tengo tiempo de formar un pensamiento, el que sea, pero luego me lanza a través del castillo, reboto en la pared y caigo boca arriba. Él se mueve deprisa y salta a mi lado, lo que me levanta por los aires contra la pared de nuevo. Mientras tanto, unas estruendosas carcajadas salen de su boca y resuenan a través de los reducidos confines del castillo de plástico. Me levanto y le miro enfadado, y él se tapa la boca y ríe con disimulo.

—Deberías verte la cara ahora mismo —dice entre risas—. No tiene precio. Pareces...

Pero eso es lo único que puede articular hasta que corro silenciosamente hacia él y lo placo por la cintura ejerciendo toda la fuerza de mi hombro. Creo que he ganado lo que sea que pretendía ganar, pero todo el mundo sabe que los castillos hinchables son injustos. Cuando le llevo hacia la pared, mis calcetines resbalan sobre la superficie de goma, los dos pies se deslizan bajo mi cuerpo y trato desesperadamente de agarrarme a algo, pero solo puedo cogerme a Otter y lo arrastro al suelo conmigo. Me quedo tendido boca arriba y solo dispongo de un segundo para reaccionar antes de que él se derrumbe sobre mí, con mi cabeza bajo su pecho. Noto que jadea y oigo su corazón latiendo velozmente en su pecho. Permanezco inmóvil un momento, obligándome a moverme, pero no puedo. Siento la longitud de su cuerpo descansando sobre el mío, y no es como Anna, la única otra persona que he tenido contra mí de ese modo. Es fuerte, duro, y desprende un inconfundible olor a hombre. Un millón de cosas me asaltan a la vez y no puedo respirar, no puedo moverme, y lo único en que puedo pensar es que ahora está aquí conmigo, y es como si los últimos tres años no hubieran existido, como si siempre hubiera estado aquí y siempre hubiera sido Otter. Me aterrorizo porque noto que me excito

bajo su peso, y aunque solo permanece allí durante un segundo, parece una eternidad. Entonces se tensa como si le pasara la corriente y se apresura a apartarse de mí. Siento sorpresa y frío mientras una única lágrima me resbala por la mejilla.

Se escabulle hacia un rincón en el lado contrario, con el rostro oculto por las sombras. Le oigo respirar entrecortadamente, y me gruñe como una bestia salvaje:

—¿Qué diablos estás haciendo?

No digo nada.

—¿Qué quieres de mí, Bear? —brama, de repente y con malicia.

—No lo sé —murmuro sinceramente, sin saber qué otra cosa decir.

«Bear, oh, Bear», pienso con tristeza.

Otter emite un ruido angustiado y se deja caer contra la pared.

—Vuelve dentro, Bear. Vuelve dentro y déjame en paz.

Me levanto y empiezo a hacer lo que me pide. Llego a la entrada del castillo hinchable y me detengo.

—¿Qué te ha pasado, Otter? —pregunto sin volverme—. ¿Por qué tenías que regresar a casa?

—Ahora no, Bear —suplica—. Ahora no puedo hacerlo. Vete. Máchate.

—No —digo, volviéndome para demostrarle que estoy repentinamente enfadado—. No, vas a decírmelo, y me lo dirás ahora. He aguantado tus chorradas durante los tres últimos y jodidos años y, maldita sea, me lo debes.

—¿Por qué te importa? —gruñe.

—¿Por qué eres mi amigo, Otter! —le grito, temblando—. Incluso después de todo lo que has hecho, incluso después de todo eso, ¡sigues siendo mi amigo! No tengo nada más que darte, ¡así que dame tú algo por una vez!

Mis palabras resuenan en las paredes y flotan dentro de mi cabeza. Todavía no puedo verle la cara, pero no quiero acercarme más a él. No he hablado nunca con nadie como he hablado con él durante la última semana. Yo, de él, me odiaría. Si yo fuera él, tampoco querría hablar conmigo. Siento que la vergüenza empieza a encenderme el rostro y creo que debería disculparme, pero no puedo. No quiero. Por más que me equivoque por decir las cosas que he dicho, cuando menos era la verdad.

—Otter —intento otra vez, con voz más suave—. ¿Por qué no quieres hablar conmigo?

—Tú mismo lo has dicho, Bear —responde con voz apagada—. No te queda nada más que dar, y desde luego sé que no debería esperar nada más de ti. Ya has hecho suficiente. No puedo esperar que estés a mi lado cuando yo no he estado al tuyo.

Se levanta, tambaleándose, pasa junto a mí y sale del castillo hinchable. Le sigo con la mirada como un bobo.

«Así que es eso —pienso, confuso—. Es eso. Ya no puedo hacerlo.»

Otter ya está en mitad del jardín cuando le llamo. No era mi intención. Simplemente ocurre. Se detiene, con los hombros caídos. Mis pies se mueven antes de darme cuenta de que corro hacia él. Me paro a pocos metros, y él no se vuelve.

—¿Qué quisiste decir? —pregunto sin poder evitarlo—. ¿A qué te referías cuando le dijiste eso a

Anna?

Parece abatido.

—¿Qué le dije a Anna, Bear?

—Dijiste que creías que habías perdido tu única oportunidad de ser feliz —le digo, y las palabras salen de mi boca como un graznido—. ¿A qué te referías?

Se tensa, creo que va a girarse y no sé qué haré si lo hace, pero una parte de mí, aquella parte secreta, está deseando que se vuelva hacia mí para poder ver la expresión de su cara y saber que dice la verdad. Estoy empapado en sudor y tengo el estómago revuelto, pero ¡vuélvete, joder! ¡Mírame! ¡Dame algo, maldita sea!

Por un momento parece que lo hará, pero no lo hace. Entra en la casa sin mediar palabra.

Se aleja de mí.

Otra vez.

Esa noche, acurrucado en actitud protectora contra el Chico, tengo otro sueño.

Camino por la playa. El cielo es azul, el agua es azul y la arena es azul. No el azul del día, sino el azul negruzco del océano por la noche. Unas veces me acompaña Otter; otras, lo hace mi mamá. No dicen nada, y yo tampoco. Pero no pasa nada; no me importa. Me gusta andar por esa playa en mitad de la noche. No sé de nada que pueda hacerme daño allí. He luchado por este lugar. Da la impresión de que es la única lucha que he conocido nunca.

Otter desaparece, y mamá pasa a ocupar su sitio. Me mira con curiosidad, y tiendo una mano para coger la suya, pero ella da un paso atrás y niega con la cabeza. Entonces ya no está, y es Otter quien se encuentra de pie a mi lado. Vuelvo a tender la mano, y él también la rechaza, pero se me acerca. Noto que su brazo roza el mío. Señala hacia el agua y echo a andar hacia allí, donde las olas rompen suavemente en la playa. Le sigo cuando se adentra en la espuma. Tengo los pies mojados y me detengo. Trato de llamarle, y sé que debe de oírme porque se vuelve y tiende su mano, queriendo que se la coja. Vacilo, él se da cuenta y entonces desaparece, y vuelve a estar mi mamá, caminando a través del agua poco profunda, haciéndome señas. Doy un paso atrás.

Y otro.

Y otro.

Otter me mira con tristeza. Sus ojos no son del verde intenso habitual, sino marrones como los de mi madre. Agacha la cabeza y baja la mano al costado. Se vuelve y se adentra en el mar, más allá del rompiente. Sé que no puedo quedarme mirando cómo se ahoga, pero tengo tanto miedo de ahogarme con él que no le sigo. El agua le rodea los hombros, y sin embargo sigue adentrándose. Se produce un momento, una brecha reluciente en el azul nocturno, y corro detrás de él, como siempre he sabido que haría. El agua salpica a mi alrededor, es densa y pegajosa, pero no me importa. Tengo que llegar hasta él. Me oye llegar y se gira, y veo que sus ojos vuelven a ser verdes, tan hermosamente verdes y dorados que me echo a reír de alivio. El agua me entra a borbotones en la boca abierta y me estoy hundiendo, me ahogo. La superficie se cierra sobre mi cabeza y me he ido, ido para siempre.

En que Bear descubre algunas verdades

—No os importará que me haya ido, ¿eh, chicos? —nos pregunta Creed a Anna y a mí. Pongo los ojos en blanco.

—Creed, estarás una semana en Portland. Me las arreglo sin ti durante varios meses seguidos, así que creo que no me pasará nada.

Estamos sentados en un banco en el exterior del supermercado. Anna y yo trabajamos, pero hemos hecho una pausa para fumar, aunque no fumamos. El principio es el mismo.

—No te lo preguntaba solo a ti —dice con afectación—. Anna, tú me echarás de menos, ¿verdad?

—Ya estoy contando los segundos que faltan para que vuelvas —responde ella teatralmente, poniéndose la muñeca sobre la frente—. Suspiro por tu regreso, querido Creed.

Se levanta, nos besa a ambos en la cabeza y dice que tiene que volver antes de que se gane una bronca. Advierte a Creed que no haga ninguna estupidez mientras esté fuera.

Algunos de los amigos que Creed tiene en Phoenix irán a Portland durante una semana. Nos ha invitado a ir, pero no me atrevo a pedir vacaciones en el trabajo, no mientras esté tan adelantado con las facturas como lo he estado últimamente. Por más que me gustaría escaparme de Seafare por unos días, el Chico no lo permitiría de ninguna manera, y sería una carga si me lo llevara. Creed había desechado mis reservas, diciendo que Ty podría asumir cierto libertinaje. Me había pasado por la cabeza la horripilante imagen de llevarle a un club de *striptease* y dije que no en el acto. Además, todavía tenía escuela durante un par de semanas más.

Consulto mi reloj.

—Creía que ya deberías haberte ido.

Se encoge de hombros.

—Me quedaba algo de tiempo, y quería pasar un momento antes de marcharme. No hemos tenido muchas oportunidades de hablar desde la fiesta.

Había transcurrido una semana y media desde el cumpleaños del Chico y, durante ese tiempo, yo no había vuelto por su casa. Había dado excusas, diciendo que trabajaba, que estaba cansado. Por cierto que fuera, no quería volver debido a él. No podía sacarme de la cabeza la imagen de Otter apartándose de mí, dejando la pregunta sin contestar aún flotando en el aire, resistiéndose a morir. El sueño, aquel océano azul negruzco. Creí que lo mejor que podía hacer era poner la mayor distancia posible entre Otter y yo hasta que regresara a San Diego. Dejó muy claro que no me necesita, así que he decidido darle lo que quiere. Las cosas se complican cuando estoy con él.

Golpeteo el banco de madera con los nudillos.

—Ya te lo he dicho —declaro—. He estado ocupado.

—Mientes muy mal, Bear —replica Creed con una sonrisa en el rostro—. Siempre lo has hecho. Supongo que no debería haberte obligado a hablar con Otter, ¿verdad?

—¿Sigue encerrado en su habitación? —pregunto, tratando de parecer aburrido.

—Sí. Creo que ahora le veo aún menos que antes de la fiesta. Quizá fue una mala idea mandar al Oso para que le vapuleara.

—Tenlo en cuenta la próxima vez, ¿quieres? —digo—. Ya he tenido una persona casi deprimida a quien cuidar. No necesito otra.

Se reclina en el banco.

—No creo que debamos pensar en ello mucho más tiempo. De todos modos tengo la sensación de que se marchará pronto.

Me da un vuelco el corazón, pero trato de ignorarlo.

—¿Qué te hace decir eso?

Echa un vistazo a su reloj.

—Es solo una sensación. Llámalo «intuición de hermano». No se quedará aquí mucho más tiempo. Puede seguir estando deprimido en cualquier parte; ¿por qué quedarse aquí y hacerlo bajo la lluvia?

«Bien —pienso despiadadamente—. Bien. Vete a casa, Otter. Vete a casa y déjame regresar adondequiera que estaba antes de llegar tú. Por lo menos entonces podía reconocerme a mí mismo. Por lo menos podía sentir como es debido. Por lo menos...»

«¿Por lo menos qué, Bear? —susurra la voz, divertida—. ¿Por lo menos podías pasar una hora sin que él ocupara todos tus pensamientos? ¿Por lo menos podías olvidar aquel maldito dolor que sentiste cuando se alejó de ti? Resulta mucho más fácil odiarles cuando se marchan, ¿verdad? ¿No es cierto?»

—¡Bear, por el amor de Dios, hazme caso! —dice Creed, dándome un puñetazo en el brazo—. Juro que a veces eres peor que Otter.

—Lo siento —murmuro.

—Tengo que irme —anuncia, levantándose—. Los chochitos de Portland me esperan.

Sonrío.

—Estoy deseando ver el día en que me digas que has pillado la gonorrea.

Inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Eso es lo que estás deseando? De todo cuanto existe en el mundo, ¿es eso lo que estás deseando? Bear, eso es muy triste. Y muy, muy mezquino de tu parte. Por lo tanto, si pillo la gonorrea, me mearé en tu boca cuando estés durmiendo, y entonces tú también tendrás la gonorrea. —Empieza a sujetarse la ingle y a gemir. Me río y trato de alejarme, pero él me aprisiona contra la pared. Una pareja de ancianos sale del supermercado y se nos queda mirando. Creed les saluda con la mano y dice—: No pasa nada. Somos gais. Esta es mi pareja, Greg.

Hago una mueca y le aparto de un empujón.

—Creed, eres un gilipollas —espeto mientras los viejos se alejan, lanzándonos miradas de asco por encima del hombro—. ¡No digas esas memeces en mi trabajo!

Me saca la lengua.

—Pero si no he usado tu verdadero nombre, cariño...

—Idiota —gruño.

—Sí, me quieres. En fin, me voy. Te llamaré cuando llegue allí para restregarte por las narices cuánto me divierto sin ti. —Me da unos golpecitos amistosos en la espalda y empieza a alejarse. Me vuelvo para entrar cuando dice—: Hazme un favor, ¿quieres?

Asiento con la cabeza.

—¿Puedes ir a ver a Otter por lo menos una vez? No quiero volver a casa y descubrir que ha reaccionado de una forma emocional y se ha cortado las venas.

Empiezo a protestar, pero él se hinca de rodillas y se pone a gritar con voz aguda:

—¡Por favor, Greg! ¡Por favor!

Me vuelvo, presa del pánico, y le digo que de acuerdo, solo para que se marche.

—Hasta luego, papá Bear —dice, y cuando me vuelvo otra vez ya ha desaparecido.

Más tarde, Anna y yo estamos echados en el sofá, con una expresión horrorizada en el rostro mientras Ty mira extasiado la tele. Por lo visto, como parte de su regalo de cumpleaños para el Chico, Creed le había conseguido el documental sobre la PETA que Ty se moría por ver. No entendía cómo había podido pasarme por alto cuando llevé a casa todo su botín, hasta que me dijo que el tío Creed había hecho prometerle que lo escondería hasta que pudiera sentarse a verlo conmigo. En cuanto regrese a casa mataré a Creed. La película no trata de la gente normal de la PETA, sino de sus miembros más radicales. Es una porquería de lo más inquietante.

—Mírale —susurra Anna contra mi pecho—. Cuando crezca se convertirá en todo un hippy.

—No si puedo evitarlo —respondo—. Juro por Dios que la primera vez que el Chico vaya a la cárcel por liberar un mono será Creed quien le pagará la fianza.

Anna y yo tratamos de sofocar la risa, pero el Chico nos oye y nos fulmina con la mirada. Dejamos de reír en el acto. No hay nada como ser reprendidos por un ecoterrorista de nueve años en formación. Al cabo de dos horas insoportables se acaba la película y digo a Ty que tiene que acostarse. Sé que me oye, pero en lugar de levantarse y obedecer, se vuelve boca arriba y se queda mirando al techo, con la cara tan concentrada que sé que algo serio le pasa por la cabeza. Anna también se percata, y sabe que debemos esperar a que el Chico sea el primero en hablar. Obligarle a hacerlo nunca da resultado.

—¿Derrick? —pregunta por fin.

—¿Qué hay, Chico?

Se incorpora, nos mira y ladea la cabeza. Su actitud sugiere que ha estado meditándolo durante un rato y por fin está dispuesto a preguntar al respecto. Me acuerdo de su pregunta sobre el amor de hace un par de semanas, cuando fuimos a buscar a Creed al aeropuerto. A veces da gusto ignorar lo que alguien va a decir.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

—¿Es Otter gay?

Unas veces da gusto; otras...

Me falta el resuello. «¿Qué coño? —pienso—. ¿Dónde diablos habrá oído eso? ¿Y por qué me ha

tocado el único niño de nueve años del mundo que haría una pregunta así? ¡Los niños no deberían hacer preguntas que no sé cómo contestar!»

Es evidente que Anna sabe que me cuesta trabajo responder al interrogante y dice:

—¿Por qué lo preguntas, Ty?

—Es algo en lo que he estado pensando —contesta sinceramente—. ¿Está mal?

Ella niega con la cabeza.

—Desde luego que no está mal hacer preguntas, Chico. Puedes preguntar lo que quieras. Pero será papá Bear quien decida si estás preparado para oír la respuesta. ¿Vale?

Ty asiente y me mira, y yo maldigo mentalmente a Anna. Ha dejado muy claro que no será ella quien divulgue eso, que no será ella quien lo afirme. Me ha pasado la patata caliente, y empiezo a dudar de sus motivos. Anna se incorpora y recoge las piernas bajo su cuerpo. Me mira las manos mientras aguarda mi respuesta. Suspirando, me levanto a mi vez y bajo del sofá para sentarme delante de Ty.

—¿De dónde has sacado eso? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Un día, cuando estaba en casa del tío Creed. —Abre los ojos como platos, como si de repente se le hubiera ocurrido una idea genial—. No escuchaba a escondidas ni nada —se apresura a añadir.

—No creo que lo hicieras, Chico —declaro—. Solo quería saber si alguien te lo ha dicho o lo has oído sin querer.

Me sonrío agradecido.

—Oí sin querer que el tío Creed preguntaba a Otter por su novio. Otter se enfureció y le dijo que se callara. —Se interrumpe un momento, como si pensara—. ¿Por qué tenía que enfadarse Otter? ¿Pasó algo malo?

—¿Sinceramente, Chico? No lo sé —digo pausadamente, pues sé que Anna también está pendiente de cada una de mis palabras.

Cuando volví a entrar en la casa la noche de la fiesta del Chico, Otter ya se había encerrado en su habitación. Anna y Creed me habían interrogado enseguida, queriendo una descripción con todo lujo de detalles de «El ataque del oso». No contesté directamente ninguna de sus preguntas, con gran disgusto suyo. Me dije que no me correspondía decir nada, aunque tampoco me habían revelado gran cosa. Sabía que era un mentiroso.

—Yo creía que si tenías un novio o una novia —dice Ty sabiamente— deberías estar contento y querer hablar de él. No creo que el novio de Otter fuera muy simpático si se enfureció con el tío Creed por preguntárselo.

Anna se ríe a la ligera.

—El mero hecho de que tengas a alguien, Ty, no significa que debas estar siempre contento. A veces discutes, o esa persona comete una estupidez y te hace enfadar.

—¿Cómo hizo Bear cuando dijo que tenías la nariz chata? —pregunta Ty, con una expresión pensativa en el rostro.

Me quejo cuando Anna me da una colleja.

—Sí, Ty, eso mismo —dice—. A veces la gente puede ser un poco desconsiderada.

—O a veces —tercio yo— la gente puede ser susceptible y tomarse las cosas a mal aun cuando no lo pretendías. Generalmente les ocurre a las chicas, y normalmente porque segregan hormonas.

—¿Qué son hormonas? —pregunta Ty mientras Anna me mira con el ceño fruncido.

Sacudo la cabeza.

—No hablemos de eso ahora.

—¿Así que Otter es gay? —dice el Chico, desviando el tema.

—Sí —contesta Anna—. Y eso no es malo porque no cambia quién es.

Él la mira sorprendido.

—¿Quién ha dicho que sea malo? —pregunta, verdaderamente desconcertado.

Anna le revuelve el pelo.

—Nadie importante. Mientras sepas que no es nada malo y que Otter te quiere, todo irá bien.

El Chico me mira.

—¿Tú crees que es malo, Bear?

—No —respondo—. Claro que no. Las personas pueden querer a quien deseen.

—Entonces ¿por qué tú y Otter os peleasteis la noche que se fue, hace mucho tiempo?

Oigo las palabras que salen de su boca. Las entiendo individualmente, pero no en su conjunto.

Noto cómo la sonrisa en mi cara se borra poco a poco. Una vez más, mi hermano pequeño me ha dejado sin habla. Sé que está esperando que le conteste, pero lo único en que puedo pensar es en cómo he podido ser tan estúpido como para ignorar que lo ve y lo oye todo.

—No era de eso que discutían —dice Anna antes de que yo pueda hablar.

Percibo el nerviosismo en su voz. Mi silencio bien pudiera ser una confesión de mis pecados. Me he quedado tan mudo de asombro ante las palabras de Ty que me he olvidado de la presencia de Anna. Unas campanas empiezan a tocar a rebato dentro de mi cabeza, y no quiero que esta conversación continúe.

—¿De qué discutían entonces? —pregunta Ty a Anna, y si yo fuera de esa clase de personas, le estrangularía ahora mismo.

—No lo sé —responde Anna con serenidad—. ¿Bear? Ty quiere saber de qué discutíais tú y Otter. Deberías decírselo.

«¡Ah, esta sí que es buena! —susurra esa voz dentro de mi cabeza—. ¿Qué vas a decir ahora, Bear? ¿Vas a ocultarlo con ternezas? En serio, ¿qué costaría convencer al Chico de que estaba soñando? Podrías solucionarlo muy fácilmente. O bien... ¿podrás decir la verdad por una vez en tu desdichada vida? —Se ríe—. ¿Podrás decir lo asustado que estabas porque sabías que Otter iba a marcharse pero que se rendía por tu culpa? ¿Podrás decir que detrás de esa ira justificada que tan brillantemente representaste experimentabas una sensación de alivio? ¿Por qué te sentiste salvado entonces? ¿Por qué, Bear, por qué? ¿Por qué...?»

«¡CÁLLATE!»

—¿Bear? —dice Anna con saña. Ty también lo oye, la mira con preocupación en la cara y luego a mí—. ¿Bear? —repite ella—. Está esperando.

Respiro hondo y suelto el aire despacio. «¡Venga, di algo!», pienso.

«Sí, Bear —se burla la voz—. Di algo.»

—Estaba furioso con Otter —digo a Ty en voz baja.

—¿Por qué es gay? —me pregunta, también con voz queda.

Niego con la cabeza.

—Estaba furioso porque... creía que se quedaría aquí solo por nosotros, y no me parecía justo para él.

Ty me mira con los ojos entrecerrados.

—Pero era decisión suya, ¿no? —dice, pareciendo otra vez más maduro de lo que yo llegaré a ser nunca—. Es decir, si Otter no quería irse, ¿por qué le dijiste que lo hiciera?

—No lo sé, Ty.

«Sí lo sabes.»

—¿Tú querías que se fuera? —me interroga, receloso de pronto.

—No, Chico. No quería. Pero tampoco quería que se quedara aquí solo porque... él creía que debía hacerlo.

—Bueno —dice el Chico, recostándose sobre los codos—, por lo menos volvió. Hablar con Otter por teléfono no es lo mismo cuando sabes que está lejos.

—Claro, Chico.

—Entonces ¿por qué sigues enfadado con él? —pregunta despreocupadamente, haciendo caso omiso de Anna.

—Ty, ya está bien por esta noche —respondo con aspereza—... Mañana tienes escuela, y es hora de acostarte.

Se levanta con un quejido. Se acerca a Anna y la abraza, ella le susurra algo al oído y él sonríe. Le empujo después de asegurarle que iré a la habitación a decirle buenas noches una vez que se haya cepillado los dientes. Sale de la salita tarareando una canción en voz baja.

Me reclino contra el sofá, sin saber adónde ir desde aquí. Ojalá Ty hubiera esperado a mantener esta jodida conversación a cuando estuviéramos solos. O, mejor aún, ojalá Ty no hubiera querido nunca mantener esta jodida conversación. Refreno la rabia antes de que aumente porque sé que, por más listo que sea el Chico, no deja de ser un niño. De todos modos no se trata de él, sino de mí. Tiene que ver conmigo, y cómo me han pillado en una mentira. Tiene que ver con la noche que he intentado olvidar durante los tres últimos años. Tiene que ver con el modo en que esa vocecita dentro de mi cabeza sabe desenterrar perfectamente lo que tanto me he empeñado en ocultar. Tiene que ver con la existencia de esa chica, esa muchacha hermosa a la que quiero con todo mi corazón. Tiene que ver con ella porque sé que me he quedado atrapado en una red tejida por mí mismo. Me vuelvo a mirarla, y veo que tiene los ojos brillantes por unas lágrimas que aún no se han derramado. Enojada, se limpia el rostro y abre la boca para hablar cuando Ty grita desde el dormitorio para decirme que está preparado. Maldigo en voz baja, pero ¿acaso no salgo prácticamente huyendo de la estancia? ¿Acaso no corro?

El Chico ya está en su cama cuando entro en la habitación. Cierro la puerta con cuidado a nuestras espaldas, me dirijo hacia su cama, me siento junto a sus piernas y me reclino sobre las manos.

—¿Se ha enfadado Anna conmigo? —pregunta en voz baja.

Contesto sin dilación.

—No, Chico. No se ha enfadado. Y no quiero que pienses lo contrario, ¿vale? Ella nunca podría enfadarse contigo por nada.

—¿Y tú? ¿Estás enfadado conmigo?

Suspiro y lo miro.

—No, Ty. Yo tampoco estoy enfadado contigo. Solo que ha sido un día largo.

Guarda silencio un momento antes de decir:

—Siento haberos oído discutir a ti y a Otter. No trataba de escuchar ni nada. Pero hablabais muy alto.

Esbozo una sonrisa.

—Bueno, entonces debería ser yo quien se disculpara. Nunca quise que oyeras eso. No quería... por muchas cosas.

—Bear —dice—. ¿Puedo contarte un secreto?

—Claro, Chico —respondo, inclinándome para poner mi frente contra la suya.

Huele a Colgate y champú, y quiero cerrar los ojos y quedarme en este momento, pero el Chico necesita contarme un secreto y espera que le mire cuando hable.

—No quiero que Otter vuelva a irse. ¿Es eso egoísta? —susurra.

—No, no lo es. Significa que le quieres mucho, y eso no será nunca egoísta. ¿Puedo contarte yo un secreto?

Asiente y me mira a los ojos.

—¿Cuál es el tuyo, Bear?

—Yo tampoco quiero que Otter vuelva a irse.

Me echa los brazos al cuello y me atrae hacia sí.

—Ya lo sé. Lo sé. Y guardaré tu secreto si tú guardas el mío —me susurra al oído.

Asiento contra su hombro, esforzándome por contener mis emociones. Permanezco atrapado entre sus brazos hasta que me suelta al cabo de unos momentos.

—Te quiero, papá Bear —dice, besándome en la mejilla.

—Yo también te quiero, Chico.

Me levanto y apago la luz. Cierro la puerta a mi espalda hasta dejarla entornada, como hago siempre. Me apoyo en la pared un momento, con la respiración alterada en el pecho. Estoy mareado y solo quiero volverme, meterme en la cama con él y dormir. Pero Anna sigue en la salita, esperando a que vuelva. No puedo hacerle esperar más.

Está sentada allí donde la he dejado. Veo que las lágrimas de sus ojos se han secado, pero su resolución sigue siendo firme. Es imposible que esto caiga en saco roto, como una pequeña parte de mí espera. Tan pronto como entro en la salita, sacude la cabeza hacia un lado, indicando el balcón de nuestro piso. La sigo, a sabiendas de que no quiere que el Chico oiga lo que decimos. Pero si ella se pone a gritar, yo haré lo mismo, y no importará porque todo el jodido vecindario nos oirá. Me meto las manos en los bolsillos y la sigo afuera. Ella cierra la puerta a mi espalda y elige el sitio más alejado de mí que técnicamente puede considerarse perteneciente a nuestro piso.

—¿Y bien? —pregunta en voz alta y peligrosa.

—¿Y bien qué? —respondo con evasivas.

La miro a los ojos con nerviosismo y me encojo de hombros.

—Me mentiste, Bear.

—Lo siento.

Y es verdad. Lo siento más de lo que se imagina.

—¿Por qué lo hiciste?

—Anna...

—¡No! —espeta, con los ojos destellantes—. ¿Qué os pasó aquella noche? ¿Por qué se marchó Otter? ¿Qué le hiciste?

Me río ásperamente.

—¿Qué le hice yo a él? ¿Por qué tengo que ser yo quien le hiciera algo a él, por todos los santos?

—¡Muy bien entonces! —casi grita—. ¿Qué hicisteis los dos?

—Tú estabas aquí cuando se lo he dicho a Ty —respondo irritado—. ¿Qué más quieres que diga?

—¡Quiero que digas la verdad! —gime, rompiendo a llorar.

No hago caso de sus lágrimas.

—¡Esa es la verdad! ¡No quería que se quedara aquí por una jodida lealtad a mí! ¡Se habría amargado y habría terminado yéndose de todas formas! Si iba a marcharse —y sé que tarde o temprano lo habría hecho— era mejor para Ty que fuera entonces. ¿Y quieres otra verdad? —le espeto—. ¿Quieres saber más, Anna? No habría podido vivir tranquilo sabiendo que se martirizaba de ese modo. ¡No habría dejado nunca que me odiara! ¡Era más fácil que le odiara yo! ¡Y sí! ¡Sí, le eché! ¿Estás contenta ahora? ¿Estás satisfecha?

—¿Por qué no podías decirme esto?

—¿No oyes lo patético que soy? —le grito—. ¿Por qué diablos te habría reconocido lo que hice a ti cuando ni siquiera podía reconocérmelo a mí mismo? Era preferible culparle por haberse marchado a culparme a mí de que se hubiera quedado. ¡Estaba condenado de las dos maneras!

Anna se abraza y tiembla.

—Bear, Otter se habría quedado no porque tú quisieras que lo hiciera, sino porque él también quería. ¿No lo entiendes? Él lo habría hecho porque os quiere a ti y a Ty. Y eso le habría bastado.

—Por eso tuvo que irse —digo con voz quebrada—. A Otter nunca le habría bastado. Habría tenido...

Pero no puedo acabar la frase.

—¿Qué habría tenido, Bear? —pregunta con tristeza.

—No importa —contesto—. Olvídalo.

Esto reaviva su ira.

—¡No lo olvidaré, Bear, y maldito seas por decir eso! ¿Cuándo aprenderás que esto no ha tenido nunca que ver solo contigo? ¡Esto nos afecta a todos!

Me río con amargura.

—Todos decís eso, pero no habéis podido entenderlo nunca.

—Solo porque eres demasiado orgulloso —gruñe—. Si quieres hablar de martirio, ve a mirarte en el espejo.

—¡Eso ya lo sé, Anna! —le grito.

—Entonces ¿por qué te apresuras a juzgar a las personas que lo harían por ti? —espeta—. ¿Cómo puedes rechazarlas tan fácilmente?

—¿Crees que fue fácil? —La fulmino con la mirada—. ¿Crees que no me he arrepentido cada minuto del día?

—¿Cómo podía saberlo? —replica con maldad—. Me has mentido desde el principio.

—¡No sabía qué otra cosa hacer, Anna! Todo se desmoronaba a mi alrededor, ¡y era yo quien lo provocaba!

—¿De qué tenías tanto miedo? ¿Por qué no podías dejar que alguien te ayudara porque quería hacerlo?

—¿Es que no has estado escuchando nada de lo que he dicho? —gruño.

—¿Y ya está? —pregunta, frotándose los ojos—. ¿Eso es todo?

—Sí, por Dios —murmuro, retorciéndome las manos.

—Mientes.

—Anna, por favor...

Le tiendo la mano, pero ella hace caso omiso.

—¿Está enamorado de ti, Bear?

—¡No!

—Mientes.

Levanto las manos y me aprieto los oídos con los puños, tratando de excluirla, tratando de encerrarme, y es más de lo que puedo soportar. Sé que me preguntará a continuación, y sé qué le diré, y sé que tengo una oportunidad de ser sincero, de decir algo que ha estado aterrando mi corazón. Sé todo esto, pero no sirve para fortalecerme e impedir que tiemble de la cabeza a los pies. Me golpeo los oídos con los puños, ansiando cierta claridad, una luz que aparezca como por arte de magia, reluzca y murmure: «Sí, sí, no pasa nada si dices que sí.» Pero no ocurre nada, todo sigue a oscuras y los temblores no me abandonan.

—¿Estás enamorado de él?

«Oh, Dios. Oh, Dios mío. Bear...»

—¡No! —grito.

—Mientes.

Las placas se desplazan, la tierra se mueve.

«¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —pienso, con la mente febril y presa del pánico—. ¿Cómo diablos hemos llegado a esta situación? ¿Cómo he podido dejar que llegara tan lejos?»

Anna me mira furiosa antes de agachar la cabeza.

—¿Sabes? —dice, riendo entre dientes con amargura—, durante la mayor parte del tiempo creí que era Otter quien te había hecho algo, pero ahora..., ahora no lo sé. Nunca pensé que vendría a ser esto. Siempre creí que...

Puedo oír el pulso de la sangre en mis oídos.

—No pasó nada —digo con voz ronca, y detesto lo falso que parezco, incluso a mí mismo—. No pasó nada.

—Oh, Bear. —Anna levanta una mano para taparse la boca mientras empieza a sollozar en silencio—. Oh, Bear —repite.

Puedo oírlo en su voz, y finalmente echa abajo todos los muros que me he apresurado a levantar desde que hemos salido al balcón. Corro hacia ella, la envuelvo en mis brazos y la estrecho con fuerza mientras hundo la cara en su cabello.

—Por favor —suplico—. Por favor, Dios. Por favor...

Ella se escabulle de mí, diciendo: «No, Bear, no», y esas palabras son como una daga que me atraviesa el corazón. Noto cómo se aparta de mí, noto cómo se retira, y siento una punzada de miedo vítrea y aguda. Murmuro «por favor» una y otra vez y trato de asirle las manos, los brazos, los hombros, cualquier cosa para atraerla hacia mí, pero me dice que no, no y no, y puedo ver que va a dejarme, como todos los demás han hecho siempre. Está ocurriendo ahora, y va a dejarme ahora, y estaré solo para siempre porque sé que un día Ty también me dejará, porque todo el mundo... siempre... se marcha.

Anna reprime las lágrimas y me aparta de nuevo. Me dejo caer contra la pared y me abrazo, intentando sentir algo que no sea este dolor. Ella retrocede, se seca los ojos y se aparta el pelo de la cara.

—¿Así que se acabó? —digo con voz entrecortada—. ¿Me dejarás también? ¿Así, sin más? Te he echado como a todos los demás.

Parece sobresaltada por un momento, veo reconocimiento en su rostro y experimento un resquicio de esperanza cuando se me acerca y me pone una mano sobre el brazo. Pero sus palabras se abren camino.

—Bear, yo nunca te dejaré a ti ni a Ty. Nunca seré como ella. Pero... es..., ya no será como antes. Siempre... me tendrás formando parte de tu vida. Pero no así. Ya no será nunca así.

—¿Por qué? —gimo.

—Bear, tú... tienes que entenderlo por ti mismo.

Se apoya contra mí, yo la envuelvo con los brazos y lloro contra su pelo.

—No sé si podré hacer esto sin ti —sollozo.

Me frota la parte inferior de la espalda.

—No tendrás que hacerlo. Será distinto, pero nunca te abandonaré. —Me estrecha con fuerza y me susurra vehementemente al oído—: Nunca. ¿Me oyes, Derrick McKenna? Nunca. Te quiero. Me has roto el corazón, pero era mío para darlo.

Y se marcha.

Oigo cerrarse la puerta cuando sale del piso, y sus sollozos se reanudan cuando baja corriendo la escalera. Entro tambaleándome, me hincó de rodillas en el suelo, me inclino hacia delante, me llevo las manos al rostro y tiemblo mientras un terremoto me sacude el cuerpo, el corazón y el alma.

Al cabo de un rato —no sé cuánto— llaman a la puerta. Me restriego la cara, me levanto de un salto y corro a abrir.

Es Otter.

—Eh —digo, sorbiéndome la nariz.

—Eh, tú —responde, con una sombra de preocupación en el rostro—. Anna me ha llamado.

—Ella... Otter... Yo..., yo...

No sé qué le ha dicho Anna ni qué intento decir, pero no me importa porque de repente Otter llena el mundo, y es todo cuanto puedo ver, y me abraza en actitud protectora, escudándome mientras me requebrajo, me hago pedazos y me hundo. Y aunque no esté aquí para recoger los trozos más tarde, siempre recordaré que por lo menos me ha regalado este momento, este momento decisivo.

Despierto y me noto la cara entumecida y agrietada. He estado soñando, pero por una vez en mucho tiempo no puedo recordar qué. No sé qué significa eso.

Abro los ojos y veo que estoy en el sofá de mi salita, tapado con una manta. Empiezo a preguntarme qué hago aquí cuando la noche anterior me invade repentinamente, y suelto un gemido. Tengo un sabor horrible en la boca y punzadas en la cabeza. Me noto la ropa rígida contra el cuerpo. Me incorporo y solo el movimiento basta para hacerme tener arcadas. Me quedo inmóvil un momento, esperando que las oleadas de mareo remitan.

«Así pues, ¿qué vas a hacer ahora? —susurra la voz con desenfado—. Mírate. Eres patético.»

—Déjame en paz —espeto entre dientes—. Déjame en paz, maldita sea.

«¿Por qué? Una conciencia no debe irse nunca solo porque tú quieres. Eso haría las cosas demasiado sencillas. ¿Cómo podrías aprender nada de ese modo? Oh, Bear, ¡esto será muy divertido!»

—Por favor —susurro.

«Hazte mayor de una jodida vez —dice con frialdad—. Has llegado hasta aquí con gente cagándola por dondequiera que vas. Ya es hora de que te hagas mayor y dejes de compadecerte tanto. Oh, soy Bear. Escúchame. ¡Estoy tan lleno de angustia! ¿Qué voy a hacer? ¡La vida es tan DURA! —Se echa a reír—. Blablablá. Por lo menos él tiene agallas para decir qué siente. Por lo menos Otter...»

Otter.

Miro la salita con cara de espanto, pero estoy solo. Me levanto de un salto, abro las cortinas, que no recuerdo haber cerrado, y veo que hay demasiada luz afuera para ser por la mañana temprano. Mierda. Corro a mi habitación, gritando a Ty que se despierte porque llegaremos tarde. Abro de golpe la puerta del dormitorio, planeando ya dentro de mi cabeza que le haré levantarse ahora mismo y cepillarse los dientes (no hay tiempo para ducharse) y preguntándome si habrá ropa limpia en el armario para ponerse...

Pero allí no hay nadie.

Voy a la cocina y también está desierta. Empiezo a inquietarme cuando veo sobre la mesa de la cocina una nota garabateada con una letra conocida:

Bear,

Necesitabas dormir más. He levantado a Ty, le he preparado para ir a la escuela y lo he llevado. No te preocupes por el trabajo. He llamado haciéndome pasar por ti y les he dicho que estaba en cama con gripe. Parece que se me da bien el papel de Bear

enfermo. Recuérdate que te lo demuestre más tarde.

De todas formas, después me iré a casa y trataré de dormir un poco. Procura llamarme tan pronto como despiertes. Estoy preocupado por ti, papá Bear.

Otter

P. S. Ty lleva diez minutos despierto y ya me hablo acerca de los increíbles miembros de la PETA. ¿Por qué diablos le dejas ver esas cosas?

Se me hiende el rostro, y sé que es porque sonrío.

Esta constatación se esfuma.

Me paso en la ducha media hora, alternando entre agua caliente y fría porque o sudo o tiritó, y creo que tal vez sí estoy enfermado. Cuando ya no puedo soportar el agua que corre sobre mi cuerpo, salgo y me enrolló una toalla alrededor de la cintura. Limpio la condensación del espejo y observo mi reflejo. Estoy pálido. Tengo los ojos enrojecidos y los labios agrietados.

«No me extraña que haya roto conmigo —pienso, medio loco—. Parezco un adicto a la metadona.»

Aquella sensación de desesperación trata de aflorar de nuevo, y casi se lo permito. Es mucho más fácil compadecerse de uno mismo. Ya debería saberlo, lo he hecho bastantes veces. Creo que la tengo dominada cuando se desliza un fragmento, y veo que el labio de mi reflejo tiembla un poco. Me sujeto a los bordes del lavabo y me ordeno parar, parar ya de una puta vez. Mi reflejo parece escuchar mientras lo miro furioso. Su labio deja de temblar, su pecho deja de agitarse y la sangre comienza a calentarse las mejillas. «Ya está —pienso—. Ya está, ¿ves? ¿Lo ves? Puedo hacerlo. Puedo hacerlo.» Salgo del baño, empezando a sentirme mejor. No dura mucho.

Intento frotarme los brazos, pero aún tengo frío.

Me visto, pero nada de lo que me pongo me sienta bien.

Trato de comer, pero toda la comida sabe a serrín.

Pongo la tele, pero las luces y el ruido me causan dolor de cabeza.

Me paseo por la salita.

Me paseo por la cocina.

Vuelvo a pasearme por la salita.

Cojo las llaves del coche.

Subo al coche.

Conduzco y conduzco, y pienso en marcharme.

Pienso en marcharme sin mirar atrás.

Sería más fácil.

Diez minutos después tomo conciencia de mi entorno y veo que estoy en una calle que reconozco, una calle que me resulta bien conocida. Trato de parar, pero llevo puesto el piloto automático. Hay un agradable zumbido dentro de mi cabeza y es como si llevara tapones de algodón en los oídos porque todo suena de una manera sorda. Tomo la calle en la que, cuando tenía diez años, me caí de la bici y me raspé la rodilla. Paso por la casa donde, cuando tenía doce años, Creed y yo robamos un enano del jardín. Circulo junto a un aparcamiento donde, cuando tenía quince años, el señor Thompson me enseñó a conducir. Tomo un camino de entrada que he tomado infinidad de veces.

Subo por un sendero de piedra que antes estaba cubierto de hierba. Pulso un timbre que todavía me sorprende porque suena igual que el mío. No sucede nada. Vuelvo a llamar. Otra vez. Y otra. Llamo hasta que oigo arrastrarse unos pies y entonces abre la puerta, y es como si yo volviera a tener ocho años y él, dieciséis, y quiero preguntarle si Creed está en casa porque he venido a pasar la noche, pero me temo que me quebraré como el cristal. Me quedo mirándole y él me mira, y por fin digo: «No sé adónde más ir.» Se echa hacia atrás, paso por su lado y accedo a una casa que antes consideraba un refugio seguro. Subo las escaleras y le oigo seguirme. Le ruego en silencio que no hable, y no lo hace. Eso es bueno porque, si hablara, el piloto automático se desconectaría y se impondría la realidad. Veo su puerta, y aunque ya no hay ningún cartel que rece: PROHIBIDA LA ENTRADA PORQUE ES LA HABITACIÓN DE OTTER, sé que es la habitación de Otter.

Abro la puerta y la cama está sin hacer, y sé que estaba durmiendo. Me siento en el borde, me quito los zapatos, me echo en la cama y me cubro con las sábanas, haciendo una madriguera donde un Oso pueda dormir. Estoy muy cansado, y apenas puedo mantener los ojos abiertos cuando noto que la cama se hunde con cuidado, y sé que él vuelve a acostarse. Levanto las sábanas para que pueda entrar en la madriguera. Se mete debajo y se tiende de costado, con los ojos empañados por algo que no acierto a distinguir. Pliega los brazos alrededor de su cabeza y la recuesta sobre sus manos. Vuelvo a dejar caer las sábanas suavemente y se hace oscuro en la madriguera de Otter y Bear, pero no lo suficiente para que no pueda distinguir sus ojos, su nariz, sus labios. Mi mano se estira por voluntad propia y le toca la mejilla con delicadeza. Va sin afeitarse y él aguanta la respiración, y yo no sé por qué hago esto, pero lo hago. Toma mi mano y la sujeta entre las suyas. Está a punto de decir algo, pero sacudo la cabeza porque no quiero oír ni media palabra. Me vuelvo y me tiendo de costado, imitando su posición. Encojo las rodillas hacia el pecho y golpeo las suyas, y es allí donde las dejo. Observo a Otter mientras me mira, y todavía me da la mano y yo no la retiro. Así me quedo hasta que por fin, inevitablemente, me duermo.

Cuando despierto, el sol entra a raudales a través de la ventana sobre la cama. Me desperezco y miro al otro lado. Un leve temor me sacude el cuerpo. No hay nadie. Respiro aliviado y me siento culpable en el acto. Me vuelvo, cojo la almohada y la abrazo.

«¿Qué hago aquí? —pienso—. Acabo de romper con la única persona con la que creía que podría estar siempre. Y aquí estoy, haciendo... ¿Qué estoy haciendo? Esto no está bien. No soy quien debería ser.»

«¿Cómo lo sabes? —susurra la voz—. Si te permitieras pensar con claridad un momento, lo sabrías. Sabrías todo lo que has estado tratando de no ser.»

Me abrazo a la almohada con más fuerza y la puerta se abre.

—Bien —dice Otter alegremente—. Estás despierto. Creía que tendría que sacarte de la cama para despertarte.

Me escabullo rápidamente hacia la cabecera y me llevo la almohada al pecho. Miro a Otter con cautela. Está de pie en el umbral, con los brazos cruzados sobre el pecho y apoyado en la jamba de la puerta. Su pelo rubio y corto sobresale en distintas direcciones, sus ojos verdes brillan y su sonrisa

es tan torcida como la he visto siempre. Empiezo a notar una opresión en el pecho y en los costados, y estrecho la almohada con más fuerza. Lleva sus largas piernas enfundadas en unos pantalones negros holgados, y su camiseta blanca de tirantes muestra un bronceado que yo no podría tener nunca. Sus brazos parecen fuertes, pegados a su cuerpo esbelto. Desvío la mirada a la fuerza, tratando de concentrar mi atención en otra parte. Le oigo reírse por lo bajo.

—¿Qué pasa? —digo, con una voz más áspera de lo que pretendía.

—Tienes un pelo graciosísimo.

Frunzo el ceño y empiezo a alisármelo con frenesí.

—Ah, Bear justo después de despertar. Casi había olvidado lo divertido que es.

—Cállate, Otter —digo mientras balanceo las piernas sobre el borde de la cama y planto los pies en el suelo.

Antes de que pueda hacer otro movimiento, Otter se sitúa delante de mí, se agacha y se sienta sobre los talones.

—Eh —dice.

—Eh, tú —murmuro.

Extiende un brazo y toca el mío con delicadeza, y por un momento dejo que su mano descansa allí. Por un momento, casi olvido quién soy en realidad y solo puedo concentrarme en lo agradable que resulta su tacto. Retiro el brazo, miro por encima de su cabeza y le oigo suspirar.

—Bear —dice.

—¿Qué, Otter?

Se incorpora y da un paso atrás.

—Casi es la hora de recoger al Chico de la escuela. Le he dicho que estarías allí cuando le he dejado.

Me levanto precipitadamente y saco las llaves del bolsillo, aliviado por la excusa de que ahora dispongo. Me dirijo automáticamente hacia la puerta y solo me detengo cuando vuelve a pronunciar mi nombre. No quiero volverme, en realidad no, pero lo hago, y le veo de pie en el mismo sitio de antes.

—He prometido a Ty que intentaría hacerle una lasaña de tofu esta noche —dice—. No sé cómo me saldrá, pero le he dicho que puede venir esta noche. Espero que no te importe.

Sacudo la cabeza.

—Está bien. Ya te lo dejaré.

Él sonrío con complicidad.

—Buen intento, papá Bear. Pero no te escaparás tan fácilmente. Tienes que ayudarme a hacerla.

—No lo sé, Otter.

—Ya sé que no lo sabes —dice en voz baja—. Bear, desconozco qué ha ocurrido entre tú y Anna, pero ahora mismo no creo que debas estar solo. Tarde o temprano querrás hablar de ello. Creo que es mejor para ti que estés aquí.

«Contigo», pienso mientras empiezo a removerme inquieto y a jugar con las llaves.

—Me lo pensaré, Otter. ¿Vale?

—Bear —dice con esa voz suya, esa voz de advertencia que me vuelve loco.

—Por favor, Otter —susurro—. Ten..., ten paciencia conmigo, ¿vale? No sé qué diablos hago aquí, y necesito que tú..., que tú... No lo sé.

Se me acerca hasta plantarse delante de mí y, aunque me odio por hacer eso, me estremezco y retrocedo un paso. Casi he salido por la puerta cuando me coge por los hombros. No puedo evitar mirarle y lo que veo, la expresión de sus ojos, casi me tumba de espaldas. Nadie mira nunca a nadie de esa forma. No debería ser nunca así. No puede ser verdad.

—Bear —dice con serenidad—. Tienes que creer que yo tampoco sé qué está pasando aquí. Solo pretendo ser tu amigo. —Me sonrío con tristeza—. ¿Puedes confiar en que haga eso?

Es extraño. Es extraño porque sí puedo. Asiento, con los ojos como platos.

—Muy bien.

Se vuelve, se dirige a su escritorio y se pone a manipular una cámara que está desmontada sobre la mesa.

Me dispongo a irme, pero el zumbido vuelve otra vez, comenzando en los dedos de los pies y subiendo por mi cuerpo hasta que lo siento en mis oídos. De repente estoy detrás de él, envolviéndole la cintura con los brazos y recostando mi cabeza sobre su espalda. Otter se sobresalta, pero solo un momento. Poco a poco, con cuidado, se reclina contra mí, levanta las manos y acaricia las mías suavemente. Respiro hondo y siento el olor a Otter, un olor que no ha cambiado desde el día que le conocí.

Me aparto y salgo de la habitación, con la mente en llamas.

En que Bear oye una historia y toma una decisión

—¡Hola, Bear! —grita Ty cuando le recojo delante de la escuela.

Se despide de algunos de sus amigos y se abre paso a través del gentío. Sonríe cuando está a punto de tirar a una niña a la que parece querer acercarse. Pienso en cuando Creed dio un puntapié a Suzy March en el estómago. Me pregunto si esta niña estuvo en su fiesta.

—Hola, Chico. ¿Qué hay? —pregunto.

Me sonrío.

—Me alegro de que sea fin de semana. Creía que esta semana no iba a terminar nunca.

Me echo a reír porque parece un hombre de negocios cuarentón.

—Dímelo a mí —coincido—. Yo también me alegro de que sea fin de semana.

Dice adiós con la mano a algunos de sus amigos que siguen delante de la escuela. La niña se vuelve y le saluda alegremente, pero él frunce el ceño y se vuelve hacia la fachada.

—¿Quién es esa? —pregunto despreocupadamente.

—¿Quién es quién? —dice, eludiendo la pregunta.

Le miro fijamente.

—Aquella jovencita que parece gustarte tanto.

El Chico me mira con el ceño fruncido.

—¿Te refieres a Amy? —Emite un ruido grosero y de repente vuelve a parecer un niño de nueve años—. No es nadie.

—¿Va a tu clase? —pregunto, tratando de contener la risa.

—No. Me lleva un curso.

—Ah. Así que es mayor.

—Supongo. ¿Por qué me preguntas por ella?

Me encojo de hombros.

—Parece simpática. ¿Estuvo en tu fiesta de cumpleaños?

—No, no la invité.

—¿Por qué no?

—¡Pues porque no! —farfulla—. Es... mala y... ¡no me gusta!

—¿Se porta mal contigo? ¿Quieres que hable con su profesor? —digo, poniendo cara seria.

El Chico palidece.

—No —se apresura a contestar—. Creo que puedo arreglármelas solo.

—Apuesto que sí.

Me mira irritado.

—¿Te estás riendo de mí?

Sonríe.

—Ni por asomo.

—Bien. Porque ya he tenido un mal día, y no quiero tener que soportar tus críticas.

—¿Mis críticas?

Estallo en risas. Para mi alivio, esto le desarma y se echa a reír a su vez. Extiendo un brazo y le revuelvo el pelo, y él se queja con cordialidad, pero me coge la mano y se la lleva al regazo. Juega con mis dedos, canturreando en voz baja. Espero.

—Come carne —dice por fin.

—¿Y eso es malo? Yo como carne.

—Pero no pasa nada. Tú eres mi hermano mayor. Ella no es más que una niña estúpida.

—Esas son siempre las mejores, ¿no?

Me observa muy pensativo.

—No lo sé, Bear. ¿Estáis bien Anna y tú?

Sujeto el volante con fuerza.

—Así que también oíste eso.

Hace una mueca.

—Era muy difícil no hacerlo, papá Bear.

—¿Qué oíste? —pregunto, nervioso de repente.

Niega con la cabeza.

—Solo gritos. Lo siento, Bear. No pretendía oírlo.

Le doy unos golpecitos en la mano.

—No pasa nada, Chico. Yo también lo siento. Nunca debería haber terminado así. Habría tenido que pensarlo un poco.

—¡Hoy Otter me ha llevado a la escuela! —exclama con entusiasmo. Fuerzo una sonrisa por el cambio de tema—. No lo ha hecho nunca. ¡Me ha comprado donuts!

—El bueno de Otter.

—Sí, el bueno de Otter. Oye, ¿por qué volvemos a nuestra casa? ¡Otter ha dicho que esta noche iríamos a la suya! ¡Lo ha prometido, Bear! ¡Hará lasaña!

Pongo los ojos en blanco.

—Descansa un poco, Ty. Ya sé que lo ha prometido. Solo pasaremos por casa un momento para que te cambies.

—¿Podemos pasar la noche allí?

¿Qué?

—Esto... esta noche, no —balbuceo—. Tal vez otro día.

—¿Por qué no?

—Porque yo lo digo, y basta.

Se cruza de brazos y protesta.

—Nunca hacemos nada divertido.

—Chico —digo con severidad—. Están pasando muchas cosas que tú..., que tú...

Intento acabar la frase, pero él emite unos ruiditos suplicantes y contrae el rostro, y reto a cualquiera a que trate de decir no a eso. Me da un vuelco el corazón cuando digo:

—Está bien. Pero me debes una. Y gorda.

—Eres genial, papá Bear.

Una hora después nos encontramos en casa de Otter. Tan pronto como estoy en el camino de entrada, Ty ya ha salido por la puerta y corre hacia el interior. «¡Entraré enseguida!», le grito, y paro el coche. Golpeo suavemente el volante con las manos y taconeo con nerviosismo. Entrar ahora será un gran paso, y no sé qué significa eso. Antes de que pueda evitarlo, estoy marcando un número en mi teléfono y empieza a llamar. Quiero colgar, pero no puedo porque necesito oír su voz. Me ha venido de repente, y creo que es el momento de colgar antes de que conteste. Pero sigo esperando, mientras golpeteo con la mano y sacudo la pierna.

—Eh, Bear —dice Anna.

Parece cansada.

—Eh, tú —respondo.

—¿Qué pasa?

—Nada. ¿Qué te pasa a ti?

—Ya lo sabes. ¿Por qué has llamado?

Me encojo de hombros y aprieto los dientes, percatándome como un estúpido de que no puede verme.

—No lo sé. Solo quería hablar contigo.

—¿Acerca de qué?

—¿Tiene que ser acerca de algo?

Suspira.

—Bear, siempre tiene que ser acerca de algo.

—No tiene por qué —replico, reprimiendo las lágrimas—. Podemos... ¿No podemos volver?

Se ríe, pero sin mala intención.

—No lo creo, Bear. Ni siquiera sé cómo. No sería justo para ninguno de los dos.

—Pero podríamos. Si quisiéramos de verdad. Podríamos, sé que podríamos, Anna.

Lucho por esto por motivos que no acabo de entender. Creo que una parte de mí quiere que esto conserve cierta normalidad. Que mantenga una de las pocas constantes que he tenido en mi vida. Es seguro, es cómodo, y es el único sitio que he conocido.

—Bear —dice ella, y me percató de su voz pastosa—. Bear, ¿a quién tratas de convencer?

«A los dos», pienso, pero respondo:

—No lo sé.

—Bear, voy a pedirte que me hagas un favor, ¿vale? —dice, sollozando ahora abiertamente—. Voy a pedirte un favor por una vez. Pero tienes que prometérmelo, porque es la única manera en que lo conseguiremos. ¿Entiendes? Es la única forma en que podré seguir en tu vida. ¿Puedes hacerlo por mí, Bear?

—Sí. Lo que sea, Anna. Haré lo que sea por ti.

—No vuelvas a llamarme así. Siempre que hablemos desde aquí, será como amigos. No puede volver a ocurrir. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Me sorbo la nariz—. Pero te quiero.

—Sé que me quieres y me alegro.

Y la creo.

—¿Anna?

—¿Sí?

—¿Puedo hacerte una pregunta? No es sobre nosotros.

—Sí —dice en el acto.

—¿Por qué..., por qué llamaste a Otter anoche?

Inspira hondo y exhala despacio.

—¿Fue a tu casa?

—Sí.

—Bien. Necesitabas un amigo. Sabía que entendería lo que estás pasando. Me dijo...

Y entonces calla, como si se arrepintiera.

—¿Qué te dijo? —pregunto, curioso.

Maldice en voz baja.

—Me habló de lo que le pasó en San Diego. Le llamé yo, seguramente pareciendo histérica.

Cuando pude calmarme lo suficiente, me contó la historia.

—¿De veras? —digo, tratando de ocultar la sorpresa en mi voz.

¿Y no siento una punzada de otra cosa? ¿No se parece curiosamente a celos? Pero ¿de quién diablos tengo celos?

Lo percibe en mi voz.

—No seas así, Bear —me regaña.

Me sobresalto al oír unos golpecitos en la ventanilla. Levanto la vista y veo a Otter mirando con curiosidad dentro del coche. Me doy cuenta de que llevo aquí un buen rato. Le digo a Anna que espere un momento y bajo la ventanilla.

—¿Todo bien? —pregunta tranquilamente mientras se asoma al interior.

Su dedo se acerca peligrosamente a mi brazo.

—Sí —me apresuro a contestar—. Estoy hablando por teléfono. Voy enseguida.

Me mira con complicidad y vuelve a entrar en la casa.

—Lo siento —digo cuando vuelvo a ponerme el teléfono al oído.

—¿Era Otter? —pregunta ella, sin que su voz revele nada.

Ahora no puedo mentirle.

—Sí. Está haciendo una lasaña de tofu para el Chico, y Ty me habría matado si no lo hubiera traído.

—No parece muy apetitoso.

—Y que lo digas. Por lo menos tú no tendrás que comértela.

Anna se ríe y algo se endereza. Quizá no ha vuelto a la posición que ocupaba antes, pero casi.

—¿Qué estabas diciendo? —pregunto.

—¿Qué? Ah, sí. Otter. Bueno, no sé cuánto más debería contarte. Si tienes que oírlo, debería ser de él. Y no intentes obligarme, Bear. Te conozco demasiado y esa es la única razón por la que lo digo. Y, para que lo sepas, no le dije por qué nos peleamos.

—Ya lo sé.

—Cuando terminó de contarme sus motivos para volver, me di cuenta de que él podía entenderlo. Más que la mayoría de la gente. Y sabía que necesitabas a alguien con quien hablar. Pero también sabía que seguramente no le dirías nada. Es lo que haces siempre.

—Lloré hasta quedarme dormido —confieso.

Se echa a reír, pero luego se pone serio.

—No te lo guardes dentro para siempre, Bear. Terminarás odiándote si lo haces.

—Gracias —digo, deseando que estuviera a mi lado para que viera lo sincero que soy.

—De nada. Dile a Ty que le quiero. Ahora te dejo, ¿vale?

Sé que se refiere a colgar el teléfono, pero hay algo más en esas últimas palabras que pronuncia, y puedo oír que espera que responda. Me devano los sesos preguntándome si queda algo más que decir, cualquier cosa que crea que ella debería saber. No se me ocurre nada, y eso me rompe un poco más el corazón.

—Vale —digo con tristeza.

—Adiós, Bear.

—Adiós, Anna.

Y entonces también ella se marcha.

Entro en la casa sintiéndome apesadumbrado. No me interpretéis mal; sé que me lo he ganado a pulso. Normalmente no me deleito en la autocompasión, pero es algo que no he podido hacer durante los tres últimos años. Me resulta extraño, ajeno. Negros pensamientos revolotean alrededor de mi cabeza, y no hago mucho por ahuyentarlos. Quizá deba ser así. Quizá sea lo que me merezco.

Blablablá.

Ty está sentado sobre la encimera mientras Otter le cuenta una historia. El Chico no me ve entrar, pero Otter sí, me lanza una mirada furtiva y me guiña el ojo. Esbozo una sonrisa y espero a que termine.

—Y entonces —dice Otter— apareció ese tipo y se puso a mi lado en la cola del banco. Recuerda que a esas alturas yo no llevaba mucho tiempo en California y no sabía cómo actuaba la gente de allí. Así pues, como soy un tío simpático, le dije hola. Pero creí que no me oía porque llevaba puestos unos auriculares y se mecía al ritmo de la música que escuchaba, ¿vale?

—Vale —dice Ty, embelesado.

—La cola no se movía, pero noté la cabeza de aquel tipo contra mi espalda porque iba acercándose cada vez más hasta chocar conmigo. Traté de no hacerle caso, pero siguió chocando contra mí cada vez más fuerte. Hasta que por fin me volví y le miré irritado. Él dejó de mecerse y me devolvió la mirada. ¿Y sabes qué fue lo que vi?

—¿Qué? —exclama Ty con entusiasmo.

—Los auriculares que llevaba puestos —dice Otter, y hace una pausa teatral— no estaban conectados a nada. Ni a un iPod, ni a un walkman, ni a nada. ¡Solo llevaba los auriculares! Vio que me percataba de ello e intenté poner cara seria, pero se inclinó hacia mí y, ¿sabes qué dijo?

Ty tiene las manos sobre la boca, y le oigo susurrar:

—¿Qué dijo, Otter?

La cara de Otter se transforma de repente. Saca la mandíbula inferior, junta las dos cejas e hincha las mejillas. El cambio es asombroso y estoy a punto de echarme a reír, lo cual habría estropeado el relato. Otter baja la voz, y le sale grave y profunda:

—«Yo no necesito ninguna caja de música sofisticada, chico. Tengo toda la música que necesito dentro de mi cabeza. Es de ahí de donde saco todos los temas.»

Ya no puedo contenerme más, la risa sale de mi boca y resuena en la cocina. Ty da una sacudida, estira el cuello, ve que soy yo, pone los ojos en blanco y devuelve su atención a Otter. Esto me corta la risa de inmediato, porque acabo de ser reprendido por el Chico otra vez.

—La gente de California es extraña, Otter —dice muy serio—. Me alegro de que regresaras antes de que te volvieras raro también.

Otter asiente solemnemente con la cabeza.

—Yo también me alegro. Los Otters locos jamás sabrían preparar una lasaña vegetariana.

Revuelve el pelo del Chico, y Ty se vuelve a mirarme.

—Otter ha dicho que estabas hablando por teléfono y que por eso tardabas tanto. —Otter se encoge de hombros como pidiendo perdón a la espalda del Chico. Ty me mira interrogativamente—. ¿Con quién hablabas, Bear?

Me acerco al Chico y me izo a la encimera en la que está sentado. Le pongo un brazo sobre los hombros, lo atraigo hacia mí y le beso la coronilla.

—Hablabas con Anna —digo con voz queda.

Asiente y mira a Otter.

—Anna y Bear han vuelto a romper —dice con tristeza—. Pero no ha sido como las otras veces. Creo que esta vez ha sido de verdad.

Otter se sitúa delante del Chico, se inclina hacia delante y le pone las manos sobre las rodillas.

—No, yo tampoco creo que haya sido como las otras veces. Pero ¿sabes qué me dijo Anna? —Ty levanta los ojos hacia él—. Me dijo que te quiere, y que no se irá a ninguna parte. ¿No es cierto, papá Bear?

Le miro con gratitud antes de dirigirme a Ty.

—Es cierto, Chico. Que ella y yo ya no salgamos no significa que no vuelvas a verla. Anoche me dijo que procurará verte todo lo que pueda.

—No estoy triste solo por eso —dice el Chico.

—Bueno, ¿por qué más estás triste? —pregunta Otter.

El Chico piensa un momento antes de contestar:

—Estoy triste por Bear. No quiero que esté solo para siempre.

Una vez más, la que parece la millonésima en los últimos años, unas lágrimas calientes me escuecen los ojos. Otter acude en mi auxilio.

—¿Cómo puede estar solo? —exclama—. ¡Nos tiene a ti y a mí! Creo que con eso bastará, ¿no?

—Supongo —dice el Chico a Otter—. Pero ¿qué pasará cuando vuelvas a irte, Otter? Creed volverá a la facultad, y tú regresarás a California, y Anna... Anna habrá desaparecido. Papá Bear

solo me tendrá a mí, y no sé si podré hacerlo solo.

No respondo, pero en esta ocasión a propósito. Sí, he vuelto a quedarme sin habla como una puñetera niña. Sinceramente, no me puedo creer que una persona tenga tanto líquido en su cuerpo como el que ha brotado del mío durante los últimos dos días. Pero la verdadera razón por la que no digo nada es que, como el Chico, estoy esperando oír lo que dirá Otter. Por más egoísta que sea, tengo que oír lo que va a decir.

Otter se endereza, y noto que nos mira a los dos acurrucados delante de él, sintiéndonos como dos niños extraviados. Me preparo para la respuesta que dará, confiando en que por lo menos mienta por el bien de Ty (y quizá por el mío propio). No debería cargar con esta responsabilidad, pero estoy cansado de llevarla yo.

—Ty —dice Otter por fin—, no iré a ninguna parte en mucho tiempo. Y si lo hago, bueno, entonces, quizá..., quizá tú y Bear podréis venir conmigo.

Ty se lanza desde la encimera, y Otter lo atrapa hábilmente y lo levanta en sus brazos. Puedo ver que Ty le susurra algo al oído, Otter abre los ojos como platos, me mira y luego vuelve a concentrarse en el Chico. Ty puntúa sus susurros hundiendo un dedo en el pecho de Otter y este asiente. El Chico vuelve a reclinarsse en sus brazos y dice:

—¿Prometes hacer lo que dices? Tienes que prometerlo.

—Lo prometo —responde Otter.

Ty se queda mirándole hasta que está seguro de que dice la verdad. Entonces baja de sus brazos.

—Bear, ¿puedo ir a ver el programa de Anderson Cooper? —pregunta, tirando de mi pierna.

—Claro, Chico —le digo, y mi voz sale perfectamente normal.

Me ha salido como si solo hubiéramos estado hablando del tiempo. Ty echa a correr hacia la salita, gritándonos que le avisemos cuando la comida esté lista. Otter me mira pensativo, se acerca al frigorífico, saca un par de cervezas y me pasa una. La abro y engullo la mitad de un solo trago. Me baja ardiendo por la garganta y se asienta placenteramente en mi estómago.

Otter parece a punto de decir algo, pero cambia de opinión y empieza a sacar los ingredientes para preparar la cena de Ty. Le observo unos minutos mientras trabaja, en un silencio perceptible pero no incómodo. El sonido de la televisión llega hasta la cocina, por lo que sé que cualquier cosa que diga ahora no será oída por el Chico desde la salita. Bajo de la encimera de un salto y juego con el tapón de la botella de cerveza.

«¿Quiere que vayamos con él? —pienso—. ¿Y hacer qué? ¡Maldita sea, Otter, te he dicho que te tomes las cosas con calma, joder! Eso ni siquiera será posible. ¿Cómo diablos se te ocurre decir eso sin hablarlo antes conmigo? Pero es que ya no deberías haber dicho nada...»

—Bear, ya vuelves a pensar demasiado —dice Otter mientras lee una receta del libro que tiene abierto delante—. Lo noto desde aquí.

Esto me distrae de mis pensamientos, y abro la boca y empiezo a farfullar tonterías. Él me mira, sacude la cabeza y me pide que saque los tallarines de la despensa. Lo hago, sin dejar de balbucear memeces que deberían formar negaciones coherentes, pero me parece que no hago más que producir mucho ruido con la boca. Le paso los tallarines y la caja tiembla. Él sujeta la caja y mi mano con la suya.

—Para, Bear.

Obedezco.

Saca más ingredientes del frigorífico y procede a dejarlos en la encimera. Apuro mi valor líquido y cojo otro por encima de su hombro. Sé que no debería beber, pero me importa un carajo.

—¿Y cómo está Anna? —pregunta Otter despreocupadamente.

Me derramo un poco de cerveza. Él me lanza un trapo y me seco.

—Está bien, supongo —murmuro.

—Eso es bueno. Parecía estar mejor cuando acabé de hablar con ella anoche.

Asiento con la cabeza.

—Ha dicho que la ayudaste mucho. Ha dicho que... —Vacilo, pero decido jugarme el todo por el todo—. Ha dicho que le hablaste de por qué volviste aquí.

Se pone rígido solo un segundo, pero aun así me percató.

—¿Te ha dicho algo al respecto?

—No —contesto sinceramente—. Ha dicho que cuando estés preparado, me lo contarás.

—Es una buena chica —dice—. Lamento que os pelearais.

Suelto un bufido.

—Oh, vamos, Otter. No tienes por qué mimarme de ese modo. No fue solo una pelea, y lo sabes. Rompimos; se ha terminado. Y esta vez es para siempre.

Se ríe discretamente.

—Tienes razón, ya debería saberlo. Pero... no lo sé. Espero que estéis bien los dos.

—Tal vez —digo—. A decir verdad, creo que a partir de ahora a ella le irá mejor. Se merece mucho más de lo que yo podría darle. No era precisamente el mejor novio del mundo.

Hace una mueca.

—Ojalá no hicieras eso.

—¿Hacer qué? —pregunto, tomando otro trago de cerveza.

—Ser tan autocrítico. Es un vicio que has adquirido y que deberías dejar enseguida.

—Sí, señor —me burlo.

Se vuelve, cruza los brazos sobre el pecho y me mira con severidad.

—Hablo en serio, Bear. Ya hay suficiente gente ahí fuera que se alegraría de derribarte. No hay ninguna razón para que lo hagas tú mismo.

Levanto las manos en un gesto de rendición.

—Tú ganas —digo—. Lo siento. De ahora en adelante, tendré un concepto tan elevado de mí mismo que te arrepentirás de haber dicho nada. —Me subo a una silla y me golpeo el pecho con arrogancia—. Soy increíble —añado con la voz más profunda posible.

Otter pone los ojos en blanco e indica la comida con un ademán.

—¿Ya has terminado? Estaba pensando que podrías ayudarme a hacer esto, ya que no he preparado nada vegetariano en mi vida.

Salto de la silla, le aparto de un empujón y bajo la vista para leer la receta. Soy perfectamente consciente de que me está observando, y me pregunto qué debe de pensar. Me pregunto qué le hace querer que vayamos con él. Me sonrojo al percatarme de lo estúpido que parezco.

Otter se sitúa a mi lado y se inclina sobre el libro de recetas.

—Ty ha llegado gritando que pasaremos aquí la noche.

Me sonrojo todavía más.

—Esto... sí. Ha insistido mucho en ello —digo, y, balbuceando, agrego—: Debería haber preguntado. Quiero decir, esta es tu casa, ¿no? Seguramente tienes tus propios planes y no necesitas que estemos por aquí todo el tiempo. Tal vez deberíamos quedarnos otro día. Iré a buscar a Ty y podemos ir...

—Cállate, Bear —me interrumpe antes de que parezca aún más retrasado—. Sabes que podéis quedaros aquí cuando queráis. Me gusta tener... gente. Esta casa es demasiado grande para que viva solo una persona en ella.

—Ah. Vale.

—Además —añade con picardía—, esta mañana le he dicho a Ty que os quedaríais aquí. Ya lo teníamos previsto.

Intento darle un puntapié en la espinilla, pero es demasiado rápido para mí y se aparta de un brinco, riendo, siempre riendo.

Para mi sorpresa, la lasaña resultó bastante buena. Ty se deleitó observando cada bocado que yo tomaba. Le hice mirarme con el ceño fruncido cuando le dije que había metido un trocito de carne, y se negó a comer más hasta que Otter le hubo convencido de que yo era un «mentiroso y un bocazas». Esto hizo que Ty se riera a carcajadas hasta que se cayó de la silla, eso me hizo reír a mí y Otter gruñó, diciendo que ya no podría disfrutar nunca más de una cena agradable. Ty y yo le sacamos la lengua, y entonces él me tiró un trozo de panecillo, que rebotó en mi cabeza y me derribó la cerveza. Ty intentó salvarla, pero había vuelto a dejarse llevar por la diversión. Esta vez me tocó a mí fulminar con la mirada a Otter, pero este se encogió de hombros inocentemente y dijo que me estaba bien empleado por mentirle a un niño de nueve años. No se me ocurrió nada ingenioso que replicar y me quedé con la boca abierta como un pez de colores.

Otter hasta había comprado al Chico más helado de soja, así que nos acomodamos en la salita viendo la CNN y turnándonos para lamer la cucharilla. Es sin duda lo peor que he probado en toda mi vida, pero no quería recibir otra mirada amenazadora de Ty, de modo que cada vez que me ofrecía un bocado, lo aceptaba. Otter hacía lo mismo, y en una ocasión, cuando Ty bajó los ojos hacia el cuenco, Otter me miró con cara de tener arcadas, y yo hice lo propio. Ambos nos echamos a reír y Ty acabó por mirarme amenazadoramente.

Con el tiempo, a Ty empezaron a cerrársele los ojos y comenzó a cabecear, pero siguió insistiendo en que no estaba cansado. Luego se quedó dormido en mitad de una frase, lo cogí y lo llevé a la habitación de Creed. Bostezó cuando le hice ponerse el pijama y cepillarse los dientes. La idea de dormir en el cuarto del tío Creed le provocó una sonrisa soñolienta. Otter entró, le dijo buenas noches y le prometió gofres para desayunar, con manteca de cacahuete crujiente y sirope de arce. Besó al Chico en la frente y salió por la puerta.

Me vuelvo hacia el Chico y él me sonrío feliz.

—¿Estarás bien aquí? —pregunto.

Asiente con la cabeza.

—No te irás a casa, ¿verdad? ¿Tú también dormirás aquí?

—Sí, Chico. También me quedo aquí.

—¿Y dónde dormirás?

A decir verdad, no lo he pensado. Quizá porque mi mente ha estado excluyendo esa parte durante toda la tarde. Pero la velada ya casi ha tocado a su fin, y tendré que pensar en algo pronto. Ni siquiera me he traído ropa para dormir.

—No lo sé, Chico. Quizá dormiré en la habitación de los padres de Creed.

—Duerme en la cama de Otter —me dice—. Está en el pasillo y puedo encontrarte si te necesito.

«Maldita sea», pienso.

Asiento despacio.

—Está bien. Pero tendré que consultárselo a Otter.

—No le importará. Buenas noches, papá Bear.

—Buenas noches, Chico.

Me levanto y bajo la luz al mínimo. Dejo la puerta entornada y enfilo el pasillo, con la cabeza en ocho mil millones de sitios a la vez.

«¿De verdad puede ser tan fácil? —me pregunto—. ¿De verdad podría ser tan... rápido... volverme así? ¡He estado con Anna, por Dios! ¡Hemos tenido sexo y me ha gustado! Aún estaría con ella si no hubiera..., si no hubiera...»

Bueno, si no hubiera besado a Otter. Es cierto que jamás le he dicho estas palabras en voz alta, pero ¿acaso no alberga sospechas? ¿Acaso no...

«está él enamorado de ti»

... me hizo una pregunta que en primer lugar ninguna novia habría hecho? ¿Y por qué yo no pude...

«estar enamorado de él»

... mirarla a los ojos cuando la reprendí? ¿Por qué dijo que yo mentía? «¿Qué ve la gente que yo soy incapaz de ver? ¿Cómo podía saberlo ella cuando yo ni siquiera era capaz de afrontarlo? ¿Por qué me señaló tan rápido en la dirección de él?»

Recuerdo que tenía casi once años cuando vi a Otter graduarse en el instituto. Recuerdo aquel verano más tarde, sentado en su habitación y sintiéndome malhumorado mientras le veía recoger sus cosas para irse a la universidad. Le recuerdo exhibiendo su característica sonrisa y sentándose en la cama junto a mí mientras decía: «Pareces un muerto, Bear.» Recuerdo que no fui capaz de decirle que parecía que alguien hubiera muerto porque se marchaba. Recuerdo verle partir en su coche. Recuerdo la primera vez que volvió a casa, con los ojos locos de cosas que yo nunca sabría. Recuerdo cómo le salté a la espalda la primera vez que le vi.

Recuerdo cuando tenía catorce años, acababa de mantener relaciones sexuales con Anna por primera vez y llamé a Otter enseguida con la intención de fanfarronear, pero en realidad quería que me consolara porque estaba muerto de miedo. Recuerdo que tenía quince años cuando vi a Otter licenciarse en la universidad. Recuerdo que dijo: «Dicen que la vida empieza realmente ahora.»

Recuerdo que se echó a reír cuando pregunté quién lo decía.

Recuerdo cuando regresó a casa. Recuerdo que tenía dieciocho años cuando mi mamá se fue. Recuerdo que me gradué en el instituto en presencia de Otter. Recuerdo que me dijo que no había nadie que pudiera cuidar de Ty como yo. Recuerdo que quise pegarle, pero en lugar de eso ocurrió algo muy distinto.

También recuerdo cuando se marchó. Recuerdo eso más que nada, porque no se me ocurre ningún momento en el que él no tuviera peso dentro de mi vida. Recuerdo la rabia y la oscuridad que había sentido. Recuerdo que fui yo quien le echó. Recuerdo que dijo que se marchaba debido a su influencia, pero recuerdo que para eso siempre se requieren dos. Recuerdo muchas cosas; recuerdo demasiadas cosas.

Estoy de pie delante de su puerta. Sé que si entro todo cambiará. Casi soy capaz de alcanzar el pomo de la puerta, y entonces lo hago. Mis dedos tocan el frío metal del pomo, pero me detengo. «No puede ser así. No puede ser tan fácil. Quiero a Anna. Quiero a Anna», pienso. Trato de recordar algo, cualquier cosa de Anna, pero tengo la mente en blanco. Es como si él me la hubiera borrado. Cierro los ojos con fuerza y estoy a punto de dar la vuelta y volver a la habitación de Creed cuando la puerta se abre delante de mí para dejar salir luz y a Otter.

—Hola —dice, sorprendido al verme delante de su puerta—. ¿Qué estás haciendo?

—Solo... pensaba un poco —respondo sin convicción.

Otter sacude la cabeza.

—Siempre lo haces, papá Bear. No creo que cambie nunca. Es uno de los motivos por los que...

Se interrumpe, como si no quisiera seguir.

—¿Es uno de los motivos por los que qué? —pregunto con curiosidad.

—No importa, Bear. No tiene importancia. Oye, te he sacado algo de ropa para dormir. Allí, sobre mi cama.

Pasa por mi lado, entra en su cuarto de baño y cierra la puerta tras él.

Me cambio apresuradamente, no queriendo que me encuentre en ningún grado de desnudez cuando vuelva. Me ha dejado el pantalón de chándal negro que le he visto llevar antes. Me lo pongo y me siento acomplejado por mis piernas de alambre. Me paso la camiseta negra por la cabeza y me viene dos o tres tallas demasiado grande. Mi piel se ve pálida en contraste con el tejido. Me froto los brazos enérgicamente para quitarme la carne de gallina. Me siento como un impostor, un niño disfrazándose con ropa de adulto. Pienso que todo esto es un número. No sé cuánto más tiempo podré evitarlo.

Entra en la habitación y me mira. Su expresión es inescrutable. Quiero abrirle la cabeza y meterme dentro para averiguar qué piensa mientras me mira. Tengo que saber si siente compasión por mí, porque no podría soportarlo. Nunca he querido su compasión, y ciertamente no la aceptaré ahora.

Se sienta en la cama y se estira. La camiseta blanca que lleva sube solo un par de centímetros, pero deja al descubierto kilómetros de piel marrón oscuro debajo. Lleva el pantalón corto del pijama caído sobre la cintura, y puedo ver dónde termina el bronceado y dónde empieza el blanco. Entonces se para, y me pregunto qué estará haciendo. Me pregunto si intentará... hacerme algo. Me pregunto si

esa ha sido siempre su intención. Desde que yo era un niño. Me pregunto si es culpa suya que me sienta tan desconcertado como lo estoy ahora. Me pregunto si lo sabe y le chifla. Me invade una culpabilidad nauseabunda y tengo que esforzarme al máximo por no hacer una mueca cuando se me contrae el estómago.

«Es Otter. Él nunca...»

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento una vez.

—Bien, eso es bueno, supongo. Te he preparado el cuarto de invitados de al lado.

—Ah —digo, sintiéndome aliviado, pero incapaz de impedir que parezca decepcionado.

Me mira con una ceja arqueada.

—Pero... —murmuro—. Yo... creía...

Hago un gesto con los brazos abarcando la habitación, tratando de indicar algo a nuestro alrededor.

—¿Qué creías, Bear? —pregunta, pareciendo verdaderamente confuso.

—Ya sabes... —balbuceo—. Que podría... dormir...

Se echa a reír.

—Te estoy tomando el pelo... —dice, sonriendo diabólicamente.

Quiero darle una patada en el culo, pero también quiero vomitar porque estaba dispuesto a ir a la habitación contigua.

—No tiene gracia, Otter —digo, mirándole irritado.

Se encoge de hombros.

—Quizá no la tenga ahora. Pero te reirás algún día. Algún día te reirás de todo esto.

Se vuelve, se arrastra por la cama hasta recostar la espalda en la cabecera y me mira con expectación. Me estremezco. ¿Ha sido su cama siempre tan pequeña? Antes no era así. Casi salgo disparado de la habitación, pero me acerco a él, atraído por alguna fuerza que aún no puedo nombrar. Me siento torpe dentro de la ropa de adulto. Soy demasiado blanco, soy demasiado flaco. Soy demasiado todo para que él quiera..., bueno, quiera lo que sea que quiere. Sus ojos no me dejan en ningún momento mientras me inclino y me siento en la cama, de espaldas a él. Me estremezco de nuevo y empiezan a castañetearme los dientes. No puedo evitarlo, me tiembla todo el cuerpo y mis manos se flexionan incontrolablemente, y tenso la mandíbula, y le ordeno que pare. Una mano cae sobre mi espalda y por un momento, por una fracción de segundo, el temblor se intensifica. Pero luego desaparece.

—¿Bear? —oigo a Otter preguntar dulcemente.

Me vuelvo y me lanzo sobre él. Hundo la cara en su pecho. Esta vez no se sobresalta y me pone las manos en el pelo, y antes de que pueda parar le explico lo que sucedió con Anna. Cómo había mentido acerca de que él estuvo en mi casa aquella noche, cómo ella me había mirado con lágrimas indignadas en los ojos. Le cuento que me había dado la sensación de que le había echado para que no tuviera que odiarme nunca. Cuando llego a esta parte, creo que vacilaré, pero no lo hago. Otter no me interrumpe en ningún momento, y es de agradecer. Le digo que aún no he podido confesar a Anna que le había besado. Le digo que ella me llamó mentiroso. Se lo explico todo; bueno, casi todo. Cuando

llego a la parte en que Anna me preguntó si él estaba enamorado de mí o yo de él, me detengo. Las palabras no quieren salir de mi boca, y creo que por ahora ya está bien. Quizás algún día podré decirle cómo terminó todo en realidad.

Cuando he acabado de hablar, tengo la garganta seca y me siento hueco y blando, como una calabaza en descomposición unos meses después de Halloween. Durante mi confesión, las manos de Otter han permanecido en mi pelo, tirando de él con suavidad. Llega un momento en que me frota las cejas con los pulgares, y me avergüenzo al emitir un zumbido gutural de deleite. Me quedo acurrucado contra su pecho, queriendo saber una vez más en qué estará pensando.

Finalmente dice:

—¿Así que no te bastaba con asegurarte de que el Chico tuviera un buen futuro, sino que pensaste que te asegurarías de que también yo lo tuviera?

Me encojo de hombros dócilmente.

—Suenas bastante estúpido cuando lo dices así.

—Bear —dice bruscamente desde algún lugar por encima de mí—, suena estúpido se diga como se diga.

Me incorporo, molesto.

—No tuviste que marcharte —señalo.

Me mira fijamente, con sus grandes brazos sobre el pecho.

—Ya lo has dicho varias veces —replica con cautela—. Pero ya te expliqué por qué lo hice.

—Pues no parece que tus motivos importaran —objeto con aire pensativo.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, ahora estás aquí. Y yo también.

Sacude la cabeza.

—Bear, ni siquiera sabemos aún qué significa eso.

—Ya lo sé, Otter —digo—. Pero ¿puedes..., puedes esperar hasta que... lo averigüe?

Ni siquiera sé lo que pido, pero opto por no aclararlo so pena de empeorarlo. Extiende los brazos y me atrae hacia sí. Me quedo inmóvil contra su cuerpo, aguardando una respuesta. Quiero una respuesta ahora, antes de que termine haciendo el ridículo.

—Como le he dicho antes a Ty —me susurra al oído—, no iré a ninguna parte.

Trato de sentarme, pero me retiene contra su pecho. Cuando hablo, mis labios se mueven contra el tejido de su camiseta. Desde esta perspectiva, puedo ver cómo se le endurece la tetilla derecha. Un zumbido siniestro me recorre el cuerpo.

—También le has dicho a Ty que regresarías. Con el tiempo.

No sé terminar lo que él había dicho en realidad.

—Sííí —dice, alargando la palabra—. Creo recordar que también he dicho otra cosa, que tú pareces evitar.

—Claro que la evito, Otter —respondo indignado—. ¿Por qué tenías que decir algo así? ¿Por qué tenías que despertar las ilusiones del Chico de ese modo? —«¿Y por qué tenías que despertar mis ilusiones de ese modo?», pienso.

—¿Sus ilusiones? —repite Otter—. ¿Crees que no hablaba en serio?

—¿Cómo podías hacerlo? —pregunto, tenso.

—¿Por qué no iba a poder? —inquire, mirándome fijamente a los ojos.

Me aparto.

—Otter, no puedo hacer las maletas e irme sin más. Aquí tengo un empleo, y el Chico va a la escuela, y solo estorbaríamos. Además, no puedo permitirme vivir en California.

—Tengo dinero... —empieza a decir, pero levanto la mano para cortarle.

—No quiero que tengas que cuidar de nosotros, Otter. Me las he arreglado solo estos dos últimos años.

Me siento un tanto avergonzado de lo que sugiere Otter, que nos pagaría la vida. Jamás me sentiría a gusto dejándole hacer eso. Aún poseo mi detestable orgullo, y no sé si eso es bueno o es malo. Pero sí sé que no importa.

—¿Qué hay de la facultad? Tarde o temprano irás a la universidad, ¿no? No podrás tener un empleo a tiempo completo, ir a la facultad y cuidar de Ty.

Me retuerzo las manos.

—Ya se me ocurrirá algo.

Suelta un bufido.

—¿Cuando Ty se gradúe?

—¿Por qué te preocupas por eso de repente? —le espeto—. Y, además, ¿por qué tienes que volver a San Diego? Creía que había ocurrido algo malo. Por eso estás aquí, ¿no?

Me devuelve la mirada con ojos chispeantes.

—Eso es una parte —admite con voz apagada—. Y quizá se deba también a que creía que debía intentar enmendar los errores del pasado.

Estoy furioso y no sé por qué. Me levanto y empiezo a pasearme por la estancia.

—Ya, de manera que te ocurre algo malo, ¿y decides entonces que tienes que «enmendar los errores del pasado»? —Digo esto último en un tono algo burlón, y me arrepentiría de ello si no estuviera tan molesto—. Debes admitir, Otter, que es una coincidencia asombrosa.

Otter se levanta de un salto y se planta frente a mí. Su presencia es imponente y amenazadora. Pero me da igual. Le miro con el ceño fruncido y los brazos tensos a los costados.

—¿Por qué haces esto? —gruñe—. ¿Por qué parece empeñado en ahuyentar a la gente?

—Creo que la pregunta que deberíamos plantear —replico con vehemencia— es que, de no haber pasado lo que quiera que te pasó en California, ¿estarías aquí?

Veo cómo su ánimo de lucha se evapora. Se deja caer sobre la cama y se tiende boca arriba, con un brazo sobre la cabeza y la otra mano golpeándose suavemente el estómago. No puedo evitar fijarme, incluso ahora, en que vuelve a subírsele la camiseta y puedo ver su estómago liso y fuerte. Las ondulaciones que su piel forma allí hacen que se me seque la boca. Paso del frío al calor, del cielo al infierno. Quiero seguir luchando, quiero seguir desembrollando este asunto, pero Otter parece tan abatido que no puedo. Suspiro y me siento en la cama junto a él. Le doy torpemente unos golpecitos amistosos en la pierna.

—Tienes razón —digo con tristeza—. Da la impresión de que ahuyento a todo el mundo.

Se incorpora y se pone las manos en el regazo.

—No debería haber dicho eso —se lamenta en voz baja—. No tengo ningún derecho a decirte nada.

Reclino cuidadosamente la cabeza sobre su hombro. Él se relaja y deja caer la cabeza sobre el mío.

—¿Qué te ha dicho Ty cuando te ha susurrado al oído? —pregunto.

Otter se ríe entre dientes.

—Ha dicho que ahora tengo que cuidar de ti. Ha dicho que eres un chiquillo que necesita atención.

—¿Y se lo has prometido?

Levanta la cabeza y me mira, sorprendido.

—Desde luego. ¿Por qué no debería prometerlo?

Sacudo la cabeza con incredulidad.

—A veces no te entiendo.

—Eso se debe a que soy misterioso —responde con su sonrisa torcida.

Le doy un puñetazo amistoso en el brazo. Me coge la mano y entrelaza sus dedos con los míos. Tiene unas manos tersas y fuertes. Algo crepita dentro de mi cerebro, como un cortocircuito. Nunca antes le he cogido la mano así a un tío. No con nuestros dedos perfectamente encajados. Es extraño.

—No eres tan misterioso —le digo en serio.

—Por favor —se burla—. Soy un enigma que aún no has podido descifrar.

Pongo los ojos en blanco.

—No hay mucho que descifrar ahí.

Sonríe de nuevo.

—Algún día tu boca te meterá en un buen lío.

Vuelve a echarse en la cama y me arrastra consigo. Retomamos la posición en la que estábamos antes: yo sobre su pecho, sus manos jugando suavemente con mi pelo. Me estoy adormilando cuando él habla.

—No se lo conté todo a Anna —dice con voz queda—. Omití algunas partes porque no quería asustarla por nada. Estaba muy fastidiada después de vuestra pelea, así que intenté dejar fuera todo lo que te concernía de lo que le conté sobre lo sucedido en San Diego.

—¿A qué te refieres con «lo que me concernía»? —pregunto—. Yo no he estado nunca en San Diego.

Noto cómo niega con la cabeza.

—Ya llegaré a eso. Pero tienes que dejarme contarlo a mi manera, ¿vale? Espera hasta el final, y entonces podrás decir lo que quieras. Te lo prometo.

Asiento, le oigo respirar hondo y acto seguido empieza a hablar.

«Esta historia ha sido bastante adornada. No sé si quedaréis decepcionados cuando termine porque cuando la cuento en voz alta, me parece que estoy perdiendo el juicio. Pero os prometo una cosa: no omitiré nada, y todo lo que os diga es la verdad.»

Es tres años atrás, nos encontramos en mi piso, Otter nota que mis labios se posan sobre los suyos y, por un momento, se permite sentirse asustado, complacido y conmovido. Luego se impone la realidad cuando me aparto y resuena una voz dentro de su cabeza, gritando: «¿Qué le estás haciendo? No es más que un chico, ¡y está borracho! ¿Qué diablos estás haciendo?» Me ve desplomarme sobre el sofá murmurando palabras que no logra entender, pero está demasiado helado para moverse. Aún está enfadado conmigo por gritarle hace unos momentos cuando le incitaba a marcharse. Y está horrorizado consigo mismo por dejarse besar así. Sabe que quería que ocurriera, pero también sabe que soy heterosexual, y cree que es culpa suya que yo sea tal como soy. Me oye dejar de hablar y empezar a roncar, y por fin puede moverse. Su cabeza le dice que se aleje de mí, pero su corazón no soporta la idea de irse sin despedirse siquiera. Porque, ¿sabéis?, ya ha tomado una decisión; se irá a casa, dormirá un par de horas y hará las maletas, y mañana a estas horas estará en California de camino a un sitio nuevo. Pero antes de marcharse tiene que verme por última vez. Pone los brazos debajo de mi cuerpo y me levanta como si fuera un niño. Se sorprende de lo fácil que resulta izarme, lo bien que encajo en sus brazos. Entonces se le rompe un poco el corazón, y sabe que estará condenado a mis ojos por haberse ido, pero no ve ninguna alternativa.

Me muevo un poco en sus brazos y me arrimo contra su pecho. Me lleva en silencio a mi habitación, donde Ty está dormido. Me posa suavemente en mi cama y me arropa hasta la barbilla. Se sienta un momento en la cama, me aparta el pelo del rostro y me toca la mejilla. En ese momento cree que no ha visto nunca a nadie más guapo que yo. Le cuesta cada vez más trabajo marcharse, y no desea otra cosa que acostarse conmigo y hacer frente a las consecuencias cuando llegue la mañana. Pero no puede, porque tiene que protegerme de él mismo. Por último se levanta, se acerca a Ty y piensa: «Cuida de papá Bear, ¿vale? Tú cuida de él y él cuidará de ti. Estás en las mejores manos que podrías esperar.» Besa con delicadeza al Chico en la frente y trata de reprimir las repentinas lágrimas. Tiene que dominarse, por lo menos hasta que llegue al coche.

Vuelve hacia mí y me observa dormir un momento más antes de arrodillarse junto a la cama y hacer algo que no ha hecho en mucho tiempo: rezar.

«Por favor, Dios. Te ruego que cuides de este par. ¿Sabes, Dios?, ahora mismo no puedo hacerlo. Quiero, pero no puedo. Tengo que dejarles, y sé que no resultará fácil para ninguno de nosotros, pero si puedes vigilar de cerca a Bear y Ty, te lo agradeceré más de lo que te imaginas.»

Se siente algo ridículo hablándole así a Dios, sabiendo que aunque exista un Dios no acepta encargos personales. No sabe qué otra cosa hacer. Se inclina sobre mí y me susurra al oído: «Lo siento. Espero que algún día puedas perdonarme.» Quiere decir más, mucho más, pero no lo hace porque cree que no importará. Me roza la frente con los labios. Se levanta y no mira atrás, sabiendo que, si lo hace, perderá todo su dominio.

En el camino de vuelta, solloza sin poder controlarse. Finalmente llega a casa.

Despierta al cabo de un rato. Fuera aún está oscuro. Recoge lo que puede y lo mete rápida y silenciosamente en su coche. Solo coge lo que necesita para sobrevivir por ahora, a sabiendas de que si requiere algo más, puede comprarlo o mandar a buscar sus pertenencias. Para cuando ha terminado

ya es de día y hay gente rondando por la casa. Creed baja las escaleras, frotándose los ojos de sueño, y se queda helado cuando ve a Otter cargando el coche.

—¿Qué coño estás haciendo? —le pregunta Creed con recelo—. ¿De quién es la ropa que llevas puesta?

Otter trata de actuar con indiferencia, pero suda por fuera y vocifera por dentro.

—¿Qué te parece que hago? —dice—. Me marcho.

—¿Te marchas? —casi grita Creed—. ¿Adónde vas?

—He aceptado ese empleo en San Diego, Creed. Y baja la voz.

No mira a su hermano porque sabe que no podrá soportar el reproche en sus ojos.

—Me dijiste que lo habías rechazado —replica Creed acusadoramente—. ¿Por qué coño vas si lo rechazaste?

Y eso es lo que Otter dijo a Creed, porque es lo que había hecho. ¿Sabéis?, cuando Otter descubrió que mi mamá nos había abandonado, rechazó el trabajo al día siguiente sin dudar. Creía que su sitio estaba a mi lado y que entonces le necesitaba más que nunca. Pero como sabía que lo único que hacía era confundirme más, le pareció que lo mejor era dejar la mayor distancia posible entre nosotros. Llamará al estudio por el camino para averiguar si el empleo aún está disponible. Si no, conseguirá otro. Es listo. Tiene un título. Lo logrará. De algún modo.

—Es mejor así —dice a Creed.

—¿Cómo es mejor? —grita Creed, perdiendo el control—. ¿Cómo puedes mirar al Chico y prometerle que te quedarás aquí si te vuelves y te das el piro? Ya nunca más confiará en nadie, ¡y será por tu jodida culpa!

Otter no dice nada, solo porque teme que Creed tenga razón. Pero eso no le disuade. Cree que es mejor para el Chico y para mí. De hecho, solo piensa en mí, y eso le avergüenza aún más. No quiere otra cosa que poder ser sincero con alguien. Quiere explicarle cómo se siente. Pero no puede ser Creed. Se imagina cómo resultaría esa conversación, hablándole a su hermano de todas las cosas que desea poder hacer por mí, conmigo, a mí. No cree que esa conversación fuera demasiado bien.

Como si adivinara lo que le pasa por la cabeza, Creed brama:

—¿Qué hay de Bear? ¿Estás dispuesto a abandonarle como hizo su mamá? ¿Qué clase de hijo de puta eres, Otter? ¿Quién crees que eres?

—Es mejor así —es cuanto puede decir.

El alboroto hace bajar a sus padres, y todo vuelve a empezar. Al final, su papá tiene arrugas marcadas en el rostro, su madre está llorando y Creed ni siquiera se digna mirarle. Cree que es así como recordará a su familia y, sin saber por qué, eso cimienta aún más su decisión. Se planta torpemente frente a ellos, esperando que alguien diga algo más, pero por lo visto no les queda nada que decir. Se despide de su mamá y su papá, que le dejan irse a regañadientes. Cuando se acerca a Creed, el odio que ve en sus ojos casi le hace retroceder. Le abraza con brusquedad y le susurra al oído: «Tienes que velar por ellos, ¿de acuerdo? Tienes que hacerlo porque yo no puedo.» Cree que se ha acabado hasta que Creed se aparta de él, escupe en sus zapatos, se vuelve y se aleja. Se queda mirando como un bobo la saliva coagulada. No dice ni una palabra más a nadie, da media vuelta y se marcha.

Casi ha salido de Seafare cuando de pronto tiene náuseas. Se apresura a parar el coche en el arcén y vomita, vomita hasta que no le queda nada dentro. Mientras vacía el contenido de su estómago solo puede pensar en mí, preguntándose si ya estaré despierto o si Creed me habrá llamado. No sabe que Creed está demasiado cabreado para poder decir nada, ni que yo no despertaré hasta media hora más tarde. Se limpia la baba que le cuelga de los labios, vuelve a subir al coche y se aleja.

El trayecto le lleva dos días, y Otter pasa por varias fases de ira, remordimiento, rechazo. Pero básicamente reproduce dentro de su cabeza el beso una y otra vez. En un motel de Redding, California, se hace una paja pensando en el contacto de nuestros labios. Se masturba pensando en lo que nunca será. Antes de correrse, susurra: «Bear», y acto seguido el orgasmo comienza en los dedos de los pies y le recorre todo el cuerpo. Grita y cierra los ojos, y lo único que ve es a mí. Es como si le embrujara y ningún exorcismo pudiera librarle de mí.

Llega a San Diego y se aloja en casa de un amigo que conoce de la universidad. Se pone en contacto con el estudio y tiene suerte: la plaza aún está vacante. Parecen extrañados de recibir noticias tuyas y se extrañan todavía más cuando dice que está en la ciudad. Le ofrecen el empleo y le dicen que se presente al día siguiente para formalizar los papeles. Sus amigos quieren salir y ofrecerle una fiesta de bienvenida, pero él declina aduciendo que tiene que empezar a buscar piso. Asienten y le hacen sugerencias, y más tarde, cuando está solo, a oscuras, tendido en el sofá tratando de dormir, coge su teléfono, selecciona mi número e intenta llamarme. Se queda mirando el móvil durante lo que parecen horas, pero no consigue reunir el valor suficiente. Ni siquiera sabe qué diría si le respondiera. Suspira y apaga el teléfono.

Transcurren unas semanas. En ese tiempo, Otter encuentra un bonito apartamento, empieza a trabajar y conoce gente nueva e interesante. Se compra el Jeep ofreciendo su Chrysler como parte del pago. Descubre que en su bonito apartamento hay cucarachas. Se broncea. Va a un bar gay. Tiene sexo con alguien que se me parece. Se siente culpable. Hace una sesión fotográfica para una revista. Fotografía absolutamente de todo. Hace amigos. Va de excursión. Y a correr. Y a andar. Hace todas estas cosas y estas cosas configuran la persona en la que se está convirtiendo, pero no deja de pensar en mí. Una noche reúne el valor suficiente y marca mi número. Le palpita el corazón, le hierve la sangre, el teléfono llama y le sale mi buzón de voz. Cree que no debería haber esperado otra cosa, pero se sorprende de lo agradable que resulta cuando menos oír mi voz en el mensaje del buzón. Vuelve a llamar, a sabiendas de que no responderé. «Has llamado al teléfono de Bear. Ahora no puedo atenderte; déjame un mensaje e intentaré llamarte más tarde. Pero seguramente me olvidaré. Adiós.» Se mece hacia delante y hacia atrás.

Unos días después, Creed le llama. Es la primera vez que hablan desde que se marchó. Creed sigue muy enfadado, pero está más dispuesto a hablar ahora que ya ha transcurrido cerca de un mes. Charlan sobre San Diego, el trabajo de Otter y la gente que ha conocido. Creed le cuenta sus planes de acceder a la facultad en otoño y los últimos preparativos que está haciendo. Hablan durante unos minutos más hasta que se produce un alto en la conversación y ambos esquivan el tema que queda por mencionar. Otter es el primero en ceder, y solo porque es como una picazón en la cabeza que le insta a rascarse.

—¿Cómo está Ty? —pregunta despreocupadamente con voz inexpresiva.

—Bien, supongo —responde Creed—. En realidad no le he visto mucho desde que te fuiste.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

Creed suspira.

—No he llamado para pelearme contigo.

Esto pillá desprevénido a Otter.

—No creía que lo hicieras —dice, confuso—. ¿Por qué tenemos que pelear? Solo te he preguntado por qué no has visto a Ty.

Creed suspira de nuevo.

—Es por eso que nos pelearíamos. —Se le apaga la voz—. No he visto mucho al Chico ni a Bear porque ahora mismo están descolocados. Has descolocado al Chico de lo lindo, Otter. Ahora se asusta de todo.

Otter respira entrecortadamente.

—Y Bear —continúa Creed—. Otter, Bear nunca lo reconocerá, pero sé que tu marcha le ha afectado más que la desaparición de su mamá. Sigue fingiendo que todo va bien, pero le conozco demasiado para tragarme sus chorradas. Es como si una parte de él hubiera muerto. Deberías tratar de llamarle.

—¡Lo he hecho! —exclama Otter, sorprendido de que le salga un grito—. ¡Lo he hecho y no ha contestado!

—¿Le culpas a él?

Otter no lo hace. Hablan unos minutos más, pero no acerca de Ty ni de mí. Cuando Creed cuelga el teléfono, Otter lanza el suyo a la otra punta de la habitación y se deja caer sobre la cama. Se queda dormido y sueña, y en su sueño estoy de pie junto a él y se siente dichoso, pero es como si fuera un fantasma porque haga lo que haga o diga lo que diga, yo no respondo. Se despierta a solas.

Ahora que ha establecido contacto con Creed, considera que ya puede volver a llamar a los suyos. Durante los siguientes meses trata de darles satisfacción. Charla con sus padres, que se alegran de saber de él. Les habla de su trabajo, de las celebridades que ha llegado a conocer, de las fiestas a las que le han invitado. No le preguntan si ha conocido a alguien y él tampoco lo menciona. Su condición de gay siempre ha llevado a conversaciones incómodas, y no quiere tener una ahora. Cree que es mejor no decir nada. Ellos parecen estar de acuerdo. Él quiere a sus padres y ellos le quieren a él, pero piensa que ese amor no hará nada más por todos ellos.

Llama a Anna, quien le suelta de buenas a primeras que si llama para sonsacarle información sobre mí ya puede olvidarse. Dice que estoy muy dolido con él, pero que si quería saber algo más tendría que haberme llamado personalmente. Él no le dice que ha intentado llamarme muchas veces. No le dice que es casi un ritual diario oír mi buzón de voz. No le dice que sueña conmigo casi cada noche, y en ese beso, ese beso que no debería haber sucedido y que duró solo unos segundos, pero que aún le calienta el corazón cada vez que piensa en él. No le cuenta nada de eso, pero cuando ella le pregunta por qué parece tan triste, contesta sin pensar: «Creo que he perdido mi única oportunidad de ser feliz.» Esto lo desalienta aún más, y aunque Anna le pregunta a qué se refiere, Otter se niega a decírselo y cambia de tema.

Tras despedirse de Anna, entra en su dormitorio, se sienta en el borde de la cama y contempla la fotografía que descansa sobre su mesilla de noche. Es una foto ampliada en color dentro de un marco caro. Es la única instantánea que tiene en su apartamento. Fue tomada en otoño del año pasado. Una gran tormenta provenía del océano. Otter había ido con Creed y conmigo a la playa para ver cómo llegaba. Creed había regresado corriendo al coche para coger su chaqueta, y yo me había quedado de pie entre Otter y el océano. El cielo era una extraña superficie borrascosa de color anaranjado, verde, azul y negro, mis cabellos se agitaban al viento y tenía una amplia sonrisa en la cara. Me volví a mirar a Otter, y justo cuando mis ojos le encontraron, sacó la foto. Es la misma que contempla ahora.

Unos días después habla con Ty. Anna le hace un canguro mientras yo estoy trabajando. Al principio el Chico se muestra vacilante y receloso de hablar con Otter. Esto le entristece, pero sabe que el único culpable es él. Entonces dice algo que hace reír al Chico, se levanta la tensión y Ty no tarda mucho en charlar alegremente de todo. Otter deja que hable sin parar y cierra los ojos, contento de oír la voz del Chico. Por último le pide que le ponga con Anna. Ty le dice que Anna ha salido de la habitación, de modo que tendrá que ir a buscarla. Antes de que pueda evitarlo, dice al Chico que espere y le pregunta por mí.

—Está muy triste —dice el Chico en voz baja—. Pero es un secreto.

—¿A qué te refieres? —pregunta Otter.

—Está siempre triste, pero no quiere que nadie lo sepa. Ni siquiera quiere que yo lo sepa, pero lo sé. Ojalá no estuviera triste, Otter.

Otter se tapa los ojos.

Pasan los meses. Trabaja. Juega. Bebe. Come. Folla. Le gusta su trabajo. Detesta su trabajo. Está contento. Está triste. Cree que está perdiendo el juicio. Cree que no ha estado nunca más cuerdo.

Aquellas primeras navidades no va a su casa porque considera que no está preparado. Ha dejado de llamar tan a menudo a mi teléfono. Ahora solo lo hace para recordar cómo es mi voz. A veces mira la foto junto a su cama. A veces la mete en un cajón y la deja allí durante días. La Navidad llega y pasa. Año Nuevo llega y pasa. Brinda por el futuro con unos amigos, y todos van enunciando sus buenos propósitos. Cuando le toca a él, se inventa una chorrada sobre no beber tanto, a lo que todos responden levantando las copas y riendo, pero por dentro decide olvidarme, seguir con su vida. Se dice que no hay necesidad de suspirar por un chico, y aunque una vocecita le regaña por eso, sabiendo perfectamente que yo no soy solo «un chico», su determinación es firme, y comprende que es el único camino.

Un día de junio, se sorprende al comprobar que ya lleva más de un año aquí.

De repente es el Día del Trabajo, y asiste a una barbacoa en casa de uno de sus clientes. Se divierte, pero está algo aburrido. Se dispone a despedirse cuando la anfitriona le presenta a alguien. Otter está sentado y, cuando se levanta, se encuentra delante de un chico muy guapo. Se llama Jonah, es alto y fornido, tiene el pelo negro y los ojos azules y dispone de casa propia. Resulta que tiene treinta años y trabaja en una agencia de publicidad. Posee un perro labrador de color chocolate llamado *Moxie* y le gusta ir en moto. Es muy listo y atractivo. Se pasan el resto de la velada hablando.

Tienen su primera cita unos días después.

Es el 23 de diciembre y Otter lleva a Jonah, que regresa al este para pasar las navidades, al aeropuerto.

—¿Seguro que estarás bien aquí solo? —le pregunta Jonah.

Otter se encoge de hombros.

—No estará tan mal. Tengo que acabar unas copias, y he prometido a unos amigos que iré a cenar a su casa.

Jonah se muestra preocupado.

—Pero ¿por qué no vas a casa? Estoy seguro de que a tu familia le gustaría verte. Y podrás ponerte en contacto con tu amigo. ¿Cómo se llamaba? ¿Tiger?

—Bear —dice Otter.

De repente quiere ir a casa y mirar mi fotografía. La ha trasladado de la mesilla de noche a su armario porque no creía que Jonah lo entendiera. No ha contado a Jonah qué sucedió entre él y yo y no cree que llegue a hacerlo nunca. Sabe que, con el tiempo, podría querer a Jonah. Lo cree de veras.

—Pues Bear —dice Jonah, moviendo la mano con un gesto de desdén que irrita a Otter—. Deberías verles a todos. A fin de cuentas es Navidad.

Está observando a Jonah mientras entra en la terminal cuando decide que tiene razón. Lleva demasiado tiempo fuera. Vuelve a casa precipitadamente y compra un billete de avión *on-line*. Es caro y no sale hasta el día de Navidad, pero merece la pena. Saca mi foto del armario, se sienta en el suelo y se queda mirándola hasta que la pesadumbre que siempre anida en su corazón remite, solo un poco. Se siente como si engañara a Jonah, pero no puede evitarlo. Estar con Jonah le ha hecho sentirse como si me engañara a mí, aunque para empezar yo nunca fui suyo. Se ve a sí mismo como un monstruo.

Mientras conduce hacia el aeropuerto, le invade un entusiasmo nervioso. Cuando está en el avión, le invade un pavor silencioso. Cuando el avión aterriza, le invaden ingentes dosis de pánico. Mientras conduce el coche de alquiler, está aterrorizado del todo. Cuando accede al camino de entrada y ve mi coche, está a punto de desmayarse. Cuando abre la puerta de la cocina y me ve solo, tiene la impresión de que le he estado esperando. No puede menos que sonreír. No vacila. Deja caer la bolsa, corre hacia mí y me echa los brazos al cuello. Inhala y siente mi cuerpo contra el suyo, y nota que mis brazos empiezan a subir a su alrededor. Ya está empezando a pensar en regresar, y no entiende por qué diablos me dejó. Sabe que todavía salgo con Anna, y sabe que nunca me tendrá como él querría, pero por lo menos puede estar cerca de mí. Cree que todo irá bien. Entonces me aparto de él, siente como si le hubiera atizado una patada en los huevos y no sabe qué hacer.

Me sigue hacia la salita y trata de pensar en algo que decir. Para cuando se le ocurre algo ingenioso, se encuentra en la salita y allí están sus padres, felizmente sorprendidos, para abrazarle. Creed se levanta y le da alegremente unos golpecitos en la espalda. Ty pega un brinco, Otter lo coge con los brazos extendidos y le hace dar vueltas. Otter me mira, pero yo no le correspondo. Tengo la mandíbula tensa y el ceño fruncido, me pasan demasiadas cosas por la cabeza, y él no puede concentrarse con claridad. Durante toda la velada me hace preguntas que paso por alto o contesto a cualquier otro. Al final lo deja y se queda mirándome. Nadie nota nada extraño. Otter cree que es

culpa suya que me haya vuelto tan frío. Es por su culpa que he cambiado.

A lo largo de la semana tiene la sensación de ir montado en una montaña rusa sin poder bajarse. Por la mañana se despierta convencido de que ese va a ser el día que podrá verme. Por la noche se acuesta desalentado. Llega la mañana y todo vuelve a empezar. Ve a Anna cuando va a su casa y está contentísimo de ver a Ty con ella. Espera con expectación que aparezca yo, pero no lo hago. Entonces todavía no sabe que no volverá a verme en un año y medio más.

Dos días después habla con Jonah por teléfono. Jonah se alegra de que Otter decidiera ir a casa a pasar las fiestas. Jonah le dice que arde en deseos de verle. Otter le responde que en Seafare hace frío y llueve. Jonah le confiesa cuánto le ha echado de menos. Otter le habla de una película que quiere ir a ver cuando vuelva. Jonah anuncia que le ha comprado un regalo de Navidad que le encantará. Otter se dispone a decirle que debe irse, pero se frena. Piensa de nuevo que podría querer a ese hombre si le diera una oportunidad. Piensa que podría encontrar cierta apariencia de felicidad si se lo permitiera. Intenta volver a meterse en la conversación, pero está cansado y no tiene ganas. Jonah percibe algo en su voz y le pregunta al respecto.

—No es nada. Solo que estoy cansado —dice Otter.

Ahora tiene jaqueca.

—¿Has podido ver a tu amigo? —pregunta Jonah—. ¿Al que vive con el chico?

—¿Qué? Ah, sí. Le vi. Hace unos días —contesta Otter, deseando que Jonah deje de hablar.

—¿Cómo está?

—Bien. Está bien.

Y lo estoy, y él lo sabe, y le duele. No porque quisiera verme sufrir, sino porque no puede atribuirse ningún mérito de mi situación actual. A fin de cuentas, es él quien huyó.

—¿Otter? —pregunta Jonah—. ¿Tú...? —Vacila—. ¿Llegaste a salir con él?

Otter se echa a reír con aspereza.

—No. Es heterosexual. ¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé. Cada vez que hablas de él tienes un tono extraño en la voz, y debo de haberlo supuesto.

Jonah parece aliviado, y a Otter le resulta extraño. Pero abre la boca y de repente se sorprende a punto de explicarle lo que ocurrió realmente entre nosotros. Pronuncia la primera palabra, pero luego se detiene. Parpadea, confuso. ¿Por qué se ha parado? ¿Por qué ha empezado? Piensa que no se lo contará a Jonah ahora porque aún no confía del todo en él. Cree que no dirá nada porque no importa. Pero en el fondo conoce la verdadera razón. No se lo dice a Jonah porque es un secreto, nuestro secreto, y para Otter eso es casi empalagosamente romántico.

Llega el día en que Otter debe volver a casa. Está agotado porque se ha pasado toda la noche anterior intentando escribirme una carta. Hay distintas versiones: algunas son hojas y hojas de divagaciones y otras son una frase larga. No parece que le salga nada. Por fin consigue algo que le deja satisfecho. No es perfecto, pero no quiere parlotear. Dice:

Sé que estabas dolido y que tienes muchos motivos para estar enfadado, pero debes saber que no ha pasado ni un solo día sin que pensara en ti y en Ty. Quizá sea ese mi castigo, saber que estás saliendo adelante y saber que no he tenido nada que ver con ello. Por si sirve de algo, estoy orgulloso de ti, por haberlo hecho tan bien a pesar de que la gente haya roto las promesas que te

hizo.

Fue bonito volver a verte, aunque solo fuera un momento. Me alegro de haber tenido por lo menos eso. Te he echado de menos, papá Bear.

Cree que dice todo lo que quería expresar. Cree que dice todo lo que él no puede decir. Cree que parece una carta de amor. Cree que ha escrito demasiado. Cree que no ha escrito lo suficiente. Cree que suena ridículo. Cree que nunca será leído.

Cree que parece una despedida.

Lleva a Ty a casa. En parte querría irse mucho más pronto para poder subir y obligarme a hablar con él. No lo hace, temiendo qué diría yo, temiendo qué diría él. Se dice que no haría eso, no delante de Ty. Así que espera, saliendo lo bastante tarde para darle tiempo de dejar a Ty y llegar al aeropuerto. Observa a Ty mientras sube la escalera, levanta el limpiaparabrisas de mi coche y deja allí la carta. Se detiene un momento, deseando que yo abra la puerta de golpe, baje la escalera y me arroje a sus brazos diciendo: «Por favor, Otter. Por favor, no vuelvas a dejarme. Quédate conmigo y prométeme que no te irás nunca más.» Sacude la cabeza, se sube al coche y se marcha. Devuelve el coche a la agencia de alquiler de vehículos. Se sube a un avión. Este despega. Luego aterriza. Baja del avión. Fuera hace sol.

Ocho días después, él y Jonah tienen su primera pelea. Han tenido un par de riñas triviales en los últimos meses, pero siempre se han resuelto pronto. Otter está en su dormitorio, contemplando mi foto, maldiciéndose por ser tan débil. Desde que ha vuelto de Oregón, esa antigua tristeza tan conocida se ha vuelto aún más predominante. Se ha pasado la última semana teniendo escalofríos. Vuelve a suspirar y no oye la puerta principal al abrirse. No oye a Jonah hasta que ya está en su habitación. Se sobresalta cuando Jonah dice su nombre y nota cómo se le sonroja la cara mientras se apresura a meter la foto en el armario.

—¿Qué haces? —le pregunta Jonah—. ¿Por qué estás sentado en el suelo?

Otter se levanta y trata de sonreír, pero advierte que es una sonrisa falsa.

—Nada. Solo estaba mirando... cosas. ¿Qué haces aquí?

Jonah se encoge de hombros.

—He salido temprano y quería saber si tenías hambre. He intentado llamarte, pero no has contestado. La puerta estaba abierta cuando he llegado. ¿Qué era esa foto?

—No es nada.

—¿Estás seguro? —pregunta Jonah con voz preocupada—. Pareces disgustado.

—Vamos a comer —propone Otter, evitando la mirada de Jonah. Cierra la puerta del armario y le da a Jonah un fugaz beso en los labios—. Concédeme un momento para lavarme.

Pasa por su lado, entra en el baño y cierra la puerta. Se mira en el espejo. Tiene la cara pálida y los ojos inyectados en sangre. Se dice que tiene que ordenar su vida. Se dice que debe madurar. Se lava la cara. Se cepilla los dientes. Se peina. Cuando ha terminado tiene mejor aspecto, pero no se siente mejor.

Sale del baño y se queda helado cuando ve a Jonah de pie frente a su armario. La puerta está abierta, y tiene mi foto en las manos. Entonces una sensación sombría se apodera de Otter al ver la fotografía en poder de otro. Es un sentimiento de celos, de posesividad. Casi se abalanza sobre Jonah

y le arrebató la foto de sus sorprendidas manos. Jonah retrocede al ver la expresión de Otter.

—No toques eso —le gruñe Otter.

—¿Quién es? —inquire Jonah—. ¿Por qué parecías sentirte tan culpable cuando he entrado?

—¡No es asunto tuyo quién es! —le grita Otter—. ¡Y no me sentía culpable!

Jonah cruza los brazos y se planta desafiante delante de Otter.

—¡Has hecho como si yo fuera tu mamá y te acabara de pillar haciéndote una paja! —dice irritado—. ¡Entro y encuentro a mi novio mirando la foto de otro tío y luego tratando de esconderla!

Otter está furioso.

—¡Yo no trataba de esconder nada!

Jonah niega con la cabeza.

—Desde que volviste de Oregón te has estado comportando como si hubiera muerto alguien. ¿Qué diablos te ocurrió allí? ¿Tiene que ver con él? —pregunta, cogiendo la foto de las manos de Otter.

Jonah ignora lo cerca que está de ser noqueado. El primer instinto de Otter es darle un puñetazo en la cara a Jonah. Levanta el brazo a media altura y está a punto de impulsarlo hacia atrás cuando se frena. «No puedo hacer eso —piensa, horrorizado por su brazo levantado—. No soy esa clase de persona. ¿Qué coño estoy haciendo?» Deja caer el brazo al costado. Sigue enfadado, pero ya no tiene ganas de pelea. Siente cómo una conocida oleada de desesperación empieza a dominarle, y quiere que Jonah se vaya para poder dormir. Está cansado y dolido y no está de humor para encargarse de nadie.

Pero Jonah aún no ha terminado.

—¿Es ese chico? —pregunta, y Otter tuerce el gesto—. Lo es, ¿verdad? ¡Es ese chico de tu ciudad!

—¿Y qué pasa, si lo es? —replica Otter con cautela.

—¿Te acostaste con él cuando regresaste? —inquire Jonah con voz severa.

—No —contesta Otter, deseando que Jonah se marche—. Ya te lo dije, es heterosexual.

Jonah deja la fotografía sobre la cama y empieza a pasearse por la habitación.

—Ya me he enterado de eso —dice Jonah con amargura—. Jodidos heterosexuales que no quieren tener nada que ver contigo después de que les has hecho una mamada. ¿Es eso lo que te hizo ese capullo?

Otter se está moviendo antes de darse cuenta. Se coloca delante de Jonah. Aprieta los dientes y hace todo lo posible por no arrancarle la cabeza.

—Él no es así —espetea Otter—. No vuelvas a hablar mal de él.

—¿Y si lo hago, qué? —le grita Jonah—. ¿Me darás una patada en el culo? ¿Qué diablos te hizo?

—¡Nada! ¡No hemos hecho nunca nada! —brama Otter, y se le quiebra la voz—. Nunca hemos hecho nada.

La expresión de Jonah se ablanda notablemente.

—Y ese era el problema, ¿no? —dice despacio.

Entonces se revienta la presa y Otter ya no puede contenerse. Le habla a Jonah de la primera vez que supo que había sentido algo por mí y lo mal que le había sentado. Yo tenía dieciséis años y él,

veinticuatro, y me había quedado en casa de Creed a pasar la noche cuando sus padres estaban fuera de la ciudad. Creed se emborrachó como un tonto y no tardó en quedarse dormido en el sofá de la salita. Otter y yo permanecemos levantados toda la noche, hablando de todo y de nada. Dice que hubo un momento en el que yo trataba de encontrar una respuesta a una pregunta que él ya no recuerda. Me había inclinado hacia delante, con la cabeza apoyada sobre mis manos y el ceño fruncido en una expresión concentrada. Otter afirma que no fue hasta que estaba en la cama más tarde, reproduciendo mentalmente la conversación, cuando lo entendió. Yo había dejado de ser como un hermano pequeño a sus ojos.

Explica a Jonah esto y más. Pero no le cuenta lo del beso, porque sigue siendo algo suyo y mío y de nadie más. Cree que será así mientras viva. Sabe que nunca seré suyo, y sabe que quizá no volverá a verme nunca, pero por lo menos tiene ese recuerdo.

Jonah guarda silencio durante mucho rato después de que haya terminado de hablar. Su rostro es una máscara. Por último pregunta si deberían romper. Otter sabe que sí, porque no puede prometerle nada a Jonah. Pero se permite ser egoísta. Abraza a Jonah con violencia y le suplica que no se vaya. Jonah se estremece contra él y dice que se quedará, aunque sabe que no debería hacerlo. Otter no le suelta durante largo rato.

La semana después, guarda la fotografía en un guardamuebles que alquiló cuando llegó a la ciudad. Le da un beso antes de irse.

Al cabo de seis meses, se muda a vivir con Jonah.

Está contento. El trabajo va bien. Jonah es genial. La vida es bella. Está muy bronceado. Tiene buenos amigos. Disfruta del sexo. Gana mucho dinero. Tiene un novio cojonudo. Su vida es rica. No podría pedir nada más. Habla con Anna y Creed de vez en cuando, no pregunta por mí ni nadie le dice nada. Pero está bien. Ya no piensa tanto en mí. Aún sigo en sus pensamientos, pero es un ruido blanco en el fondo de su cabeza. Esto no le preocupa. El equilibrio funciona. Se dice que lo está haciendo funcionar. Se dice que tiene que funcionar.

Todo es bueno y estupendo durante algún tiempo. Y luego cesa.

Se siente insatisfecho con su oficio. Siempre se ha considerado un artista. Sabe que hace un trabajo genial, como muchos le han dicho. Es muy humilde con su talento, pero sabe que tiene capacidad para ser aún mejor. También sabe que en ocasiones los artistas no alcanzan el objetivo final que se han marcado. Unas veces es demasiado ambicioso; otras, no es posible. Empieza a entenderlo mientras revisa los proyectos que tiene en marcha en distintas fases de desarrollo. Todos son una mierda. Hay que desecharlos todos. Tiene que volver a empezar de cero. Cuando lo intenta, comprueba que ya no le quedan ideas. No tiene inspiración. Todo lo que toca es soso, es mundano, es aburrido.

Jonah empieza a hablar de anillos, compromisos y «para siempre». Circulan rumores de que California pronto legalizará el matrimonio gay. Jonah no lo propone explícitamente en ningún momento, pero la intención está ahí, y Otter se sorprende esperando como un loco que los enlaces homosexuales se prohíban. Quiere encontrar una papeleta de voto y votar en contra. Quiere localizar a algún juez que esté considerando la cuestión y protestar delante de su oficina. Quiere sumarse a todos los conservadores para procurar que los gais no puedan casarse nunca. Se plantea afiliarse al

Tea Party. Trama toda clase de conjuras. Empieza a perder su interés por el sexo, pero no pasa nada porque últimamente Jonah trabaja mucho, y de todos modos no parece que le interese tanto.

Esto continúa durante meses. Otter cree que se está volviendo loco.

Es entonces cuando comienza la verdadera locura.

Se encuentra en el trabajo, estudiando las copias para una promoción que está ayudando a sacar a través de la empresa de Jonah. Nada ha salido como él quería. Maldice por lo bajo y se frota los ojos. Nota que le sobreviene una jaqueca. Está a punto de coger el teléfono y llamar a Jonah cuando alguien pasa andando por delante del estudio. Hay gente circulando por la acera durante todo el día, y por lo tanto no sabe por qué esa persona le llama la atención. No lo sabe hasta que se fija en ella. Estaba llamando por teléfono y un segundo después se le cae al suelo, donde se hace trizas. Sale disparado hacia la puerta de la calle, con el corazón palpitando y los pensamientos invadiéndole la mente. Acaba de verme, ¿sabéis?, acaba de verme pasar por delante de la puerta. No es ninguna coincidencia, y lo sabe. Si estoy allí, en San Diego, pasando por aquel sitio concreto, es que estoy allí por él. Abre la puerta de golpe y mira frenéticamente a su alrededor. Me ve alejarme calle abajo. Grita «¡Bear! ¡Bear!» mientras corre. La gente se lo queda mirando mientras se abre paso. No le importa. Estoy aquí, y todo irá bien.

Todo esto se acaba cuando alcanza a la persona en cuestión. No soy yo. Ni siquiera se me parece. Tres semanas después, vuelve a ocurrir lo mismo.

Y otra vez, y otra, y otra.

Otter se cree enfermo. Va al médico. Le hacen muchas pruebas. Le entuban, le pinchan, le hacen radiografías, escáneres y resonancias magnéticas, le analizan sangre y orina. Al cabo de dos semanas le dicen que está perfectamente sano, cuando menos físicamente. Trata de creérselo, pero yo soy uno de los paramédicos que han pasado como un rayo por su lado cuando acudía a su cita con el doctor.

Cree que quizá no sea más que una obsesión malsana. Acude a un terapeuta. Este lo examina y pregunta si se ha planteado hacer yoga. O meditación. O tomar Xanax. Dicen a Otter que debe relajarse. Le dicen que está proyectando. Le explican que debe reducir las tensiones a las que se somete en su vida. Le dicen que se tome unas largas vacaciones.

Él y Jonah van a pasar una semana en Florida. Yo soy el que les atiende en la recepción del hotel. Soy el botones. Soy el taxista, el camarero, el transeúnte que pasa por su lado. Al final de esa semana, a comienzos de marzo, Otter empieza a pensar en volver a casa.

Dos semanas después, Otter se encuentra en el guardamuebles de alquiler. No ha estado allí en más de un año. Abre la puerta, y la fotografía está allí donde la dejó. La coge y se la lleva a casa. La esconde dentro de una caja en el armario. La saca cada vez que se siente triste. La saca cada vez que está contento. Se pregunta si la culpabilidad de los últimos tres años no le estará pasando factura. Cree que es la culpabilidad lo que le hace verme por todas partes. No es posible que siga experimentando por mí los mismos sentimientos intensos de antes. Cree que solo necesita cerciorarse de que estoy bien. Cree que debería ir a casa a pasar unas semanas, solo para compensar. Ahora habla con Creed y con Anna con más frecuencia, y le dicen que estoy bien siempre que él pregunta, pero necesita comprobarlo por sí mismo.

Un día de mediados de mayo entra en casa y encuentra a Jonah sentado a la mesa de la cocina,

con *Moxie* a sus pies. Mi fotografía descansa sobre la mesa. Otter se queda paralizado un momento antes de acceder a la cocina. Acaba de anunciar en el estudio que necesita tomarse algún tiempo libre. Ellos lo llaman un permiso de ausencia. Él lo llama una evasión de la realidad. Todavía no le ha hablado a Jonah de sus intenciones, pero estaba seguro de que ya se le ocurriría algo. Ahora, según parece, ya no tendrá que hacerlo.

Estalla una pelea, y es épica. Hay gritos, llantos, acusaciones, besos, reconciliaciones, súplicas, lágrimas, cólera y amargura: todo un abanico de emociones. Jonah dice a Otter que se acostó con alguien de su oficina tres meses atrás, y que ha estado buscando el modo de decírselo. Afirma que no significó nada. Dice que ahora ya no se siente tan mal, sabiendo que Otter también le engaña. Puede que sea con una foto, un recuerdo o un sentimiento, pero no deja de ser engañar. Otter le responde que se vaya al infierno. Jonah dice que lo siente y que le quiere. Otter le cree. Otter incluso quiere a Jonah a su manera. Cree que Jonah es un buen hombre y que no es culpa suya que se viera envuelto en esto. Así se lo dice a Jonah, y este parece calmarse hasta que Otter saca sus maletas y procede a llenarlas. Entonces empieza a suplicar, pero Otter ya ha trazado su rumbo. Jonah le pregunta adónde va. Otter contesta que no lo sabe. Le asegura que no viene aquí para intentar estar conmigo, sino para compensar la tempestad de mierda que ha provocado. Da un leve beso al lloroso Jonah antes de subir al Jeep y marcharse. Antes de irse, se asegura de que la fotografía está bien resguardada dentro de su equipaje.

En el trayecto a Seafare se toma su tiempo. Ensayo qué dirá. Prepara todas mis reacciones. Se le ocurren varias refutaciones. Está contento. Está triste. Le sabe mal por Jonah y hasta le llama el tercer día después de irse. Le responde el buzón de voz, pero no pasa nada. Le deja un mensaje, pero no dice «Te quiero» al final. Otter deja California de camino hacia Oregón y no sabe si volverá.

«Y esto es lo que sucedió. Regresé, y ya conoces el resto. Ví que te iba bien. De hecho, te iba más que bien; te iba cojonudamente. No me necesitabas aquí, y nunca llegué a disculparme como quería. Siento haberte dejado, Bear. Siento que hayas tenido que soportar los últimos tres años cuando yo habría podido estar aquí para hacértelo más llevadero. Siento un montón de cosas. No sé qué es lo que estamos haciendo ahora mismo, y ni siquiera sé si durará, pero no quiero ir a ninguna parte otra vez a menos que estés conmigo. No creía que aún sintiera esto. Pero ¿quieres saber en qué momento volví a darme cuenta de todo? ¿Cuándo te miré y tuve la sensación de que la lucha por ti era todo lo que he conocido nunca?

»Fue cuando me lanzaste mi carta. Sacaste tu cartera y me echaste esa maldita carta a la cara. Me dije que era estúpido pensar así, que tal vez la conservabas como un recordatorio del daño que te había hecho. Pero una parte de mí no podía evitar... albergar esperanza. Aunque no resulte nada de esto, te quiero en mi vida. Dondequiera que vayas, quiero estar allí. Te he echado de menos, papá Bear. ¡Dios, cuánto te he echado de menos! Y no quiero volver a hacerlo nunca más.»

Me acaricia el pelo. Su corazón late en mi oído. Subo y bajo sobre su pecho cada vez que respira. Me incorporo y miro fijamente el verde dorado de sus ojos. Él es el primero en apartar la vista. Se mira las manos. Extiendo un brazo y le levanto la cabeza. Enjugo una lágrima. Se inclina

sobre mi mano y me besa la palma. Pienso que esto es un sueño. Me he quedado dormido mientras él hablaba y esto es un sueño.

«La lucha por ti era todo lo que he conocido nunca», me ha dicho. Esto es un sueño. Es un sueño.

Subo mi otra mano y le sostengo la cara entre ambas. Él cierra los ojos.

«¿Puedes hacerlo? —pregunta la voz—. ¿Puedes controlar todo esto?»

—Otter —digo en voz baja—. Mírame.

Lo hace.

Le beso.

Que Dios me ayude.

En que Bear guarda secretos

Muy bien, todos lo vimos venir.

Esto no significa que resultara más fácil.

Me despierta el sonido de un teléfono llamando cerca de mi oído. Tengo la cabeza confusa y la cama está caliente, y no deseo otra cosa que ese jodido teléfono enmudezca para poder volver a arrebujarme debajo de las sábanas y seguir durmiendo. Pero no lo hace. Sigue tocando una canción que no he oído nunca. ¿Cuándo la he puesto en mi teléfono? Saco el brazo de debajo de las sábanas a ciegas, finalmente encuentro el desagradable objeto, lo abro y me lo llevo al oído.

—Más vale que sea importante —gruño.

—¿Bear? —dice una voz, aparentemente sorprendida.

—Sí, ¿qué? ¿Quién es?

—Soy Creed.

Estiro las piernas y noto algo contra mí, pero no abro los ojos. Es demasiado bonito mantenerlos cerrados.

—Creed, ¿por qué coño me llamas tan temprano? —me quejo enérgicamente.

Se muestra extrañado.

—Esto... no, tío, no te llamaba a ti. Llamaba a Otter. ¿Por qué contestas su teléfono? —pregunta, y una mano cae suavemente sobre mi costado.

Abro los ojos de golpe, y dormir es lo que más lejos queda de mi mente.

—¿Bear? —oigo que dice una vocecilla a mi oído—. ¿Tío?

Miro al otro lado de la cama. Mi movimiento ha retirado las sábanas y Otter está tumbado junto a mí. Está tendido boca arriba, con la cabeza vuelta de costado, de cara a mí. Tiene los ojos cerrados y no le preocupa nada del mundo. Su mano sigue plantada sobre mi muslo, caliente y dura a través del tejido de la ropa que llevo puesta. Su ropa. No puedo menos que mirarle, fuerte, alto, bronceado y... y...

—¿Bear?

—Esto... ¿sí? —digo con voz ronca, tratando de mantenerla baja.

—¿Qué estás haciendo? —inquiere Creed—. ¿Por qué tienes el teléfono de Otter?

«¡Oh, Bear! —dice la voz entre risas—. ¡Me muero de ganas de ver cómo sales de esta! ¿Qué vas a decirle? ¿Qué su hermano se ha desnudado en CUERPO y ALMA para ti? ¿Qué cuando ha terminado, no habías estado nunca tan jodidamente excitado en tu vida? ¿Qué aunque te asustaba lo que significaba, que aunque has pensado una o dos veces que su obsesión confesa te haría pedazos, que incluso más allá de todo eso no has podido evitar gemir al notar sus GRANDES Y FUERTES

BRAZOS envolviéndote y al sentir cómo empezaba a CHUPARTE la LENGUA...?»

—Yo... estaba aquí porque... Otter quería prepararle el desayuno a Ty —consigo articular por fin.

Hasta a mí se me antoja una pobre excusa.

—Es muy pronto —dice Creed—. Otter nunca se despierta antes de las diez a menos que tenga que hacerlo.

«¡Maldita sea, Creed! —exclamo para mí—. ¡Cierra la boca y créete todo lo que diga!» Soy presa del pánico. Quiero despertar a Otter de un puntapié y pedirle que me ayude. Quiero colgar el teléfono, coger a Ty y salir corriendo de aquí. Quiero dejarlo con la señora Paquinn, ir a casa de Anna y suplicarle que vuelva a aceptarme. Quiero follarla hasta saciarme para poder dejar de sentir cómo se me pone dura al notar el contacto de Otter. Quiero que Otter regrese a San Diego y vuelva con su estúpido novio, al que no he conocido nunca pero no soporto. Quiero pedirle a Anna que se case conmigo, que después tengamos una casa e hijos y envejeczamos juntos, para no tener que recordar nada de esto, y si lo hago, lo evocaré con afectuoso desdén, sabiendo que no fue más que una etapa.

«¡Oh, oh! —grazna la voz alegremente—. ¿Problemas en el paraíso ya? ¡Y eso que las cosas marchaban muy BIEN! Pero, oye, ¡sigue mintiéndote de ese modo, papá Bear! Los dos sabemos que no deseas otra cosa que volver a acurrucarte debajo de las sábanas, estrechar tu cuerpo contra el suyo y olvidar cómo gira el mundo. Pero tú sigues pensando en casarte, en hijos y en un futuro que nunca será. ¿De qué sirve vivir si nunca juzgas a posteriori NINGUNA DE LAS DECISIONES QUE TOMAS?»

—Supongo que quería levantarse pronto —digo con voz débil.

Creed se ríe en mi oído.

—¿Significa eso que has logrado que deje de estar abatido?

«Podría decirse algo así...»

—Pues sí —gruño—. No creo que tengas que seguir preocupándote.

—¡Ese es mi chico! —grita a través del teléfono—. No sé qué has hecho, pero gracias a Dios has hecho algo. Ya no me siento tan mal por no volver a casa cuando dije que lo haría.

—¿Qué? —digo, escuchando a medias.

Intento sacar la pierna de debajo de la mano de Otter sin despertarle. No me sale demasiado bien, por cuanto él dobla el brazo alrededor de toda mi pierna y la abraza suavemente contra su pecho.

—Voy a quedarme aquí unos días más —anuncia Creed, del todo ajeno al hecho de que su mejor amigo está parcialmente atrapado debajo de su hermano mayor—. Ha aparecido otro amigo mío, así que no volveré hasta el viernes. Solo quería llamar para asegurarme de que las cosas marchan bien. Parece que lo tienes todo controlado.

—Sí —contesto, resignado—. Aquí todo va genial.

—Bien —dice, riendo—. Pues ya te veré cuando regrese, ¿vale? Avisa a Otter de cuándo llegaré a casa, para que no me lo encuentre follando con algún tío en el suelo de la salita.

Se me enciende el rostro. Trato de imaginarme algo así, a sabiendas de que seguramente no es el mejor momento para hacerlo. Anoche nos lo habíamos montado hasta el punto de que empecé a

preguntarme qué pasaría si le quitaba la camiseta a Otter, pero me había contenido. Otter lo había respetado y parecía conformarse con estar a mi lado. En realidad no he pensado detenidamente en la... mecánica... de cuáles podrían ser los siguientes pasos. Me pasan por la cabeza imágenes a toda velocidad, y me noto la boca seca.

—Claro —digo, tratando de sacar de mis pensamientos a Otter desnudo—. Se lo haré saber.

—Gracias, tío.

Estoy a punto de colgar cuando Creed pronuncia mi nombre con excitación.

—¿Qué? —digo, irritado.

—Procura que la señora Paquinn se haga cargo del Chico el último sábado de agosto. Antes de que me vaya daremos un fiestón como jamás se ha visto en Seafare. He invitado a varias personas a venir a la ciudad, y me imagino que podría ser una especie de último despedote antes de que deba volver y hacerme adulto.

—Eso suena... guay —digo.

—¿Seguro que estás bien? Pareces extraño.

—¿Yo? —chillo—. Oh, estoy estupendamente. No hay nada que me preocupe.

—Si tú lo dices... Cuídate, papá Bear.

Y desconecta.

Suspiro y cuelgo el teléfono. Otter se echa a reír. Me asusta por un momento porque creía que aún dormía. Me suelta la pierna y se vuelve boca abajo, sujetándose el estómago entre risotadas. Le miro enfadado y me cruzo de brazos.

—¿Qué coño es tan gracioso? —pregunto, frunciendo el ceño.

—¿Aquí todo va genial? —farfulla, burlándose de mí—. ¡Parecías a punto de vomitar durante toda la llamada!

Entrecierro los ojos.

—¿Estabas despierto en toda la conversación?

Asiente con la cabeza, enjugándose los ojos.

Le doy un puntapié en la pierna.

—¿Por qué diablos no me has ayudado? —grito.

Levanto la pierna para golpearle de nuevo, pero es demasiado rápido para mí. Tan pronto como suelto el pie, se vuelve ágilmente y me lo aprisiona contra la cama. Me siento fastidiado, así que levanto las manos para apartarle de mí, pero él extiende una manaza, me coge por los brazos y me arrastra hacia la cama. Me pone los brazos a los costados, los inmoviliza con sus rodillas y se sienta a horcajadas sobre mi estómago. Sucede tan deprisa que no me da tiempo a reaccionar. Me sonrío con malicia, su intención manifiesta en el rostro. Le lanzo una mirada feroz, con una expresión de desprecio en los labios. Inclina la cabeza a un lado.

—¿Aquí todo va genial, Bear? —dice a través de su sonrisa.

—¡Quítate de encima, Otter! —exclamo.

Trato de retorcerme y zafarme de él. Es inútil. Es demasiado grande, y el movimiento de nuestras caderas tampoco favorece precisamente mi causa.

—Yo también te deseo buenos días —dice, arqueando las cejas.

Se inclina hacia delante hasta que su cara queda suspendida a escasos centímetros de la mía. No me muevo, no queriendo ser el que demuestra debilidad. No perderé esta partida. Su nariz toca la mía y me distrae de lo que está haciendo en realidad, y cuando sube la mano y empieza a hacerme cosquillas se me saltan los ojos y me pongo a chillar como una chica. Se me queda la mente en blanco y trato de liberarme. Le grito con estridencia, pero es en vano. Sigue con su rostro cerca del mío, y hago lo único que puedo hacer: me levanto, le aprisiono el labio inferior con los dientes y tiro de él sin mucha delicadeza. Otter deja de hacerme cosquillas en el acto y no se mueve. Ladeo un poco la cabeza, amenazadoramente.

—¿Vas a parar? —pregunto a través de un bocado de Otter.

—Depende de lo que hagas a continuación —dice.

Aprieta su cara contra la mía y me toma la boca en la suya. Le devuelvo el beso al mismo tiempo que se encienden las alarmas dentro de mi cabeza. Tuerzo un poco el gesto, pues ambos sabemos como si hubiéramos hecho gárgaras con animales muertos, pero él introduce la lengua en mi boca, mis manos buscan su espalda y frotan aquel paisaje por encima de la camiseta. Se tiende sobre mí y puedo notarle duro contra mi pierna. Encuentro el sitio donde se le ha subido la camiseta desde el culo, mi mano toca piel desnuda y mi cerebro se cortocircuita de nuevo cuando deslizo un dedo vacilante bajo la cintura de su pantalón corto.

—¿Bear? —llama una vocecita desde el otro lado de la puerta cerrada.

Mi mano se para en seco. Abro los ojos como platos, y Otter se vuelve rápidamente hacia un lado. Se ciñe la sábana en torno a la cintura, pero no antes de que pueda verle la polla perfilada a través de su pantalón corto, dura y prominente contra la tela. Bajo la mirada y veo el mismo efecto en mí, y él también. Dispone de un breve momento para mirarme con avidez antes de que se abra la puerta y aparezca el Chico. Me pongo el edredón sobre el regazo antes de que vea demasiado.

—¿Qué pasa, Ty? —digo, y me sale una voz profunda y áspera.

Ty salta a la cama y se sienta en un extremo.

—¿Volvíais a pelearos, chicos? —nos pregunta acusadoramente—. Bear, me has despertado con tus gritos.

Me sonrojo y aparto la mirada.

—Esto... no —balbuceo, apartándome todo lo que puedo de Otter sin caerme de la cama—. Otter estaba..., estaba...

No sé cómo terminar. Podría estar en posesión del ecoterrorista vegetariano en ciernes de nueve años más listo del mundo, pero hay cosas que no deberían decirse ni siquiera a él. Sobre todo cuando ni siquiera sé qué diablos estoy haciendo.

El Chico me mira con expectación, y abro la boca para inventarme algo cuando Otter acude en mi rescate.

—Le estaba haciendo cosquillas —dice muy serio.

Le lanzo una mirada que le advierte que le patearé el culo más tarde, y él se encoge de hombros y exhibe su sonrisa torcida.

Ty se ríe.

—Por eso Bear parecía una chica —le dice a Otter—. Siempre le pasa cuando le hacen

cosquillas.

Miro a los dos con el ceño fruncido y se ríen un poco más de mí. Otter extiende un brazo y revuelve el pelo al Chico, y Ty le dedica una sonrisa tan bonita que dejo que mi pseudocólera se esfume. Os reto a seguir enfadados cuando tenéis un falso hijo que sonrío así y un tipo acostado a vuestro lado que, hasta hace dos minutos, os hacía cosas que jamás se os habían pasado por la cabeza.

Ty salta de la cama y se encamina hacia la puerta.

—Me voy a ver la tele. Me gustaría comer unos gofres como acompañamiento —nos dice cuando se marcha.

—¡Están haciendo dibujos! —grita Otter a su espalda.

—¿Dibujos? —pregunta el Chico, incrédulo—. Otter, ya tengo nueve años, no soy un niño pequeño.

Otter me mira con indignación.

—¿Qué esperabas? —le pregunto—. Ahora tiene nueve años.

Sonríe y me tiende los brazos, pero vuelve a sonar su teléfono. Gruñe cuando se lo paso. Empiezo a seguir a Ty y ya casi estoy en la puerta cuando le oigo levantarse de un salto de la cama. Me coge de la mano, me hace girar y me besa otra vez.

Suelto un bufido y me aparto.

—¡El Chico está despierto! —le susurro.

Otter pone los ojos en blanco y una sombra atraviesa fugazmente su semblante, sin que yo pueda identificar de qué se trata. Se la sacude y muestra una sonrisa torcida. Cuando se lleva el teléfono al oído, dice «Me debes una», mientras me hinca suavemente un dedo en el pecho. Contesta al móvil, y me dispongo a volverme para irme cuando veo que la sonrisa desaparece rápidamente de su cara.

—Ah, hola —dice al teléfono—. ¿Qué pasa?

Me ve aún de pie en la habitación, tapa el móvil y dice que bajará enseguida. Asiento, salgo del dormitorio y estoy a punto de bajar las escaleras cuando le oigo decir: «¿Qué quieres, Jonah?» Esto me insta a detenerme.

¿Habéis intentado alguna vez escuchar una conversación telefónica a escondidas? Es jodido. Solo oyes una parte, y querrías poder ver a la persona que está al otro lado. No porque quieras saber qué aspecto tiene ni nada, sino porque deseas poner una cara a un nombre. Oyes que la persona que tienes cerca dice cosas como: «¿Por qué lo dices?» y «Jonah, no sé de qué me estás hablando», y lo único que puedes hacer es imaginarte qué le dicen para hacerle responder de esa manera. Tampoco sirve de mucha ayuda que empieces a sentir algo curiosamente parecido a los celos, que te corroe por dentro como si fuera ácido. Tratas de hacerle frente y desterrarlo, pero pierdes, y te envuelve por completo. Cierras los puños, aprietas los dientes y oyes que aquella persona dice: «¿Y qué esperas que haga?», y piensas: «Espero que cuelgues el teléfono, y ese pensamiento te asusta porque no sabes de dónde ha venido.» La intensidad de esa sensación hace que empieces a inquietarte. Te preguntas por qué no has llegado a estar verdaderamente celoso hasta ahora (aunque en realidad no son celos; todo esto no son más que hipótesis), y comienzas a plantearte si te estarás metiendo en una situación que no puedes controlar, y empiezas a pensar que tal vez las últimas doce horas han sido un gran

error y que la vida iba perfectamente hasta que cierta persona (que resulta estar hablando por teléfono con otra cierta persona) regresó a casa. Empiezas a desconfiar de ti mismo y del ocupante de la habitación contigua, que ahora dice: «¡Nunca he pretendido hacerte pensar así!», y fuerzas una sonrisa al ver la rapidez con que te está ocurriendo todo eso. Jamás lo pediste, ¿verdad? Antes estabas bien. Te iba de puta madre. Y entonces no aciertas a distinguir las siguientes palabras que se dicen, y te acercas un poco más a la habitación, sabiendo que lo que te has perdido era seguramente lo que más te interesaba oír. Cuando ya casi has vuelto a la habitación, te quedas helado porque oyes que el teléfono se cierra de golpe y oyes un suspiro. Entonces te vuelves, avergonzado, y te alejas rápidamente antes de que te pillen.

¿Os habéis encontrado alguna vez en una situación así?

Solo lo pregunto.

El domingo por la mañana, Ty me hace una petición que me pilla desprevenido. Sé que debería habérmela esperado tarde o temprano, pero cuando me lo pregunta, me deja pasmado. Quiero decir que, con todo lo que ha pasado últimamente, creía que distábamos un buen trecho de eso. Y que me aspen si no me duele.

—¿Qué quieres hacer qué? —le digo, sin poder creerme lo que acabo de oír.

Suspira y se sienta en el sofá a mi lado.

—¿Sabes que mañana no tengo escuela porque es un día de calificación para los profesores?

Asiento con la cabeza. Hoy tengo que trabajar hasta más tarde y había previsto llevar a Ty a casa de Otter antes de ir.

—Pues bien, mi amigo de la escuela quiere que vaya a pasar la noche en su casa —explica pacientemente, como si él fuera el adulto y yo, el niño.

—¿Quieres ir? —pregunto pausadamente.

Se endereza en nuestro sofá y contrae el rostro.

—Creo que sí —responde por fin—. Pero si quisiera volver a casa, ¿vendrías a buscarme? —se apresura a añadir.

—Por supuesto —digo con tono hosco—. O yo u Otter, si aún estoy trabajando. —Sacudo la cabeza—. ¿Quién es ese chico? ¿De qué le conoces? ¿Le he visto alguna vez? ¿He visto a sus padres?

Pone los ojos en blanco.

—Sí, Bear. Ya te lo he dicho, es mi amigo de la escuela. Lo conociste a él y a sus padres en mi fiesta de cumpleaños. ¿Te acuerdas de Alex Herrera? Su mamá fue la que te preguntó de dónde habías sacado el castillo hinchable porque quiere uno para su cumpleaños el mes que viene. Dijiste que Alex era muy educado.

Es curioso, lo sé, pero aún no he tenido que afrontar esto. El Chico parecía conformarse con no ir a pasar la noche en casa de otro, ni ir a jugar ni nada de lo que hacen los niños normales. Claro que salía a jugar, pero nunca iba a casa de nadie. Empiezo a creer que esto será mucho más difícil para mí que para él. «¿He llegado a depender tanto de él? —pienso, aturdido—. Siempre he creído que

era al revés. ¿Se sienten así los padres cuando sus hijos se marchan de casa por primera vez? Santo Dios, necesito una vida.»

Antes de darme cuenta estoy hablando por teléfono con la señora Herrera, quien me dice que por supuesto que Ty puede ir a su casa, y que es un niño muy dulce e inteligente. Se pregunta en voz alta por qué el Chico y Alex no se han quedado nunca uno en casa del otro, y le digo que Ty no come carne y que si necesita algo me llame. O llame a Otter. O a Anna. O a Creed. Ty parece avergonzado cuando pido a la señora Herrera que me repita los números de teléfono. Ella dice que sí, que sabe el número del centro de intoxicaciones. Sí, sabe que no debe dejar a Ty ir solo a la playa. No, está convencida de que no se esperan lluvias, pero si llueve no le dejará salir de casa. Sí, está segura de que no necesito preparar ninguna comida vegetariana especial. Me dice que no, que no conoce la reanimación cardiopulmonar, y estoy a punto de decirle que la de hoy no es una buena noche, tal vez otro día, cuando Ty me propina un puntapié en la espinilla. Entonces anuncio a la señora Herrera que lo dejaré de camino al trabajo.

Obligo a Ty a llevarse el cargador de la batería para que pueda recargar su móvil por si necesita llamarme por algo. Dice que lo tendrá cargado por si yo necesito llamarle por algo. Preparamos su bolsa, meto cuatro mudas y él me mira con el ceño fruncido y saca algunas. Me aseguro de que se lleva su cepillo de dientes (y dentífrico, hilo dental, elixir bucal, Tylenol infantil, tiritas y pinzas). Me detiene cuando preparo un Tupperware lleno de granola de almendra porque no me perdonaré que pase hambre porque lo único que sirven es costillar de cordero en salsa de cerdo acompañado de carne picada. Me lleva al sofá y mantiene otra charla conmigo. Me siento con las manos en el regazo y asiento.

Cuando no mira, meto la granola en la bolsa.

—¿Estarás bien? —pregunta cuando salimos del aparcamiento de nuestro edificio.

Me miro en el retrovisor y veo lo pálido que estoy.

—¿Y tú? —replico; no me gusta su expresión divertida.

—Estaré bien, papá Bear —contesta serenamente—. Pero aunque decida quedarme toda la noche, ¿podré llamarte antes de acostarme?

Sonrío, digo que sí y ambos nos relajamos. No es hasta más tarde que me percató de que lo ha dicho más por mí que por él.

—¿Qué harás esta noche? —me pregunta cuando llegamos al barrio de su amigo—. Probablemente no deberías quedarte solo.

Suelto un bufido.

—¿Me tomas el pelo? —le digo—. Es mi primera noche sin que tenga que estar pendiente de ti. Saldré a divertirme.

Me mira con complicidad.

—Deberías ir a casa de Otter —sugiere mientras mira a través de la ventanilla—. Así sabré dónde estás y sabré que estás bien.

—¿Qué estoy bien? —le pregunto, estupefacto—. ¿Por qué no debería estarlo?

Guarda silencio un momento, y me dispongo a preguntárselo de nuevo cuando dice:

—Ya sé que estarás bien. Pero sé que estarás mejor si te encuentras con Otter. —Vuelve a

mirarme—. ¿Tiene sentido?

Niego con la cabeza.

—Explícamelo.

Sinceramente, desconozco qué le pasa por la cabeza. Sé que no es posible que sepa lo... ya sabéis, lo nuestro (es decir, lo que estoy haciendo con Otter), pero también sé que es más perspicaz que nadie que haya conocido. Siento curiosidad por ver de qué se ha enterado.

Suspira.

—Hice prometer a Otter que te cuidaría —me dice—. ¿Recuerdas cuando nos quedamos a dormir en su casa hace un par de noches? Fue entonces cuando se lo susurré al oído.

—¿Por qué le pediste eso? —pregunto, optando por no decirle que ya lo sabía.

—Porque sí, Bear. Tú me has cuidado prácticamente durante toda mi vida, y yo aún no soy lo bastante mayor para cuidarte. Otter, sí.

Paro el coche delante de la casa de los Herrera. Aparco, cojo al Chico por la nuca y aprieto mi frente contra la suya. Él canturrea alegremente y juega con mis dedos.

—Me has cuidado muy bien —le digo en voz baja—. Más que nadie en el mundo.

Me sonrío.

—Lo intento —dice con seriedad—. Pero Otter...

Se interrumpe.

—Pero Otter ¿qué? —insisto con delicadeza.

Se encoge de hombros.

—Otter te hace sonreír. Ya sé que yo también —se apresura a decir cuando abro la boca para interponer—. Pero has estado triste mucho tiempo, y yo no podía averiguar por qué, y después lo supe.

—¿Y qué supiste, Chico?

Me mira de un modo extraño, como si no tuviera que preguntárselo.

—Estabas triste —dice— porque Otter se había ido. Pero ahora ha vuelto, y ya no estás triste. Y eso me hace esperar que no vuelva a marcharse nunca.

Sonrío tristemente a mi pequeño adulto y le beso la frente. Su amigo abre la puerta principal de la casa y la señora Herrera nos saluda con la mano detrás de él. Ty se desabrocha el cinturón y coge su bolsa del asiento trasero del coche. Abre la puerta, dice hola a su amigo a gritos, me sonrío por encima del hombro y se marcha. Le veo correr hacia la puerta principal, se vuelve y me dice adiós con la mano, y yo le devuelvo el gesto con frenesí. Entonces entran y la puerta se cierra. Arranco el coche y me alejo, sintiéndome extrañamente solo. Mi teléfono emite un zumbido, avisándome de que tengo un nuevo mensaje de texto del Chico.

«te quiero papá Bear»

—¿Que el Chico te ha pedido pasar la noche en casa de un amigo? —me pregunta Otter horas después, cuando hago un descanso—. Vaya. ¿Cómo lo llevas?

Me cambio el teléfono de oído y doy una patada al suelo.

—¿Qué quieres decir con cómo lo llevo? —digo con amargura—. Nunca he estado mejor. Evidentemente.

Suelta una risita en mi oído.

—Eso parece. —Se interrumpe durante un momento antes de decir—: Quizá sea una buena señal, Bear. Quizá por fin empiece a confiar en el mundo otra vez.

Sé que le cuesta trabajo decir eso, porque ambos sabemos que él es un motivo importante de que el Chico perdiera esa confianza. No es todo culpa de Otter, por supuesto, pero no hay duda de que no ayudó. Se me ocurren seis cosas malas que decir, pero lo dejo. Debo de estar haciéndome mayor.

—Supongo que tienes razón. —Suspiro—. Pero creía que esto no pasaría hasta que tuviera por lo menos treinta años.

—Es bueno que pase ahora —me dice con delicadeza—. Creo que empezará a ser él mismo. Pero tú... tienes que dejarle.

—¡Ya lo sé! —exclamo, más irritado de lo que pretendía—. He querido esto más que nada en los últimos tres años, ¿sabes? Que él estuviera bien. Pero ahora que está ocurriendo... no lo sé. Creo que va demasiado deprisa. ¿Y si pasa algo? ¡No estaré allí para cerciorarme de que está bien!

Otter respira hondo.

—Bear, no puedes estar siempre pendiente de él para todo. Los dos tenéis que poder hacer vuestras cosas. Ni siquiera has tenido la oportunidad de hacer estupideces como la mayoría de la gente de tu edad.

—¡Yo no necesito hacer estupideces! —replico—. Estoy muy a gusto haciendo lo que he estado haciendo durante los últimos tres años. Nos ha mantenido vivos hasta ahora, ¿no?

Comienzo a respirar con dificultad, acusando la negrura de la desesperación. No digo a Otter que no he podido concentrarme en todo el día. No le he dicho que he mirado mi teléfono cada minuto durante las últimas cuatro horas. No le digo que ya he llamado a casa de los Herrera y he hablado con la señora Herrera, quien me asegura que todo va bien. Sé que Otter tiene razón: en realidad no he tenido la oportunidad de hacer nada. He estado tan atado cerciorándome de que Ty estuviera bien que no me he concentrado nunca en lo que quiero. Sí, ha habido momentos en los que he experimentado pequeñas oleadas de resentimiento, pero he aprendido a contener esos sentimientos antes de que puedan significar nada. Pero aun así... ahora que por fin tengo la oportunidad de hacer algo por mi cuenta (aunque solo sea por una noche), ¿por qué deseo que todo vuelva a ser como antes?

—Bear, solo está en casa de un amigo suyo —dice Otter, mostrándose divertido y exasperado a la vez—. Creo que estará bien. Y sé que tú estarás bien.

Sacudo la cabeza. Una vez más, la gente no lo entiende.

—Supongo —murmuro.

Le oigo sonreír a través del teléfono.

—Así pues, ¿qué vas a hacer esta noche?

No había pensado en ello. Se me presenta una velada entera sin obligaciones, sin que tenga que preocuparme por el bienestar de otra persona. Me estremezco cuando siento la soledad mordisqueándome los talones.

—No lo sé —digo a Otter malhumoradamente—. Supongo que me iré a la cama y trataré de

dormir un poco.

Bufa en mi oído.

—Solo lo he preguntado por educación. Me ha parecido descortés pedirte que vengas aquí cuando salgas del trabajo.

—No lo sé, Otter. No creo que fuera una compañía demasiado agradable esta noche.

—¡Bear! —me brama, y hago una mueca—. ¡No me vengas con sandeces!

—Mi casa queda más cerca del sitio donde está Ty si necesita algo —pretexto—. Me sentiría mejor si tuviera por lo menos eso.

—Muy bien —responde—. Entonces iré yo a tu casa.

—Otter... —murmuro, a punto de decirle que no.

Pienso que solo estoy aparentando, porque existe un hambre intensa y sombría que se ha apoderado de mi mente. Es la idea de que Ty no esté conmigo. Es la idea de quedarme solo por una vez. Es la idea de no tener que guardar silencio o preocuparme por lo que el Chico está haciendo en la habitación de al lado. Este anhelo me atraviesa de parte a parte, y hago bien poco por sofocarlo. Me siento mal, avergonzado y sucio, pero no puedo pararlo. Me vienen a la cabeza pensamientos espontáneos y me sonrojo de lo lindo, dando gracias a que nadie puede leerme los pensamientos y ver lo depravado que soy. Lo horrible que soy. Cómo me comporto como un... lo que sea.

—No aceptaré un no por respuesta —gruñe Otter en mi oído, lo cual no ayuda a aplastar el monstruo que ruge dentro de mis entrañas.

Me siento mareado y me preguntó qué me pasa.

«A ver si lo adivinas —dice la voz dulcemente—. Sin embargo, creo que ya hemos superado eso, ¿no? ¿Por qué no haces lo que sabes que quieres hacer? Siempre habrá lugar mañana para el remordimiento. Pero hasta entonces...»

Pienso de forma incoherente en demonios y sus lenguas plateadas.

—Está bien —digo dócilmente.

Otter exhala en mi oído, y suena bien.

—Iré a tu trabajo antes de que salgas y cogeré algo para cenar —me dice alegremente.

—¿Vas a prepararme la cena? —digo, esforzándome por no sonreír como un idiota—. ¿Otra vez?

Le oigo reír.

—Te veré dentro de unas horas.

—Está bien.

—Eh —dice.

—Eh, tú.

—Estoy orgulloso de ti. Lo sabes, ¿verdad?

Y cuelga.

Pongo los ojos en blanco y devuelvo el teléfono a mi bolsillo. Extiendo los brazos, pienso más cosas inconcebibles y tengo que obligarme a parar. No creo que andar por ahí con la polla dura sea demasiado conductivo a una buena atención al público.

Me dispongo a levantarme cuando veo un coche conocido entrando en el aparcamiento. Ordeno a mis piernas que se muevan, sabiendo que es una estupidez porque tendré que verla sea como sea. Mis

piernas no obedecen. Me sujeto a los bordes de la mesa y me obligo a levantarme, con lo que me golpeo las rodillas contra la barra metálica que hay debajo. Siseo de dolor y vuelvo a sentarme. Me dispongo a intentarlo de nuevo cuando ella baja del coche y se lleva la mano a la frente para protegerse los ojos del sol. Me mira directamente, y desde mi posición puedo ver que Anna vacila.

Solo han pasado unos días desde que la vi por última vez, pero me parece una eternidad. Había estado tan ensimismado en mi sufrimiento por Ty que ni siquiera se me había ocurrido consultar el horario para ver si Anna trabajaría esta noche. Camina despacio, como si ambos estuviéramos pensando que tiene que pasar por mi lado para entrar en el establecimiento. Me digo que estoy haciendo el tonto, que volveríamos a vernos otra vez, que solo era cuestión de tiempo. Por todos los santos, trabajamos juntos. Me quedo mirándola un momento antes de bajar los ojos y encontrar una peca interesante en mi brazo derecho que merece toda mi atención. Tengo pensamientos deslavazados sobre cómo, en cuanto me vea la cara, lo descubrirá todo. Le bastará una mirada y lo verá allí escrito, como si tuviera un rótulo de neón encendido en la frente proclamando que soy un MARICA, que he estado haciendo MARICONADAS y que voy a hacer MARICONADAS OTRA VEZ. Gimo para mis adentros y me paso las manos por la cara. Pienso que quizá, cuando las retire, ella habrá desaparecido, dentro del supermercado o fuera del planeta. Francamente, no sé qué sería mejor.

Pero no pasa de largo, ni tampoco se esfuma. Se sienta en el otro extremo de la mesa. La oigo crujir, maldigo en voz baja y pongo las manos sobre la mesa. Me atrevo a mirarla y me siento algo envalentonado. No sonrío con desprecio ni retrocede cuando me devuelve la mirada.

—Eh —dice, pareciendo casi tan nerviosa como lo estoy yo.

—Eh, tú —respondo, felicitándome al ver que me sale una voz normal—. Parece que trabajas esta noche.

«Eso ha sonado muy inteligente.»

Asiente con la cabeza.

—Sí, hoy cierro yo. ¿No lo has visto en el horario?

Niego con la cabeza.

—Supongo que no.

Anna juguetea con una de sus uñas.

—Bueno, ¿cómo va?

—Ah, ya sabes... —empiezo a decir.

Y acabo mentalmente: «Ah, ya sabes, lo de siempre. Me he acostado en la cama de Otter dos o tres veces. ¡Oh, no te preocupes! En realidad no hemos hecho nada. Salvo contarnos historias de ti. Y de mí. Y de él. ¿Sabías que me ha estado queriendo mucho tiempo? En realidad se fue porque me necesitaba tanto que le causaba dolor, y creía que estaba proyectando. ¿Te acuerdas de cuando te lo decía a ti? ¿Qué estás proyectando? Pues bien, él también lo creía. Pero en su caso era tan terrible que lo utilizó como excusa para tomar las de Villadiego, pero luego regresó, y todavía no acabo de entender por qué. Ah, y es posible que nos lo hayamos montado. Y es posible que me haya gustado. Y eso después de que tú y yo rompiéramos hace... ¿cuánto? ¿Dos días? ¿Tres? ¿Después de haber estado juntos desde segundo curso? En fin, ya sabes, lo de siempre.»

—Ya sabes —repito—, lo de siempre.

Anna asiente de nuevo.

—¿Eso es bueno o malo?

Me encojo de hombros.

—Ninguna de las dos cosas, supongo —contesto sinceramente—. Es... lo que hay.

—¿Cómo está Ty? —pregunta.

Tiro cuidadosamente de un desconchón en la pintura de la mesa.

—Está bien. Pasará esta noche en casa de un amigo.

Sus ojos se dilatan ligeramente.

—¿Un amigo de la escuela? Caray, Bear. ¿Cómo le has convencido de que haga eso?

Suelto un bufido.

—No le he convencido de nada. Me lo ha pedido él.

De repente una sombra de preocupación se extiende sobre su rostro. Me conoce demasiado bien, y maldigo otra vez.

—¿Cómo lo llevas? —me pregunta en voz baja.

—¿Yo? Oh, estoy bien —digo, tratando de sonreír. Me sale como una especie de mueca—. Sabía que iba a ocurrir tarde o temprano, ¿no?

Ladea un poco la cabeza.

—Seguro que sí —dice despacio—. Pero me pregunto por qué ha decidido hacerlo ahora.

Casi le digo estúpidamente que se debe a que el Chico cree que me siento seguro y feliz ahora que Otter está en casa. Que empiezo a constatar que la única razón por la que empiezo a comportarse como el Chico que es reside en que tiene a alguien que le prometió que cuidaría de mí. No creo que fuera muy bien recibido, así que me limito a decirle que no lo sé.

Pregunta por Creed, y yo pregunto por su mamá. A ambos les va bien. Me dice que ha recibido sus notas de la facultad, y que son buenas. Yo le explico que he introducido comida en la bolsa del Chico para que no pase hambre esta noche. Me cuenta que anoche asistió a una hoguera en la playa con unos amigos suyos. Le digo que debió de ser divertido. Confirma que lo fue. Ninguno de los dos dice nada acerca de Otter ni nada sobre ella y yo, y cuando creo que ya no puedo sentirme más incómodo, Anna mira su reloj y anuncia que debe entrar a fichar o llegará tarde. Le digo que entraré en un minuto. Se levanta y parece querer añadir algo más. La miro con expectación y sé que contestaré a lo que ella diga, pero cambia de opinión, sacude el pelo y entra. No mira hacia atrás.

Cuatro horas más tarde estoy sentado en el despacho principal, intentando rellenar unos papeles para los proveedores de verduras. Esta noche hay poca actividad, y ya he mandado una cajera a casa. Había dicho a Anna que podía irse también si quería, pero me ha respondido que necesitaba hacer horas. Ha aparecido el gerente nocturno, y he aprovechado la ocasión para encerrarme en el despacho y fingir que estaba ocupado. Me he dicho que era porque estaba ocupado, que no pretendía esconderme de nadie, pero una parte de mí mismo me tenía por un farsante. Estoy guardando unos papeles en un archivador cuando oigo una risita relajada a mi espalda.

Me vuelvo y veo a Otter apoyado en la puerta, como suele hacer. Lleva puestos unos vaqueros,

botas negras y una camiseta negra ceñida debajo de una chaqueta de cuero que apenas puede disimular el hecho de que es fornido bajo todo ese atuendo innecesario. Le miro con admiración y pienso que los tíos heterosexuales saben apreciar cuándo otro tío es atractivo, así que no puedo ser tan gay, pero la mayoría no concluye sus pensamientos queriendo ver lo fornido que es un cuerpo sin toda esa ropa.

—¿Qué es tan gracioso? —digo cuando vuelve a reírse entre dientes.

Sonríe.

—Estás muy sexy con un delantal.

Me precipito, siseando. Paso por su lado y miro por encima de sus anchas espaldas, cerciorándome de que no lo ha oído nadie.

—No digas esas cosas —le recrimino, frunciendo el ceño—. ¡Estamos en mi trabajo!

¡Por lo menos yo me había reservado mis pensamientos obscenos!

Arquea una ceja.

—¿Por qué no? Puedes decirles que soy el hermano mayor gay de tu mejor amigo que ha vuelto a la ciudad.

Se levanta el cuello de la chaqueta, saca un peine imaginario del bolsillo de atrás y empieza a pasárselo por la cabeza. Le miro irritado un momento más antes de resoplar con disgusto.

—¿Qué haces aquí? —gruño mientras él cruza los brazos sobre el pecho.

Parece sorprendido.

—Te he dicho que vendría cuando salieras. Te he dicho que cogería algo para ce...

—¿Otter? —dice una voz a su espalda.

Dios me odia.

Él se vuelve y ve a Anna de pie junto a la puerta. No puedo ver su reacción, pero no vacila en avanzar para abrazarla. Ella sonríe, pero no antes de mirarme por encima del hombro de Otter. Esa mirada dice muchas cosas, pero no sé leerlas. Me pregunto, no por primera vez, qué sabe Anna, o cuando menos qué cree que sabe. Procuro no estremecerme al pensarlo.

—¿Cómo estás? —pregunta a Anna.

Gimo para mis adentros. «¿Cómo crees que está? —quiero gritarle—. ¡Hemos roto hace cosa de tres días por ti! ¡Piensa por un jodido segundo!»

Anna me sorprende cuando dice:

—Estoy bien. —Parece sincera. Me lanza otra mirada furtiva y yo aparto la vista hacia la pared, que de repente se ha vuelto muy interesante—. ¿Qué haces aquí? —pregunta a Otter.

Él se encoge de hombros.

—He pensado en pasarme. Estaba por aquí cerca y quería coger algo de comida. Creo que ya me he comido todo lo que había en casa.

Ella se echa a reír y yo me erizo.

—Eso es bueno —le dice—. Estoy contenta de volver a verte, Otter. Me alegro que hayas decidido quedarte algún tiempo esta vez. ¿Has pensado en cuánto estarás aquí?

Otter niega con la cabeza.

—En realidad no había pensado en eso. —Me mira por encima del hombro. Es una mirada

rápida, no dura más de un segundo. Como una especie de guiño—. Supongo que me quedaré todo el tiempo que me quieran.

Anna le mira con los ojos ligeramente entrecerrados.

—Siempre te queremos aquí, Otter. ¿No es cierto, Bear?

Mascullo algo en ese sentido.

—Olvidalo —le dice a Otter—. Se ha pasado toda la noche encerrado en este despacho, tratando de evitarme.

—No te estoy evitando —le espeto—. Tenía trabajo urgente que hacer.

Ella me sonrío con dulzura.

—Claro que sí.

Otter nos mira a los dos y arquea una ceja. Trato de contenerme para no aporrearlos a ambos.

—¿Tienes planes para esta noche? —pregunta Anna a Otter—. Podríamos ir a tomar café o algo cuando salga del trabajo. Ya sabes, para ponernos al corriente.

—¿Otro día? —le pregunta él—. Tengo... cosas que hacer. Pero nos veremos pronto, ¿vale?

Anna sonrío de nuevo y asiente con la cabeza.

—Claro. —Vuelve a mirarme—. Bear, ¿no te marchas? ¿Por qué no acompañas a Otter mientras hace la compra?

Tengo una mano sobre la grapadora, y me dispongo a lanzársela a uno de ellos (no me importa a quién) cuando Anna le da otro abrazo a Otter antes de volverse y alejarse. Otter la sigue con la mirada un momento y después se vuelve hacia mí.

—Bear, deja esa grapadora antes de que te hagas daño —dice, observando mi brazo levantado.

—Anna parece... estar bien —comenta Otter mientras subimos los comestibles por la escalera.

Manejo torpemente las llaves mientras intento abrir la puerta.

—Supongo —murmuro.

Encuentro la llave correcta, abro la puerta y enciendo la luz de la salita. Él entra, deja las bolsas sobre la mesa, se vuelve hacia mí, me coge las bolsas de las manos y las deja junto a las suyas. Entonces me atrae entre sus brazos, y procuro no protestar demasiado. Pongo la cabeza sobre su hombro y me encorvo contra él. Me planta una mano en la parte inferior de la espalda y me rodea los hombros con el otro brazo. Me siento seguro cuando estoy con él así, pero eso es algo que no quiero decirle porque apenas puedo decírmelo a mí mismo. Es una sensación extraña poder estar tan en conflicto con algo, pero esa discordia parece esfumarse tan pronto como me recuesto cómodamente sobre él. Solo llevamos unos días haciendo lo que estamos haciendo, pero no importa. Me siento seguro.

Retrocede un poco.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—¿Sinceramente? —pregunto, y él asiente—. Ha sido un día muy extraño.

—¿Es la primera vez que has visto a Anna desde que rompisteis?

Asiento con la cabeza y me aparto. Me siento a la mesa con cansancio.

—Creo que lo sabe —digo en voz baja.

—¿Qué sabe? —pregunta mientras empieza a llevarse los comestibles.

Vacilo. No había querido decir eso en voz alta. No había querido sacar ese tema, pero este pensamiento me ha estado dando vueltas por la cabeza desde que la he visto. Me había encerrado en el despacho para evitarla, pero no porque creyera que pudiera averiguar nada de mi rostro. Lo he hecho porque sé que Anna puede calarme casi mejor que nadie. Me he escondido de ella para no tener que mirarla mientras me miraba a su vez.

Suspiro.

—Sabe... esto —digo, extendiendo los brazos—. Sabe lo... nuestro.

Otter se detiene, luego saca una lata, la deja sobre la encimera y se vuelve hacia mí con los brazos cruzados.

—¿Por qué lo crees, Bear? —inquieta, con una cara amable y pensativa.

Me encojo de hombros.

—Por ciertas cosas que ha dicho —murmuro.

—¿Tan malo sería que lo hiciera? ¿Que supiera «esto»?

Descargo un puño sobre la mesa, lo que sorprende tanto a Otter como a mí.

—¿Qué es esto? —le pregunto con vehemencia—. ¿Qué estamos haciendo, Otter?

—No lo sé, Bear —contesta sinceramente—. No dejo de preguntarme lo mismo.

Tuerzo el gesto al oír estas palabras.

—¿De veras? ¿Crees..., crees que es algo malo?

Se ríe entre dientes, se agacha y se arrodilla frente a mí. Pone sus manos sobre las mías en mi regazo.

—Eh —dice.

—Eh, tú —respondo incapaz de apartar la mirada, esperando que conteste.

—No creo que sea nada malo —dice muy serio—. Te dije que aceptaría lo que quisieras darme, siempre y cuando, al final de todo esto, siga siendo tu amigo. Eso será siempre una prioridad, y espero que lo entiendas.

—Lo entiendo —le digo—. Pero ¿podrías conformarte con que fuéramos solo amigos? Ya sabes, después de...

Piensa un momento antes de decir:

—Bear, lo creo de veras, sí. Ya te lo he dicho, y pase lo que pase siempre seré sincero contigo.

Esbozo una sonrisa.

—¿Aunque sea malo?

Se ríe.

—Aunque sea malo. Siempre deberías oír la verdad de mí.

—¿Puedo decirte una verdad? —pregunto, respirando hondo. Asiente con la cabeza—. Tengo miedo, Otter. De todo... esto. ¿Y si no sé quién soy? —Aparto la mirada—. No quiero hacerte daño.

—¿Crees que podrías?

—No quiero hacerlo —susurro, sujetándole las manos—. Acabo de recuperarte, y no quiero hacer nada que te predisponga a alejarte. Pero ayer por la noche y hoy he probado una cosa, y me

preocupa.

—¿De qué se trata, Bear?

Se lo cuento. Le explico que anoche, después de asegurarme de que el Chico estaba dormido, encendí el ordenador y me conecté a internet. Le cuento que traté de mirar... tíos y eso. Empecé por gente famosa. Luego entré en páginas de citas y miré fotos de hombres. A continuación pasé a imágenes pornográficas. De tíos haciéndose cosas que jamás se me habían pasado por la cabeza. Finalmente reuní el valor suficiente para clicar en un vídeo y, tras cerciorarme de que el volumen estaba bajo, me puse a verlo entero. Nada. No me excité en ningún momento.

Y hoy, en el trabajo, mientras hacía mi turno y entre mi inquietud por Anna y el Chico, había mirado algunos de los tipos que entraban en el supermercado. Los había bajos y altos, gordos y flacos, más viejos y más jóvenes, musculados y sin músculos. Y ni uno solo de ellos me había llamado la atención. No fue hasta que Otter apareció con el atuendo que llevaba que sentí cierto interés.

Mientras le cuento esto, su expresión permanece inmutable, y deseo abrazarle por eso. Podría reírse, bufar o mostrarse disgustado conmigo, pero no hace nada de eso. No se mueve hasta que he terminado, y aun entonces me mira a los ojos pensativamente, y vuelvo a experimentar ese anhelo, y me pregunto si estoy estropeado, si soy anormal o qué. Estoy a punto de decirlo para improvisar un chiste cuando él se levanta y aprieta sus labios contra los míos. Al principio me siento estupefacto, pero cierro los ojos, subo las manos, tomo su cabeza entre ellas y le paso los dedos por el pelo. Suspiro dentro de su boca cuando se abre, y me explora con su lengua. Noto sus manazas frotándose las piernas suavemente, y entonces se separa de mis labios y besa la línea de mi mandíbula hasta llegar a mi cuello, que mordisquea con delicadeza. Mi espalda se arquea lánguidamente al sentir esa sensación, y estoy a punto de devolverle el favor cuando él se aparta.

—¿Has sentido algo ahora? —pregunta.

Asiento, con los ojos como platos.

—¿Y qué significa eso? —dice mientras me aparta un cabello de la cara.

Vacilo antes de contestar en voz baja:

—No lo sé.

Se sienta en el suelo, cruza sus largas piernas delante de él y se mira las manos, absorto en sus cavilaciones. Me empapo de él mientras puedo. Su pelo rubio está creciendo y le cae sobre la cara. Se lo echa hacia atrás con una de sus manazas. Inspira hondo, y veo cómo su pecho se hincha despacio debajo de la camiseta. El modo en que está doblado ahora mismo le hace parecer menudo, pero sé que es solo una ilusión. Tiene la nariz algo torcida, como su sonrisa, pero eso no empaña su imagen. De hecho, hace que resulte aún más atractivo. Una incipiente barba rubia le recorre las mejillas. No puedo verle los ojos, pero sé cómo son: oro en verde. Estira un brazo y se rasca el codo, y me percato de lo fuertes que son sus brazos, incluso debajo de la chaqueta. Trato de recordar su tacto cuando me rodean. Trato de imaginármelos contra mi piel desnuda. Su mano frotándose suavemente el pecho. Se detendría en mi corazón, solo para sentir cómo late, pero luego seguiría adelante, con un dedo pasando con suavidad (pero no demasiada) por mis tetillas. Percibiría su calor contra mí, y el verde-oro brillaría, y su boca caería sobre la mía, y habría estrellas...

Con un grito entrecortado, me levanto de la silla y caigo sobre él. Más aprisa que nunca (es como si me hubiera esperado siempre), sus brazos suben y se doblan a mi alrededor. Oprimo los labios contra los suyos, y tengo los ojos abiertos, y los suyos están abiertos, y nos miramos, y él se endereza y me atrae más contra sí, y mis manos están aquí, allá, en todas partes, y como no quiero parar me mezo y me estrujo contra él. Jadea un poco y contraataca con renovada energía. Puedo sentirle debajo de mí y de repente estalla en mi interior un dolor, una comezón que exige rascarse. Es casi suficiente para echar a un lado todas mis inhibiciones. Casi. Respirando con dificultad, me siento, con sus brazos descansando en torno a mi cintura, sus garras sobre mi culo. Me mira con los ojos entrecerrados, y no puedo evitar reír a través de mi pánico. Sacude la cabeza para quitarse la confusión de encima y suelta una risita.

—¿A qué venía eso? —pregunta.

Me sonrío agradecido.

Me encojo de hombros, tratando de no hacer caso de lo excitado que estoy.

—Es curioso, Otter. Es evidente que siento algo por ti, pero ¿por qué será que nadie más me provoca lo mismo?

Me estira hacia delante y me besa la nariz. Hace cosquillas y quema al mismo tiempo.

—No lo sé, Bear. Quizá no debería intentar discernir por qué no sientes algo por otros tipos. Significa que te tendré para mí solo.

Gimo y le doy un puñetazo en el brazo.

—Eso no ayuda para nada.

Le miro, y me corresponde con su sonrisa torcida. Sus ojos me demuestran lo que siente por mí y quiero encogerme de miedo, pero me esfuerzo y consigo apartar esa sensación. ¿Cómo puede ser que me haga esto? No es humanamente posible que yo sea... *así* solo para una persona, ¿verdad? No es así como funciona la biología. Pero, por otra parte, no he sentido nunca esta necesidad con nadie. «Ni siquiera era tan intensa con Anna», pienso sombríamente. Es como si Otter hubiera encendido un fuego debajo de mí y después me hubiera dejado al sol. Una vez más pienso en lo que Anna me pidió al término de nuestra pelea y me pregunto si es eso lo que vio. Me ha visto con Otter bastantes veces, pero ¿fue algo que hice? Es evidente que nunca antes había actuado así con él. ¿Cómo podía percatarse Anna? ¿Y por qué no puede hacerlo nadie más?

—Bear —dice Otter, rescatándome de mi ensimismamiento—. Ya vuelves a pensar demasiado. Deja de intentar analizarlo todo continuamente.

Pongo los ojos en blanco.

—Solo pensaba en algo que dijo Anna —respondo casi sin darme cuenta.

Parece que soy incapaz de impedir que mis pensamientos me salgan de la boca por nada del mundo.

—¿Qué dijo?

Me separo de él, me dirijo a la encimera y procedo a desempaquetar el resto de los comestibles. Trato de ganar tiempo, intento inventarme algo en mi cabeza que parezca remotamente plausible, pero sería mentira, y no puedo mentirle por más que me esfuerce. Puedo omitir la verdad, pero sería incapaz de mirarle y ser deshonesto. Daría la impresión de que me tiene dominado, y me sonrojo en

silencio.

Otter se me acerca por la espalda, me quita la comida de la mano y la deja. Me agarro al borde de la encimera y trato de no tambalearme cuando me sobreviene una oleada de vértigo. Sé que, si me lo pregunta, le confesaré lo que ella dijo. Una parte de mí quiere hacerlo. La otra parte, no. Decir cosas para que las oigan los demás no me ha llevado nunca a ningún sitio.

—¿Qué dijo, Bear? —insiste.

«Mierda», pienso. Tengo los nudillos blancos cuando respondo:

—Pues... preguntó si habías flirteado conmigo.

—¿Cuándo fue eso? ¿La última vez que os peleasteis?

No hay recriminación en su voz como me esperaba. Creo que ahora sabe que no se lo conté todo. Arriesgo una mirada, y veo que su cara es amable. Esto me anima un poco.

—Sí. Me preguntó eso y... algo más.

—¿Qué más?

—Preguntó si...

Las palabras se atascan en mi garganta y no sé si puedo seguir hablando. No quiero dejarle helado ni nada de eso. Dos tíos no deberían mantener jamás una conversación así. No debería haber llegado nunca a esto.

«Entonces ¿por qué cuesta tanto, Bear? —susurra la maldita voz—. Si no debería ser así, ¿por qué tienes tanto miedo? ¿Crees que él sentirá asco? ¿Qué saldrá por la puerta otra vez y no volverá? ¿Qué habrás pasado por todo esto para nada? Quizá lo haga; o quizá no. Pero si no preguntas nunca, si no dices nunca lo que hay en tu corazón, entonces más vale que te rindas ahora. Nunca dejarás de ser nadie.»

Intento hacer caso, pero no puedo evitarlo.

—Da igual —digo enérgicamente—. No tiene importancia.

Paso por su lado para ir a ninguna parte más que allí donde estoy, pero me sujeta por el brazo y me detiene en seco. Le maldigo en silencio y procuro no resistirme.

—A estas alturas ya deberías saber que esto no va conmigo —dice con severidad—. Sea lo que sea, podrías decírmelo. Hará que todo esto resulte mucho más fácil.

Suspiro, molesto.

—Otter, ¿no puedes hacerte una idea de lo difícil que es para mí! Tú crees que por el mero hecho de que me he comportado así contigo me resulta fácil de hacer. —Parpadeo furiosamente cuando las lágrimas amenazan con brotar—. Tú no sabes lo que es —prosigo con aspereza— poner en duda todo cuanto he hecho. ¿Esto no tiene sentido para mí! ¿Por qué solo te quiero a ti? Si en teoría soy... eso, ¿entonces por qué no me llama la atención nada más? ¿En qué diablos me convierte eso?

—Ojalá pudiera decírtelo —responde bruscamente—. Ojalá tuviera una explicación para ti que nos dejara satisfechos a los dos. Solo me quieres así, estupendo. Debería hacerme sentir en la cima de este jodido mundo. —Respira entrecortadamente—. Pero no es así. Me hace preguntarme si tenía razón al pensar que te influencié de algún modo. Que yo te he hecho así.

Pongo los ojos en blanco.

—Creo que eso es una solemne tontería.

Suelta una risa temblorosa.

—Ya lo sé —admite—. Pero ¿cuál es la alternativa? Tú no puedes ser... gay para una persona, Bear. No funciona así.

—Yo no soy gay —me apresuro a decir, y acto seguido me siento como un imbécil.

—Nunca he dicho que lo fueras —me tranquiliza Otter—. Tú eres tú. No podría pedir más, ni esperaría menos. Además —añade, riendo entre dientes—, detesto las etiquetas. Tú no necesitas que te etiqueten de ninguna manera.

Pienso mucho, pero solo un momento.

—Si te cuento lo que dijo, ¿podré preguntarte algo?

Asiente con la cabeza.

—Lo que quieras. Ya lo sabes.

Me vuelvo hacia él, no precisamente porque quiera hacerlo, sino por miedo a no ver su cara cuando hable a continuación. Tengo que saber qué piensa.

—Anna me preguntó si habías flirteado conmigo —declaro—. Le dije que no porque en realidad no creía que lo hubieras hecho nunca. Pero entonces me preguntó otra cosa, y es por eso que creo que lo sabe. Por eso te llamó después de pelearnos, porque vio algo en mis ojos o me oyó decir algo que parecía falso.

—Muy bien —dice, sin soltarme el brazo.

—Me preguntó si... —«¡DILLO, GILIPOLLAS!»—. Me preguntó si estabas enamorado de mí.

Me sale de golpe, y me siento bien al decírselo a alguien, al sacármelo del pecho. Solo han pasado unos días y había intentado no darle demasiadas vueltas, pero debía de pasar más tiempo allí del que creía porque enseguida noto que se me quita un peso de encima.

—No sabía qué hacer, así que me acojoné y le grité. Me dijo que mentía. —Ahora me cuesta trabajo respirar, pero no quiero parar, no puedo—. Entonces me preguntó si estaba enamorado de ti, y me sentí presa del pánico, Otter. Me dejé llevar por el pánico. Contesté que no enseguida, y no sé qué significa porque me sentí culpable en el acto, y quise retirarlo porque parecía algo definitivo.

Quiero mirarle, pero no puedo. Todavía no.

—Aún estaba furioso contigo por haberte ido y haber vuelto. Estaba enfadado porque parecía que, aunque habías vuelto, todavía nos peleábamos, y guardaba dentro todo ese odio. No sabía cuánto tiempo te quedarías. No sabía si me despertaría y habrías vuelto a marcharte. No sabía por qué no pudiste contestarme cuando te pregunté por lo que había dicho Anna, que creías haber perdido la única posibilidad de ser feliz. Pensaba que era yo. Pensaba que había hecho algo malo para ahuyentarte de ese modo. Pero ni siquiera entonces pude mantenerme al margen. ¡No me he sentido tan confuso ni tan en conflicto con nada en toda mi vida!

»No dejo de preguntarme qué habría ocurrido si no hubieras vuelto nunca. ¿Y si Otter hubiera decidido no regresar nunca más? Y eso me asusta, porque sé que aún estaría allí donde estaba. No sé si eso es bueno o malo. No estaba tan mal donde me encontraba antes. Quería a Anna. Quiero a Anna. Pero ya no es como antes, aunque han pasado muy pocos días, y eso me afecta. Ella ha estado a mi lado más tiempo que tú, pero aquí estoy, manteniendo esta conversación contigo y no con ella. Estoy triste porque tengo que mentirle. Sé que le importo, pero no sé si podría llegar a entender esto.

¿Cómo podría hacerlo cuando yo mismo soy incapaz?

Oigo gruñir a Otter, y sé que está a punto de intervenir, de interrumpirme y consolarme como hace siempre. Sacudo la cabeza una vez a modo de advertencia, sabiendo que si no acabo ahora, no lo haré nunca. Él suspira, pero no habla.

—Tengo que mentir a Creed. No puedo decirle que me he pasado los últimos tres días embelesado con su hermano. No soporto verle mirarme así. Se sentirá dolido porque creará que no he podido recurrir a él con esto, y tendrá razón. Se sentirá defraudado. Pensará que no he podido confiar nunca en él. Y luego está la parte que te concierne a ti. Tú eres su hermano, y yo soy su mejor amigo. No puedo hacer nada que le haga daño.

Ahora las palabras me salen más deprisa.

—Y luego está el Chico. ¿Te dije que me preguntó si eras gay? Eso es lo que de alguna manera inició toda la riña entre Anna y yo. Le dijimos la verdad, pero ¿cómo puedo decirle eso acerca de mí? Ni siquiera sé qué soy. ¿Cómo puedo esperar criarlo como es debido si ni siquiera me entiendo a mí mismo?

»Y tú. Oh, Dios, todo se reduce a ti. Tú me das más miedo que ninguno de los demás. Me da miedo que ahora me escuches y pienses mal de mí. Me asusta que no sea nunca capaz de darte lo que quieres, que te hayas construido una imagen mental de mí de la que no pueda estar nunca a la altura. Me da miedo que lo entiendas y te marches, y que vuelva a quedarme solo.

Respiro hondo.

—Pero lo que más me asusta de todo es que Anna pueda estar en lo cierto. Me dijiste que te parecía que la lucha por mí era todo lo que has conocido nunca. Pienso mucho en eso y en alguna parte dentro de mí, en algún lugar secreto que solo puedo vislumbrar de vez en cuando, sé que tienes razón. Lo sé porque yo he estado luchando para que volvieras a casa. He gritado, he ansiado y he rezado para que volvieras a casa, y ha llevado mucho tiempo, pero ahora es como si no te hubieras ido nunca, y me cuesta trabajo hacer encajar eso dentro de mi cabeza.

«Díselo —susurra la voz—. Ya has llegado hasta aquí. ¿Qué tienes que perder?»

«Todo», pienso.

—No se lo he dicho nunca a nadie, pero cada vez que me he sentido triste, solo, enfadado o disgustado, rezaba a Dios para que te hiciera volver. Le prometía que haría lo que Él quisiera con tal de que franquearas mi puerta. Tú eras lo único que me hacía sentirme seguro cuando los terremotos amenazaban con tragarme. Necesitaba que regresaras porque cuando no estás aquí no tengo casa. Por eso me enfurecí tanto con Anna, me asustó tanto lo que había dicho. Se había acercado más a la verdad de lo que yo había hecho nunca, y no sabía qué otra cosa hacer.

»No puedo prometerte gran cosa, Otter. Quiero hacerlo, pero no puedo. Puedo prometer que aceptaré esto día a día. Puedo prometer que intentaré contártelo todo. Puedo prometer que trataré de hacerte sentir lo que tú me haces sentir a mí. Quiero que estés seguro y protegido, y quiero ser yo quien lo haga porque a veces, oh, Dios, a veces, la lucha por ti es todo lo que he conocido nunca. Y estoy muy cansado de luchar. Estoy cansado, Otter, pero si tú estás aquí conmigo sé que todo podría ir bien. Sé que puedo dar otro paso.

Me detengo, agotado, exculpado, aterrorizado.

Me arriesgo a mirar a Otter. No veo horror ni compasión como temía. No. Lo que veo es un orgullo apasionado, una mirada desorbitada que me deja sin aliento. Se mueve deprisa y me coge en brazos, y antes de que pueda protestar me lleva por el pasillo hacia mi habitación. Tengo tiempo de pensar en lo extraño que resulta que encaje tan bien donde estoy. Me deja con delicadeza sobre la cama, retrocede, se quita la chaqueta, la echa al suelo y salta sobre mí. Su boca me asfixia, abro los ojos y lo único que puedo ver es él y yo, y somos lo único que queda en el mundo. Su avidez se desborda y me aprieto contra él, le abro la boca con mi lengua y gimo un poco. Estoy harto de esperar y preguntarme, así que cojo el dobladillo inferior de su camiseta y se la saco por encima de la cabeza. Se esfuerza por quitársela y ambos oímos que se rasga, pero no paramos, nos trae sin cuidado, seguimos adelante. Mi camiseta ya no está, ha desaparecido como por arte de magia. Se tiende sobre mí y asalta mi boca otra vez, y huelo a quemado porque los cables vuelven a cortocircuitarse dentro de mi cerebro. Noto su piel tibia contra la mía, luego está caliente y finalmente arde. Jadeo cuando baja la cabeza desde mi boca, me pasa la lengua por el pecho y la agita maliciosamente contra mis tetillas. Echo la cabeza hacia atrás y me agarro a los bordes de la manta.

Entonces hace otro truco, y de repente mis pantalones ya no están y la ropa que había debajo ha desaparecido. Manejo torpemente la hebilla de su cinturón y oigo que alguien susurra: «Te necesito, te necesito», y no sé cuál de los dos es, pero no importa. Sus pantalones bajan y su polla sale disparada como un resorte, y antes de que pueda hacer nada extiende todo su cuerpo contra el mío. Pienso que el frotamiento bastará para volverme loco. Hay muchas cosas que quiero hacer, pero no sé cómo. Extiendo los brazos hacia él, pero me los coge, los inmoviliza sobre mi cabeza y dice: «No, Bear, no. Ahora es para ti. Solo para ti», y asiento, y su boca desciende otra vez, más abajo del pecho, y le pongo las manos en el pelo cuando me besa el estómago, el costado, el hueso de la cadera.

Entonces mi polla está dentro de su boca, y ¿es eso lo que se siente? Oh, Dios, ¿cómo no podía saber que sería algo así? Balbuceo ternezas incoherentes y me adentro más en su garganta. Pongo los ojos en blanco y cuento las estrellas que pasan a toda velocidad, y hay una, y hay dos, y luego hay un cielo entero repleto de estrellas y muy reluciente. Arqueo la espalda de nuevo y digo: «Otter, oh, mi Otter», y entonces él se levanta y vuelve a besarme dulce, maravillosa, dolorosamente. Noto su respiración alterada en mi boca, y la mía es igual, pero no pasa nada porque solo estamos él y yo, Bear y Otter, y en ese momento me trae sin cuidado lo que piense nadie, lo que sepa nadie. No me importa qué ha ocurrido en el pasado ni qué puede suceder en el futuro. Lo único que me importa es sentir su corazón latiendo contra el mío, y pienso en lo curioso que resulta que los dos laten acompasadamente hasta el punto de parecer que somos una misma persona, una misma mente y un mismo todo.

Pero quiero ir más lejos, quiero entrar en él y quedarme allí para siempre, y así lo digo, o cuando menos lo insinúo tanto como mi mente lo permite. Asiente con la cabeza; el sudor le gotea de la frente sobre mi pecho. Lo lame y después me levanta sobre él, se tiende boca arriba y dice algo acerca de su bolsillo, está en su bolsillo. Bajo una mano y encuentro un tubo de algo («¿cuándo ha conseguido esto?»), algo que no conozco porque mi mente está frita y es incapaz de formar ningún

tipo de comprensión. Me produce una sensación fría cuando Otter me lo aplica, lo noto viscoso y efervescente, y mi piel está viva y ruidosa, y él está vivo debajo de mí. Le pongo las manos a ambos lados de la cabeza mientras se recoge sus grandes piernas hacia el pecho. Noto que me sujeta y me guía al mismo tiempo que me sonrío, con la misma sonrisa torcida de siempre, y sé que este es Otter. Este es Otter, y está en casa. Se inclina y me besa con delicadeza, encuentro su lengua, y entonces, de repente, una estrechez me envuelve la polla, y es una sensación caliente, extraña y maravillosa. Presiono despacio porque no quiero hacerle daño, pero él me gruñe, suelta un gruñido grave y hambriento, y empujo hasta que mis caderas topan contra él. Gime, y pongo mi frente contra la suya porque la lucha por él es todo cuanto he conocido, tanto si lo he sabido siempre como si no. Entonces empuja a su vez, y me mezo contra él y él se mece contra mí, y cierro los ojos con fuerza. Y mientras pronuncia mi nombre una y otra vez en mi oído, lo único que veo son nuevamente las estrellas, y todas y cada una de ellas son doradas, y todas y cada una son verdes, porque todas y cada una son del color de sus ojos.

Algún tiempo después (está bien, no mentiré. No es tanto tiempo después; no he durado mucho) estoy tendido sobre él, con la cabeza recostada sobre mis manos cerca de su pecho. Se ha arrimado a la pared que está detrás de mi cama, con su mano otra vez en mi pelo. Me esfuerzo por no pensar en lo que acabo de hacer, en qué me convierte eso, y en su mayor parte lo consigo. Ayuda a ello el hecho de que él me mira, con los ojos llenos de asombro. No puedo evitar sonreír como un idiota, me arde la cara y la hundo contra él, y se ríe bajito. Empieza a hacer frío en la habitación, pero Otter irradia contra mí y suspiro, aparentemente satisfecho por primera vez en mucho tiempo.

—Bueno... ha estado bien —dice, divertido.

—¿Sí? —pregunto, pareciendo un niño esperando un elogio.

—Sí —responde.

Sonrío contra él. Hay un ruido blanco dentro de mi cabeza del que tendré que ocuparme tarde o temprano, pero por ahora guarda silencio. Por ahora, me permite saborear este momento.

—¿Y qué significa eso? —le pregunto.

Y entonces le lamo, con un movimiento rápido de mi lengua.

Se ríe de nuevo, con un sonido estruendoso que noto salir de él.

—Bear —dice con voz pueril—, significa lo que tú quieras que signifique. Podemos instaurar nuestras normas ahora. No tiene que ser nada que ya exista. Somos lo que queramos ser.

Pienso por un momento. «¿Lo que yo quiera que seamos? Ni siquiera sé qué quiero ser yo.» El ruido en mi cabeza se intensifica un poco.

—¿Qué quieres tú que seamos? —le pregunto, tratando de hacer caso omiso de la repentina inquietud que siento.

—Quiero que seamos felices —contesta en voz baja—. Y para conseguirlo, tienes que ser feliz. Con esto. Conmigo. —Sonrío satisfecho—. No puedo obligarte a hacerlo, por más que me gustaría. Puedo oír los mecanismos girando dentro de tu cabeza desde aquí.

Le abofeteo amistosamente, tratando de quitarle importancia, pero me da en qué pensar. «Ahora

hay dos personas que pueden leerme como si fuera un libro abierto», cavilo.

—No lo sé —le digo con cara seria—. Es posible que tengamos que hacer esto un poquito más hasta que me sienta feliz del todo.

Otter pone los ojos en blanco y me levanta hacia su pecho, y yo disfruto alhelado del corto trayecto cargado de frotamiento por su cuerpo. Me besa suavemente y luego me recuesta sobre su hombro, un sitio en el que ya estoy empezando a pensar en quedarme. Es mío.

—Lo haremos hasta que estés satisfecho al cien por cien —me susurra al oído, lo que me provoca escalofríos por todo el cuerpo como hielo fluyendo en mi interior.

Otter canturrea alegremente cuando nota que me estremezco.

Guardamos silencio un rato, solo él y yo, cada uno absorto en sus pensamientos. El ruido en el fondo de mi mente parece haber dejado de aumentar, y lo toco con cautela, probando la temperatura del agua. No se riza tanto como creía, pero aun así no me sumerjo en ella. No lo necesito. Como el océano, hace olas, y la marea aún está baja, pero me lame peligrosamente los pies. Cierro los ojos y lo miro con irritación, deseando que lo que se extendiera ante mí fuera un desierto. Me imagino un viento soplando suavemente a través de mi pelo, pero con él llegan voces inconexas, diciendo cosas como «¿qué estás haciendo?» y «¿es esto lo que eres en realidad?» y «oh, Dios, Bear, oh, Dios mío». Trato de hacer caso omiso de ellas y me concentro en el calor que siento debajo de mí, pero el viento ha traído semillas y, si bien todavía no han germinado, han empezado a echar raíces. Les hago una mueca amarga, enfadado conmigo mismo por dudar de esto, por dudar de él. «¡Él es lo único que tengo! —grito al mar—. ¡Que no se te ocurra quitármelo!» Empiezo a sentirme mejor cuando el océano baja, pero entonces una voz dice: «No seremos nosotros los que te ahuyentaremos, Bear. Muy pronto querrás venir a bañarte, pero no seremos nosotros los que te obligaremos.»

—Eh —dice Otter, rescatándome de mi locura. Levanto los ojos hacia él, tratando de enmascarar mi rostro para que no vea ninguno de mis pensamientos. Me besa en la frente y anuncia—: Ahora tienes que preguntarme algo.

—¿Qué? —exclamo, sin saber de qué habla.

—Has dicho que si me contabas lo que dijo Anna, yo tenía que decirte algo. ¿Qué quieres saber?

«Ah. Eso», pienso. Vuelvo a refugiarme en el recodo de su cuello e inhalo brevemente. Huele a Otter, y es lo mejor que he conocido nunca. Le noto reírse entre dientes cuando mi aliento le hace cosquillas al exhalar. «Adelante —dice el océano—. Adelante, pregúntaselo. Tal vez él te salve de ahogarte.»

Pienso que no haré caso, que le diré que ya le preguntaré algo más tarde. Pero, por supuesto, cuando abro la boca se derrama lo que quería decir realmente. Es mi maldición.

—¿De qué hablasteis tú y Jonah cuando llamó? —susurro contra su cuello, y noto que se tensa.

—Lo oíste, ¿eh? Ya me lo imaginaba —dice con voz serena.

Me separo de él, necesitando verle la cara. Cuando lo hago, me sonrío tímidamente, y su mano vuelve a alisarme el pelo.

—No pretendía hacerlo —me apresuro a decir—. Solo que... mierda. No lo sé. Yo... quería asegurarme de que estabas bien. Vi la expresión de tu cara cuando contestaste al teléfono y...

No termino la frase, no sabiendo cómo continuar.

Su sonrisa se ensancha, y casi vuelve a parecer normal.

—¿Querías asegurarte de que estaba bien? Soy mayorcito, Bear. Sé cómo manejar esas cosas.

Le miro con el ceño fruncido, sin querer.

—Yo podría decirte lo mismo de mí. Pero eso no impide que lo hagas de todas formas.

Otter niega con la cabeza.

—Lo sé, lo sé. —Se encoge de hombros—. Sin embargo, no puedo evitarlo.

—Entonces deja que me preocupe por ti —le digo con seriedad—. Deja de pensar que soy el único que puede desmoronarse.

Suelta un bufido.

—Sí, señor. Lo tendré en cuenta.

—Bueno —digo, levantando las cejas—, ¿vas a decírmelo o no?

Suspira, solo brevemente.

—Era la primera vez que hablaba con él desde que me marché —dice—. Ha llamado varias veces y ha dejado un par de mensajes, pero nunca le he devuelto la llamada. Supongo que no es justo, pero no sabía qué decirle. Es..., era... una parte importante de mi vida. No puedes borrar a alguien por completo y creer que no tendrá repercusiones.

—¿Cómo nosotros no podríamos hacérselo uno a otro? —pregunto, intentando dejar la esperanza fuera de mi voz.

Sacude la cabeza, y siento frío.

—No es así para nada, Bear. Tienes que querer librarte de algo así para poder hacerlo. Yo nunca quise ahuyentarte. No del todo. Me dije que sí, y Dios sabe que lo intenté, pero eso no ocurrió.

»Y no estoy diciendo que quiera hacerle eso a él, porque no quiero. No estoy diciendo que quiera estar con él ni nada, pero cuando compartes con una persona tanto como nosotros hemos compartido, resulta casi imposible.

Mantengo la cara seria, pero en mi interior hay una tormenta cerniéndose sobre el océano. Retumban truenos y aún está lejos, pero vuelve a soplar el viento y me temo que está arrastrando la tormenta hacia la costa.

—Creo que le quería en cierto modo —añade Otter, con la mirada perdida como si evocara un recuerdo feliz—. Creo que lo hice lo mejor que supe. Pero cuando llamé, fue casi como hablar con un desconocido. No se me ocurría qué decir, cómo actuar. Entonces empieza a preguntarme cuándo volveré a casa, cuánto más estaré aquí. Me dice que creía que yo necesitaba algo más de tiempo, para resolver lo que tuviera que resolver. Y entonces me sentí algo triste, Bear. Digo esto no para hacerte daño sino porque quiero ser sincero. Me sentí un poco triste porque supe que ya no consideraría su casa como la mía nunca más. Era como si se hubiera cerrado de golpe una puerta y no tuviera llave para abrirla. —Suspira otra vez y me acaricia el cuello—. No sabía cómo decirle esto, así que... no lo hice. Me dije que no quería hablar más y que le llamaría pronto. —Vuelve a apartar la mirada—. No sé qué le diría si lo hiciera —murmura, más para sí mismo que para mí.

—¿Qué quieres decirle? —pregunto despacio, sintiendo el agua tibia lamiéndome los tobillos. Empiezo a adentrarme en el mar, pero no puedo detenerme. El viento arrecia y me sacude brevemente el pelo—. ¿Qué dirías si pudieras decir algo?

—¿Sinceramente? —pregunta él, y asiento con la cabeza, tratando de no mirar hacia la tormenta—. Le daría las gracias. Le daría las gracias por lo que me ha dado durante estos dos últimos años. Le diría que solo quiero que sea feliz, como él me ha hecho a mí. Le diría que ojalá hubiera podido darle todo lo que él me ha dado a mí.

Se frota los ojos con su manaza. Le beso el pecho y me invade un pensamiento irracional, que me pide que le muerda, que lo marque como propiedad mía. No he visto nunca al hombre del que estamos hablando, pero le odio. Odio que haya compartido una parte de la vida de Otter que yo no compartiré nunca. Le odio porque yo llevé a Otter hasta él. Le odio porque no parece una persona merecedora de ser odiada.

—Pero —prosigue Otter— lo principal que querría decirle es que ya no debería esperarme. Que, pensándolo ahora, tengo la sensación de que solo esperaba el momento propicio. Eso parece duro, ya lo sé —(en realidad me parece de lo más normal)—, pero es la verdad. Me ha dado mucho, pero no habría bastado nunca. —Me mira con un aire pensativo—. No habría bastado nunca —me dice— porque no habrías sido tú.

—¿Estás seguro de que puedo serlo? —pregunto con voz ronca—. ¿Estás seguro de que puedo bastarte?

Me toma el rostro entre sus manos, y de nuevo no existe más que él en el mundo. Le chispean los ojos y, por lo menos de momento, siento que la tormenta se aleja. Las aguas se secan y las nubes se disipan, y creo que es debido a él.

—Tanto si lo sabía del todo como si no —me dice—, tú eras con quien lo comparaba todo. Siempre serás suficiente porque eres tú lo que siempre he querido. Aún no me creo que nada de esto sea real, que despertaré y me encontraré en San Diego, y todo volverá a estar donde estaba antes. En que no nos hemos hablado durante años y lo único que tengo de ti es una foto, y lo único que tú tienes de mí es una carta. —Su voz se torna tenue y pastosa—. Si eso ocurre, si despierto y nada de esto es verdadero, cogeré el primer vuelo hacia aquí para hacerlo realidad. Tienes que creerme cuando digo eso, papá Bear.

—Pero ¿por qué, Otter? ¿Por qué piensas eso? —le pregunto, necesitando de repente estar seguro, necesitando que lo diga. Sé que está ahí, aflorando en sus labios, y aunque yo no pueda volver a decirlo necesito oírse lo decir, asegurarme lo que mi corazón anhela—. No he hecho nada para merecerte —añado, sorbiéndome la nariz—. Te ahuyenté, y aun así has regresado.

Sonríe, y es la sonrisa de Otter.

—¿Por qué? ¿Por qué pienso eso? ¿Por qué he vuelto arrastrándome, prácticamente suplicándote perdón? Te creía más listo. Creía que lo sabías.

—¡Dilo! —le grito.

Se inclina y me besa, larga e intensamente. Yo le correspondo, con fuerza y a ciegas. Cuando se aparta, solo lo hace un poco, con sus labios todavía rozando los míos. Noto cómo se mueven cuando habla.

—Oh, Bear. Siempre has sido tú. Siempre serás tú. Te quiero, y es por eso que siempre será suficiente.

En que Bear se queda mirando al sol

Ya sé que os preguntaréis si le respondí algo. No lo hice, pero antes de que os enfadéis y me digáis algo así como «Por el amor de Dios, Bear, pero si era un chico tan dulce, tan majo y vulnerable», debéis saber que tengo mis razones. Puede que las nubes se hubieran disipado y el océano hubiera vuelto allí de donde había venido, pero sabía que aún estaban allí, en alguna parte. Tratar de conciliar ese cambio absoluto que he estado experimentando ha resultado más agotador de lo que había creído. Durante días, no he querido otra cosa que dormir en mi cama solo o con él. Aun cuando lo hago con él, generalmente me quedo dormido tan pronto como me recuesto sobre la almohada. Tengo el cuerpo aletargado y los pensamientos confusos, pero no es tan malo. Oírle decir lo que dijo me ha proporcionado un nuevo conocimiento de quién soy y quién quiero ser. Si alguien puede preocuparse por mí hasta ese punto, pese a todos mis defectos, pese a todos mis rechazos, pese a todos mis peros, eso hace que todas las tormentas y todos los océanos merezcan la pena. Solo espero que pueda recordarlo. Es un pensamiento con el que me quedo dormido, y con él me despierto. Es mi mantra, y lo repito tantas veces que sé que él es real.

Pero ¿le quiero? No lo sé. No me interpretéis mal. Siempre he querido a Otter, pero no en el sentido del que estamos hablando ahora. Si le quiero de verdad (Dios, qué pobre suena eso), es de un modo en que no lo he hecho nunca. Pienso a menudo en lo que sentía por Anna. Intento comparar los sentimientos, pero no es posible. Existen demasiadas diferencias entre ambos (aparte del hecho de que uno tiene pene) que parece que no puedo sentir nunca por Anna lo que siento por Otter. Pero sé que nunca podría sentir por Otter lo que Anna y yo habíamos sentido. Me acuerdo de lo que dijo Ty aquel día que fuimos a Portland a buscar a Creed. Solo han transcurrido unas semanas, pero me parecen años. Dijo que creía que era como si te ardiera el estómago pero de una forma agradable. Dijo que era como si no pudieras pasar otro día sin esa persona. Yo le había dicho que creía que era cuando esas estúpidas canciones de amor de la radio empezaban a tener sentido. La única razón por la que creo que ambos tenemos razón es que lo suyo tiene sentido, pero me sorprende cantando un tema de Celine Dion que suena en la radio.

Y ya lo entiendo.

Así pues, ¿qué significa todo esto? Ojalá lo supiera. Parece que aún no puedo sacudirme los sombríos celos sin sentido que experimenté cuando Otter hablaba de Jonah. Sé que está aquí conmigo ahora, y dice que no irá a ninguna parte, pero no puedo evitar pensar que su pasado no está enterrado como yo querría. Lo expresó a la perfección cuando dijo que no puedes borrar tu historia como si nada, y me guste o no Jonah forma parte de Otter. Quizá no sea una parte actual, pero ahí está. Otter no me ha dado ningún motivo para dudar de él desde que iniciamos lo que quiera que estemos haciendo. Trato de concentrarme en eso. Pero, a veces, noto las olas lamiéndome los pies y oigo el retumbar de una tormenta a lo lejos. Nunca se acerca, pero siempre está ahí. Me siento extrañamente

entusiasmado por todo ello. Parece peligroso, secreto y equivocado, pero siento muy bien. Es como hacer algo malo pero a sabiendas de que no te pillarán. Es como ganar sin más motivo que el de ganar.

Es como bañarse en el océano mientras relampaguea sobre tu cabeza.

Ty sobrevivió a su noche fuera de casa con éxito, para mi asombro. Otter y yo fuimos a buscarle al día siguiente, y la señora Herrera me dijo que se había portado como todo un caballero y que podía ir a su casa cuando quisiera. Me dijo que ella y su marido llevarían a Alex de acampada tan pronto como se acabara la escuela y que querían invitar a Ty a ir con ellos. Le contesté que lo pensaría. Lo que en realidad estaba pensando era que de ninguna manera iba a permitir que nadie se lo llevara de la ciudad. Tanto el Chico como Otter me reprendieron durante todo el trayecto a casa, por cuanto mis pensamientos se reflejaban visiblemente en mi cara, en forma de un ceño fruncido que creía haber ocultado.

—¿De verdad soy tan poco razonable? —me quejé aquella noche a Otter por teléfono después de que Ty se hubiera acostado—. Creo que lo estoy haciendo bastante bien.

Se echó a reír a través del teléfono.

—Creo que los dos tenéis que dar pasitos de hormiga —me respondió—. Estoy seguro de que esto es tan difícil para él como lo es para ti.

Ojalá le hubiera creído, pero el Chico parecía avanzar a saltos y pasos de gigante. En los pocos días que siguieron a su incursión en la normalidad, dio la impresión de que Ty caía en la cuenta de todo lo que se había estado perdiendo. Ya no se aferraba como antes y estuvo acosándome para que le dejara ir a esa maldita acampada. Yo le decía que ya hablaríamos cuando se acercara la fecha, él sonreía alegremente y volvía a sacar el tema al cabo de una hora. Es egoísta por mi parte no decir que sí, lo sé, pero no puedo evitar la sensación de que nos están estirando en direcciones opuestas, él con su incipiente libertad y yo con mi recién adquirida apreciación de todo lo que Otter representa. Me pregunto a menudo si la mayoría de los padres pasan por esto, viendo que sus hijos descubren lo que la vida tiene que ofrecer y no pudiendo impedirlo. Yo no soy su papá, pero soy lo más parecido que tiene a un padre y creo que mis sentimientos están justificados; por lo menos, eso es lo que me digo cuando permanezco despierto después de que todos se hayan dormido. Tanto él como yo sabemos muy bien que este mundo tiene dientes y atacará cuando más dócil parezca.

Y así seguimos: Ty encontrándose a sí mismo por primera vez en tres años y yo encontrándome a mí mismo por primera vez en mi vida. Los pocos días que nos quedaban antes de que Creed volviera a casa fueron los mejores y los peores de mi existencia. Disfrutaba teniendo a Otter para mí solo sin necesidad de contestar preguntas. Me acobardaba al ver a Ty llegar a la escuela entre una multitud de amigos que le esperaban. Gemía cuando Otter encontraba ese punto en la parte interior de mi muslo que me hacía olvidar incluso cómo me llamaba. Suspiraba cuando iba a trabajar y veía que Anna no entraba hasta después de irme yo. Me preocupaba a medida que el regreso de Creed iba acercándose cada vez más y nada sería lo mismo a menos que estuviera dispuesto a confesarme culpable de algo por lo que había estado luchando desde aquella noche. En estos últimos días he tenido orgasmos estremecedores, periodos de profundo hundimiento en la desesperación y momentos de paz como no he conocido nunca. Experimentar tantas cosas tan deprisa basta para llevar a alguien al límite.

—Así ¿a qué hora volverás? —pregunto a Creed mientras observo a Otter y Ty jugando al ajedrez en nuestra casa.

Otter me ha comentado que es bastante bueno, pero por lo que he visto el ecoterrorista vegetariano en ciernes bien podría ser Bobby Fischer disfrazado. No sé cómo ha aprendido; yo no he levantado una sola pieza de ajedrez en mi vida. Le veo romper un silencio de cinco minutos moviendo una figura parecida a un castillo un cuadrado, y Otter gime.

—Seguramente pronto —me contesta Creed al oído—. Quiero volver y no probar el vodka nunca más. Es la bebida del diablo.

—¿Qué estás haciendo?

—Tomar vodka. ¿Sabías que lo hay con sabor a frambuesa?

Suelto un bufido.

—En fin —dice—, prometo no ir a ninguna parte hasta que tenga que volver a la facultad. Podemos vernos todas las veces que quieras.

—Genial —respondo, tratando de disimular el temblor de mi voz—. Eso suena... genial.

Creed se echa a reír.

—¿Por qué tengo la sensación de que no lo dices en serio? ¿Qué ha ocurrido desde que me marché?

—Nada —contesto—. Lo de siempre. Ya sabes cómo es Seafare.

—Ajá —dice—. En serio, papá Bear. ¿Estás bien?

—Estoy bien —afirmo, con la frente perlada de sudor—. Mejor que nunca.

—Si tú lo dices... —Se detiene un momento antes de preguntar—: ¿Está Otter ahí?

—Ah, sí. ¿Querías hablar con él? Ahora mismo está perdiendo una partida de ajedrez con un niño de nueve años.

Otter me lanza una mirada malévola.

—No —contesta Creed—. Le veré mañana.

—Bien. Diviértete con tu vodka.

—Eh —dice.

—Eh, tú —respondo.

Creed vacila, y no quiero saber qué le pasa por la cabeza.

—No importa. Ya hablaremos cuando vuelva. Hasta luego, tío.

Habla de un modo extraño. Mi sudor se intensifica.

Consulto mi reloj mientras cuelgo el teléfono.

—Ty, es hora de acostarse.

Suspira y se retira de la mesa.

—Está bien. Otter estaba siendo vapuleado. Iba a ganarle en las cuatro jugadas siguientes.

—No estaba siendo vapuleado —replica Otter con indignación en su voz.

Ty estira un brazo hacia el tablero y le muestra las cuatro jugadas siguientes. Otter pone los ojos en blanco.

—¿Hay algo que no se te dé bien? —pregunta al Chico.

Ty se encoge de hombros.

—No que yo sepa. Pero estoy seguro de que algo habrá.

Me río por lo bajo mientras Otter mira el tablero con el ceño fruncido. Estoy a punto de decirle al Chico que mueva el culo cuando su rostro se contrae como lo hacía antes de ejecutar una jugada, como lo hace cuando piensa en cosas serias. Gimo por dentro, poco dispuesto a contestar las preguntas de Ty acerca de por qué la gente cree que los alienígenas dibujan círculos en los cultivos cuando es evidente que lo hacen agricultores aburridos o cómo resolver el hambre en el mundo de una forma vegana. Sacudo la cabeza y espero. Otter le mira, me mira a mí y luego se reclina en su silla. Lo sabe.

—¿Derrick? —dice el Chico por fin.

—¿Sí, Ty? —respondo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

No puedo evitar sonreír.

—Siempre lo haces —digo, mofándome de él.

—Tienes que prometer que no te enfadarás —me advierte, lo cual es nuevo.

El Chico nunca ha introducido una pregunta de ese modo. Me vienen pensamientos a la cabeza, tratando de discernir cualquier situación posible en la que cree que me enfadaría con él. No se me ocurre nada, y no tengo más remedio que prometerlo. Durante un rato no dice nada, como si midiera la sinceridad de mis palabras. Mira despreocupadamente a Otter y después a mí, y justo cuando abre la boca y antes de que hable sé qué saldrá, qué dirá, y dispongo solo de unos segundos para optar entre mentir o ser sincero con una de las pocas personas que dan importancia a lo que digo.

—¿Es Otter tu novio? —pregunta.

—¿Qué? —exclamo, tratando de ganar tiempo.

De repente Otter se yergue muy tieso en su silla. Tiene los ojos desorbitados y mira al Chico con la cabeza ladeada, como si intentara determinar si ha oído bien lo que Ty acaba de expresar.

—¿Qué?

—¿Es Otter tu novio? —repite el Chico.

Enrojezco virulentamente cuando digo:

—¿Por qué lo preguntas?

La culpabilidad que siento por no poder contestar su pregunta enseguida es superada fácilmente por la creciente sensación de horror que experimento. Pero todo eso es eclipsado por la palabra «novio». Nunca lo he considerado así. ¿Es eso lo que Otter es para mí? ¿Mi... novio? Sí, Otter es alguien que me importa («¿Importa? —pregunta la voz—. Vamos, Bear»), pero nunca había establecido esa relación con lo que tenemos. Ni siquiera sé qué tenemos. Desde luego que me hace cosas que provocan que la cabeza me dé vueltas, y canto con Celine Dion, pero de eso a decir que es mi..., que soy su..., en fin, ya sabéis. Miro a Otter en busca de ayuda, pero él aún sigue pendiente del Chico, con la boca abierta de par en par.

—Es algo en lo que he estado pensando estos días —explica Ty—. No sabía si debía preguntarlo, pero entonces pensé que siempre es mejor preguntar que darle vueltas. —Su semblante se relaja y me sonrío con cautela—. ¿No es cierto?

No sé qué decir.

Debería asegurarle que por supuesto que está bien hacer preguntas. Debería decirle que siempre puede acudir a mí cuando tenga algo en la cabeza. Todas estas palabras y más se forman en mi mente, pero descarrilan y mueren de camino hacia mi boca. Pienso absurdamente por un momento en que no me preguntó si yo era gay cuando me preguntó si Otter lo era. No había pretendido etiquetarme en este sentido sino preguntar, a su manera, si Otter era mío y yo era suyo. Esto no para de darme vueltas al cerebro, y vuelvo a pensar en cómo quisiera que se me hubiera ocurrido qué es Otter para mí.

«Entonces ¿por qué no puedes responderle? —inquire la voz—. ¿Por qué te quedas ahí sentado como si todo fuera a desaparecer si no haces caso? Si tan extrañamente te entusiasma la idea de que él es tuyo, ¿por qué no puedes contestar la jodida pregunta? ¡Tiene nueve años! Tiene nueve años y suficientes agallas para preguntar cosas en las que tú ni siquiera te atreves a pensar.»

—Es cierto —digo al Chico en voz baja, y se muestra aliviado en el acto.

Lanza una mirada a Otter, que ahora ha concentrado su atención en mí, con una expresión de admiración y manifiesta adoración en su rostro. Ojalá pudiera ver hasta qué punto se ha acercado la tormenta.

—Ty —dice Otter, apartando la mirada de mí para centrarla en el Chico—. En realidad Bear y yo no hemos... hablado de lo que somos. Esto es algo muy nuevo para los dos.

—¿Es por eso que Anna y él rompieron? —le pregunta el Chico.

Otter niega con la cabeza.

—No fue solo eso. Había muchas cosas de adultos entre ellos, cosas que no tienen nada que ver contigo ni conmigo. A veces le pasa eso a la gente.

—Ya lo sé —responde el Chico rápidamente—. Algunas personas no están destinadas a estar juntas. Pero eso no significa que no puedas seguir queriéndolas.

Otter se ríe temblorosamente.

—Eso es cierto. Y Bear y Anna se quieren mucho, y nosotros te queremos mucho. —Sonríe—. Pero, demonios, Chico. Me has pillado desprevenido con esa pregunta.

Ty se mira las manos.

—¿Significa eso que también quieres a Bear?

—Sí —contesta Otter sin vacilación—. Significa que quiero a Bear.

—Entonces es tu novio.

—Ty, él te ha dicho que aún no hemos hablado de eso —intervengo, con más aspereza de la que pretendía—. Es algo que Otter y yo debemos resolver.

Ty no comprende y no deja el tema.

—Pero, Bear —me dice—, si Otter te quiere y tú le quieres, ¿por qué no le llamas tu novio? —Entrecierra los ojos—. Tú quieres a Otter, ¿verdad?

—Yo..., yo..., yo...

Me asombro de lo bien que se me da tartamudear.

Otter acude en mi auxilio una vez más:

—Como he dicho, Chico, aún estamos intentando entender las cosas. Todo esto es muy nuevo para papá Bear, y debemos dejar que lo examine detenidamente por sí mismo.

Ty sacude la cabeza y mira a Otter con tristeza.

—Espero que sepas —le dice— que solo porque él no pueda expresarlo no significa que no lo sienta. Siempre ha sido así y, sea lo que sea lo que tenga que entender, espero que puedas permitirselo.

Quiero abalanzarme sobre el Chico y levantarlo en brazos. Quiero cubrirle de todo aquello que pueda darle porque siempre encuentra formas de demostrarme que me conoce mejor que yo mismo.

—Lo sé —dice Otter, acariciando las manos de Ty—. Y no he olvidado lo que te prometí. Pero creo que ya lo sabes.

Ty asiente, se levanta de la mesa, se dirige hacia Otter y recuesta la cabeza sobre su hombro. Otter le rodea con sus grandes brazos, le estrecha con fuerza y le besa la coronilla. Desde mi posición, oigo que el Chico susurra algo a Otter. Dice: «Gracias por cuidar de Bear. Lo ha necesitado durante mucho tiempo.» Se suelta de Otter, se vuelve y se encamina despacio hacia mí.

—No me importa quién seas —me dice, con voz clara y fuerte—. No me importa que quieras de una forma distinta a todos los demás. No me importa porque sigues siendo mi hermano.

Me da la mano y yo bajo la mirada hacia ese chiquillo, esa persona que es más sabia de como yo podría llegar a serlo nunca. Le aprieto la mano con fuerza, él hace lo propio, y sé que sabe todo lo que no puedo decir. Me hace agachar con una señal con el dedo, me inclino hacia delante y me susurra al oído: «Me alegro de que Otter volviera. Me alegro de que pudieras volver a encontrarle. Pero, si no te importa, a mí seguirán gustándome las chicas.»

Dicho esto, sale de la cocina, tarareando para sí.

Creo haberos dicho que es una de las pocas personas en el mundo que puede dejarme sin habla. Pero ¿os ha ocurrido alguna vez que todas las sinapsis se disparan al mismo tiempo y se os queda la mente en blanco? No es que no puedas hablar, porque por lo general, en situaciones de saturación sináptica, te pasan un millón de cosas por la cabeza y eres incapaz de elegir cuál decir. Me refiero a no tener ningún pensamiento concreto, ninguna réplica, negativa, rechazo..., nada que te venga a la mente. Es casi maravilloso no tener nada que decir.

Una dicha blanca y pura.

—¿Estás bien? —me pregunta Otter.

Acaba de regresar de dar las buenas noches al Chico y me ha encontrado en el mismo sitio que he ocupado desde que Ty empezó a hacer preguntas. He sido incapaz de moverme y aún estoy tratando de volver a poner mi cerebro en funcionamiento. Todo cuanto puedo hacer es asentir con la cabeza.

Otter me sonrío y se planta frente a mí. Me frota los brazos a mis costados.

—Un día de estos voy a averiguar cómo diablos el Chico ha llegado a ser tan inteligente —me dice con voz risueña—. No se pierde una.

—Cuando lo averigües, házmelo saber —digo débilmente, reencontrando por fin la voz.

Mi cerebro es lento, pero ha girado y finalmente empieza a arrancar. Puedo respirar hondo, pero el reinicio me ha dejado incapaz de procesar nada.

—No creo que lo sepamos nunca —responde Otter, besándome en la frente—. Pero supongo que

tampoco pasa nada. Será una de esas personas que dicen algo y al instante tienen un millón de seguidores. —Se ríe de nuevo—. Sé que yo ya soy una de ellas.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué? ¿Cómo el Evangelio según el Chico? ¿Podrá decirte cualquier cosa que no sabías que estabas pensando?

Otter arquea una ceja.

—¿No has pensado nunca en eso? —me reprende—. ¿En nada de eso?

Le miro con el ceño fruncido.

—Basta. Ya sabes a qué me refiero. ¿Cómo diablos ha captado algo de esto? ¡Hemos tenido cuidado, joder! —Entrecierro los ojos mientras le miro con recelo—. ¿Le has dicho tú algo?

—Oh, vamos —se burla—. ¿De verdad crees que haría una cosa así?

—No —respondo de mala gana—. Pero no puede ser tan evidente, ¿verdad? Es jodidamente perceptivo o algo así.

Otter suelta un bufido.

—¿Realmente importa si es evidente o no? —me pregunta—. El Chico se sentía muy a gusto con eso. De hecho, está contentísimo. ¿A quién le importa cómo lo haya descubierto?

Me aparto un paso de Otter y hundo las manos en los bolsillos.

—A mí me importa —le digo enojado—. Si un niño de nueve años puede darse cuenta, ¿qué haremos con todos los demás?

La dicha blanca, la sensación de borrón y cuenta nueva, ha desaparecido. En su lugar el océano ha llenado los recovecos del lecho marino, el viento sopla con furia a mi alrededor y me siento como si estuviera al borde de algo y no pudiera retroceder ni un paso. No logro entender cómo he pasado de sentirme vacío a esto en tan poco tiempo, pero lo he hecho, y no puedo ahuyentarlo.

—Tu hermano —espeto a Otter—, mi mejor amigo, llega mañana a casa. ¿Qué coño vamos a hacer al respecto?

Recuerdo vagamente haber hablado con Creed por teléfono hace solo un ratito (¿o ha pasado más tiempo que eso? ¿Días? ¿Meses? ¿Años?) y haber estado a punto de contárselo todo.

—Lo que decidamos hacer —responde Otter, mostrándose molesto—. Si no quieres decirle nada, está bien. Pero es mi hermano, y es tu mejor amigo, y considero que esto le otorga cierto derecho a saberlo. ¿Qué crees que ocurriría si se enterara? ¿Que no volvería a hablarte nunca?

Sacudo la cabeza con indignación.

—No sé qué ocurriría, ni quiero averiguarlo. Tú me has dicho —le señalo con un dedo— que me darás algún tiempo para resolverlo. Sabes que no sé qué diablos estoy haciendo. Sabes que esto es lo más espeluznante que he hecho nunca.

Se le ablanda el rostro, cierra la distancia que nos separa y me coge la mano. Quiero soltarla, pero su zarpa me tiene bien sujeto y sería inútil. Miro al suelo con irritación, queriendo regresar al estado de vacuidad. Relampaguea y truena, y me pregunto qué pasaría si se produjera un terremoto a la orilla de este océano. Me pregunto si bastaría con la conmoción para tragarme entero. Pienso de forma incoherente en olas gigantescas.

—Lo sé —dice Otter amablemente—. Siento mucho que te parezca que quiero obligarte a hacer

algo, porque es lo último que querría. Haremos esto a tu manera. Te lo prometo.

—Lo siento —susurro.

Entonces me abraza, y me recuesto cómodamente en mi sitio sobre su hombro. Es grande, mucho más corpulento que yo, y espero que eso baste para resguardarme de lo que pueda venir. Me acaricia la espalda, y las aguas se retiran hasta perderse de vista. Aún puedo oír la sutil cacofonía de las olas, pero suena atenuada por el refugio que se ha levantado alrededor de mí.

—Lo sé, papá Bear —dice Otter desde algún lugar sobre mí, sus palabras amortiguadas por mi pelo—. Pero a veces tienes que confiar en mí, ¿vale? Ya sé que cuesta creerlo, pero de vez en cuando sé de qué estoy hablando.

—Confío en ti —suspiro—. Es conmigo mismo que tengo dificultades.

Se separa, toma mi cara entre sus manos y me besa con dulzura. Exhibe su sonrisa torcida, y sus ojos vuelven a mostrar todo aquello que siente por mí, todas las emociones manifiestas en su rostro. Las aguas se acercan un poco, pero no tanto como antes. Me acaricia la mejilla y se ríe entre dientes.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunto.

—Bueno, aparte de que Ty sepa lo nuestro, hemos descubierto otra cosa interesante.

—¿Cuál? —pregunto, perplejo.

Arquea una ceja.

—Que me quieres.

Me quedo boquiabierto.

—¡Desde luego que no!

Le doy un puñetazo en el hombro con todas mis fuerzas. Él estalla en risotadas y trata de alejarse, pero salto sobre su espalda y le echo los brazos al cuello. Se dirige dando traspiés hacia la salita. Le aprieto los costados con las rodillas y le golpeo el pecho con ambas manos. Otter se ríe a carcajada limpia, y sé que no le estoy haciendo más daño que una mosca cojonera cuando consigue mover un brazo hacia atrás, me despega de su espalda y me lanza por encima del hombro al sofá. Caigo de lado, él se me abalanza, con su sonrisa y el centelleo verde dorado, se inclina hacia delante y me susurra al oído: «Desde luego que yo tampoco te quiero, papá Bear.» Entonces su boca se pega a la mía y, por un momento, aquella sensación de dicha ha vuelto, pero esta vez va acompañada de algo más, algo que se parece curiosamente al sol.

—Antes de ir allí, tenemos que hablar de un par de cosas —anuncio al Chico, tratando de ocultar el nerviosismo que siento—. Para que estemos de acuerdo.

Ty baja el cristal de la ventanilla del coche y saca una mano, para dejar que la brisa juegue entre sus dedos. Su pelo, recién cortado, se agita sobre su cabeza, y me mira con cierta expectación.

—¿Se refiere a tú y Otter? —pregunta sin rodeos.

Asiento con la cabeza.

—Solo quiero asegurarme de que sabes de qué hablamos anoche. De que... —aferro el volante con fuerza—. De que Otter es..., es...

—¿Tu novio?

Suspiro. Esto ya no marcha bien, pero es culpa mía.

—¿Cómo lo supiste? —le pregunto con curiosidad, mirando fijamente hacia delante.

Noto que se encoge de hombros.

—Yo... no lo sé. Supongo que lo capté después de que tú y Anna rompierais, y que él estuviera con nosotros con mucha más frecuencia. No erais muy amigos antes de que pasara eso.

—¿Y ya está? —pregunto, incrédulo.

Niega con la cabeza.

—No, no fue solo eso. Sabía que Otter era gay, y sabía que te quería por la forma en que te miraba. Es la misma forma en que te miraba Anna. —Me encojo, maldiciendo a Dios por haber dado al Chico la facultad de observar más que todos los demás juntos—. Y hace unos días vi que tú mirabas a Otter de la misma manera —añade, volviendo a meter el brazo dentro del coche. Cruza los brazos sobre el pecho y me mira acusadoramente—. ¿Por qué no dices a Otter que le quieres? —pregunta el Chico—. ¿Tanto cuesta decir lo que sientes?

—No es tan fácil como tú insinúas —respondo apretando los dientes.

Pone los ojos en blanco.

—Bueno, seguro que no es tan difícil como tú insinúas —replica—. Yo creo que si encuentras a alguien que te quiere tanto como él, harías cualquier cosa para asegurarte de que sabe que tú sientes lo mismo. Por lo menos, así es como yo querría que fuera.

—¡No todo es blanco o negro, Ty! —exclamo, dejándome dominar por la exasperación. Quiero creer que todo esto es tan sencillo como él dice. Pero, por más listo y sabio que sea, tengo que recordarme que no es más que un niño. Un niño muy maduro, pero no deja de ser el Chico—. ¡Las cosas no pueden ser siempre de una forma determinada solo porque tú lo quieras!

—¿Por qué no? ¿Por qué a la gente le importa tanto a quién quieres? No haces daño a nadie, ¿verdad?

—Que yo sepa, no —contesto, tratando de alejar de mi mente los pensamientos en Anna.

—¿Y no haces nada malo?

—No, Ty.

Agita las manos en el aire.

—Entonces ¿a quién le importa? No entenderé nunca por qué la gente no deja que los demás sean como son. De todos modos no les afecta para nada. —Se vuelve y me mira con el ceño fruncido—. Y hasta que te des cuenta de eso —añade en voz baja—, ¿cómo puedes ser justo con Otter?

—No solo se trata de ser justo con Otter —respondo, sin lograr contener mi ira—. Si solo fuera eso, las cosas serían mucho más sencillas de como son. Tengo muchas otras cosas de que preocuparme, Chico. —Delante, el tráfico se detiene, y lanzo una mirada a Ty—. Nunca he pensado en nada parecido, y mucho menos imaginarme a mí mismo haciéndolo. Esto lo cambia todo para mí, y me llevará mucho tiempo asimilarlo. Encima, tengo que pensar en todo lo demás que sucedía antes. Que Otter esté aquí y esté pasando esto no significa que mi vida tenga que detenerse del todo para poder concentrarme en él. Aún tengo responsabilidades. Mi empleo, nuestra casa. Tú. No puedo dejar que sea lo único a lo que dirijo todos mis esfuerzos.

Ty me hace una mueca.

—Ni se te ocurra meterme a mí en esto. Estoy bien, muchas gracias. —Vuelve a mirar a través de la ventanilla—. Mejor de como he estado en mucho tiempo —murmura—. Papá Bear, tú también tienes que hacer tu vida. Si no puedes hacerlo ahora, ¿entonces cuándo?

Es el mismo viejo argumento que he oído mil veces antes de como mil personas distintas. «¿Cuándo harás algo por ti, Bear? —dicen—. ¿Cuándo vas a ponerte delante de todos los demás?» Pero no se lo he oído decir nunca antes al Chico, y no encaja. Siempre he contado con Ty para que me dijera la verdad me gustara o no. Y eso aún termina de complicar las cosas. Quiero decirle que se calle la jodida boca y se ocupe de sus malditos asuntos. Quiero decirle que todo lo que hago y todo lo que he hecho ha sido por él. Que he pasado los últimos tres años cerciorándome de que sepa que al final del día, aunque todos los demás le hayan rechazado, aún me tiene a mí. Oírle... volverse así contra mí equivale a una traición como no he conocido nunca.

«Quizás estás tan disgustado porque él es el único que te dice la verdad —susurra la voz—. Siempre has podido confiar en que dijera las cosas que nadie más se atrevería a mencionarte. Y es por eso que duele tanto, ¿no? Te quema y te levanta ampollas porque si él lo dice, si él canta la vieja canción de siempre, entonces todos los demás tendrán razón. Y es por eso que estás tan furioso, Bear. Es por eso que quieres... ¿qué expresión tan elocuente has empleado? Ah, sí: que se calle la jodida boca. Quieres que se calle la jodida boca porque si él lo dice, sabes en ese lugar secreto que es cierto. Pero la pregunta que debes plantearte, la verdadera pregunta que nadie parece plantear, es por qué uno y todos demuestran tanto interés por empujarte hacia Otter. ¿Por qué están todos tan deseosos de verte feliz? ¿Qué has hecho tú para merecer esto?»

«¡Lo he hecho todo! —contesto—. ¡He hecho todo lo que he podido!»

Sus risas resuenan dentro de mi cabeza. «Entonces... ¿cuál es el problema?»

—¿Bear? —pregunta Ty—. ¿Estás bien?

Tuerzo el gesto cuando la voz vuelve a reírse dentro de mi cabeza.

—Estoy bien —gruño—. ¿Podemos olvidarnos de esto un segundo y volver a lo que estaba tratando de decirte?

Exhala ruidosamente.

—De acuerdo. Pero solo si prometes que por lo menos pensarás en lo que acabo de decir.

—Ya veremos, Ty. Pero, de momento, necesito que me prometas que te guardarás lo que sabes para ti. No hay ninguna necesidad de ir por ahí hablando de eso, ¿vale?

—Te refieres a Creed, ¿verdad? —dice con una voz casi inaudible.

Asiento con la cabeza.

—Sí. Es exactamente a quien me refiero. Llegaremos allí en un par de minutos y necesito que me prometas que me dejarás resolver esto a mi manera. Tendrás que mantener la boca cerrada sobre esto por ahora.

—¿Por qué no se lo dices? —pregunta el Chico—. Si de verdad es tu amigo no...

—¡Ty! —casi grito.

Es lo más que me he acercado a gritarle en muchísimo tiempo, y no me pasa por alto cómo se encoge. Me siento mal, pero no puedo evitarlo. La tormenta se acerca, las olas rompen, estamos entrando en su jodida calle y necesito obtener esa convalidación.

Necesito saber que esto puede mantenerse en secreto hasta que resuelva qué hacer. Pienso en la víspera y me veo a mí mismo queriendo contárselo todo a Creed cuando hablé con él. No reconozco a esa persona. Esa persona está loca, esa persona está enferma, esa persona se equivoca. No puede suceder ahora, y si no consigo obtener esa promesa de Ty pasaré de largo por su casa, regresaré a la mía, cerraré la puerta, me acurrucaré debajo de las sábanas y esperaré hasta que todo en este maldito mundo empiece a adquirir un mínimo de sentido.

—Siempre me has pedido que dijera la verdad, en todas las circunstancias —dice el Chico, y me arrepiento en el acto de mi inoportuno consejo—. Así pues, si quieres que haga esto por ti, tienes que prometerme una cosa.

—¡Lo que quieras! —respondo, presa del pánico cuando la casa aparece a la vista.

Ty respira hondo antes de decir:

—Tienes que prometer que no dejarás que Otter se vaya. Tienes que prometer que no lo ahuyentarás. Tengo miedo de lo que te ocurra si lo haces.

—Prometo que puedo intentarlo —declaro dócilmente.

—Entonces yo también prometo intentarlo —dice él, haciéndome caer en la trampa.

Estoy a punto de pasar de largo.

—¡Ya era hora de que llegarais! —grita Creed cuando el Chico y yo franqueamos la puerta—. Estaba a punto de salir a buscaros.

Me abraza con fuerza, y veo a Ty por encima de su hombro, pero evita mi mirada. Sé que está enfadado conmigo, pero eso es lo único que se me ha ocurrido hacer.

—Lo siento —digo, forzando una sonrisa cuando me suelta—. No sabía que tenía que aparecer cuando tú querías.

Suelta un bufido.

—Tú haces lo que yo digo y cuando lo digo, Bear. Eso ya lo sabes. —Se dirige al Chico—. ¿Y cómo está mi hombrecito favorito en todo el mundo? —Lo levanta y se lo acomoda sobre la cadera—. ¿Por qué estás tan callado? —le pregunta con recelo—. ¿Acaso papá Bear te pega? ¿Tengo que darle unos azotes?

Esto hace que el Chico se ría tontamente, y siento que me relajo. Ty le echa un brazo al cuello y le besa en la mejilla.

—Eh, tío Creed —dice.

—Eh, tú —responde Creed—. Eso está mejor. Creía que íbamos a tener algún problema.

Lleva al Chico hacia la cocina, y le oigo preguntarle a Ty por la noche que pasó fuera de casa, y Ty inmediatamente se lo cuenta con todo detalle, y no tengo más remedio que seguirles. Paso junto a las fotografías, y sé que todos me están señalando y riéndose de mí. «Ja, ja. ¡Qué risa nos das!», dicen. Acelero el paso.

Otter está en la cocina, coge al Chico de los brazos de Creed y le hace girar en círculos. Ty emite sus falsas protestas de costumbre. Otter lo levanta, la cabeza de Ty llega a la altura de la suya y veo su boca moviéndose mientras susurra algo, en voz tan baja que ni Creed ni yo podemos oír lo que

dice. El Chico se aparta, con una expresión seria en su cara que refleja la que ha aparecido en el rostro de Otter. Este asiente con la cabeza, Ty se escabulle de sus brazos y da la mano a Creed.

—¿Puedo enseñarte algo que he encontrado en internet en la escuela, tío Creed? —dice, estirando a Creed hacia la escalera.

Creed me sonrío y, cuando doblan la esquina, le oigo decir:

—Si me enseñas un sitio porno, el lunes me quejaré al consejo escolar.

Les sigo con la mirada hasta perderles de vista. Sé qué está haciendo el Chico, y le maldigo en silencio dentro de mi cabeza. Una parte de mí quiere saber qué le ha dicho a Otter, pero la otra parte quiere seguirles y no darle más vueltas. Antes de que pueda moverme, Otter se planta a mi lado. Extiende el brazo con vacilación y me toca los dedos. Suspiro, entrelazo mi meñique con el suyo y sonrío.

—Eh —dice.

—Eh, tú —respondo.

—¿Estás bien? —pregunta con voz preocupada.

—¿Qué te ha dicho el Chico?

—No has contestado mi pregunta.

Pongo los ojos en blanco.

—Tú no has contestado la mía.

Me coge la mano y la aprieta suavemente.

—Yo he preguntado primero —insiste, sonriendo.

Pero la sonrisa no le llega a los ojos.

—Estoy bien —digo, soltándole la mano y frotándome los brazos.

Otter arquea una ceja.

—Pareces asustado, Bear.

Le fulmino con la mirada.

—Ahora mismo están pasando muchas cosas, Otter. No sé si es muy buena idea que estemos aquí.

Suelta un bufido.

—Entonces... ¿qué? ¿Piensas no hacer caso a Creed durante el resto de tu vida? —Se me acerca un paso más y, comoquiera que tengo la espalda contra la pared, no puedo moverme—. ¿Piensas no hacerme caso durante el resto de tu vida?

Levanto las manos para apartarle y aterrizan sobre su pecho, grande, fuerte y musculoso. Él levanta sus manos para cubrir las mías, y lo único que quiero hacer es dejar que me proteja. Quiero acurrucarme contra él, permitirle que entre en mi cabeza y haga desaparecer todo lo malo. Es muy curioso. Puedo sentir toda la duda, la rabia y la inquietud que quiera, pero tan pronto como estoy en su presencia, tan pronto como puedo tocarle, verle, oírle, olerle y probarle, todo eso se aleja. No por completo, pero sí lo bastante lejos. No sé qué dice eso de él. No sé qué dice de mí. Me mira, aguardando una respuesta.

Me encojo de hombros.

—No lo sé, Otter —susurro—. Esto será más difícil de lo que creía.

Su frente se arruga levemente.

—¿Qué? ¿Lo de Creed?

Asiento con la cabeza.

Me levanta las manos y las besa suavemente.

—No tienes más que decirlo y me preocuparé por Creed —me dice—. Hasta entonces, seré bueno. —Sonríe—. Pero me lo deberás —añade, besándome las manos de nuevo—. El hecho de que Creed esté aquí no significa que tengamos que pasar hambre durante los dos próximos meses. Si es necesario, le dejaré sin sentido y lo meteré dentro del maletero hasta que lo haya hecho contigo ocho o nueve veces.

Por fin me agarra, y me echo a reír. Me sonrío y se inclina para besarme en los labios. Cierro los ojos con impaciencia y tengo la oportunidad de pensar: Quizá saldrá bien, y entonces oigo a Creed y al Chico bajando ruidosamente la escalera. Siseo y me apresuro a situarme al otro lado de la cocina, escondiendo mi creciente erección detrás de la encimera isla. Otter me sonrío satisfecho y sacude la cabeza, y puedo ver aquella sombra pasando otra vez sobre su cara, breve pero presente. Sé que de algún modo la provoqué yo, pero no sé qué hacer. Abro la boca para decir algo, cualquier cosa, para hacer que la situación sea un poquito mejor, pero entonces entra Creed con el Chico sobre su espalda. Lo deja sobre la encimera y me mira.

—¿Y bien? —pregunta, repentinamente serio.

—¿Y bien qué? —respondo, tratando de encogerme de hombros con indiferencia.

Pero el gesto más bien parece un ataque y me golpeo la oreja.

—¿Por qué no me lo dijiste? —gruñe Creed, con ojos chispeantes.

El océano sube, la tormenta estalla y el ruido blanco en el fondo de mi cabeza se precipita. Miro a Ty, que tiene los ojos abiertos como platos. Niega con la cabeza a la espalda de Creed, tratando de hacerme saber que no le ha dicho ni una palabra mientras estaban arriba. Otter mira embobado a Creed, con la boca abierta.

—¿Decirte qué? —articulo con voz temblorosa.

Creed viene a situarse frente a mí, con su cara a escasos centímetros de la mía. Coloca los brazos en jarras, ladea la cabeza a la izquierda y entrecierra los ojos. Sé que lo ha descubierto, y sé que está tratando de entender cómo demonios he acabado follando con su hermano. Lo sabe, y está a punto de flipar y de patearme el culo, y Otter dejará que lo haga porque me lo tendré merecido. Intento encontrar todas las negativas posibles, pero no se me ocurre nada. El pánico desatado no es nunca un buen sitio en el que encontrarse cuando se trata de improvisar mentiras.

—¿Lo de ti y Anna! —me dice—. ¡He tenido que enterarme por ella!

—¿Yo y... quién? ¿Yo y Anna? —digo, aún tratando de dar con una mentira.

Una mitad de mi cerebro todavía no ha contactado con la otra, y no entiendo lo que está diciendo.

—¡Habéis roto! —exclama Creed, dándome un puñetazo en el hombro—. ¿Cómo diablos no has podido decírmelo? ¡Sabía que te pasaba algo cuando hablé contigo anoche!

—Ah, sí —digo, creyendo en Dios al cien por cien—. Sí, hemos roto.

—Le he llamado esta mañana cuando he llegado —explica, pasando por mi lado para abrir el frigorífico. Saca unas cervezas («¡Creía que ya no querías beber!», pienso), me pasa una a mí y otra a Otter y abre la suya—. Me ha dicho que rompisteis el pasado fin de semana —continúa, apoyándose

en la encimera—. Pero no ha dicho exactamente por qué. Se ha mostrado muy rara al respecto.

Asiento y vacío tres cuartas partes de la cerveza de un solo trago.

—¿Y bien? —me espeta.

—¿Y bien qué? —digo, con líquido goteándome por la barbilla.

—¡Bear! ¿Qué coño pasó?

—Oh. Ah, bueno, se acabó.

Pone los ojos en blanco y me da una colleja.

—¿Estás rendido esta noche o qué? —Me mira con el ceño fruncido—. Ya sé que se acabó,

Bear, gracias por recordar ese hecho. Quiero saber por qué.

Miro de soslayo a Otter y Ty en busca de ayuda, pero rehúyen mis ojos. Suspiro y devuelvo la mirada a Creed. Tomo otro trago.

—Esto... no funcionaba —aventuro.

Me observa detenidamente.

—Bear, tendrás que hacerlo mejor que eso. ¡Me marché durante dos semanas y cuando vuelvo todo está patas arriba! —Levanta una mano y empieza a contar con los dedos—. Tú y Anna habéis roto. El Chico pasa la noche en las casas de sus amigos. Otter ha hecho un giro completo de ciento ochenta grados por algo. Juro por Dios que parece que todo el jodido mundo se haya vuelto del revés, ¡y no sé qué diablos está pasando!

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Es que ya no era como antes —le digo pausadamente—. Ella y yo no... nos llevábamos muy bien. En cuanto al Chico, supongo que está probando algo distinto. Y Otter..., Otter debe de... ¿estar de buenas?

Estas últimas palabras me salen como un chillido, y veo que Otter se tapa la boca y trata de contener la risa. Me recuerdo que le mate más tarde.

Creed toma otro trago, se inclina y murmura (aunque lo bastante alto para que todos lo oigamos):

—Creo que Otter ha vuelto con Josh o Jason. Pero no quiere decírmelo, el muy maricón.

—Se llama Jonah —digo con voz serena, sin quererlo.

Creed parece sorprendido.

—Bueno, pues Jonah. —Lanza un trapo de cocina a la cabeza de Otter y añade—: Pero no quiere decirme ni una jodida palabra sobre eso. Parece que tú sabes más al respecto. Recuérdate que te lo pregunte más tarde.

—Te he dicho que no he vuelto con Jonah —replica Otter.

Lanza a su vez el trapo a Creed, que lo esquiva y deja que caiga sobre la encimera.

—Bueno, es evidente que está sacando algo de algún sitio —dice Creed—. Has estado prácticamente brincando por la casa desde que he llegado. Me estremezco al pensar qué clase de orgías de maricas han tenido lugar aquí desde que me marché. —Se vuelve hacia mí y me mira con curiosidad—. ¿Has visto algún hombre en chaparreras con el culo al aire en mi ausencia? —me pregunta.

—No —contesto—. Nada de chaparreras.

—Está bien. No me gustaría interrumpir...

—No deberías hablar así —interviene el Chico con frialdad—. No está nada bien decir esa clase de cosas, tío Creed.

Creed abre los ojos como platos, al igual que Otter y yo. Solo puedo hablar por mí, pero creo que todos estaríamos de acuerdo en que no hemos oído nunca al Chico expresarse de esa forma. Tiene los ojos entrecerrados y los brazos cruzados, al mismo tiempo que fulmina a Creed con la mirada.

—Esto... ¿decir qué, Chico? —le pregunta Creed.

—No digas marica —le gruñe Ty—. Es una palabra muy fea para decírsela a nadie. A ti no te gustaría que yo te llamara eso, así que no me gusta cuando se lo dices a Otter.

Creed mira al Chico con extrañeza, después a mí, a Otter y nuevamente al Chico. Asiente despacio.

—Tienes toda la razón, Tyson —admite en voz baja—. Solo bromeaba, pero prometo que no volveré a decirlo delante de ti.

—No lo digas delante de nadie —le advierte Ty.

Creed levanta las manos en un gesto de rendición.

—Vale, vale: no volveré a decirlo delante de nadie. Caray, Chico. Tienes una mirada que asustaría al más pintado.

El Chico sigue mirando mal a Creed, y le hago una seña a Otter para que se lo lleve antes de que se abalance contra Creed y lo saque de aquí. Otter asiente, levanta al Chico de la encimera y lo coge en brazos. Ty recuesta la cabeza sobre su hombro, y Otter le besa en la cabeza y le susurra algo al oído. Desde mi posición puedo distinguir su sonrisa. Salen de la cocina, y no es hasta que escuchamos el sonido de la tele (la CNN otra vez) que Creed se vuelve hacia mí, con la cara pálida y los ojos desorbitados.

—Muy bien —dice con voz temblorosa—. ¿A qué ha venido eso? ¿Cómo diablos sabe lo de Otter?

—No estabas siendo muy sutil que digamos —observo.

Creed agita las manos en el aire.

—¿Así que mi falta de divulgación hace que un niño de tercer curso pueda averiguar las tendencias sexuales de mi hermano? ¿Y cómo diablos se ha vuelto eso contra mí? Debería echarte una bronca a ti en lugar de dejarme avasallar.

—No es un chico normal —digo, recordándomelo por enésima vez.

Creed toma otro trago de su cerveza y la deja.

—Eso ya lo sé —me dice—. Y no podemos culpar a nadie de ello salvo a nosotros mismos. —Sacude la cabeza—. Pero esto no contesta la pregunta, Bear. Vamos, desembucha.

Me encojo de hombros.

—Nos preguntó a Anna y a mí la semana pasada si Otter era gay. No vi ninguna necesidad de mentirle al respecto. —Lo sé, lo sé. No es exactamente eso lo que ocurrió. Si Anna no hubiera estado allí, probablemente aún estaría sentado en el sofá con la boca abierta mientras él repetía la pregunta. Da igual—. Ha demostrado una y otra vez que es más capaz de manejar cosas que a la mayoría nos harían salir corriendo —explico a Creed—. ¿De qué sirve no hacerle caso si de todos modos terminará por averiguarlo un día?

«Cuidado, Bear —susurra la voz—. Casi has llegado a esa etapa hipócrita crítica. Pero por lo menos has superado la ira y el rechazo, ¿no? ¡Oh, los pasos son divertidísimos! ¡Creo que la aceptación está a la vuelta de la esquina! ¡Orgullo gay, ahí vamos! ¡Llueven hombres en el YMCA! ¡ALELUYA!»

Aparto los ojos de Creed.

—¿De modo que el Chico lo sabe? —dice Creed con asombro—. Bueno, eso cambia mucho las cosas. Ahora sí deberé llevar cuidado con lo que diga. ¿Tú no crees...?

Se interrumpe y se queda mirando la botella, que se pasa de una mano a otra.

—¿Qué creo? —pregunto con curiosidad.

Vacila antes de decir:

—Tú no crees que Otter... se ofenda por lo que digo, ¿verdad? —Empieza a hablar más deprisa—. Es decir, me trae sin cuidado con quién se acueste. No me importa que sea ma..., gay. Me importa un rábano que sea gay. ¿Por qué debería importarme? —Esboza una sonrisa—. Es mi hermano. Uno no rechaza a alguien como él solo porque le gusten las pollas en vez de lo que es bueno.

Suelto una risita.

—No hay duda de que no has perdido el rumbo con las palabras.

—¡Bear, hablo en serio! —exclama—. ¿Cree realmente Otter que soy un homófobo que va por ahí zurrando gais? ¡Creía que él sabía que siempre bromeo!

Pongo los ojos en blanco.

—No lo cree para nada, imbécil. Otter te habría molido a palos hace años si hubiera creído eso. —Sonrío y tomo otro trago de mi cerveza—. Hasta considera que deberíamos hablarte de...

Me quedo helado, y las palabras expiran en mi garganta. La lengua se me pega al paladar y se me remueve el estómago. De nuevo, mis labios han olvidado decirle al cerebro que no debía moverse sin previa autorización. «¡Oh, Dios mío! —grito mentalmente—. ¡Alerta roja! ¡Alerta roja! ¡Atranca las escotillas y CIERRA LA JODIDA BOCA!» Sujeto la botella de cerveza con tanta fuerza que temo que se haga añicos en mis manos. Creo que debería buscar una distracción, porque Creed me mira intrigado, esperando que acabe.

—¿Hablarme de qué? —pregunta.

«¡DE NOSOTROS! —grita la voz—. ¡CONSIDERA QUE DEBERÍAMOS HABLARTE DE NOSOTROS! ¡CREED! ¿ME OYES? ¡BEAR SE ESTÁ FOLLANDO A TU HERMANO! ¡MALDITO ESTÚPIDO, SE ESTÁ FOLLANDO A TU HERMANO!»

—¿Bear?

Trato de sonreírle, pero sé que es una mueca extendida por mi cara. Una vez más, un momento de pánico cegador se ha introducido en mi interior y no se me ocurre ni una sola palabra que decir. La vocecita dentro de mi cabeza no deja de gritar, de pedir, de amenazar, de suplicarme que diga la verdad. Me domina durante una fracción de segundo, y mi boca se abre para hacerlo cuando la cierro de golpe, recuperando un breve dominio sobre mí mismo. «¡Podría terminar todo! —aúlla indignada—. ¡Podría acabar todo si tuvieras un par de huevos! ¿Qué temes que ocurriría si está aquí, prácticamente arrodillado de preocupación por lo que piense Otter? ¡Este no es un hombre que pueda

odiarte! Bueno, se quedará estupefacto —admite—, ¡pero lo superará! Solo tienes que decir lo que hay dentro de ese lugar secreto que mantienes cerrado bajo llave. Por favor, Bear. ¡No sigas ocultándolo!» Abro la boca de nuevo, sin saber qué saldrá, y me siento salvado (¿maldito?, ¿frustrado?) cuando Otter entra en la cocina.

Creed no deja escapar la ocasión.

—¿Así que habéis estado ocultándome secretos? —regaña a su hermano.

Otter parece asustado.

—¿Cómo? ¿Qué clase de secretos?

Me mira, y quiero agitar los brazos con frenesí, pero no puedo moverme. No puedo respirar.

Creed me dirige una mirada triunfal antes de volverse hacia Otter.

—Bear ha dicho que habéis decidido contarme algo. Me sentía fatal por haberte llamado mari..., esto, gay, lo siento, y Bear ha dicho que queríais hablarme de algo.

—¿De veras? —dice Otter, incapaz de ocultar la sorpresa en su voz.

Me mira de nuevo, y trato de mostrarle mi interior, para que vea la tormenta que se está fraguando a la orilla del océano. Intento hablar, gritar, hacer cualquier ruido para expresar mi disconformidad, pero estoy paralizado y no puedo moverme por nada del mundo. «Acaba con esto —susurra la voz mientras trato de acallarla—. Acaba con esto antes de que sea demasiado tarde.» Y entonces desaparece, silenciada y encerrada en mis entrañas.

—Bear —me dice Otter—. ¿Estás seguro?

Dos palabras: «Estás... seguro.» Dos palabras que ya he oído juntas en el pasado (y que yo mismo he empleado) pero nunca antes me habían parecido tan amenazadoras, tan cargadas de cambio. Mientras mis ojos viajan entre Otter y Creed, lo único en que puedo pensar es en cuánto quisiera que fuera otoño, que Creed hubiera vuelto a Arizona y no hubiéramos mantenido nunca esta conversación. Deseo que Creed hubiera decidido quedarse un día más en Portland. Deseo... ¡Dios mío!, deseo muchas cosas. Pero ¿queréis saber qué deseo de verdad? Deseo poder mirar a mi mejor amigo y a mi... novio... y decirles a ambos lo que quieren oír. El escondrijo secreto de mi interior cruje, las cadenas que lo sujetan tiemblan, la herrumbre se desconcha y por un momento —un momento brillante y vertiginoso— creo que estallará y sus astillas saldrán despedidas y rebotarán a través de mí. Pero las cadenas son firmes y el escondrijo secreto está fortificado. Cruje, sí, y también tiembla, pero he sido un constructor diligente y resiste.

Resiste.

—He dicho que hemos decidido hablarle de cómo descubrió Ty que eres gay —declaro con mucha labia, detestando la destreza de mi lengua y haciendo caso omiso del fulgor de enojo que vislumbro en los ojos de Otter. Me vuelvo hacia Creed—. En cierta ocasión Ty os oyó a ti y a Otter hablando de que él se estaba peleando con su... novio. —«Oh, Bear», susurra la voz—. Dijo que no pretendía escuchar a escondidas ni nada, pero ¿qué vas a hacerle? —Me encojo de hombros—. Los niños no dejan de ser niños.

La mirada de Creed viaja entre Otter y yo con recelo. Me dispongo a seguir escupiendo medias verdades cuando se echa a reír.

—De modo que fui yo —dice Creed, apurando su cerveza—. Bueno, mierda, Bear: lo siento. No

pretendía tener que darle la idea al Chico de ese modo. —Vuelve a mirar a Otter—. Quizá tenga razón —añade—. Quizá deba tener cuidado con lo que digo.

—No pasa nada —respondo.

Echo una rápida mirada a Otter y veo la decepción jugando sobre su rostro, escondiéndose, mofándose de mí. Le ruego en silencio que me mire, que entienda de dónde vengo, que se acuerde de que me ha prometido hace un momento dejarme llevar esto a mi ritmo. Suspira, encorva los hombros y por fin me mira, y aunque existe esa promesa entre los dos, no hace nada por mitigar el dolor que veo en sus ojos. Quiero cruzar corriendo la estancia, estrecharle entre mis brazos y susurrar disculpas, pronunciar ese viejo tópico de «no es culpa tuya, sino mía», pero no serviría de nada. Por lo visto no soy así. Se dirige al frigorífico, coge una botella de agua y pasa por mi lado, y por un momento el tiempo discurre más despacio. Es uno de esos momentos en los que tienes la sensación de que sois las dos únicas personas que quedan en el mundo. Todo parece marcharse de puntillas, el lugar que te rodea se disuelve en la nada, y es una boqueada a tiempo que debería hacerte sentir más conectado con alguien de lo que has estado nunca con nadie. Ahora imaginaos vivir uno de esos momentos en los que el tiempo se detiene, esa persona pasa por vuestro lado y vuestros ojos se encuentran, pero no es el lento palpitar de vuestro corazón lo que hace que se os corte la respiración sino la sombra que habéis visto pasar por la cara de esa persona unas cuantas veces, una sombra que sabéis que habéis provocado vosotros y que podríais subsanar si tuvierais agallas. Si...

—Espera —exhalo, tendiendo una mano y sujetándole por el brazo.

«Creed, hay algo que he estado queriendo decirte. Verás, han pasado muchas cosas desde que te fuiste. De hecho, han pasado muchas cosas durante años. Yo soy el causante de que Otter se marchara. Tanto si está de acuerdo conmigo como si no, yo provoqué su marcha y su ausencia. Algo sucedió entre tu hermano y yo, Creed, y ocurrió justo después de que se fuera mi madre. Estaba triste y asustado, y él vino a mi casa la noche antes de irse, e hice algo que no debería haber hecho. Le besé. Besé a tu hermano. Pero no fue eso lo que hice mal. Lo que estuvo mal fue que dejé que me afectara tanto que se marchó. Habría podido detenerle. Habría podido detener los últimos tres años si de verdad hubiera querido. Y no me interpretes mal; una parte de mí quería detenerle. Pero todo lo demás se desmoronaba a mi alrededor y no sabía qué otra cosa hacer. Sé que no puedo seguir utilizando esto como excusa, por más que lo intente.

»Pero pasó algo extraño, Creed. Otter regresó. Otter regresó y algo en mí se movió, algo en mi interior se liberó. Por primera vez en mucho tiempo me vi a mí mismo a través de los ojos de otro. Estaba cegado porque era como mirar al sol. No había tenido nunca a nadie que me mirara de esa forma. Algo en mí cambió, y desde entonces he estado luchando con ello. Es una batalla penosa todos los días, no veo el final y eso me aterra. Pero si quieres saber la verdad, quiero que la sepas. Le quiero. Quiero a Otter. Creo que lo he hecho siempre, y creo que siempre lo haré. Ya sé que parece extraño en mi caso. Soy la última persona de la que esperarías oír algo así. Pero ya no quiero guardármelo. Estoy cansado de combatirlo, y Otter me dijo que la lucha por mí es todo cuanto ha conocido nunca, y yo ya no podía hacerle eso. No cuando por fin regresó conmigo. No cuando podría hacer que esto fuera más fácil para los dos. Estoy enamorado de tu hermano, Creed, y todo irá bien. No cambiaré nada entre tú y yo debido a esto. Sigues siendo mi mejor amigo, sigues siendo mi

hermano. ¿Lo entiendes? Por favor, dime que sí.»

—¿Qué, Bear? —me pregunta Otter en voz baja, esperando.

Creed nos observa con curiosidad. Las palabras pueden salir, sé que pueden. Sé que pueden.

—Nada —murmuro, soltándole el brazo.

Otter me mira durante un momento más, con los ojos impregnados de tristeza. Luego se encoge levemente de hombros y sale de la cocina. Le sigo con la mirada y me parece una eternidad.

—¿Así que el Chico lo sabe? —dice Creed, completamente ajeno a la caída del mundo—. Como he dicho antes, lo siento, tío. No sé en qué estaba pensando.

—Yo también lo siento —susurro.

En que Bear y el Chico conspiran y hacen planes (y escriben poemas malos)

—¿Qué voy a hacer? —gimo entre mis manos—. Es como si pudiera ver que soy franco y sincero en todo, pero no reconociera a esa persona. Y me temo que si no puedo hacerlo, Otter se sentirá frustrado y se irá. ¿Cómo diablos me he metido en esta situación?

Estoy sentado en el sofá de mi casa dos días después del fiasco que resultó el regreso al hogar de Creed. He estado dándome de tortas durante las últimas cuarenta y ocho horas, reproduciendo la expresión en la cara de Otter una y otra vez hasta que ya no puedo soportar verla. Así que, naturalmente, justo cuando creo que lo he superado, vuelve a aparecerse dentro de mi cabeza, y sus ojos muestran algo que no es posible expresar con palabras. La culpabilidad ha estado royéndome por dentro. No duermo ni como. No puedo funcionar a un nivel cotidiano normal como debería. Me he pasado los dos últimos días envuelto en una bruma impregnada de Otter y, a menos que consiga algún alivio temporal, voy a volverme loco. No le he visto desde que me llevé a Ty a casa esa noche. Hemos hablado por teléfono, pero estos dos días he tenido que trabajar hasta tarde y no se me ha presentado ninguna oportunidad de arrojarme a sus pies y pedirle perdón. No se me escapa lo que parezco, podéis creerme. No me he comportado nunca antes así, ni siquiera con Anna. Con ella, si alguna vez cometía una estupidez y se enfadaba conmigo, siempre sabía que me lo perdonaría. Solo tenía que dejarle su espacio, y finalmente me llamaba, al día siguiente o al cabo de una semana. Así es como funcionábamos. Pero ahora, con Otter, solo han transcurrido dos días y hemos mantenido una breve conversación en la que no se ha dicho nada importante, y estoy que me subo por las paredes. Me siento patético.

La cara que corresponde al oído hacia el que me inclino se recuesta en su silla, con las piernecitas colgando sobre el borde sin tocar el suelo. Ty se pone una mano debajo de la barbilla y se rasca la mandíbula con aire pensativo. Puedo ver que está pensando, concibiendo algo, y no puedo evitar sentir un resquicio de esperanza abriéndose en mi interior. Esa sensación es extinguida de inmediato por la idea de que estoy esperando que mi hermanito de nueve años resuelva la crisis de mi recién descubierta sexualidad y mi... novio, por el que aparentemente suspiro como si tuviera doce años. Bueno, cuando menos sé que soy patético.

—Así que hemos decidido que aún no estás preparado para decírselo a la gente —señala el Chico prosaicamente—. Y no sabemos cuándo estarás preparado, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Y sabemos que Otter te prometió que se adaptaría a tus condiciones (por injusto que sea eso), y que respetaría tu decisión de no revelar a nadie lo vuestro, ¿verdad?

Asiento de nuevo, pasando por alto su comentario.

—De modo que crees que Otter está furioso contigo porque tuviste la oportunidad de decir algo y

no lo hiciste. Y tú estás furioso con Otter porque crees que te está empujando hacia ese algo aunque te prometió que no lo haría. Pero, al mismo tiempo, eres respetuoso con la situación en que le has puesto porque él no ha tenido que ocultar quién es ni con quién está durante años, y te das cuenta de que eso le agobia.

Asiento, queriendo al Chico más de lo que podría expresarle.

—Así que ahora debes encontrar un modo de volver a hacer feliz a Otter y, al mismo tiempo, hacerte feliz a ti y también asegurarte de que es una felicidad que durará hasta que estés dispuesto a confesar la verdad a personas que seguramente se enfadarán porque se la has ocultado durante tanto tiempo. Y con esto, también quieres averiguar qué necesitarías para estar dispuesto a hablar a la gente de lo vuestro, pero antes debes entender por qué flipas tanto con eso porque, a la larga, quieres que los demás sepan lo de tu relación con Otter, pero solo por el simple motivo de que quieres que Otter y tú podáis vivir sin tener que preocuparos de qué secretos guardáis y quién los conoce. —Se interrumpe y respira hondo—. ¿Crees que esto abarca el problema?

Asiento sin firmeza.

El Chico suspira.

—Bear, es evidente.

Me sobresalto.

—¿Ah, sí?

Sacude la cabeza.

—No me puedo creer que hayas estado cavilando esto durante los dos últimos días y aún no hayas llegado a esa conclusión. Te he escuchado los últimos veinte minutos y hasta yo sé qué debes hacer.

—¿Qué? —casi grito—. ¡Dime qué debo hacer!

—Quieres que Otter esté contigo, ¿no?

Hago una mueca, pero lo admito.

—¿Y quieres que sea feliz?

—Sí.

—¿Y quieres poder hacer algo por él que le haga saber lo que sientes por él?

—¡Sí! —contesto, prácticamente jadeando.

—¿Y si te digo lo que debes hacer, no vas a cuestionarlo sino que harás lo que te diga porque en el fondo sabrás que tengo razón?

—¡Lo juro por Dios, Ty!

El Chico me mira fijamente a los ojos.

—Debes decirle que le quieres. No se lo has dicho nunca antes. Debes tenerlo delante, y debes decirle cuánto le quieres y que no sabes qué harías sin él.

—Bueno, tanto no sé yo —respondo con evasivas.

—¡Bear! —me grita el aspirante a ecoterrorista—. Acabas de jurarlo. Por Dios. No puedes decirle a un niño que juras algo por Dios y después no hacerlo. De hecho, podrías traumatizar mi infancia. —Se queda con la mirada perdida y una expresión melancólica en la cara—. Por no decir que seguramente nunca podría tener una relación normal cuando fuera adulto. Viviría siempre contigo

y me convertiría en una solterona que solo tiene gatos.

Le miro con asombro.

—Tú detestas los gatos.

Pone los ojos en blanco.

—Sí, bueno, ahora sí. Pero no tendré más remedio. Pero creo que será inevitable. Y seguramente tendré que organizar fiestas de cumpleaños para mis compañeros felinos y hacerles pasteles de Fancy Feast. Y todo porque incumpliste tu juramento por Dios.

Me noto las manos sudorosas cuando me las froto.

—Ty —digo—, no puedo hacerle venir y decirle: «Hola, gracias por haber venido. ¿Me das tu chaqueta? Ah, por cierto, te quiero, así que, por favor, no estés enfadado conmigo.» —Niego con la cabeza—. Parecería un retrasado.

—Bueno, claro que no —responde el Chico con voz pueril—. Tienes que hacer algo especial por él. Por Dios, Bear, ¿no sabes nada sobre el amor? Has tenido una novia y un novio; creo que deberías haber aprendido algo.

—Conozco el amor —replico—. Puedo ser... romántico si quiero.

El Chico se reclina en su silla, y su camiseta con la leyenda LA CARNE NO ES LIMPIA se le sube por un costado.

—Está bien —dice torciendo el gesto—. Si eres una persona tan apasionada, ¿por qué no me dices qué crees que deberías hacer?

Se entrelaza las manos sobre el estómago y me sonrío satisfecho.

—De acuerdo —digo con cierta vehemencia—. Te diré lo que haré. Voy a... Vale, espera un momento. Bueno, no, eso es patético. Podría... espera, no, creo que eso es ilegal en este estado. Podría... hacerle... ¿algo? —concluyo mirando al Chico, que me hace un gesto con la mano incitándome a continuar—. Podría... ¿hacerle la cena? Y... podría haber... ¿velas? —Asiente y vuelve a agitar la mano—. Y podríamos... hacer... ¿algo más? Demonios, Ty, ¡yo no soy una máquina! No puedo pensar algo en el acto.

Sacude la cabeza.

—Bear, eres muy afortunado de tenerme a mí —dice muy serio.

—Lo sé —le tranquilizo.

Se reclina en la silla, y me divierte ver su porte altivo mientras conduce el futuro de mi presunta vida amorosa. Tarda un poco en hablar, y eso me concede un momento para meditar la situación en la que me encuentro ahora. Si alguien me hubiera dicho hace unos años que estaría sentado en el suelo de este piso esperando a que el Chico resolviera la manera más óptima de decirle al hermano de mi mejor amigo que le quiero, habría creído que esa persona tenía una fuerte adicción al crack. Hay una agitación nerviosa en mi interior, un zumbido de impaciencia por lo que el Chico y yo estamos planeando. «¿De verdad tendré que decirle a Otter que le quiero? —pienso—. ¿Servirá eso para arreglar algo? —Constato con una pizca de diversión que nunca pongo en duda el hecho de si le quiero o no—. Bueno, por lo menos eso está claro», me digo con ironía.

A Ty se le encienden los ojos, se endereza en la silla y da una palmada.

—¡Ya sé qué hacer! —exclama—. ¡Bear, me deberás mucho después de esto!

—¿Qué? —digo, entusiasmado y aterrado a la vez.

—Bien, has dicho que querías hacerle la cena a Otter, ¿no es así?

—Cierto.

—Y los dos sabemos que la cocina se te da sorprendentemente bien, ¿no?

—Oh, gracias. Pero es cierto.

Hace caso omiso y sigue adelante.

—Pues esto es lo que haremos...

La idea de Ty era brillante. Era algo al estilo de las películas románticas de Hollywood exageradas y cursis. Juro por Dios que el Chico conquistará el mundo cuando se haga mayor. Vale, borrad eso; seguramente lo conseguirá dentro de los próximos cinco años. Sin embargo, como he dicho, la idea era asombrosa, pero la ejecución..., bueno, la ejecución deja bastante que desear.

Maldita sea.

Bien, antes de dejar que veáis cómo hago el más espantoso de los ridículos, permitidme que os ponga al corriente de todo el tinglado.

Ty sugirió que nos lo jugáramos el todo por el todo en esto. Su filosofía era que si tienes que hacer algo como decirle a tu novio por primera vez que le quieres, más vale ser ambicioso o bien quedarse en casa. Le conté cómo Otter me lo había dicho a mí por primera vez, y no fue nada sofisticado. Me había hecho relatar la historia de unos días atrás, cuando prácticamente le había suplicado a Otter que lo dijera. Cuando terminé, el Chico comentó que le parecía fabuloso, y luego se rio disimuladamente. Yo le dije que no entendía nada. Ty respondió que me callara y le escuchara, pues no sabía de qué estaba hablando. Le dije que actuara de acuerdo con su edad. Él replicó que me aplicara el cuento. Decidí callar y escucharle. Ahora creo que solo estaba siendo obsceno.

La idea de Ty seguía consistiendo en que le hiciera una cena a Otter, pero matizó que si bien preparar una cena es bonito en sí, no basta. Dijo que teníamos que hacerlo en la playa, delante del océano y bajo las estrellas. Pretendía llevar una mesa, instalarla en la arena, cubrirla con un mantel blanco y hacer que nos vistiéramos con nuestras mejores galas (me miró con cierto desdén cuando dijo esto último y entonces me preguntó si tenía ropa elegante), poner velas y música, y mientras él hablaba traté de imaginarme todo esto en mi cabeza y fui incapaz de verme haciendo nada de eso, que en qué diablos estábamos pensando, y estuve a punto de coger el teléfono y decírselo a Otter en aquel mismo momento. Así se lo anuncié al Chico, y ya había cogido el móvil y me disponía a marcar el número de Otter cuando Ty me arrebató el teléfono y amenazó con decirle a Otter que me gustaba que me azotaran durante el sexo.

Esto nos llevó a una larga digresión en la que le obligué a explicarme cómo sabe que a determinada gente le gusta que la azoten durante el sexo. Contestó que tal vez lo había oído decir mientras veía la MSNBC. Le dije que estaba castigado sin ver los canales de noticias durante una semana. Aquí es donde toda esta consulta debería haber terminado, pero entonces me vi obligado a explicar qué es el sadomasoquismo y el *bondage* a mi hermano pequeño, que insistió en el tema y luego se quedó mirándome con creciente horror cuando por fin se lo expliqué. Entonces me percaté

de que tal vez me había excedido, y durante los cinco minutos siguientes tuve que jurar por Dios que no había intentado ni intentaría nunca hacer nada semejante. Ahora es posible que Ty sea el único niño de nueve años que ha oído expresiones como «anillo para el pene» y *fisting*. Mis competencias parentales no tienen precedentes.

Cuando por fin volvió a mirarme a los ojos, sabía que la única manera en que podía recobrar su confianza (diga lo que diga, sé que ahora el Chico cree que me gusta que me azoten) consistía en llevar adelante su plan. Me pregunté en voz alta cómo íbamos a conseguir que Otter se pusiera ropa elegante y fuera a la playa sin darle ninguna pista de lo que se estaba cociendo. El Chico dijo que llamaría a Otter y le indicaría cuándo y adónde ir. Traté de escabullirme sin mucho entusiasmo de nuevo argumentando que si alguien nos veía, ¿no daría eso al traste con nuestro propósito de guardar el secreto? El Chico respondió aduciendo que ambos conocíamos un pequeño tramo de playa al que nunca iba nadie. ¿Y Ty? ¿Dónde estaría mientras yo hacía todo eso? Parece que esa era la ocasión perfecta para que me preguntara si podía ir a esa maldita acampada con Alex y su familia el miércoles, al salir de la escuela. Me di cuenta de la habilidad con que el Chico había urdido ese plan, y me habría sentido fastidiado si no hubiera sido tan bueno.

Miércoles. ¿Algún día ha parecido nunca tan siniestro? Miér-co-les. Le dije al Chico que creía que «miércoles» era la denominación en latín de Satanás, y que seguramente no deberíamos hacerlo entonces porque podía traer mal fario. Entonces el Chico procedió a explicarme que la palabra «miércoles» proviene de la expresión latina *Mercurii dies* y que significa «día de Mercurio», que en la mitología romana era un dios muy importante del comercio (jamás sabré cómo demonios sabe estas cosas). Luego me dijo que dejara de comportarme como si fuera una chica. Esto le hizo gracia, y me preguntó, entre risas, si yo era la chica en mi relación con Otter. Fruncí el ceño y le tiré un cojín a la cabeza.

Así que el Chico llamó a Otter y le indicó adónde tenía que ir y qué ropa ponerse. Intenté escuchar la conversación, pero Ty me lanzó miradas irritadas hasta que se encerró en el baño, abrió el grifo y la ducha y descargó la cisterna reiteradamente para ahogar sus susurros. Yo aporreé la puerta y grité que Al Gore le patearía el culo por malgastar tanta agua. Al cabo de cinco minutos salió y me dijo que, en primer lugar, Al Gore dejó de ser influyente cuatro años atrás, y segundo, que no había revelado nada a Otter. Pero añadió que había una nueva condición y era que no podíamos llevar zapatos. Arqueé una ceja al oírlo, y él dijo que eso no pretendía ser más romántico, sino más práctico. Comentó que Otter había tratado de averiguar qué tramaba, pero el Chico le hizo prometer que no le haría más preguntas a él ni a mí. Otter lo prometió.

Repasamos todo lo que tenía en mi armario, y Ty iba desanimándose cada vez más a medida que íbamos adentrándonos entre los percheros. Finalmente sacó la última prenda del armario, con la habitación en completo desorden, y se sentó en el suelo sacudiendo la cabeza y preguntando por qué no tenía ni un solo traje. Le dije que no era lo bastante pretencioso. Replicó que yo ni siquiera sabía qué significaba aquella palabra. Le dije qué significaba. Masculló durante unos minutos hasta que abrió los ojos como platos, se levantó de un salto del cráter de ropa que había hecho y enfiló el pasillo a la carrera. Le oí dirigirse hacia la antigua habitación de mamá. Esto me extrañó, porque nunca entra allí por nada. Me levanté y le seguí. Ví que había abierto la puerta del armario. Me

pregunté qué buscaba, porque nuestra madre se había llevado la mayor parte de su ropa, y aunque no lo hubiera hecho, yo no tenía intención de ponerme nada suyo. Abrí la boca para decirle al Chico que sí, que me disponía a decirle a un tío que le quería, pero eso no significaba que tuviera que hacerlo ataviado con un vestido de segunda mano y tacones. Antes de que pudiera hablar, soltó una interjección triunfal y se apartó del armario, sosteniendo un esmoquin que estuvo de moda veinte años atrás. Había olvidado que estaba allí. Pertenece al papá de Ty y se había quedado allí con otras cosas cuando él y nuestra madre habían dejado de hacer lo que quiera que hubieran estado haciendo. Mi mamá había dicho que no tenía valor para tirarlo y que creía que Ty quizá se lo pondría el día de su boda. Recuerdo que miré a mi madre con cierto respeto. Desde luego, se extinguió de inmediato cuando siguió diciendo que quería que Ty lo llevara el día de su boda como recordatorio para no ser nunca un maldito hijo de puta cabrón como lo fue su padre.

Ty abrió la cremallera de la bolsa que contenía el esmoquin y olía un poco a rancio, pero el Chico dijo que Febreeze exterminaría cualquier hedor. Le dije que no pensaba ponérmelo. Respondió que me callara y que me lo probara. Lo hice, y cuando me planté frente al espejo, el traje me quedaba sorprendentemente bien (¿de qué otra forma podría ir este cuento de hadas?). Me quedé pasmado al ver el magnífico aspecto del reflejo que me devolvía la mirada. Habíamos prescindido de la pajarita porque era de tela escocesa (o por lo menos Ty había prescindido de la pajarita porque era de tela escocesa; en mi opinión daba un aire muy retro) y también de la faja a juego. Lo que nos quedaba era un esmoquin negro con una camisa blanca que Ty me obligó a ponerme. Empecé a hacer malas imitaciones de James Bond en el espejo, y Ty me advirtió que si hacía eso en la playa con Otter me quedaría solo para siempre. Paré. Cuando miré al Chico para ver si me daba su aprobación, sonrió y dijo que estaba casi presentable.

Lo rociamos pródigamente con Febreeze.

Los siguientes días transcurrieron en estados alternos de pánico y preparación. Otter me llamó tropocientos veces para preguntarme qué estábamos tramando el Chico y yo, y luego me hizo jurar que no le diría a Ty que había roto su promesa. Le contesté que no sabía de qué estaba hablando. Me llamó embustero. Yo le llamé gilipollas. Me preguntó si podía venir a casa, pero le dije que no, que estaba ocupado. En realidad estaba ocupado preparándome para todo aquello, pero tampoco quería verle hasta el día de autos. No quería estropear la sorpresa, sabiendo en realidad que no deseaba vomitar sobre él cuando apareciera en mi piso. Otter llamó una hora después, mostrándose receloso, y nuevamente exigió saber por qué Ty le había dicho que se pusiera un esmoquin sin zapatos y fuera a la playa a las ocho de la noche siguiente. Le repetí que no tenía ni idea de qué estaba hablando. Gruñó a través del teléfono, en voz baja y entrecortada, y acabó siendo la primera vez que he tenido sexo telefónico. Un asunto sucio.

Ty aprobó el menú (todo frío, lo cual facilitaría la preparación y el traslado a la playa) y el corte de pelo (intenté escabullirme, pero le dijo a Sam, el tipo que me había estado cortando el pelo desde que era un bebé, que me lo dejara lo más corto posible sin que se me vieran las ideas; cuando hubo terminado, yo estaba pelado y horrorizado y el Chico sonreía satisfecho). Aprobó la mesa (una mesa de juego grande y negra de la tienda de muebles), el mantel (blanco) y las velas (largas y ahusadas; yo quería que fueran perfumadas, pero dijo que esas son para cuando la gente come carne y tiene que

cagar; no me tomé la molestia de explicar que yo hago ambas cosas). Aprobó la música (un hilo musical de fácil escucha que no estorbara la conversación), las flores (yo dije que nada de flores; él dijo que, tanto si es gay como heterosexual, a la gente le gustan las flores, y convinimos dos rosas) y mi etiqueta (por lo visto, según el lord británico dieciochesco que parece estar atrapado en el cuerpo de mi hermano menor, mis modales a la mesa dejan algo que desear, y por increíble que pueda parecer, los codos no corresponden nunca a una mesa). Yo le hacía básicamente las veces de chófer mientras nos desplazábamos de un lado a otro, preparando todo lo que ya tenía previsto dentro de su cabeza. Lo único que dejó a mi cargo era qué le diría exactamente a Otter (pero me recomendó que fuera escueto y dulce. Ah, y también que lo dijera después de comer. Y que le mirara a los ojos. Y que no pusiera los codos sobre la mesa cuando lo hiciera. Y que acaso debería rimar, ya que estaban aprendiendo poesía en la escuela).

Así pues, mientras llevaba a mi hermanito y pensaba en su noche de ensueño en la que iba a entregar a Otter la llave de mi corazón (palabras literales tuyas, no mías), me dejaba llevar por el pánico en silencio y componía versos malos. Normalmente se me da bastante bien escribir poemas y letras de canciones que jamás cantaré, pero aquello era espantoso. Por ejemplo:

*Yo te quiero
Tú me quieres
Doy gracias a Dios
Soy muy feliz*

Y el preferido de Ty (al que contribuyó):

*¡Otter! ¡Otter! ¡Otter!
¡No llesves vacas al matadero!
Tengo que decirte que te quiero
Debería habértelo dicho antes
¡Y tú no deberías probar las carnes!*

Ty me preguntó si captaba el mensaje subliminal de su poema. Le contesté que era claro y contundente.

Así pues, llevado por el pánico, preparé la noche más sofisticada y prodigiosamente aterradora de mi vida. Pensé que dispondría de suficiente tiempo para hacer todo lo que debía hacer. Pero entonces llegó el miércoles, y dejé a Ty en la escuela para su último día. Después ya era la tarde del miércoles, recogí a Ty de la escuela, le llevé a casa de los Herrera y lo dejé allí. Anduve aturdido todo el tiempo que transcurrió entre que le acompañé a la escuela y le recogí. Antes de apearse, me hizo revisar la lista, y una vez que estuvo satisfecho de que me había acordado de todo (y después de decirle por tres veces que no pensaba utilizar su poema) me dio un abrazo, me susurró al oído que me quería y me dijo que volveríamos a vernos el domingo cuando regresaran. Para que os hagáis una idea de lo nervioso que estaba, solo le hice prometer dos veces que me llamaría para hacerme saber que estaba bien. De acuerdo, y dos veces en el coche de camino hacia allí. En realidad se lo dije cuatro veces, y fue cuando estábamos aparcados delante de la casa de su amigo, pero vamos, puedo ser un desastre sin dejar de ser un buen hermano mayor.

Volví a casa y durante un par de horas estuve andando de acá para allá. Luego, como no tenía más

remedio, lo cargué todo en el coche y me dirigí hacia la playa. Cogí el poema de Ty, por si acaso. El trayecto hasta allí me llevó escasamente unos diez minutos, pero fueron los diez minutos más largos de mi vida. Solo empleé quince minutos en descargar el coche, pero fueron los quince minutos más largos de mi vida. Tardé veinte minutos en disponerlo todo, y fueron los veinte minutos más cortos de mi vida. Para mi horror. Ya eran las ocho menos cuarto, me cambié apresuradamente en el mismo coche y me rocié con una colonia que había elegido Ty. Empecé con un chorrito, pero no me pareció suficiente, así que acabé echándome sin querer otros seis.

Regresé a la playa con la intención de esperar, oliendo a un accidente en la sección de perfumería. Cuando coroné el promontorio que presidía el lugar en el que había puesto la mesa, los últimos rayos de sol se proyectaban sobre el océano. Bajé los ojos y vi el mantel blanco ondeando suavemente en la brisa, la luz de las velas parpadeando, y oí la música ascendiendo tenuemente hacia mí, y de repente comprendí por qué Ty es un genio. Era perfecto. Todo en aquel escenario era perfecto para un *reality show* de citas.

Esperé en la playa, y a las ocho en punto oí un coche que se paraba. Cogí una flor, me situé delante de la mesa, levanté la vista hacia la loma y vi a Otter alcanzando la cima, donde yo había estado momentos antes. Vestía también un esmoquin, y sonreí divertido al comprobar que no llevaba pajarita, faja ni zapatos, como obedeciendo órdenes. Bajó la mirada hacia mí, y su sonrisa fue tan amplia que casi partió el mundo en dos. Descendió lentamente del promontorio y se plantó frente a mí. Le hice una leve reverencia (por Ty) y le ofrecí la rosa. Se echó a reír por lo bajo, la aceptó y me besó intensamente en los labios, y fue agradable, y me percaté de cuánto le había echado de menos durante los últimos días y cuán dispuesto estaba a hacer cualquier cosa por él. Si Creed hubiera aparecido entonces, se lo habría contado todo. Si Anna hubiera aparecido entonces, lo habría dicho de todos modos.

Justo cuando se apartaba, con la sonrisa torcida en el rostro, el fulgor verde dorado, conteniéndome en una mirada tal que estuve a punto de soltarlo de repente, me di cuenta de que le quería pura y llanamente. No es cosa de lógica ni de función. Es cosa de mi corazón.

Así pues, todo es perfecto, ¿no? Hasta el último detalle. Todo iba muy bien. Y entonces todo sucedió a la vez.

—Esto, ¿Bear? —me dijo Otter.

—¿Sí? —respondí, mirándole a los ojos.

—Hay una gaviota comiéndose nuestra cena —me dijo, y fue lo más romántico que había oído nunca.

—Lo sé, Otter. Y es por eso que he hecho todo esto. Prometí a Ty que no lo diría ahora, pero tengo que hacerlo. Otter, te... Espera, ¿una qué?

Señaló por encima de mi hombro. Me volví y vi que una gaviota se había posado sobre la mesa y picoteaba la comida que yo había dispuesto con tanta delicadeza y esmero. Abrí los ojos como platos, chillé de cólera y eché a correr hacia el estúpido pájaro que lo estaba estropeando todo. Otter se reía a mi espalda, y tuve la intención de matar al pájaro y luego a él. Llegué a la mesa y me puse a dar palmadas con fuerza, tratando de ahuyentar a la gaviota. Despegó de un salto y volvió a aterrizar sobre la mesa. Agité las manos frente a ella, hinchando el pecho para parecer más grande. El pájaro

se asustó, retrocedió y tumbó los vasos y dos velas. Estas cayeron sobre la mesa y prendieron fuego al mantel en el acto. La gaviota batió las alas, empezó a levantar el vuelo y tiró las otras dos velas, que encendieron el lado opuesto del mantel. Me quedé paralizado, con la mirada fija en la mesa, oyendo al pájaro alejarse volando y oyendo la estruendosa risa de Otter detrás de mí. El reproductor de CD pasó a otra canción, una versión descafeinada, de hilo musical para ascensores, de *Achy Breaky Heart* de Billy Ray Cyrus, y no supe cómo la velada podía ir peor. Cogí un vaso y corrí hacia el océano, resuelto a conseguir agua marina para extinguir el fuego con el fin de poder sentarnos y comer la cena que la gaviota no se había zampado. O pisoteado. O defecado encima. Llené el vaso hasta arriba, y cuando regresaba para verter el agua el cielo sobre nuestras cabezas se abrió. Las nubes, que tan lejanas parecían cuando había llegado allí, se habían cernido sobre nosotros y ahora descargaban una lluvia como no había visto nunca caer del cielo. Me quedé a medio metro de la mesa, con el vaso en la mano, contemplando cómo las llamas se apagaban bajo la lluvia. *Achy Breaky Heart* enmudeció cuando el reproductor de CD se cortocircuitó con un chisporroteo, y lo único que podía oír era la lluvia y a Otter tratando de recobrar el aliento cuando su risa se extinguió.

Y es ahí donde estamos ahora. Una idea brillante, una ejecución pésima.

Otter se me acerca, aún riéndose entre dientes, con el pelo aplastado contra la frente y la chaqueta del esmoquin calada hasta la piel. Se planta frente a mí, me quita el vaso de la mano y lo deja sobre la mesa. Me sostiene el rostro con su mano, se inclina hacia delante y me besa suavemente en los labios. Se aparta, dibuja su sonrisa y me levanta una mano; veo que todavía sujeta la rosa y ahora la pone en mi mano. Vuelvo a mirarle a los ojos.

—Otter, Otter, Otter —murmuro.

—¿Sí, Bear? —dice él maravillosamente.

—No lles vacas al matadero —digo.

Arquea una ceja.

—¿Cómo?

Respiro hondo.

—Te... quiero y sé que debería habértelo dicho antes.

Sus ojos se dilatan ligeramente.

—Espera, ¿qué? ¿Qué tú... me...?

Sacudo la cabeza.

—Pero no debes probar las carnes.

—Bear, ¿qué diablos? ¿Has hecho... una rima?

Asiento con la cabeza.

—Lo he escrito yo. Ty me ha ayudado. Ha aprendido poesía en la escuela.

Se inclina y me besa de nuevo; su boca sabe a lluvia. Vuelve a apartarse, pero solo lo suficiente para poder hablar. Abro los ojos, los suyos están abiertos y, Dios mío, lo son todo.

—¿Era para mí? —susurra sobre la lluvia.

—Sí.

—¿Y has querido decir lo... que acabas de decir?

No vacilo.

—Sí, he querido decirlo. Te quiero, Otter.

Apoya su frente contra la mía.

—Yo también te quiero, Bear —dice.

Y entonces sus labios se posan sobre los míos, estamos ardiendo y abrazamos el mundo.

En que Bear ve el ojo de la tormenta

Así que lo dije.

Lo dije y me resultó más fácil de lo que esperaba, más fácil de como debería haber sido. Hubo un momento esa noche, cuando entró en mí por primera vez, que me sentí más lleno que nunca. No trato de ser gráfico ni nada, porque no necesariamente lo digo en el sentido sexual. Bueno, sí, supongo que en cierto modo lo digo en ese sentido, ya que noté un pellizco y después dolor, pero luego lo superé y fue como si flotara sobre mí mismo, separado y elevado. Solo tenía una vaga sensación de lo que me estaba ocurriendo, pero después una oleada me sacudió de los pies a la cabeza, regresé de golpe a mi cuerpo y lo capeé en medio de una confusión de jadeos y manotazos. Cuando me corrí (sin tocarme siquiera, ¿cómo es posible?), algo estalló en mi interior al disparar hacia mi pecho, y mi cerebro, ebrio de placer, solo podía pensar en Dios creando el universo. Primero no había nada y después existía todo. Otter me sujetó mientras mi cuerpo se balanceaba y se sacudía, y por primera vez me di cuenta de que existen los terremotos buenos, que mientras dispongas de algo con lo que anclarte a ellos, el movimiento del mundo puede ser algo maravilloso. Todavía me daba un miedo atroz, pero no estaba dispuesto a dejar que eso me lo arrebatara. Ya no.

De modo que rápidamente e inevitablemente, los días pasaron.

Otter mantuvo su promesa y no intentó presionarme en nada. Creo que es debido a que Ty tenía razón, que Otter solo necesitaba oír qué era lo que sentía realmente por él. Cualquier tensión que persistiera se esfumó, y pudimos descubrir qué habíamos querido decir cuando habíamos vocalizado nuestros sentimientos recíprocos. No transcurrió ni un solo día, tanto si nos peleábamos como si no, sin que yo no supiera lo que él sentía por mí. Intenté asegurarme de que él pensara lo mismo.

Reflexionaba a menudo en lo distinto que fue para mí y él de como había sido para mí y Anna. Aún recordaba la primera vez que le había dicho a Anna que la quería. Teníamos quince años, fue dulce y lo dije de verdad, con toda la sinceridad con que un chico de quince años podría decirlo. Ella me había obsequiado con una sonrisa, luego me pellizcó en el brazo y me dijo que ya lo sabía. Entonces me sentí en la cima del mundo. Con Otter, sin embargo, superé la cima mucho tiempo atrás. Ignoraba que una persona pudiera sentir tantas cosas por otra sin llegar a estallar.

Como he dicho, Otter mantuvo su promesa, y por más que sabía que seguramente eso le suponía una carga, no podía menos que admirar su paciencia. Yo, en su lugar, probablemente me habría echado a patadas una y otra vez. No me interpretéis mal: todavía se exasperaba a veces, en momentos en los que me dejaba llevar por el pánico y estaba seguro de que todo el mundo estaba enterado de lo nuestro y murmuraba a nuestras espaldas. Pero ya nunca vi esa sombra atravesar su rostro desde aquella noche en la playa. Yo había sido el que la había causado, y era el único que habría podido llevársela.

Durante los dos meses siguientes mi vida cambió, de maneras que nunca había creído posibles.

Ty regresó de su acampada el domingo siguiente a la cita más calamitosa a la que había comparecido nunca. Hablé con él infinidad de veces durante su excursión, y por más que él preguntó, me negué a contarle lo ocurrido. Me gritaba al teléfono y exigía hablar con Otter. Yo me despedía y colgaba. Al cabo de unos segundos sonaba el móvil de Otter, y Ty seguía quejándose al ver que también contestaba yo. Aquel domingo Otter y yo fuimos a casa de los Herrera y nos hizo gracia ver a Ty sentado en el bordillo junto a sus bolsas, con el ceño fruncido y sacudiendo la rodilla con impaciencia.

—¿Y bien? —dijo cuando abrió la puerta delantera del pasajero del Jeep de Otter y se sentó en mi regazo.

Le abracé.

—Hola, Chico —dije alegremente—. ¿Cómo ha ido la excursión?

No me hizo caso y miró a Otter.

—¿Y bien? —insistió.

Otter sonrió.

—¿Te lo has pasado bien de acampada?

Ty nos miró irritado a mí y a Otter. Pude oír a Otter esforzándose por mostrarse serio. Yo trataba de pensar en cosas tristes y desagradables para mantener la risa a raya. Había empezado a reproducir una y otra vez dentro de mi cabeza la escena en la que disparaban a la mamá de Bambi cuando el Chico me sonrió maliciosamente, se volvió hacia Otter y dijo:

—A Bear le gusta que le azoten durante el sexo.

Se hizo el silencio dentro del coche, y entonces Otter ya no pudo contenerse más y estalló, lo que me hizo echarme a reír a mi vez. El Chico masculló entre dientes mientras nos miraba a los dos como si estuviéramos chiflados. Cuando por fin pudimos calmarnos (pero no antes de que Otter me lanzara una mirada henchida de lujuria que me anunció que ya hablaríamos de eso más tarde), me incliné hacia delante, envolví al Chico entre mis brazos y le conté lo increíblemente mal que había ido. Llegué a la parte en la que le dije que había recitado su poema, y se le iluminó la cara con un resplandor tal que me hizo reír de nuevo.

—¿Captaste el mensaje adicional de lo que escribí? —preguntó a Otter cuando hube terminado.

Otter sonrió y le revolvió el pelo.

—Claro que sí, Chico. Por eso te llevaremos ahora a cenar a un asador. Bienvenido a casa.

El Chico se echó a reír sin parar.

Anna y yo volvimos a hablarnos, unas tres semanas después de que el Chico regresara a casa. Surgió de la nada, por cuanto ambos aún teníamos la involuntaria intención de evitarnos uno al otro. Cada semana yo iba a trabajar y contenía el aliento cuando sacaba el horario para la semana siguiente, rezando para que estuviéramos en turnos distintos. En su mayor parte, funcionaba así. Si ella trabajaba durante el día, yo lo hacía por la noche, y viceversa. Claro que nuestros caminos se entrecruzaban de tarde en tarde, pero solo unos momentos, y nunca hubo diálogo entre los dos. Yo sabía que había sido ella quien había hecho eso, acudir al encargado de programación y pedir que

trabajáramos en turnos distintos. Me sentía aliviado y triste a la vez. En aquellos breves momentos en que la veía, ambos estábamos tan ocupados ignorándonos que nunca nos tomamos el tiempo para probar la temperatura del agua, para ver si alguno de los dos sería receptivo a algún tipo de contacto. Para ser franco, por injusto que parezca, había empezado a dejar que se alejara discretamente de mí. Aún había veces en las que escudriñaba el horario y otras veces en las que suspiraba con alivio, pero eso era todo. En realidad nunca creí en ojos que no ven, corazón que no siente, pues las dos únicas personas en el mundo que se habían encontrado en esa situación (Otter y mi mamá) siempre habían estado presentes en mis pensamientos. Una de ellas había vuelto conmigo, y la otra no lo haría nunca.

Así pues, imaginad mi sorpresa cuando llegué al trabajo una noche para cubrir la última mitad del turno de cierre para hacerle un favor a un amigo y me encontré a Anna haciendo también el turno de cierre. Y no solo eso, sino que además sería la última empleada trabajando allí de las nueve a las once de la noche de un martes, cuando menos actividad había. Maldije en silencio cuando la vi al llegar y solté una palabrota cuando Mary, la otra cajera, asomó la cabeza dentro del despacho y anunció que se marchaba a casa.

—Está bien —murmuré, rompiendo sin querer el lápiz con el que había estado rellenando órdenes de compra.

—¿Sabes?, esta podría ser una buena ocasión para ti —dijo desde la puerta, aparentemente divertida.

—¿Una buena ocasión para qué? —pregunté, sin molestarme en levantar la vista.

—Para ir a hablar con Anna, Bear —me contestó—. No os habéis hablado desde...

Se interrumpió.

Fue entonces cuando levanté los ojos, con recelo.

—¿Desde cuándo?

Tuvo la suficiente educación para sonrojarse.

—Ya sabes —dijo, inquieta—. Desde que rompisteis y eso.

—No sabía que le incumbiera a nadie más que a nosotros —repuse con frialdad.

Mary se encogió de hombros.

—No me contó los detalles, Bear, si es eso lo que te preocupa. Lo que quiero decir es que habéis estado juntos desde antes de que supierais lo que eso significaba. ¿No crees que se merece algo?

—¿Cómo qué? —inquirí, sin molestarme en disimular la cólera de mi voz—. ¡Ella rompió conmigo!

Mary me miró fijamente a los ojos.

—¿Qué hiciste para darle motivos para hacerlo?

Bajé los ojos a los papeles que tenía delante y me puse a escribir de nuevo.

—Nada —gruñí.

Ella suspiró.

—Bear, solo... trata de no ser machista en esto. A veces lo mejor que un chico puede hacer es admitir que se ha equivocado e intentar compensarlo. ¿Sabes cuántas veces hemos roto Frank y yo?

Frank era su novio motero, el único motero en todo Seafare. Era grande y fornido (una especie de oso, si queréis) y llevaba botas con puntera de acero, zahones y una chaqueta de cuero llena de

flecos. Pero decir que eres el único motero de Seafare es como decir que eres el chico más inteligente de un curso correctivo. Gran cosa.

—No es lo mismo —respondí a Mary, deseando que dejara el tema—. Esta vez se ha terminado.

—¿Quieres que haya terminado? —me preguntó con curiosidad.

Vacilé, solo un momento, pero enseguida me sentí culpable. Sí quería que terminara, y sabía que jamás regresaríamos al sitio en el que estábamos, pero que era más por mí que por ella. Aunque ella me aceptara de nuevo, y aunque yo quisiera volver, sabía que durante el resto de mi vida sería consciente de que algo fallaba, de que me faltaba una pieza fundamental de mí que completaba el rompecabezas. «¡Oooh, qué cosa más dulce, Bear! —se burló la voz—. ¡Ahora esto va mucho mejor! Buen trabajo. De nada.»

—Sí —le contesté a Mary en voz baja.

Ella no dijo nada más, y cuando volví a levantar la vista se había ido. Oí su voz cuando deseaba buenas noches a Anna, y luego las puertas se abrieron y se cerraron con un chasquido y Anna y yo éramos los únicos que quedábamos para las dos horas siguientes. Empecé a consultar el reloj, descontando los segundos.

A las nueve y media sonó el teléfono.

—Gracias por llamar al Almacén. Soy Bear. ¿En qué puedo ayudarle? —dije sombríamente, con la mirada fija en el reloj mientras transcurrían unos segundos más.

—Me pones tan cachondo cuando dices eso... —respondió una voz ronca en mi oído.

Sonreí, puse los ojos en blanco y, por un momento, todo estaba bien.

—¿Eso te pone cachondo? Quizá debería leerte el pedido de verduras, a ver qué pasa.

Otter soltó una risita.

—Tráelo a casa y ya hablaremos. ¿Cómo va el trabajo?

Volví a levantar los ojos hacia el reloj. Seguían siendo las nueve y treinta.

—Pse —le respondí—. Ahora mejor. ¿Qué haces? ¿Cómo está el Chico?

Oí que Otter se pasaba el teléfono de un oído al otro.

—Bueno, quería esperar levantado a que volvieras, pero le he emborrachado, después le he dado Nyquil y le he encadenado a la cama. Quizá no tengamos más que desnudarnos cuando llegues.

—¿Qué has drogado a mi hermano pequeño para poder acostarte conmigo? —pregunté, divertido.

Soltó un bufido.

—Resulta más fácil eso que drogar a mi hermano pequeño para poder acostarme contigo. Creed no se dejaría engañar ni en un millón de años.

—Gracias por vigilarle esta noche.

—Oh, vamos. ¿Crees que has tenido que retorcerme el brazo para convencerme de que viniera? Estaba a punto de darle una paliza a Creed, así que me ha venido bien escaparme un rato.

Esto era nuevo para mí.

—¿Qué? —dije—. ¿Por qué, qué está haciendo?

Se hizo un silencio, y luego Otter suspiró a través del teléfono.

—Está siendo... Creed. —Se echó a reír, pero sonó a una risa forzada—. No deja de preguntarme qué ocurre entre Jonah y yo.

—¿Jonah? —dije, atónito—. ¿Por qué te pregunta por él?

—No lo sé. Lo saca a colación cada dos por tres, preguntándome si últimamente he hablado con él. Cree que mi supuesta «vuelta a la normalidad» tiene que ver con el hecho de que Jonah y yo volvemos a hablar. Cosa que no hacemos —se apresuró a matizar.

Sentí un aguijoneo de celos, pero lo aparté.

—Bueno, da igual —dije, tratando de ocultar la amargura de mi voz—. Dejemos que Creed piense lo que le dé la gana. Puedes venir a mi casa cuando quieras.

Le oí sonreír al otro lado del teléfono y cerré los ojos, imaginándome su cara, con sonrisa torcida incluida. Una oleada de calor me recorrió el cuerpo despacio, y me maravillé otra vez de la facilidad con que podía hacerme sentir así.

—¿Todo lo demás marcha bien? —preguntó alegremente.

—Bueno...

—¿Qué pasa?

Me levanté lo más silenciosamente que pude y miré desde la puerta hacia las cajas registradoras. Anna estaba de espaldas a mí a unos seis metros, hojeando una revista. Regresé a la silla y bajé la voz todo lo que pude.

—Anna está trabajando esta noche.

—¿De veras? ¿Ha intentado hablar contigo?

—No.

Se echó a reír.

—¿Has estado en el despacho toda la noche?

—¡No! —exclamé. Y luego—: Sí.

—Quizá deberías hablar con ella —sugirió pensativamente—. Dijo que aún quería formar parte de tu vida, y sé que a veces el Chico la echa de menos.

—¿De veras? —pregunté, perplejo.

Era la primera vez que lo oía.

—Sí, lo menciona de tarde en tarde. Pregunta cómo está y si he hablado con ella.

—¿Lo has hecho?

Bufó de nuevo.

—¿Tú qué crees, Bear?

—No sé, Otter. ¿Qué le diría? ¿Siento que hayamos roto, y que no te haya hablado en un mes, pero no temas por mí, me han hincado una polla en el culo?

Se rio estruendosamente.

—No seas tan grosero —me reprendió guasón—. Si no se te ocurre nada que decir, entonces tal vez no deberías hacerlo. Pero creo que os odiaréis toda la vida si no tratáis de arreglarlo. —Se detuvo—. Pero no lo arregléis demasiado. Creo que podría perjudicarme.

—Cierto —me burlé—. Eso es lo que va a ocurrir.

—Está bien. Así pues, ¿qué tienes que perder?

—Detesto cuando tienes razón.

—Entonces debes de detestarlo mucho. Siempre tengo razón.

Gruñí.

—Eres un maldito capullo.

—Sí, pero soy tu maldito capullo, no lo olvides. Y dile a Anna que no te ponga sus sucias manos encima. No he pegado nunca a una chica, y no quiero empezar a hacerlo ahora.

Me eché a reír.

—De acuerdo —dije—. Hablaré con ella.

—Muy bien. Ya me contarás qué ocurre cuando llegues a casa.

No pude evitar sentirme algo mareado cuando dijo eso: «A casa». No «cuando llegues a tu casa», sino «a casa». Como si también fuera la suya. «Quieto, chico —me dije—. Aún no pondrás casa con él.»

—Adiós, Otter —dije, sonrojándome virulentamente.

—Eh —dijo él.

—Eh, tú —respondí.

—Te quiero.

«A casa», pensé de nuevo.

—Yo también te quiero —dije en voz baja.

Otter canturreó satisfecho y desconectó.

Colgué el teléfono y miré los papeles extendidos delante de mí. Sabía que si me ponía a trabajar en ellos otra vez no me movería de allí hasta que ella se marchara. Lo que Otter había dicho, que Anna y yo lo lamentaríamos toda la vida, no dejaba de darme vueltas a la cabeza. ¿Sería verdad? ¿Uno de nosotros volvería la vista atrás un día y experimentaría una punzada de remordimiento por no haber intentado por lo menos reconstruir el puente que había existido entre nosotros? Por supuesto, nada que construyéramos ahora sería tan imponente como antes, pero ¿no se merecía ella cuando menos tener algo? Me acordé de lo que me había dicho aquella última noche que nos habíamos peleado: «Me has roto el corazón, pero era mío para darlo.» Si ella había podido darme eso, entonces yo podía hacer todo lo posible por entregarle algo a cambio, por pequeño que fuera.

Suspirando, volví a levantarme de la silla y salí del despacho. Recorrí los pasillos con la mirada mientras me acercaba a ella y vi que el establecimiento estaba desierto. Anna oyó el sonido de mis pasos y levantó la vista, sorprendida. Sonreí tímidamente. Pareció desconcertada por un momento y luego me devolvió la sonrisa, con idéntica timidez. Sentí una punzadita de alivio y cubrí la distancia que nos separaba hasta detenerme a unos centímetros de ella.

—Eh —dijo.

—Eh, tú —repuse.

Recordé que Otter acababa de completar ese diálogo con «te quiero». Me reí en silencio para mis adentros, preguntándome qué pensaría Anna si pudiera oír lo que me pasaba por la cabeza.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—Nada. ¿Cómo te va a ti?

Anna ladeó la cabeza, como si tratara de juzgar mi sinceridad.

—Lo mismo de siempre —contestó pausadamente.

Devolvió la mirada a su revista y luego a mí, intentando decidir en qué debía concentrarse.

—Eso es bueno, ¿no? —dije, mostrándome sumamente inteligente.

—Supongo.

Un incómodo silencio cayó entre nosotros. Me retorcí las manos con fuerza, y ella se quedó con la cabeza ladeada. Traté de pensar en algo que decir y me quedé mudo al no ocurrírseme ni una sola palabra. Estaba delante de una chica a la que conocía desde los ocho años, una chica con la que había crecido, con la que me había acostado, con la que había conversado, con la que lo había hecho todo. Y ahora, al cabo de un mes, era incapaz de decirle nada. Gemí para mis adentros cuando empecé a percatarme de que aquello había sido una pésima idea. Pensé en ocho o nueve maneras de retirarme, pero ella volvió a hablar.

—¿Cómo está el Chico? —preguntó.

—¡Oh, bien! —contesté, aliviado—. Ya ha terminado la escuela, de modo que está... bien.

Asintió con la cabeza agradablemente.

—Eso es bueno.

—Sí, es bueno. —«¡Deja de decir bueno!»—. Me ha dado recuerdos para ti —mentí, pues el Chico nunca me decía nada semejante.

—Bien, devuélveselos de mi parte.

—Lo haré —dije, sudoroso.

Parecía un buen momento para huir. Agité la mano nerviosamente, y ya me había vuelto para regresar a mi cueva cuando Anna pronunció mi nombre. Me quedé paralizado, queriendo avanzar, cerrar la puerta de golpe a mi espalda y esconderme hasta que se marchara. Pero me volví.

Se le había ablandado el rostro y sus ojos eran bondadosos.

—¿Cómo estás tú? —preguntó.

—Estoy bien —respondí, forzando una sonrisa.

—Bueno, me alegro de ello —dijo en voz baja—. He estado preocupada por ti, Bear.

—¿Por qué?

—Porque eres de los que nunca se preocupan por sí mismos. Tiene que hacerlo alguien por ti —dijo con tristeza.

—No debes hacerlo —repose—. Sé cuidar de mí mismo.

Negó con la cabeza.

—No me refería a eso. Sé que eres perfectamente capaz de cuidar de ti mismo. Y de Ty. Quiero decir, has estado haciéndolo durante años, ¿no?

—Cierto —contesté, sin saber qué añadir.

Anna suspiró.

—Así que me pregunto por qué me preocupo por ti cuando es evidente que no necesitas que lo haga. Nunca has necesitado que lo hiciera, pero aun así lo hago.

Torcí el gesto.

—Oh, vamos, Anna. Sabes que eso no es verdad.

Apartó la mirada.

—Pero tú sabes que sí lo es. No es que no quisieras que lo hiciera. Es solo que no lo necesitabas. Creo que eso fue parte de nuestro problema.

—Supongo —dije, sin saber exactamente de qué estaba hablando.

—¿Cómo está Otter? —preguntó, cambiando rápidamente de táctica.

Eso me hizo plantearme si trataba de cogermelo desprevenido, si intentaba hacerme decir algo.

Engañarme.

—Oh, bien, supongo —respondí, actuando como si no hubiera hablado con él hacía solo unos minutos, no le hubiera oído decir lo cachondo que le ponía, no le hubiera dicho que le quería.

—¿Le ves a menudo? —inquirió ella.

Me encogí de hombros.

—Voy mucho a casa de Creed. Siempre está allí.

Me detuve, dejando que rellenara los espacios en blanco con lo que le pasara por la cabeza.

Anna asintió.

—Eso es bueno.

—¿Qué es bueno?

—Que te veas con Creed. Ya sabes, antes de que se marche —me dijo, desviando un poco los ojos.

Solo hace eso cuando no es del todo sincera, y por enésima vez me pregunté qué sabía ella, o qué creía saber. Entonces me dije que sería muy fácil abrir la boca, contárselo todo y acabar con las malditas especulaciones que por lo visto pasaban desenfrenadamente por su cabeza. Pero por más que lo intenté, hiciera lo que hiciera, mis labios permanecieron pegados y no dije nada.

Entonces las puertas volvieron a abrirse con un chasquido y entraron un par de adolescentes. Nos saludaron con un gesto con la cabeza, Anna les sonrió y aproveché la ocasión para mirarla sin que se diera cuenta. Seguía siendo hermosa. Sonreí dolorosamente cuando recordé de pronto todo sobre ella. Era como si esa parte de mí estuviera almacenada y ahora removiera entre las cajas para evocar el pasado. Me sorprendió mirándola y me observó interrogativamente, pero sacudí la cabeza y murmuré que tenía que irme. Ella se encogió de hombros, pero capté algo en sus ojos, algo debajo de la indiferencia. No sé qué era, pero estaba ahí. Volví la cabeza y me alejé. Pude notar sus ojos clavados en mi espalda. Entré en el despacho, cerré la puerta y me dejé caer contra ella al suelo, con el corazón latiéndome velozmente. Intenté evocar de nuevo aquella expresión en sus ojos para poder escudriñar en mi cerebro en busca de lo que era, pero todo lo que vi fue aquel fulgor verde dorado y quise ir a casa. «A casa.»

Cuando llegó la hora de cerrar, esperé a que Anna saliera por la puerta y cerré. Cuando me volví, aún estaba a mi espalda, observándome con sus ojos. Me miré los pies, sin saber qué decir. Tuve la sensación de que debería decir algo porque no era solo de mí de quien tenía cuidado, sino también del Chico. Ty necesitaba tanta gente a su alrededor como pudiéramos reunir, y sabía que Anna era parte integrante de su vida. Traté de pensar qué podía decir, qué podía hacer para poder hacerle entender que él (¿yo?, ¿nosotros?) necesitaba que estuviera allí. No se me ocurrió nada y empecé a ahogarme bajo una gran ola de tristeza. La oí reírse por lo bajo y levanté la mirada.

Me sonrió.

—Tú siempre pensando —dijo en voz baja—. Lo has hecho siempre. Es una de las cosas que me hicieron... —Se detuvo, casi como si pensara que era mejor no terminar la frase. Pero lo hizo—: Es

algo que me hizo quererte.

—Yo todavía te quiero, Anna —susurré—. Pero... no de la manera como creo que debería.

—¿Por qué, Bear? ¿Qué te ocurre que te hace incapaz de quererme?

Allí estaba, dándome otra oportunidad, otra ocasión de nivelar el terreno de juego, de ser honesto con ella al cien por cien. Y fue entonces cuando supe con certeza que entendía qué significaba Otter para mí y yo para él. Era una constatación a la que habría podido llegar mucho tiempo atrás, si no hubiera tenido tanto miedo de lo que podía implicar. Había tenido una vaga idea, mis sospechas de que Anna sabía lo de Otter y yo, pero ese fue el momento en el que ya no pude dudar qué era lo que veía en mí, en nosotros. Abrí la boca para ser finalmente sincero con ella porque, me dije, ¿acaso no se lo merecía? De todo el mundo (aparte de Otter, claro está), ¿no se había ganado el derecho a saberlo? La conduciría por un camino sin alternativa, sin ningún rodeo. Porque, ¿sabéis?, tan pronto como se me ocurrió esa epifanía acerca de ella, me vino otra casi al mismo tiempo: supe que, sin reparar en cómo habría sucedido o cuánto tiempo habría llevado, Otter me habría encontrado otra vez o yo le habría encontrado a él. Siempre había creído que la idea del destino era para los tontos o para Celine Dion. Sin embargo, parecía que era solo cuestión de tiempo.

—Porque no puedo —dije, odiándome por no poder darle lo que pedía—. No tiene nada que ver contigo, Anna. Es cosa mía.

Asintió y apartó la mirada, pero no antes de que viera el dolor en sus ojos, un dolor que yo había causado una vez más. Me maldije en silencio, preguntándome qué demonios requería para poder decirle finalmente la verdad. Cualquiera cosa sería mejor que ver aquella expresión en su cara. Cualquiera. Aunque se lo dijera, y ella me mirara de la misma forma, por lo menos entonces tendría un motivo justificado para hacerlo. Quizá podría... Quizá...

—¿Anna? —dije, con el aire atascado dentro del pecho—. Anna, yo...

—No, Bear —susurró, temblando—. No puedo hacerlo ahora. No puedo. Creía que estabas dispuesto a... decírmelo. Creía que un día podrías abrirte y contarme todo lo que me ocultas.

—Lo intento —respondí con aspereza—. ¡No me resulta nada fácil!

Sus ojos chispearon.

—¡No hace que sea más fácil si te lo guardas todo! —gritó—. ¿Cómo puedo esperar estar a tu lado si no confías en mí?

No pude mirarla. Finalmente oí sus pasos mientras se alejaba.

Tan pronto como llegué a casa, Otter vio la expresión en mi cara, me estrechó entre sus grandes brazos y me arrulló como si no fuera más que un niño. «No pasa nada —me susurró al oído—. No pasa nada.» Cuando empecé a calmarme, mis pensamientos divagaron hacia la revelación que había tenido antes, la relativa a él y yo. Supe entonces que lo tenía todo en mis manos para asegurarme de que se quedara conmigo. Tenía que hacerlo todo para cerciorarme de no perderle nunca. Llamadlo destino, llamadlo suerte, llamadlo un ciclón de hormonas rabiosas, no me importa. Así como creo que Ty estaría perdido sin mí, sabía que yo estaría perdido con Otter.

Así que pasó el tiempo, y hubo días buenos y días malos. Hubo días en los que el sol brillaba tanto que me daba la sensación de mirarlo directamente. Hubo días en los que podía notar el océano lamiéndome los pies y los truenos retumbando a lo lejos, sin acercarse nunca, pero siempre

advirtiéndome de su presencia. Hubo días en los que me sentí más alto de lo que había estado en mi vida, pero iban seguidos por la sensación de caer a un abismo sin fin. Sin embargo, a través de todo aquello, él se mantuvo a mi lado. Me tenía atado a él, mi norte magnético, mientras mi mente iba aquí o allá. Siempre lo supe. De alguna manera siempre lo supe.

He oído decir que las parejas que se pelean son las que perduran. Esas desavenencias y discusiones fortalecen las relaciones. Seré el primero en afirmar que eso es una chorrada. Otter y yo rara vez nos peleábamos por nada, y cuando lo hacíamos, era por minucias estúpidas que uno de los dos era demasiado testarudo para dejarla correr. Hubo cosas sin importancia, sin trascendencia para nadie y para nada. Como por ejemplo que yo me planteara dejar de trabajar o que Otter dejara de hacer fotos (aunque sabía que si seguía insistiendo en eso tendríamos una buena pelotera, así que paraba siempre). Ya sabéis: cosas que son fáciles de superar y te preguntas por qué al principio estabas remotamente cabreado. Pero no pretendo afirmar que nunca tuvimos una pelea gorda, que nos dejara temblando y lamiéndonos las heridas. Lo único que recuerdo es que mientras yo le gritaba y él arremetía contra mí, deseé que se acabara. Y cuando lo hizo, ambos teníamos los ojos como platos, yo estaba mareado y no quería repetir nunca nada semejante. Si era eso lo que fortalecía las relaciones, ya me parecía bien cómo era la nuestra.

Todo empezó por culpa de Creed.

—¿Dónde está el Chico? —me preguntó Creed cuando entré en su casa un par de semanas después de mi conversación con Anna.

—Está en casa de su amigo Gage —le contesté.

Cerré la puerta a mi espalda y enseguida agucé el oído esperando oír a mi novio, al tiempo que me preguntaba por qué aún no había bajado corriendo la escalera.

—¿Gage? —preguntó Creed—. Creía que su amigo se llamaba Alex.

Puse los ojos en blanco.

—Por lo visto ha hecho otro. Juro por Dios que salen de debajo de las piedras. No sabía que fuera tanta gente a su escuela.

Al igual que intentaba trabajar en todo lo demás, procuraba dejar que el Chico fuera a lo suyo. Parecía despojarse de su antiguo yo como si fuera una piel vieja y polvorienta en la que había estado envuelto demasiado tiempo. Hacía todo lo posible por no entrometerme en el camino de su recién descubierta afinidad con todo aquello que era propio de los chicos. Hubo más pernoctaciones en casas de amigos, más salidas para jugar. Yo estaba preocupado y asustado, pero me decía constantemente que no estaba siendo justo con ninguno de los dos. Además, si él podía ir a lo suyo de vez en cuando, eso nos proporcionaba a Otter y a mí algún rato a solas muy merecido.

—Eso es genial —dijo Creed—. ¿Lo llevas bien?

Me encogí de hombros, medio escuchándole a él y medio escuchando si venía Otter.

—Creo que se lo ha ganado. Por lo menos sé que es algo que quiere hacer.

Creed asintió con la cabeza.

—Bien, eso es bueno.

Se detuvo, considerando algo que tenía en la cabeza antes de decirlo. Abrió la boca para hablar y luego volvió a cerrarla.

Me crucé de brazos.

—¿Qué?

Sonrió.

—Puede que tenga que despedirme esta noche. He olvidado que tenía planes.

Le miré con una ceja levantada. Habíamos quedado en ir a hacer una barbacoa esa noche mientras hiciera bueno. Era finales de julio y había hecho calor, calor por primera vez desde que podía recordar. El océano aún estaba muy frío, pero podríamos permanecer en la playa sin preocuparnos por helarnos el culo. Pero la marcha de Creed tenía sus ventajas. Detestaba admitirlo en aquel momento, pero me sentí aliviado por ese giro de los acontecimientos, más de lo que probablemente debería haberme sentido. Con Creed fuera de casa, Otter y yo podríamos hacer... cosas nuestras.

—¿Adónde vas? —pregunté, tratando de sacarme de la cabeza la idea de montar a Otter hasta que nos corriéramos los dos.

Creed se encogió de hombros.

—Fuera... con unos amigos.

—¿Quiénes?

—No los conoces —respondió de forma imprecisa, desviando la mirada.

Solté un bufido.

—¿Qué es lo que no me dices, Creed?

«Parece que los dos guardamos secretos», pensé, no tan divertido por aquella posibilidad como creía que me sentiría.

Agitó un brazo en el aire con su gesto de desdén característico.

—No es nada que deba preocupar a tu cabecita —dijo—. Solo saldré a ver en qué lío puedo meterme.

Me eché a reír.

—¿Seguro que no necesitas compañía? —pregunté, y acto seguido me arrepentí de haberme ofrecido.

Me salvó diciendo:

—No. Tú y Otter podéis quedaros aquí y seguramente divertiréis más que yo.

—¿Estás bien? —le pregunté, al verle la frente sudorosa.

«Tal vez también tenga un novio —susurró la voz—. ¿No sería eso la auténtica definición de ironía?» La aparté de mi mente.

Creed sonrió de nuevo, y pareció una sonrisa algo falsa.

—Estoy bien, papá Bear. Como he dicho, no tienes por qué preocuparte. Seguramente me aburriré y volveré a casa temprano.

—Muy bien —dije, observándole de nuevo. Miré alrededor, molesto porque su hermano aún no

había aparecido—. ¿Dónde está Otter?

Creed sacudió la cabeza, indicando que su hermano se encontraba arriba. Levanté los ojos y vi que su puerta estaba cerrada. Volví a mirar a Creed, quien se llevó un dedo a los labios y me hizo ademán de que le siguiera. Eché otro vistazo a la puerta y me puse a andar detrás de Creed. Atravesó la cocina hacia la puerta del patio, la abrió y salió. Le seguí, preguntándome de repente por qué todo el mundo parecía esconder secretos aquellos días. Cerró la puerta a nuestras espaldas y se volvió hacia mí.

—¿Y bien? —le pregunté, tratando de ocultar el nerviosismo de mi voz—. ¿Por qué tenemos que salir afuera?

—No quiero que Otter me oiga. Opina que ya me meto demasiado —contestó, sentándose en una cara silla Adirondack que había en el jardín trasero.

—¿Meterte en qué? —pregunté, sin querer saberlo.

Creed sacudió la cabeza y extendió los brazos hacia arriba y hacia atrás, estirándose.

—Ya lo sabes —dijo—. Solo tengo presente el mejor interés de Otter. No sé por qué él no lo ve así.

Hacia calor, pero sentí un escalofrío.

—¿Qué has hecho?

Se mostró sorprendido.

—Yo no he hecho nada. Santo Dios, vosotros dos pasáis demasiado tiempo juntos. Empiezas a parecerte a él.

Me encogí de hombros, sin hacer caso del comentario.

—Está bien —concedí—, ¿qué ha hecho?

—Es lo que ha estado haciendo, Bear. Vamos, ya le has visto. Ha estado brincando por aquí durante los dos últimos meses como si no le preocupara nada. No quiere decirme qué ocurre. Y por lo que me has dicho —añadió, mirándome fijamente—, tampoco te ha dicho nada a ti.

—Quizá no haya nada que decir, Creed. ¿Acaso una persona no puede ser feliz sin tener un buen motivo para ello?

Se echó a reír.

—Podría ser, pero no. No en el caso de Otter. Deberías saberlo tan bien como yo. Ese tío lleva el corazón en la mano. Si hay algo que le haga feliz, lo demuestra. Y si hay algo que le hace pedazos, también lo demuestra. ¿Te acuerdas de cuando llegó?

Asentí con la cabeza.

—No le había visto nunca así —dijo Creed, paseando la mirada por el jardín trasero—. No sabía qué hacer. Pero entonces me marché un par de semanas, regresé, y le vi como no le había visto nunca otra vez. Pero es todo lo contrario, ¿vale? Como si hubiera encontrado lo más grande del mundo y ahora estuviera en el séptimo cielo. Al principio creí que era bipolar o algo así, pero no se le ha pasado. Hace dos jodidos meses que está muy contento y sonrosado. Quiero saber qué diablos ha ocurrido para que se haya vuelto así.

Me miré las manos, procurando ocultar la sensación de bienestar que había empezado a calentarme el cuerpo. «Es por mí —pensé, llenándome de asombro—. Tu hermano está así por mí.»

En aquel instante me decidí, y me disponía a contárselo todo a Creed cuando dijo:

—Creo que es por Jonah.

—¿Jonah? —dije, incapaz de ocultar el veneno que contenía mi voz.

Creed, sin embargo, no pareció advertirlo.

—Sí, creo que él y Jonah han empezado a arreglar las cosas, y eso es lo que le está pasando. Le pregunto al respecto, y naturalmente lo niega como el cabroncete que es, pero le oigo hablar por teléfono de tarde en tarde. Nunca logro entender lo que dicen, por más que me esfuerzo. Pero ¿qué más hay? No puede decirse que se folle a nadie aquí en Seafare. O está conmigo o está contigo. Y puedo garantizarte que no es ninguno de los dos el que hace que esté tan atolondrado y alegre.

Mi mente no quería computar.

—¿Habla por teléfono con Jonah? —pregunté como un idiota.

Creed me lanzó una mirada, completamente ajeno al hecho de que el agua del mar me había subido hasta la altura de las rodillas en unos segundos. No podía oír la tormenta que se cernía sobre la costa porque estaba dentro de mi cabeza. Está siempre dentro de mi cabeza.

—De vez en cuando, sí —me respondió—. Pero, como he dicho, no quiere contarme nada al respecto.

—¿Por qué querría hablar con él? —pregunté, más a mí mismo que a Creed.

—¿Y por qué no? —repuso Creed, perplejo—. Jonah era su novio. Otter no es la clase de persona que puede olvidar a alguien sin más.

Estas palabras me sonaron, y entonces me acordé de que Otter había dicho lo mismo justo después de la primera vez que tuvimos sexo. Estábamos tendidos en mi cama, y me explicó que no podía librarse de alguien tan aprisa, no cuando había formado una parte importante de su vida. Recordé que me había entristecido al pensar que yo no formaría nunca esa parte del pasado de Otter y que experimenté leves punzadas de celos. Sin embargo, eso no era nada en comparación con lo que sentía ahora mismo. Ni de lejos.

Tenía los dientes apretados cuando dije:

—¿De modo que crees que todo es debido a Jonah? ¿Crees que Jonah es el motivo de que sea feliz?

«¡NO ES ÉL! —quise gritar—. ¡JAMÁS VOLVERÁ A SER ÉL! ¡SOY YO QUIEN HACE FELIZ A OTTER! ¡ES DEBIDO A MÍ, HIJO DE PUTA!»

Pero por supuesto, como es natural y previsible, no dije nada.

Creed se encogió de hombros.

—Como he dicho, Bear, no sé qué otra cosa podría ser. Solo habla con nosotros, con el Chico y con Jonah. Sé que no es por nada que nosotros hayamos hecho. Así pues, por eliminación, ¿quién queda?

Bueno, yo sabía que se equivocaba, o por lo menos eso es lo que traté de decirme. No podía ser Jonah, porque era yo. Yo era el motivo de que Otter hubiera cambiado, el motivo de que hubiera sido feliz durante los dos últimos meses. Diablos, para empezar había sido yo quien le había hecho volver a casa. «Volvió a casa por mí.» Jonah ya no formaba parte de esto. O eso había creído yo. «¿Por qué diablos está hablando con Jonah? —pensé sin poder evitarlo—. ¿Por qué diablos habla con él, y por

qué diablos no me ha dicho nunca nada al respecto? ¡Todo eso queda en el pasado! ¡Se supone que todo eso es cosa de su pasado!» Pensé que tal vez se debiera a que se sentía infeliz conmigo por alguna razón. Pensé que se debía a que yo no era tan bueno en la cama como Jonah. Pensé que se debía a que de hecho estaba manteniendo a Otter dentro del armario. Pensé que se debía a que le había hecho prometer que fuera discreto con lo nuestro. Pensé muchas cosas, cada una más irracional que la anterior, pero no podía evitarlo. Ya lo he dicho antes: yo no he sido nunca un tipo celoso. Con Anna, sabía que cualquier tío que intentara ligársela no iría a ninguna parte. Más tarde siempre nos burlaríamos de ellos. Con Anna, eso nunca fue un problema. «Entonces ¿por qué lo hay con él? —preguntó la voz—. Si le quieres como nunca has querido a nadie en tu vida, ¿por qué no puedes confiar en él acerca de esto?»

No supe responder.

—¿Bear? —dijo Creed, rescatándome de la tormenta—. ¿Estás bien?

—Sí —murmuré, sin ser del todo verdad.

—Me ha parecido por un segundo que iba a perderte —dijo, mirándome con fijeza—. Daba la impresión de que estabas a punto de vomitar.

—Creed, hay algo que debo decirte.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

—¿Qué, Bear? —preguntó Creed.

Ya estaba. Ese iba a ser el momento. Iba a ser la ocasión de que se lo dijera. Iba a contarle algo que debería haberle dicho hacía ya mucho tiempo. Se lo merecía. Era mi hermano. Me había conocido en mis peores momentos y en los mejores. Me abrazó mientras lloraba cuando mi madre se marchó. Si pudo hacer eso, ¿cómo no podía aceptar lo que ahora me disponía a revelar? Mi mente estaba descontrolada, y quemaba, pero Dios, tenía que hacerlo.

—Siento no haberte dicho... —comencé, pero fui interrumpido cuando la puerta del patio se abrió a mi espalda y apareció Otter.

—Eh, ¿qué pasa? —Me obsequió con su encantadora sonrisa torcida—. No te he oído llegar.

—Seguro que estabas poniéndote tierno por teléfono —bufó Creed—. Santo Dios, Otter, no sé por qué no nos hablas de Jonah. Sé que estabas charlando con él por teléfono. Hasta Bear está de acuerdo conmigo. ¿Verdad, Bear?

Creed me miró y me guiñó el ojo, y quise darle un puñetazo en el cuello.

—Verdad, Creed —respondí con voz hueca, con el agua a la altura del pecho.

—¿Lo ves? —dijo Creed, riendo—. Ahora date por vencido y cuéntanoslo. ¿Cuándo conoceremos a la futura consorte de Otter Thompson? Podrías traerle aquí. ¿Te imaginas la cara que pondrían mamá y papá? ¡Sería divertidísimo!

Creed estalló en otro ataque de risa, sin darse cuenta de que era el único que le veía la gracia. Noté los ojos de Otter sobre mí, y por más que no quisiera, me volví hacia él. Tenía una expresión sorprendida, triste y recelosa al mismo tiempo. Retrocedió un poco al advertir qué había en mi semblante, y no hice nada por impedirlo. «Por poco —pensé amargamente—. He estado a punto de ser sincero por fin.»

«¿Qué te lo impide? —preguntó la voz—. Todavía puedes arreglarlo. Dile a Creed que se calle

la boca un jodido segundo y cuéntaselo. Hazle entender que nadie, ni él ni desde luego Jonah, puede hacer feliz a Otter como tú. No es demasiado tarde para decir la verdad. Nunca es demasiado tarde para decir la verdad.»

Pero no lo hice, y al principio no pude entender por qué. Miré a Otter, él me miró a mí, Creed no paraba de reír y entonces lo comprendí: el motivo de que yo no dijera nada era que Otter no había hecho nada para negar lo que había dicho su hermano. Se quedó allí, mirándome boquiabierto, y no hizo nada por rebatirlo, nada por borrarlo. Apreté los dientes, saboreando la presión que ejercía sobre mi mandíbula. Tenía truenos en los oídos y agua marina en la nariz. Me sentía como si me ahogara.

—Bueno, ya veo que serás tan franco como siempre —dijo Creed, consultando su reloj—. Tengo que salir de aquí para ir... a hacer lo que he dicho que tenía que hacer.

Tomé nota de la vacilación en su voz, pero se la llevó la marea. Creed se levantó, me dio unos golpecitos en la espalda y dijo que me vería más tarde. Se rio entre dientes cuando propinó a Otter un puñetazo en broma en el hombro y pasó por su lado. La puerta del patio se cerró detrás de él. Oí el tintineo de sus llaves a través del cristal, y entonces la puerta principal se abrió y se cerró. Oí arrancar el coche. Oí el coche alejándose. Oí todo esto por encima de la tormenta que se desataba dentro de mi cabeza y mi corazón.

Otter suspiró, se me acercó y se acuclilló frente a mí. Normalmente, cuando hacía esto, siempre me parecía un gesto encantador. Pero esta vez le fulminé con la mirada.

—Bear —dijo, extendiendo el brazo para coger mi mano.

—No —le gruñí, apartando mi mano como si fuera a escaldarme.

Me levanté y pasé por su lado, dispuesto a regresar al interior de la casa (¿para entrar?, ¿para huir?), pero antes de que pudiera alcanzar la puerta Otter me sujetó por el brazo. Me debatí en vano para liberarme. Su enorme zarpa me tenía bien aferrado, y finalmente me volví para dirigirle una mirada feroz.

—¿Adónde vas? —me preguntó con nerviosismo en la voz—. ¿Ibas a marcharte sin siquiera hablar de esto?

—Me parece —le espeté frunciendo el ceño— que si quisieras hablar de esto, ya lo habrías hecho. Dime una cosa, Otter: ¿cuántas veces has hablado con Jonah?

Siguió aprisionándome el brazo con fuerza. Sus ojos eran duros.

—Bear, no es lo que tú crees —me dijo con voz apagada—. Sea lo que sea lo que te da vueltas a la cabeza ahora mismo, tienes que pararlo.

—¿Por qué no puedes contestar la pregunta? —le grité de repente. Le vi retroceder, pero no me soltó—. ¿Cuántas veces? ¿Por qué diablos hablas con él?

—Hablo con él de vez en cuando —admitió Otter, y me di cuenta de que trataba de mantener la voz serena—. No es nunca de nada importante, Bear. Ya te lo dije antes. No puedo echar a alguien de mi vida sin más. Yo no soy así.

Seguí mirándole irritado, y entonces había dos Otters, luego cuatro, y noté el amargo escozor de unas lágrimas enojadas formándose en mis ojos. Él también las vio, su rostro se ablandó y la presión de su mano sobre mi brazo remitió.

—¿Le has hablado de mí? —pregunté, deseando que el agua desapareciera de mis ojos. No lo hizo—. ¿Le has hablado de nosotros?

De todas las preguntas que podía haber formulado, sabía que esta era la que le hacía más daño. Ya conocía la respuesta antes de que él contestara y liberé mi brazo de su mano. Me aparté de él y apoyé la frente contra el cristal de la puerta del patio, que estaba frío y duro. Una de las lágrimas enojadas me desafió, saltó de mi ojo, aterrizó en mi mejilla y siguió resbalando hacia abajo.

—¿De qué hablas con él? —inquirí—. ¿Qué es tan jodidamente importante que tienes que hablarlo con él?

Oí que Otter exhalaba ruidosamente a mi espalda, pero provenía del mismo lugar que ocupaba antes. Eso significaba que no trataba de acercarse a mí. Bien.

—Ya te lo he dicho, Bear. No puedo cortar...

—¡No es eso lo que he preguntado! ¿De qué habláis?

—No importa, Bear —dijo con voz queda—. De todos modos no me creerías, viendo que ya has tomado una decisión. ¿Desde cuándo has dejado de confiar en mí?

Me volví hacia él.

—¿Desde cuándo has decidido no hablarme de llamadas secretas con tu ex novio? —le espeté.

—No te he dado nunca ningún motivo para no confiar en mí.

—Hasta ahora —le escupí—. Me has mentado.

Desde algún lugar en mi interior, la voz me gritaba que le escuchara, que me calmara y le dejara decir lo que tenía que decir. La aparté de un empujón.

Entonces Otter me miró, y supe que le había herido.

—Bear —dijo en voz baja—, ¿qué crees que podría ocurrir? Él está en California. Yo estoy aquí. Contigo. Eso no cambiará.

—Entonces ¿por qué necesitas hablar con él? —le pregunté enfurecido—. ¿Qué te da él que yo no pueda darte?

Y he aquí, chicos y chicas, la gran pregunta, el pensamiento que me rondaba por la cabeza. Me figuraba que la única razón de que Otter hablara con el estúpido y jodido Jonah (además ¿qué clase de nombre es ese?) era que obtenía de él algo que no podía recibir de mí. ¿Qué podía ser?, preguntaréis. No tenía ni puta idea, pero era eso de lo que me di cuenta, era el temor que más temía.

Otter sacudió la cabeza.

—No me puedo creer que pensaras... Bear, yo te quiero. ¿De verdad crees que diría eso y haría algo que lo comprometiera?

—No estás... contestando... la pregunta —lo apremié.

Su mirada volvió a endurecerse, y vi un tic que le contraía la mandíbula.

—¡Está bien! —me gritó, con rabia desbordada—. ¿Quieres saber de qué hablamos? ¿De verdad quieres saberlo, Bear? ¿Quieres saber lo que he estado haciendo por él?

De repente, no quise saberlo. No por lo que había dicho, sino porque nunca había visto a Otter ponerse así. Pero ya era demasiado tarde.

—Cada vez que me llama, cada jodida vez, contesto al teléfono. Sé dónde me meto cuando lo hago, pero aun así lo cojo. ¿Y sabes qué dice, Bear? Cada vez que me llama es para regañarme, es

para herirme, es para machacarme. Respondo al teléfono, y él me chilla, me grita y me odia, y yo se lo permito. ¿Quieres saber por qué? Lo hago porque creo que es la única forma de que lo supere. Creo que si le dejo acuchillarme con sus palabras, llegará un día en que se rendirá. Lo hago porque a pesar de lo que tuvimos, a pesar de lo que tengo ahora, sigue siendo mi amigo. Y los amigos no se abandonan uno al otro solo porque las cosas se tuercen. Pues sí, hablo con él, y sí, me duele cada vez que lo hago, pero no porque esté enamorado de él, ni porque albergue algún deseo secreto de volver con él. Duele porque yo le he vuelto así. Le he vuelto una persona rabiosa, y por eso creo que lo único que puedo hacer es dejar que descargue su maldita ira sobre mí. Me lo merezco, ¿no? ¿No es cierto? Sé que parece ridículo. Créeme, lo sé cada vez que suena mi teléfono y veo que es él. No quiero contestar, pero tengo que hacerlo porque es culpa mía que sea como es.

Intenté interrumpirle, detener lo que había iniciado, pero me fulminó con la mirada cuando abrí la boca y esta se cerró por sí sola.

—Así que le dejo decir todo lo que le apetezca hasta que se siente mejor, y entonces se va. Podría haber parado esto hace mucho tiempo, Bear, lo sé. Pero ¿quieres saber qué me dijo? ¿Qué me dijo para obligarme a hacer esto cada vez que llama? Dijo que quería venir aquí. Que quería venir a Seafare para hablar cara a cara. Sí, quiero que sea feliz. Quiero tratar de ser su amigo, pero lo hago porque no quiero que venga aquí. Si lo hace, te verá, y no quiero que eso ocurra. Pero no de la manera en que estás pensando.

Respiró entrecortadamente y quise que parara. Deseé desesperadamente que callara. Ya no podía soportar su ira, aquella sensación ácida que me provocaba en el corazón y en el estómago. Pero aún no había terminado.

—No quiero que venga aquí y te vea porque tengo miedo de que te ahuyente de mí. Haría todo lo que estuviera en mi mano para garantizar que no sucediera nunca, pero tengo miedo, Bear. Temo que le echaras una mirada y que pasara esto, lo que está pasando ahora. La expresión de tu cara, la postura en que te encuentras, dispuesto a darme un puñetazo. Debería haber sabido que ni siquiera tendría que estar él aquí para ahuyentarte. Y por eso lo siento. Te quiero demasiado para mostrarte mi pasado, porque no quiero recordar ningún tiempo en el que no estuvieras tú. Aquellos tres años que pasé fuera, con él, no fueron nada en comparación con lo que tengo ahora. Pero necesito que confíes en mí, Bear. Nunca haría nada para hacerte daño intencionadamente. Lo lamento si lo sientes así.

Entonces guardó silencio, con lágrimas en los ojos y la mirada fija en el suelo. Luego se dirigió hacia la salida, y ya abría la puerta del patio cuando le sujeté por el brazo.

—¿Adónde vas? —susurré con voz ronca, devolviéndole sus propias palabras—. ¿Te disponías a irte?

—Bear —dijo, con la voz forzada en un tono de advertencia.

—No, Otter —repose, sacudiendo la cabeza—. Ahora me toca hablar a mí. Mírame. ¡Mírame! —Lo hizo—. No me importa lo que creas ni por qué lo haces, pero no quiero que vuelvas a hablar con él. —Empezó a interrumpirme, pero le corté—. No porque esté celoso ni porque me preocupe que pueda separarte de mí, sino por ti. Por lo que te está haciendo. Nadie debería tener que pasar por eso. No me importa que creas que tú le has vuelto así ni que creas que necesita esto para poder

olvidarte. Tienes que dejar de pensar que has convertido a la gente en algo que no quiere ser. Está enfadado, Otter. Está muy cabreado, y si sigues hablando con él solo continuará así para siempre. Y no voy a permitirlo. —Mi voz se redujo a un gruñido—. Nadie volverá a hablarte nunca de ese modo, no mientras yo esté contigo. —Le chispearon los ojos al oír esto, y vi una sonrisa contrayéndole las comisuras de la boca—. Eres mío, ¿me oyes? Mío. Juro por Dios que si tiene intención de venir aquí, o de llamarte para volver a meterse contigo, me va a oír. ¿Entiendes? ¿Me entiendes, Otter? Te quiero con locura, y nadie volverá a hacerte eso jamás.

Me sentí acalorado y sudoroso, sus ojos chispearon de nuevo y la sonrisa estaba allí, airada y orgullosa, y era mía. Era para mí. Me saltó encima, le cogí entre mis brazos y le estreché contra mí, y lloró. Lloró contra mí como yo lo había hecho contra él una y otra vez, y le acuné, le mecí, le susurré: «Mío, eres mío», y él lo soltó todo.

Para cuando hubo acabado, los dos estábamos temblando, los dos nos estremecíamos. Se me revolvía la garganta, y le estreché más fuerte contra mí. Cuando por fin sus sollozos remitieron, se retiró y me besó. Noté la presión de su rostro hinchado contra el mío, y la intensidad de su beso hizo que me pusiera a temblar de nuevo mientras me empujaba contra el cristal. De repente ambos llevábamos demasiada ropa encima, y entonces desapareció, y nos mecimos juntos, y él me mordisqueó el hombro mientras yo le chupaba el cuello, y cuando eché la cabeza hacia atrás y me incliné hacia él, le oí gemir: «Mío, mío, mío.» Yo lo recogí, y se convirtió en un cántico hasta que ambos gruñíamos, salivábamos y nuestras pollas estaban en su mano, y nos corrimos al mismo tiempo, y juro por Dios que el hormigón tembló, se onduló y finalmente se agrietó bajo nuestros cuerpos.

«Mío.»

La siguiente vez que llamó Jonah, Otter no contestó.

En que Bear se ve obligado a entrar en el océano

—¡No es cierto! —gruño mirando a Otter, que me sonrío desde su posición sobre mi pecho.

Suelta un bufido y me mordisquea suavemente el estómago, lo que hace que me retuerza.

—Sigue diciéndote eso —replica—. Todo lo que sé es que cada vez que cualquier parte de mi boca está sobre cualquier parte de tu cuerpo, pones esa cara.

Me la muestra de nuevo, poniendo los ojos en blanco y abriendo la boca, con la lengua fuera mientras jadea. Me echo a reír y le golpeo la cabeza con un cojín.

—Lo que tú digas —concedo, sonriéndole—. Si crees que hago eso porque es una buena cosa, te equivocas. Es mi cara aburrida. Ojalá supieras practicar mejor el sexo. Santo Dios, Otter, tú eres el gay aquí; creía que sabrías cómo dar placer a otro tío.

Sus ojos chispean pícaramente, vuelve a bajar los labios hacia mi estómago y creo que se dispone a lamerme en ese sitio. Me preparo para no poner esa cara (que es, por supuesto, la expresión de la cúspide del éxtasis a la que me eleva) cuando aprieta los labios contra mi estómago y sopla con todas sus fuerzas. El ruido de pedorreta resuena dentro de la habitación, y todos mis sentidos estallan a la vez, y antes de que pueda evitarlo chilló como una chica y trato de quitármelo de encima. Sus brazos me rodean mientras me mantiene inmovilizado, y puedo notar cómo sonrío contra mi torso cuando vuelve a hacerlo. Cabrón.

Finalmente se aparta de mí y se tiende boca arriba, poniéndose un brazo sobre los ojos mientras suspira satisfecho. Esa sonrisa torcida que he llegado a anhelar tanto le adorna el rostro. Mientras le contemplo, me vienen a la cabeza las palabras que dijo Creed hace unas semanas: «Ese tío lleva el corazón en la mano.» Nada más cierto. Cuando Otter está disgustado o deprimido, se le ve en los ojos. Cuando es feliz, es como estar en el séptimo cielo. Y cuando esa felicidad se dirige hacia mí... bueno, digamos que sé que voy a poner esa cara en algún momento del futuro inmediato. Me río para mis adentros.

Otter levanta el antebrazo de su cara y me mira con una ceja arqueada. Niego con la cabeza y paso a ocupar mi sitio sobre su hombro. Él gruñe agradecido, me rodea con los brazos y me atrae más hacia sí.

—Eso es una chorrada, ¿sabes? —dice, su voz amortiguada contra mi pelo.

—¿Qué?

—Hace casi tres meses que pones esa cara. Lo hiciste la primera vez, y lo has hecho desde entonces. Sé lo que me hago.

Pongo los ojos en blanco y decido darme por vencido.

—Sí, sí, sí. Está bien, grandullón. Tú ganas. —Le pellizco la tetilla con suavidad, y él sisea flojito y se dobla sobre el pecho—. Haces unas mamadas de primera.

—Desde luego que sí —gruñe, apretándome la mano contra su pecho.

Nos quedamos allí tendidos un rato más, sin hablar, con el sol de media mañana de agosto entrando a raudales a través de la ventana. «Casi tres meses —pienso, divertido—. ¿Ya ha pasado tanto tiempo?» Me reprendo en broma, a sabiendas de que parezco un treceaño en su primera relación. Estos tres meses han sido tres meses más de lo que creía que duraría algo así. Desde nuestra colosal pelotera en su patio trasero, Otter y yo hemos incurrido en un entendimiento maravilloso, un entendimiento que nos permite a ambos mirar tímidamente hacia el futuro. He empezado a estudiar qué necesitaré para regresar a la facultad. Hace unas semanas, Otter volvió a coger su cámara y comenzó a hacer fotos. Incluso salió a comprarle una cámara al Chico, y esos dos han estado dedicándose a esa actividad como demonios. Resulta que el Chico es muy bueno, con gran disgusto de Otter.

Me resulta curioso ver dónde me encontraba un año atrás y compararlo con dónde estoy ahora. Todo ha cambiado, casi todo para mejor. Por primera vez en muchísimo tiempo me conformo con no saber qué puede depararme el día de mañana. Claro que aún tengo las preocupaciones que conlleva ser un hermano/padre veinteaño, y los interrogantes acerca de quién soy realmente, pero no parecen tener la importancia de antes. Últimamente he estado pensando que si las cosas pueden ser tan buenas, que si puedo ser tan feliz, ¿por qué debería entonces seguir ocultándolo? ¿Por qué debería mantenerlo en secreto de aquellos que más me quieren? Por eso he tomado la decisión que he tomado, la decisión que aún tengo que transmitir a Otter. Bueno, no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

—Eh —digo.

—Eh, tú —responde Otter.

—Quiero decírselo a Creed.

Su mano, que hasta hace un segundo había estado jugueteando con mi pelo, se para en seco. Noto cómo se levanta su pecho cuando inspira profundamente y suelta el aire despacio. Entonces Otter se gira y me acuesta con delicadeza sobre la almohada que tiene al lado. Apoya su frente contra la mía y me mira a los ojos, buscando alguna validez a lo que acabo de decir. Le sonrío con timidez y él me corresponde, y puedo sentir su aliento cálido en mi cara.

—¿Estás seguro? —pregunta con ojos esperanzados.

Asiento pausadamente.

—Lo he estado pensando durante algún tiempo. Me he dicho que tenía que hablarle de nosotros antes de que se vaya. ¿Cuándo dará esa fiesta..., dentro de nueve días? ¿Y se marcha dos días después? —Otter asiente—. Eso me concede menos de dos semanas para reunir el valor suficiente.

Otter levanta una mano y me acaricia la mejilla con suavidad.

—¿Seguro que quieres hacer esto, Bear? Ya sabes que no te obligo a hacerlo, ¿verdad? Quiero que sea tu propia decisión, y te apoyaría en un sentido o en el otro.

—Lo sé —le digo, y es la verdad.

Otter ha cumplido su palabra. Y me hace sentir mejor saber que se da cuenta de que no tiene que ver necesariamente con nosotros, sino principalmente conmigo. Sí, Otter es mi novio y el hermano mayor de Creed, pero Creed tendrá que afrontar el hecho de que a su mejor amigo resulta que le gustan las pollas. Y no solo cualquier polla, sino la que pertenece a su hermano. Esta conversación

podría tomar tantas direcciones distintas que me ha parecido más fácil intentar no pensar en esa parte.

Otter me ofrece su sonrisa y me besa en los labios.

—Bear McKenna, acabas de alegrarme el día.

Le sonrío satisfecho.

—Creía que te había alegrado el día cuando te he dejado follarme durante las últimas dos horas.

Su sonrisa se torna perversa y vuelve a colocarse encima de mí, intensificando sus besos mientras frota su cuerpo arriba y abajo sobre el mío. Sus labios abandonan los míos, me besa la mandíbula subiendo hasta la oreja y luego hace girar la lengua, lo que hace que se me contraigan los dedos de los pies y gima suavemente. Se ríe en mi oído y lo hace de nuevo. Entonces su lengua ha desaparecido, sustituida por sus labios, que susurran:

—Dios, espero que sepas cuánto te quiero.

—Lo sé —jadeo mientras me besa cuello abajo.

Con gran disgusto mío, detiene su expedición y me mira fijamente.

—¿Quieres que esté presente cuando se lo digas?

Pienso un momento antes de negar con la cabeza.

—Creo que sería mejor que estuviéramos él y yo solos. No sé cómo irá, y no quiero que estés allí amenazando con patearle el culo si reacciona mal.

—Le mataría si dijera alguna estupidez —admite Otter—. Pero en realidad no creo que le importe mucho. Es posible que lo único que le cabree sea no haberlo descubierto antes.

Asiento con la cabeza.

—Ya lo he pensado, y si tengo suerte eso será lo único por lo que se enfadará conmigo. Es la única cosa que justificaría cualquier ira. Pero no puedo evitar sentirme como si fuera a meterme en la boca del lobo.

Otter me besa en la frente.

—No te preocupes por nada. Dios no quiera que marche mal, pero recuerda que va a volver a la facultad en un par de semanas. Si se siente realmente disgustado por eso, por lo menos dispondréis de algún tiempo para resolverlo. Seguramente es mejor que hayas esperado a decírselo hasta ahora.

—¿Sí? —pregunto—. Yo también lo creía. De hecho —lanzo una mirada al despertador de la mesilla de noche—, ¿dónde está ahora?

Los ojos de Otter se dilatan un poco.

—¿Ahora? ¿Quieres hacerlo ahora?

Me encojo de hombros.

—Pues sí, antes de que me acobarde.

—Ha dicho que salía a comer con alguien y que volvería más tarde.

—¿Con quién ha estado viéndose últimamente? ¿Lo sabes? —le pregunto a Otter.

Desde el día en que Creed me había hablado de Jonah y Otter, había estado yéndose a horas intempestivas, diciendo que salía o se encontraba con amigos o iba a hacer algo. Nunca entraba en detalles, nunca se explicaba. Si se le preguntaba, sonreía y cambiaba de tema. Creed nunca había sido de los que guardan secretos, así que me desconcertaba un poco el hecho de que parecía que

ambos lo hacíamos.

Otter niega con la cabeza.

—No lo sé. Nunca me lo cuenta. Creo que ha empezado a salir con alguien de aquí, pero nunca he visto a nadie venir a casa ni le he oído hablar por teléfono con nadie.

—Todo esto me resultaría más fácil si estuviera viéndose con un chico —le digo a Otter, que se echa a reír—. De ese modo no podrá cabrearse conmigo por habérselo ocultado.

—Dudo mucho que mi hermano pequeño se deje dar por el culo por un tío —dice Otter, y ambos nos estremecemos al pensarlo.

Eso sería... de muy mal gusto.

—¿Ha dicho a qué hora volverá?

—A alguna hora de esta noche. ¿Tengo que esfumarme o algo así?

Apuntalo mi resolución. Es ahora o nunca.

—¿Podrías? —pregunto a Otter—. Si regresa a tiempo, quizá podrías ir a mi casa y relevar a la señora Paquinn de sus labores de vigilancia del Chico en mi lugar. Le he dicho que volvería a las siete a lo más tardar.

—Eso servirá. Pero más vale que me llames si necesitas algo. Juro por Dios, Bear, que si Creed empieza a ponerse borde, será mejor que me lo hagas saber.

Le miro pestañeando.

—¿Por qué, para poder venir a rescatarme?

Me besa de nuevo.

—Sí, y de paso hincarle el pie en el culo.

Me echo a reír.

—Mi héroe —digo, echándole los brazos al cuello y atrayéndole sobre mí.

—¿Ducha? —sugiere esperanzado contra mi cuello.

Otter tiene la rareza (por otra parte muy excitante) de hacerlo en la ducha.

—Ducha —respondo alegremente.

Grito cuando me levanta con un brazo y me carga sobre su hombro. Pero no pasa nada. Tengo una vista espléndida de su trasero.

Quizá todo este asunto de Creed no irá tan mal como creo.

Una hora más tarde regresamos a su habitación, empapados y tremendamente agotados. No deseo otra cosa que acurrucarme bajo las sábanas con Otter, pero el Chico está en casa, y tengo que averiguar dónde se encuentra Creed. Grito a Otter cuando me azota el culo desnudo con su mano mientras estiro un brazo para sacar el teléfono de mis pantalones. Se echa a reír y se tiende en la cama boca arriba, sonriéndome y moviendo las cejas mientras se pasa una mano lentamente por el cuerpo. Se me seca la boca por un segundo mientras mi polla trata de ponerse en marcha, pero es inútil. Seis veces en cuatro horas es suficiente para dejar exhausto al más pintado, aunque el objeto de su deseo se extienda frente a él, haciendo todo lo posible por conseguir una erección. Otter sonrío satisfecho mientras me quejo y me siento en la cama a su lado, procurando no hacer caso de sus

tocamientos. Abro el teléfono y me sorprendo al ver cinco llamadas perdidas. No hay mensajes de voz. No había podido oírlo sonar desde la ducha. Frunzo el ceño mientras acudo a la lista de llamadas perdidas y compruebo que el Chico me ha llamado tres veces y la señora Paquinn, las dos restantes.

Tratando de mantener a raya el pánico de bajo nivel, le muestro el teléfono a Otter. Se lo queda mirando pensativamente, estira un brazo sobre mí y coge su móvil.

—El Chico también me ha llamado varias veces —dice—. Y otro número que no reconozco.

Lo lee en voz alta y coincide con el número del móvil de la señora Paquinn.

—¿Por qué no habrán dejado ningún mensaje de voz? —pregunto, algo más alto de lo que debería.

Empiezan a temblarme un poco las manos, Otter se da cuenta, las toma entre las suyas y me las frota con suavidad.

—Estoy seguro de que no es nada, Bear —dice Otter dulcemente—. Si fuera algo importante, habrían dejado un mensaje, ¿no?

Retira una mano, coge su teléfono, pulsa un botón y se lo lleva al oído.

—¿A quién llamas? —pregunto, tratando de calmarme.

—Al Chico —contesta, sonriéndome tranquilizadamente—. Seguro que solo quiere saber a qué hora llegarás a casa. —Su sonrisa va desvaneciéndose cuando oigo el mensaje del buzón de voz de Ty—. Hum —murmura. Corta la llamada y marca otro número—. ¿Señora Paquinn? —dice al cabo de un momento—. Soy Otter Thompson. Estoy bien. ¿Y usted? —Muevo las manos delante de la cara de Otter, instándole a que vaya al grano—. ¿Me ha llamado hace un rato? ¿Sí? Ah, está aquí. Sí. ¿Está bien el Chico? Lo siento, quería decir Ty. ¿Está bien Tyson? —Tapa el micrófono con la mano y anuncia—: Ty está bien, Bear. —Experimento una oleada de alivio y me dejo caer sobre la cama. Santo Dios. Otter sigue hablando por teléfono—. ¿Cómo dice? ¿Ahora? Sí, puedo decírselo. Dígale a Ty que estaremos allí en unos minutos. Está bien, adiós.

Cuelga el teléfono y me mira con aire pensativo.

—¿Qué pasa? —pregunto nervioso, con una sensación de ansiedad revolviéndome el estómago de nuevo.

—Ha dicho... —Se interrumpe y vuelve la cabeza hacia un lado—. Ha dicho que tienes que ir a casa enseguida para «ayudar a resolver una situación».

—¿Una situación? ¿Qué diablos significa eso? —pregunto, al mismo tiempo que introduzco las piernas en mi pantalón corto.

—No lo sé, papá Bear. Supongo que lo sabremos en cuanto lleguemos allí.

Gimo para mis adentros. Parece que no podré hablar con Creed esta noche.

Diez minutos después, llegamos al edificio de mi piso. Otter aparca su Jeep al lado de mi coche, donde ha estado desde que ha pasado a recogerme anteriormente. Para el motor, se vuelve hacia mí y me dedica una sonrisa torcida. Quiero devolvérsela, pero no puedo; él parece saberlo y no le da importancia. Se inclina sobre la consola central y me besa rápidamente. Noto su barba incipiente

áspera y deliciosa contra mi rostro. Otter me aprieta la mano, bajamos del coche, subimos la escalera y llegamos a la puerta. Vacilo antes de introducir la llave en la cerradura. No sé por qué, pero de pronto tengo una sensación muy mala acerca de lo que hay al otro lado de esa puerta. Por lo visto Ty está bien y no parece que suceda nada malo con la señora Paquinn, y no se me ocurre por nada del mundo de qué otra cosa podría tratarse. «A mí no me preguntes —dice la voz—. Esto me tiene tan desconcertado como a ti.» Noto que Otter me pone una mano en la espalda y esto me infunde una pequeña dosis de valor. Abro la puerta y entro.

Nada más entrar, el Chico llega corriendo por el pasillo y se lanza a mis brazos. Me coge por sorpresa y me hace chocar ligeramente contra Otter. Noto que el Chico está temblando, me pone la cara sobre el pecho y su corazón late velozmente contra el mío. Me vuelvo a mirar a Otter, que tiene una expresión preocupada en su hermoso rostro. Me pasa los brazos alrededor de la cintura, los sube por la espalda del Chico y le acaricia tranquilizadamente.

—¿Qué ocurre, Ty? —pregunta Otter.

Ty se aparta lo suficiente para dejarme ver sus ojos, abiertos como platos.

—Ella está aquí —susurra.

—¿Quién está aquí? —pregunto, confuso y asustado.

Ty sacude la cabeza, vuelve a refugiarse en mi pecho y respira agitadamente contra mí. No le he visto así en muchos meses.

Otter se sitúa junto a mí y me rodea con un brazo. Le miro, y él sonríe y me aprieta el hombro. Ordeno a mis pies que empiecen a moverse y finalmente lo hacen, uno detrás del otro. No hay más que ocho o nueve pasos hasta la sala de estar, pero es el recorrido más largo de mi vida. Cuando doblamos la esquina, veo a la señora Paquinn sentada muy tiesa en una silla, orientada hacia el sofá al otro lado de la estancia. Me mira y advierto algo en sus ojos, algo que no sé identificar. Creo que puede ser tristeza, o miedo, o una serie de cosas que la gente piensa cuando está a punto de caer una bomba. Sinceramente, todavía no puedo entender qué es tan malo. Ty está en mis brazos, respirando sano y salvo (aunque está aterrorizado por algo), y nuestro piso no se ha quemado, y la señora Paquinn no está muerta. Intento dejarme experimentar cierta sensación de alivio. Lo intento, hasta que oigo hablar a Otter a mi lado.

—Oh, Santo Dios —murmura.

—Hola, Bear —dice mi madre.

Creo que debo de oír alucinaciones, porque no puede ser ella. Me permito distraerme una fracción de segundo con la idea de que aún podría reconocer su voz al cabo de todos estos años. Entonces creo que veo alucinaciones cuando me vuelvo a mirar al sofá, porque resulta imposible que aquello que veo esté allí. Julie McKenna está sentada en el sofá, con la espalda tan tiesa como la de la señora Paquinn. Ahora lleva el pelo oscuro más corto y recogido en una coleta. A la mayoría de la gente eso le conferiría un aspecto juvenil, pero lo que más me impacta cuando la veo por primera vez en más de tres años es lo vieja que parece. Las patas de gallo alrededor de los ojos le marcan el rostro. Tiene las mejillas hinchadas, y da la impresión de que ha ganado peso. El feo vestido que lleva proclama a los cuatro vientos que ha sido comprado en las rebajas de Kmart, y los zapatos son anodinos y vulgares. El collar que luce brilla demasiado para ser otra cosa que plástico barato.

Parece vencida, gastada por el tiempo, como si nada en su vida le haya sido favorable. Instintivamente, sujeto al Chico con más fuerza, tratando de hacerle desaparecer para que no tenga que ver nunca de dónde vino, sino solo adónde va. Mis ojos no se apartan en ningún momento de los de mi madre, y casi me horrorizo al comprobar que son lo único de ella que no se ha marchitado, lo único de ella que se mantiene igual. Parecen los mismos porque tienen el marrón de mis ojos y el marrón de los del Chico.

Noto una mano protectora sobre mi hombro y me percató que es la de Otter. Aparto un momento la vista de mi mamá y le miro. Tiene la cara tensa y los ojos duros. Mira a mi madre con odio y no hace nada por ocultarlo. Siente mis ojos sobre él, se vuelve hacia mí y me aprieta el hombro de nuevo. Su expresión abandona la ira para acogernos, a Ty y a mí, en la misma estima que nos prodiga siempre. Casi basta para quitarme el asfixiante miedo. Casi. Sus ojos recuperan la frialdad cuando vuelve a mirar a mi madre. Ella nos observa nerviosa, intenta esbozar otra sonrisa y fracasa con estrépito.

La señora Paquinn tose a mi espalda, y la oigo estornudar cuando se levanta de la silla.

—Bear, ¿puedes acompañar a una anciana hasta la puerta? —pregunta en voz baja.

Asiento, beso al Chico en la cabeza y se lo paso a Otter, cuyos brazos ya le esperan. Tan pronto como recibe a Ty, el Chico se acurruca contra su pecho, y Otter se inclina y le susurra palabras tranquilizadoras al oído. Sus ojos contradicen sus palabras, como acero dulce.

La señora Paquinn me espera en la entrada. Cuando me dirijo hacia ella, le habla a mamá:

—Ha sido... interesante volver a verte, Julie —dice con voz apagada—. Espero que sepas que Bear ha criado un niño extraordinario.

Mi madre asiente con la cabeza, pero no responde.

Sigo a la señora Paquinn a través de la puerta y la cierro suavemente a mi espalda. Se vuelve hacia mí, como aguardando mi lluvia de preguntas.

—¿Qué diablos hace aquí? —inquiero—. ¿Cuándo ha aparecido?

La señora Paquinn se estremece y se reclina contra la puerta.

—Ha llegado hace un par de horas —contesta con voz temblorosa—. Llamaron a la puerta, y Ty fue corriendo a abrir creyendo que erais tú y ese Otter. Regresó con la cara pálida, seguido por ella, toda sonrisas. Al principio no la he reconocido, pero entonces ha abierto la boca y he sabido quién era enseguida. Tyson y yo hemos intentado llamarte.

Dice esto último sin ningún tono de acusación, lo que hace que la quiera todavía más.

—Ya lo sé, lo siento. No he oído mi teléfono. —Sacudo la cabeza—. ¿Qué hace aquí, señora Paquinn? ¿Lo ha dicho?

Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—Para ser sincera, no ha dicho gran cosa, Bear. Ha dicho que ha vuelto para ver cómo les iba a sus hijos. Ha estado tratando de que Tyson hablara con ella, pero cuando ese chico no estaba al teléfono intentando llamarte, estaba acurrucado contra mí. —Abre los ojos y me mira—. Sea lo que sea a lo que ha venido, no puede ser bueno —me dice—. Ninguna madre se marcha durante tres malditos años dejando solos a sus hijos y después regresa sin querer algo.

—Mierda —murmuro.

No logro concentrarme, porque parece que todos los pensamientos que he tenido en mi vida ahora me invaden la mente. Tengo las manos sudorosas y me siento flaquear las piernas. Quiero entrar corriendo, coger a Otter y al Chico y largarme de aquí. Las palabras de la señora Paquinn acrecientan la confusión dentro de mi cabeza.

Toma mi mano en la suya y se la lleva directamente a sus labios grisáceos.

—Bear, si necesitas algo, lo que sea, ya sabes dónde estoy. Puede que ya no sea tan ágil como antes, pero llevo algún tiempo cuidando de ese chico y sé cómo proteger a las personas que quiero.

La estrecho entre mis brazos y oigo una leve exhalación de sorpresa, pero me recibe de buena gana, con unos brazos más fuertes de lo que creía. Me suelta al cabo de unos momentos y, sin mediar palabra, se dirige cojeando hacia su puerta y entra en su piso.

«Ninguna madre se marcha durante tres malditos años dejando solos a sus hijos y después regresa sin querer algo.»

Vuelvo a entrar. Tan pronto como accedo a la salita, mi madre se pone en pie con expectación. Veo que Otter se ha llevado al Chico de la estancia, paso junto a mi mamá sin decir palabra y la oigo suspirar mientras vuelve a sentarse. Que la jodan. Puede esperar. Mis chicos no se encuentran en la cocina, así que recorro el pasillo y veo que la puerta de nuestro dormitorio está cerrada y la luz, encendida. Giro el pomo, pero la puerta está cerrada con llave.

—¿Quién es? —pregunta Otter con brusquedad.

—Soy yo —respondo en voz baja.

Oigo el clic del cerrojo y la puerta se abre. Miro al interior de la habitación, y el Chico está sentado en su cama, con la espalda apoyada contra la pared. Otter cierra la puerta, vuelve a echar la llave, me empuja hacia la cama, donde se encuentra Ty, nos coge a ambos entre sus brazos y nos mece suavemente. Nos besa en la coronilla. Ty aún tiene los ojos desorbitados y espantados, y siento la primera gran oleada de cólera que empieza a invadirme. Otter nota cómo me tensó bajo sus manos y procede a frotarme la espalda.

¿Cómo diablos puede estar aquí? Después de plantar a su familia por un jodido tío, ¿cómo tiene el valor de dejarse ver de nuevo, y mucho menos de respirar el aire del mismo distrito postal? Me sube la bilis, caliente y amarga, pero consigo hacerla bajar hasta que se extiende por mi estómago como una película grasienta. Tres años es mucho tiempo para dejar que la ira y el odio a alguien se enconen, y para ser sincero creía haberlos superado en su mayor parte. Sí, cuando se marchó fue un golpe terrible, dudaba de mí mismo y de todos los que me rodeaban y me preguntaba cómo demonios iba a mantener a un niño cuando yo mismo todavía lo era. Hubo días en los que alterné entre maldecirla y rogar a Dios para que la hiciera volver a casa. Con el tiempo se redujo a un dolor leve que siempre llevaba conmigo pero del que no hacía caso con extraña habilidad.

Ahora ella ha vuelto, y es como si la herida se abriera y empezara a sangrar de nuevo. Pero esta vez va acompañado de algo más, algo mucho más sombrío. Trato de concentrarme en ello, sin acabar de comprender qué es. El mejor modo que se me ocurre de describirlo es que estoy ofendido, ofendido por el hecho de que esté aquí, ofendido por su atrevimiento de dejarse ver otra vez. No creo que esté necesariamente disgustado por la idea de que se encuentre realmente aquí, sino más bien por el hecho de que considere que puede aparecer así, como llovida del cielo, como si nada hubiera

ocurrido. Como si los últimos tres jodidos años no hubieran transcurrido nunca. Como si yo no hubiera llegado a casa un día y encontrado una nota de nuestra cobarde madre, diciendo que lo sentía pero que debía irse, que Tom decía que ella podía conseguir un empleo, que yo siempre fui un bebé feliz y que me había dejado 137,50 dólares en mi cuenta corriente, 137,50 dólares de mi dinero que debía destinar a la facultad, pero ¿para qué necesitaba la universidad para ser escritor? Tres años de miedo, cólera, economías, tristeza, soledad, tres años de sentirme perdido, como si me hubieran abandonado y metido en una situación de la que no era capaz de salir. La amargura aumenta en mi interior, y estrecho a mis chicos con más fuerza.

—Debemos llamar a Creed —sugiere Otter al cabo de un rato—. Para que venga a buscar al Chico.

Asiento con la cabeza.

—Me parece bien...

—No —espeta el Chico.

Nos sobresaltamos los dos. Me aparto de Otter para verle bien la cara y tengo que abstenerme de apartarle de un empujón porque está visiblemente furioso. Le brillan los ojos al mismo tiempo que su boca se contrae en una mueca de desprecio, y es la primera vez que le veo esa expresión. La ira vuelve a aumentar en mi interior (¿ha desaparecido en algún momento?), y no deseo otra cosa que derribar la puerta del dormitorio, echarla a patadas de nuestra casa y arrojarla escaleras abajo. Quiero oír cómo se rompen sus huesos mientras grita al impactar contra el suelo. Ardo en deseos de romper algo, y bien podría ser ella.

—Ty —digo, sin hacer nada por contener la vileza de mi voz—. Ty, no quiero que estés aquí para esto. No tiene ningún derecho a verte.

—No me importa —gruñe—. No me iré con Creed.

Miro a Otter pidiendo ayuda. Observa a Ty con una expresión de rabia casi idéntica. Casi quiero que mi madre entre ahora, que vea cómo estamos todos, que sienta toda la intensidad de nuestra ira. Quiero que retroceda, que se vaya con el rabo entre las piernas y nos suplique perdón mientras se aleja de nuestras vidas para siempre. No se merece estar aquí. No se merece poder entrar y echar a perder la precaria estabilidad que acabamos de obtener después de tanto tiempo. No es justo.

—Otter... —empiezo a decir.

—No, Bear —replica, casi con la misma vehemencia que el Chico—. Ya sé qué vas a pedirme, y la respuesta es no. No pienso llevarme al Chico de aquí y dejarte a solas con ella. —Levanta la vista hacia mí y tiene los ojos duros y centelleantes, pero está más sosegado que el Chico o que yo—. Me he pasado los últimos tres años queriendo que volvieras sin saberlo, y ahora que te tengo no voy a dejar que afrontes esto solo. Te quiero demasiado para eso. —Se interrumpe y reflexiona. Luego levanta un brazo y vuelve a estrechar al Chico contra sí—. Os quiero demasiado a los dos para eso.

—No puedes obligarme a irme, Bear —dice Ty, su voz afilada como un cuchillo—. No puedes obligarnos a irnos. No quiero verla, pero tampoco quiero marcharme. Puedes probarlo, pero apuesto que Otter y yo podemos derribarte.

Fuerzo una sonrisa y mis chicos hacen lo mismo.

—¿Qué te ha dicho, Chico? —pregunto en voz baja—. ¿De qué hablaba antes de llegar yo?

Ty niega con la cabeza.

—Ha estado preguntándome por la escuela, quiénes son mis amigos y cosas así. —Se toca frenéticamente los ojos, enjugándose las lágrimas—. Me ha preguntado qué quería ser de mayor. También ha preguntado por ti. Mucho. Quería saber dónde trabajabas y con quién salías. Ha preguntado cuánto hace que Otter volvió y si venía por aquí.

«¿Qué diablos está haciendo? —pienso—. ¿A qué trata de jugar?»

«Cuidado, Bear —susurra la voz—. Es evidente que aquí falla algo, de modo que debes ir con cuidado.»

—¿Eso es todo? —pregunto al Chico.

Asiente con la cabeza.

—No he contestado gran cosa. —Se encoge de hombros—. No creía que fuera asunto suyo lo que estamos haciendo ahora. No tiene que saberlo.

Tiene razón, y sé que es mi hermano porque está pensando exactamente lo mismo que yo. Entonces se me rompe un poco el corazón por el Chico, por tener que afrontar esa clase de obstáculo a su edad. Gimo para mis adentros al pensar en cómo le afectará esto a largo plazo. Vuelvo a maldecirla en silencio, sabiendo que está desenmarañando todo aquello por lo que nos hemos esforzado, todo lo que hemos hecho para salir finalmente adelante. De repente, echarla escalera abajo vuelve a parecer una buena idea. Cuando menos, entonces nos libraríamos de ella para siempre.

Me levanto, más preparado de como lo estaré nunca. El peso del mundo recae de nuevo sobre mis hombros y un mareo se extiende por mis ojos y me enturbia la vista. Extiendo una mano para apoyarme en algo, lo que sea. No me sorprende demasiado al notar el brazo de Otter bajo mi hombro cuando se mueve para sujetarme. Le abrazo con fuerza, poniendo en ello todo mi empeño para que sepa cómo me siento. Parece entenderlo cuando me estrecha a su vez, y me siento aplastado, en el buen sentido. Quiero que siga agarrándome, para sacar todo el horror que se enrosca por mi cuerpo. Se aparta, me besa en la frente y se vuelve a coger al Chico. Ty recuesta la cabeza sobre el hombro de Otter, con los brazos colgando flácidos a los costados.

—Confío en que no esperes que me quede de brazos cruzados si te cabrea a ti o a mí —dice Otter cuando extiende el brazo para abrir la puerta.

—Yo tampoco —interviene Ty.

Suelto una risita amarga.

—No esperaba menos de mis chicos —les digo, y entonces abro la puerta.

«Ni yo», dice la voz mientras enfilamos el largo trayecto por el pasillo.

De camino por los escasos tres metros que conducen a la salita, el tiempo se ralentiza y casi se detiene. Tiene que hacerlo para que pueda concentrarme en todo lo que hay dentro de mi cabeza. Oh, Dios, no quiero recordar esas cosas. No quiero pensar en ellas, pero no puedo parar, y cuando doy otro paso hacia una fría inevitabilidad, me voy hundiendo en las olas y entonces..., y entonces...

Y entonces...

«Es el día de mi quinto cumpleaños, mamá lo ha olvidado y decide emborracharse a las diez de la mañana con un tipo cuyo nombre desconozco. Tiene los ojos vidriosos cuando me recorren de

arriba abajo, viéndome sentarme a la mesa de la cocina con ellos, sabedor de que no tardará en gritar ¡sorpresa! y que habrá pastel, globos y regalos. Se sirve otra copa a sí misma y al desconocido, brindan uno con el otro y luego levantan los vasos hacia mí, los vacían de un trago y se disponen a tomar otra más. Al mediodía ambos han perdido el conocimiento, y me paso el resto del día encerrado en mi habitación, leyendo a solas y experimentando un incipiente temblor.»

Y entonces...

«Ahora tengo once años, y suplico a mi mamá que me deje ir a casa de Creed para volver a pasar allí la noche. Lleva tres semanas recogida en el piso, con un extraño y espeluznante ataque de depresión dando vueltas sobre su cabeza. No se ducha ni come. Permanece encerrada en su habitación y solo sale para ir a comprar cigarrillos y bourbon antes de regresar a su cueva. Tengo órdenes estrictas de ir a la escuela y volver directamente a casa, porque, dice, ¿y si me necesita? ¿Y si le ocurre algo y no estoy allí para ayudarla? Algunos días ni siquiera puedo ir a la escuela. Pero hoy Creed me ha invitado a su casa porque Otter vendrá a pasar unos días de vacaciones. “Otter estará allí —le suplico—. ¡Tienes que dejarme!” Se queda mirándome y, por un momento, creo que ha olvidado quién soy, y me atrevo a esperar que así sea. Eso se hace añicos cuando un vago reconocimiento le atraviesa el rostro, y niega con la cabeza. “He dicho que no, Der —me dice—. ¿Y si te necesito? Podría ocurrirme algo, y tú no estarías aquí.” Da otra larga calada al cigarrillo que cuelga de sus labios. “Podría ocurrirme algo”, repite, y me doy cuenta de que se ha ido cuando se queda mirando a través de la ventana de la cocina. Salgo de la estancia para poder derrumbarme a solas.»

Y entonces...

«Ahora tengo doce años y entra en mi habitación sin llamar. Aparto rápidamente el papel en el que estoy escribiendo y siento una oleada de calor en la cara. Estoy escribiendo una carta a Otter, preguntándole si, cuando él se licencie en la universidad y yo me gradúe en el instituto, podré irme a vivir con él. Es una carta que sé que no enviaré nunca, como hay docenas de cartas parecidas que están escondidas debajo de mi colchón. Mamá recorre el dormitorio con la mirada, finalmente se sienta en el borde de mi cama, agacha la cabeza y juguetea con sus manos. “Derrick, tenemos un problema —expone—. No sé cómo ha ocurrido.” No contesto, esperando que capte la señal y se marche para que pueda volver a mi carta. Espero que me deje en paz para que pueda imaginarme cómo sería llegar a adulto y que Otter y yo tuviéramos nuestra propia casa y pudiéramos hacer lo que quisiéramos sin que nadie nos lo prohibiera. Pero no lo capta. “Derrick —suspira—. Creo que estoy embarazada.” Cuando dice eso, tengo la sensación de que el techo se hunde sobre mi cabeza y cierro los ojos con fuerza, rezando a quienquiera que me escuche para que se la lleve. Para que la obligue a dejarme en paz. O, como mínimo, para que esté completamente equivocada sobre lo que acaba de decirme. No sé qué decirle y, siete meses después, tengo un hermanito y todas esas cartas siguen sin enviarse.

«Tengo trece años y, a partir de ahora, me llamo Bear.»

«Tengo quince años, y mi mamá se ausenta por tres días sin decirme adónde va.»

«Tengo casi diecisiete años cuando menciona a alguien llamado Tom.»

Y entonces...

«Ahora estoy a punto de graduarme en el instituto, y una noche vuelvo a casa del trabajo. No hay nadie allí, trato de no dejarme llevar por el pánico y es entonces cuando la veo, la carta de tres páginas descansando sobre la mesa, llena de palabras mal escritas y promesas rotas. Hay un momento, un instante cristalino de claridad pura, y es lo más que me he acercado a la locura en toda mi vida. Siento que me estoy desquiciando y empiezo a descomponerme, y los temblores se convierten en ondas de choque, y agarro el papel en mis manos, y la magnitud es como nada que haya conocido jamás. La provocan las palabras, palabras como “Sé que esto te costará de leer” y “Tengo que irme”. Golpeo una foto colgada en la pared, que se rompe contra mi mano, y oigo: “Tom dize que Ty no puede ir” y “Le dejaré aquí con tigo”. Sangro, y lo único en que puedo pensar es en cómo lo ha concluido, cómo ha puesto fin a todo: “Por favor, no intentes buscarme. Mamá.” Grito.»

«Tengo ocho años y recojo las latas de cerveza vacías.»

«Tengo seis años y me caigo, y ella no me besa la herida porque le da asco.»

«Tengo nueve años, y ella dice que no puede asistir a la Noche de los Padres de mi escuela.»

«Tengo doce años, y ella trae un bebé a casa.»

«Tengo catorce años, y ella trae a casa un tipo al que no he visto nunca.»

«Tengo diecisiete años, y ella se marcha.»

Tengo veintiún años, y ella regresa.

Accedemos a la salita y vemos que se ha movido del sofá para contemplar las fotografías que tengo colgadas en la pared. La mayoría han sido hechas por Otter, y muestran a Anna, Creed, el Chico y yo en diversas etapas de la vida. Hay algunas individuales, y otras en las que salimos todos. Pero aquella en la que se fija ahora me hace vacilar: es una que el Chico ha tomado hace unas semanas. En ella, Otter y yo estamos en la playa, el sol se está poniendo a nuestra espalda y Otter tiene un brazo sobre mis hombros y mira directamente a la cámara, con una sonrisa capaz de iluminar el mundo entero adornándole el rostro. Yo también sonrío de oreja a oreja, pero estoy concentrado en él. Mi cara dice muchas cosas en ese momento congelado, y me pongo nervioso cada vez que viene Creed, casi hasta el punto de que quiero quitarla. Pero no lo he hecho ni lo haré. Nos oye entrar en la estancia y se vuelve hacia nosotros.

Otter lleva al Chico y se sienta en el sofá, y Ty se coloca con la espalda recostada en el pecho de Otter y sus piernecitas entre las grandes piernas de Otter. Este apoya la barbilla sobre la cabeza de Ty y da una palmadita al asiento del sofá a su lado. Me muevo presuroso y sin dudar y ocupo mi lugar junto a mis chicos. Mamá vacila un momento, como no sabiendo qué decir ni qué hacer. Avanza despacio y se sienta en la silla que hasta hace poco había ocupado la señora Paquinn. Nos mira a Ty y a mí, y espero que se percate de lo bien que estamos, o por lo menos estábamos hasta que ha aparecido ella. La mano de Otter descansa cómodamente sobre el sofá entre su pierna y la mía, y puedo notar su dedo, invisible por la posición de nuestras piernas, rozándome el muslo de forma tranquilizadora. Le lanzo una mirada, él me la devuelve y el fulgor verde dorado me dice que todo irá bien.

—¿Cómo estás, Bear? —pregunta mi madre por fin.

—Estoy bien —le contesto con frialdad—. Estamos bien.

Asiente con la cabeza, mira nerviosa a Otter un breve instante y luego a mí.

—Me alegra oírlo —dice en voz baja, retorciéndose las manos en su regazo—. Ya me lo suponía, pero siempre es bueno comprobarlo con mis propios ojos.

—¿Qué quieres? —pregunto, sintiendo una indeseada curiosidad que se mezcla con la ira.

Vuelve a mirar a Otter y luego dice, en un tono casi de disculpa:

—Tal vez sería mejor que esto quedara en la familia.

Otter suelta un bufido.

—Pues no será así, Julie. Puedes decir perfectamente lo que tengas que decir en mi presencia.

—Oliver, no creo que esto sea asunto...

Lo intenta de nuevo, pero se detiene cuando Otter la interrumpe.

—Lo que tú creas no tiene demasiada importancia para mí —dice, mirándola con el ceño fruncido—. Tanto Bear como Tyson me quieren aquí y, mientras así sea, no me iré.

Ella suspira y me mira pidiendo ayuda, con esa expresión suplicante en su cara que he visto infinidad de veces. Noto que la piel debajo de mi ojo se contrae involuntariamente, y pienso con espanto que se imaginará que le estoy haciendo guiños. Pero no lo hace, y creo que sabe que no recibirá ayuda de mí. Quiero a Otter aquí. Necesito a Otter aquí. La molesta mirada suplicante de mamá se desvanece y nos quedamos con la mofletuda expresión de timidez que ha persistido en su cara desde que hemos llegado. Pero hay algo debajo de ella. Algo más profundo.

—Bueno, Bear —dice, con la voz algo quebrada—, ¿qué has estado haciendo?

—¿Qué quieres? —vuelvo a preguntar, ahora en tono enfático.

Mi madre sacude la cabeza.

—¿No puedo hacerte una simple pregunta sin que me eches la bronca? Ty ya me ha hablado de la escuela y de sus amigos, y solo quiero oír cómo te van las cosas a ti.

—No, no lo he hecho —interviene Ty.

—Ya sé que no, Chico —digo, dándole unos golpecitos en la pierna.

Mamá se muestra ofendida.

—Mirad —dice irritada—, pese a lo que hice, pese a lo mal que reaccioné, aún soy vuestra madre. Aún me preocupo por vosotros dos más de lo que os podríais imaginar.

—Vaya, gracias —me burlo, esforzándome por no gritar—. Sin duda eso me ha ayudado mucho durante estos tres años cuando trataba de dormir por la noche.

Sus ojos chispean.

—No fue fácil para mí, ¿sabes? —dice con vehemencia—. Tomar esa decisión fue lo más difícil que he tenido que hacer nunca. Desde entonces me he arrepentido cada día, pero cuanto más trataba de encontrar una solución, más tiempo pasaba, y se ha vuelto cada vez más difícil.

—¿Quieres hablar de lo difícil que ha sido para ti? —pregunto, incrédulo—. ¿Quieres venir aquí, a mi casa, y hablar sin parar de lo complicada que ha sido la vida para ti? ¡Tú no sabes nada de lo que es pasar apuros!

—¡Hice lo que creía que era mejor! —grita—. ¡No estaba en situación de ser una buena madre para ninguno de los dos! ¡Era mejor irme que quedarme aquí y estropear también vuestras vidas!

Noto que empiezo a temblar, oigo truenos en mis oídos y siento relámpagos recorriendo en zigzag por toda mi espina dorsal.

—¿Qué creías que era mejor? ¿Cómo pudiste pensar que lo que hacías sería mejor? ¡Dejaste a tu hijo de seis años con uno de diecisiete! ¿De qué manera podía eso ser mejor?

Niega con la cabeza y trata de levantarse, pero vuelve a sentarse enseguida. Se retuerce las manos, que empiezan a ponerse rojas, y nos lanza miradas furtivas a los tres. Me pregunto qué es lo que ve ahora, y sé que si me encontrara en su situación estaría temblando de los pies a la cabeza.

—Estaba siendo egoísta. ¡Ahora lo sé! —exclama—. No fue justo para ninguno de vosotros y..., y quiero que sepáis que no creo que pueda perdonármelo nunca.

Cuando termina de hablar veo unas lágrimas incipientes en sus ojos, pero eso no hace sino irritarme más si cabe.

—¿Es por eso que has venido? —gruño—. ¿A pedirnos perdón?

—Yo... no lo sé, Bear. Creía que..., que si volvía...

Vuelve la cabeza y levanta una mano para secarse el ojo, y veo que se le corre el maquillaje. Me vienen ganas de ponerme en pie, echarle las manos al cuello y estrangularla hasta oír un estertor en su garganta cuando exhale el último suspiro.

—No deberías estar aquí —digo—. Si has venido a ver cómo estábamos, ahora ya lo sabes. Tienes eso para apaciguar tu jodida conciencia.

—No utilices ese lenguaje conmigo, jovencito —me espeta—. Aún soy tu madre, y no permitiré que me hables así.

—No creo que puedas imponerle lo que diga o deje de decir —suelta Otter—. Perdiste ese derecho hace mucho tiempo, Julie, cuando huiste cobardemente.

Ella vuelve su irritación contra él.

—No hablaba contigo, Oliver —dice, molesta—. Además, ¿desde cuándo participas en discusiones familiares como esta? ¿No tienes tu propia casa adonde ir? ¿O te apetecía venir de visita a los barrios bajos?

—¡No le hables a Otter de ese modo! —grita el Chico de repente.

Yo apenas me inmuto, pero mamá retrocede bruscamente en su asiento y creo que va a caerse de bruces. Miro a Ty y veo que ha recuperado la expresión de pura furia en su rostro, y la dirige contra su madre.

—¡Es más de mi familia que tú!

—Ty, esto es cosa de mayores —dice ella apretando los dientes—. ¿Por qué no vas a tu habitación y hablamos más tarde?

—¡No le digas lo que debe hacer! —le grito—. ¡Renunciaste a eso cuando te fuiste!

—¿Qué otra cosa podía hacer? —replica ella—. Si me hubiera quedado todo se habría ido al infierno, y quién sabe dónde estaríamos ahora.

—¡Nos las habríamos arreglado de alguna forma! —exclamo—. ¡Siempre lo hicimos! ¡Por más difíciles que se pusieran las cosas, nunca huiste de tu jodida familia! —Me detengo, con las manos temblorosas. Tanto Ty como Otter tienen ahora sus manos sobre mi pierna, y me doy cuenta cuando los ojos de mi madre se fijan allí—. Pero te diré una cosa —continúo—. Puede que tengas razón.

Puede que lo mejor para ti fuera marcharte. Puede que fuera lo mejor para todos nosotros. Sé que te habría odiado todavía más que ahora si nos hubieras arrastrado contigo al abismo.

—Yo no quería... —susurra, con las lágrimas ya desbordadas—. No pude ver otra manera...

—Eso ya ha quedado claro —dice Otter con sequedad—. Ahora ¿por qué no contestas la pregunta de Bear? ¿Por qué has venido?

Mamá vuelve a fulminarle con la mirada antes de bajar la vista hacia sus manos.

—Ya os lo he dicho: quería ver cómo les iba a mis hijos. Necesitaba asegurarme de que estaban bien. Últimamente he estado pensando en vosotros dos más de como lo he hecho en mucho tiempo. —Se estremece y sigue adelante—. Ya sé lo que parece, creedme. No pretendo ser dura de ninguna manera. Pero... sea lo que sea lo que sintáis por mí ahora mismo, todavía sois mis hijos, y yo... no lo sé. Creo que es culpabilidad o es otra cosa, pero últimamente no consigo quitaros de mi cabeza. A veces me parece veros andando por la calle, y sé que no es posible, pero aun así corro detrás de vosotros y, por supuesto, cuando llego allí, no sois vosotros. Ni siquiera se os parecen.

Otter y yo nos miramos con los ojos como platos, recordando la historia que me había contado de su estancia en San Diego cuando estaba obsesionado conmigo.

—Es curioso —sigue diciendo mamá—, pero se me metió en la cabeza que tenía que volver a casa y ver a mis hijos. Pensé que quizá podría aprender a ser una buena madre y que... —Se detiene y levanta la vista hacia mí, con los ojos brillantes—. ¿Tiene sentido algo de lo que digo? —pregunta en voz baja.

—Lo tiene —admito, negándome a hacerle saber por qué—. Te entiendo más de lo que te imaginas. —Sacudo la cabeza cuando empieza a mostrarse esperanzada—. Pero es demasiado poco, demasiado tarde. Sea lo que sea lo que esperabas hacer aquí, se ha terminado.

—¿No puedes perdonarme? —pregunta con un hilo de voz.

—Algún día, tal vez. ¿Ahora? No. No puedo. Y tu presencia aquí no ha hecho más que empeorarlo. Creo que es mejor para todos que te marches.

—¿Ty? —dice sumisamente, y la odio por ello.

El Chico niega con la cabeza.

—No te quiero aquí. Papá Bear me ha cuidado más de como tú lo has hecho o podrías hacerlo nunca. Solo tengo nueve años, pero puedo verlo. —Me echa una mirada, le sonrío y eso le confiere valor para continuar—. Ha tenido que cuidarme durante mucho tiempo y por fin las cosas empiezan a ir bien. Yo he hecho lo que he podido por cuidar de él, y creo que lo he hecho bien.

—Desde luego, Chico —le susurro, y él sonrío.

Levanta la vista hacia Otter, que le besa en la frente, y vuelve a mirar a su madre.

—Y entonces Otter regresó porque se dio cuenta de que quería a Bear, y Bear le quiere, y no necesitamos que nadie nos diga cómo ser una familia.

Se interrumpe, y entonces su cara empalidece.

Seguramente como la mía.

Los ojos de mi madre chispean. Se queda mirando al Chico, luego se fija en Otter y en mí y sacude la cabeza.

—¿Que Bear qué? —pregunta en voz baja.

—Nada —me apresuro a responder—. Debes irte.

Cuando me mira a continuación, hay algo en sus ojos, algo que no logro identificar. Me llena de zozobra porque lo que más se le parece es el triunfo. Da la impresión de que acaba de ganar algo, y se me hiela el corazón en el pecho. Me noto la piel fría y húmeda.

—Oí... algo sobre ti —le dice a Otter, con una voz impregnada de evidente asco—. Antes de irme, alguien me dijo que te habían visto entrar en un bar de maricas en Portland. No me lo creí. Les dije que era imposible..., que tú no podías ser así.

—No tienes ni idea de lo que... —empieza a decir Otter, con los ojos centelleantes.

—Eso no importa —interrumpo—. Lo que él sea no será nunca asunto tuyo. —Respiro hondo—. Lo que yo sea ya no es asunto tuyo. No puedes volver a imponer cómo debemos vivir nuestras vidas.

—Soy tu madre —espeta—. ¡Yo te traje a este mundo, así que me da más derecho que a ti! —Su boca se contrae en una mueca de desprecio, pero esa es mi madre, aunque pueda ver que por debajo sonrío—. Además —añade, desviando los ojos hacia el Chico—, también soy su madre. ¿A quién crees que escuchará la gente, Bear? ¿A un niño como tú que se ha pervertido, o a una madre que no desea otra cosa que ver a su hijo pequeño criándose lejos del asqueroso estilo de vida que parece haber adoptado?

—Debes irte —gruñe Otter, dejando al Chico a un lado como si se dispusiera a abalanzarse—. Ahora. Ya me he hartado de oírte.

Mamá se hincha todo lo que puede, tratando de parecer más grande, y tengo que reconocerle ese mérito. Si Otter me mirara como lo hace ahora con ella, saldría corriendo y no me detendría hasta llegar a otro estado. El Chico está intercalado entre nosotros, pero puedo notar cómo tiembla Otter. Es como si su piel estuviera viva, agitándose y arrastrándose sobre sus huesos. Enseña los dientes y hay saliva colgándole del labio. El fulgor verde dorado ha desaparecido, fundido en una negrura casi absoluta. Tiene la frente arrugada y las narinas dilatadas, y lo único que quiero hacer es quedarme sentado y dejársela a él. Se lo merecería. Pero no puedo permitir que Otter haga esto. No puedo dejar que libre mis batallas en mi lugar. También sé que si sucumbe a esa locura que parece lamerle los pies no tardaré en seguirle, y no quiero que Ty nos vea así. Tomo una decisión, y duele, duele más de lo que creía. Solo hace unas horas que ella ha vuelto, y da la impresión de que ya está ganando.

Tiendo una mano y cojo a Otter por el brazo. Su cara de enojo se vuelve hacia mí y, por un momento, recibo lo más recio del ataque que ha destinado a mi madre. Casi me levanto y salgo huyendo, pero encuentro cierta determinación para apartar ese impulso y me sorprendo cuando ni siquiera me inmuta. Otter respira agitadamente un instante más, luego su rostro se ablanda, sus ojos se tornan más brillantes, sus labios se relajan y ha vuelto conmigo, y me alegro. Vuelvo la cabeza a la izquierda y le hago seña de que me siga. Él asiente, coge la mano del Chico y nos levantamos del sofá. Mi madre parece querer hablar, pero le lanzo una mirada y desiste. Otter sigue a Ty, quien a su vez me sigue a mí, y les conduzco a la puerta principal. Sé que mi madre escucha con atención, confiando recoger todo lo que pueda. Salimos y cierro la puerta a nuestras espaldas.

—¿Adónde vamos, Bear? —pregunta el Chico con voz débil.

Suspiro.

—Nosotros no iremos a ninguna parte, Ty. Tú irás con Otter a su casa y me esperarás allí. —Los

dos empiezan a protestar en el acto, pero levanto una mano y se callan a la vez. Miro a Otter, quien parece a punto de volver a hablar en cualquier momento—. Tienes que sacarle de aquí —digo—. No quiero que el Chico oiga cualquier odio que ella desee manifestar. Llévatelo a tu casa. Sácale de aquí, Otter. Por favor —insisto cuando empieza a protestar—. Hazlo por mí.

Encorva los hombros y rodea con un brazo los del Chico, pero este se lo quita de encima.

—No, Bear —gruñe Ty con indignación—. Tenemos que hacer esto juntos. Has dicho que lo haríamos juntos...

—Ya sé que lo he dicho —le interrumpo bruscamente—. Pero eso fue antes de que viera en qué clase de persona se ha convertido. No tienes que estar aquí para esto, Chico. No quiero que estés aquí para esto. Tienes que dejar que me encargue yo.

Sus ojos escrutan los míos, y no debe de gustarle lo que ve porque su cuerpo empieza a imitar el de Otter, derrotado y abatido.

—Llévatelo a casa —susurro a Otter—. Llévatelo de aquí y te prometo que os seguiré tan pronto como me libre de ella.

Otter asiente y comienza a tirar del Chico hacia la escalera, pero Ty se zafa de él y me rodea la cintura con sus brazos, con la cabeza apretándome el estómago. Me inclino y le abrazo con todas mis fuerzas, tratando de hacerle olvidar este día. No sé hasta qué punto lo consigo.

Al cabo de un minuto le suelto y me dispongo a volver a entrar, cuando él me sujeta por la muñeca y me estira hacia abajo. Noto su respiración caliente y urgente en mi oído.

—Prométeme que cuando vengas a buscarme todo será igual que antes. Prométemelo.

Sonrío con tristeza.

—Te lo prometo, Chico. Hasta ahora he cuidado de ti, ¿no?

Asiente con la cabeza.

Me enderezo y miro a Otter, que parece mayor, más viejo de como le he visto nunca. Aún encorva los hombros, y no sé si ha oído lo que ha dicho el Chico. Extiendo un brazo y le tomo la mano. Él levanta la cabeza y veo que tiene los ojos anegados de lágrimas indignadas.

—Eh, nada de eso —le reprendo, tendiendo una mano para secarle afectuosamente los ojos.

—Ty —susurra él con voz ronca—. ¿Puedes esperarme junto al coche?

Ty nos mira a los dos, y me pregunto qué ve. El Chico coge mi mano libre y besa el dorso, lo cual me conmueve como nunca había creído posible. Siento que mi respiración empieza a atascarse dentro del pecho y trato de dominarme antes de que sea peor. El Chico baja las escaleras y, cuanto más se aleja, más pequeño parece. Es como si menguara cada vez más y fuera a desaparecer si aparto la mirada.

Cuando Ty ya no puede oírnos, vuelvo a mirar a Otter, que parece haber recobrado cierta determinación y autodominio. Le sonrío, él levanta la cabeza de nuevo y me doy cuenta de que lo del autodominio es mentira. Sus ojos vuelven a ser negros, me pongo a sudar y creo que está a punto de irrumpir en el piso para despedazarla miembro a miembro. Empiezo a abrir la boca, pero se me escapa el aire de golpe cuando me estrello contra la pared exterior del piso. El cuerpo y la cara de Otter se aprietan contra los míos, y su beso es violento y peligroso. Puedo notar sus dedos clavados en mi espalda y sus dientes rechinando contra mis labios. Aunque mi madre se encuentra a no más de

cinco metros, siento que me excito. Otter se percata a su vez, y gruñe contra mi cara. Levanto las manos y se las pongo detrás de la cabeza, atrayéndole más hacia mí. Me besa los labios, luego sigue mi mandíbula mordisqueando y lamiendo hasta llegar a mi cuello, y noto sus dientes hundiéndose suavemente en la piel. Entonces empieza a chupar. Recuesto la cabeza contra la pared a la vez que pongo los ojos en blanco, y empiezo a alejarme flotando sobre una corriente oceánica. No hay tormenta, pero ahora estoy sumergido del todo. No es tan malo como creía.

Finalmente Otter se aparta, y puedo sentir la suave quemazón en mi cuello donde sé que ha dejado su marca. Levanto los ojos hacia mi novio y veo cómo la lujuria se fuga una vez más de los suyos. Apoya su frente contra la mía. Nos quedamos así durante lo que parecen horas, él exhalando mientras yo inhalo, y me lleno de Otter, de aire que antes estaba dentro de él y ahora está dentro de mí. Noto una gota que me cae sobre la mano y abro los ojos, justo a tiempo de ver otra lágrima cayendo de los suyos.

—Ahora lo sabrá —murmura en mi cara—. Ahora sabrá que eres mío.

Le sujeto el rostro entre mis manos y le beso con delicadeza.

—Desde luego que sí —le digo.

Se aparta repentinamente, hunde las manos en los bolsillos y se encamina hacia la escalera. Pongo mi mano sobre el pomo y le veo alejarse. Cuando llega abajo se vuelve, como ya sabía que haría. Dios, me encanta lo previsible que es Otter.

—Te quiero, papá Bear —me dice con voz serena.

—Lo sé —respondo—. Creo que siempre lo he sabido.

Asiente con la cabeza momentos antes de desaparecer en la oscuridad.

—¿Desde cuándo? —farfulla mamá cuando regreso a la salita—. ¿Cuánto hace que vivís en pecado?

Suelto un bufido.

—¿Pecado? Vamos, madre. —Me siento en el sofá y la miro con odio mientras se pasea de un lado al otro delante de mí—. Nunca has sido demasiado religiosa, así que seguramente no es una buena idea que empieces a serlo ahora. Solo te avergonzarás más de como ya lo has hecho.

Se para frente a mí, mostrándose incrédula.

—¿Te preocupa que me avergüence? ¡Fíjate en ti! ¡Yo no te crié para te convirtieras en la buscona de Otter! —me chilla—. ¡Tú no eres un marica, Bear! ¿Qué diablos te ha hecho?

Vuelve a retorcerse las manos, y creo que no tardarán en caérsele.

—No me ha hecho nada —respondo con el ceño fruncido—. Bueno, nada que no quisiera que me hiciera. —Es un golpe bajo, lo sé, pero no puedo menos que experimentar una arrolladora sensación de júbilo cuando la veo retroceder con los ojos como platos—. Y no digas «marica». Ty dice que esa palabra es grosera, y le creo.

—¿Desde cuándo? —pregunta con una mueca, reanudando sus paseos delante de mí.

—¿Desde cuándo qué, madre?

—¿Desde cuándo ha estado pervirtiéndote?

Entorno los ojos.

—Métetelo en la cabeza ahora mismo: no me ha hecho nada que yo no quisiera.

—¡Tú no eras así cuando yo estaba! —protesta—. ¡No te habría dejado nunca convertirte en esa..., esa cosa que parece creer ser!

—¡En ese caso seguramente fue bueno que te marcharas! —le bramo—. ¡Y si crees que de haberte quedado las cosas habrían ido de un modo distinto, entonces eres aún más estúpida de lo que creía!

—No..., no... —balbucea—. No te atrevas...

Me levanto de un brinco y sitúo mi cara a unos centímetros de la suya.

—¿Que no me atreva a qué? —La miro con desprecio, notando cómo se me contrae el labio, y sé que tengo el aspecto de Otter hace solo unos momentos. Un orgullo feroz me recorre de abajo arriba, comenzando en los dedos de los pies y subiéndome por la espina dorsal—. ¿Que no me atreva a qué? —repito, en voz baja y vehemente.

—La Biblia dice...

—¡He dicho que dejes esas chorradas! —le grito—. ¿Quién diablos eres tú para entrar en mi casa y decirme qué está bien y qué está mal? ¿Quién diablos crees que eres?

Ella trata de erguirse en toda su estatura, que no ha sido nunca demasiado imponente.

—Sé quién soy —replica con voz temblorosa—. Y sé quién eres tú... o quién eras. Antes eras mi hijo, y ahora lo único que veo es..., es este maricón plantado delante de mí.

Cuando dice esto último, necesito hacer acopio de todas mis fuerzas para no extender el brazo y golpearla en la boca. Y aun así casi no basta. Me lo imagino mentalmente: mi puño impactaría en su cara y la sangre saldría despedida mientras su boca se rompe y su nariz se hace pedazos. Retrocedería tambaleándose y se tropezaría con la mesita situada detrás de sus piernas. Caería hacia atrás, se daría de cabeza contra la mesita, se le abriría y se quedaría allí tendida sin moverse. Esto me hace estremecer aún más que su presencia aquí. Me hace estremecer el conocimiento de que podría hacer esto y no sentir ni una pizca de remordimiento. Cierro los ojos y trato de deshacerme de la mareante sensación de vértigo que amenaza con apoderarse de mi mente.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunto, intentando mantener la voz serena.

—Te diré qué es lo que no quería —responde con desdén—. No quería llegar a casa y encontrarme con...

—Esta no es tu casa. Contesta la pregunta.

—Bear —grita con voz aguda y quejumbrosa, como recuerdo que era antes—. Ya te lo he dicho, ¡solo quería ver a mis hijos!

—Ya sé qué es lo que has dicho. —Sigo teniendo los ojos cerrados—. Pero mentías. ¿Qué quieres?

—No tengo por qué quedarme aquí y permitir que me hables de ese modo —dice, y noto que se aleja—. No me merezco ese trato —murmura, casi para sí—. Todavía soy tu madre, y sé qué es lo que te conviene.

Abro los ojos de golpe y ya he tenido bastante.

—¿QUÉ COÑO QUIERES? —grito, y se me desgarran la garganta cuando salen de ella estas

palabras.

Me adentro aún más en el océano. A lo lejos, los truenos retumban a través del cielo, y mentalmente miro hacia el horizonte y veo formarse unos nubarrones enormes. El viento sopla suavemente sobre mi cabeza, trayendo consigo el presagio de lluvia. «Bear —susurra la voz—. Bear, tienes que ganar la orilla. Tienes que ganar la orilla antes de que llegue la tormenta. Si no lo haces, serás arrastrado y ni siquiera yo podré seguirte hasta allí.»

Mi madre me observa con temor, y por primera vez en mi vida me alegro de que se fuera cuando lo hizo. Oh, he sentido cosas que bordeaban el alivio que experimento ahora, pero durante los últimos tres años esta abrumadora sensación de justicia nunca ha prevalecido tanto en mi mente. Ella ha dicho que, si se hubiera quedado, Otter y yo nunca habríamos sido Otter y yo, y por más que me gustaría negarlo, tengo la horrible sensación de que está en lo cierto. Otter se habría quedado aquí, yo habría ido a la facultad y las posibilidades de que Otter y yo nos hubiéramos alineado tal como lo hemos hecho quizá no se habrían dado nunca. Y, para empeorar las cosas, habría dejado al Chico aquí con ella. Por supuesto, me habría dado de tortas y me habría regañado todos los días por hacer eso, pero creo que lo habría hecho de todos modos. Si ella se hubiera quedado, muchas cosas serían distintas, muchas cosas estarían fuera de sitio en el mundo. Jamás habría encontrado las últimas piezas del rompecabezas para encajarlas y completar el cuadro. Nunca habría podido ver al Chico convertirse en lo que es ahora. Ahora entiendo que nunca podré odiarla del todo, porque me hizo el mejor regalo: me dio mi familia.

—Mamá —suspiro, mi beligerancia agotada—, creo que debes irte. No quiero seguir haciendo esto contigo. Creo que debes irte y no volver nunca más.

—Bear —responde ella, estremeciéndose—, no puedo dejarte aquí de este modo. No ahora que sé que necesitas a tu madre más que nunca. —Sacude la cabeza—. Tengo que estar aquí para ti.

—No te necesito —le digo con toda la delicadeza de que soy capaz—. No te he necesitado en mucho tiempo. Has dicho que has venido a ver cómo nos iba al Chico y a mí. Ya tienes tu respuesta. Lo has visto con tus propios ojos y puedes volver allí de donde has venido sabiendo que los dos estamos bien. Y siempre lo estaremos.

Da la impresión de que extenderá los brazos y me sujetará los hombros, y por un momento creo que se lo permitiré. Creo que le devolveré el abrazo. Creo que será el último contacto que seguramente tendré con ella. Si Ty quiere intentar encontrarla algún día, es cosa suya. Esta será la última vez que vea a mi madre, y por triste que parezca, será lo mejor. Me marcharé de aquí e iré a casa de Otter, dejaré que mis chicos me envuelvan en sus brazos y quizá lloraré un poco, pero maldita sea, creo que me lo he ganado. Creed estará allí, seguramente al corriente de los tejemanejes de la familia McKenna, y le miraré a los ojos y le confesaré que estoy enamorado de su hermano. Él me mirará con extrañeza por un momento y se volverá hacia Otter, que sé que exhibirá su sonrisa torcida, después me mirará de nuevo y una sonrisa le partirá el rostro. Se echará a reír, sacudirá la cabeza y me regañará por no habérselo dicho antes. Ty le explicará que es por eso que no puede seguir diciendo «marica», y Creed se le acercará y abrazará al Chico hasta romperse la espalda, y entonces nos instalaremos todos en la salita y nos pasaremos el resto de la noche hablando. Ty se quedará dormido en el sofá entre nosotros, y Otter me mirará con ojos soñolientos y me tenderá la

mano. Se la cogeré, él me conducirá a su habitación, Creed se reirá entre dientes y nos advertirá que será mejor que no oiga nada obsceno, nosotros nos reiremos de su comentario y Otter cerrará la puerta a mi espalda.

Las luces se apagarán, pero los primeros albores grises que solo pueden encontrarse en la costa de Oregón se filtrarán tenuemente a través de la ventana. Habrá sombras en las paredes que jugarán y bailotearán sobre la piel de Otter mientras le quito despacio la camiseta por la cabeza. El cuello de la camiseta se enganchará en su nariz, tendrá los ojos ocultos y los brazos extendidos por encima de la cabeza, y me inclinaré y le besaré con delicadeza. Notaré que sonrío contra mi boca y terminaré de quitarle la camiseta. Me tomará en sus brazos, con los bíceps flexionados, calientes y duros contra mi cuerpo. El resto de nuestra ropa desaparecerá, y cuando entre en mí sé, lo sé, que el océano volverá a evaporarse, las nubes se alejarán y habrá estrellas fugaces en el cielo, y yo gritaré contra él, y él gruñirá algo sospechosamente parecido a «Te quiero», y sabré que es verdad. El chasquido de piel contra piel resonará dentro de mi cabeza, y me sentiré arrastrado hacia un límite en el que no he estado nunca, y entonces los dos nos precipitaremos y estaremos volando. Más tarde jugará con mis cabellos y yo me dormiré en mi sitio sobre su hombro, oyéndole decir: «La lucha por ti es todo lo que he conocido nunca», y, cuando sueñe, será con él porque ella me lo regaló. Ella me dio la oportunidad de encontrarle, y por eso nunca podré odiarla del todo.

Sonrío a mi madre y empiezo a levantar los brazos.

—Me llevo a Ty —declara.

—¿Qué tú... qué? —digo, seguro de haberla entendido mal.

—Tyson, Bear —dice—. Me llevo a Tyson. Me doy cuenta de que no volverás a ser como eras, como deberías ser, así que no tengo elección.

—No puedes —susurro.

Me observa con serenidad.

—Puedo y lo haré —afirma con frialdad—. Soy su madre, solo tiene ocho años y me pertenece.

—Tiene nueve, zorra estúpida —replico—. Y jamás te lo llevarás de aquí. Esta es su casa, y Otter y yo somos su familia.

—Trata de impedírmelo —dice, y me hinca un dedo en el pecho—. Ya te lo he dicho, Bear. ¿A quién te parece que creará la gente? ¿En quién confiarán? Yo soy su madre y tú..., tú eres una deshonra. Apenas sabes cuidar de ti mismo, y mucho menos de un niño.

—Lo he hecho suficientemente bien durante los últimos tres años —jadeo, oyéndome el pulso de la sangre en los oídos—. ¿O ya lo has olvidado? ¿Has olvidado que fuiste un cobarde y lo dejaste todo? ¿No crees que la gente hará preguntas acerca de ti?

Se encoge de hombros, y la sensación de pegarle surge de nuevo.

—Que pregunten lo que quieran, Bear. Diré que estaba enferma y tuve que irme. O que tuve que marcharme a trabajar y te dejé a ti a su cargo. O un montón de cosas que se me ocurran. No dejaré que críes a mi hijo. Es demasiado tarde para que te salve a ti, pero eso no ocurrirá con Tyson.

—Tú nunca harías eso —digo, incrédulo—. No eres tan despiadada para hacerle eso. Si te lo llevas de aquí, acabarás con él, y juro sobre todo lo que tengo que estoy dispuesto a morir antes que dejar que lo hagas.

Me sonrío, mostrando unos dientes amarillentos.

—A la larga le estaría ayudando. Se dará cuenta. Al principio me odiará, pero un día entenderá por qué hice lo que hice. Tyson descubrirá que todo en lo que te has convertido le habría llevado por el mismo camino. Me dará las gracias y me querrá, porque soy su madre.

Niego con la cabeza.

—No te dejaré hacerlo.

—No tienes elección, Bear —replica—. Deberías haberlo pensado antes de caer en el pozo. Habrías podido impedir que esto ocurriera. En cierto modo, todo esto es culpa tuya.

—No —digo, no queriendo creerla.

No tiene razón. No puede tener razón. La tormenta ruge con fuerza sobre mi cabeza, y me parece oír la voz dentro de mi mente, pero no logro entender lo que dice y luego se esfuma, desaparece arrastrada por el viento.

—Sí —dice ella—. Sí, y ahora, si no te importa, llama a Otter y dile que vuelva a traer a Tyson aquí. Si no lo haces, llamaré a la policía, y que sean ellos quienes decidan.

—Les contaré todo lo que has hecho —amenazo enérgicamente—. No te saldrás con la tuya. Me diste un poder legal firmado para la tutela de Tyson.

Me mira arqueando una ceja, lo cual le estira el cutis, y por un momento parece unos años más joven y veo a mi mamá en esa mujer plantada frente a mí. Estoy a punto de ceder, pero me percató de que pese a quien crea que es, disfruta apretando el lazo, oprimiéndome hasta que empiezo a ahogarme.

—¿Verdad que sí? —exclama—. Como mínimo, la policía vendrá, tú dirás lo que tengas que decir y yo diré lo que tenga que decir, ¿y qué crees que pasará entonces? Lo único que tienes es un poder legal ilegalmente autenticado mediante acta notarial que entró en vigor antes de que cumplieras dieciocho años. ¿Crees que le dejarán quedarse aquí, Bear? Te echarán una mirada y verán que no eres más que un niño y que has pecado contra Dios, y todos sabrán en qué te has convertido. Y puedes decir lo que quieras de mí. Tal vez le dejen venir conmigo o tal vez no. Si no lo hacen, Bear, se lo llevarán de aquí y le meterán en algún sitio hasta que todo esto se resuelva. ¿Cómo crees que estará Tyson en una casa de acogida? ¿Crees que le instalarán con una familia que le quiere? ¿Una familia cuya brújula moral no gira sin control? Nos lo quitarán a los dos, pero podré soportarlo. Por lo menos no estará aquí. Por lo menos no estará aquí contigo.

Tengo los ojos desorbitados y la boca seca, y no se me ocurre ni una sola palabra que decirle. «¿Es eso lo que ocurriría? —pienso—. ¿De verdad me lo quitarían? ¡No puede tener razón en eso! ¡Solo lo dice para asustarme! Nadie, ni siquiera ella, es tan cruel. Sabe qué le haría eso al Chico. De alguna manera lo sabe, y que me aspen si voy a permitir que eso ocurra.»

—No puedes hacer esto —repito.

Sonríe de nuevo y acaba de apretar el lazo.

—Puedo y lo haré. Pero... —Hace una pausa, como meditando—. Quizá no debería llegar a eso.

—¿Qué? —pregunto, confundido.

«¡Cuidado, Bear! —oigo gritar a la voz—. Oh, Dios, no lo hagas...»

—Si tú y yo podemos llegar a un acuerdo, tal vez me lo repiense —dice, volviendo a pasearse

delante de mí.

Observo claramente que sus lágrimas se han secado del todo, y pienso que todo esto no ha sido más que un juego. Pienso que, de alguna manera, lo ha planeado hasta el último detalle. Que, de alguna manera, siempre ha sabido de nosotros.

—¿Qué acuerdo? —pregunto con voz queda.

Se detiene frente a mí.

—Si dejo a Ty aquí contigo tienes que prometer hacer algo por mí. Si haces esta cosita, prometo quitarme de en medio. Prometo marcharme de Seafare, y no tendrás que volver a verme nunca.

—¿Qué es?

—Terminar con Otter —responde con frialdad—. Esto ya ha durado bastante. No permitiré que mi hijo sea un marica. Ni permitiré que críes a Tyson para que sea un marica. Le dirás a Otter que has cambiado de opinión y que no quieres volver a verle. Dile que regrese a San Diego.

¿San Diego? ¿Cómo sabía...?

—No hablas en serio —susurro.

—Hablo muy en serio, Bear —dice—. Sé más de lo que crees, y no dejaré que mis hijos me deshonren de ese modo. Si haces solo esto por mí, puedes quedarte a Ty aquí contigo y yo me mantendré alejada. Pero —añade, clavándome el dedo en el pecho otra vez— si me voy y me entero de algo distinto se habrá terminado, y volveré aquí tan deprisa que la cabeza te dará vueltas. Te quitarán a Ty, y puedo prometerte que no volverás a verle nunca más.

—¿Por qué haces esto? —murmuro, notando cómo me brotan las lágrimas.

Ella sacude la cabeza.

—¿No has escuchado ni una sola palabra de lo que he dicho? Por Dios, Bear, parece que aún tengas cinco años. Te lo he dicho: ningún hijo mío es un maricón. Ningún hijo mío será nunca un maricón. No pienso tolerarlo.

Parpadeo para reprimir el escozor en mis ojos.

—¿Te das cuenta —le pregunto con voz débil— que te odiaré para siempre por esto?

Sus ojos se enternecen y las arrugas alrededor de su boca desaparecen, y por un momento, solo un momento, pienso que todo esto es un sueño, que hemos retrocedido en el tiempo y ella no se ha marchado, Ty no ha nacido y yo tengo seis años, esperando que mi madre me diga algo dulce, esperando que demuestre que me quiere.

—Podré soportarlo —dice, sonriendo—. Por lo menos sabré que he salvado tu alma.

—Él luchará por mí —replico, a sabiendas de que es el último recurso—. Otter sabrá que pasa algo, y luchará por mí.

Asiente con la cabeza.

—Seguramente. Las personas como él son blandas. Por eso, Bear, tienes que hacer que te crea. Por eso tienes que asegurarte de que no querrá luchar por ti.

—Luchará por mí —murmuro.

—Que lo haga, entonces. Ya sabes qué hay en juego.

—No puedes hacer esto.

—Soy tu madre, Bear. Puedo hacerte lo que quiera.

—Te odio.

—Lo superarás con el tiempo.

Agacho la cabeza.

—No puedes... —digo, sabiendo que sí puede.

—¿Quién es más importante para ti? —pregunta amablemente—. ¿Quién te necesita más?

Levanto los ojos y miro a la mujer que me dio la vida pero no me ha enseñado nada sobre ella.

Esta vez no se arredra.

—¿Tenemos trato? —pregunta.

Llamo a la puerta. Siento la madera bajo mis manos, pero no puedo oír el sonido que hace, porque finalmente se ha desatado la tormenta y el viento aúlla en mis oídos cada vez que intento salir para coger aire. Vuelvo a bajar la mano junto al costado cuando otra ola rompe sobre mi cabeza y me sumerge. El agua me entra por la nariz y sé que me estoy ahogando. Quiero llegar a la superficie, pero no puedo. Está demasiado lejos y requeriría más esfuerzo del que mi cuerpo puede usar.

La puerta se abre, Creed aparece ante mí y dice algo torciendo el gesto. Sus palabras son silenciadas por el estruendo de la tormenta y el batir del océano. Entro y murmuro algo; tampoco sé qué. Él trata de agarrarme el brazo, pero me lo quito de encima y subo despacio las escaleras. Sé que quiere seguirme, pero no lo hace. Llego a la puerta de Otter y pongo mi mano sobre el pomo. Lo noto frío bajo mi piel, el trueno retumba en las profundidades de mi cabeza y mi corazón y pienso que si hoy habrá un momento para que me salve, será este. Lo único que necesitaré es sacar la cabeza fuera del agua y tomar una bocanada de aire. Bastará con una. Intento subir, y entonces una voz dentro de mi mente repite mi límite...

«¿quién es más importante para ti? ¿quién te necesita más?»

... y no es la voz, sino su voz. Algo me sujeta por el tobillo y me sumerge aún más hacia el fondo.

Giro el pomo, el pestillo se libera y la puerta se abre. La luz del pasillo se vierte al interior de la habitación oscurecida y se derrama sobre la cama donde Otter y el Chico están tendidos. Otter tiene la cabeza ladeada, inspira larga y profundamente y sé que está dormido. El Chico sube y baja con cada inhalación desde su posición sobre el pecho de Otter. El fondo marino se mueve bajo mis pies, y sé que no tardará en abrirse y tragarme. Entro despacio en el dormitorio y sacudo al Chico con suavidad. Sus ojos se abren al instante y escrutan la habitación con cansancio hasta posarse en mí. Su sonrisa es cauta, y sé que está tanteando el terreno para ver cómo estoy. Reúno las fuerzas que me quedan y le sonrío a mi vez, y debe de bastar porque se relaja visiblemente. Me llevo un dedo a los labios para indicarle que guarde silencio. Asiente con la cabeza y se suelta lentamente del abrazo de Otter. Este se mueve un poco en sueños, un mechón de pelo le cae sobre la frente y se me parte el corazón. El Chico se dirige hacia la puerta y se vuelve a mirarme. Le sigo y cierro la puerta a mi espalda.

Ty me da la mano y bajamos las escaleras. En el piso de abajo Creed aguarda con los brazos cruzados, taconeando con impaciencia. Nos ve y pone los ojos en blanco.

—¿Qué diablos ocurre? —gruñe—. ¿Tu madre?

Me encojo de hombros.

—¿Qué coño quería, Bear? ¿Dónde coño ha estado?

—Creed, necesito que me hagas un favor —digo.

Mi voz suena baja y oxidada, como si no se hubiera usado en años.

—Lo que quieras, Bear. Ya lo sabes.

Sujeto la mano de Ty con más fuerza.

—Necesito que lleves a Ty a casa. Tengo que hacer una cosa antes de poder ir.

Noto que el Chico me tira de la mano, bajo la mirada hacia él, él ve algo en mis ojos y así, sin más, lo sabe. Abre los ojos como platos, le tiembla el labio inferior y la acusación en su mirada es casi imposible de soportar.

—¿Qué has hecho? —susurra—. Oh, Bear. ¿Qué has hecho?

—Lo único que podía hacer —le contesto, y una lágrima se escapa de su ojo.

—Me lo has prometido —dice enfadado—. Me has prometido que no cambiaría nada.

Creed nos mira a uno y otro, desconcertado.

—¿Qué? ¿Qué cambia? ¿Qué diablos ocurre, Bear? ¿Qué tienes que hacer? Tu mamá ya no está en tu casa, ¿verdad? Porque si está allí, juro por Dios que patearé su jodido culo y...

Sacudo la cabeza y le interrumpo.

—Se ha ido. Ha vuelto allí de donde ha venido. —Vuelvo a mirar a Ty—. Ve con Creed, Chico —le digo en voz baja—. Él se ocupará de ti hasta que llegue a casa.

—¿Qué has hecho? —grita, lo que hace que Creed retroceda de un salto. Yo ni me inmuto—.

¿Qué coño has hecho, Bear?

—He hecho lo que debía, Ty —respondo con voz queda—. He hecho lo que debía, para mantenerte a salvo. No espero que lo entiendas.

Sus ojos empiezan a suplicar mientras vuelve a agarrarme la mano.

—¡Sea lo que sea, podemos solucionarlo! —implora—. ¡Sea lo que sea lo que haya hecho, ahora se ha ido! Podemos arreglarlo de nuevo.

Niego con la cabeza, y ahora sus lágrimas fluyen libremente.

—Ve con Creed, Chico.

—¿Bear? —dice una voz desde lo alto de la escalera.

El terremoto empieza. Lo noto sacudiéndome el cuerpo, y todas las cornisas que he hecho, todos los refugios que he construido se rompen y salen volando. Unas dagas se clavan en mis ojos, me vuelvo y veo a Otter de pie al final de la escalera, con los cabellos de punta en todas direcciones, frotándose la última pizca de sueño de los ojos. Me sonrío, pero su sonrisa se desvanece poco a poco cuando ve en mí lo mismo que ha visto el Chico.

—Otter, algo no va bien —anuncia el Chico en voz alta—. Algo va mal, y Bear me ha prometido...

—Creed —digo—. Por favor, lleva a Ty a casa. Llegaré enseguida.

—¡No! —grita el Chico cuando Creed le levanta en brazos—. ¡No, Creed! ¡Tú no lo entiendes! ¡Tienes que detenerle! ¡Tienes que detener a Bear!

Creed me mira impotente. Le señalo la puerta, y el Chico rompe en sollozos.

—¡La odio! —chilla—. ¡La odio! ¡No puedes dejar que se salga con la suya, Bear! ¡No puedes dejarle ganar!

Hay más, mucho más, pero es abofeteado cuando Creed cierra la puerta tras ellos. Oigo que Otter baja rápidamente las escaleras. Mira a través de la ventana hacia el camino de entrada. Momentos después, su cuerpo se ilumina cuando se encienden los faros del coche de Creed. Le oigo salir marcha atrás y luego se hace el silencio.

—¿Qué ocurre? —pregunta Otter de repente, volviéndose hacia mí—. ¿Qué diablos era todo eso? ¿Qué ha pasado con tu madre?

Le miro y tiene una expresión pétrea, los ojos recelosos. Me duele todavía más que me mire de ese modo, pero sé que la situación no va a mejorar. Respiro hondo y abro la boca para hablar, para decir lo que he ensayado apresuradamente, pero se me atasca en la garganta. Me atraganto, noto la presión de acero fundido contra mi estómago, es afilado y abrasador y creo que me desgarrará. Me doblo hacia delante sujetándome el vientre y oigo que Otter corre hacia mí. Entonces me rodea con sus brazos y me acuna, como hace siempre cuando el mundo es demasiado ruidoso, cuando las aguas amenazan con crecer. No sabe que ya me he ido. No sabe que ya es demasiado tarde.

—No pasa nada, Bear —me susurra al oído—. Todo irá bien. Estoy aquí, y todo irá bien...

—No, no irá bien —jadeo, y me separo de él por la fuerza.

Otter se tambalea hacia atrás y mantiene el equilibrio justo antes de caerse de culo. No pretendía empujarle tan fuerte, pero siento que empieza a rescatarme de las profundidades. Noto que comienzo a subir, y sé que si emergo a la superficie será imposible hacer esto, me será imposible ejecutar esta farsa. Ahora Ty depende de mí, más que nunca, y no puedo permitir que Otter me saque para coger aire.

—¿Qué ocurre, Bear? —insiste, con la mirada dura de nuevo—. ¿Qué te ha pasado?

—Ya no puedo estar contigo —respondo, sabiendo que no puedo retirarlo.

Cierro los ojos con fuerza y trato de retomar mi respiración, intentando mantenerla bajo control. En la oscuridad, veo la tormenta resplandeciendo con intensidad sobre la superficie. Un relámpago zigzaguea a través del cielo, y parece una estrella fugaz. Aún no he llegado tan lejos para saber que es mentira.

Otter suelta un bufido.

—¿Qué? De eso ni hablar, Bear. Pero ha sido un buen intento.

—Ya no puedo estar contigo —vuelvo a decir—. No es lo que soy.

—¿Qué te ha dicho? —me espeta.

—No me ha dicho nada —le contesto—. Esto no tiene nada que ver con ella.

—¡Y un cuerno! —gruñe.

Noto una corriente de aire y creo que es el viento otra vez, pero entonces siento el aliento de Otter en mi cara y sé que está de pie frente a mí. No abro los ojos. No puedo.

—¿Qué ha hecho, Bear? ¡Solo han sido un par de horas! ¿Qué coño te ha hecho?

—Por favor, Otter —susurro.

—¿Por favor qué? —dice irritado—. ¿Te dejo a solas con ella a mi pesar, y ahora estás aquí delante de mí, sin siquiera mirarme a los ojos, diciéndome que no quieres estar conmigo? Desde

luego que haré preguntas. Desde luego que te obligaré a explicarlo todo. No te escaparás tan fácilmente. ¡No te quedarás aquí soltando tus estúpidas chorradas!

Abro los ojos de golpe y, por primera vez esta noche, estoy enfadado con él. Irrracionalmente, pero enfadado. No sé qué esperaba que ocurriera, pero el modo en que brota en mi interior me provoca náuseas. Quiero pegar, soltar patadas, arañar y morder, y por más que trato de decirme que tiene todo el derecho a actuar así, todo el derecho a exigir una explicación que no sea una mentira descarada, no puedo evitarlo. Es como si todos los capilares se hubieran reventado detrás de mis ojos porque no veo más que rojo.

—¡No son estúpidas! —le grito, con saliva saliendo despedida de mis labios—. ¿Por qué no lo entiendes, Otter? ¡Ya no puedo hacer esto contigo! ¡No es quien soy!

No se mueve, no se inmuta por mi voz alzada; es como si se hubiera convertido en piedra.

—¿Qué coño quieres decir con que no es quien eres? —gruñe—. ¿Con quién crees que estás hablando, Bear? Te conozco mejor que nadie en el mundo. Sé cuándo mientes.

—Solo nos estábamos engañando, Otter —digo, con toda la frialdad de que soy capaz. Entonces algo dentro de mí se remueve y cae en el abismo que se ha abierto en mis entrañas, y no creo que vuelva a recuperarlo nunca—. Esto..., eso que hemos tenido, ha estado mal. Ha sido un error.

«¡OTTER! —brama repentinamente la voz dentro de mí—. ¡OTTER! ¡NO LE HAGAS CASO! ¡ES UN FARSANTE! ¡OH, OTTER! ¡ESCÚCHAME, POR FAVOR! ESTÁ MINTIENDO...»

Cesa cuando la remeto en ese lugar secreto dentro de mí.

—¿Un error? —dice Otter con incredulidad—. ¿Cómo que ha sido un error? ¿Cómo puedes plantarte delante de mí y decir eso? ¿Qué te ha hecho, Bear? ¿Qué te ha impuesto?

—¡Nada! ¡Se ha ido, Otter! ¿Por qué diablos tendría que hacer esto si ya se ha marchado?

—Muy bien —dice, apartándose de mí—. Muy bien. Vamos.

—¿Vamos? ¿Adónde vamos?

Empieza a subir las escaleras.

—Me cambio e iremos a tu casa. Iremos allí para que pueda comprobar que se ha marchado. Y entonces llamaremos a todos los hoteles de Seafare para cerciorarme de que no se ha instalado por aquí cerca. Me estás mintiendo, Bear, y juro por Dios que averiguaré por qué.

Le sigo.

—¡No iremos a ninguna parte! —grito a su espalda—. ¿Por qué no puedes entenderlo?

—Porque el Bear que conozco nunca haría esto. El Bear que conozco nunca se rajaría de algo así. De mí.

—Entonces es evidente que no me conoces tan bien como crees —replico con el ceño fruncido.

Siento que mis entrañas se derriten. Levanto un brazo para intentar detenerle. Mi mano le sujeta por el brazo, y ya estoy pensando en la siguiente frase que podría soltarle, cómo herirle allí donde más duele. La odio y la odiaré el resto de mi vida. Noto que su brazo se tensa, pero no tengo tiempo de prepararme aunque sé qué es lo que vendrá. Me pregunto si habría podido pararlo aunque lo hubiera hecho.

—Bear —le oigo decir.

Su voz tiene un deje que no acabo de identificar. Entonces se gira, libera el brazo de mis manos y

al hacerlo me golpea en el pecho sin querer. Intento evitar caerme hacia atrás, pero la gravedad es un fenómeno curioso. Nunca funciona cuando piensas en ella. Trato de alcanzar la barandilla. Trato de alcanzarle a él, y veo que abre los ojos como platos al mismo tiempo que estira los brazos, pero cuando llegan al lugar que ocupaba yo, ya he caído hacia atrás. Me tomo un momento, mientras estoy suspendido en caída libre, para pensar en lo jodido de esta situación, y luego trato de hacerme un ovillo, pero mi espalda golpea uno de los peldaños, mis brazos salen despedidos en una dirección, mis piernas en otra, y se me corta la respiración mientras ruedo escaleras abajo. «¡La moqueta! — pienso, histérico—. ¡Gracias a Dios por la moqueta!» Se ha acabado antes de que tenga tiempo de entender que lo ha hecho. Me quedo tendido boca arriba, mirando al techo y preguntándome cómo ha podido llegar a esto.

—¿Bear? —le oigo susurrar.

Mis ojos le encuentran aún de pie en lo alto de la escalera, y le veo temblar de horror. Mi cuerpo se somete a un chequeo preliminar, tratando de localizar las partes doloridas, tratando de atrancar las escotillas contra las inevitables oleadas de dolor por si hay algo roto.

—¿Bear? —repite.

—Oh, Dios —murmuro.

Oír mis palabras parece hacerle más efecto que nada. En un abrir y cerrar de ojos ha bajado las escaleras y está a mi lado, y me permito admirar la rapidez con que se mueve. Se arrodilla y tiende las manos, pero se detienen justo antes de tocarme. Es casi como si tuviera miedo de hacerlo, como si fuera a desintegrarme bajo su tacto.

—Dios mío, Bear —gime—. Santo Dios, ¿estás bien?

El chequeo diagnóstico ha concluido, y estoy casi seguro de que lo único que hay roto dentro de mí son mi corazón y mi alma. El cuerpo parece estar bien, o por lo menos todo lo bien que puede estar un cuerpo después de decirle a la única persona a la que ha querido de verdad que se ha terminado y después de caerse por un tramo de escaleras. Esto me resulta gracioso de un modo morboso y retorcido, pero la risa se atasca en mi garganta y tomo aliento ásperamente.

—Yo no..., no quería... —dice Otter, con los ojos muy abiertos y brillantes.

—Lo sé —murmuro. ¿De veras lo sé? Quiero creer que sí.

Por fin me pone las manos encima y me palpa de arriba abajo, tratando de localizar algún hueso roto, alguna herida sangrante. Cierro los ojos un momento, a mi pesar, y disfruto del contacto de sus manos sobre mí a través del leve dolor, que ya ha empezado a asomar su fea cabeza. La mano de Otter llega a mi muslo y lo toca suavemente, y sin querer me doblo sobre él, incapaz de evitarlo. Sé que él se percata de ello, porque contiene la respiración y su mano me sujeta con más fuerza. Una corriente eléctrica fluye de las yemas de sus dedos y no puedo evitar gemir. Él lo oye, y de repente sus manos están por todo mi cuerpo, noto la presión de sus labios contra los míos, su boca caliente y áspera mientras su lengua penetra entre mis labios. Levanto las manos para envolverle el cuello y bajarle sobre mí cuando vuelvo a oírla advirtiéndome, cuando oigo su detestable voz dentro de mi cabeza, y es como si estuviera a mi lado y quiero gritar, pero sé que eso no la apartará de mi mente, no la ahuyentará, y...

«quién es más importante para ti»

... suena fuerte, retumba por todo mi ser, y dejo de sujetarle la cabeza. Dejo de hincarle tanto dentro de mí que no pueda salir nunca, porque...

«puedo prometerte que no volverás a verle nunca más»

... si no lo hago, no podré acabar con esto, no podré ser quien Tyson necesita que sea, y por eso está ahí, la pregunta que viola mi cabeza y susurra con tanta fuerza...

«quién te necesita más»

... una y otra vez, y encuentro mis manos sobre su pecho y le aparto de un empujón. Oh, sí, cómo le aparto.

—No —digo—. No, Otter.

Se cae de culo, y yo gateo para escapar de él. Ahora me duele el cuerpo al moverme, y sé que mañana estaré hecho polvo. Tengo que reprimir un grito cuando piso con fuerza sobre el tobillo derecho y siento una llamarada de dolor, vítrea y reluciente. No creo que esté roto, pero desde luego tiene una fuerte torcedura, y me alejo de él cojeando, consciente de lo ridículo que debo de parecer, de lo ridícula que debe de ser toda esta situación. Tengo que salir de aquí. Debo marcharme antes de que ocurra algo más de que arrepentirme. Nada puede impedir que me vaya ahora.

—¿Por qué, Bear? —dice él, con la voz rota y triste.

Nada, supongo, excepto eso. Me paro. Y me vuelvo.

—¿Por qué? —repite cuando no me atrevo a mirarle.

—Otter —suspiro profundamente—. Ya... te lo he dicho.

Una lágrima logra escapar de mi ojo, y la enjugo rápidamente antes de que la sigan otras.

—No te creo.

—Entonces no sé qué más decir.

—Di la verdad.

—Esta es la verdad, Otter.

Me tiembla la voz, y me esfuerzo por dominarla.

—No, no lo es. Hace dos horas me querías. Hace dos horas creía que harías cualquier cosa por mí porque sabías que yo haría cualquier cosa por ti.

—Te quiero, Otter. Pero no del modo que tú deseas.

Eso no me lo perdonaré nunca.

—Tampoco me lo creo. De hecho, no me he creído ni una sola palabra de lo que has dicho desde que has llegado aquí esta noche.

—¿Qué más quieres que diga? —pregunto.

«¿quién te necesita más?»

—Quiero la verdad, Bear. Creo que, por lo menos, me la merezco. Creo que después de todo por lo que hemos pasado, de todo lo que he hecho para recuperarte, me he ganado ese derecho.

—Vuelve a casa, Otter —digo, queriendo detenerme pero incapaz de hacerlo cuando me imagino a Ty siendo alejado de mí, siéndome arrebatado.

—¿Qué?

—Vuelve a San Diego. Regresa y encuentra tu vida.

Mis palabras me hacen estremecer, sabiendo que me obsesionarán durante el resto de mi vida,

sabiendo que este momento quedará para siempre grabado en mi memoria.

—Eres un cobarde.

—Ya lo sé —susurro, casi sin querer.

—Entonces ¿por qué? —pregunta.

Le oigo ponerse en pie. Le miro y veo que da un paso vacilante hacia mí, y luego otro, y otro. Tiene los ojos húmedos y duros, y nunca me ha mirado de esa manera, ni siquiera cuando más enfadado ha estado. Está herido y dolido, y lo he provocado yo. Yo he hecho que ocurriera, pero sé que no puedo hacer nada para borrarlo, para enmendarlo. Esta noche le he herido, está sangrando ante mis propios ojos, y soy lo que él ha dicho: un cobarde.

—Otter, deja que me vaya —murmuro—. Deja que me marche de aquí. Ya no puedo soportarlo. No puedo hacerlo...

—He luchado por ti —dice, su voz reflejando la expresión de sus ojos, y da otro paso—. Toda mi vida he luchado por ti.

—Lo sé.

Hago una mueca, mi estómago se contrae de nuevo y empieza a dolerme la cabeza.

—La lucha por ti es todo lo que...

—No lo digas —le interrumpo—. No me digas eso.

Otro paso.

—Diré lo que me salga de los huevos —me gruñe—. Te quiero, siempre te he querido, y lucharé por ti. Puedes decir lo que te apetezca, pero volveré a luchar por ti.

Otro paso.

—No —digo, buscando la última pizca de determinación que me queda.

Otro paso.

—Sí —dice él.

El océano empieza a bajar, los truenos se alejan y estoy perdiendo el control, pero apenas me importa. Quiero que él me salve. Quiero que me impida ahogarme, y tengo tiempo de pensar que quizás esto irá bien, que tal vez sea mejor que estemos juntos porque juntos podemos combatirla, juntos podemos conseguir que todo aquello con que ha amenazado no llegue a ocurrir. Un rayo de sol penetra las nubes, y siento que empiezo a entrar en calor cuando Otter da otro paso, y puedo ver que sus ojos se enternecen apenas un poco, y en ese momento sé que le necesito más de como he necesitado nunca a nadie. Da el último paso, se planta frente a mí, miro el fulgor verde dorado y pienso que todo podría ir bien, que podríamos lograrlo, que podemos crear nuestra vida en este rincón del mundo y nadie volverá a molestarnos, y envejeceré con él, y sé que es posible. Sé que es perfectamente lógico. Sé que es inevitable, ¿y quién soy yo para negarlo, quién coño soy para impedirlo? Pero precisamente eso es lo que hace que duela mucho más.

Y es por eso que sé que no puedo correr ese riesgo.

Retrocedo un paso y me sumerjo en las profundidades, sintiéndome ahogarme con la amarga agua salada que baja abrasándome la garganta. Noto el fondo turbio, mis manos se hunden en su cieno y veo enterrado mi último gramo de determinación, la última parte de mí que puede mirar el fulgor verde dorado como si no significara nada, como si no me hubiera cambiado para siempre, como si no

me hubiera afectado profundamente una y otra vez. Pero eso es lo que tiene el océano: siempre estará allí, hagas lo que hagas.

—Esta cosa —digo en voz baja—, esta obsesión que tienes por mí debe terminar.

Parpadea como si hubiera levantado un puño delante de sus ojos, y sé que esta vez le he tocado la fibra, y me afecta, pero no tengo más remedio que hacerlo. Tanto si ha querido confesárselo como si no, se ha obsesionado conmigo, hasta el punto de cegarle a casi todo lo demás. Una parte de mí se ha incrustado en él, haciéndole casi imposible concentrarse en su propia vida. Lo sé, porque él me ha hecho lo mismo.

El zumbido en mis oídos se intensifica, y no tengo más remedio que percatarme de que se parece mucho a escuchar las olas dentro de una concha.

—No te creo —dice, haciéndose oír a través del bramido, aunque solo sea por un momento—. No escaparás de esto. No puedes.

Sé que tiene razón y es entonces cuando me vuelvo y salgo por la puerta, notando cómo la bilis de agua salada me sube por la garganta hasta alcanzarme la cabeza.

Otter no me sigue.

En que Bear se adentra en el mar

No me acuerdo del trayecto a casa en coche.

Siempre he oído a la gente decir eso, y siempre he pensado que resulta ridículo. ¿Cómo no puedes acordarte de haber conducido hasta casa? Tienes que arrancar, parar, moverte en una dirección o en otra. Hay coches circulando por tu lado, delante, y aun así no puedes acordarte del trayecto en sí hasta que de pronto te encuentras sentado en el aparcamiento de tu piso de mierda, aferrando el volante con tanta fuerza que crees que se te partirán los dedos, haciendo caso omiso del agujero negro que se te ha abierto repentinamente en la boca del estómago, meditando por qué acabas de cometer el mayor error de tu vida pero sabiendo que se ha debido a que ahora eres padre, y los padres tienen que tomar las decisiones más difíciles, unas decisiones que no puede tomar nadie más, aunque solo sea para proteger a aquellos que se les ha confiado. ¿Cómo puedes no acordarte?

Finalmente me despejo la cabeza (¿me despierto?, ¿recobro la consciencia?) y me doy cuenta de que llevo un rato en el aparcamiento. La niebla de fuera se ha ido filtrando dentro del coche, y tengo las manos heladas y el cuello anquilosado. Cuando abro la puerta, miro la escalera que conduce hasta el umbral donde un niño me está esperando con dolor en los ojos y ponzoña en las venas. Un pie precede al otro, y de alguna manera consigo subir los peldaños.

Apenas he introducido la llave en la cerradura cuando la puerta se abre de golpe. Creed me mira fijamente, con el Chico acurrucado en sus brazos. Procuro no hacer caso del temblor de sus hombros.

—¿Qué diablos ocurre? —suelta Creed.

Estoy rendido y tengo el cerebro en modo de piloto automático. Paso despacio junto a Creed y cierro la puerta a mi espalda. Se cierra con un chasquido, y no quiero que vuelva a abrirse nunca más. Se me antoja una buena idea quedarme aquí para siempre, hecho un ovillo en un rincón, dejándome acariciar por la suave corriente. Flotar siempre es mejor que hacer daño.

—Juro por Dios, Bear, que si no me dices qué ha ocurrido, yo... —empieza Creed otra vez.

—¿Tú qué? —replico en voz baja—. ¿Qué harás?

Esto lo contiene, y entorna los ojos.

—¿Qué te ha hecho? ¿Por qué diablos ha vuelto?

—No quiero hablar de eso.

—¡Mala suerte! —exclama—. Otter trae al Chico a casa, los dos están furiosos, y lo único que me dicen es que tu madre está contigo y que trata de compensar o algo así.

Me río, pero sin humor.

—O algo así —convengo.

Sus ojos se ablandan, y por un momento me sobresalto al ver el fulgor verde y dorado en el que

no me había fijado nunca. Es algo más apagado que el de Otter, pero está ahí. Aparto la mirada.

—Bear, ¿qué te ha hecho?

—¿Quieres ayudarme de verdad?

Asiente con la cabeza.

—Entonces necesito que me hagas un favor.

—Ya te lo he dicho. Lo que quieras.

—Vete a casa. —Levanto una mano antes de que pueda replicar—. Vete a casa y déjanos tranquilos por ahora. Ya sé que lo único que quieres hacer es ayudar. Lo entiendo. Y te quiero por eso. Pero ahora necesito que te alejes de mí.

No puedo decirle que es debido a que se parece demasiado a su hermano y esto me está destrozando.

Sigue pareciendo a punto de protestar, pero ve algo en mis ojos u oye algo en mi voz y encorva los hombros. Levanto los brazos y me pasa al Chico. Siento una punzada de tristeza cuando noto que mi hermano pequeño se tensa al efectuar el cambio. Creo que se resistirá, pero en lugar de eso me engancha el cuello con un brazo y hunde la cara en mi pecho. Siento cómo tiembla. Dios. Me vuelvo para enfilar el pasillo.

—Tienes que dejarme ayudarte —dice Creed con desesperación en la voz. Miro hacia atrás, a pesar de una columna de sal, y parece casi tan desorientado como yo. Añade—: Recuerdo la última vez que pasó esto, lo testarudo que fuiste, lo fuerte que tuviste que ser. Te recuerdo, Bear. No podéis hacer esto los dos solos. Por favor.

—Estamos solos —respondo.

Recorro el pasillo, entro en el baño y cierro la puerta a mi espalda.

Transcurre el tiempo. Hasta que:

Se estremece en mis brazos.

—Lo ha hecho ella, ¿verdad? —le oigo susurrar.

No sé qué decir.

—Lo ha hecho ella. Lo ha hecho ella. ¡Lo ha hecho ella! ¡Lo ha hecho ella!

La última frase le sale como un sollozo, rompiendo a llorar.

Recupero la voz.

—Lo siento, Chico. He hecho lo que debía para protegerte.

No sé si me oye porque todavía está salmodiando «Lo ha hecho ella, lo ha hecho ella» en voz baja, meciéndose en mis brazos. ¿Ha sido siempre tan pequeño?

—Lo siento. Pero tengo que velar por tu seguridad. Tengo que asegurarme de que nadie pueda apartarte de mí. ¿Lo entiendes? —Mis palabras son quedas, porque sé que si las dijera más alto parecerían falsas—. Me hice una promesa el día que ella se fue. A través de toda la rabia que sentía, de todo el miedo que tenía, la culpa, hice una promesa. ¿Sabes qué prometí, Chico?

Sigue meciéndose. «Lo ha hecho ella, lo ha hecho ella.»

Levanto las manos y se las pongo suavemente en la cara, apaciguando sus movimientos. Sus ojos

se clavan en los míos, y me pregunto cuánto puede aguantar un niño, aunque se trate del Chico, antes de desmoronarse. Apoyo mi frente contra la suya.

—¿Sabes lo que prometí? —pregunto. Niega con la cabeza y una gotita de agua cae de sus pestañas—. Me prometí que ocurriera lo que ocurriese, fuéramos a donde fuésemos, fuera lo que fuese lo que se interpusiera en nuestro camino, siempre serías lo primero en mi vida.

Gime en voz baja.

—Prometí que irías a la escuela, que siempre tendrías lo que necesitaras. Prometí que pondría todo de mi parte para que te sintieras orgulloso de mí y para convertirte en alguien de quien siempre estuviera orgulloso.

—Pero...

Sacudo la cabeza.

—Calla. —Le beso la frente, y sus brazos pequeños vuelven a rodearme el cuello—. Nunca quise que volvieras a pasar por lo que nos hizo ella. Pensé que sería lo bastante fuerte por los dos. Quise darte lo que yo nunca tuve. Y...

Y no puedo continuar porque las palabras se me han atascado en la garganta. Sus manos se aferran a mi nuca, me siento invadido por la ira y la desesperación y vuelvo a agarrarme a él.

—¿Terremotos? —me susurra al oído—. ¿Papá Bear?

Asiento con la cabeza. Nadie me conoce mejor que él.

Baja de mi regazo, me coge de la mano y tira. Me conduce hasta la bañera y nos metemos dentro. Él vuelve a acomodarse en mi regazo y las lágrimas empiezan a caer, y notamos que el mundo tiembla a nuestro alrededor, que el océano sube de nivel a nuestros pies. Finalmente nos dejamos arrastrar por la corriente, adondequiera que nos lleve.

«Lo has hecho tú —susurra la voz. La siento subir despacio desde la negrura y revolotear detrás de mis ojos, chispas saltando en la oscuridad—. Cuando eches la vista atrás, cuando los recuerdos y las caras de los afectados empiecen a desvanecerse, recuérdalo: lo has hecho tú. Por lo menos siempre te quedará eso, ¿no? ¿Verdad, Bear? Oh, Bear. Lo has hecho tú.»

En alguna parte suena un teléfono.

Hay un momento de claridad engañosa, esos valiosos segundos entre despertar y estar despierto en los que todo está bien, porque se ha hecho borrón y cuenta nueva. El mundo tiene sentido porque no es un lugar con dolor y rabia. Es solo pura locura cuerda, perfectamente imperfecta. Entonces se impone la lógica, las sinapsis se disparan, los músculos se mueven, el corazón se deja notar a medida que los vasos sanguíneos se constriñen y se contraen, y me acuerdo de todo. Tengo los ojos pegajosos y anquilosados. Me noto la garganta como si hubiera tragado pólvora, mi cabeza es víctima de una resaca provocada por un alcohol que no he bebido. Obligo a mis ojos a abrirse.

Todavía estoy en la bañera. Solo.

El teléfono suena otra vez, y me golpeo la cabeza contra la jabonera de la pared cuando intento

moverme para sacarlo del bolsillo.

Me acobardo, y mi dedo se dobla dolorosamente cuando se engancha en la tela de los vaqueros. Me arde el tobillo. Maldigo, arranco el teléfono del bolsillo y los unos y ceros de la pantalla anuncian: «Anna. Anna. Anna.» Pulso la tecla de ignorar. Es mucho mejor poder pulsar la tecla de ignorar que no hacer caso de un teléfono que suena.

—¿Tyson? —digo con voz herrumbrosa.

El baño está en penumbra, la puerta entreabierta y la luz del sol se filtra por la rendija, iluminando un cepillo de dientes. Me levanto despacio y no tardo en descubrir por qué la gente no pasa la noche durmiendo sobre porcelana. Abro la puerta del baño y entrecierro los ojos por la luz. Parece que es por la mañana.

—¿Chico? —digo, esta vez un poco más alto.

No hay respuesta.

Hago caso omiso del pulso acelerado de mi corazón, saltando aquí y allá. Recorro el pasillo hacia nuestro dormitorio. Desierto. El de ella también. Miro en la cocina. En la salita. En el balcón. Miro dentro de los armarios. Debajo de la mesa, encima de la mesa.

—¿Tyson?

Mi móvil vuelve a sonar. Anna.

Corro a la puerta principal y la abro. Salgo al frío aire de la mañana y miro desesperado a mi alrededor. Alguien se ríe. Pasa un camión. Hay un televisor encendido cerca. Una sirena. Un perro ladra. Un estornudo y un bocinazo. Esta mañana parece normal. Es mentira. Aporroeo la puerta contigua a la mía. Nada. Vuelvo a llamar.

Se abre un poco y el ojo de la señora Paquinn mira hacia fuera. Se dilata al verme, y la puerta termina de abrirse del todo. Una mano sujeta el cuello de la bata.

—¿Bear?

—¿Está aquí? —pregunto, abrumado—. ¿Está Tyson aquí con usted? ¡Chico! —grito detrás de ella.

La mujer niega con la cabeza.

—No está aquí, Bear. No le he visto desde que lo dejé contigo anoche.

—¿Se... ha ido? —le digo o le pregunto. No sé exactamente qué hago—. No puedo encontrar...

Da un paso adelante y me abraza, pero tomo el camino de mayor resistencia y me quedo paralizado entre sus brazos. «Ahora no es momento de abrazos —pienso—. El momento de los abrazos no es este.»

—No te preocupes, querido. Le encontraremos. No puede haber ido lejos.

Y dicho esto ya no puedo tenerme de pie y caigo hacia delante. Ella es pequeña pero fuerte, mucho más fuerte de lo que parece. Me agarro a ella y me da unos golpecitos en la nuca. Huele como debería hacerlo una anciana, a flores rancias y a caramelos de dulce de azúcar con mantequilla pasados.

No puedo evitar empezar a pensar en esta mujer. Esta mujer menuda que ha presenciado desde la primera fila el drama de sus vecinos de al lado durante los tres últimos años. Esta mujer que aparentemente lo dejaría todo si necesitara que vigilara a Tyson. Las preguntas surgen al azar en mi

mente, y me avergüenzo de no conocer las respuestas. ¿Cuándo murió su marido (¿Gerald? ¿Jonathan?)? ¿Por qué no tiene hijos? ¿Por qué hace lo que hace por mí? ¿Qué demonio posee a esta mujer para estar aquí de pie a primera hora de la mañana, sosteniéndome mientras me derrito, mientras el cóctel químico que es mi persona se sacude y se agita? Y entonces, todo esto desaparece en un instante cuando mi verdadero temor sale a la superficie, algo que he estado barajando desde que he gritado por primera vez el nombre de mi hermano pequeño.

—¿Y si ella se lo ha llevado? —gimo.

Me empuja hacia atrás y me sujeta el rostro en sus manos, con los ojos encendidos y la voz gélida como el hielo:

—Entonces lucharemos como demonios para recuperarle. Cueste lo que cueste.

Mi teléfono vuelve a sonar. Anna. Mierda, joder.

La señora Paquinn baja los brazos cuando conecto la llamada.

—Anna, ahora no es el momento —digo bruscamente—. Ty ha...

—Está aquí conmigo —me interrumpe—. Bear, ¿qué pasa? Estaba aporreando mi puerta, y Creed dice que tu madre estuvo ahí.

—¿Qué él... qué?

Miro impotente a la señora Paquinn. Ella da un paso y me coge el móvil de la mano.

—¿Anna? Soy la señora Paquinn. Bien, querida, gracias por preguntar. ¿Y Tyson? Ajá. Ajá. No, no sé de qué se trata. No. No. Mientras esté fuera de peligro. Ajá. Bear estará bien. Solo ha tenido un pequeño susto. No, yo le llevaré. No creo que deba conducir un vehículo ahora mismo. Muy bien. Adiós.

Cierra el teléfono y me lo devuelve.

—¿Está con Anna? —deduzco con brillantez.

Asiente con la cabeza.

—Por lo visto se ha presentado esta mañana, aporreando su puerta. Está en su casa, sano y salvo. Ahora cierra la puerta y te llevaré con él. —Extiende el brazo al interior de su piso y coge las llaves del coche de la mesilla que hay junto a la entrada. Cuando se vuelve, ve que no me he movido—. Derrick, ahora.

Cierro la puerta, ella me da la mano y me conduce escalera abajo. Hay mucha luz fuera. Trato de entrar en razón, trato de recobrar el control. «Está a salvo —me digo—. No se lo han llevado. Está a salvo.» Los mayores interrogantes me inundan la mente, como por qué ha ido a casa de Anna y por qué ella ya estaba enterada de lo sucedido por boca de Creed. No puedo contestarlos ahora mismo, así que los aparto.

—Podemos coger mi coche —murmuro cuando la señora Paquinn me hace doblar la esquina hacia el aparcamiento.

Suspira con delicadeza.

—Es muy amable de tu parte, pero no pienso caer en tu trampa mortal. Me altero cada vez que veo que tú y Tyson subís para ir a algún sitio, porque sé que un día volveréis a casa y empezará a arder.

Aún no creo estar bien de la cabeza porque no logro entender qué quiere decir.

—¿Arder?

—Arder —confirma—. No, podemos coger mi coche. Me lo compró mi marido poco antes de fallecer, que Dios lo tenga en su santa gloria. En realidad nunca tuvimos cosas bonitas, no de esas que son importantes de verdad. Pero un día vino a casa en ese hermoso coche con una sonrisa en la cara como no le había visto jamás. Me dijo que, le pasara lo que le pasase, se iría sabiendo que tenía que llevarme a todas partes como una princesa.

—Pero ¿no está su coche hecho una mier...?

—¡Cierra la boca, Derrick McKenna! No eres demasiado mayor para lavártela con una pastilla de jabón.

Sus ojos chispean hacia mí, y veo la sonrisa que asoma detrás de las arrugas de su cara.

—Sí, señora.

Doblamos la última esquina y hace tintinear las llaves cuando nos dirigimos hacia su Cadillac de principios de los ochenta. Tiene una línea ostentosa y un color difícil de describir. La señora Paquinn se acerca a la puerta del pasajero, la abre y espera a que suba. Suspiro y trato de recordar si he ido alguna vez en coche con ella a alguna parte. Procuero olvidar todos los casos que he oído de una conductora anciana irrumpiendo en un mercado abarrotado de gente. Me siento y se levanta una fina nube de polvo a mi alrededor cuando mi culo rebota en el asiento. Cierra la puerta de golpe y rodea la parte delantera del vehículo. Su espalda llega casi a la altura del techo del Cadillac. Pienso que tal vez esto sea una mala idea, pero su amenaza de lavarme la boca con jabón desecha cualquier objeción que pueda plantear. Sube al coche y me quedo mirándola, porque su cabeza apenas asoma por encima del volante.

Me sonrío y echa el asiento hacia delante, lo que hace que se aplaste el pecho contra el claxon, que emite un bocinazo irritado. La señora Paquinn se ríe entre dientes, busca en la guantera de la puerta y saca unas gafas de sol que le cubren todo el rostro. Parece un actor de los años veinte con la cara maquillada de negro. El coche cobra vida con un rugido y busco a tientas mi cinturón de seguridad. No lo hay.

—Esa cosa se rompió hace años —me dice mientras se abrocha su cinturón—. Al final lo corté y lo quité. Pero ten la plena seguridad de que cada vez que Tyson viaja en este vehículo va siempre seguro en el asiento de atrás.

Quiero trasladarme al asiento de atrás.

Sonríe de nuevo y pisa el acelerador.

Minutos después descubro que es como ser llevado por una mujer que cree que el mundo se acabará si no pisa el acelerador a fondo y que por lo visto no existe ningún asidero al que agarrarme dentro de un Cadillac de principios de los ochenta de color mierda.

La señora Paquinn me mira de soslayo y debe de advertir la palidez en mi cara, porque dice:

—Oh, querido, tienes que tranquilizarte. ¿No te he contado que hacía carreras de coches cuando era jovencita?

Noto que mis hombros se relajan ligeramente.

—No, creo que se ha saltado esa parte... —mascullo entre dientes.

—Ah, bueno. Porque nunca he hecho carreras de coches, y habría sido mentira.

Intento encogerme en el asiento, pensando que, después de todas las desgracias que me han acaecido en las últimas veinticuatro horas, sería un final perfecto quedar despachurrado contra el parabrisas.

Se vuelve a mirarme y estamos a punto de atropellar una simpática familia de cuatro miembros.

—Bueno, ¿tengo que fingir que no soy entrometida o vas a contarme lo que pasó con Julie?

Sacudo la cabeza y mis manos se aferran a las esquinas del asiento.

—¿A qué cree que vino aquí? A joderlo todo como... ¡oh, Dios mío, cuidado!, como hace siempre.

Termino la frase débilmente cuando está a punto de alcanzar por detrás un coche detenido. Sin embargo lo esquiva, metiéndose entre el tráfico, y dobla la siguiente esquina a la misma velocidad.

—Eso ya me lo puedo imaginar, Bear. Debo admitir que me costó mucho trabajo dejaros solos con ella anoche. Pensé que no ocurriría nada porque ese Oliver estaba con vosotros. Es todavía más grande que mi Joseph, que Dios lo tenga en su santa gloria.

Al oír mencionar ese nombre, me olvido de que estamos viajando a noventa kilómetros por hora por vías urbanas. La tristeza sustituye el miedo.

—Bear, cariño. ¿He dicho algo malo? Esa expresión en tu cara me está rompiendo el corazón.

Niego con la cabeza.

—No tendrá nada que ver con el hecho de que anoche te tuviera aprisionado contra la pared delante de la puerta de mi casa morreándote, ¿verdad?

Oh, mierda. Vuelvo la cabeza de golpe hacia ella y, aunque quiero rogarle que no pierda de vista la carretera, no advierto odio ni repugnancia en sus ojos. Solo hay amor, y está destinado a mí.

—No debería haber visto eso —murmuro.

—No vi gran cosa —me tranquiliza—. Oí un golpe fuera, miré por la ventana y os vi a los dos. —Extiende el brazo y me da unos golpecitos en el muslo—. Debo admitir, sin embargo, que nunca creí que viviría lo suficiente para ver a un Oso siendo vapuleado.

Suelta una risita en voz baja. Sonríe tímidamente y pienso en lo negros que tenía los ojos, cómo se me había cortado la respiración al notar sus manos sobre mí, con la espalda apretada contra la pared del piso. Cómo su aliento se había convertido en el mío, y cómo había querido escupir, sisear y restregarme contra él allí mismo. «Te quiero», había dicho él.

«Lo sé. Creo que siempre lo he sabido.»

No debería pensar en estas cosas. No puedo pensar en...

(Oh, Dios.)

Por un momento me he ido, remontándome días y semanas atrás. Rebobino más allá del terremoto, del océano, de la fealdad que fue mi cobardía, más allá de ella. Estoy con él.

«Me sonrío desde su posición entre mis piernas, con el pecho oprimiéndome la polla mientras recuesta la cabeza sobre una mano y traza formas sin sentido sobre mi estómago con la otra. Sus largas piernas se extienden suspendidas sobre el borde de la cama.

»—Muy bien, ¿qué he dicho esta vez? —pregunta.

»Me encojo de hombros.

»—No lo sé. ¿Cómo diablos puedo saber lo que escribes? Esto es ridículo.

»Pone los ojos en blanco.

»—No es ridículo. Tú eres ridículo.

»Vuelve a trazar las formas.

»Cierro los ojos, tratando de concentrarme en el movimiento de su dedo. Va más despacio, y de nuevo no tengo ni idea de lo que intenta decir. Los nervios de mi piel hormiguean mientras él escribe y escribe. Sus manazas son como el fuego. Gruño en voz baja y doblo la espalda, tratando de aliviar la presión que se acumula en mis costados. Le oigo soltar una risita y le noto bajar el pecho.

»—¿Qué he dicho esta vez? —susurra mientras restriega su pecho contra mí.

»No es justo.

»—Más vale que digas cuánto deseas mi polla en tu boca, o te daré una patada en los huevos — jadeo.

»—No. Probemos un modo distinto.

»Esta vez usa la lengua. Me olvido de la escritura.

»Me remonto...

»... más lejos y es dos...

»Es dos días antes del lascivo concurso de ortografía. Estoy en el trabajo y suena el teléfono. Incluso antes de cogerlo, sé que es él.

»—Hola —dice excitado—. ¡Hoy me he olvidado por completo de decírtelo! Aún no he dejado de probar las carnes.

»Sonrío.

»—Yo también te quiero —digo, sintiéndome retrasado y alborozado al mismo tiempo.

»Ni siquiera miro alrededor para ver si alguien está escuchando.

»Luego es...

»... más atrás y...

»... y despierto...

»... despierto junto a él, con su aliento cálido en mi cara, su brazo enroscado alrededor de mi cuello. Su corazón late en mi oído. Me muevo con delicadeza para poder recostar la barbilla sobre su tetilla y levanto la vista hacia él, deseando que se despierte, queriendo ver el fulgor verde y dorado con el que acabo de soñar. Y entonces es magia, es magia, es magia porque justo en aquel momento abre los ojos y me sonrío soñoliento.

»—Eh.

»—Eh, tú.

»Extiendo un brazo y está listo para mí, el apetito empieza a tomar forma, y pienso que nunca encajaré tan bien con nadie como encajo con él.

»... más atrás (¿cuándo?, ¿por qué?).

»Han pasado unos días desde que le dije que le quería por primera vez. En cada ocasión que me ve es como si fuera la primera.

»—Eh —dice—. Sabes que lo sabía, ¿verdad?

»Podría fingir que no sé de qué está hablando, pero no se dejaría engañar.

»—Lo sé.

»Me besa en la frente.

»—Lo noté desde el principio.

»Me dice que me quiere.

»Susurra que la lucha por mí es todo lo que ha conocido.

»Lo sé. Oh, Dios, claro que lo sé, y..., y..., y...

»... y...

»... entonces...

»... voy...

»... hacia delante.»

Casi hemos llegado a casa de Anna.

—Así que se trata de eso, ¿verdad? De Oliver —dice la señora Paquinn—. ¿Qué te dijo ella, Bear?

«¿Quién es más importante para ti? ¿Quién te necesita más?»

—Dijo lo suficiente.

Me quedo mirando por la ventanilla el resto del trayecto.

Enfilamos el camino de entrada a la casa de Anna. Me dispongo a abrir la puerta cuando la señora Paquinn me coge suavemente del brazo. Me vuelvo a mirarla.

—Sea lo que sea lo que haya pasado, sea lo que sea lo que ocurra, saldremos de esta —declara—. Juntos. Sé que eres fuerte, y sé que eres valiente, pero nadie debería pasar por esto solo.

—¿Y usted? —pregunto como un bobo—. Usted está sola.

Se echa a reír.

—Oh, Bear. Contigo, Tyson y todo lo demás que existe en mi vida, ¿cómo puedo estar sola?

La puerta principal de la casa se abre de golpe y sale el Chico. Da la impresión de que no puedo bajarme del coche lo bastante aprisa. No es hasta que corro hacia él, no es hasta que me salta a los brazos, cuando finalmente me percato de lo asustado que estaba. Cuando te dejas llevar por el pánico, es envolvente, aterrador, gélido. Me aparto un paso de él y caigo en la cuenta de lo cerca que he estado de perder la cabeza. Ty me solloza al oído cuánto lo siente, y yo noto su cuerpecito apretado contra mí e inhalo profundamente, aspirando su aroma, y ahora sé lo perdido que estaría sin este Chico entre mis brazos. Le aparto y le limpio la cara con torpeza, secándole las lágrimas. Él levanta la mano y me enjuga las mías. Tomo esas manitas entre las mías, las aprieto contra mis labios y cierro los ojos. Su frente toca la mía.

—Oh, papá Bear —dice con voz ahogada por la emoción—. Por favor, no te enfades conmigo. Solo he ido a buscar ayuda. No soy más que un niño. No puedo cuidar de ti yo solo. No pretendía hacerte enfadar.

—Me cuidas muy bien —respondo con brusquedad—. No estoy enfadado. Solo me he asustado un poco. Creía que te habías ido.

Esto hace que empiece otra vez, y llora contra mi cuello. Le abrazo más fuerte, susurrándole al oído hasta que deja de sollozar y comienza a hipar. Le paso una mano por el pelo. Vuelve a llevarlo demasiado largo. Necesita que se lo corten. Tendré que pedir hora. Empiezan a temblarme las manos. No sé por qué.

Miro por encima de mi hombro y veo a Anna de pie junto a la señora Paquinn, las dos con los ojos enrojecidos y la cara humedecida. Y, por supuesto, al lado de Anna está Creed, con los ojos sospechosamente brillantes. Se pasa el antebrazo por el rostro y, cuando lo baja, sus ojos han perdido el fulgor. Lo que hay ahora en ellos es determinación. Lo sabe. Y si él lo sabe, Anna también.

Joder.

Noto un tirón en la barbilla y miro al Chico, acurrucado en mis brazos. Tiene la nariz llena de mocos y la cara hinchada, pero sigue siendo lo más maravilloso que he visto nunca. Y si puede saber lo que hay entre Otter y yo y aun así mirarme como si yo hubiera creado el mundo, significa que algo debo de hacer bien.

Suspiro y devuelvo la atención a mi pequeña familia, de pie delante de mí.

—Supongo que hay ciertas cosas de que hablar. ¿Podemos ir adentro?

En que Bear lo confiesa todo

Nos sentamos en la salita de Anna, Tyson en mi regazo y los demás delante de nosotros en el sofá. El Chico parece plenamente satisfecho agarrado con fuerza a mis manos, y debo admitir que me siento muy a gusto así. Miro a los demás, que me observan en silencio, y dentro de mi cabeza organizo un juego para ver cuánto tiempo podemos pasar hasta que alguien rompa el silencio como si fuera algo frágil. El sudor que me resbala por la espalda no me deja ninguna duda de que voy a ser yo. Noto un tirón en la barbilla.

El Chico me mira con sus ojazos. Me hace seña de que me incline, me acerca los labios al oído y su aliento me hace cosquillas cuando habla.

—Yo no les he contado nada.

La mirada que me dirige es tan triste que vuelvo a abrazarle con fuerza.

—Sé que no lo has hecho, Chico.

Y lo sé.

—¿Se lo vas a contar de verdad? —susurra—. ¿Significa eso que podremos ir a ver a Otter cuando hayamos terminado?

Le sonrío con tristeza.

—No lo sé. —Inspiro profundamente—. Tengo miedo.

Él frunce el ceño y mira a Anna, Creed y la señora Paquinn. Parece examinarles durante un momento antes de volverse hacia mí.

—¿Por qué?

Eso mismo: ¿por qué?

Conociendo perfectamente la respuesta, pero necesitando oírla de todos modos, pregunto:

—Después de lo que te dije, aún me querías, ¿verdad?

La sonrisa que aparece en su rostro es deslumbrante, y puedo ver más lágrimas brotando en sus ojos. Me echa los brazos al cuello y aprieta como si los dos fuéramos a morir si no me abrazara con todas sus fuerzas. Su aliento es áspero en mi oído.

—Más de lo que te imaginas, papá Bear. Más de lo que te imaginas.

Cierro los ojos y me concentro en su corazón, latiendo junto al mío. Él es mi fuerza. Él es mi valor. Si él me dice que no pasará nada, por lo menos tengo que arriesgarme y creerle.

—Puedo teneros a los dos, ¿verdad? —le susurro—. ¿No tengo que elegir?

Me pasa las manos por el cogote.

—Tú no tienes que elegir —contesta en voz baja—. Nosotros ya te hemos elegido.

Mi voz me sobresalta, pues no sé que me dispongo a dirigirme al grupo hasta que oigo mis palabras saliendo altas y fuertes, apresuradas y firmes:

—Antes de decir nada, hay algo que quisiera pedirlos. Una cosa que necesito que hagáis todos. —

No aparto los ojos del Chico, pero sé que me prestan atención—. No digáis nada hasta que haya terminado. Dejadme decir lo que tengo que decir sin interrupciones. Es..., es lo único que pido.

Finalmente les dirijo la mirada.

La señora Paquinn y Anna asienten con la cabeza, pero Creed parece pensar que es la idea más absurda del mundo. Abre la boca, pero Anna le da un codazo en las costillas que provoca que haga una mueca y la mire irritado. Un momento después vuelve a dedicarme su atención y asiente, resignado. «Espero que aún quieras mirarme cuando haya terminado —pienso—. Espero que lo hagáis todos.»

Queriendo demorar lo inevitable todo lo posible, abro la boca para hablarles de la visita de mi mamá o para ponerme poético sobre lo mucho que significan todos para mí y que confío que lo que estoy a punto de decir no cambie nada. Pero, como os he dicho antes, mi boca tiende a hacer trampas y a empezar la carrera antes de tiempo, dejando que mi cerebro —al que por lo visto le han amputado las piernas— tenga que intentar darle alcance. Así que brotan las palabras, y debería haberme fijado en qué iba a decir. Quizá signifique algo. Quizá no signifique nada. ¿Quién diablos lo sabe ya?

¿Mis palabras inmortales?

—Creed, estoy enamorado de tu hermano, y creo que lo he jodido todo.

Bum.

Bueno, no explota nada. De hecho, ¿conocéis la expresión «haber tanto silencio que se oye el vuelo de una mosca»? Pues bien, el silencio es tal que se habría podido oír una molécula tirándose un pedo a tres estados de distancia. Por lo visto no es necesario ningún ruido para que tres pares de ojos se salgan de sus órbitas. Tachad eso, cuatro pares. Miro al Chico y tiene los ojos abiertos como platos. Ríe disimuladamente y dice:

—Vaya, directo a la yugular, ¿eh? —Se detiene y vuelve a reírse con disimulo—. No pretendía hacer un juego de palabras. Bueno, quizás un poquito.

Le doy un cachete suave en la cabeza. Es la historia de mi vida: una ejecución pésima con comentarios pintorescos del vegetariano más pequeño del mundo. Esto no puede ir bien.

Fieles a su palabra, los demás no hablan. La señora Paquinn tiene una sonrisa en el rostro. El de Anna es impenetrable. Creed..., bueno, Creed tiene la cara lo bastante roja para que parezca que va a defecar un Cadillac de principios de los ochenta. Vuelvo a mirar al Chico, que sonrío en silencio, todavía cogiéndome el dedo. Si alguien más viera su expresión, creería que se limita a escuchar, a esperar que continúe. Pero noto la rigidez de su cuerpecito, el modo en que la sonrisa no se refleja en sus ojos mientras observa a nuestra familia. Le conozco: está esperando que alguien diga algo contra mí para poder despedazarle miembro a miembro. Da lo mismo que sea capaz de hacerlo o no. Ahora sé que esto no es solo por mí. Él lo necesita tanto como yo.

—Estoy enamorado de tu hermano —repito, más fuerte y más deprisa—. Él también me quiere, aunque no he hecho nada para merecerlo. He hecho casi todo lo posible para procurar que no sucediera. En realidad, me extraña que aún no haya huido gritando a California. —Esto echa raíces dentro de mi cabeza. «Oh, Dios», pienso. Miro a Creed—. ¿Lo ha hecho? —susurro, sin esperar verdaderamente una respuesta, pero deseando de todos modos que sea que no.

Niega con la cabeza, pero no habla.

—Ah —digo débilmente.

El Chico me concede un momento de alivio antes de indicarme que siga. Decido no pensar más y dejar que las palabras vengan solas. Es más fácil así, sin tener que pasar a través de un filtro de agua salada y cieno. Es más fácil que ahogarse.

Y va más o menos así:

—Un día, hace mucho tiempo, llegué a casa y encontré una carta de nuestra mamá que decía que se marchaba. Me sentí enfadado, triste y asustado a la vez. No sabía que era posible experimentar tantas emociones juntas. Creí que iba a morirme. Creí que me volvía loco. Pensé en hacer lo mismo que ella, recoger los bártulos, dejar una nota y desaparecer porque cualquiera de estas cosas habría resultado más fácil que lo que se esperaba que hiciera. Creo que la mayoría de la gente no me habría reprochado que me marchara como un cobarde. Pero habría ciertas personas que se enfrentarían a un problema bien jodido. Me refiero a las personas que estuvieron a mi lado, que me dejaron tener mis momentos de desmoronamiento cuando los terremotos eran demasiado intensos. Esas fueron las personas que estuvieron allí para recomponerme cuando creía que estaba demasiado descompuesto para rehacerme. No quisieron dejarme llorar demasiado, no me permitieron encerrarme en mí mismo para no volver a salir, aunque era lo que quería. Calaron todas mis sandeces obstinadas y baratas y sabían qué era lo mejor para mí. Qué era lo mejor para el Chico.

»No sé si os he dado las gracias alguna vez. Quiero decir que seguramente lo hice antes, pero no sabéis cuánto ha significado para nosotros. Saber que, en medio del infierno que eran nuestras vidas, siempre estaba uno de vosotros allí. Me cuesta trabajo reconocer cuándo necesito ayuda, pero me conocéis lo suficiente para saber cuándo necesito aquello que no sé pedir. Así que gracias por ser nuestra familia. Gracias por ser las personas que quiero tener en mi vida. Y os pido que me perdonéis por las mentiras que he dicho cuando sé que soy mejor persona que eso.

»¿Sabéis?, me faltaba una parte. No habría podido deciros exactamente qué era, pero ahí estaba. No supe identificar qué era y dejé que formara una costra, pero no sanó nunca del todo. Nunca desapareció. Nunca cicatrizó. Ahora que sé lo que es, hace que esto sea mucho más difícil porque arranqué la costra y la herida volvió a abrirse, y le eché sal por si acaso. Me temo que nunca podré tener lo que quiero porque me lo arrebatarán. Estoy dispuesto a dedicar toda mi vida a proteger lo que es mío, pero no sé cómo pedir que me lo devuelvan sin perder mi corazón.

»Él era lo que faltaba. Regresó y me sentí completo. Me llevó algún tiempo descubrirlo, y hubo veces en las que creí que no lo conseguiría nunca; pero lo hice, y él estaba allí, esperándome. Así que opté por eso, y fui a un lugar que no creía posible. Todos me habéis mantenido cuerdo, pero él me ha mantenido sano y salvo. No lo digo para hacer daño a ninguno de vosotros, porque no es esa mi intención. Solo quiero ser franco con vosotros a partir de ahora. Tengo que hacerlo, para mantenernos cuerdos, para mantenernos sanos y salvos. Porque descubrí que quizá, solo quizá, también yo podía tener algo.

»Me he mentado a mí mismo y a todos vosotros. Lo único que puedo pedir, que puedo suplicar, es que entendáis que nunca tuve intención de hacerle daño a ninguno de vosotros, de echarle. He dicho y hecho cosas de las que no me enorgullezco, pero creo haber aprendido que ya no puedo mantenernos

apartados del mundo. Tengo derecho a un lugar que considerar mi casa, y creo que ahora sé que, si él no está allí, nunca volverá a ser mi casa.

»Quizás habría podido manejar esto de otro modo. Seguramente debería haberlo hecho. Pero cuando te aprietan las tuercas y la mirada retrospectiva es una zorra brutal, supongo que no sé muy bien de qué tenía tanto miedo. Entenderé que me odiéis, y esperaré que un día podáis superarlo. No confío que todo sea como antes, porque sé que nada volverá a ser lo mismo, y no perderé el tiempo fingiendo que lo será. Necesito esto. Le necesito a él. La lucha por él es todo lo que he conocido, y no es una lucha que esté dispuesto a perder. Ya no.

»Señora Paquinn, usted ha estado ahí para asegurarse de que el Chico y yo no cayéramos. Puede que no acabe de entender por qué, pero se ha entregado altruistamente, y jamás lo olvidaré. Creo que hablo en nombre de los dos si le digo que la queremos.

»Creed, tú eres mi hermano. Sé que me habría extraviado sin ti. Tus prioridades han sido siempre procurar que Ty y yo no necesitáramos nunca nada, aunque yo fuera demasiado estúpido para pedirlo. Te queremos.

»Anna, no sé hasta qué punto es difícil para ti estar aquí, pero, por favor, créeme si te digo que nunca tuve la intención de que esto ocurriera. Lo sentí por ti, y creo que una parte de mí lo sentirá siempre. Tú eres y siempre serás mi cordura. Te queremos.

»Tyson, puede que sea tu hermano, pero puedo asegurarte que no existe ningún padre que esté más orgulloso de lo que es suyo que yo. Me haces ser sincero. Me haces sentir vivo. Y créeme si te digo que sabes cuidar de mí porque lo has hecho toda tu vida. Te quiero.

»¿Y en cuanto a él? Oh, Dios. Siempre viene todo a ser cuestión de él, y creo que siempre será así. Pero cometí un error, un error que no sé enmendar.

»Necesito ayuda. Lo he jodido todo, y necesito ayuda.

Me detengo, con la voz ronca. Se me empaña la vista y me arde el pecho. La sala parece mucho más clara que cuando he empezado, y no puedo respirar. En algún momento durante lo que tenía que ser el discurso más empalagoso y manido que he hecho nunca, el Chico ha vuelto a rodearme con sus brazos y ahora me sujeta con fuerza. Le devuelvo el abrazo, queriendo cerrar los ojos contra él pero obligándome a mirar a los tres que están sentados delante de mí.

Parece que he vuelto a hacerles llorar a todos. Maldita sea. A partir de hoy, prohibiré toda esta mierda sensiblera y empalagosa. La señora Paquinn se sorbe la nariz y nos sonrío afectuosamente. Anna frunce el ceño a través de las lágrimas, y cuando sorprende mi mirada, aparta los ojos. Creed se levanta de pronto y se nos acerca, prácticamente corriendo. Se inclina, y veo el fulgor verde y dorado, apagado, pero está ahí. En todo esto falta una persona, lo sé. Debería estar presente.

—¿Puedo hablar ahora? —pregunta Creed en voz baja.

Asiento con la cabeza.

Se inclina sobre el Chico y le acaricia el pelo.

—Lo siento, Ty, por las palabras hirientes que he dicho. No volveré a decir nunca esa clase de cosas. Ahora entiendo por qué te enfureciste tanto conmigo, pero eso no es excusa. Te mereces un mejor tío que yo, pero si me dejas, procuraré ser mejor de ahora en adelante.

El Chico se vuelve, salta de mi regazo y se lanza a los brazos abiertos de Creed. Este le hace

girar y girar. Le susurra algo al oído, algo que no puedo oír, pero sé que solo es para ellos. Retrocede y deja al Chico de pie.

—¿Puedes ir a sentarte un momento junto a Anna? Tengo que decirle una cosa a papá Bear.

El Chico entrecierra los ojos, solo un momento, y entonces me mira. Asiento con la cabeza, y él se vuelve hacia los brazos abiertos de Anna.

—Levántate, Bear —ordena Creed con voz dura.

Obedezco.

—Estoy cabreado contigo —gruñe.

Oh, mierda.

—¿Cómo diablos has podido no decirme esto? —Empiezo a balbucear, pero él sacude la cabeza de lado a lado—. Esta pregunta era retórica, y no se te ocurra contestarla con retórica. Ya has tenido ocasión de hablar. Ahora me toca a mí. Podrás hablar cuando termine. ¿Está claro?

Asiento de nuevo.

Me da una colleja.

—¡Soy tu jodido hermano, estúpido idiota! ¿Cómo te atreves a no decirme lo que sentías por él, a no hablarme de todo lo que estaba pasando? ¡Creía que por lo menos me respetabas lo suficiente para decirme la maldita verdad!

—Pero...

—¡Bear! —brama—. ¡He dicho que no hables!

Me dispongo a sentarme, pero me sujeta del brazo y, comoquiera que pesa unos quince kilos más que yo, no tengo posibilidad de moverme. Me agarra con la fuerza suficiente para amoratarme la piel.

—Pero quizá, solo quizá, pueda entender de dónde vienes, aunque creo que es una chorrada. Quizá, solo quizá, pueda perdonarte por romper el corazón de mi hermano porque Dios sabe que me estás rompiendo el mío. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Creías que te odiaría? ¿Qué me darías asco? Si alguna vez te di esa idea, entonces lo siento, joder.

Se le quiebra la voz al decir esto último, y no puedo evitar ser un gilipollas y pensar: «¡Oh, Santo Dios, prohibido llorar! ¡Prohibido a todos!»

Entonces me sorprende estrechándome contra él, lo cual me corta la respiración y echa abajo el eje de mi mundo. Hace solo un momento, planeaba nuestra huida de la cólera de Creed, pero ahora no sé qué hacer. No sé qué es hasta que me susurra al oído:

—Eres mi hermano, mariconazo. Te querré sin importarme lo que hagas, a quién se lo hagas ni dónde lo hagas. ¿Ha quedado bien claro?

Se sorbe la nariz ruidosamente.

Asiento como puedo, por cuanto tengo la cara aplastada contra su pecho. Lo único que me apetece es quedarme allí un rato y... espera un momento. ¿Qué diablos ha dicho? «¿Te querré sin importarme dónde lo hagas?»

Se aparta y sonrío.

—Bueno, no sé en qué estarás metido ahora que te gustan las pollas. Apuesto que estás metido en un rollo extraño. —Entrecierra los ojos—. No te acerques a mi habitación —advierte.

Trago saliva a través del nudo que tengo en la garganta.

—Bueno... Más o menos.

—¡Bear! ¡Más vale que me estés tomando el pelo!

Me propina un puñetazo en el brazo. Con fuerza.

—Hijo de puta —gruño, y le devuelvo el golpe.

Lo esquiva, me hace un guiño y se dispone a darse la vuelta cuando veo una sombra que le atraviesa los ojos. Se vuelve hacia mí.

—¿Qué diablos tiene él que no tenga yo?

Me ahogo. Deseo que la tierra se abra y engulla a este idiota.

—Bromeas, ¿verdad?

Niega con la cabeza.

—Tal vez decidiré que es eso lo que me cabrea ahora. ¿Crees que ese viejo está más bueno que yo?

—Eso es... muy basto, Creed. Es de lo más ordinario.

—¡Ay...! Gracias por levantarme el ego... ¿Ahora te gusta ABBA?

—¿Cómo sabes quién son? ¿Aparte del hecho de que te gustan tanto?

—¿Y tendré que ir de compras contigo y hablar de mis sentimientos?

—He visto cómo vistes. No te vendría mal.

Sonríe con malicia, se acerca y se inclina para susurrarme al oído.

—Tú pones el culo, ¿verdad? Apuesto que te encanta.

—La primera vez que hicimos algo fui yo quien se folló a tu hermano —replico.

Su rostro palidece, y sé que he ganado. Me da una palmadita en el hombro y me dice que se alegra por nosotros dos. Vuelve a ponerse serio cuando pregunta:

—¿Es fuerte?

Asiento con la cabeza, solo una vez.

Gruñe pensativamente como solo él sabe hacerlo, y entonces sé que todos los temores que he alimentado sobre él eran infundados. No puedo evitar sentirme como un imbécil por no haber tenido suficiente fe para confiar en Creed. Me extravió un momento, pensando en una época en la que teníamos once o doce años.

«Estamos los dos solos, caminando por la playa, azotados por un viento que levanta arena y nos la arroja a la cara. Él me mira y dice que siempre ha querido tener un hermano pequeño. Le pellizco el brazo y le recuerdo que soy mayor que él. Sonríe, asiente con la cabeza y dice:

»—Ya sabes a qué me refiero.

»Y lo sé. He experimentado lo mismo desde que tengo uso de razón. Resulta duro ser hijo único, pero no es un pensamiento que comparta, porque ya no es verdad. Cojo un guijarro, lo lanzo sobre las olas y contemplo cómo rebota.

»—Ahora seguramente tendremos que ser amigos para siempre —dice—. Lo sabes, ¿no?

»Me echo a reír, solo porque sé que es cierto. Más tarde, cuando se pincha un dedo, mana la sangre mientras espera que yo haga lo mismo. Es infantil, es ridículo, y ambos lo sabemos. Pero eso no nos impide unir las yemas de nuestros dedos, mezclando ADN y secretos para convertirlos en algo que solo nosotros podemos comprender.

»—Ahora sí que es para siempre —susurra. Le brillan los ojos—. Es fuerte.

»Y es como si te abofetearan con el sol.»

—¿Creed? —pregunto cuando regresa al sofá, con una expresión satisfecha en el rostro—.

¿Puede..., puede arreglarse esto?

No me atrevo a explicarme, porque hablar de ello en voz alta demostraría lo frágil que es en realidad. Cierro los ojos y aguardo su respuesta.

—¿Es fuerte? —vuelve a preguntar con brusquedad.

No sé cómo, pero sé que está recordando lo mismo que yo.

—Lo es —murmuro.

—Entonces nunca es demasiado tarde para arreglarlo. Voy a decir una cosa al respecto, y juro que jamás volverás a oírme hablar de ello: le has destrozado, Bear.

Agacho la cabeza.

—¿Sabes?, cuando me lo contó todo, la única otra cosa que recuerdo además de quedarme estupefacto es la expresión de su cara. Al principio no quiso decirme qué ocurría, pero no me llevó demasiado tiempo averiguarlo. —Suspira—. Está deshecho, Bear, y no sé qué costará arreglarlo. Pero si es fuerte, si lo que has dicho hoy es cierto, entonces sabes tan bien como yo que tiene que arreglarse. Si no se puede... bueno, no lo sé. Las últimas veinticuatro horas han demostrado lo poco que sé en realidad. —Dice esto último sin rencor—. ¿Te importa contarnos qué diablos ocurrió? Fue tu madre, ¿verdad?

Entonces lo suelto todo: su vitriolo, sus amenazas de llevarse lo que me pertenece, la expresión de triunfo en sus ojos cuando supo que me tenía acorralado y que no podría escapar. Hablo con voz apagada, hueca. No hay ira, ni tristeza. Estoy recitando unos hechos que podrían haber acaecido a cualquier otra persona. Es el único modo de que pueda superarlo. Llego a la parte en la que nos disputamos al Chico como si fuera un títere, y creo que se me entrecortará la voz. Creo que tartamudearé y me callaré, pero continúo. Lo revivo, objetivamente. Cuando reviso mis palabras y mis actos de la pasada noche, me odio por haber sido tan débil, me odio por haber caído en su trampa. Ojalá pudiera creer que sus amenazas son falsas, pero no puedo. La pequeña parte de mí que sueña con el océano me recuerda lo fácil que sería para ella regresar, lo fácil que le resultaría llevarse al Chico. Brota en mi interior y vuelve a amenazar con dominarme. Aún no sé si soy lo bastante fuerte para apartarlo, para exterminarlo. Le he dicho a Creed que lo que siento por su hermano es fuerte, y no era mentira. No es más que un aspecto de la guerra que intento ganar.

«Acabas de dejarle —susurra la voz—. Te quedaste allí mintiéndole a la cara y luego te fuiste. ¿Qué te hace pensar que volverá a dirigirte la palabra? Ya has oído a Creed: está deshecho, y tú le has destrozado. Por lo menos fuiste lo bastante fuerte para hacer eso, ¿no?»

Ah, unas palabras dulces y reconfortantes.

Termino el relato, el último que creo que querré contar durante algún tiempo. Lo único que me apetece hacer ahora es irme a casa, dormir una semana entera y preocuparme de todo cuando despierte. Pero sé que no podré, porque cuando cierre los ojos él estará allí, riendo, sonriendo,

bailando.

Me duele.

—¿Qué ha cambiado, pues? —pregunta Creed—. ¿Qué te hace querer ahora que vuelva a diferencia de la cabronada que hiciste anoche?

Trato de sonreír, pero creo que me sale más bien una especie de mueca. He estado esperando estas preguntas desde que he abierto la boca pidiendo ayuda para arreglar el lío que he armado. Casi me hace gracia que no ha parecido existir nunca ninguna duda de que quiero que vuelva, que muy probablemente debería haber evitado todo este embrollo. La cuestión que se plantea ahora es si Otter perderá o no el juicio y si será capaz de ocupar la misma habitación que yo. Pero esto no viene al caso. He vacilado demasiado rato y los demás me están mirando, aguardando una respuesta. Intento encontrar las palabras para expresar lo que significa sentirse abofeteado por el amor, infundido de lujuria, tener el corazón hecho trizas. Necesito que entiendan que no me siento completo sin él. Pero creo que ya he dicho todo lo que he podido sobre este asunto. Quizá debería dejar que Otter dijera algo.

Cojo la cartera del bolsillo de atrás y saco la carta que he guardado en secreto durante veinte meses. No necesito volver a leerla. Me la sé de memoria.

Sé que estabas dolido y que tienes buenos motivos para estar enfadado, pero quiero que sepas que no ha transcurrido un solo día sin que haya pensado en ti y en Ty. Quizá sea mi castigo, saber que te va bien y saber que yo no he tenido nada que ver con eso. Por si sirve de algo, estoy orgulloso de ti por haberlo hecho tan bien a pesar de que algunas personas hayan roto las promesas que te hicieron.

Fue agradable verte, aunque solo fuera un momento. Me alegro de que por lo menos recibiera eso. Te he echado de menos, papá Bear.

Anna es la primera en cogerla. Casi había olvidado que estaba aquí. Solo tarda un momento en leerla, y se le contrae un poco el rostro. Se la pasa a la señora Paquinn, quien coge la gastada hoja con mayor cautela. Anna me devuelve la mirada, con una expresión seria.

—¿Cuándo? —pregunta—. ¿Cuándo te mandó esto?

Por un momento casi pienso en mentir. Pero no lo hago.

—Lo dejó en mi coche hace dos navidades, cuando vino a casa.

Ella asiente y aparta la vista.

La señora Paquinn se sorbe la nariz.

—Parecía estar despidiéndose.

Creed termina y se la pasa al Chico.

—Parecía tratar de disculparse por irse —dice Creed.

Entonces habla el Chico:

—No —dice, levantando los ojos del papel. Lo dobla con delicadeza y me lo devuelve. Espera a que lo haya guardado en el sitio que le corresponde y entonces dice en voz baja—: Es una carta de amor. Dice a Bear que le quiere sin decir esas palabras.

El Chico ha vuelto a ver lo que la mayoría no hemos podido. Ya no debería sorprenderme cuando demuestra una perspicacia de la que todos los demás adolecemos.

—¿Ya entonces...? —pregunta Creed—. ¿A tan lejos se remonta?

Y entonces Anna se pone en pie. Tiene el cuerpo rígido, los puños cerrados, los ojos humedecidos y rabiosos. No creo haberla visto nunca así, ni siquiera cuando rompimos. Está furiosa, y sé que es culpa mía. He cometido demasiados errores. He sido egoísta. He mentido, y Anna ha sido la que más golpes se ha llevado con todo eso. Había estado esperando lo peor, y parece que estoy a punto de recibirlo. Es lo que me merezco.

—¡Estúpido hijo de puta! —grita.

Solo me estremezco un poco cuando se abalanza sobre mí y empieza a pegarme manotazos en el pecho. Levanto las manos para defenderme, pero Creed ya la ha apartado, y veo con morbosa diversión que el Chico se ha interpuesto entre ella y yo y trata de protegerme con su cuerpecito.

—¿Cómo te atreves? —chilla Anna, e intenta zafarse de las manos de Creed—. ¡Maldito cabrón!

Se vuelve hacia el hombro de Creed y solloza. El Chico está tenso delante de mí. Bajo el brazo y le pongo la mano sobre el hombro, deseando que no tuviera que ser así.

Momentos después, Anna se tranquiliza un poco cuando Creed le susurra al oído y se vuelve hacia mí otra vez, pero él la tiene sujeta y no permite que se me acerque. Creo que quizá sea mejor dejarle decir lo que tenga que decir y acabar con esto, pero, naturalmente, no es así como funciona.

—Anna —dice el Chico apretando los dientes—. Bear ha cometido errores. Ya lo ha admitido. Tienes todo el derecho a estar enfadada, pero si vuelves a pegarle juro por Dios que te pegaré yo. Me da lo mismo que seas una chica y seas más grande que yo. Si le tocas, será lo último que hagas.

¿Queréis saber cómo es estar castrado? Intentar que tu hermano de nueve años te proteja de tu ex novia después de decirle que estás enamorado de un hombre.

Todos nos quedamos mirando al Chico, que tiene la cara pálida de ira. Anna se vuelve, y creo que se dispone a marcharse, y no le reprocharé que lo haga. Pero me sorprende cuando se detiene. Por un momento tengo la sensación de que el silencio nos aplastará a todos. Y entonces:

—¿Os habéis preocupado por mí en alguna ocasión?

Creed sacude la cabeza y encorva los hombros. Parece que quiere disculparse por ella, pero le corto con un gesto con la mano. Es poco realista haber esperado que ella reaccionara igual que Creed. Tenía más que perder, y no puedo culpar de eso a nadie más que a mí.

—Desde luego que yo sí —digo sinceramente—. Tienes que creerme. Todavía lo hago.

Anna se vuelve con un brillo intenso en los ojos.

—Ya no sé qué creer de ti. Te he dado muchas oportunidades, muchas ocasiones para decirme la verdad.

La miro con la cabeza inclinada.

—Lo sabías, ¿verdad?

Me ha salido antes de que pudiera evitarlo.

Su cabello se agita con indignación cuando asiente.

—Sabía... algo. No me lo podía creer. Pero no se puede estar tan unido como lo estábamos tú y yo sin verlo. Cómo le rondabas. Cómo incluso cuando más enfadado estabas seguía haciendo algo en tu voz al hablar de él. Me dije que era cosa de mi imaginación, que solo estaba...

—¿Proyectando? —digo, incapaz de mantener cerrada mi estúpida boca.

Se ríe, pero sin humor.

—Hijo de puta —repite—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Tenía miedo.

—¿De mí?

Niego con la cabeza.

—No. De todo lo demás. No sabía quién era, y aún menos qué coño estaba haciendo. Creía que para entonces era muy evidente.

Me mira con el ceño fruncido y las mejillas mojadas. ¡Dios, es tan bonita!

—¿Y ahora? —inquire.

«Sí, Bear, ¿ahora qué? —pregunta la voz—. Tiene razón, ¿sabes? Te ha dado muchas oportunidades. Y ahí la tienes, haciéndolo de nuevo. Creo que esta vez será la última, así que más te vale salir dando un portazo, ¿no crees?»

—Le quiero, Anna. Con eso no pretendo hacerte daño, ni significa que lo que siento por ti sea menos importante. Me he equivocado en muchas cosas, pero por lo menos sé que le quiero. Es lo único que me queda.

Bajo la vista al suelo.

—Yo te quería —dice ella sorbiéndose la nariz—. No sé si podré superarlo nunca.

—¿Lo intentarás? —Es injusto preguntarlo, pero como esta conversación ha indicado, soy un gilipollas egoísta—. No sé si puedo hacer esto sin ti.

—Me lo dijiste una vez. ¿Te acuerdas? Y parece que te las has arreglado bastante bien sin mí. —La ira vuelve a aparecer en su voz—. Por cierto, ¿cuándo fue?

—¿Qué?

Sé qué está preguntando, y trato de andarme con rodeos.

—Cuando le follaste. ¿Cuánto tiempo pasó después de que rompiéramos? —Entrecierra los ojos—. ¿O todavía estábamos juntos? —espetea entre dientes.

—¿Importa eso?

—Sí.

—Justo después.

—Espero que valiera la pena —gruñe.

La miro a los ojos.

—Valió la pena.

Asiente, con los brazos cruzados.

—Por fin un poco de jodida sinceridad por tu parte. Te dije que me rompiste el corazón. ¿Te acuerdas? ¿Recuerdas lo que dije después de eso?

Lo recuerdo.

—Te dije que me habías roto el corazón, pero que era mío para darlo.

—Lo sé.

Mientras viva, no entenderé nunca a las mujeres. Vuelve a saltarme encima, el Chico levanta los puños y creo de verdad que va a golpearla en una teta, pero chillaba cuando queda atrapado entre los dos mientras ella me echa los brazos al cuello. Había olvidado cómo era abrazarla, sentirla contra mí. Mientras no haga lo que hizo antes, todavía hay algo ahí, algo que se suelta y se abre. Lloramos

uno en el cabello del otro, y pienso que estaría bien que aplicáramos la prohibición mañana.

Al cabo de un rato, Anna se sosiega. Hipa, se inclina hacia mí y sus labios me rozan el oído.

—¿Lo es? —pregunta—. ¿Lo que le has dicho a Creed? ¿Es fuerte?

Asiento con la cabeza, sin atreverme a hablar.

Se ríe con tristeza.

—Nunca eliges el camino fácil, ¿eh?

—No es mi estilo —le susurro.

Se echa hacia atrás, y nuestras caras están cerca mientras nuestros ojos se escudriñan.

—No sé si lo superaré nunca —repite—. Pero espero que me concedas tiempo para intentarlo.

—Lo he dicho de veras, Anna. Te quiero.

—Lo sé, Bear. Y quizás algún día baste con eso.

Baja los brazos y regresa al sofá. La señora Paquinn levanta las manos y la recibe con un abrazo.

—Dale tiempo, tío —murmura Creed con ojos suplicantes—. Se calmará. No pierdas la fe en ella.

—No lo haré —respondo.

¿Cómo podría? Ella es de la familia.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a arreglar esto ahora? ¿Con él? —pregunta.

—No puedo.

Entonces la habitación estalla.

—¿Qué coño estás diciendo? —grita Creed.

—¿Me tomas el pelo? —grita el Chico.

—¿Eres retrasado? —grita Anna.

—¡Aaah! —grita la señora Paquinn.

Santo Dios.

—¡Lo haré! —grito por encima de ellos—. ¡Dejadme hablar, joder!

Todos guardan silencio, y también muestran el detalle de sonrojarse.

Respiro hondo.

—No puedo, por lo menos no hasta que el Chico esté fuera de peligro. No hasta que tenga un plan, algo que impida que mi madre pueda quitármelo. Toda esta jodida mierda consiste en eso.

—No, Bear —interviene el Chico—. Esta era la fiesta de tu salida del armario. No me metas a mí en esto.

—Mierdecilla —gruño mientras le levanto y vuelvo a estrecharle contra mí.

Me siento mejor sabiendo que él está cerca.

—En serio, ¿cómo demonios vamos a hacer eso? —pregunta Creed.

No hago mención de que haya usado el plural, porque si he aprendido algo hoy, es que esa clase de decisiones ya no puedo tomarlas solo. Sea lo que sea lo que se decida, nos afecta a todos. No cometeré ese error nunca más.

—Bear, si me lo permites... —dice la señora Paquinn—. ¿No has pensado en conseguir la custodia de Tyson?

—¿Cómo? —pregunto como un bobo.

—Legalmente —contesta, poniendo los ojos en blanco sin apenas disimularlo—. ¿No has hablado con ningún abogado de esto?

—No conozco ningún abogado —confieso, como si esto lo explicara todo.

—Pues yo sí. Estuve trabajando de ayudante de abogado en un bufete, ¿sabes?

—Eso sí que es práctico —murmura Creed.

No le hago caso.

—No será como cuando participaba en carreras de coches, ¿verdad?

Me dirige una sonrisa encantadora.

—Nunca he hecho carreras de coches, Bear.

—Precisamente.

—Precisamente —conviene la mujer—. ¿No te parece que un abogado que ejerza en derecho de familia podría darte cuando menos algunas opciones?

—Tengo el poder legal —digo.

Ella niega con la cabeza.

—No es lo mismo. Un poder legal es algo fácil de impugnar. La plena custodia, no.

—No puedo permitírmelo —me apresuro a decir, adivinando qué vendrá a continuación.

—No te preocupes por eso —tercia Creed.

—Creed...

—Bear, ¿qué soy?

Suspiro.

—Mi hermano.

Enarca una ceja.

—Mi hermano mayor.

—Exacto. ¿Y qué tienen mis padres en abundancia?

—¿Paciencia con alguien como tú?

Me fulmina con la mirada.

Vuelvo a suspirar.

—Renta disponible.

—¿Y quién acaba de hacer un gran discurso acerca de la familia, el amor y otras cosas de gais?

Maldita sea.

—Yo.

—Entonces voy a mandar un correo electrónico a mis padres ahora mismo, mientras la señora Paquinn hace unas cuantas llamadas, y solucionaremos esto. Y luego te arrastrarás a cuatro patas rezando para que Otter haya perdido el juicio por completo y vuelva a aceptarte.

—Yo...

—¿Tú qué?

Me quedo mirando al suelo.

—¿Y si no me acepta?

—¿Se lo reprocharías? —pregunta Creed con irrefrenable curiosidad.

Niego con la cabeza.

—Tengo miedo —repito.

Levanto la vista hacia él.

Se le enternecen los ojos y vuelve a rodearme con sus brazos.

—Yo también. Pero si no nos arriesgamos, ¿de qué sirve todo esto?

Estoy bien hasta que me besa en la mejilla.

Rodeado por mi familia, para bien o para mal, me desmorono.

Espero que por última vez.

En que Bear hace como Moisés y separa las aguas

Así que salí del armario (en calidad de qué, aún no lo sé). Sigo creyendo en lo que le dije a Otter, que no se puede ser gay para una sola persona, pero estos días me lo estoy cuestionando cada vez más viendo que solo cuando pienso en él me sobreviene un sudor frío. Ya no sé qué coño soy. Puedo dar una imagen favorable de mí mismo, pero por lo visto mi obsesión con él puede imponerse más deprisa que nada que haya conocido nunca. Por más que me gustaría creer que domino la situación, sé que solo me apunto al viaje por gusto.

¿Y adónde me ha llevado ese viaje? Voy como un loco por las calles en mi coche la noche de la fiesta de despedida de Creed después de recibir una llamada suya anunciando que Otter se marchaba y tenía que ir allí en el acto. Infrinjo todo el código de circulación de Oregón, a sabiendas de que si un poli trata de darme alcance, lo más probable es que termine saliendo en el noticiario de las once después de protagonizar una persecución policial a 140 kilómetros por hora por las calles del centro de Seafare. Pero, de alguna manera, lo consigo.

Hay demasiados coches alrededor de la casa así que, como es natural, me subo a la acera y me detengo en el césped de delante, sin acordarme de aparcar el coche y sin molestarme en apagar el motor mientras corro hacia el interior de la casa. La música atruena y hay gente por todas partes. Corre el alcohol, y algunos gritan mi nombre sorprendidos porque en teoría no debería estar aquí. Había decidido no presentarme. Subo las escaleras a la carrera, derribando a gente por el camino y olvidándome de disculparme porque en realidad no importa, lo único que importa ahora mismo es él, y pienso en detenerme cuando llego delante de su puerta —el cartel que anuncia la «Habitación de Otter» no es más que un fantasma que solo puedo ver yo—, pero no me paro. Empujo la puerta y esta se abre, lo cual sobresalta a los dos hombres que hay dentro. Otter levanta los ojos desde su posición, apoyado contra su viejo escritorio, y la expresión de su cara está llena de algo, algo que no acierto a distinguir. Abre los ojos como platos cuando los fija en mí, y el fulgor verde y dorado chispea con intensidad. Quiero decirle que se quede, que he comenzado a arreglarlo todo, que lo siento muchísimo y que por favor vuelva a quererme, pues no puedo imaginarme mi vida sin él a mi lado. Y es entonces cuando reparo en el otro hombre. El moreno y apuesto desconocido que se encamina hacia mí, con una sonrisa cautelosa en el rostro mientras me tiende la mano diciendo:

—Tú debes de ser Bear. Soy Jonah, el novio de Otter.

¿Qué co...?

Bien, ¿cómo sucede esto? ¿Cómo termino estrechando la mano a un hombre al que odio aunque no le he visto nunca?

Veamos.

Creed me prometió que no le diría nada a Otter hasta que toda la situación del Chico se hubiera resuelto. Le dije que era porque quería asegurarme de que todo estuviera arreglado. Pero él sabía tan bien como yo que era porque no quería arriesgarme a hacernos daño otra vez. También era difícil para él, porque ahora que se había desvelado el secreto, Creed parecía demasiado entusiasta de que Otter y yo estuviéramos juntos.

«—No me puedo creer que no me diera cuenta antes —dijo—. Estáis hechos el uno para el otro. Tendréis que ser capaces de aguantaros las chorradas y dejarme al margen.

»—¡Caramba, tú sí que sabes hacer que un tío se sienta bien! —repliqué, y gemí tan pronto como estas palabras salieron de mi boca.

»Me sonrió maliciosamente.

»—No, por lo visto esa es ahora tu misión. —Su sonrisa se desvaneció y sus ojos adoptaron una expresión pensativa—. Pero, en serio, ¿duele? El sexo anal, quiero decir. Siempre me he preguntado...

»Salí huyendo de la habitación.»

Traté de no preguntarle demasiado por Otter, porque lo que decía estaba acabando con mi determinación. Dijo que Otter apenas salía de su dormitorio, y cuando lo hacía, daba la impresión de no haber pegado ojo y solo hablaba con gruñidos. Creed ignoraba qué hacía su hermano todo el día dentro de su cuarto, pero podía imaginármelo, y es por eso que intenté encerrar mis pensamientos en él en el fondo de mi cabeza. Estaba allí, flotando en las olas, mezclado con el resto del ruido blanco. Necesitaba enmendar las cosas. Por todos nosotros. Pero no podía hacerlo si Otter era lo único que ocupaba mi mente. Así que le llevé hasta el fondo, constante pero callado.

El Chico entendió mis motivos, pero no estuvo de acuerdo con el modo en que lo hacía. «¿Por qué no se lo dices? —me sugirió en más de una ocasión—. Por lo menos sabría que hay algo que esperar con ansia, algo por lo que merece la pena luchar.» Tratar de negar la lógica del niño de nueve años más listo del mundo hacía la separación mucho más difícil. No sabía cómo expresar mis acciones con palabras, explicarles que prefería morir a ver a Otter mirándome como lo hizo la última vez que me enfrenté a él. ¿Cobarde? Tal vez. ¿Injusto? Es posible. ¿Egoísta? Sin duda. Pero, dentro de mi cabeza, sabía que me estaba preparando para entregarme a él para todo el tiempo que quisiera tenerme (si este plan daría resultado o no, y si él me aceptaría o no, se mezclaban a menudo; he averiguado que seguramente me declararían demente con la cantidad de voces que tengo dentro de la cabeza).

Tampoco ayudaba mucho que soñara con él todas las noches.

No ayudaba que esos sueños fueran tan terroríficos, tan desgarradores. No ayudaba que normalmente me despertara con la polla más dura que nunca, obligado a tomar cartas en el asunto. Me encorbaba en el baño, con el cuerpo quejándose a gritos de la familiaridad de mi mano, suplicando que fuera su mano fuerte y callosa, ese tirón que tenía más experiencia de la que yo tendría jamás. Esas noches, correrse causaba dolor, como si procediera de un sitio mucho más profundo de lo que era humanamente posible. Quedaba agotado, observando mi reflejo, preguntándome de dónde salían aquellas arrugas alrededor de mi boca, por qué mis ojos enrojecidos no recuperaban su aspecto normal. Aquello tenía que funcionar. Había de hacerlo.

La señora Paquinn fue fiel a su palabra y me concertó una cita con Erica Sharp, una abogada de la renombrada empresa Weiss, Goldstein y Eddington. Dije a la señora Paquinn que no había visto nunca ningún anuncio suyo. Me respondió que se alegraba infinitamente de que estuviera de camino hacia el mundo real. Creo que pretendía ser un insulto, pero no logré determinar en qué sentido. Pidió la devolución de unos cuantos favores, y unos días después tenía una cita con una abogada de Portland.

El día de autos, me puse delante del espejo para tratar de anudarme la corbata, que por alguna razón parecía empeñada en estar del revés. Estaba atento a una llamada a la puerta que anunciara la llegada de la señora Paquinn para hacer de canguro cuando oí un suspiro.

—No sé por qué no puedo ir contigo. A fin de cuentas, pretendes adoptarme a mí. ¿No crees que quizá quieran oír mi opinión?

—Ya te lo he dicho —murmuré, mientras me preguntaba cómo diablos el extremo estrecho de la corbata era más largo que el grueso—. Solo voy allí para una toma de contacto. Debo cerciorarme de que puede ayudarnos antes de que decidamos hacer nada.

Era evidente que la maldita corbata estaba rota.

Ty suspiró de nuevo, se colocó delante de mí y me empujó hacia atrás para que me sentara sobre la cama. Me apartó las manos con las suyas y yo levanté la barbilla, me miré en el espejo y me pregunté si debería haber ido a cortarme el pelo. O afeitarme el incipiente vello facial que me crecía ralmente en la cara.

—Irá bien. A fin de cuentas, llevas corbata y todo, ¿no? —dijo, con una sonrisa evidente en la voz—. ¿Te sentirás cómodo cuando tengas que coquetear con ella?

Le miré con una ceja arqueada.

—¿Coquetear con ella? ¿Por qué diablos debería hacer eso?

«Quizá debería cambiarme de camisa», pensé.

—Bueno, trataba de preparar toda esta situación —contestó, mientras pasaba un extremo de corbata alrededor del otro—, así que pensé que tal vez debería mirar la tele para hacerlo, porque la última vez que encendí el ordenador había de salvapantallas un tipo que llevaba puesto un suspensorio y sujetaba un balón de fútbol. —«Maldita sea, Creed»—. De lo cual, por cierto, seguramente deberías deshacerte, ya que intentas conseguir la custodia de un chico de nueve años. No creo que eso sentara demasiado bien en los juzgados.

Ahogué todo pensamiento que se dispusiera a brotar de mis labios. Reparé en que el Chico seguía hablando, ajeno al fuego que se propagaba lentamente por mi cuello.

—A fin de cuentas, ¿por qué debería llevar alguien algo así? Los suspensorios son de mal gusto, ¿y crees de verdad que jugaría a fútbol sin pantalones?

—Esto... Chico, creo que sería una buena idea que este tema no volviera a salir nunca más, sobre todo si recibimos la visita de una trabajadora social para llevar adelante todo este asunto. No creo que apreciaran los sutiles matices de tu línea de investigación.

Subió de un tirón el nudo de la corbata hasta mi cuello, con lo que cortó el resto de mi reprimenda.

—No te rías de mí, Derrick —repuso.

Me sentí regañado como era debido.

—¿Y la abogada? —le recordé.

Dio un paso atrás para revisar su obra. Me miré en el espejo y vi que la corbata estaba impecable. No podía llegar a entender cómo diablos sabía cosas como esa.

—Cierto —dijo—. La abogada. Bueno, como tu porno estaba en nuestro ordenador, y creí que seguramente ya estaba asustado de por vida, me imaginé que ver algún programa de abogados me ayudaría a captar la abogacía.

—¿Y qué? —pregunté, encaminándome hacia el baño para cepillarme los dientes.

Ty me siguió.

—Bueno, encontré un programa, y la abogada era una mujer guapa. Bueno, de hecho todas las mujeres eran guapas, lo que me pareció una descripción poco realista del lugar de trabajo. Todas las mujeres que trabajan contigo no son muñecas, así que creo que algo se tergiversa con lo que son productores de televisión visiblemente desencaminados.

Gruño mi respuesta con la boca llena de Crest.

—En fin, todas las mujeres del bufete de abogados tenían ciertas dificultades en su vida amorosa, y había un tipo que intentaba convencer a la abogada guapa de verdad de que se hiciera cargo de su caso pro bono. Lo cual, por si no lo sabes, significa...

—Fé qué finifica —dije, atragantándome con el cepillo de dientes.

—Bueno, se puso a coquetear con ella, diciendo que podía hacer que el caso valiera la pena, y entonces ella se quitó la blusa, él se quitó los pantalones, y después la mujer decidió representarle. Porque el hombre tenía un caso interesante y buenos atributos.

Me quedo mirando su reflejo.

—¿Qué programa era ese?

Se encogió de hombros.

—Sustituyó «Dateline». La cuestión es que tal vez tengas que coquetear con la abogada. La sociedad necesita que fomentes el amor propio de una abogada.

Casi había terminado esta última frase cuando su apariencia se resquebrajó y una sonrisa le iluminó el semblante.

—¡Mierdecilla! —le grité, y salió corriendo del baño, conmigo pisándole los talones.

—¡Los vecinos no darán un testimonio favorable si te oyen maltratar a un niño! —gritó por encima del hombro.

Se detuvo después de rodear la mesa de la cocina, interponiéndola entre ambos.

—Creo que los vecinos pasarán por alto esta ocasión —dije sonriendo.

Finté a la izquierda pero fui hacia la derecha. Él picó, le agarré del brazo y lo volví cabeza abajo, con los pies apuntándome a la cara, los brazos colgando y la cara encarnada.

—¡Déjame, simio desmesurado! —me gritó—. ¡No es así como debe comportarse alguien que lleva corbata!

—¡Sí, si la persona que la lleva tiene un hermanito molesto que se cree muy gracioso! —repliqué.

Le sujeté ambas piernas con el pliegue del codo y extendí el otro brazo para hacerle cosquillas en

la barriga expuesta.

—¡Oh, qué refinado! —farfulló entre risas—. Seguro que les dejarás patidifusos. ¿Puedo hacer la maleta ya para cuando vengan a buscarme?

Esto me detuvo en seco. Todos los temores condensados en una frase corta, expresados en la risa de un niño.

Le dejé con cuidado, plantándole los pies en el suelo, y me arrodillé ante él. Todavía se reía tontamente, con lágrimas resbalándole por la cara colorada. Levantó una mano y se apartó el pelo de la frente.

—Sabes que nunca permitiré que ocurra eso, ¿verdad? —murmuré.

Sonrió, y fue precioso. Saltó a mis brazos y se limitó a contestar:

—Lo sé.

Llamaron a la puerta.

—Quizá deberías abrir —dijo, soltándose.

Me encaminé hacia la puerta esperando encontrar a la señora Paquinn, pero no a Anna y Creed. Por supuesto, los tres estaban allí.

—¿Estamos todos listos? —preguntó Creed con una sonrisa en el rostro.

—¿Estamos?

Me empujó hacia un lado y entró, dejando sitio a Anna y la señora Paquinn. Todos hicieron caso omiso de mis narinas ensanchadas y la vena que me latía en la frente.

—Pues sí —dijo Creed—. Ya te diste cuenta de que no ibas a ir solo, ¿verdad? No seas estúpido, Bear.

—Sí, no seas estúpido —repitieron a coro Anna y la señora Paquinn.

—Sí, no seas...

—Chico, no te atrevas a decir ni una palabra más —espeté. Me volví hacia los demás—. Dejé muy claro que iría solo. Lo dije explícitamente. ¿Había algo en esas palabras que no llegó a asimilarse?

La señora Paquinn puso los ojos en blanco.

—No seas bobo, querido. ¿No fuiste tú quien dijo todas esas cosas acerca de que éramos una familia y todo eso? Me acuerdo de que me conmovió hasta hacerme llorar. ¿A ti no, Anna?

Anna asintió y me miró a los ojos.

—Desde luego, señora Paquinn. Y nos dijo cuánto nos quería y que necesitaba nuestra ayuda. ¿No es verdad, Chico?

«Oh, vaya, de modo que ahora quiere ayudarme», pensé.

—Cierto —repuso el Chico, y me pregunté si no habrían escrito el guion de aquella escena, pues resultaba un poco demasiado perfecta—. Y puesto que en realidad se trata de mí, creo que debería poder decidir quién irá.

—¿Y bien? —preguntó Creed.

—Iremos todos —contestó Ty, sonriendo.

—¡Y Creed ha dicho que conduciré yo! —terció la señora Paquinn.

—¿Sabías que hizo carreras de coches? —preguntó Creed.

Ella sonrió complacida.

—Has traído a tu equipo de animadores, ¿eh? —me dijo la señorita Erica Sharp, de Weiss, Goldstein y Eddington, mirando por encima de mi hombro al Chico, Anna, Creed y la señora Paquinn, todos sentados detrás de mí en su amplio despacho.

Hice una mueca.

—Se podría decir eso.

Omití explicarle que cuando la secretaria mencionó mi nombre y me hizo seña de que entrara en el despacho de Erica, todos se habían levantado como si también les hubieran nombrado.

Sabía que todos sonreían como tontos detrás de mi nuca.

Erica revolvió algunos papeles sobre su mesa.

—Bien, después de hablar contigo por teléfono y efectuar algunas comprobaciones para verificar tu empleo, domicilio y otros datos, tengo que decirte, Derrick...

—Bear —rectificó el Chico a mi espalda.

La mujer arqueó una ceja.

—¿Perdón?

Tiré de la corbata. Me estaba asfixiando.

—Su verdadero nombre es Derrick, pero todo el mundo le llama Bear —explicó el Chico, tomándose todo el tiempo del mundo.

Erica asintió con la cabeza.

—Bueno, en ese caso, Bear, tengo que decirte que me parece que podré ayudarte. ¿Cuánto tiempo dijiste que has cuidado de él?

—Esto... los últimos tres años.

—¿Y tu madre se... fue?

Levantó un poco la voz al pronunciar esta última palabra.

—Se marchó a paradero desconocido —contesté, como si eso lo explicara todo.

—Ya, entiendo. ¿Sabes adónde?

Negué con la cabeza. Percibí que todos hacían lo mismo a mi espalda.

La abogada pulsó una tecla de su teléfono.

—¿Josh?

—¿Sí, señorita Sharp?

—Necesito que hagas una localización de difícil contacto. —Consultó sus notas—. Una tal Julie McKenna. Bear, ¿cuál es su fecha de nacimiento?

Se lo dije, y ella transmitió la información a Josh.

—¿Y el padre de Tyson? —me preguntó.

—Su padre no ha tenido nunca ningún papel en esto. ¿Por qué me pregunta la fecha de nacimiento de mi madre? ¿Qué es una localización de difícil contacto?

Se inclinó hacia delante.

—Bueno, habrá que encontrar a tu madre y notificarle este proceso.

—¿Qué? —estallé. ¿Cómo coño se atrevía? Hice ademán de levantarme, con la intención de coger al Chico de la mano y salir como un huracán, cuando noté cuatro pares de manos sobre mis hombros, conteniéndome. Eso solo me enfureció más—. ¡No puede hacerle volver! —espeté—. ¡Hará todo lo posible por joder esto!

Erica me observó con serenidad. No cabía duda de que estaba acostumbrada a que la gente le gritara. A fin de cuentas, era abogada.

—Técnicamente, aún es tu madre y tu tutor legal. Por lo que me has contado, el poder legal que tienes no se hizo correctamente, sobre todo porque concierne a un menor. Estamos obligados a notificárselo, a darle una oportunidad de responder. Y lo mismo con tu padre si aún formara parte de la vida de Tyson. Pero si lo que dices es cierto, y si se ha ausentado durante los últimos tres años sin ninguna visita de cortesía, ninguna llamada ni ningún céntimo, entonces creo que no tendremos nada en que basarnos.

Gemí.

—Maldita sea.

—¿Hay algo que debería saber, Derrick?

—Se llama Bear —dijeron a coro cuatro voces detrás de mí.

—Oh, mierda. —Me pasé las manos por la cara—. Volvió de pronto, hace unos días. Y esto...

—¿Y qué?

—¡Apareció de la nada! —soltó Anna.

—Como si no se hubiera marchado nunca —gruñó Creed.

—Fue realmente como una pesadilla —dijo la señora Paquin, sorbiéndose la nariz.

—¡Y le amenazó! —exclamó el Chico.

Me pregunté si la señorita Erica Sharp, de Weiss, Goldstein y Eddington, no tendría en su mesa una pistola que quisiera prestarme para poder salir de mi desgracia.

—¿Te amenazó? —preguntó Erica, ya sin sonrisa en su voz.

—Esto... sí. Podría decirse eso.

Volvió a inclinarse hacia delante y frunció el ceño.

—Bear, o lo hizo o no lo hizo. ¿Con qué te amenazó?

Guardé silencio. No sabía qué decirle a aquella persona que, hasta hacía unos veinte minutos, había sido una perfecta desconocida. Me había llevado meses confesarme con la gente más próxima de mi vida, ¿y ahora tenía que soltárselo a aquella mujer que me miraba como si fuera una nueva especie de bicho? Guardé silencio. Silencio hasta que el Chico se levantó de su asiento y rodeó mi silla, me apartó los brazos de mi regazo, se instaló allí y se inclinó para susurrarme:

—Papá Bear, necesito que hagas esto. Otter necesita que hagas esto.

Atrevesos a desafiar esas palabras tan dulces.

Miré a Erica por encima del hombro del Chico mientras le rodeaba con mis brazos. Los ojos de la mujer se ablandaron y nos observó con detenimiento.

—Amenazó con llevarse al Chico si no rompía con mi novio.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Erica con voz apagada.

Cerré los ojos con fuerza.

—Rompí con mi novio.

—Comprendo. ¿Y cómo reaccionó tu novio a todo esto?

—Pues... esto... no le dije que era por culpa de ella.

Soltó un bufido.

—¿Debo suponer que no fue bien?

—Eso es quedarse corto —murmuró Creed.

—Tendrás que perdonar a Creed —intervino la señora Paquinn—. El novio de Bear es su hermano.

Erica se nos quedó mirando.

—Entiendo.

—Y Anna es la ex novia de Bear —dijo Creed.

—Y Creed es el mejor amigo de Bear —explicó Anna.

—Y yo soy la señora Paquinn —exclamó la señora Paquinn triunfalmente.

—Esto es tanto por Otter como por mí —dijo el Chico.

—¿Otter? —preguntó Erica.

—El novio de Bear, el hermano de Creed —aclaró la señora Paquinn con paciencia.

—¿Bear y Otter? —preguntó Erica.

Debo decir en su favor que no se mostró para nada desconcertada.

—Bear y Otter —convinieron todos.

—¿Y por qué es tanto por él como por Tyson?

—Porque a Bear se le ha metido en la cabeza que no puede recuperar a Otter hasta que el Chico esté fuera de peligro —contestó Creed.

—Y, para empezar, el idiota de Bear no debería haber roto nunca con él —dijo Anna. Y luego añadió—: Debí de haberlo sabido. Rompimos porque no fue capaz de decirme que estaba enamorado de Otter.

—Eso no es cierto —repliqué—. Rompimos porque yo te mentí.

—Sobre estar enamorado de Otter —dijeron a coro Anna, Creed, la señora Paquinn y el Chico.

—Esta situación no es tan complicada como parece —anuncié a Erica, quien seguía mirándonos.

El Chico se echó a reír.

—No, es mucho peor. Bear y Otter quieren estar juntos, pero Bear no hará nada al respecto hasta que esté seguro de que nuestra mamá no se me llevará.

—Y por eso estamos aquí —concluyó la señora Paquinn.

Todos miramos con expectación a la señorita Sharp.

—A ver si me aclaro —dijo, lo cual, por supuesto, hizo que Creed y el Chico se rieran con disimulo. Les fulminé con la mirada y vi que también la señora Paquinn se reía entre dientes—. ¿No solo tratas de conseguir la custodia de tu hermano pequeño, sino que además todo esto determinará si vuelves con alguien a quien es evidente que quieres, pero a quien mentiste cuando rompiste con él, y cuentas con el pleno apoyo de su hermano, tu ex novia y tu hermano pequeño, sobre el que tratas de obtener la custodia legal?

—Y de la señora Paquinn —agregó la señora Paquinn, a lo que asentimos todos.

—Eso parece correcto —dije a Erica.

—¿Y salías con Otter antes de que tu madre se fuera?

Niego con la cabeza.

—Esto es bastante reciente.

Mi club de fans soltó una risita, pero nadie habló.

Erica frunció el ceño y se frotó las manos.

—¿De modo que dices que hace poco empezaste a salir con Otter, y de repente tu madre aparece de la nada y te pide que rompas con él? ¿Cómo sabía lo de tu relación?

«Dile que regrese a San Diego», me había dicho. Recordé que había sentido un escalofrío por todo el cuerpo al oír sus palabras. Pero con todo lo ocurrido después, lo había olvidado. ¿Cómo había sabido todo eso?

—No lo sé —contesté a Erica, oyendo un zumbido agudo en mis oídos.

—¿Y dijo que lo único que quería era que rompieras con Otter, y luego se marchó?

Asentí con la cabeza, percatándome solo entonces de lo ridículo que parecía.

Erica suspiró, aparentemente pensando lo mismo.

—Bueno, parece que está tramando algo, pero no quiero especular. Por lo que sabemos, habría podido volver y hacer precisamente lo que hizo, separarte de tu novio, quizá tratando de afirmar que aún tenía cierto control sobre tu vida. Tal vez contrató a un detective privado para espiaros a ti y a Otter. ¿Has visto últimamente a alguien que no hayas visto antes?

Sacudí la cabeza, y ella miró al público congregado detrás de mí. Me volví, y todos negaban con la cabeza a su vez. Procuré no delatar nada en mi rostro, pero las palabras de Erica me preocuparon mucho. ¿Por qué había vuelto mamá? ¿Qué quería? ¿Había alguien siguiéndonos? Eso me asustaba más que las desconocidas intenciones de mi madre. Tal vez no sabía necesariamente cuando vino que Otter y yo estábamos juntos, pero su presencia en nuestra casa y su protección sobre el Chico y yo pudieron habérselo explicado, aunque el Chico no hubiera dicho nada.

Erica se encogió de hombros.

—Estoy segura de que todo esto se descubrirá en breve. Ya parecen existir algunas preguntas que me gustaría hacer a tu madre si tuviera ocasión.

Nos gustaría tanto a ella como a mí.

Me miró a los ojos.

—Si esto da resultado, y si consigues la custodia de Tyson, ¿te quedarás con ellos? ¿Con Tyson y con Otter?

—Debo hacerlo —respondí en voz baja—. Son todo lo que tengo.

Nos sorprendió a todos riéndose. Se levantó y me tendió la mano, con lo que empujé al Chico entre mis brazos.

—Bueno, Derrick y Tyson, será un placer representaros. Pero os lo advierto: este será un camino duro de recorrer, y habrá que tomar decisiones difíciles. Se investigarán vuestras vidas como no se ha hecho nunca y llevará mucho tiempo. Vuestra madre puede tener motivos que aún no conocemos. Y Bear, lo más probable es que salga a colación tu sexualidad, pero creo que tenemos una buena posibilidad de vencer. Y lo mejor es que tú lo creas. Bueno, necesito que rellenes un montón de

papeles, explicaré qué significa ser considerado tutor *ad litem* y cuándo podemos esperar ir a juicio.

—Se detuvo un momento y nos miró—. ¿Estáis dispuestos a hacerlo?

El Chico me sonrió. Noté el firme apoyo a mi espalda.

¿Cómo diablos podía decir que no?

—¿Qué quieres decir con que no vas a venir? —gritó Creed por teléfono—. ¡Esta fiesta será colosal!

Habían transcurrido tres días desde nuestra entrevista con la abogada, y había estado temiendo esta llamada desde que había decidido no acudir a la fiesta de Creed. No quería que la primera vez que volviera a ver a Otter fuera entre un centenar de compañeros borrachos de la universidad. Así se lo expliqué a Creed.

Suspiró.

—Podrías venir pronto y hablar con él. Todavía no sé por qué estás aplazando esto más tiempo.

—Hizo una pausa antes de agregar—: No estarás pensando en echarte atrás, ¿eh?

—¡No! —espeté—. ¿Cómo coño puedes preguntarme eso? ¿No has estado haciéndome caso en los cuatro últimos días?

—Te lo he hecho —replicó—. Lo único que me parece recordar es Otter esto, Otter lo otro. «Quiero tanto a Otter que digo cosas y hago llorar a todos mis amigos.»

—No es culpa mía que seas emocionalmente sensible —le gruño.

—Imbécil —dijo con afecto—. Bueno, ¿entonces cuándo? No vas a esperar todo el tiempo que tarde en resolverse lo de la custodia, ¿verdad?

—Me lo he planteado —admití—. Pero Erica dijo que puede llevar meses, y no puedo esperar tanto. No es justo para él.

—¿Entonces ven ahora y díselo antes de la maldita fiesta!

«Podría —pensé—. Me resultaría muy fácil subir al coche, ir a su casa y dejar zanjada toda esta estupidez, y luego podríamos follarse, reír y llorar, y él podría decirme que me quiere, y entonces bajaríamos, nos emborracharíamos y volveríamos a subir, y le demostraría cuánto lo siento de veras.»

Era una idea muy seductora. Pero nunca habría llegado donde estaba (para lo bueno y para lo malo) si no hubiera sido tan testarudo como he demostrado ser. Quería sincerarme con Creed y explicarle que el verdadero motivo era que me horrorizaba ver a Otter. La perspectiva de afrontarle después de las cosas que había dicho me revolvió el estómago, así que habría sido más fácil decir que ya me preocuparía de ello al día siguiente. Sin embargo, no me lo quitaba de la cabeza en ningún momento, lo cual hacía que ese destierro autoimpuesto fuese mucho más duro. Pero no lograba hacer salir las palabras.

—¿Cuándo, Bear? —insistió Creed.

Al carajo.

—Mañana, entonces —cedí.

Aparté el teléfono de mi oído cuando Creed se puso a gritar loco de contento.

—Y luego todo podrá volver a la normalidad —dijo alegremente.

Solté un bufido.

—¿Volver a la normalidad? No tenías ni idea de lo que ocurría; así pues, ¿cómo podría volver a la normalidad?

—No crees problemas solo porque puedes hacerlo —gruñó Creed—. Es muy poco atractivo. Quizá vaya a decírselo a Otter ahora mismo para que sepa qué puede esperar mañana.

Me sentí invadido por el pánico.

—No te atreverías.

Se rio maliciosamente.

—Ya lo creo que sí.

—¡Te he dicho que lo haré mañana!

Se echó a reír.

—¿Debería hacer planes, entonces? ¿Para qué os podáis... reconciliar?

Pronunció esta última palabra en voz baja, ronca y entrecortada. Puse los ojos en blanco.

—Bueno, diría que sí, que no deberías estar allí, pero la experiencia del pasado me indica que Anna, la señora Paquinn, el Chico y tú estaréis presentes para prestarme vuestro apoyo, así que no importa mucho lo que diga.

—Dios, tienes una familia genial —declaró con suficiencia.

—Sí, sí. Ya lo sé.

—¿Seguro que no puedo convencerte?

Suspiré.

—Esta noche, no. Me la tomaré con calma con el Chico e iré mañana por la mañana. Te llamaré antes de salir.

—Vale. Y esto...

—¿Qué?

Vaciló. Y luego:

—Cuando hayas terminado de hablar o de hacer lo que sea con Otter, necesito hablar contigo de una cosa.

Dejé escapar un gemido.

—No irás a decirme que tú también tienes novio, ¿verdad?

Se rio, pero advertí que parecía incómodo.

—No, santo Dios. Que los dos tíos principales de mi vida se hayan pasado al lado oscuro no significa que tenga que hacerlo yo. Déjame en paz con tu programa de conversión gay.

—¿Nosotros somos tus tíos principales? ¿Cuántos años tienes, quince?

—Cállate, papá Bear.

Sentí curiosidad.

—¿Todo marcha bien? ¿No ha ocurrido nada?

—No, todo va bien —se apresuró a responder.

—Entonces ¿por qué no me lo dices ahora?

—¿Vas a venir a hablar con Otter ahora?

—Ah, no. No estoy tan desesperado por saberlo, si no hay ninguna vida en peligro.

—No la hay.

—Entonces mañana, ¿vale?

—Mañana —accedió—. Y, Bear...

—¿Sí?

—Sabes que todo saldrá bien, ¿verdad?

Lo pensé un momento.

—Creo que sí —contesté despacio—. Puede llevar algún tiempo, pero parece que así será, ¿no?

—El que haga falta, tío. ¿Lo sabes?

—Sí. Creed, creo que no te he dado las gracias por convencer a tus padres de que paguen el...

—No tienes que hacerlo —me interrumpió con hosquedad. Deseé poder ver su cara—. Tú pide, y sabes que haré todo lo que pueda por ti.

—Lo sé —dije en voz baja.

—Hasta luego, papá Bear.

La siguiente vez que hablé con él, Creed era presa del pánico.

Al Chico no le gustó que me quedara en casa, pero aceptó a regañadientes mis razones para hacerlo. Olvidó su frustración cuando le dije que iría a ver a Otter a la mañana siguiente para intentar recuperarlo. Saltó a mi regazo y me balbuceó alegremente al oído.

Decidí hacerle lo que quisiera para cenar, y se puso al ordenador y encontró una cosa vegetariana de aspecto asqueroso que parecía que la hubieran rascado de la parte inferior de un tronco húmedo. Le dije que no tenía ninguno de los ingredientes necesarios para hacer eso. Me respondió que era por eso que Dios había inventado los supermercados. Le dije que Dios no había inventado los supermercados. Él repuso que no disponía de ninguna prueba de eso, y si no me sentiría estúpido si cuando muriera fuera al cielo y viera el Food Mart de Dios. Le comenté que ese era un nombre tonto para un supermercado. Me desafió a que encontrara otro mejor. Le dije que el supermercado de Dios se llamaba Almacén de Ultramarinos Celestiales de Dios y que tenían en oferta especial obleas de masa fermentada del Cuerpo de Cristo. Entonces me acusó de sacrílego. Le repliqué que no éramos nada religiosos.

Acabábamos de salir del piso para dirigirnos a la tienda cuando la señora Paquinn asomó la cabeza al rellano.

—Yo vigilaré al Chico mañana cuando vayas a casa de Otter. ¿Pongamos a eso de las nueve?

Me quedé mirándola.

—¿Cómo...? Maldita sea, ¿ya le ha llamado Creed?

—No crees problemas, Bear. Es poco atractivo.

Entrecerré los ojos.

—Ha hablado con Creed.

Sonrió.

—¿Mañana? ¿Hacia las nueve?

Puse los ojos en blanco.

—Sí, a esa hora estaría bien. ¿Quiere venir a cenar?

—No, gracias. Tengo que acostarme pronto para asegurarme de levantarme y estar lista para cuidar de Tyson. A las nueve.

—Lo he captado, señora Paquinn. Lo he captado.

Llegamos a mi trabajo, y dejé que el Chico se ocupara de la lista mientras yo iba al despacho a consultar el horario para la próxima semana. El día siguiente libraba y no tendría que ir hasta el otro por la tarde. Era buena cosa. Me concedería el tiempo suficiente para arrastrarme de rodillas pidiendo perdón a Otter, lo cual con un poco de suerte me obligaría a hincarme de rodillas por otros motivos, o me concedería el tiempo suficiente para localizar el puente más próximo desde el que tirarme cuando me rechazara.

«Tiene que funcionar», pensé.

—Mañana por la mañana habré terminado hacia las nueve menos cuarto —dijo Anna, sobresaltándose.

No la había oído acercarse. Vi cómo pasaba su tarjeta de registro horario por el reloj para salir.

—¿Mañana? —pregunté, confuso.

—Bueno, la señora Paquinn me ha dicho que vigilará al Chico, y Creed dice que irás por la mañana, así que he pensado que podría acercarte y recoger a Creed.

Santo Dios.

—Acabo de mantener esas conversaciones. ¿Cómo diablos lo has averiguado ya? —gemí.

Sonrió y se encogió de hombros.

—Creed me ha llamado, y después ha llamado a la señora Paquinn. No es tan difícil de entender, Bear.

—Bueno, me alegro mucho de que todos os intereséis tan activamente por esto —me quejé.

Anna se sacudió el pelo.

—Bueno, nos afecta a todos, ¿sabes? —señaló.

No lo sabía.

—¿Tú cómo crees? —pregunté, con evidente sarcasmo en mi voz.

Le chispearon los ojos.

—No crees problemas, Bear. Es muy...

—Poco atractivo. Lo sé, lo sé.

Esbozó una sonrisa.

—Procura estar listo para cuando llegue, sin excusas ni retrasos. ¿Entendido? —Torció el gesto—. Quizá deberías cortarte el pelo antes de ir, para que Otter no piense que accede a querer a un sin techo.

Contuve todo lo que me apetecía decir. Era una batalla casi perdida, así que me limité a asentir con la cabeza.

—Bien, ahora tengo que salir corriendo para ayudar a Creed a prepararlo todo. ¿A qué hora

mañana, Bear?

—Las nueve menos cuarto.

Sonrió y se marchó.

Qué gente tan entrometida.

El Chico disfrutó de la cena, afirmando que había salido genial. Dije que sabía a serrín, de modo que puse ketchup y trozos de beicon en mi plato. Ty me dijo que creía que los gais tenían que ser elegantes, pero entonces me miró de arriba abajo y añadió que hasta los estereotipos buenos pueden ser un perjuicio para la sociedad porque resultaba evidente que yo no era elegante. Amenacé con poner trozos de beicon en todo aquello que cocinara a partir de entonces. El Chico repuso que quería volver con su mamá. Le dije que no tenía gracia. Él sonrió y sentenció:

—Algún día la tendrá.

Debería haberme dado cuenta de que pasaría algo. Siempre parece haber una última cosa que ocurre antes de que el protagonista de una historia llegue a su final feliz. Yo creía que esa última cosa ya había acaecido, con mi mal informada decisión de poner fin a todo y el hecho de que había aprendido Una Lección Muy Valiosa. Así es como funcionan las historias, ¿no? Nuestro protagonista comete un gran error y, al hacerlo, aprende algo importante que cambia su percepción del mundo. Y con esa Lección Muy Valiosa aprendida puede volver atrás y deshacer todos sus entuertos, y entonces él y el hombre de sus sueños podrán follar como monos al ponerse el sol. Así es como estas cosas funcionan siempre. Por más asustado que estuviera, fuera como fuese cómo creía que iría la conversación, no tenía ninguna duda de que Otter intentaría por lo menos escucharme. Él es mucho mejor que yo en este aspecto. Sabía que aunque el desenlace no fuera el que esperaba, aunque no obtuviera mi final feliz, no sería porque él no me escuchara.

La noche transcurrió con normalidad. Cenamos. Vimos la tele. Charlamos, reímos, discutimos afectuosamente. Como siempre, al Chico empezaron a cerrársele los ojos, dio cabezadas y, aunque dijo que no estaba cansado, le levanté en brazos. Nos cepillamos los dientes. Le puse el pijama. Se metió en la cama, con las sábanas hasta la barbilla. Hablamos un poco más, de cosas que creo quedarán solo entre nosotros, entre hermanos. Jugueteeó con mis dedos mientras hablaba, mirándome fijamente. Por fin se le cerraron los ojos y un suave ronquido se escapó de su boca entreabierta. Me incliné, le besé la frente y cerré la puerta.

Hice la colada. Limpié la cocina. Limpié el baño. Vi un rato más la tele. Traté de no pensar demasiado en lo que sucedería al día siguiente, percatándome de que podía prever hasta la última palabra que diría, pero mi boca se abriría y hablaría por su cuenta, así que no serviría de nada. Mientras pudiera decirle que le quería, que siempre le iba a querer, creo que habría estado conforme con todo lo demás.

No me di cuenta de que me había quedado dormido hasta que el timbre del teléfono me despertó bruscamente. Miré el reloj: las once y cuarenta y dos. Solo había estado inconsciente treinta minutos. El teléfono volvió a sonar.

Creed.

Puse los ojos en blanco y conecté la llamada.

—¿Ya estamos llamando borrachos? ¿No es un poco pronto para eso? Esperaba que lo hicieras a partir de la una.

—¿Bear? —La voz de Creed sonó forzada. Pude oír a alguien murmurando de fondo. Detrás, un estruendoso martilleo de música—. Bear, ¿me oyes?

—¿Cuánto has bebido? —pregunté, riendo.

—¡Calla y escucha! —gritó.

Me enderecé al percibir el pánico en su voz.

—¿Qué pasa, Creed? ¿Todo va bien?

—No, no va bien. Se marcha.

—¿Qué? ¿Quién?

—¡Otter! ¡Está haciendo las maletas y se larga!

—¿Qué? —susurré—. ¿Adónde?

—¿Adónde coño crees? De vuelta a California. ¡Bear, tienes que arreglarlo ahora! ¡No puedes dejar que se marche!

—Pero...

—¡Nada de peros! —gritó Creed—. ¡Hazlo!

—¿Creed?

—¿Sí, Bear?

—Es fuerte. Lo arreglaré.

Respiró hondo.

—Lo sé. ¿Vienes ahora?

—Dejo al Chico con la señora Paquinn y salgo enseguida. No dejes que se vaya.

—Date prisa —dijo Creed, y colgó.

Ya os he dicho que conduje como un loco por las calles de Seafare. Ya os he dicho que salté la acera y dejé el coche en marcha. Ya os he dicho que subí corriendo la escalera e irrumpí en la habitación de Otter. Sabéis qué me esperaba dentro. Lo que no sabéis es que cuando me salté una señal de stop (indudablemente haciendo que la señora Paquinn se sintiera orgullosa), noté que los temblores comenzaban de nuevo desde mis entrañas, el inicio de un terremoto que me hizo castañetear los dientes. Sin embargo, sabía que de alguna manera ese era distinto. Cualesquiera que fueran los últimos vestigios a los que parecía agarrarme empezaron a moverse y agrietarse con el balanceo de la línea de falla. El ruido blanco, el chapoteo de las olas, la oscuridad del océano, todo estaba siendo tragado por el abismo que se abría en mi interior. Sabía que ese era el último momento, en el que podía avanzar o retroceder. Pisé el acelerador más a fondo, sabiendo qué me esperaba y que nunca jamás retrocedería. Sabía que sin él, yo no existiría. Ingenuo, lo sé. Equivocado, sin duda. Pero no importaba. Había aprendido mi Lección Muy Valiosa. Yo era el Protagonista de aquella jodida historia. Empezaba a llegar a mi maldito final feliz.

Oh, Dios, habría tenido que darme cuenta.

«NO HAY APARCAMIENTO. Mierda. ¿Cuánta gente conoce Creed? ¿Dónde? Súbete a la acera. El teléfono hace ruido. Un mensaje de voz. Ya lo miraré más tarde. El Chico está bien, acabo de dejarle. Tengo que llegar hasta Otter. Mete el coche en el parking. ¡He olvidado las llaves! La puerta principal. La música está alta. ¡Quitaos de en medio! Perdona, perdona, perdona, lo siento, lo siento. ¡MUÉVETE! ¿Dónde diablos están Creed y Anna? Escalera. Pasillo. Puerta. HABITACIÓN DE OTTER. ¿Llamo primero? No, entro y ya está. Quizá sea... demasiado tarde. La puerta se abre. Otter, junto a su escritorio. ¿En qué está pensando? Tiene los ojos como platos. Verde y dorado. Dios, es tan hermoso. Dios, cómo le he echado de menos. Dios, cómo quiero... ¿quién coño es este tío? ¿Por qué me sonrío? ¿Por qué se me acerca? ¿Por qué le estrecho la mano?»

—Tú debes de ser Bear. Yo soy Jonah, el novio de Oliver.

BIENVENIDO al presente. Seguramente desearás no haber venido.

Doy la mano a Jonah, y oigo que Otter susurra algo, pero no puedo distinguir qué por la crepitación de la sangre en mis oídos. Quiero levantar los ojos para mirar a Otter, para recibir alguna maldita explicación a esto, pero no puedo dejar de estrechar la jodida mano de Jonah. Aprieta con fuerza, pero yo más. Quiero romperle los dedos. Quiero arrancarle el brazo. Quiero golpear a Otter en la cabeza con él. Es evidente que no me necesita. Se vuelve a California con él. Suelto la mano de Jonah, me vuelvo y salgo de la habitación, oyendo a Otter gritar detrás de mí. Pretendo girar a la derecha, pero en lugar de eso giro a la izquierda, deseoso de encontrar a Creed y romperle la cara también, por haber dejado entrar a Jonah en la casa. Por haberme jodido. Le odio. Les odio a todos. Oigo a alguien corriendo detrás de mí. Justo cuando llego delante de la puerta de Creed y me dispongo a abrirla, oigo gritar a Otter: «¡No, espera!» No espero y la puerta se abre de golpe. La habitación está iluminada, la música está alta, pero mi vista es nítida, fría, concisa. La puerta se abre, pero Creed y Anna no son lo bastante rápidos, la voz de Otter no es lo bastante fuerte, y veo sus labios pegados. Los brazos de Creed rodeando la cintura de Anna, sus tetas apretadas contra el pecho de él, y de repente los últimos meses cobran todo su sentido. Dónde había estado desapareciendo Creed, adónde había estado yendo detrás de mí. Se separan de un brinco, pero es demasiado tarde. Ya he visto suficiente. Mi corazón grita, mi cabeza grita, mi cuerpo grita, aunque callo. Quiero moverme, pero no sé en qué dirección. Se me nublan los ojos, se me desencaja la mandíbula. Pero no puedo moverme. Tengo los pies como clavados en el suelo. Quiero irme, quiero irme desesperadamente y alejarme de todo esto, llegar al océano y ahogarme, porque ¿no era mentira ese último terremoto? ¿No era un espejismo? ¿No podía más que oír las palabras de Creed dentro de mi cabeza? Dijo que necesitaba...

«necesito hablar contigo de una cosa»

... decirme algo. Dijo que...

«todo va bien»

... no era importante. Dijo que podía esperar. Y en ese momento, ¿no da la impresión de que

Creed habla como Otter? ¿No oigo las voces mezclarse y fundirse hasta que Creed y Otter dicen...

«no volveré a hablar con Jonah»

... cosas que suenan como la miel en mis oídos, como ponzoña en mis venas? ¿No oigo a Otter/Creed decir que...

«la lucha por ti es todo lo que he conocido»

... me quiere? ¿Ha desembocado todo en esto? ¿Es esto lo que he estado esperando?

«¡CALLA DE UNA VEZ Y ESCUCHA! —grita la voz—. ¡NO LO HAGAS, BEAR! ¡PIÉNSALO DURANTE UN JODIDO SEGUNDO!» La aparto.

—¿Bear? —dice Anna, con la cara pálida—. Bear, por favor, escúchame un...

—¡Iba a decírtelo! —suplica Creed—. Sucedió por casualidad, y no sabía cómo decir algo...

Pero todo eso desaparece en cuanto noto sus manos sobre mis hombros, sus manazas, esas manos que juré que serían siempre mías.

—¿Estabas enterado de esto? —pregunto, mi voz como un terremoto—. ¿Lo sabías?

No cabe la menor duda de a quién va dirigida esa pregunta, y noto que sus manos se tensan contra mis hombros, aprietan dolorosamente. Se inclina hacia delante, siento su aliento caliente en mi cuello y me estremezco sin querer.

—Lo he descubierto esta misma noche —susurra Otter, apoyando su frente contra mi pelo.

Recostarme sobre él sería fácil. Muy fácil.

Me aparto.

Creed se adelanta, pero sacudo la cabeza a modo de aviso y se detiene. Su rostro transmite el pánico que debemos de experimentar todos. Pero el suyo está teñido de culpabilidad, y esa es mi perdición.

—¿Lo sabías? —pregunto ahora a Creed.

—¿Saberlo? —dice, confuso—. ¿Saber qué?

—Lo de Jonah —aclaro.

Lanza una mirada por encima de mi hombro, y sé que está mirando a Otter. No me vuelvo. No puedo.

—¿El ex de Otter? ¿Qué pasa con él? —pregunta Creed, pero entonces Anna da un paso hacia delante y le susurra con urgencia al oído. Creed empalidece aún más si cabe—. ¿Ese era Jonah? ¿Bear, juro por Dios que no lo sabía! ¿De veras crees que le habría dejado entrar si lo hubiera sabido? Otter nunca...

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Jonah desde el umbral.

—Una reunión familiar —contesto, volviéndome—. Ya me iba.

Me abro paso junto a Otter, que estira un brazo para sujetarme, pero le aparto las manos de un golpetazo. Jonah está apoyado en el marco de la puerta, aparentemente tranquilo. Y aún conserva una sonrisa en la cara. Antes de darme cuenta de lo que hago, echo el puño hacia atrás, suelto el brazo y le estampo los nudillos en la nariz. Chilla mientras la sangre sale despedida de las puntas de mis dedos, y paso por su lado dándole un empujón. Ahora ya no sonrío. Hijo de puta.

La música atruena cuando recorro el pasillo como un huracán, haciendo caso omiso de las miradas que atraigo y del punzante dolor en mi cabeza. Oigo gritar mi nombre. Oigo gente corriendo

tras de mí. Casi me tropiezo al bajar las escaleras, golpeando a parranderos borrachos a diestra y siniestra. La bebida de alguien sale volando. La gente debe de ver la expresión de mi cara, el séquito que corre detrás de mí, porque se aparta, y soy como Moisés guiando a los judíos, y todo el mundo se quita de en medio. Vuelvo a salir al jardín. Mi coche todavía está en marcha, con las luces encendidas. Me subo, pero, por supuesto, el vehículo está encarado hacia la puerta principal y empieza a salir gente en tropel. Otter, Anna y Creed están delante. Veo sangre de Jonah en la camiseta de Otter. Me pregunto si Otter lo habrá abrazado para mancharse el hombro así. ¿Le ha dicho que todo se arreglaría? ¿Es eso lo que ha dicho?

Todos gritan, pero me trae sin cuidado. Doy marcha atrás y bajo de la acera. De alguna manera, no alcanzo a nadie ni nada. Levanto la vista y veo a Otter avanzando hacia mí, así que piso el acelerador y me las piro.

Pero no puedo resistirme: miro por el retrovisor y veo a Otter echando a correr detrás de mí, bajando por la calle oscura.

Acelero.

Minutos después, mi móvil vibra. Una llamada perdida de Creed. Tengo un mensaje nuevo y un mensaje guardado. El de Creed es de antes de que llegara a la fiesta. «Eh, tío, no te mates viniendo hacia aquí. Anna cree que quizá te he asustado demasiado. Además, creo que acaba de llegar uno de sus amigos. No sé quién. Le he dicho dónde estaba la habitación de Otter, pero que se diera prisa porque tú venías de camino y era muy importante que hablaras con él lo antes posible. Si no te veo cuando llegues, ya sabes que andaré cerca. Siempre.»

El segundo mensaje es uno que he guardado durante semanas. Es de Otter, y solo dice: «Te quiero.»

Aparco en algún sitio. No sé dónde. Saco el teléfono y llamo a la señora Paquinn. Aún no han contactado con ella.

—¿Cómo ha ido, querido? —pregunta con entusiasmo.

—Bien —respondo alegremente. Demasiado alegre, pero no se percata—. ¿Está bien el Chico?

—Sí. Todavía duerme. No se ha despertado desde que te has ido.

—No sé si volveré a casa esta noche —anuncio sin alterarme—. ¿Pasa algo si Tyson se queda con usted? Llegaré a casa temprano, con un poco de suerte antes de que se despierte.

Se echa a reír.

—No pasa nada. Si se levanta antes de que hayas llegado, le haré saber dónde estás y le diré que te llame.

—Gracias —digo, con vacilación en la voz.

Ella lo nota.

—Bear, ¿todo está en orden?

—Todo bien.

Oigo un clic en su teléfono.

—Bear, he recibido otra llamada, pero no sé quién puede ser a estas horas. Diviértete esta noche, ¿vale? Ten cuidado y dale recuerdos a Otter.

Asiento con la cabeza, sin atreverme a hablar. Cuelgo el teléfono y dejo que las olas me sumerjan.

Momentos después, levanto la vista. Oigo el océano, y sé que no es solo dentro de mi cabeza. Me apeo del coche y gimo en voz baja cuando, en mi infinita sabiduría bajo la presión de una crisis psicológica, veo que he conducido hasta la playa. Nuestra playa. Aquella en la que le dije a Otter por primera vez que le quería. Es pasada la medianoche, de modo que no hay nadie. Estoy solo. No tengo ningún otro sitio al que ir, así que supongo que da lo mismo.

Me quito los zapatos y camino sobre la arena, notando cómo se separa y se mueve bajo mis pies. La marea está alta, y veo que el lugar donde instalé mi mesita, mi pequeña sorpresa para Otter, está completamente sumergido. La fría agua me lame los pies y me siento en la orilla, sintiendo la sal alrededor de mis tobillos.

Suena el teléfono. «Otter.» Ignorar.

Suena el teléfono. «Creed.» Ignorar.

Suena el teléfono. «Anna.» Ignorar.

«Señora Paquinn. Otter. Otter. Creed. Anna. Otter.» Llama una y otra vez.

Quiero apagarlo, pero no puedo. ¿Y si Tyson me necesita?

Así que me apago a mí mismo.

Me tiendo sobre la arena, y la cresta de las olas susurra a mi espalda. Me siento como si estuviera flotando. La luna es brillante y las estrellas son astillas de hielo que esperan que el mundo deje de girar. Pero ir a la deriva de este modo sienta bien. La voz quiere hablar, decirme que he reaccionado de forma exagerada, que no tenía ningún derecho a comportarme como lo he hecho. La aparto, y se adentra flotando en el mar. Es mejor no tener que pensar ahora mismo.

Mi teléfono emite un pitido. Mensaje. Mensajes.

Lo levanto con calma y me lo llevo al oído.

Otter: «Creed me lo ha contado todo, maldito gilipollas —dice con voz pastosa e indignada—. Oh, Dios, me lo ha contado todo. Me ha dicho por qué. Me ha dicho qué venías a hacer aquí. ¡Yo no sabía que Jonah vendría! Ha aparecido de la nada. Si no coges el maldito teléfono, juro por Dios que te mataré.»

Su voz. Sus palabras. Se adentran también en el mar.

Creed: «¡COGE EL JODIDO TELÉFONO! ¿Cómo te atreves a huir de ese modo? Después de todo lo que nos hemos dicho durante la última semana, ¿cómo mierda te atreves? ¡COGE EL TELÉFONO!»

Anna: «Bear, estamos todos asustados. Creed y Otter están perdiendo el juicio, y creo que yo

también. Siento mucho que hayas tenido que enterarte así. Por favor. Llama a alguno de nosotros y dínos dónde estás.»

Señora Paquinn: «Ay, hijito. Deberías habérmelo dicho. Tienes que llamarme. No quiero que estés solo en estos momentos. No dejes que Tyson se entere así.»

Otter: «Vamos a tu casa. Tienes que estar allí. Seguro.»

Otter: «Por favor, Bear. Por favor, contesta.»

Todo se va al mar, donde se aleja a la deriva.

Tengo la espalda recubierta de granos. Tengo frío. Hay más llamadas. Las ignoro. Hay más mensajes, pero los borro.

El sol asoma sobre la curva del agua cuando el Chico baja a la playa. Al principio creo que forma parte de un sueño, que también él será tragado por el océano, pero entonces se inclina hacia delante, me pasa las manos por el pelo y parece muy real.

—¿Cómo? —pregunto.

Suelta un bufido.

—No ha sido demasiado difícil adivinar dónde estarías. Me extraña que nadie más lo supiera.

Me incorporo y noto arena endurecida contra mi espalda. Me observa con esos ojos sagaces e inteligentes. No miro alrededor porque sé que no ha podido venir solo. Pero no advierto la presencia de nadie más en la playa, así que sé que solo estamos nosotros. Por ahora.

—¿Por qué no has venido a casa? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—No he podido.

Niega con la cabeza y se sube a mi regazo. Todavía lleva puesto el pijama y no quiero que se moje, pero hace caso omiso de mis protestas y se reclina sobre mí.

Permanecemos unos momentos en silencio. Hasta que:

—¿Confías en mí?

Le miro con sorpresa.

—Siempre.

—¿Te acuerdas cuando dije que no era más que un niño, que no podía cuidarte solo?

Asiento con la cabeza.

Se inclina hacia atrás y me pone las manos en la cara.

—¿Confías en mí para que te cuide?

No puedo evitarlo: le estrujo contra mí, sintiendo su calor.

—Sé que la he cagado, Chico.

Se ríe en voz baja.

—Lo has hecho. Pero eres afortunado al tener a alguien como yo que puede decírtelo.

—Me han mentido.

—¿Anna y Creed?

Asiento con la cabeza.

—No te han mentado acerca de nada. No se lo has preguntado nunca. Solo optaron por no decírtelo. No hasta que estuvieran preparados para decírselo a todo el mundo. ¿Te suena?

—Pero...

Vuelve a sacudir la cabeza.

—No hay vuelta de hoja, papá Bear. Han hecho exactamente lo mismo que tú hiciste. Y te acuerdas de cómo terminó, ¿verdad? Todos te apoyaron, a pesar de todo.

Agacho la cabeza.

—Puede que yo no sea el Chico más grande del mundo, ni el más listo, y puede que no haya visto demasiado mundo para aprender todo lo que hay que saber, pero sí sé esto: la gente enamorada comete las mayores estupideces. Tú deberías saberlo mejor que nadie. A fin de cuentas, has tenido la suerte de querer a dos personas que te han querido a ti. Pero te has alejado de Otter. Por dos veces. Sin darle ninguna oportunidad en ninguna de las dos. ¿Es justo eso?

No sirve de nada estar en desacuerdo con él. Así que no lo hago.

—Tienes mucha gente estupenda en tu vida, personas que están dispuestas a hacer cualquier cosa por ti. —Su voz empieza a acalorarse—. Se han desvivido por ti, y lo único que has hecho tú ha sido ahuyentarles. ¿Cuánto tardarás en ahuyentarme a mí?

Cierro los ojos con fuerza.

—Yo jamás...

—¡Eso lo dices ahora! —me grita, escupiendo veneno y sorprendiéndome con su cólera—. ¡Pero yo tampoco habría creído nunca que ahuyentarías a alguien próximo a nosotros! ¿Cómo puedo esperar cuidar de ti si ni siquiera quieres cuidar de ti mismo?

No respondo.

El Chico sentado en mi regazo sigue diciendo:

—Solo recibimos tantas personas en nuestras vidas, tantas personas que nos querrán incondicionalmente. ¿Por qué crees que es así? Yo creo que es debido a ocasiones como esta, ocasiones en que crees que se han ido y solo ves el agujero que te han dejado en el corazón. Y es grande, ¿verdad, Bear? Todos somos un rompecabezas, y cuando uno de nosotros se va, falta esa pieza y estamos incompletos. Tú más que nadie deberías haberte dado cuenta de eso.

»Tienes una oportunidad, una oportunidad de hacer algo para ti, algo que sea solo para ti, pero que puedes compartir con el resto del mundo. ¿Cómo te atreves a tirárnoslo a la cara?

De repente el Chico se levanta frente a mí, y da la impresión de medir tres metros de estatura.

Le brillan los ojos, aprieta los dientes, y pienso en lo mucho que se parece a mí.

—El Bear que conozco no dejaría que esto ocurriera. El Bear que conozco patalearía, gritaría y se abriría camino a toda costa para proteger lo que es suyo. El Bear que conozco lucharía. Y lucharía. Y lucharía hasta que no le quedara nada dentro, porque el Bear que conozco nunca se rendiría.

—He pegado a Jonah un puñetazo en la cara —digo como un bobo.

El Chico suelta una risita.

—Ya lo sé. Me lo ha dicho Otter. Hablaba en sentido figurado, burro. Seguramente no deberías golpear a nadie. ¿Sabes por qué?

Sacudo la cabeza, él se inclina y aprieta los labios contra mi mejilla.

—Porque no eres más que un chiquillo —dice—, y nos necesitas a todos nosotros para que te ayudemos a luchar. Déjanos hacerlo, por lo menos esta vez.

Levanto la mirada hacia él.

—¿Puedo hacerlo? —pregunto, esperanzado.

Él, que es grande, sabio y bondadoso, me dice que puedo.

Miro a su espalda, hacia el océano, el sol y las olas. Ninguna de sus palabras admite discusión. Y sé, como he sabido siempre, que cuando mi ecoterrorista vegetariano en ciernes me pide que haga algo, más vale que lo haga.

Le tiendo las manos y me ayuda a levantarme. Le atraigo a mi lado y me asombra que su cabeza apenas me llegue a la altura del estómago.

—Sin ti estaría perdido —digo sinceramente.

Se echa a reír.

—¿De veras?

Miro hacia el aparcamiento, en lo alto de la duna, y no veo más que mi coche.

—¿Has venido andando? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—Me han traído todos. Todos querían bajar y echar a correr hacia ti, pero les he dicho que se fueran a casa. Que me dejaran solo. Que, a veces, lo que hay que decir solo puede decirse entre hermanos.

—¿Adónde vamos desde aquí? —pregunto, refiriéndome a ahora y para siempre.

El Chico me mira y me deslumbra una vez más.

—Vamos a casa, papá Bear. Nos están esperando.

—¿Todos?

—Todos.

El trayecto es silencioso. El Chico me da la mano, jugueteando con mis dedos. Pienso que todo lo que teníamos que decirnos ya se ha dicho, pero entonces le oigo murmurar algo para sí mientras mira por la ventanilla. Cuando oigo las palabras, sonrío:

¡Otter! ¡Otter! ¡Otter!

¡No lles vacas al matadero!

Tengo que decirte que te quiero

Debería habértelo dicho antes

¡Y tú no deberías probar las carnes!

Ahora todo está dicho.

Subimos las escaleras hacia mi piso, con el Chico llevándome de la mano. Saca la llave de su escondrijo en su ropa interior («Los pijamas no tienen bolsillos, Bear, ¡no te rías!») y la mete en el cerrojo. Los seguros chasquean y la llave gira. La puerta se abre y el Chico me estira hacia dentro.

Al instante, se produce una estampida desde la salita cuando nuestra familia se congrega en el pasillo, encabezados por Otter. Nos ve de pie en el umbral y vacila. Anna, Creed y la señora Paquinn miran por encima de su hombro. Todos nos quedamos plantados un momento, mirándonos unos a otros. Debería ser incómodo, pero no lo es. Me sacio de ellos, de él. Su pecho sube y baja rápidamente mientras respira. Los planos duros de sus pectorales estiran la tela de su camiseta de un modo alarmante. Sus brazos se apretujan tremendamente cuando los cruza sobre el pecho. Tiene la boca rígida, las fosas nasales ensanchadas, la frente arrugada, pero sus ojos son los mismos. Creo que siempre lo serán.

—Lo siento —digo.

No le quito los ojos de encima, sabiendo de alguna manera que si lo hago, desaparecerá, y me percataré de que esto no era más que un sueño. Trato de hablar con voz firme, pero ha sido una noche excesivamente larga como para que eso ocurra. Me tiembla un poco, y algo dentro de Otter se rompe, y echa a correr, sin que la determinación abandone sus ojos en ningún momento, y sé de algún modo que me rodeará con sus brazos y lo que debe decirse no será dicho. Levanto la mano para intentar detenerle y doy un paso atrás. Rezo a Dios para no tener que volver a ver nunca más esa mirada, la que me dirige ahora al detenerse.

—Todavía... no, Otter. Primero tengo que hablaros a todos. Después... ya veremos.

Asiente rígidamente con la cabeza, da media vuelta y empuja a todos hacia la salita. El Chico me estira del brazo y, ¡qué casualidad!, resulta que el único asiento libre se encuentra al lado de Otter. El Chico me mira con expectación y señala con la barbilla el asiento desocupado. Me suelta y va a sentarse en el regazo de Creed.

Avanzo con cuidado, calculando el número de pasos que me separan de Otter. Siete. Tardo tres segundos en volverme y sentarme. Hago chasquear los dedos cuatro veces. Cuento mentalmente hasta diez. Me lleva doce segundos pensar en lo que voy a decir, cinco más percatarme de nuevo de que no tendré ningún control sobre ello, diecisiete segundos discutir conmigo mismo, diez acallar las voces dentro de mi cabeza, y para entonces ya ha transcurrido un minuto entero en absoluto silencio. Si alguien presenciara esta escena sin saber qué ocurría, seguramente creería que éramos mimos que no hacíamos mímica. Tan solo tristes mimos...

Finalmente la señora Paquinn hace de señora Paquinn e interrumpe mi inteligente monólogo interior diciendo:

—Bear, creo que tener arena en la raja del culo debe de ser muy incómodo. Quizá deberías ir a cambiarte de ropa. No querrás contraer ladillas de arena. ¿De qué sirve contraer ladillas de arena cuando no te divertirías nada haciéndolo?

—¿Ladillas de arena? —farfallo.

—Ladillas de arena —repite—. Puedo imaginarme que el resto del día no te iría bien si tuvieras

que acudir al médico y explicarle cómo has contraído una enfermedad de transmisión sexual sin haber mantenido relaciones sexuales.

—¿Se considera una ETS si son ladillas de arena? —reflexiona Creed en voz alta.

—Oh, sí —contesta la señora Paquinn—. Yo creería que eso es real, pero no puedo decirlo con seguridad porque mentiría. Pero se me antoja que desde luego parece algo real, ¿no?

—Se pueden contraer ladillas en un asiento de retrete —añade el Chico—. La tele emitió hizo un reportaje grabado con infrarrojos en habitaciones de hotel, y mostraba ladillas en el baño y eyaculaciones en el techo.

¿Está sucediendo esto de verdad?

—Dios mío —suspira la señora Paquinn—. ¿Cómo llegaron hasta allí?

—¿Las ladillas? —interviene Anna—. Bueno, estoy segura de que pueden saltar...

—No, querida —la interrumpe la señora Paquinn—. Las eyaculaciones en el techo. No parece humanamente posible. No he conocido ningún hombre que pueda hacer eso. No es que haya tenido mucha experiencia en el tema. Mi Joseph, que Dios lo tenga en su santa gloria, no era capaz de semejante proeza sobrehumana.

—No lo sé —dice el Chico, encogiéndose de hombros y con la frente arrugada por la concentración—. No dijeron cómo llegaron hasta allí. Además, ¿qué es eyaculación? No lo explicaron, pero quiero saber por qué brillaba a la luz infrarroja.

La señora Paquinn cambia un poco de posición para dirigirse al Chico.

—Bueno, Tyson, cuando un hombre y una mujer —o un hombre y un hombre, o una mujer y una mujer, aunque no creo que funcione de la misma manera— se quieren mucho y deciden tener relaciones, la eyaculación es lo que sale y hace bebés. Bueno, hace bebés si se trata de un hombre y una mujer. Si son dos hombres, yo diría que lo único que hace es una porquería.

Nos mira a Otter y a mí esperando una aclaración. No damos ninguna.

—Ah... —dice el Chico—. ¿Así los azotes y el *fisting* hacen también bebés? ¿Si se trata de un hombre y una mujer, quiero decir?

Siento que me atraganto.

La señora Paquinn se pone seria.

—No sé nada acerca de eso. A mi Joseph, que Dios lo tenga en su santa gloria, jamás le gustaron esa clase de cosas. Era muy «vainilla», como creo que lo llaman hoy en día.

—¿Vainilla? —pregunta el Chico—. Una vez probé el helado de soja de vainilla, y era asqueroso. Aun tratándose de helado de soja.

Creed se echa a reír.

—Creo que no es solo la vainilla, Chico. Todos los helados de soja son asquerosos.

El Chico le lanza una mirada malévol.

—Tú dices eso, pero apuesto que es tu culpabilidad inducida por la ternera la que habla.

—La ternera es vaca, Chico —aduce Creed—. ¿De qué sirven las vacas si no puedes comértelas?

—¡Las terneras son crías de vaca! ¿Por qué deberías comer crías de vaca?

—¿Las terneras son crías de vaca? —pregunta Creed, con un aire inocente y horrorizado—.

¿Cómo es posible que no lo supiera?

Anna le da unos golpecitos en el brazo. Les observo con atención mientras dice:

—Creo que hay muchas cosas que no sabes.

—No pasa nada, Anna —tercia el Chico, soltando un sufrido suspiro—. Tengo cierta literatura que Creed puede llevarse para leer. Te cambia la vida.

La señora Paquinn se sorbe la nariz.

—Yo tampoco como ternera porque cada vez que me imagino sus caritas... me siento culpable. Pero me como un bistec de tarde en tarde, ya que nadie considera que las vacas adultas sean monas.

—¿De verdad que las terneras son crías de vaca? —susurra Creed.

—Joder, ¿os habéis vuelto todos locos? —grito.

La señora Paquinn aplaude.

—Oh, bien, finalmente Bear se ha decidido a hablar.

—Ya era la jodida hora —murmura el Chico.

—Cuidadito con lo que dices —le advierte Anna, golpeándole con suavidad el dorso de la mano. Luego le da una colleja a Creed—. Y él saca esas palabrotas de ti, así que cuida tu lenguaje también.

—¡Bear acaba de decir joder! —se queja Creed, frotándose lo que sé que es una herida abierta en su cabeza.

—Bueno, Bear se sentía excluido de la conversación, y ha pasado una mala noche —justifica la señora Paquinn—. Creo que «joder» era el camino más directo hacia lo que quería decir. —De repente se lleva la mano a la boca y suelta una risita al mismo tiempo que se sonroja—. ¿Joder era el camino más directo? Oh, ¿qué os parece?, me están saliendo frases graciosas.

Creed y Ty se echan a reír. Anna vuelve a darles un cachete. Todos se callan y me miran. Abro la boca para hablar.

Otter me besa.

Oigo exclamaciones de asombro entre nuestro público cuando me sujeta la cara con las manos. Se me salen los ojos de las órbitas y le miro fijamente. Me pasa los pulgares por las cejas y la frente, alisando todas las arrugas e hinchazones. Sus labios están calientes cuando se mueven sobre los míos, sus dedos dejan fuego a su paso. Y aun así me mira. El verde y dorado están tan cerca que puedo distinguirme en su reflejo. Parezco a punto de estallar. Entonces mi cuerpo se derrite, suspiro suavemente en su boca, y él me besa el costado de la mandíbula hasta la mejilla, la frente, el pelo, los ojos. Me dejo caer sobre él, me estrecha con fuerza entre sus grandes brazos y lo suelto todo. Me mece adelante y atrás, y le oigo susurrar: «Nunca más, ¿me oyes? Nunca más. Si pasa algo, dímelo. Necesito que me lo digas. Te necesito.» Asiento a ciegas contra su pecho, y él me acaricia el pelo. Me deja estar allí un momento antes de echarme la cara hacia atrás y secarme las lágrimas con sus besos.

—Quiero que se vayan —murmuro.

Asiente con la cabeza y exhibe la sonrisa torcida en toda su intensidad.

—Pronto. Antes Creed y Anna tienen que hablar contigo. Después, iremos adonde quieras. Solos tú y yo.

Vuelve a besarme con delicadeza y me acomoda en el sofá, cobijándome en actitud protectora en

el pliegue de su codo. Le aprieto la mano con fuerza, sin querer soltarla. Pienso que me lo consiente, pero una parte de mí cree que él tampoco quiere soltarse, a juzgar por el modo en que me aferra. Huele tan jodidamente bien. Me restriego la cara en su pecho, tratando de secar la humedad. Su corazón late deprisa, y pongo mi mano libre sobre él. Otter gruñe en voz baja, me toma la mano y la estrecha con más fuerza. Creo saber qué intenta decir. Me siento algo mejor sabiendo que por lo menos tendremos ocasión de hablar antes de... lo que ocurra.

Miro a los demás, sentados frente a nosotros, y me sorprende ver las sonrisas en sus rostros, la de Anna incluida. La sonrisa de Creed es un tanto forzada, pues estoy seguro de que ver cómo se lo montan su hermano y su mejor amigo no está necesariamente a la cabeza de su lista de tareas, pero cuando menos lo intenta. Observo sus manos, entrelazadas. El pulgar de Creed acaricia el de Anna.

—Y vosotros dos, ¿qué? —inquiero, preguntándome si aún estoy enfadado—. ¿Esto es nuevo?

Se miran uno a otro y se sonrojan ligeramente.

Anna habla por los dos.

Hubo un tiempo en que Anna rompió con su estúpido novio gay. Ella no sabía con certeza que él era gay, pero siempre asomaba algo a su cara cada vez que pronunciaba la palabra mágica: Otter. Anna trató de hacer caso omiso de los indicios, de la sensación en la boca de su estómago que la roía por dentro. Aquello no podía ser cierto, ¿verdad? Claro que su estúpido novio gay estaba siempre a su lado, sabía siempre... actuar cuando se le pedía, así pues, ¿por qué aquellos pensamientos no desaparecían nunca?

Un día, la palabra mágica tomó una decisión tonta y se marchó al mítico y lejano territorio de California. Anna nunca acabó de entender el motivo, por lo menos entonces, pero los susurros dentro de su cabeza vieron cómo su novio se replegó en su interior, cómo se volvió frío y distante. Ella trató de encontrarle sentido, pero nunca dio con la respuesta correcta. Sabía que algo había ocurrido, algo malo de lo que no estaba enterada, y nunca dejó de preguntarse qué podía ser. Siguió adelante con su vida, intentando superar el pasado.

Resultaba cansado, pero sabía que no había más remedio. Nadie podía pasar por lo que su novio pasó sin descomponerse. Pero, aunque trató de recomponerle, las piezas no encajaban, e hiciera lo que hiciese no podía curarle. Anna empezó a dudar de sí misma, pero también empezó a mirar con más detenimiento.

Lo hizo durante tres largos años.

Hasta que un día, no hace mucho, la palabra mágica regresó. Anna no sabía por qué. Vio cómo su novio se enfadaba al principio, más de como le había visto en mucho tiempo. Después le vio despertar lentamente, como de un sueño profundo. Algo en él se reavivó, y Anna supo que no era nada que hubiera hecho ella. Las voces que le hablaban, que le susurraban cosas siniestras, decían que no podría ser nunca lo que era Otter. Anna tomó algunas decisiones erróneas (pero ¿acaso no eran las únicas que podía tomar?) y hubo palabras ásperas. Al mismo tiempo que se le rompía el corazón, rompió el de su novio. No creía que aquello fuera posible. Le hizo dudar de sus actos, le hizo creer que había tomado la decisión equivocada. Hasta que, aquella fatídica noche, llamó a Otter.

No le acusó, no reveló sus temores. A cambio, Otter le contó una historia sobre sus aventuras en California. Le dijo que había vuelto para encontrarse a sí mismo, que no era feliz donde estaba. Y si bien ella se creyó sus palabras, intuía que en aquella historia faltaba algo, que estaba rota en algún punto. Tan rota que sonaba falsa en sus oídos. Empujó a Otter hacia su ex novio y rezó para lo que intuía que era cierto fuera mentira.

Pero, en el fondo, sabía que no lo era.

Les concedió espacio, les concedió tiempo. No quiso presionar más porque, si se equivocaba, todo sería peor debido a ello. No obstante, la siguiente vez que le vio, parecía distinto. Se mostró cauteloso con ella, le costaba trabajo dar con las palabras justas. Pero estaba allí, había algo detrás de sus ojos, que bailoteaban como no se lo había visto hacer nunca. Quiso chillar, gritar, pegar y patear, pero no pudo. Esperó. Y esperó. Y esperó.

Y, mientras esperaba, sucedió algo curioso. Se apoyó en alguien en quien nunca se había apoyado antes. La palabra mágica tenía un hermano, ¿sabéis?, y aunque había andado cerca de ella durante casi toda su vida, nunca le había considerado como algo más que un amigo. Aun cuando tenía el corazón roto, sintió que algo despertaba en su interior. Se planteó si aquello que sentía era producto de la ira. De los celos (aunque todavía lo ignoraba). No trataba de volver con su estúpido ex novio cuando sucedió por primera vez. Ni siquiera sabe cómo ocurrió. Estaban hablando de nada en particular, y alguien se inclinó, el otro se inclinó más cerca hasta que sus labios se encontraron, y fue violento, y le resultó extraño, y aquellos labios le parecieron ajenos, pero no se detuvo.

Naturalmente, tanto Anna como Creed se sintieron culpables. ¿Cómo podía ser de otro modo? Ambos tenían la sensación de estar traicionando lo único que les vinculaba. Pero, aunque juraron que no volvería a pasar nunca, sucedió. Ocurrió una y otra vez. Y entonces ella ya no quiso parar. Era feliz, o por lo menos tan feliz como podía sentirse. Creía merecerlo. Entendía que se lo debían. Decidió que no había hecho nada malo, aunque se considerara una mentirosa.

Aquello continuó, como parecen hacer esa clase de cosas. Hubo días buenos y días malos. Anna se sentía fuerte, débil, compasiva y rencorosa a la vez. Y, al cabo de un tiempo, sintió que se estaba enamorando del hermano, del mejor amigo, de la constante que había sido un ruido de fondo durante la mayor parte de su vida.

Pero, aun así, no dejó de preguntarse.

Entonces llegó el día en que el hermano entró corriendo en su habitación, con los ojos neuróticos y el cuerpo tembloroso. Esa noche ella le abrazó largo rato. Él no quería decir qué ocurría, ni siquiera le dio una pista, de manera que se limitó a abrazarle. Se quedaron dormidos... y les despertó una furiosa llamada a la puerta. Anna dejó al hermano donde estaba, abrió la puerta y vio al Chico plantado frente a ella. Estaba aterrado y enfadado, y de alguna manera la verdad, aquella verdad que había sospechado durante tiempo, se dio a entender. El Chico no tuvo necesidad de aportar detalles concretos, sino tan solo decir que su hermano se había extraviado demasiado dentro de sí mismo. Por culpa de su madre. Su madre había vuelto y se lo había llevado todo. Anna pensó en la noche anterior, en el otro hermano acostado en su cama. Y fue entonces cuando lo supo. Y mientras estrechaba al tembloroso Chico, su ira volvió a brotar, espontánea pero presente. Llamó a su ex, ocultándose detrás de un velo.

Y cuando él llegó, cuando estrechó al Chico entre sus brazos, cuando les miró con determinación en los ojos, Anna lo supo. Y entonces Bear dijo...

Anna se mira las manos.

—Dijiste que estabas enamorado de él, que tenías que arreglarlo. Había tanta desesperación en tu voz, y sabía que no habías sentido nunca eso por mí. —Sacude la cabeza, interrumpiendo mis protestas—. Sé que me querías. Pero esto..., esto era distinto y no te atrevas a decir lo contrario. —Se frota los ojos, tratando de aclararse la vista—. Te lo eché en cara. Porque, por una vez, detesté tener razón. Pero eso no me detuvo, porque hacía que todo lo que tuvimos pareciera falso. Como si yo hubiera sido una sustituta durante todos esos años mientras tú te encontrabas a ti mismo.

Creed le frota la rodilla y vuelve a mirarnos.

—Yo no pretendía que sucediera todo esto, papá Bear. Tienes que entenderlo. Nunca quise actuar a tus espaldas, ni hacerte daño. Hay cosas que ocurren sin más. Tú ya deberías saberlo mejor que nadie. Estabas haciendo lo mismo.

—Supongo que es una forma de verlo —digo despacio, sin querer reconocerlo todavía.

Creed vuelve la cabeza hacia mí, repentinamente furioso.

—¿Una forma de verlo? —gruñe—. Estabas follándote a mi hermano sin tomarte la molestia de decirle a nadie que habías cambiado de bando, ¿y eso es lo único que se te ocurre decir? Hijo de puta insensible, ¿cómo diablos te atreves a juzgarnos?

—¡Acabábamos de romper! —me defiendo—. Dices que nunca quisiste actuar a mis espaldas, ¡pero eso es precisamente lo que hiciste! ¿Has estado esperando todos estos años a que rompiéramos para poder dar el paso?

—¿Y tú? —me replica con voz gélida—. ¿Tiene razón ella? ¿Fue solo alguien a quien utilizaste hasta que tuviste un par y aceptaste por fin quién eras realmente? Olvidas que, sea cual sea el parentesco que compartas con los que están aquí, sea quien sea que te hayas follado o te estés follando, yo soy el más parecido a ti. Conozco la culpabilidad que debes de haber sentido cada vez que mirabas a Otter a la cara, porque conozco la culpabilidad que yo sentía cada vez que miraba a Anna. Puedes quedarte ahí soltando chorradas, pero no creas ni por un segundo que no sé exactamente lo que hiciste. No tuvo que decírmelo Otter. No tuvo que decírmelo Anna. Y desde luego que el Chico no soltó prenda. Pero no necesité oírlo de ellos porque en el instante en que lo averigüé, en ese mismo instante, supe exactamente cómo era para ti.

—Pero eso no te detuvo, ¿verdad? —espeto.

—Tampoco te detuvo a ti. Para empezar, ¿sabe Anna por qué se marchó Otter? ¿Lo sabe el Chico? ¿La señora Paquinn? ¿No? ¿Nadie?

Me sonrío.

Palidezco cuando Otter gruñe:

—Basta, Creed. Ya has dicho lo que tenías que decir.

Pero no ha terminado. Se vuelve hacia Anna y añade:

—¿La noche que Otter se fue? Bear se emborrachó, besó a Otter y luego se acojonó. Otter creyó

que de alguna manera estaba influenciando a Bear, se asustó a su vez y abandonó la ciudad. Ese es el verdadero motivo de que se fuera. Todo lo demás era mentira.

Al mismo tiempo que dice eso, la cólera de su voz se desvanece y la sangre se retira de su rostro cuando parece percatarse exactamente de lo que acaba de hacer. Pronuncia el final en un susurro.

Anna me mira, con el dolor transparente como el cristal. Espero que llegue lo inevitable, sabiendo que, diga lo que yo diga a cambio, las palabras de Creed suenan a cierto, y le odio por eso. Le odio por ser mucho más fuerte de como yo podría serlo nunca. Espero, hasta que de pronto Anna levanta la mano y abofetea a Creed, con un sonido tan nítido que resulta escalofriante. Él echa la cabeza hacia atrás y todos nos quedamos mirando, atónitos.

—Eso ya lo sabía, gilipollas —dice Anna sin alterar la voz—. Lo descubrí por mí misma. Puede que tengas razón sobre Bear, pero por lo menos él nunca hizo daño a nadie intencionadamente como tú. Discúlpate. Ahora mismo.

Creed la mira con incredulidad.

—Acabas de pegarme —se queja.

Ella le fulmina con la mirada.

—Tienes suerte de que haya sido yo en lugar de Otter. Puede que no te hayas dado cuenta de que estabas abriendo viejas heridas, pero él está a punto de hacerlo mucho peor de como puedo hacerlo yo.

Todos miramos a Otter, y me estremezco al ver que vuelve a tener los ojos negros. No sé por qué no me he fijado en que su brazo se tensaba alrededor de mi hombro, su respiración se agitaba y su mejilla se crispaba. Casi quiero permitirselo, pero no puedo. Le cojo la barbilla y atraigo su cara hacia la mía, y si bien la situación aún no está resuelta entre nosotros (¿cómo podría estarlo, con tantas cosas todavía por decir?), su mirada se ablanda en cuanto contacta con la mía, y veo que lo que sea que le pasa por la cabeza empieza a menguar. Puedo hacer esto por él y tal vez sea esto lo que significa estar enamorado: poder rescatar a alguien del borde.

—¿Estamos bien? —murmuro, de modo que solo lo oiga él.

Asiente con la cabeza.

Vuelvo a mirar a Creed, y aunque veo la vergüenza escrita en su rostro, sigo viendo también en él el peso de sus palabras. Pienso que quizá su aceptación inmediata de Otter y yo no fuera más que una acción para ocultar su propia culpabilidad. Fue demasiado fácil de conquistar, demasiado rápido al acudir a defenderme por lo que tenía que ser un cambio imposible en la manera de funcionar su ordenado mundo. Me permito estar triste un momento, preguntándome si las cosas volverán a ser como antes entre nosotros. Espero que sí, porque tenía razón cuando dijo que éramos iguales. Pase lo que pase, por lo menos sé eso.

—Lo siento —murmura Creed.

—¿Qué ocurrirá ahora? —pregunto, detestando el hilo de voz que sale de mi garganta.

Creed me mira un momento antes de apartar los ojos.

—Seguimos adelante.

—¿Es así como lo quieres?

Asiente.

—De momento. Quizá... No lo sé. Quizás un día, Bear.

Me levanto y noto las manos de Otter bajándose por la espalda. Me acerco a Creed y me agacho ante él. Sigue sin mirarme, pero no importa. Me oye.

—Lo que haga falta, tío. Estaré aquí esperándote. Lo que haga falta.

Suelta un profundo suspiro, y veo que su cuerpo se estremece. Me incorporo y, cuando me he dado la vuelta para volver con Otter, estira los brazos y me coge por la cintura. Aguardo.

—¿Crees..., crees que podrás dejar de estar furioso? —pregunta en voz baja—. ¿Qué todo esto puede terminar? No pretendía hacerte daño.

—Lo sé.

Se levanta de un salto, me rodea con los brazos y yo le correspondo. Ha ido deprisa. Esperaba que transcurrieran por lo menos seis horas más hasta que volviéramos a lloriquear abrazados uno al otro. Su voz suena ronca en mi oído:

—¿Sabes?, antes no éramos tan jodidamente emotivos. La culpa es tuya.

Me río en voz baja.

—¿Quién tuvo la idea de hacernos hermanos de sangre?

Se aparta, con una expresión de asombro en el rostro.

—Tú también pensabas en eso, ¿no? En el día en que nos dijiste lo de ti y Otter.

Asiento con la cabeza.

—Es fuerte, Creed. Tú y yo nos remontamos muy lejos. Eso es fuerte. Lo que tengo con Otter también lo es. ¿Te conformarás con eso?

—No tengo alternativa, ¿verdad?

Me encojo de hombros.

—Siempre hay una alternativa.

Se ríe entre dientes.

—En nuestro caso, no. Nos remontamos lejos, ¿recuerdas?

Lo recuerdo.

—Eso ha sido muy especial —comenta la señora Paquinn, sorbiéndose la nariz.

—Es una forma de decirlo —gruñe Otter.

—Oh, ¿alguien se siente excluido?

Creed se ríe temblorosamente y se aparta. Reparo en cómo parpadea al decirlo. Espero que algún día se sienta a gusto.

—Por cierto —interviene Anna, mirándonos directamente a mí y a Otter—, creo que nosotros ya hemos dicho lo que teníamos que decir. De momento. Ahora vosotros. ¿No os gustaría estar en algún otro sitio?

Asiento con timidez y miro a mi hermano.

—Chico, ¿te importa que te deje un ratito? —pregunto, requiriendo su autorización, necesitando que vuelva a decirme que todo irá bien.

Nos despide con un gesto con la mano.

—Id y acabad con esto. Espero que cuando regreséis todo haya vuelto a la normalidad.

Otra vez esa palabra. Normalidad.

Otter se levanta y me tiende la mano.

—¿Estás listo, Bear?

Acepto lo que me ofrecen.

15

Bear y Otter

Conduce él, lo que probablemente es más seguro porque no puedo quitarle los ojos de encima. Sonríe levemente, y sé que puede notar mi mirada en su cara. Hace todo lo posible por ignorarme, pero no pasa nada. Solo quiero mirarle. De alguna manera, parece más viejo. Quizá sean las bolsas debajo de los ojos. Quizá sean las arrugas alrededor de la boca. No lo sé. No me importa. A mí me parece tan hermoso como siempre. Quiero estirar el brazo y tocarle, pasar las manos por su pelo rubio y espeso, pero no lo hago. Aún no sé si esto es real.

—¿Qué miras? —pregunta en voz baja.

«A ti, siempre a ti», quiero contestar. Pero, por lo que todos sabemos hasta ahora, mi boca no funciona de ese modo.

—¿Le rompí la nariz a Jonah?

Se echa a reír y sacude la cabeza.

—¿Qué clase de respuesta quieres que te dé?

Pienso un momento.

—La correcta.

Llegamos a un semáforo en rojo, y él detiene el coche antes de volverse hacia mí.

—No le rompiste la nariz. Aunque creí que lo habías hecho por el impulso que le diste a tu puño.

—Sonríe ligeramente—. ¿Te hizo sentir mejor?

Desvío la mirada y me encojo de hombros.

—No debería haber sido tan engreído —gruño.

—¿Estás seguro de que no proyectabas?

Giro el cuello y le fulmino con la mirada.

—Eso no tiene gracia —digo mientras le da la risa tonta.

—Oh, Bear, algún día será muy gracioso. —Me coge la mano amoratada y la besa—. Algún día nos reiremos de cómo le diste un puñetazo a un tipo porque tenías celos por mí.

Frunzo el ceño.

—Eso me han dicho. Y no estaba celoso. Además, ¿qué coño hacía allí? —Entrecierro los ojos—. ¿Le llamaste tú?

El semáforo se pone en verde y avanzamos. Otter aparta la vista. Maldita sea, quería ver su cara cuando me contestara.

—No, Bear, no lo hice —responde con voz queda.

—Entonces ¿qué coño hacía allí?

—¿Por qué crees que estaba allí?

Mis manos golpetean nerviosamente sobre mis rodillas.

—Quería que volvieras con él. ¿Por qué dijo que era tu novio? ¿Tratabas de volver con él?

Esta última pregunta me sale antes de que pueda impedirlo, y me encojo en mi asiento, detestando el tono quejumbroso que ha adquirido mi voz. No es una pregunta que quisiera formular, pero ha estado ahí, obsesionándome desde que vi a Jonah en aquella habitación. No debería haber estado allí. Frunzo el ceño de nuevo.

Otter me lanza una mirada.

—Por supuesto que no —se burla de mí—. ¿Por qué diablos deberías creer eso?

No lo sé.

—Estábamos... lo que sea —digo, haciendo un gesto con la mano—. Tú no sabías si yo volvería.

—Bueno, sí —admite—. Pero eso no significa que regresara corriendo con él. Ya te lo dije, Bear: fuera lo que fuese lo que hubo entre él y yo se acabó tan pronto como me marché para volver a casa.

—Sí, parece que él lo entendió muy bien —murmuro, toqueteando el agujero en la manga de mi sudadera.

No sé cómo me lo he hecho. Todavía está bastante húmeda, lo mismo que mis vaqueros, y me noto arena en la raja del culo. Empieza a picarme tan pronto como pienso en la señora Paquinn y sus ladillas de arena. Estar tendido durante toda la noche en las olas de la playa fue una mala idea de una larga serie de malas ideas. Más vale que esto salga bien, porque es evidente que necesito que Otter piense por mí. Tengo demasiadas ideas estúpidas solo. Como no cambiarme de ropa antes de salir del piso.

—Jonah es así —sentencia Otter, rescatándome de mis pensamientos—. Cuando quiere algo, procura conseguirlo.

—Guau, qué tipo tan elegante —comento, sintiéndome malo—. Parece de los que pegan a sus novios. ¿Te pegó? ¿Te dejó salir de casa por tu cuenta?

—Eh —dice con severidad—. Que yo recuerde, el único que pegó a alguien fuiste tú.

—Sí, bueno, ahora no seas engreído conmigo. No juegues con lo que es mío —gruño.

—Tuyo, ¿eh?

Vuelve a mirarme, con una expresión vaga.

De repente me siento avergonzado. Me sonrojo y miro a través de la ventanilla. No quiero parecer tan posesivo, tan necesitado. Se han dicho muchas gilipolleces entre nosotros, sobre todo por mi parte, y aquí estoy, largando sin ningún maldito filtro. Y, sin embargo, siento cosas aún peores subiéndome por la garganta, como la bilis, y me obligo a tragármelas. A la mierda el filtro: necesito un bozal.

—¿Adónde vamos? —pregunto, cambiando de tema elegantemente.

—Ya lo verás.

—Ah.

Silencio, solo durante unos momentos. Y luego:

—¿Bear?

—¿Sí?

—Regresó a San Diego. Vino aquí para intentar convencerme de que volviera con él.

—Ah.

—¿Bear?

—¿Sí?

—Dije que no.

Minutos después accedemos a un barrio que no reconozco. Las casas son bastante viejas, quizá de clase media baja. En algunas hay juguetes esparcidos por el césped. Una tiene flamencos rosa de jardín. Otra aún tiene puestas las luces navideñas. O ya las tiene puestas, no lo sé. Esta es la temporada y blablablá...

Otter para el coche delante de una casa situada hacia el final de la calle. Es pequeña y está pintada de una extraña tonalidad de verde. Hay una valla de tela metálica hasta la altura de la cintura rodeando lo que supongo que debería considerarse el jardín de delante, si fuera lo suficiente grande para llamarlo jardín. El camino de entrada está agrietado. La puerta del garaje da la impresión de que, si se abriera, se caería. Los agentes inmobiliarios seguramente la anunciarían como una casa acogedora y una primera vivienda excelente. Los agentes inmobiliarios son unos embusteros.

Otter detiene el motor del coche y golpetea nerviosamente el volante con las manos. Mira la casa y aspira hondo.

—¿Querías volver con él? —farfulto sin querer.

Ahora que lo pienso, seguramente no me serviría ni siquiera un bozal.

Exhala explosivamente y se echa a reír.

—No.

—Entonces ¿por qué quiso venir aquí?

Se encoge de hombros.

—Ya te lo he dicho. Jonah es así. No le gusta recibir un no por respuesta. ¿Recuerdas cuando te dije que si no cogía el teléfono cuando él llamara amenazó con venir?

Asiento con la cabeza.

—No cogí el teléfono. Y vino. Es así de sencillo. Aunque me esperaba que sucediera mucho más pronto.

Bueno, no hay mal que por bien no venga.

—No estés tan decepcionado —le digo con sarcasmo.

Me mira arqueando una ceja.

—No vas a ponerlo fácil, ¿eh?

—No —respondo. Hago una pausa—. ¿Poner fácil qué?

—Baja del coche —ordena en ese tono de voz que tan bien le sale.

Me apeo del coche rápidamente. Me crujen las rodillas, y me inclino hacia atrás para enderezar la espalda. Noto arena bajándome por la parte posterior de las piernas, cosquilleándome la piel y adhiriéndose a los pelos. Otter rodea el coche, se planta junto a mí y echa un vistazo a la casa. Necesita un tejado nuevo. Necesita canalones nuevos. Deberían derribarla y convertirla en un aparcamiento para un Walmart que llevaría todos los comercios del barrio a la quiebra. ¿Por qué diablos estamos aquí? Quiero volver a casa, darme una ducha, cambiarme de ropa y luego follar

como conejos. Es muy curioso. Si bien hace menos de una hora estaba dispuesto a hablar con él hasta tener la cara amoratada, ahora estoy harto de hablar de mis sentimientos, de sus sentimientos y de los sentimientos de todos los demás. Esas cosas pueden esperar a mañana. Abro la boca para decirlo, pero Otter se me adelanta. Por una vez no le interrumpo.

—Vino aquí para tratar de convencerme de que me fuera con él —dice, sin dejar de mirar a la casa—. No sé si creía que podía persuadirme o qué, pero eso no le impidió intentarlo. Me quedé de una pieza cuando entró en mi habitación, pero no me sorprendí. Ya te dije que creía que aparecería tarde o temprano. Pero no sabía que elegiría el peor momento posible.

Permanezco en silencio. No aparto los ojos de su perfil.

—No voy a mentirte, Bear. Soy humano. Me lo planteé, aunque solo fuera por un segundo. Y ese fue el peor segundo de mi vida. Pese a todo lo que había ocurrido durante los últimos días, ese fue el peor momento de todos. Que llegara a plantearme ir con él. Me sentí como si te traicionara, pero peor, que me traicionaba a mí mismo.

Recupero la voz.

—Creed me llamó. Por eso fui. Dijo que regresabas a California.

Se vuelve hacia mí.

—Era cierto, y no me mires de ese modo. Creed tenía razón: vosotros dos sois iguales. Nunca me dejáis terminar. —Su reprensión es suave, pero ahí queda—. Dije que regresaba a San Diego, y Creed perdió la chaveta y empezó a gritar que no podía hacer eso. Entonces me llamó maldito hijo de puta y salió corriendo de la habitación. —Se detiene—. Creo que para entonces ya llevaba unas cuantas copas encima.

—Entonces ¿qué estabas haciendo?

—Iba a recoger el resto de mis cosas —dice mientras da otro paso hacia mí—. Iba a recoger el resto de mis cosas y a anunciar en mi trabajo que finalmente no volvería. ¿Entiendes?, aunque ese tipo me rompió el corazón, no iba a huir otra vez.

Otro paso más cerca. Ahora puedo percibir su olor a Otter.

—¿Ah, no? —digo mirándole, incapaz de moverme.

Niega con la cabeza.

—Tenía planes para él y para mí. Y no iba a permitir que una insignificancia, como que él dijera que yo era un error y que no quería volver a verme nunca, me disuadiera de lo que quería.

Otro paso. Ahora podía levantar la mano y tocarle, si estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Ah, no? —digo brillantemente.

—Claro que no. —Sus ojos emiten un fulgor verde y dorado—. ¿Cómo iba a saber que ese tipo trataba de protegerme como trataba de proteger a todos los demás? ¿Cómo iba a saber qué había realmente detrás de las palabras que me dijo? No lo sabía, pero sabía que ese chico, mi chico, no las habría dicho sin ningún motivo, sin algo que tuviera sentido, por lo menos para él.

Otro paso y su pecho choca contra el mío. Nuestras manos permanecen a los costados. Su aliento me calienta el rostro.

—Debería habértelo dicho —murmuro, contemplando la peca de su mejilla y un retazo de barba que ha pasado por alto junto al perfil de la mandíbula cuando se afeitaba.

—Sí, sí, deberías haberlo hecho. Deberías haberme contado muchas cosas. ¿Sabes cuánto me dolió tener que oírsele a Creed? ¿Oírsele a mi hermano pequeño y no al hombre al que quería?

Trago saliva.

—¿Al que querías?

¿En pasado?

—Al que quería —repite—. Al que quiero. —Ahora el corazón me late más deprisa—. ¿Sabes cómo me sentí? Me sentí como si no fuera digno de confianza para ayudar a resolver toda esa estúpida situación, que no era capaz de entender lo asustado que debía de haber estado mi chico. Pero entonces me percaté de lo egoísta que estaba siendo, que solo pensaba en mí, y todo era yo, yo y yo. Nunca se trató solo de ti y de mí. Ni siquiera se trataba solo del Chico, aunque tú creías que era así. Se trataba de todos nosotros, papá Bear. Todos nosotros.

—¿Era así?

Me sorbo la nariz.

Levanta sus fuertes manos y me las pone en la cintura. La tenue conexión se ha establecido. La electricidad fluye a través de mi cuerpo. Me pongo a temblar.

—Lo era. Lo es. Y así debería ser siempre. Así es como siempre será. Deberías haberme contado lo que había ocurrido, Bear. Deberías habérmelo dicho para tener a alguien en quien apoyarte, alguien que hiciera parecer que el mundo no era un lugar tan espeluznante. Entiendo por qué hiciste lo que hiciste, pero deberías haber confiado suficientemente en mí para que me ocupara de ello, para ocuparme de nosotros.

Por alguna razón, esto me indigna. Me zafo de él y sus brazos caen a sus costados.

—¿Qué debería haber confiado en ti para que te ocuparas de ello? —gruño—. ¿Qué diablos habrías hecho? ¡Amenazaba con quitarme al Chico! Me obligó a elegir entre vosotros dos y, que Dios me ayude, la odié por eso. Pero hice lo que tenía que hacer. No digas que te habrías ocupado de ello, ¡por qué no habrías podido hacer nada!

—Tienes razón —conviene, y esto hace que me deshinche un poco—. Te ocupaste de ello tú solo, ¿verdad? Pero no es eso lo que digo, Bear. Estoy diciendo que, si bien puedes hacerlo, no deberías haberlo hecho.

Agito las manos en el aire y empiezo a pasearme de un lado a otro delante de él.

—Estamos muy bien solos, Otter. Hemos salido adelante durante los últimos tres años. Así que los últimos tres meses han sido estupendos, ha sido como estar en el séptimo cielo. ¡No necesitamos que cuides de nosotros! —¿Quién es esta persona que habla? ¿Quién es esta persona que hace solo unos momentos quería que él me dijera qué hacer? ¿Por qué no puedo callarme por una vez en la vida? Estos viejos argumentos siguen levantando la cabeza, y siempre soy yo quien los saca a colación—. ¡Él es lo único que tengo! —exclamo con voz quebrada.

—Te equivocas.

Me vuelvo.

—¿Qué?

Vuelve a acercarse y me rodea con sus brazos. Él es muy grande, yo no soy más que un niño y no puedo moverme. Trato de resistirme, de apartarme, pero entonces me pasa las manos por la espalda,

me acerca los labios al oído y su aliento cálido se desliza sobre mi mejilla.

—Te equivocas —repites con voz ronca—. Me tienes a mí.

—¿Por qué? —grito—. Te echo, te echo una y otra vez, y tú siempre vuelves. ¿Por qué?

—Porque te quiero, idiota —me gruñe al oído—. ¿Por qué diablos crees que te compraría una jodida casa si no te quisiera?

Vuelvo a escapar de sus brazos de un brinco.

—¿Qué has hecho qué?

—Oh, mierda —dice avergonzado, mesándose los cabellos. Entonces señala la monstruosidad verde que se yergue a nuestras espaldas—. Sorpresa.

—¡Me has comprado una jodida casa! —le grito.

Se apresura a mirar alrededor.

—Sí, pero baja un poco la voz. No quiero que nuestros nuevos vecinos crean que están matando a una mujer aquí fuera.

—¡Nuestros vecinos! —bramo.

Se estremece.

—Sí, nuestros vecinos. Esta casa es para ti, para mí y para el Chico. Podrá ir a la misma escuela y todo eso. Ya sé que ahora no parece gran cosa, pero...

—¿Has comprado una casa en dos semanas? —chillo.

—Bueno, no, Bear, comprar una casa puede llevar un par de meses. Ofrecí un pago en efectivo y pude cerrarlo en cuarenta y cinco días, que fue —consulta su reloj— hace diecisiete horas.

—¡Has estado comprando una casa durante los dos últimos me...!

Mi grito queda interrumpido cuando me tapa la boca con la mano.

—¡Santo Dios, en voz baja! —espeta.

Le fulmino con la mirada por encima de sus dedos. Quiero escupirle en la palma de la mano, pero me la restregaría por la cara, así que pongo los ojos en blanco y él baja el brazo.

—¿Empezaste a comprarnos una casa hace dos meses? —susurro con fuerza, mostrándole mi voz baja.

—¿Siempre has sido tan listo? ¿O es algo que has adquirido estos últimos días?

—No tiene gracia, y no cambies de tema.

Otter me sonrío.

—Soy gracioso. Y sí, empecé a comprar la casa hace cosa de dos meses. Vaya, ¿quieres quedarte en tu piso? No te ofendas, pero resultaba bastante difícil follarte contra la pared cuando compartías habitación con tu hermano pequeño.

Empieza a hervirme la sangre.

—Pero yo rompí contigo —escupo, sacando todavía el cieno que tengo dentro—. ¿Cerraste la compra de la casa aun cuando habíamos roto? Habrías podido echarte atrás.

—Habría podido —dice despacio—. Pero no lo hice.

—¿Y nada de esto te gritaba que iba demasiado deprisa?

Niega con la cabeza y exhibe la típica sonrisa de Otter.

—Nada va demasiado deprisa si significa para siempre, Bear.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Tengo fe —se limita a responder.

Y, dicho esto, todo argumento, toda duda, todo aquello que me ha retenido se disuelve en la nada. Me lanzo sobre él de un salto y él me coge (por supuesto), aprieto ávidamente la boca contra la suya y un leve gemido se escapa de él y entra en mí. Lo saboreo, le saboreo, sus labios y su lengua calientes mientras exploran mi boca. ¿Quién iba a decir que comprarme una casa me excitaría tanto? Me pregunto qué ocurriría si me comprara un yate. O acciones de Microsoft.

Nos lo montamos un ratito más («montárselo» puede resultar un eufemismo; en realidad le estoy comiendo la cara) hasta que él se aparta, jadeando.

—Más vale que entremos para no dar un espectáculo delante de todo el mundo.

Tengo la polla dura como una piedra y no me opondré a eso. Me restriego contra él para demostrárselo.

—Más vale que tengas la jodida llave de nuestra jodida casa, o tendremos que echar abajo la jodida puerta ahora mismo —le digo con voz entrecortada.

—Está en mi bolsillo —responde, y gime cuando le meto la mano en el bolsillo y le meneo la verga bruscamente mientras busco la llave—. En el bolsillo de atrás —precisa.

Se inclina a morderme el labio y se lleva la aspereza a lengüetazos.

Estiro los brazos e introduzco ambas manos en sus bolsillos de atrás, palpándole el culo con brusquedad hasta que noto la forma de una llave. La llave de una casa. La llave de nuestra casa. La cojo y la saco, y no he visto nunca nada tan prodigiosamente aterrador o catastróficamente inevitable en toda mi vida. Toma mis manos en las suyas, las besa con delicadeza y coge la llave de mis dedos temblorosos. Otter me arrastra hacia la puerta principal, que es de la misma extraña tonalidad verde que el resto de la casa, pero ya no parece importarme mucho. La cerradura cede con un chasquido. Abre la puerta. Veo un botón al lado y lo pulso. Suena el timbre, muy parecido al mío. Es el mío.

—Requiere mucho trabajo —me advierte al cerrar la puerta tras de mí—. Tendremos que sacar la moqueta, pero me han dicho que debajo hay unos suelos de madera muy bonitos. Creo que tendremos que...

Ya he oído bastante. Ahora mismo no me importa la casa (pero, en serio, ¿nos ha comprado una casa? ¿Qué estúpida y épica locura es esa?). Corto su palabrería acerca de suelos de madera, moquetas y todo lo demás que se apresta a decir cuando aprieto mi boca febrilmente contra la suya. El modo en que me pone las manos encima al instante me demuestra que no le importa la interrupción. Me maravillo de sus talentosos dedos, que van directamente a mi culo mientras me atrae bruscamente hacia sí. Gimo contra su cara.

—No hay cama, papá Bear —gruñe en mi boca mientras lame y mordisquea.

—¿Has dicho algo de follarme contra la pared? —digo sin resuello.

Dispongo de un momento para arrepentirme de mis palabras cuando sus ojos chispean peligrosamente. Otter manosea con desesperación el botón de mis vaqueros. Mi polla se libera, y el aire es frío hasta que siento su boca sobre mí, tratando de chuparme hasta dejarme seco. Pongo los ojos en blanco, los límites de mi visión se desdibujan y todo pensamiento racional desaparece. Pero no pasa nada. De todos modos pienso demasiado.

Me lame la punta de la verga y me mira, levantando unos ojos parpadeantes y hermosos.

—No tengo lubricante —dice mientras me acaricia los testículos con la nariz.

Es lo más romántico que me ha dicho nunca hasta que acabo de entender sus palabras.

—¡No, maldita sea! —aúllo.

Le levanto de un tirón con una fuerza que desconocía en mí. Tiro de la parte delantera de sus vaqueros y el botón se rompe. Nos trae sin cuidado. Cerciorándome de que me observa, escupo en mi mano y la deslizo sobre su polla encendida. Abre los ojos como platos mientras echa la cabeza hacia atrás y gime.

—Esto va a doler, nene —advierde, sin conseguir que me oponga.

Su palabra de cariño me hace estremecer: nunca antes me ha llamado así. Me desconcierta. Me conmueve. Hace que sea todavía más urgente que entre en mí ahora mismo. Le sujeto por el cogote y atraigo sus ojos a los míos. Llevo su mano hasta mi boca y le chupo dos dedos con avidez, humedeciéndolos todo lo que puedo. Escupo sobre ellos sin contemplaciones. La baba cuelga de mis labios.

—Prepárame —le ordeno.

Lo hace.

Cuando entra en mí, quema, y la punzada sube y baja por todo mi cuerpo. Creo que quizá bastará con decir que esto no ha sido buena idea, pero entonces él se sitúa en un ángulo distinto y se abre el cielo, descienden los ángeles y un coro canta el evangelio según el sexo gay: ¡PRÓSTATA! Una ola tras otra rompen sobre mí, placer y dolor, pero estoy atado a él y en ese momento comienza, comienza...

«... comienza como un viento que empieza a soplar por mi lado, sobre mí, a través de mí, llevándose la tormenta que se aproxima hacia el mar. El sol irrumpe por entre las nubes y se inicia un profundo estruendo que viene del interior de las olas. La tierra se mueve, tiembla y finalmente se abre. El océano, ese océano detestable, empieza a precipitarse hacia el abismo que ha abierto, formando un remolino que aúlla y grita mientras gira. Descargan rayos, retumban truenos, pero ahora está muy lejos. Ante mis ojos, el océano emite un último estertor cuando el lecho marino se transforma en un desierto. La tormenta se extingue. Luce el sol. La superficie de tierra está agrietada, reseca. Pero resiste. Una leve brisa me acaricia el pelo, recordándome lo que he hecho para llegar hasta aquí. Cierro los ojos y aspiro profundamente, y desde allí, desde allí...»

... y desde allí, lo único que puedo hacer es aguantar como si me fuera la vida en ello, aguantar mientras este hombre, mi Otter, me demuestra hasta qué punto me quiere. Solo espero que él lo note a su vez. Espero que entienda que le daré todo lo que pueda. Espero que entienda que estoy en esto a largo plazo.

¿Y sabéis una cosa, todos los que habéis estado conmigo hasta el final?

Creo que lo entiende a la perfección.

Epílogo

0

El punto de vista de Otter, por así decirlo (Bear flipará)

Seis meses después

El Chico me grita cuando se apea del autobús escolar. Se da la vuelta para saludar con la mano a una niña asomada a la ventanilla que le está chillando. Pone los ojos en blanco cuando se vuelve hacia mí.

—¿Quién es esa? —pregunto, sonriéndole.

Frunce el ceño.

—Una alumna de sexto a quien se le ha metido en la cabeza que es adorable que un chico de nueve años esté en quinto. Ha dicho que soy valioso.

Me echo a reír.

—Mujeres mayores, ¿eh? No dejes que papá Bear se entere de esto. Aún está histérico por haberte dejado saltar un curso.

Me da la mano y me estira hacia dentro.

—No me lo recuerdes —gruñe por encima del hombro—. Ha escrito otra nota y ha vuelto a meterla en mi desayuno.

Gimo mientras le quito la mochila de la espalda.

—¿Qué decía esta vez?

El Chico contrae el rostro, y cuando sale su voz, es una imitación espeluznante de Bear:

—Por favor, Chico, no vuelvas a corregir a tu profesor en clase. No quiero que me llamen a otra entrevista hermano-profesor para que me digan que tendrás que saltarte el primer año de universidad. Mi corazón no lo resistiría.

—Bueno, tiene parte de razón.

El Chico niega con la cabeza.

—¿Cómo es posible que un maestro cualificado no sepa escribir constitución? No me extraña que Anderson Cooper diga que nuestro sistema escolar está fallando a los alumnos.

—Y todos sabemos que si Anderson Cooper dice que es cierto, debe de serlo.

Entrecierra los ojos.

—Estaría de acuerdo contigo, pero es evidente que te estás burlando de mí.

Le revuelvo el pelo.

—Es evidente. Hablando del sistema, no olvides que la trabajadora social vendrá mañana a las tres.

—¿Cómo podría olvidarme de Olga Ehrlichman? —dice con el ceño fruncido—. Juro que intensifica su acento alemán solo para desconcertarme.

—No creo que sea alemana, Chico.

Agita las manos en el aire.

—Eso es lo que tú crees. Sé que está intentando hacerme formar parte del *Schutzstaffel*. ¿No podemos asustarla y conseguir una nueva? Podríamos decirle que somos judíos.

Sacudo la cabeza, tratando de ocultar mi sonrisa.

—No creo que fuera muy buena idea. El mes que viene tenemos otra cita en el juzgado, y no debemos correr el riesgo de que sea el momento de que aparezca tu madre.

—No sé por qué tenemos que ir tantas veces al juzgado —murmura—. Si tuviera pelotas para intentar algo, creo que ya habría ocurrido.

Pienso que tiene razón, pero no se lo digo. No hasta que Bear y yo podamos estar seguros. Y no estaremos seguros hasta que el Chico pertenezca legalmente a Bear. No debería llevar mucho más tiempo, por lo menos según la abogada. El juez había intentado ponerse un poco histérico con respecto a todo el asunto del poder legal («Este poder legal conseguido ilegalmente, ¿se adquirió mediante un intercambio de cigarrillos?»), pero Erica Sharp, del ilustre bufete Weiss, Goldstein y Eddington, había exhibido su sonrisa de tiburón y regañado al juez severamente. Fue algo brutal de ver, sobre todo cuando echó mano del Chico como si fuera un perro de concurso y este actuó de forma melodramática recurriendo a su mejor mirada de Oliver Twist («Por favor, señor, ¿puedo comer un poco más?») que tan bien se le da. Tenía los ojos como platos y el labio inferior le temblaba ligeramente, y juro por Dios que pude oír cómo se derretía el corazón del juez desde mi posición en la tribuna a seis metros de distancia. Diablos, estuve a punto de ponerme en pie y pedir la custodia del Chico personalmente, de tan buena como fue su actuación.

Las visitas de la trabajadora social han ido bien, pese a las observaciones del Chico acerca de su herencia. No es tonto y siempre se comporta impecablemente en su presencia. Antes de su primera visita me había preguntado si diría algo sobre Bear y yo. Pero, por supuesto, ni siquiera pestañeó cuando sorprendió a Bear besándome con dulzura, aun cuando Bear empezó a sonrojarse y a mascullar para sí que nos habían pillado. Seguramente esa mujer ha visto cosas mucho peores en otras casas como para preocuparse de dos tíos que se besan.

—Ya veremos —digo al Chico—. No seas duro con *Frau Ehrichmann*.

El Chico se dirige a la nevera y saca los guisantes dulces de su merienda.

—¿Todos listos para esta noche? —pregunta, cambiando discretamente de tema.

Suspiro.

—Más listos que nunca. —Bajo el brazo y palpo los dos pequeños objetos que hay dentro de mi bolsillo delantero. Por enésima vez durante la última hora—. ¿Estás seguro de ello?

Mastica los guisantes y me mira.

—¿Y tú?

Asiento una vez.

Él se encoge de hombros.

—Bueno, entonces, claro que estoy seguro. —Se detiene y se ríe tontamente—. Papá Bear va a flipar. Ojalá pudiera estar aquí para verlo —añade pensativo.

—Gracias, Chico. Como si no estuviera ya lo bastante nervioso —le gruño.

Se echa a reír.

—Lo harás bien. ¿Tienes todo lo que te dije?

Asiento de nuevo.

—¿Y tienes lo que hemos escrito?

Pongo los ojos en blanco.

—¿En serio? ¿De verdad crees que debería decir eso?

El Chico sonríe.

—En serio. ¿Crees que captará el mensaje oculto?

—Chico, puede que seas la persona más lista que vive sobre la faz de la tierra, pero no eres un maestro de la sutileza.

Se encamina hacia su habitación.

—Con Bear —dice por encima del hombro— hay que ser directo. De lo contrario, no entenderá nada.

—¿Y ese es el objetivo de lo que voy a hacer? —le grito a su espalda.

—¡No te oigo! —responde. Pequeño embustero—. Tengo que prepararme antes de que llegue la señora Paquinn. Y tú tienes que vestirme. Te he preparado el traje esta mañana.

Gimo y me siento a la mesa, notando las dos pequeñas piezas metálicas presionándome el muslo. Saco mi cartera y encuentro el trozo de papel que el Chico ha introducido allí hace un par de días. Hemos pasado horas esforzándonos en ello, pero al final ha salido bien, por lo menos según el Chico. Sonríe mientras vuelvo a leer las palabras, que ya me he aprendido de memoria.

El Chico tiene razón. Bear flipará.

¡Bear! ¡Bear! ¡Bear!

¡Tengo que decir algo! Te va a sorprender.

¡El beicon es malo! ¡La hamburguesa, fatal!

¡La enfermedad de las vacas locas es criminal!

Quiero que seas mío, ¿no lo pillas?

¡Por eso estoy así, de rodillas!

Puede que aún no sea legal,

pero es mejor que comer carne animal.

Así pues, ¿quieres casarte conmigo?

Cuando TJ Klune tenía ocho años cogió un bolígrafo y papel y empezó a escribir su primer relato (que resultó ser su versión épica del videojuego «Super Metroid»; no le gustaba cómo acababa el juego y quiso ofrecer su opinión personal. Nunca tuvo noticias de la empresa de videojuegos, con gran disgusto suyo). Ahora, dos décadas después, el reparto de personajes que tiene dentro de su cabeza se ha vuelto más ruidoso, preguntándose por qué debe ir a trabajar de evaluador de reclamos en una compañía de seguros durante el día cuando podría quedarse en casa escribiendo.

Vive con un gato neurótico en medio del desierto de Sonora. Allí hace calor, pero no le importa. Sueña con estar un día en Stonehenge, solo para poder decirlo.

TJ puede localizarse en Facebook por el nombre *TJ Klune*.

Su blog es *tjklunebooks.blogspot.com*.

Su dirección de correo electrónico es *tjklunebooks@yahoo.com*

Notas

[1] PETA: People for the Ethnical Treatment of Animals.<<

[2] Otter, en inglés, significa literalmente «nutria» (*N. del T.*).<<

[3] Bear, en inglés, significa literalmente «oso». (*N. del T.*)<<